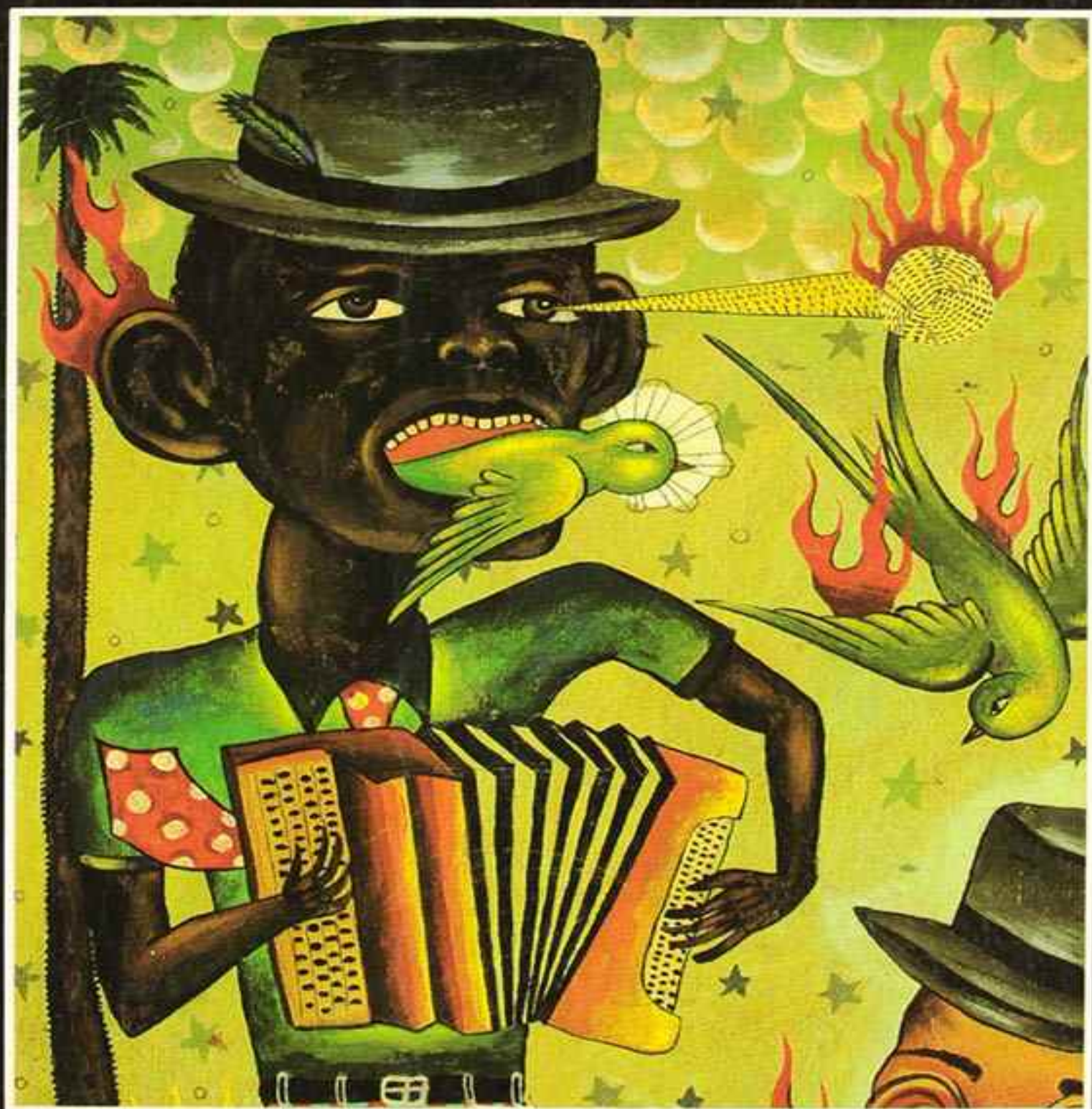


E. Annie Proulx  
LOS CRÍMENES  
DEL ACORDEÓN

ae



Todo comienza en Sicilia en 1890, cuando, al terminar su mejor obra —un acordeón de diecinueve botones de marfil y tapa laqueada—, un artesano sueña con América. Junto con su hijo de once años, y sin más pertenencias que el instrumento, se embarca rumbo al abigarrado puerto de Nueva Orleans. Allí le espera un insospechado mundo hostil e implacable al que sólo sobrevivirá el acordeón. Con él asistiremos a la fundación de una ciudad en el estado de Iowa, en el seno de otra comunidad de emigrantes, esta vez alemanes. Luego pasará por las manos sucesivas de varias familias, que conocen la riqueza y la ruina en el nuevo mundo, y así, de Iowa a Texas, de Maine a Louisiana, entre africanos, polacos, noruegos, irlandeses, vascos y franco-canadienses, seguiremos sus pasos por una América ásperamente racista que se construye a sí misma, una América cuyo último vínculo con el pasado será la voz humilde y destartalada de un acordeón.



Annie Proulx

# **Los crímenes del acordeón**

ePub r1.0

**Titivillus** 02.09.2019

Título original: *Accordion Crimes*  
Annie Proulx, 1996  
Traducción: María Luisa Balseiro, 1999

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



Para Muffy, Jon, Gillis y Morgan  
y a la memoria de Lois Nellie Gill

Mi padre se vino con un acordeón de botones metido  
en un saco de yute; más o menos era todo lo que tenía.

Ray Maki, notas de cubierta de  
*Accordions in the Cutover*

Sin la presencia de gente de color en América, los  
europeo-americanos no serían «blancos»: serían sólo  
irlandeses, italianos, polacos, galeses y otros,  
enzarzados en luchas de clase, de etnia y de sexo por  
los recursos y la identidad.

Cornel West, *Race Matters*

Caminante, no hay camino,  
se hace camino al andar.

Antonio Machado

## AGRADECIMIENTOS

Escribí *Los crímenes del acordeón* durante dos años de ruptura y desarraigo que incluyeron las muertes de mi madre y varios familiares y amigos, un traslado por etapas de Vermont a Wyoming con los libros reclusos en cajas durante ocho meses, viajes constantes, una fractura de muñeca, y un cambio de propiedad en la editorial. Jamás habría acabado este libro sin la colaboración de muchas personas solícitas y amables que me proporcionaron material básico acerca del acordeón y su cultura, listas de libros, recortes, fotografías, postales, casetes y discos compactos, y me presentaron a estudiosos de la música de acordeón y acordeonistas. A todos los citados a continuación quiero manifestar mi más sincera gratitud, pero especialmente a Liz Darhansoff, que con su sangre fría calmó muchas veces mis angustias de que el libro no pudiera soportar una nueva interrupción; a Barbara Grossman, que ayudó a producirlo, y a Nan Graham, que me dio comida, tiempo y libertad.

Gracias por una Beca Guggenheim 1992 que ayudó a documentar *Atando cabos* y *Los crímenes del acordeón*, y aun otro libro más en preparación. La Ucross Foundation de Wyoming proporcionó un islote de calma (literalmente, gracias a una inundación de primavera) donde fueron escritas partes de este libro. Mi agradecimiento particular a Elizabeth Guheen y Raymond Plank por un sinfín de amabilidades.

Gracias a Patricia A. Jasper, directora de Texas Folklife Resources, por permitirme escuchar la colección de entrevistas grabadas con acordeonistas de Texas que posee el Resource Center, y por introducirme en el panorama musical del sudeste de Texas, desde Antoine's en Austin hasta el Continental en Houston, y gracias a Rick Hernández, de la Texas



Commission on the Arts, por ponerme en contacto con ella. Gracias a Jane Beck, del Vermont Folklife Center, por varias sugerencias que me fueron útiles. Un millón de gracias a los músicos-investigadores Lisa Ornstein y Nick Hawes, de los Acadian Archives de la Universidad de Maine en Fort Kent. El profundo conocimiento que posee Lisa de la música de Quebec, sus amables presentaciones a Marcel Messervier y Raynald Ouellette, virtuosos acordeonistas de Montmagny, y su ayuda como traductora fueron inapreciables. A Raynald Ouellette, no sólo músico de renombre internacional sino artífice de excelentes acordeones y organizador del *Carrefour mondiale*, gracias por sus observaciones sobre la historia del acordeón y su fabricación. A Marcel Messervier, cuya extraordinaria categoría de músico y excelentes acordeones son legendarios, gracias por una hora en su taller y por sus comentarios sobre su vida de acordeonista. Gracias a Jerry Minar de New Prague, estado de Minnesota, por su ayuda con la huidiza concertina Chemnitzer, más conocida localmente como concertina a la alemana. Gracias a Joel Cowan, ingenioso y peripatético redactor jefe de *Concertina and Squeezebox*. Gracias a Bob Snope, reparador de acordeones en la Button Box de Amherst, estado de Massachusetts, por sus pacientes y exhaustivas explicaciones de todas las facetas del folclore del acordeón, por sus sugerencias y por leer el manuscrito en busca de errores en lo relativo a acordeones. Gracias a Rhea Coté Robbins, del Centre Franco-Américain de la Universidad de Maine en Orono, y a Martha Pellerin de Vermont, del trío Jeter le Pont, por sus comentarios sobre los franco-americanos y su música. Gracias a Bart Schneider, músico y redactor jefe de *Hungry Mind Review*, por proporcionarme libros raros sobre el acordeón. Gracias a Pat Fiskén, de la Paddock Music Library de Dartmouth College; a Judith Gray, especialista en folclore, a Edwin Mathias del Recorded Sound Reference Center, y a Robin Sheets, bibliotecario de consultas de la Music División, todos ellos en la Biblioteca del Congreso. Gracias a Laura Hohnhold, de la revista *Outside*, por cosas sueltas sobre el acordeón en Chicago. Gracias a los ojos de lince de Christopher Potter, de Fourth Estate, que detectaron errores de hecho y de matiz. Gracias a Jim Cady, de Cady and Hoar, por esclarecer un detalle de las transacciones comerciales de un personaje. Gracias a mi editor alemán, Gerald J. Trageiser, de la Luchterhand Literaturverlag, que



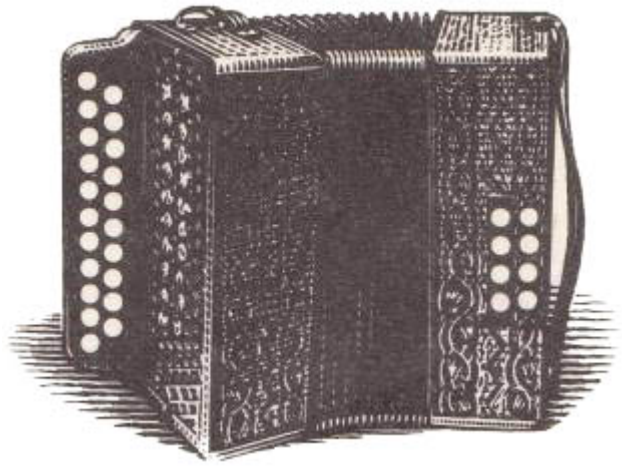
pilló errores sutiles y crasos. Gracias a Barry Ancelet, de la Universidad de Luisiana Sudoccidental, por sus inapreciables sugerencias.

Gracias a la ayuda de larga duración prestada por mi hijo Jonathan Lang, ingeniero de sonido, y a mi nuera, la cantante de *blues* Gail Lang, por libros de enseñanza, artículos esotéricos sobre innovaciones recientes en el mundo del acordeón, casetes de magos del acordeón y consejo sobre altavoces antiguos. A mi hijo Morgan Lang, estudiante de etnomusicología, que fue el primero que me habló del sheng chino, antepasado de los instrumentos de lengüeta libre, y amplió mi experiencia musical en todas las dimensiones, gracias. Gracias a mi hijo Gillis Lang por sus grabaciones de acordeón en San Diego y por sus chistes, y a mi hija Muffy Clarkson, que apaciguó mi corazón y suministró una extraordinaria diversidad de magdalenas. Gracias a mi padre, George N. Proulx, por su historia verídica de una maestra que castigaba a sus alumnos obligándoles a meterse debajo de su mesa.

A Joel Conarroe, gracias por la fotografía del Tío Dick en bragas con un acordeón sobre las rodillas; gracias a Claire Van Vliet por la tostadora personalizada en forma de acordeón de papel, obra de Cece Bell; gracias a Jon Fox por el acordeón en miniatura (con su estuche) que lo hace todo menos tocar. A Dan Williams gracias por discos, casetes y compactos difíciles de encontrar, y a Robert Warner ídem por objetos raros relacionados con el acordeón. Gracias a Bobby Doberstein por su consejo y ayuda en todo, desde rutas de esquí hasta puertas de garaje atrancadas. Gracias a Kimble Mead por las casetes del Hawaiian Cowboy (y muchas otras), y al Breakfast Club, que me mostró a coleccionistas de la vida real en pleno frenesí. Gracias a Laurent y Pascale Gaudin, que me trajeron de Francia grabaciones de *musette* difíciles de encontrar, y gracias a Tom Watkin, compañero en el entusiasmo y en viajes al fin de semana anual *de l'accordéon* de Montmagny. Gracias a la Tattered Cover Bookstore de Denver, y en especial a Dotty Ambler, por libros, ayuda y servicio diligente más allá de todo lo esperado. Finalmente, gracias a la robusta Gillian Blake, que en Nueva York trasladó para mí bolsas de libros desde el Museum of Television and Radio hasta mi hotel.

El acordeón verde corre de mano en mano durante cien años y toca la música de muchos grupos étnicos diferentes. Inevitablemente, personajes históricos se mezclan y relacionan con personajes ficticios. En algunos casos se ha situado en sucesos reales a personajes inventados; en otros se novelan, poco o mucho, sucesos reales. La historia del acordeonero ficticio se inserta en una narración novelada, basada en artículos publicados en marzo de 1891 por el periódico de Nueva Orleans *Daily Picayune*, sobre el linchamiento real de once italianos en esa ciudad y año. A lo largo del libro aparecen anuncios de prensa, programas de radio, carteles, títulos de canciones, versos, marcas de artículos de uso común y listas de organizaciones tomados de la realidad; con ellos se mezclan anuncios, programas, carteles, títulos de canciones, versos, marcas, artículos y listas ficticios e inventados. No hay personajes basados en personas vivas y reales. Los acordeones son lo que cabría esperar.

## **El acordeonero**



**ACORDEÓN DE DOS FILAS DE BOTONES**

## El instrumento

Era como si su ojo fuera un oído y un restallido lo atravesara cada vez que miraba al acordeón. El instrumento reposaba en el banco, con un brillo de barniz como savia líquida. Regueros de luz bañaban el nácar, los diecinueve botones de hueso pulimentado; un par de espejitos ovales ribeteados de pintura negra, ojos en busca de ojos, buscando la mirada ponzoñosa de quien tuviera *malocchio*, ansiosos por devolver la ojeada acerba guiñaban al ojeador.

Había cortado la rejilla a segueta de una hoja de latón, con un dibujo de pavos reales y hojas de olivo. Los ganchos y placas que sujetaban los aros del fuelle a las cajas, los tornillos de latón, el lengüetero de zinc, la delicada palanca, las propias lengüetas de acero, y el nogal curado de la caja, todo eso había comprado. Pero lo demás lo había diseñado y construido él: los muelles de alambre en forma de V con ojetes que iban debajo de los botones y los reintegraban a su posición cuando cesaba la presión del dedo, los botones, las varillas. El fuelle, las válvulas y cubiertas de cuero, las esquineras de cabritilla, las juntas, todo eso procedía de un cabrito que había degollado, cuya piel curtió con cal, sesos y sebo. El fuelle tenía dieciocho pliegues. Las partes de madera, de nogal endurecido para que resistiera la humedad sin alabearse, las había aserrado, lijado y ensamblado él, inhalando el polvo mefítico. Tuvo reposando la caja, una vez encolada, seis semanas antes de continuar. No le interesaba hacer acordeones vulgares. Él tenía su teoría, su idea del instrumento fino; con la prueba de éste pensaba hacer fortuna en La Mérica.

Afinó primero las cuartas y luego las quintas a base de diapasón y oído, captando una disonancia dolorosa pero grata. Tenía un sentido seguro del tono, oía armonías en el gemir de las bisagras. El juego de los botones era rápido, sutil como el repique de los dados en la mano del jugador. De lejos la voz del instrumento era ronca y sollozante, para el oyente un recuerdo de

las brutalidades del amor, de hambres diversas. Caían las notas mordaces y afiladas; parecía como si el diente que mordía estuviera excavado de dolor.

## **El mundo es una escalera**

El acordeonero era velludo y musculoso, con una mata de pelo negro sobre un rostro apuesto, las orejas como roquillas. Tenía las pupilas del color del ámbar: de joven soportó el apodo Ojos de Pollo. A los veinte años se enfrentó a su padre herrero y se fue del pueblo para trabajar en el norte, en las fábricas de acordeones de Castelfidardo. Su padre le maldijo y nunca más se hablaron.

Volvió al pueblo cuando Alba, la novia, le avisó de la posibilidad de arrendar una parcela con una viña diminuta y una casa minúscula. Dejó la ciudad con gusto, porque estaba metido en un lío peligroso con una casada. Su vellosidad llamaba la atención de las mujeres. De cuando en cuando durante su matrimonio su mujer le acusó de infidelidades, y hubo varias. Los acordeones y el vello atraían a las mujeres, ¿qué le iba a hacer? Ella lo sabía; su don para la música la había atraído poderosamente, su vello sedoso, el pelo que asomaba rizado por el escote de la camisa.

Era un hombre propenso a acatarrarse, que se destemplaba cuando una nube tapaba el sol. Su mujer era calurosa, y de cerca se notaba el calor que irradiaba como una estufilla. Con la misma fuerza caliente sus manos agarraban niños, platos, plumas de pollo, ubres de cabra.

Las cepas en arriendo, *Calabrese*, *Negro d'Avola*, *Spagnolo*, daban un vinazo sin nombre, que se vendía a extranjeros como base de mezclas. Era costumbre del lugar fermentar el mosto en odres durante una semana: así tomaba aspereza y un color entre morado y negro. Bebido de un trago raspaba en la boca y la garganta y, como a otros líquidos astringentes, se le atribuían benéficas propiedades medicinales. Los compradores extranjeros pagaban muy poco por él, pero los criadores no podían protestar, porque era la única fuente posible de ingresos en metálico. La falta de tierra, dinero y productos, el hervor de gente, producían una atmósfera de intriga y conchabanza, de enjuagues, de contubernios, de fuerza bruta. ¿Qué otra manera había de salir adelante?

Además de la viña el acordeonero y su mujer arrendaron cinco olivos viejos y una higuera en espaldera contra la tapia, y sus vidas se concretaron en hijos, cabras, escardar y podar, cargar cuévanos de uva. Por las noches la pobreza del lugar se hacía oír en los silbidos del viento entre los sarmientos secos y en el roce del ramaje lamentoso. La tenencia de la parcela fue a menos a medida que el dueño, que residía en Palermo en una casa techada de cobre, iba subiendo la renta un año sí y al otro también.

El taller del acordeonero estaba al final de la huerta; era un chozo que en otro tiempo había servido para guardar las cabras enfermas, un espacio no mayor que una cama doble. En un estante tenía los botes de barniz, una caja con goma laca en escamas, colas y aprestos varios, cuadrados de nácar y dos frascos con tapón de corcho, del tamaño de un dedo meñique, que contenían pintura de bronce. Allí había limas, raspadores, escoplos —uno era una hoja de sílex que había sacado de la tierra— y gubias, machos y terrajas, tacos y ganchos de metal, pinzas y alambre de acero para resortes, calibres y reglas, alicates, punzones y mordazas, herramientas en muchos casos robadas de la fábrica de Castelfidardo: ¿cómo si no hacerse con tanta cosa imprescindible? Con un pincel muy fino de pelos de marta pintaba claves y volutas, floridas orlas triples erizadas de espinas de bronce. Vendía los instrumentos a un comerciante de la ciudad, que, igual que los vinateros, le pagaba una miseria, como para alimentar urracas, quizás.

A medida que el acordeonero iba perfeccionando su oficio empezó a imaginar una vida que no era posible en el maligno pueblo, pero sí bastante verosímil en el lugar remoto que ocupaba su pensamiento desde el orto hasta el ocaso: La Mérica. Pensaba en una vida nueva, a estrenar, en dinero colgando en el futuro como peras escondidas entre las hojas altas. Una noche, entre susurros y murmullos, se lo dijo a su mujer. «Jamás», respondió ella.

—¡Oye! —vociferó él furioso, despertando al niño—, tú sabes lo que escribió tu hermano. —Aquel tonto carisucio de Alessandro había enviado una carta, manchada de salsa roja y dedazos mugrientos, diciendo: «Venid, venid a cambiar vuestro destino, a convertir las penas en plata y dicha».

—El mundo es una escalera —bisbiseó el acordeonero en la oscuridad—. Unos suben y otros bajan. Nosotros tenemos que subir.

Ella negó su asentimiento, se tapó los oídos con las manos y gimió cuando él anunció una fecha de partida, y luego, cuando él metió en casa el

baúl de las cantoneras de metal, alzó en punta la barbilla y giró los ojos como un caballo envenenado.

## **La parálisis del General**

La postura del acordeonero, que insinuaba violencia oculta y desafío, no pasaba inadvertida a otros hombres: el pie izquierdo bien plantado, el derecho ladeado sugerentemente, los zapatos negros rotos. Su carácter traicionaba su aspecto; parecía turbulento y agresivo, pero no lo era. Le desagradaba enfrentarse a los problemas, dependía de su mujer para capear las dificultades. Él aportaba la idea magna, la esperanza optimista, pero era ella la que dirigía la marcha en todo: hasta lo que pasó.

¿Cuántas personas hay que al despertarse por la noche alarguen la mano para tocar al cónyuge que duerme y encuentren un cadáver? Por la tarde la esposa del acordeonero había llorado un poco, se había lamentado del viaje en perspectiva, pero nada, absolutamente nada hizo sospechar que en unas horas se presentase la parálisis para aposentarse sobre las costillas y meterle cuñas en las articulaciones, congelarle la lengua, secarle el cerebro e inmovilizarle los ojos. Los dedos del acordeonero subieron temblando por el torso rígido, el brazo pétreo, el cuello endurecido. La creyó muerta. Encendió la lámpara, gritó su nombre, abofeteó los hombros de mármol. Pero el corazón latía, bombeando la sangre por los tubos de las venas hasta hacer vibrar la caja de resonancia de las costillas, y eso le animó a creer que el mal era un ataque transitorio que pasaría al llegar el alba; pero no fue así.

En unos días quedó claro que aquella parálisis era un mal que le había echado encima alguna potencia colérica, la voluntad de un enemigo que no quería dejarla salir del pueblo, porque había sido una mujer sana, sin más taras que algún que otro ataque desde la infancia y una nube en un ojo, lesionado por una almendra lanzada al aire mientras bailaba en el banquete de boda. Nunca había estado enferma, al día siguiente de parir ya estaba en pie llevando su casa con autoridad. Su recia voz de contralto estaba hecha para dar órdenes. Su padre, cuando era pequeña, la llamaba «el General». Una persona así tiene enemigos.



El acordeonero estaba dispuesto a tirarse por un barranco o correr al desierto, pero sólo quería que alguien le dijera qué tenía que hacer. Apeló a su suegra.

La madre de la paralizada cruzó los brazos. Fue como si un enano poderoso con voz de bajo hablara desde dentro del pellejo amarillo. «Vete. Tres años. Haces fortuna y vuelves. Nosotros la cuidaremos.

Es mejor que vaya primero el hombre solo». Los húmedos ojos oliváceos divagaron.

El padre cabeceó ligeramente para manifestar que el consejo era sensato. Su hijo mayor, Alessandro, había emigrado a Nueva York dos años antes y les mandaba cartas con dinero, cartas donde describía su elegante vestuario, su posición, su bonita bañera nueva (la bañera en la que fue fatalmente agredido pocos años después por un bohemio, ciego de ira porque Alessandro le había dado una patada a su hijo por alborotar en la escalera; aun entonces los viejos negaron que sobre su familia pesara una maldición).

Las hijas del acordeonero, llorosas por no ir en barco a La Mérica, fueron repartidas entre las tías. Silvano, el único chico —concebido en domingo—, tenía once años, edad suficiente para trabajar el día entero; sería el único que acompañase a su padre. Las chicas le miraban con odio.

Otra que sufrió de resultas de estos acontecimientos fue la hermana menor de la agarrotada, también una niña, que fue a quien le tocó insuflar gachas entre aquellos labios rígidos, extraer los paños hediondos de debajo de los orificios rezumantes de su hermana, cambiar de posición el cuerpo consumido y llagado, instilar agua limpia en los ojos secos, invidentes.

## **El muchacho atento**

Padre e hijo partieron bajo las pálidas estrellas del alba; descendieron la cuesta con paso saltarín, alejándose de la mujer paralizada y de las miradas desasosegadas de sus parientes y de las chicas resentidas, dejando atrás la piedra en forma de colmena que marcaba el límite del pueblo. El acordeonero acarreaba sobre sus espaldas el baúl, sus herramientas y el instrumento, en una especie de arnés hecho de sogas anudadas. El chico,

Silvano, iba doblado bajo una zamarra enrollada y una manta gris y una talega llena de queso y hogazas de pan. El pueblo se perdió de vista para siempre en menos de setenta pasos.

Caminaron durante dos días, tomaron un transbordador sobre el agua que chispeaba punteada de blanco, y luego siguieron esforzadamente hasta una estación de tren. Durante este trayecto el padre apenas habló, primero pensando, con lágrimas que le deformaban la vista, que su mujer había sido la tela de su camisa y la saliva de su boca, y después refundiendo la situación en el duro refrán masculino:

A quien Dios quiere, la mujer se le muere. Por desdicha, su mujer ni vivía ni se había muerto. El chico, desgarrado, humillado por el silencio de su padre, ya no hacía preguntas, pero al acercarse a los pueblos se llenaba los bolsillos de chinas para tirar a los perros que enseñaban los dientes.

Parecía que Sicilia se estuviera desbordando como harina de un saco reventado. La estación de tren era un hervidero de gente que gritaba, gesticulaba, arrastraba maletas y cajas de madera de acá para allá, agolpada desde la entrada de la estación hasta el andén, a su vez un atasco de parientes abrazados y agarrados de los hombros, una tempestad de telas palpitantes, los pañolones de las mujeres doblados en triángulo y atados bajo la barbilla, geometrías brillantes contra la masa de espaldas negras.

Padre e hijo subieron al tren y esperaron que echase a andar en compañía de moscas zumbadoras y pasajeros que pugnaban por subir y bajar. Se cocían en sus trajes de lana. La gente del andén parecía loca. Las mujeres sollozaban y lanzaban los brazos al aire; los hombres aporreaban hombros y brazos de los hijos que se iban; los niños aullaban y se colgaban de las faldas con tanta fuerza que rompían la tela; los rorros arrancaban el pelo a sus madres. Los revisores, los empleados del ferrocarril, daban voces echando atrás a los que no llevaban billete. A lo largo del tren los viajeros se derramaban por las ventanillas para apretar y besar manos por última vez, con las bocas contraídas por el dolor.

El acordeonero y Silvano, sentados, contemplaban el espectáculo sin decir nada. Cuando el tren se puso en marcha, se alzó un clamor: los del andén miraban alejarse los coches, y ya los rostros queridos se les mudaban en máscaras enigmáticas de extraños.

Un hombre de avanzada edad, flaco como un cadáver, vestido con un traje descolorido, salió del gentío y echó a correr junto al tren. Los garfios

de su mirada engancharon a Silvano. Muchas veces se le quedaban mirando los desconocidos, contemplando sus mofletes y sus párpados caídos, aquella cara extraña para un niño, con algo de español o de moro en los ojos ribeteados de rojo. El hombre gritó algo y lo repitió, gritando y corriendo mientras el tren tomaba velocidad; corría con patas de araña por el terrero de la vía, y cuando llegó una curva y el tren se apartó, el chico miró atrás y vio que el hombre seguía corriendo muy rezagado, hasta que por fin quedó a gatas, inmóvil, entre el humo que caía de la locomotora.

—¿Qué decía? —quiso saber el padre.

—Decía que le dijera a Silvano..., yo creí que se refería a mí..., al otro Silvano que le mandara dinero. Que se iba a morir si no salía de aquí.

El acordeonero rechinó los dientes y se santiguó. Le daba repelús que un extraño llamara a su hijo por su nombre pidiendo dinero. Pero el que iba a su izquierda, un muchacho robusto que acababa de subir al tren, un tipo feo con los dientes de delante separados y la nariz aplastada, le tiró de la manga.

—¡Yo le conozco! ¡Pazzo, pazzo! ¡Ese chalado viene al andén todos los días y sigue al tren gritando que le digan a su hermano que le mande dinero para irse a Nueva York! ¡Pazzo! ¡Si no tiene ningún hermano! ¡Su hermano se murió hace cien años, aplastado por los cascos de un caballo en La Mérica! Y ustedes, ¿van allá?

El acordeonero sintió el placer de una pregunta directa; el impulso de hacer confidencias le animó.

—A Nueva York. Mi mujer y mis hijos, todos íbamos a ir, pero hace dos meses, figúrese, hace sólo dos meses, mi mujer se quedó hecha una tabla, agarrotada por una horrible enfermedad, conque vamos sólo el chico y yo. No está muerta, vive, pero no puede moverse. Nuestro plan era ir a La Mérica, poner un pequeño comercio de música, de instrumentos y reparación. Yo soy fabricante de acordeones, y también un poco músico, sabe usted, toco en las bodas, en los santos. Sé un centenar de tonadas. Un acordeonero sabe sacarle bien la voz al instrumento. Pero construir el acordeón es mi destino. Yo entiendo este instrumento, lo siento. También sé reparar otros: un violín agrietado, las mandolinas, un tambor roto.

Abrió el estuche para enseñar el barniz impecable del instrumento, sus botones pulimentados. Hizo sonar un acorde floreado, esparció una rociadura de notas para demostrar la calidad superior del tono a aquel

muchacho, no para tocar, porque estando tan grave su mujer no parecía decoroso. Tenía la impresión de que debía comportarse como un viudo. Lo volvió a meter despacio en el estuche de piel de cabra y ató los cierres.

— ¡Muy bonito! ¡Un instrumento muy hermoso! Yo tengo primos que lo tocan, pero no tienen nada ni de lejos tan bueno. A uno de ellos, Emilio, le hirió el año pasado un hombre que estaba tan congestionado por los celos que luego se murió de una apoplejía. ¡Puede que a usted le vaya bien en Nueva York! Puede que no. Nueva York atrae a los italianos del norte, a los *liguri* engreídos. ¡Está lleno! ¡Allí hay muchos músicos, muchos acordeoneros! ¡Hay ya una tienda de música enorme en la calle Mulberry donde venden rollos de pianola y toda clase de cosas, libros, gramófonos, mandolinas, partituras! ¡En Nueva York el invierno es atroz, se te hiela la carne sobre los huesos, nieva! ¡Vientos de una ferocidad inimaginable! ¡Allí los sicilianos viven en casas viejas, apiñados como pajas en gavilla! ¿Nueva York? ¡Allí todo es frío, ruido y prisas! ¡Yo he vivido un año en Nueva York! ¡Insoportable! ¡Fue en Nueva York donde el hermano del chalado murió arrastrado por un caballo, un caballo furioso porque las temperaturas árticas le habían vuelto loco! ¡Usted debería hacer lo que yo; yo voy a Luisiana, a Nueva Orleans! ¡Un clima suave como la piel de un recién nacido! ¡Una tierra más negra que la pupila del ojo, de una fertilidad increíble! ¡Allí hay sicilianos en toda clase de ocupaciones! ¡Los barcos camaroneros y ostreros! ¡Inmensa oportunidad! ¡Ninguna tienda de música como la que usted dice! ¡Se echa en falta muchísimo! ¡A la gente de esa ciudad le encanta la música! ¡El Golfo es un cuerno de la abundancia: camarones tan gordos que sólo caben dos en la mano, ostras como tortas y dulces como la miel, pescado de todas clases, y una nuez muy rica, la pacana, que crece sola en cualquier sitio! ¡Los barcos fruteros dan trabajo al momento! ¡Usted podría ganar enseguida lo suficiente para abrir la tienda de música! ¡Piénselo! ¡Es bajar del barco, dar tres pasos por el muelle y en dos minutos ya se ha colocado cargando cajas de naranjas! ¡El que le contrata habla siciliano, le entiende a usted! ¡Antes de dormir su primera noche en La Mérica ya ha ganado dinero, más dinero del que vería en una semana, en un mes, en Sicilia! Pero ¿quizá tienen ustedes parientes que les esperan en Nueva York, quizá tienen primos y muchos hermanos, quizá tienen *relaciones* que les van a ayudar a hacerle la competencia a la tienda

de música inmensa de la calle Mulberry? ¿Quizá tienen ya el dinero suficiente para abrir su tienda de música inmediatamente?

Encendió un cigarrillo y ofreció otro al acordeonero, que lo tomó dando efusivas gracias.

No, no, no tenían a nadie, dijo, repudiando al detestado hermano político, Alessandro, el de la cara de trapo sucio. No quería verle, a aquel Anticristo. A fin de cuentas no era de su sangre. No, dijo al muchacho; su hijo no tenía especial aptitud para la música, pero se le daban muy bien las matemáticas. Lo mismo en barcos que en tiendas de música sería de provecho. El acordeonero se inclinó hacia delante y preguntó: ¿Qué más me cuenta de Nov' Orlenza, de Luigiana? ¿La gente tiene auténtica afición a la música? El humo aromático formaba una nube en torno a sus cabezas.

Novato, pensó el chico. Otro más entre miles y miles. No se contaba a sí mismo.

Todo el camino hasta Palermo, mientras el tren bajaba a tirones la larga pendiente hacia el mar, el muchacho se entretuvo en cantar las alabanzas de Luisiana y en inventarse músicos que por falta de reparaciones competentes tocaban instrumentos hechos una cascarría y tenían que cantar *a cappella* porque no había acordeones para acompañarles, hasta que el acordeonero no entendió cómo podía haber pensado seriamente en el frío lobuno y las colmenas humanas de Nueva York, una Nueva York habitada por el fantoche de Alessandro —la única persona del mundo que se empeñaba en seguir llamándole Ojos de Pollo—, cuando tenía aguardándole una ciudad de músicos desesperados. En Nov' Orlenza trabajaría en lo que fuera, descargaría plátanos, haría juegos malabares con limones, desollaría gatos, para ir guardando hasta el último céntimo: *penny*. En el bolsillo tenía el nombre de una pensión y un plano dibujado por el muchacho del tren, que ya había embarcado en otro barco más rápido; ¡eran tantos los barcos que zarpaban de Palermo para América! El muchacho había jurado que saldría a esperar su barco en Nov' Orlenza, que les ayudaría a situarse. El plano era sólo por si no se encontraban.

Y así fue como el acordeonero tomó un rumbo fatal.

## La tierra de los caimanes

En Palermo dudó. El pasaje a Nueva Orleans era más caro que a Nueva York. Él había pensado utilizar el dinero ahorrado en los pasajes de la esposa paralizada y las hijas como pequeño fondo inicial para la tienda de música. De todos modos sacó los billetes, cuarenta dólares cada uno, porque conducía su vida como todo el mundo, a golpes de futuro imaginado.

El muelle de Palermo hervía de inmigrantes. El acordeonero y Silvano se quedaron a un lado, con el baúl entre los pies del hombre y el instrumento sobre sus espaldas. Ya soñaba con verse en el taller encalado, ante la mesa con las herramientas, repasando una lista de encargos de acordeones. Al fondo adivinaba una mujer difusa, tal vez la paralizada devuelta a la acción, tal vez una americana de tez blanquísima.

A Silvano le repugnó el ajetreo del muelle. Era como si hubieran rascado toda Italia con una gran espátula y depositado aquella costra humana al borde del puerto grasiento, una multitud agitada que era mil veces mayor que en la estación de tren. Por todos lados había gente, unos erguidos y otros doblados: un hombre envuelto en una manta sucia y dormido sobre los adoquines con la cabeza apoyada en una maleta y un cuchillo en la mano inerte, niños que lloraban, mujeres que plegaban manteos oscuros y reataban preocupadas las cuerdas alrededor de cajas abolladas, hombres sentados en cestos de enseres royendo picos de pan, viejas enlutadas con el pañuelo anudado bajo el mentón hirsuto, y chiquillos que correteaban con la ropa al viento, locos de excitación. Él no se les unió, se limitó a mirar.

Hora tras hora la ruidosa y pesante masa fue reptando al barco por la pasarela, arrastrando fardos y valijas, paquetes y talegas de fuelle. La fila de gente discurría por cubierta hasta una mesa donde un empleado picado de viruelas iba formando grupos de ocho, partiendo familias y juntando a extraños, todo era lo mismo para él; y al hombre más alto de cada grupo le daba una boleta numerada que indicaba el lugar que les correspondía a la hora del rancho. Los ocho, conocidos o desconocidos entre sí, quedaban unidos por la boleta de las comidas durante miles de kilómetros de mar. Del grupo del acordeonero formaban parte una vieja desagradable con cara de media luna y sus dos sobrinos, que hablaban como cotorras.

El acordeonero y Silvano descendieron tres cubiertas hasta el sollado de los hombres, largas filas de literas como baldas de madera en un almacén.

Ellos tenían literas de las de arriba, un resquicio donde dormir y guardarlo todo: el baúl y el acordeón, la zamarra enrollada y la manta gris. Los quinqués arrojaban un fulgor flemoso, sombras que oscilaban como ahorcados, una luz incierta y espasmódica que suscitaba dudas y animaba a creer en los demonios. En Palermo habían visto la calma segura de la luz eléctrica.

(El olor a queroseno, agua de sentina, metal, pintura de barco, el hedor de hombres nerviosos, ropa sucia y grasa humana, mezclado con el sabor salado del mar, se grabó en la sensibilidad de Silvano: un efluvio que más tarde le resultaría familiar en los barcos camaroneros de Texas, y que ni siquiera borró el tufo rancio de crudo y gas en sus tiempos de peonaje, en las primeras décadas del nuevo siglo. Estuvo una temporada trabajando en las brigadas de bomberos de los patios de tanques, disparando balas de cañón contra depósitos incendiados para hacer salir el petróleo a los fosos circundantes antes de que explotaran. Pasó a Spindletop, el Glenn Pool de Oklahoma; tuvo un atisbo de Pete Gruber, el Rey del Petróleo, con su traje de serpiente de cascabel de un millón de dólares; trabajando bajó la Ruta del Oro de Tampico a Potrero y al lago Maracaibo de Venezuela, y allí se le acabó la partida, un día que se acuclilló en la jungla para hacer sus necesidades y la flecha de un indio hostil le atravesó la garganta). El acordeonero advirtió a Silvano que la travesía sería movida y le haría vomitar todo el tiempo, pero cuando se alejaron de Palermo, de Sicilia, de Europa, y entraron en las aguas del mundo, encontraron una zona de buen tiempo. Día tras día el sol doraba las olas; el mar estaba en calma, sin cabrillas ni rompientes; innumerables crestas aceitosas proyectaban harapos de espuma. De noche aquel encaje acuoso refulgía y rielaba con un verdor luminiscente. El barco surcaba el mar con rumor sibilante, y Silvano clavaba los ojos en un cielo de tinte tan hondo que en las simas purpúreas veía reptar enjambres de larvas, gestación de las estrellas o del viento. Cada mañana los pasajeros salían de las profundidades del barco como gorgojos de un tocón y se esparcían al sol; las mujeres cosían y hacían encaje, los hombres se ocupaban en algún trabajo manual y se contaban sus planes, dando paseos y más paseos para prevenir los retortijones del estreñimiento. Casi todo el mundo comía en cubierta, huyendo del comedor nauseabundo. La bazofia del barco se metamorfoseaba en algo bueno cuando de las maletas empezaban a salir tomates secos, ajos, chorizos, queso curado. El



acordeonero interpretaba la calma del mar como señal de que su suerte había cambiado; encendía un cigarro y lo fumaba con delectación, tocaba el acordeón por las tardes. Ya le habían sonreído unas cuantas mujeres, y una le había preguntado si sabía «L'Atlantico», tarareando la ondulante melodía. Él respondió que quería aprenderlo si ella hacía de maestra.

De los miembros de la tripulación y pasajeros que habían estado allí o leído cartas de viajeros anteriores empezaron a gotear historias de Nueva Orleans: una ciudad en forma de cimitarra incrustada en la curva del gran río donde el musgo pendía como barba de los árboles, donde el agua color té de los *hayous* albergaba caimanes y la gente de ébano holgazaneaba por las calles, donde los muertos yacían al aire en lechos de mármol y los hombres caminaban con la pistola en la mano. Un marinero le enseñó a Silvano a decir *ais crima*, que era una clase de dulce congelado, raro y delicioso, que se hacía con una máquina complicada y mucho trabajo.

El muchacho del tren había dicho que en Nueva Orleans se entendía bien su idioma, pero a la hora del rancho la vieja que había vivido en Nueva Orleans, cuyo hijo y familia habían muerto de no se sabía qué pestilencia, que había vuelto a Sicilia en busca de sus dos sobrinos y ahora regresaba con ellos, les aconsejaba olvidarse del dialecto siciliano, hablar italiano en su lugar y aprender el americano cuanto antes.

—Los italianos dicen que los sicilianos hablan en germania para tramar crímenes delante de sus narices. Los americanos creen que italianos y sicilianos son lo mismo y les odian por igual, les maldicen como a monstruos de maldad. Para hacer fortuna hay que dominar el idioma americano.

Palabras para romper los dientes, pensó el acordeonero. Ella le miró como si le leyera el pensamiento.

—Le veo en la cara que usted no lo va a aprender.

—¿Y usted? —replicó él—. ¡Usted seguro que lo habla muy bien!

—He aprendido muchas palabras —dijo ella—. De mi hijo y mis nietos. Ahora aprenderé de mis sobrinos. En América el orden natural del mundo anda del revés y los viejos aprenden de los niños. Prepárese, acordeonero.

En los últimos días de travesía, al rodear la punta de Florida y entrar en el golfo de México, llegó hasta ellos el olor almizclado de la tierra. Habían cruzado una barra invisible; ya no iban de partida sino de llegada. El

acordeonero sacó su instrumento a cubierta y tocó, y cantó, al estilo atiplado y asfixiante de su pueblo:

*Ya llegamos a La Mérica;  
adiós a nuestro hogar de la niñez.  
Aquí empieza la vida de verdad.  
Aquí encontramos dinero y respeto,  
y buenas casas y camisas de lino.  
Aquí príncipes vamos a ser.*

Uno de la tripulación cantó una canción cómica americana —«¿Dónde estará mi perrito?»—, pero el acordeonero se negó desdeñoso a intentarla y contraatacó con «Sicilia mía». Su postura recia, su vellosidad, su voz desesperada y el sugestivo resuello del acordeón atraieron un corro de mujeres y niñas. De todos modos, él creía en un infierno donde los pecadores estaban sentados a horcajadas sobre guardas calentadas de llaves gigantes y servían de badajo en campanas ardientes.

Enfilaron el delta; aspiraron su olor a fango y humo de leña bajo nubes de atardecer, rizos de oro sacados con el peine de poniente o estambres empolvados de una flor de ancha garganta. En el crepúsculo veían luces que parpadeaban en los canalizos, oían a veces un bramido espeluznante: los caimanes, dijo un marinero; no, una vaca atrapada en el fango, dijo la mujer de los sobrinos. Los inmigrantes se agolparon contra la barandilla cuando el barco entró estremeciéndose en el río Mississippi, entre las pinzas de tierra. Silvano estaba al lado de su padre. Una luna roja despuntaba despacio por el este. En la orilla el chico oyó resoplar a un caballo. Horas antes de Nueva Orleans les llegó el tufo de la ciudad, fetidez de pozos negros mezclada con olor a azúcar quemado.

## **Un demonio en la letrina**

Nada sucedió como el acordeonero había imaginado. El joven del tren no estaba en el muelle. Le esperaron horas y horas, mientras los demás pasajeros desaparecían en las calles llenas de gente.

—Un amigo de verdad es más raro que una mosca blanca —dijo el acordeonero con amargura. Silvano miraba boquiabierto a los negros, y sobre todo a las negras, que llevaban la cabeza envuelta en un turbante como si bajo el paño enrollado escondieran esmeraldas y rubíes y cadenas de oro. Con el plano del muchacho se orientaron mal que bien por las calles ruidosas y atestadas, y encontraron la calle Decatur, pero el número dieciséis no existía: allí no había otra cosa que leños achicharrados entre una maleza lujuriente, un hueco en la fila de miserables casas de vecindad. El acordeonero se armó de valor y abordó a un hombre que venía hacia ellos y parecía siciliano; por el pelo, por lo menos, parecía siciliano.

—Disculpe, estoy buscando una pensión en el número dieciséis, pero parece que aquí no hay ningún edificio...

El hombre no contestó y escupió a su derecha al pasar. Silvano vio el castigo por no saber americano. Aquel hombre debía de ser americano, uno de los que despreciaban a los sicilianos.

El acordeonero, desinflado, dijo a Silvano: «Tonto del culo, ojalá se vea comiendo hierbas regadas con pis de borrachos». Con sus fardos y el baúl a rastras volvieron al muelle; allí estaba el barco que habían dejado hacía solo unas horas. Silvano reconoció a algunos miembros de la tripulación, que devolvieron su mirada ansiosa con desinterés. Uno gritó algo obsceno en americano. Silvano experimentó la ira impotente del preso del idioma. Su padre no pareció darse cuenta.

La oficina de empleo descrita por el joven del tren era una barraca azul en la punta del muelle. Apoyados en maderos y cajas, una docena de hombres, blancos y negros, escupían tabaco y fumaban cigarros, y les miraron de hito en hito al acercarse. Dentro, un perro con collar de hierro yacía tendido debajo de una silla, y un hombre con la nariz hinchada y magullada que se presentó como Graspó, escobajo, les habló en una lengua que entendían, pero con arrogancia y desconfianza, exigiéndoles sus papeles, preguntando sus nombres, el nombre de su pueblo, los nombres de sus padres, el apellido de la mujer, a quiénes conocían y por qué habían venido. El acordeonero enseñó el plano, habló del muchacho del tren que les había dado las señas de la pensión, describió los leños carbonizados,

dijo que no conocía a nadie y que quería trabajar en los barcos o en los muelles.

—¿Cómo se llamaba ese hombre del tren?

Pero por supuesto el acordeonero no lo sabía. Al cabo de un rato Graspó se suavizó, aunque su tono siguió siendo altanero y condescendiente.

—No es tan fácil como tú crees, *contadino*—, lo de trabajar aquí tiene su intrínquilis, hay mucha gente fuerte a la greña. A veces hay problemas, corren tiempos difíciles. Los sicilianos sufrimos mucho. Tenemos que ayudarnos unos a otros. Pero yo te puedo dar el nombre de una pensión que hay en Little Palermo, en el número cuatro de la calle Mirage, que es barata y está bien situada para trabajar. Quizá te pueda encontrar algo en los barcos fruteros, para ti y para el chico. Veréis que son los irlandeses y los negros los que se llevan la mejor parte, los que estiban el algodón. El humilde italiano (porque aquí a los sicilianos se les considera italianos y eso también te lo tienes que tragar) tiene que contentarse con ser cargador de muelle. —Se aclaró la garganta y escupió—. Para ti el coste son tres dólares, para el chico dos, y la dirección de la pensión es gratis. Sí, me pagas a mí. Yo soy el *bossó*. Así se funciona en América, *signor emigrante siciliano*. Tienes que pagar para que te paguen. No sabes nada, no conoces a nadie, pagas por tu educación. Yo te ofrezco esa educación por una modesta cantidad.

¿Qué opción tenía? Ninguna, ninguna. Pagó el dinero, volviendo la espalda a Graspó mientras extraía las monedas extrañas de la faltriquera de piel de cabra, ya manchada de sudor. Graspó le dijo que fuera a la pensión para arreglar el alojamiento y volviera por la mañana para la contrata; si tenían suerte habría trabajo. El acordeonero asintió, asintió, asintió y sonrió.

—En la pensión te preguntarán qué trabajo tienes. Enséñales este papel y diles que trabajas para el *Signor Banana*. Ajá.

Encontraron la pensión en Little Palermo, un barrio ruidoso que era igual de malo que cualquier suburbio de Sicilia, sólo que aquí vivían negros además de sicilianos e italianos. La calle Mirage era una sucesión de mansiones francesas deterioradas que soltaban pedazos de pizarra como caspa, y cuyas opulentas estancias habían sido partidas en tabucos, con listones de madera de pino que bisecaban angelotes de escayola, un salón de baile tabicado en veinte cuchitriles ruines. El número cuatro era un sucio edificio de ladrillo oscurecido por cuerdas entrecruzadas de ropa gris puesta

a secar y circundado de balcones que se venían abajo. En algún sitio ladraba un perro.

(Años después en los campos de petróleo no era el hecho horrible lo que Silvano recordaba, sino aquel ladrido incesante de un animal invisible que no paraba ni de día ni de noche. Un perro americano. En Sicilia lo habrían sacrificado por desobediente). El patio estaba hasta arriba de basura: camas destrozadas, maderas de desecho, montones de conchas de ostra, asas de maleta y trapos ensangrentados, latas y cacerolas agujereadas, platos rotos, orinales medio llenos de agua verdinosa, tirantes de arnés endurecidos por la intemperie, un sofá de crin sin patas y tapizado de moho. En una esquina había una letrina pestífera, la *baccausa*, para toda la hueste que habitaba el edificio. Cuando el acordeonero quiso entrar en la *baccausa*, tuvo que echarse *atrás con arcadas*; el montículo de excrementos sobresalía del agujero. En el rincón había un palo sucio para empujarlo un poco. Más tarde observó que algunos de los residentes se acuclillaban como perros en el patio para evacuar el vientre, y en aquel muladar jugaban los niños.

—Escucha —dijo a Silvano—, no entres ahí. Hay un demonio en esa letrina. Busca otro sitio. ¿Qué sé yo dónde? En cualquier caso, es mejor que te aguantes todo lo que puedas para sacar el mayor provecho posible de la comida que te compro. —Y así empezó para Silvano una vida de estreñimiento crónico y retortijones.

Subieron los peldaños astillados de la escalera hasta el último piso, con cuidado de no acercarse al pasamanos vencido.

—Aquí se vive a lo grande, amigo mío —dijo el patrón con voz risueña. El cuarto era poco mayor que un armario y estaba asqueroso. Había dos camas de tabla, y sobre ellas sendos anaqueles largos, uno parcialmente ocupado por las pertenencias de un hombre con quien tenían que compartir aquel espacio. Era un sordo que no daría guerra, dijo el patrón. Silvano dormiría en el suelo sobre la zamarra. El acordeonero palpó el yeso cuarteado, pateó las tarimas sueltas. De un cuarto cercano llegaron insultos, una bofetada, otra, gritos ahogados y golpes. Pero Silvano estaba encantado con la ventana, dos vidrios claros sobre una onda ambarina de vidrio teñido. Podían turnarse, dijo, para mirar por encima de los tejados al río cremoso por donde subían y bajaban los barcos haciendo ruido. En la ventana zumbaban las moscas, y sus cascarillas acumuladas cubrían el vidrio hasta una altura de un par de dedos.

Pero cuando bajó corriendo la escalera oscura y rechinante, tres chicos le acorralaron en un rellano. El de la cara boba y la boca torcida parecía el menos peligroso, pero mientras los otros brincaban dándole de codazos, aquél se le colocó detrás, entrelazó los dedos, y levantando las manos unidas le tumbó de un pescozón que le hizo caer de rodillas. Silvano rodó entre las piernas del de la cara boba, pero alzó la mano y retorció la carne blanda de dentro del muslo, a pesar de tres patadas en la cara que le desollaron la mejilla contra el suelo áspero. Una puerta del rellano se abrió de golpe, y un agua fría y grasienta les cayó encima; un repicar de lata y una cascada de cucharas y tenedores acompañó la huida de los tres atacantes escaleras abajo, volviendo la cabeza para echar pestes.

## Cañamiel

El patrón, gordo y tullido, con un solo pie y ciego de un ojo, de tez gris y tersa como el fondo de una barca, las manos y los brazos cruzados de cicatrices de cortar caña, les cobró el dinero de la primera semana. Dijo llamarse Cannamele, cañamiel, de los viejos tiempos en que trabajaba en las plantaciones de caña de azúcar, antes de aplastarse el pie en el molino. La punta de una hoja de caña le había desgraciado el ojo.

—Pero mira, tenía yo una fuerza en las manos como para sacar agua de las piedras. —Y al decirlo hizo ademán de estrujar. Cuando supo de qué pueblo eran le embargó la emoción, porque según dijo él había nacido dos pueblos más allá. Les pidió noticias de mucha gente. Pero ninguno de los apellidos que iba citando sonaba conocido, y al cabo de un cuarto de hora estaba claro que Cannamele había confundido su pueblo con otro. De todos modos quedaba establecida cierta cordialidad, un nexo. Cannamele se sintió en la obligación de explicar cómo andaban las cosas.

Aquí, a Little Palermo, dijo, los americanos no venían nunca. Aquí estaban arrebujaos todos los dialectos y regiones de Italia y Sicilia, gente de las montañas y de las fértiles llanuras del pie del Etna, de la Italia del norte, de Roma, de Milán incluso, pero esos orgullosos se marchaban en cuanto podían. Le contó al acordeonero que la letrina debían vaciarla todos los meses unos negros que sacaban a paladas la mierda hedionda y se la

llevaban en carros, pero hacía tiempo que no venían, no se sabía por qué. A lo mejor venían al día siguiente. ¿Así que Graspó le había prometido trabajo? Graspó era de los Mantrangas, estibadores que estaban enfrentados con otros *padroni* rivales, los Provenzanos, en una guerra encarnizada por el control de la contratación de mano de obra para los barcos fruteros. Los irlandeses y los negros, los que estibaban el algodón, eran los mejor pagados; los sicilianos e italianos tenían que coger las sobras, los puestos de cargador de muelle, pero por lo menos salían mejor parados que los peones, que eran todos negros, jabalíes de río vagabundos, cubiertos de cicatrices pálidas. En cuanto a esos negros, si el acordeonero tenía ojos en la cara, vería por sí mismo que la mayoría era miserable y menesterosa, y su supuesta libertad un escarnio. Aun así, en los muelles de Nueva Orleans tenían ciertos derechos que a menudo obraban en contra de los sicilianos e italianos; allí los estibadores de algodón negros valían como el que más de los inmigrantes. Los astutos americanos sabían muy bien enzarzar a unos con otros. El otro ocupante de su habitación, el sordo llamado Nove, nueve, porque había perdido un meñique de un mordisco en una pelea, era estibador. En cuanto al *Signor* Banana, era el estimado y acaudalado Frank Archivi, nacido en Nueva Orleans de padres sicilianos pobres, americano de nacimiento, y quién sabe si de no haber enloquecido de dolor cuando tenía veinte años, habría sido barquero u organillero en vez de propietario de una compañía naviera, un hombre que controlaba el próspero negocio de la importación de frutas.

—Figúrate, llevaban casados una semana cuando su mujer se murió de un camarón que se tragó al reírse (nunca te rías comiendo camarones), y Archivi, el muy loco, con los ojos rojos como fogatas, se fue de noche a la sepultura y sacó el cadáver maloliente, y se lo llevó a rastras por la calle, besando los labios putrefactos hasta que se desmayó. Estuvo un mes con fiebres, y cuando volvió en sus cabales era un hombre frío como un glaciar, al que sólo le interesaba el dinero. Y ahora Archivi, Archivi son plátanos y frutas de Latinoamérica, limones y naranjas de Italia. Archivi son tratos y es iniciativa, y el trabajo duro que hace una fortuna, una fortuna que crece y engorda. Si quieres ver a Archivi, mira los carros de los vendedores ambulantes. Es propietario de barcos, almacenes, miles de personas trabajan para él, se mueve en las altas esferas de la sociedad de Nueva Orleans, es importante en la política. Ha estrechado la mano de John D. Rockefeller. Es



un Rockefeller de la fruta. Cada pieza de fruta que llega a estos muelles está controlada por Archivi. Convirtió su dolor y su locura en dinero. —El acordeonero escuchaba ávidamente—. Es valiente y ágil, luchó contra los partidarios de la Reconstrucción. Tú harías bien en estudiarle, *americanizzarti* como ha hecho él. Cuando los negros intentaron echar a los sicilianos del trabajo en los muelles, él marchó contra ellos a la cabeza de un ejército de estibadores. Yo lo vi. Hubo sangre y ganó Archivi, te lo aseguro, ganó. ¿Tú tienes una navaja? Bien. Pues tienes que conseguirte también una pistola. Es necesario. En Nueva Orleans tiene uno que defenderse todos los días.

Archivi, dijo, se movía con seguridad en el mundo de los americanos.

—Pero no te molestes en tocar el acordeón para él. Es un hombre de gustos musicales refinados, prefiere los conciertos y la ópera. Por otra parte, alégrate, porque entre la gente que trabaja en el muelle hay muchos músicos. Nueva Orleans es la reina de la música, la reina del comercio. —Y cantó unas frases enrevesadas de una canción que el acordeonero no había oído nunca, una canción cojitranca y retorcida.

—Yo tengo el proyecto de poner una tienda de música —confesó el acordeonero—. Seré el Archivi de los acordeones.

Cannamele se encogió de hombros y sonrió; cada cual con su ilusión. Él había pensado poner un banco, en primer lugar para los sicilianos, pero después...

Era verdad, los vendedores de fruta que cada día se repartían por la ciudad con la ropa llena de manchas exhibían en sus carros una extraordinaria diversidad de frutas. Silvano contó veinte clases en el camino de la pensión al puerto: cerezas gordales de jugo como sangre, melocotones amarillos, caquis anaranjados y sedosos, carretillas de peras, naranjas panameñas, fresones que por forma y tamaño parecían un corazón de Jesús. Los carros de limones ponían luz en las calles oscuras. Cierta día un vendedor, conmovido por su mirada de hambre, le regaló un plátano pasado, con la piel negra y dentro la plasta levemente alcohólica de la pulpa estropeada.

—*Scugnizzo*, tu madre debió tener antojo de esa fruta cuando te llevaba dentro. Suerte que no saliste con la señal de un plátano en la cara. — (Cuatro años después este vendedor emigró a Saint Louis y puso una floreciente fábrica de macarrones, la American Pasta, y murió rico). Sí que

tenía Silvano una marca de nacimiento, pero era en la tripa y en forma de sartén, de ahí su hambre a todas horas.

## **Plátanos**

Graspo empezó poniéndoles a descargar plátanos, grandes racimos verdes que pesaban como piedra, un peso brutal incluso para las espaldas anchas y musculosas del acordeonero. La paga por doce horas de trabajo era un dólar y medio. Silvano recorrió seis metros tambaleándose bajo un racimo y se desplomó; no tenía piernas para semejante carga. Graspo le puso, por cincuenta centavos diarios, a recoger los plátanos que caían de los troncos rotos y aplastar las tarántulas peludas y las culebritas que salían de los montones; Silvano, lleno de miedo, las atizaba con un palo.

Kilómetros y kilómetros de muelles y malecones ribeteaban el río en una atmósfera fétida de agua insalobre, especias, humo, algodón enmohecido. Cuadrillas de hombres, negros o blancos, apilaban las pacas de algodón en grandes montones como pirámides inacabadas; otros las rodaban hacia los barcos cuyas chimeneas se sucedían en la lejanía neblinosa como un bosque de árboles sin ramas. Hombres de dos en dos apilaban los rollizos, ciudades en bruto esperando ser claveteadas en las praderas río arriba, y grupos de cuatro negros los escuadraban. Río abajo los barcos camaroneros descargaban cestas de crustáceos brillantes. En los cavernosos almacenes los hombres movían más algodón, barricas de melaza y azúcar, tabaco, arroz, tortas de semillas de algodón, frutas; sudaban en los patios donde las grandes balas se comprimían en pacas de doscientos kilos. Por doquier había hombres acarreado cajas, rodando barricas, apilando zocata para los voraces barcos de vapor, que se tragaban quinientas cuerdas de leña en el trayecto de Nueva Orleans a Keokuk. Una cuadrilla que rodaba barricas cantaba:

*¡Rueda! ¡Rueda! ¡Rueda!*  
*¡Sólo pido lo que me corresponde!*  
*¡Dos comidas y descanso de noche!*  
*¡Rueda! ¡Rueda, chico, rueda!*

El estrépito del comercio era una algarabía infernal de golpeteo de cascots y rezongo de llantas sobre tablones, chiflar de silbats y resoplar de máquinas, bufido de calderas y martilleo y retumbo, las voces de los capataces y las musicales llamadas y respuestas de las cuadrillas y los vendedores de quingombó y cucuruchos de quisquillas y pegajosos y grumosos pralinés, el crujir de los carros de leña y los gritos ahogados con que arreaban a sus bestias los carreros que llevaban provisiones a los barcos, todo fundido en un runrún intenso y narcótico.

Entre toda aquella gente, los estibadores del algodón eran los reyes del puerto: ganaban seis dólares diarios. En cuadrillas de cinco tiraban los cigarros a medio fumar y bajaban a las bodegas de los barcos, armados con sus gatos de carraca, y esperaban a que los cargadores izaran las pacas de algodón del muelle y una por una las descolgaran a la bodega. Los estibadores cogían las pacas y las apilaban a todo lo alto y las embutían a presión en espacios inverosímiles, hasta los últimos recovecos y rincones, ayudándose de maderos y de los gatos, hasta que el barco parecía a punto de reventar; y sin embargo la carga quedaba perfectamente equilibrada, y el barco insumergible.

Un día, a media tarde, corrió la noticia de boca en boca: al partirse una tabla por la presión, lanzó una astilla que fue a clavarse en el cuello de un estibador negro llamado Treasure. El acordeonero oyó gritos de un barco inmediato y se unió a la gente que se arracimaba. Se acercó despacio, atento, y vio alzar de la bodega un cuerpo exánime, que al llevarse lo fue regando de sangre la cubierta, la rampa, el muelle.

—¡Mueve el plátano, hijo de tal! —gritó el capataz, e hizo volver a los sicilianos a la fruta.

## La lira de Apolo

El sábado por la noche, mientras Silvano vagaba boquiabierto por las calles infestadas de mosquitos, con el oído puesto en el cotorreo americano y pensando si robar un pastel, arrastrado de acá para allá por los pregones de los vendedores de peroles y sartenes, ropa, limonada, «*gelati, gelati*», caramelos y utensilios de cocina, pero parándose frente a un hombre que vendía unos encantadores gatos de hojalata pintada, que maullaban al apretarles los costados, el acordeonero se fue con Cannamele, primero a la ostrería de Viget, caliente y ahumada, donde Cannamele se zampó cuatro docenas de ostras con zumo de lima, y luego, en la calle siguiente, a una taberna atestada de rufianes donde bebieron cerveza y comieron unos huevos pasados y un queso seco y unas manitas de cerdo avinagradas, y el acordeonero echó de menos el tinto rasposo de su pueblo. Pero entre los dos vaciaron no pocos botellines, y el acordeonero se regaló con un cigarro de los de cinco centavos el par, que se guardaban en una caja de petardos.

Un italiano patizambo cantó «*Scrivenno a Mamma*» con voz llorosa, dejó de cantar y gimoteó.

—No hay que ahorrar, que los perros se lo llevan —dijo Cannamele, pidiendo por señas *whisky* americano.

—¡Tranquilo, saltimbanqui! —gritó un irlandés.

Entraba y salía Cannamele por los figones y las tabernas, los garitos y los antros que poblaban aquellas calles por docenas, llevando a la zaga al acordeonero a través del musical estruendo de tambores y sonoros banjos, voceadores, pianos aporreados, violines agudos y trompetas y otros metales que bufaban desde todos los recintos, a veces como un cuarteto de rascatripas desafortunados. Fuera los niños figaban y se disputaban las colillas de los puros, y músicos pordioseros, negros y blancos, tocaban improvisando cantos insultantes para el que no tirase una moneda.

*Pies de sapo,  
patas de trapo,  
por tacaño  
te venga mal año.*

De cada antro sobresalía un faldón de sonido. Dentro era chirriar de sillas contra el suelo, una maraña de música alta y parloteo y risotadas, un trasiego constante con el fondo de tabucos en hilera donde negras jóvenes tomaban clientes hasta quedar en carne viva; raspar de fósforos, restallar de barajas y golpear de botellas con vasos, y de vasos con mesas, crujido de patas de mesas en la tarima, retumbo de pies bailando el *slow drag*, el *itch*, el *squat*, el *grind*. Allí afluían tahúres con sus marfiles cargados, bebedores y galleros con plumas pegadas a las suelas ensangrentadas de las botas, y con cada cliente entraba el ruido de la calle. Y a menudo se liaba un *faito*, con gruñidos y rezongos y maldiciones, y chasquido de carne sobre carne, un grito, y a continuación un tenor que bramaba «*O dolci baci...*».

El acordeonero tenía ya pistola y la llevaba en el cinto. Silvano tenía una navaja cachicuerna de tres hojas y amenazaba con ella cada vez que una pandilla le cercaba. Se la robó a un borracho amodorrado, y practicó su primera frase de americano con un perro tuerto que rebuscaba en la basura.

—*Get outta, I killa you*, largo de aquí o te mato.

Al acordeonero no le gustaba la música que tocaban los negros, música confusa: la melodía, si había tal, escondida adrede en madejas de ritmo. Despreciaba sus instrumentos: un fiscorno, un piano roto, un violín cuyas cuerdas rizadas brotaban del cuello como zarcillos de dondiego, el banjo. Reconoció entre los músicos a uno del muelle, negro como uña de caballo, uno que tenía un parche en un ojo y un celosía de cicatrices desde el rabillo del ojo hasta la mandíbula, con ese lado de la cara rígido y sin expresión. Le llamaban Pollo. «¿Cómo al animal?», pensó el acordeonero, pero por lo visto era Apollo, Apolo, como llamaban a aquel engendro, broma sarcástica de alguien; Apollo estaba rascando, ¿qué era aquello?, una superficie ondulada que parecía algo conocido, dentro de un marco de madera pintada de colorines, una cosa que daba un sonido rasposo, chirriante como un árbol cargado de cigarras, y cantaba: «*A tiros no se arregla, no, no, no, no*». Al cabo de un cuarto de hora reconoció el objeto, era una tabla de lavar, de las que usaban las mujeres para restregar la ropa, y vio que el negro tenía puestos unos dedos metálicos. Pollo dejó la tabla de lavar y se sacó del bolsillo un par de cucharas, que hizo repicar como castañuelas gordas. Y el otro, el Hombre Pez, rascaba las cuerdas de una guitarra con un cuchillo para hacer un sonido agudo y entrecortado. ¡Qué incoherente imprecisión, qué música de cocina! Y de las letras el acordeonero no pillaba una sola

palabra, pero entendía la entonación salaz del cantor y su risa baja y cachonda. El Hombre Pez daba vueltas a su guitarra vieja y rayada por detrás, cantando:

*En mi mesa hay un plato con sangre,  
hay un plato con una gota de sangre:  
mi vieja vaca, alguien me la mató.  
Pero está bien,  
me dicen que está muy bien:  
ya se acabó tener que ordeñarla.*

Enseguida el acordeonero se distrajo, porque Cannamele, eufórico, le echó encima una negra, una cosa rara y sucia de ojos pitañosos, y acercando su boca húmeda a la oreja del acordeonero le dijo que ella le cambiaría la suerte.

—El hombre que se contiene se arriesga a la tuberculosis y peor. Se debilita el sistema. Venga, a apalea carbón. —(Aunque el acordeonero contrajo la sífilis en aquellos lances, nunca llegó a saberlo). En un pueblo de Sicilia, a una mujer ya no paralizada le picó el ojo derecho con suma ferocidad.

## **Un instrumento extraño**

En las semanas siguientes el acordeonero reconoció a muchos cargadores del puerto entre los músicos tabernarios. No oyó un acordeón hasta que unos gitanos acamparon en un alto de las afueras con sus herramientas de lañador, caballos y fortunas; dos de los hombres lo tocaban. Se quedaron una semana, otra, un mes, arreglando cacerolas y sartenes. De noche se oía a veces al pasar su música privada, un quejido lento y triste, se veía brillo de lentejuelas en cuerpos que bailaban. El acordeonero fue al campamento una noche, con Cannamele, a ver qué se oía. La música era a la vez exuberante y gemebunda, y cinco o seis hombres danzaban un combate con

bastones. Le interesaron sus acordeones, pero no fue capaz de hacerles entender que quería examinar uno. Hablaban una lengua incomprensible, y se apartaban en cuanto el dinero cambiaba de manos. Éstos sí que eran extranjeros, pensó, gente sin casa siquiera, perdidos por el mundo inhóspito. Un buen día se marcharon, dejando tierra pisada.

—Gente lunática —dijo Cannamele guiñando el ojo malo.

Al principio el acordeonero no se atrevía a llevar su instrumento a aquellos tugurios caldeados y peligrosos donde los hombres se peleaban y se herían y volcaban las mesas. Sólo lo tocaba en el cuarto que compartía con Silvano y Nove, que tenía cuarenta años y era medio sordo, que muchas noches venía echando sangre de una riña a cuchillo, y en mitad del sueño se despertaba gritando roncamente; «¡Escuchad! ¡Están llamando a la puerta!». Pero eran imaginaciones suyas, y a los pocos minutos volvía a quedarse dormido sin quitarse la ropa arrugada y llena de manchas.

El acordeonero encontraba apaciguante y bella su propia música después de los gemidos y el matraqueo de los garitos. Aquella música de germania no era apropiada para el acordeón: aunque la mórbida voz del instrumento acaso pudiera acoplarse al estilo, era imposible aflojar y doblar las notas. Ahí un acordeón tendría que contentarse con hacer el bajo, la trasera de la música en vez de la delantera.

Tuvo el valor de llevarlo a una de las tabernas. Estaba tan ruidosa como de costumbre. Se sentó aparte —el tabernero se quejaba de su «perfume italiano», el olor a ajo—, y al cabo de un rato, cuando el pianista se fue para el burdel, empezó a tocar. Nadie se fijó hasta que alzó su voz aguda y estrangulada, y entonces se hizo el silencio y las cabezas se volvieron hacia aquel sonido. Cantó un canto antiguo de vendimia que llevaba compás de pies y gritos. Pero a las dos o tres canciones volvió a subir el estruendo de llamadas, risas, charla y vocerío, ahogándole. Sólo los sicilianos se acercaron más, ávidos de oír la música perdida que traía consigo el aroma del tomillo y el tintineo de las esquilas, y pidieron ciertas melodías que les hacían contraer la cara con profunda pena.

Entrada la noche vino hacia él Pollo abriéndose paso entre la gente, sonriendo en torno a su cigarro rubio. Visto de cerca tenía un extraño color rojinegro de mesa de caoba. Dijo algo apuntando al acordeón.

—Quiere saber cómo se llama —dijo Cannamele, y respondió alzando la voz como si hablara a un sordo—. Acordeón. Acordeón.

El negro dijo algo más, tomó en sus manos el acordeón, lo miró, lo alzó sopesando su ligereza, se lo apretó contra el cuerpo como había visto hacer al acordeonero y oprimió el fuelle con suavidad. *Anh. Onh. Anh. Onh.* Dijo algo. Cannamele se echó a reír.

—Dice que suena como su mujer.

Pollo se inclinó sobre el instrumento; oprimió los botones; probó cómo se sentía y cómo sonaba, y en pocos minutos, con un pie marcando el ritmo y el acordeón resollando de una manera que no era la habitual entre efusiones verbales y *um-hums*, salió una especie de cancioncilla. Cannamele chilló de regocijo.

—¡Él es el hombre, lo que canta es el hombre, y se lo está haciendo a una mujer y el acordeón es la mujer!

El acordeonero se ruborizó oyendo cómo sollozaba el instrumento contra la voz del negro.

*Di si te gusta, Anh,  
mi maíz, nena, Onh,  
bien de manteca, Anh,  
Anh, te vuelve loca, Onh.*

Y devolvió el acordeón sonriendo violentamente.

Al día siguiente el acordeonero vio al negro Pollo sentado con elegancia en una bita, fumando un largo cigarro rubio, en los pies unas alpargatas planas con espejitos en las puntas, en la cara una expresión soñadora, pero lo bastante despierto para fijarse en el acordeonero, mirarle a los ojos y hacer unos gestos como si tocara el acordeón o achuchara los pechos de una mujer gorda.

## **El primer encargo**

Al llegar octubre la cosecha de algodón se derramó sobre el puerto y los malecones se llenaron de obreros que cargaban noche y día. El acordeonero



ganaba dinero y ahorraba, a pesar de sus excursiones con Cannamele. Una mañana, cuando salió con Silvano de la pensión, Pollo le estaba esperando en la calle. Dijo algo, una pregunta que el acordeonero no entendió. Silvano sí, porque ya iba chapurreando el americano.

—Quiere comprarte el acordeón. ¡Te da diez dólares!

El acordeonero sonrió compasivo.

—Dile que no está en venta. Es mi acordeón de muestra. Pero dile que le puedo hacer uno igual. Dile que el precio son treinta dólares, no diez. Dile que tardaría cuatro meses. —Ya había hecho el cálculo de lo que tenía que cobrar.

Pollo habló, contando con sus largos dedos pálidos por delante. Estaba describiendo o enumerando. Silvano tradujo.

—Quiere que sea rojo; dice que este verde no es bueno para él. Quiere que lleve su nombre. Apollo, puesto aquí. Y en los pliegues que lleve pintado el *Alice Adams* echando vapor.

—Dile que es pan comido. Pero que el sábado me tiene que dar cinco dólares como señal y para los materiales. —Estaba excitado. Era el comienzo de su éxito.

Aquella noche hizo una mesita de trabajo en el rincón del cuarto. Sentado en una caja que metía debajo de la cama cuando no trabajaba en el instrumento, se levantaba antes del alba para encolar y ensamblar, aserrar y lijar; de noche trabajaba el rato que podía mantenerse despierto y gastar vela, y los domingos trabajaba el día entero, porque en este nuevo país pagano no iba a misa. Se rendía al hechizo del primor artesanal como otro se habría dejado hechizar por ensalmos o conjuros. Era un privilegiado al tener aquel cuarto: muchos dormían en las calles o en los muelles, y cada mañana se recogían cuerpos sin vida con un tajo en la garganta y los bolsillos vueltos del revés, incluso niños. Por todos lados veía hombres que tenían que mear en las ortigas.

Durante unas semanas dejó de ir a las tabernas a excepción de las noches de sábado, a pesar del señuelo de la música y las negras, y redujo su exigencia al trabajo, el acordeón y unas horas de sueño. Iba tomando el aspecto italiano: flaco, desaliñado, con la mirada muy dura y vigilante.

## Un asesinato

Una noche de noviembre Cannamele subió a su habitación y dijo:

—Oye, trabajas como un tonto. Te va a dar una fiebre cerebral.

—Estoy camino del éxito.

Cannamele meneó la cabeza.

—Un siciliano no puede tener éxito aquí —dijo—. No es posible, a no ser que conozcas a cierta gente y hagas ciertas cosas. Ésa es la verdad. Si sales te descansará la mente. Contéplate, estás medio loco. Además, te pago yo las cervezas.

—Sólo una hora. Para buscar otros clientes.

El patrón estaba apoyado en la barra de la Daga de Oro, escuchando la música llorona. El acordeonero estaba sentado en un rincón con su instrumento, tratando de encajar acordes menores como largos quejidos entre el chirrido de un violín y el castañeteo de una pandereta, cuando se abrieron las puertas de golpe y entró la policía cascando con pies y porras.

—¡Todos los italianos, manos arriba, a ese lado! ¡Andando, cerdos, hijos de puta! ¡Vamos, VAMOS!

El acordeonero se quedó alelado, sin comprender, hasta que le arrancaron de la silla y el acordeón cayó al suelo. Soltó un taco e hizo por recogerlo, pero le tenían sujeto y le apartaron de un tirón. Entonces sus ojos espantados descubrieron al negro Pollo encogido al fondo, cerca de la puerta del zaguán. Sus miradas se cruzaron. El negro hizo un gesto de asentimiento, apartó la vista y desapareció en la oscuridad del zaguán.

A Silvano, que estaba en la calle, le cogieron cuando corrió hacia su padre. Los americanos pusieron a los detenidos contra la pared y les bombardearon con preguntas incomprensibles. Les enfureció que el acordeonero guardara silencio y se encogiera de hombros, y cuando le encontraron una pistola, y a Silvano una navaja, les pusieron con una hilera de hombres atados por los tobillos y las muñecas con una cuerda larga, y a bofetones y puntapiés les empujaron por las calles hasta la trena, a las celdas de la cárcel del distrito, repletas de sicilianos e italianos.

El crimen era de los gordos: habían matado a tiros al jefe de la policía. La Liga Patriótica Americana clamó «¡Italianos! ¡Católicos!»; un nuevo capítulo repulsivo de la guerra incesante que se libraba en el puerto entre bandas de italianos, entre los irlandeses y los italianos y los negros, una

mezcla de lenguas y colores, odios y competencia de tal ferocidad que las rociadas de sangre y las interrupciones del trabajo manchaban el nombre de Nueva Orleans. Los americanos, que por lo general se mantenían a distancia de la sucia rebatiña de extranjeros y negros por un empleo ruin, estallaron de indignación y ordenaron que la policía saliera a la calle.

—Dígales —suplicó el acordeonero a un compañero de celda que hablaba americano—, dígales que han cometido un error. Yo no he hecho nada. —En su chaqueta había costras de una sustancia blanca.

—¿Insinúa que yo sí?

—No, no, pero...

A muchos les soltaron a las semanas siguientes, entre ellos a Cannamele, pero no al acordeonero, al que acusaron de silencio contumaz y conspiración, de disimulo sospechoso, de asesinato con la pistola confiscada; ni a Silvano, porque también él guardaba silencio, y silencio quería decir complicidad. Docenas de sicilianos e italianos lloraban y rezaban en las celdas conforme pasaba lentamente el mes de diciembre. Vivían en un mar de incertidumbre. El acordeonero estaba desquiciado.

—¡Qué mal hice en venir aquí! —se lamentaba. Y cuando mandó recado a Cannamele de que le pidiera el acordeón a Pollo y se lo guardara, la respuesta que recibió fue que Pollo estaba río arriba trabajando en los barcos madereros, que le habían despedido del *Alice Adams*, que se había llevado consigo el acordeón.

El día de Nochebuena, una anciana negra enviada por una persona desconocida llevó a los presos naranjas y una *faccia da vecchia*, empanada de sardinas con queso y cebolla. Alguien susurró: «Archivi».

—Éste es el país de la justicia —dijo el acordeonero con renovada confianza mientras deglutía su tajadita del manjar—. Pronto se darán cuenta de su error y nos soltarán.

Pero otro preso, un hombrecito musculoso con hechuras de cajón, se burló.

—Los americanos nos tratan como si fuéramos zapatos baratos. Compran barato, caminan largo y pisan fuerte, y cuando los zapatos se gastan los tiran a la basura y se calzan otros. Todos los días llegan barcos cargados de esos zapatos. Tú hablas de justicia y de tu estúpido acordeón, pero eres un zapato. Un zapato barato. *Sfortunato!*

«Sí», pensó Silvano.

## Un mal sueño

Una noche se armó el alboroto. Los guardias traían a otro, lo llevaron a rastras por el corredor hasta una celda del final.

—*Oh Gesù, Gesù!* —murmuró Polizzi.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —Habían visto al preso, con la cara tiznada y la ropa hecha jirones, sólo unos segundos.

—*Oh Gesù, Gesù.*

Lo que empezó en murmullo se hizo rumor. «Archivi. Archivi». Las moscas se arracimaban en el ángulo del techo como cabezas de clavo.

—Mirad —dijo uno—, hasta las moscas tienen miedo y no se atreven a volar por si las acusan.

Archivi vociferó desde su celda.

—Esta América de mierda es un fraude y una estafa. He perdido una fortuna. América es un país de mentiras y de amarga decepción. Te lo promete todo y te devora vivo. Yo le he estrechado la mano a John D. Rockefeller, y no significa nada. —Hablabla en americano.

Una voz sarcástica añadió: «*Chi non ci vuole stare, se ne vada*», el que no quiera estar aquí, que se vaya.

Pocas noches después el acordeonero tuvo un sueño que le despertó: un sueño de carne cruda, de las canales de cabrito húmedas que recordaba de las matanzas del pueblo, de palanganas de carne roja entreverada de grasa, de huesos relucientes con colgajos marrones de tejido en las coyunturas, de bultos oscuros esparcidos al azar por una gran escalera.

## El rey de las ratas

Justo cuando Pinse tocaba con el pie izquierdo la alfombra roja del primer escalón sonó el timbre del comedor. Había vuelto a casa muy tarde, horas después de la medianoche, tras una semana en la rotura del malecón de Robinsonville. Para él no cabía duda, lo habían dinamitado los resentidos que despidió de la contrata de la madera; extranjeros todos, que habían sido vistos remoloneando y merodeando y durante casi una semana. Y en cuanto se rompió el malecón desaparecieron. El daño era local, grave para el valle

del Yazoo, pero a la larga el depósito de cieno mejoraría la tierra. De una cosa estaba seguro: prefería tener negros antes que una chusma de *dagos*, italianos socialistas chillando por cobrar a la semana y amenazando con ponerse en huelga y dinamitar los malecones si no se les daba lo que querían. Le escocían los ojos. La escalera se enroscaba como un nautilus, y Pinse bajó deprisa, con una mano en la barandilla, gozando de la suave fuerza centrífuga del descenso, del relampagueo de su paso por espejos plateados; salió al vestíbulo echando una ojeada a la marina, un estudio de icebergs en un mar del norte colgado sobre el papel marrón, y más allá del arco vio el perchero con sus abrigos como cuerpos sin cabeza, recreándose en la silla tallada y el tarjetero electroplateado con la cabeza de Adriano mirando fijamente al pomo abollonado de la puerta. Observó el penacho de plumas montadas en una jardinera —eso era nuevo—; sintió la irritación de siempre ante su reflejo rechoncho en el espejo del perchero. Bostezó.

Sobre un macetero ochavado, un helecho de Boston teñía el comedor del desayuno de una luz verdosa que se reflejaba en la luna del aparador. Miró al pasar las orquídeas de su mujer en la vitrina empañada, suspiró, se estiró y bostezó. Se sentía el débil olor amargo de las hojas de té húmedas de un barrido temprano. Un mantel con bordado de trompetas trepadoras cubría la mesa; sobre el aparador de nogal, con talla de liebres y faisanes muertos, esperaban una fuente de plata con tapa, la cafetera sobre una llama pálida, la licorera de cristal tallado de su abuela. Más que ninguna otra habitación expresaba aquella el gusto apasionado de su mujer —que se hizo febril conforme avanzaba la tuberculosis—, por las flores exóticas, el mármol y los espejos, el cristal, la plata y el verde, el terciopelo. Más que eso: había estado enferma de postración nerviosa durante meses después de un incidente aterrador; salían de casa al anochecer, ella apoyada en su brazo, cuando un búho se abatió sobre el pájaro decorativo que adornaba su sombrero: con las garras le rasgó la piel de la cabeza hasta el hueso, sangre por todas partes, y él olió las plumas calientes, llenas de piojos, al aletear el animal y remontar el vuelo llevándose el sombrero. Las sillas ortopédicas de los niños, para corregir su postura, estaban arrimadas a la pared; todos, los chicos y la niña, se encorvaban.

Inclinó la cafetera dejando escapar el aroma a achicoria y torrefacto de la Martinica; sopló sobre el líquido negro. Demasiado caliente. Soltó la taza, alzó la copa de anisete entre el pulgar y el índice, tragó un par de

gotas. En el espejo oval de la pared su reflejo tragó también. El olor a fango del malecón y agua salobre persistía. Bebió café. Le martilleaban las sienes. Nuevamente anisete y café. Su *Times-Picayune* no estaba sobre la mesa. A saber lo que se habría perdido del juicio. Lo había seguido ávidamente hasta que tuvo que ir a ocuparse de la rotura del malecón. Pulsó el timbre.

—¿Y el periódico? —preguntó, aunque lo veía en la bandeja que traía la criada.

—Lo acaban de traer, señor. Hoy venía con retraso.

Lo abrió. En la primera página sólo se hablaba del juicio: ah, ayer había fallado el jurado. Atacó con apetito el rabo de buey relleno, que en aquella casa sólo le gustaba a él, y empezó a comer, buscando con las púas del tenedor las lunas de trufa.

El tenedor se detuvo en el aire y volvió a bajar al plato con cenefa de oro. Pinse se acercó el periódico a los ojos. Le había parecido que el titular decía NUEVE CONDENAS; ¡pero, increíblemente, era NO HAY CONDENAS!

Incalificable.

Habían untado al jurado. Sí, en los últimos años Nueva Orleans vivía empapada en sangre porque los detestables italianos se mataban unos a otros; pues muy bien, que se mataran entre sí hasta que no quedara ni uno; pero lo malo era que también estaban asesinando a las personas inocentes y honradas, y todo por una codicia depravada por el comercio del plátano, ¡*el comercio del plátano!* Pensó en un cuplé ridículo que había oído en Londres, «Plátanos vendo». Una podre extranjera estaba corrompiendo el corazón de Luisiana. La Mano Negra había matado al capitán Hennessy. Se sabía, se sabía. Tanta mafia y tanta camorra. Los interminables problemas laborales de los muelles, las huelgas y las amenazas de los estibadores. Todo ello unido al eterno problema de que la ciudad permitiera trabajar juntos a blancos y negros —eso sólo pasaba en Nueva Orleans—, mitad y mitad, disputándose el negocio en compañías con normas disparatadas, propiciando el mestizaje y la rebelión. ¿Blancos? Extranjeros. Irlandeses e italianos. Socialistas. Incendiarios sucios, enfermos y peligrosos que no sabían estar en su sitio. ¿Por qué. Señor, habían animado los empresarios a venir a los italianos, de dónde habían sacado que podían reemplazar a los torpes negros? Sí, los italianos trabajaban muy bien al principio, pero eran codiciosos y ladinos, sólo pensaban en situarse en primera línea. Por lo menos los negros sabían estar en su sitio, sabían lo que podía ocurrir. Ahora

había que ver a aquel *dago* seboso de Archivi, que había trepado como una sanguijuela hasta la yugular del comercio de la ciudad, que había sido recibido en casa del propio Pinse, que había mirado las orquídeas de su mujer y las había elogiado con remilgo. Trata bien a los italianos y verás. Eran peligrosos. Iban demasiado lejos. Dales la mano y se toman la ciudad.

Prácticamente no se había hecho nada hasta que los ciudadanos particulares obligaron a las autoridades a detener y llevar a juicio a los italianos: la ingenuidad de creer en la justicia. Ahora esa confianza en el derecho se veía cínicamente burlada. ¡NO HAY CONDENAS! Aquella vidriosa sentencia de absolución y nulidad del procedimiento era la sarcástica prueba definitiva de corrupción en las altas esferas, prueba de los manejos y las intrigas de los italianos, de la corrupción de abogados xenófilos y de la perversión de la justicia. Era una cobardía asquerosa, intolerable para un hombre de honor.

Su mirada veloz devoró la página, los dibujos de la sala del juicio, las caras de los asesinos italianos: sobre todo aquel cobarde llorica, dentón y sin barbilla, Politz, Polizzi o como se llamase, aquel que habían tenido que sacar en brazos de la sala, llorando y desmayándose, en mitad del juicio, el de la querida embustera e imperturbable, el que había confesado: ¿Polizzi inocente? Y en las columnas de la derecha venían los retratos de aquella otra banda de criminales que eran los miembros del jurado, encabezados por el joyero judío, Jacob M. Seligman, que con sonrisa afectada decía al reportero: «Hemos tenido una duda razonable». De todos los miembros del jurado se daba el domicilio y el lugar de negocio. ¡Bien! Sabrían encontrarlos. Y aquí venía la pregunta interesante; el reportero preguntaba al jurado William Yochum, una rata de cara despreciable: «¿Ha oído usted que alguna de las personas recibiera insinuaciones antes de la vista?». No, él no había oído nada de eso, el muy embustero, el muy canalla.

¿Insinuaciones? Claro que los jurados habían recibido insinuaciones, insinuaciones y achuchones, apretones de manos dorados a la italiana, los abrazos untuosos de los agentes de la Mano Negra y, no cabía duda, de banqueros hebreos que estaban detrás de todo el tinglado.

Desgarró las hojas buscando los editoriales. «A LOS PIES DE CLAY. En otro lugar publicamos el anuncio... una concentración al pie del monumento a Clay... objeto expreso de la concentración... lo que se pretende hacer... sin duda asesinado por italianos, pero no por los italianos como raza... No

caigamos en prejuicios raciales...». Memeces, memeces. Buscó el anuncio, no lo vio, volvió atrás y lo halló al pie de la misma página de editoriales, donde su mano se lo había tapado.

CONCENTRACIÓN. Se invita a todos los buenos ciudadanos a asistir a la concentración que tendrá lugar ante el monumento a Clay, el sábado 14 de marzo a las 10 de la mañana, a fin de tomar medidas para subsanar el fracaso de la justicia en el caso Hennessy. Vengan preparados para actuar.

*Vengan preparados para actuar*, más claro, imposible. Y debajo, por orden alfabético de apellidos, nombres prominentes, aunque no el suyo, por supuesto. Él no tenía ninguna gana de ver el apellido Pinse en compañía de algunos otros. Su mirada se demoró, volviendo al sitio donde le habría correspondido a su nombre aparecer en letras de molde. El reloj dio el cuarto. Las calles estarían de bote en bote. Se levantó apartando la silla. Con el aire se le pasaría el dolor de cabeza. El rabo de buey quedó a medio comer en el plato.

En la entrada se caló el sombrero hongo, se echó un vistazo en el espejo y revolvió los bastones del paraguero hasta dar con el garrote que había comprado hacía años en Inglaterra, en un recorrido a pie por el Distrito de los Lagos. ¿Por qué no se habría comprado el bastón de ébano con plomo en el puño que vio en Londres? *Vengan preparados para actuar*. Al sacudir el bastón tumbó una caja de vistas de estetoscopio, mandando al suelo la escena novedosa de dos negros que colgaban a un caimán de una rama con una soga al cuello, los hombres sonrientes y haciendo fuerza contra el peso. Llevaba encima el revólver.

Iba a mitad del sendero, apoyando el garrote con tanto ímpetu que el regatón se hundía en el cascajo de ostras, cuando oyó que Joppo corría tras él. El mozo de cuadra venía jadeando y haciendo señas con la cabeza.

—¿Qué pasa? No puedo entretenerme.

—Señor, que hemos sacado un rey en la cuadra, un rey de ratas enorme, señor, le juro por Cristo que es grande de verdad.

—¡Ah! —En toda su vida sólo había visto uno, hacía años, en el almacén de algodón que tenía la familia en el puerto, una cosa espeluznante —. ¿Cómo de grande? —Él odiaba las ratas y los bichos; era pequeño en



los años de la fiebre amarilla que mató a miles de personas, incluida su madre; día y noche disparaban los cañones y dolía la cabeza de oírlos, en las calles quemaban barricas de alquitrán para echar fuera la pestilencia difundida por vapores fétidos, por sabandijas y extranjeros de cuyas bocas flácidas salían los gérmenes invisibles de la enfermedad. Todavía hoy el recuerdo del cañoneo incesante le ponía enfermo, le daba una migraña que le tenía días enteros recluido en el sofá del estudio a media luz. Recordaba los cadáveres apilados en el embarcadero, que de lejos parecían mercancías dispuestas para el flete. Sí, un flete al infierno, decía su abuelo; y la lluvia que corría por el cristal de la ventana mientras los carros de los muertos rodaban por las calles amarillas.

Joppo alzó las manos dos veces: veinte.

—Las hay que están muertas, las hay que son carne podrida.

Pinse cruzó a paso rápido la pradera hacia la cuadra, con Joppo detrás describiéndole cómo era el rey de ratas, quién lo había descubierto, cómo lo habían enganchado y sacado a tirones de debajo del suelo con una horca batatera, su aparente peso y masa.

Detrás de la cuadra había una aglomeración: los mozos, la cocinera retorciéndose el mandil, algunos de los negros del coronel Sawday que entraban por el hueco del seto, y que al verle retrocedieron.

Lo habían arrastrado hasta tres o cuatro metros de la pared: era un círculo de ratas como de un metro de diámetro, con los animales mirando hacia fuera, las colas enredadas en una maraña inextricable de la que no podían desasirse. Varias ratas estaban muertas, otras tenían encima sangre fresca por la acción de la horca, y unas pocas desafiantes rechinaban los pardos dientes. Pinse las contó, tocando las cabezas una por una con el garrote: dieciocho. Casi la veintena. Asqueroso a la vista, aquel amasijo en putrefacción; horrible que hubiera estado chillando y pataleando bajo el suelo de su cuadra.

—Apaleadlas.

Y salió con prisas a la calle, oyendo las dentelladas y los estacazos.

## **A los pies de Clay**

En la confluencia de Canal y Royal, cientos de hombres portando garrotes y porras, algunos pistolas o rifles, se agolpaban alrededor del monumento a Clay. Tres estaban subidos al pedestal de la estatua, sobre el gentío compacto, sobre el mar de sombreros flexibles y hongos que producía el efecto de un picado lago negro.

Pinse vio la cara de Biles, conocido suyo, cara que se parecía a la de un ciervo, con el hocico largo y las patillas color gamuza. Biles alzó el bastón.

— ¡Señor Pinse! Venía pensando si le encontraría aquí. No vi su nombre en el periódico.

— No. No iba a estar en lista con... He estado en la rotura del malecón.

— Esto es gordo, ¿eh?

— Se han puesto serios.

— Ya lo creo. Anoche se organizó todo. Hay quienes ven que tenemos que poner fin a este tumulto, a esta pesadilla de los obreros. Acuérdesse, Pinse, de la huelga de estibadores del año pasado. Mi hermana tenía cinco mil balas de algodón en el muelle, no quedaba ni un palmo libre en el almacén, y los barcos vacíos. Y encima la lluvia. ¿Usted había visto alguna vez llover así? Jamás. Y no hubo hijo de puta que tocara una bala. Mi hermana perdió quince dólares en cada una.

Pinse resopló en su pañuelo de lino. Sentía la nariz inflamada y le latían las sienes.

— Yo lo vengo diciendo hace años. O la clase americana dominante se impone o lo pierde todo. Nos están comiendo los perros de Europa. Esta invasión de inmigrantes... Yo he oído decir en algunos círculos que detrás está el Papa, que es un plan secreto y colosal para que este país caiga en manos del catolicismo. Mi esposa es católica, pero yo empiezo a pensar si no habrá algo de verdad en lo que dicen.

— Tendría usted que haber visto lo que hubo anoche en Villadago: un desfile con veinte santos, banderas al viento, cantos y músicas, velas, una fiesta. Estaban todos borrachos. Y es porque creen que aquí no ha pasado nada.

Algunos hombres se abrían camino entre la multitud gritando y gesticulando, con centelleo de rifles y escopetas. Delante del Clay de bronceo semblante, los tres del pedestal esperaban para hablar, paseando la vista por el gentío. Uno alzó las manos pidiendo silencio y empezó, y su voz fue cobrando más fuerza mientras describía la traición del jurado y las

pérfidas maquinaciones de los italianos. «... Era un hombre noble. No ha habido nadie en este país que supiera más que él del forajido italiano, nadie más valiente frente a las amenazas de la camorra de los *dugos*».

—Ni más dispuesto a extender la mano para el dinero de los *dugos* — bisbiseó maliciosamente Biles al oído de Pinse. Sus ojos como castañas negras brillaban.

—¿Quieren los hombres que hay aquí seguirme para vengar el asesinato de un valiente?

Un barrigudo que llevaba un traje negro muy arrugado empezó a encaramarse al pedestal del monumento, chillando, con la cara desencajada por la pasión: «¡Hay que colgarles! ¡Hay que colgar a esos cerdos asesinos!».

—¿Y ése quién es? —preguntó Pinse.

—No sé. La chusma se apunta a estas cosas.

Los tres bajaron y abrieron la marcha hacia la plaza del Congo y la cárcel del distrito. El gentío se puso en movimiento con el bramido de un gran motor. Las putas se asomaban a las altas ventanas entornadas. Cerca de la plaza del Congo, un puñado de negros harapientos se filtró en la aglomeración. En algún sitio repicaban unos palillos y rascaban un violín.

—¡Vais a ver otro baile que no es el «Carapuerco»! ¡Venid, negros!

Llegó el populacho a la prisión, y en oleadas menguantes se estrelló contra el acero de la puerta principal, maldiciendo sus ridículas palancas y almádenas. Durante unos minutos la indecisión recorrió las orillas del gentío.

—Hay una puerta de madera en la calle Treme —gritó alguien. Y enseguida la masa de negros y blancos se apartó de la puerta principal para fluir como una viscosa lava humana hacia la calle Treme, cogiendo al pasar traviesas de un solar en obras.

Diez o doce hombres arremetieron contra la puerta de la calle Treme con una traviesa, y la gente voceaba Aah a cada embestida. AH, AAH, AAH.

## Un asalto

El carcelero clavó los ojos en Frank Archivi; su aliento de *whisky* subía y bajaba como la marea.

—Vienen. La puerta no aguantará. Escondeos donde podáis, donde sea; lo mejor es la sección de mujeres, arriba.

—¡Por el amor de Cristo, hombre, danos armas! — Archivi tenía la cara del color del tocino frío.

—No puedo.

Las maderas saltaron de los goznes.

Algunos corrieron escaleras arriba, a la sección de mujeres. Silvano entró como un rayo en una celda vacía y se metió debajo del colchón, aplastándose contra las tablas. Las orejas le latían con fuerza y su espalda intentaba arquearse. El miedo le empalmó y no pudo controlar la vejiga.

En la calle un negro inmenso se adelantó hacia la puerta de roble cargando con un pedrusco y lo estampó contra la cerradura. Se alzó un tremendo grito al ver que el metal reventaba y la puerta se abría de par en par. La plebe subió en tropel por la escalera, Pinse no lejos de los primeros, aferrando el garrote.

Un vigilante gritó, con la voz quebrada por la excitación: «En el tercer piso. Están arriba con las mujeres».

Un centenar de hombres subió tronando por los peldaños que chirriaban y gemían bajo sus patadones, y los presos salieron huyendo al patio por la escalera de atrás. La verja estaba cerrada. Al otro lado, la calle. Podían mirar a la calle, atestada de hombres. Jubilosos, los americanos se volcaron sobre el patio con rugidos de triunfo, y los sicilianos, enlazados codo con codo, se apiñaron en una esquina. El acordeonero vio a los hombres que se acercaban con claridad abrasadora: un hilo descosido en un abrigo, perneras salpicadas de barro, una cadena de arrastre de troncos en una manaza, el brillo encarnado de las caras congestionadas, uno que tenía un ojo azul y otro amarillo. Aun entonces esperaba salvarse. ¡Era inocente!

Pinse sujetaba flojo el revólver en la mano, había perdido el garrote en la subida, tales eran las apreturas; miró a los sicilianos hacinados en el rincón, brillantes sus miradas perversas, algunos suplicando y rezando, ¡cobardes! Pensó en el rey de las ratas, disparó. Otros dispararon.

Una andanada de balas y perdigones de todos los calibres y pesos desgarró a los sicilianos. El acordeonero dio dos respingos y cayó hacia atrás.

## Un remedio para el dolor de cabeza

En la puerta de la calle Treme tenían a Polizzi, un pelele ensangrentado que echaba baba por el rehundido mentón pero respiraba todavía. Le lanzaron por los aires, a las manos de otros hombres que le agarraron y le voltearon como un palitroque por encima de sus cabezas a lo largo de toda una manzana, un juego lanzarle alto, una hazaña de fuerza cogerle, hasta que en la esquina con la calle de Santa Ana alguien colgó una soga del farol y le echó el lazo al cuello.

«¡Trece vueltas al nudo de ahorcar, que si no da mala suerte!», gritó una voz. Arriba, arriba el pelele, aupado por gritos y vítores además del cáñamo. El cuerpo giró, y entonces, milagrosamente, el ahorcado encogió las piernas, levantó los flacos brazos y cogió la cuerda con las manos; y un Polizzi resucitado empezó a trepar por la cuerda con una mano tras otra hacia el farol. Hubo una boqueada general de asombro.

—¡Dios mío! —gritó Biles. Alguien del gentío disparó, y luego fueron muchos con repentina risa, apostando a quién era capaz de saltarle un ojo a Polizzi o arrancar la punta de su larga nariz. Los brazos pendieron lacios para siempre.

—Para mí ya basta —dijo Biles—. Yo no tengo estómago para este tipo de cosas. Pero algo había que hacer. —Le dieron arcadas y se disculpó.

—Venga —dijo Pinse, agarrando por un codo a su amigo y dirigiéndole hacia una calle que los dos conocían bien—. Necesita usted algo. Hemos cumplido con nuestro deber. —El dolor de cabeza parecía un poco aliviado.

En el bar del Gremio del Algodón pidió a Cooper «dos *sazeracs*», y cuando llegaron los pesados vasos bebieron ambos la dorada bebida como si fuera agua, y Biles hizo seña de otros dos con la mano, y volviéndose a Pinse le ofreció un habano ‘oscuro’<sup>[1]</sup> de su petaca y tomó uno para sí. En su roja boca humedeció la perilla del cigarro, y con la uña del meñique de la mano derecha, que se dejaba larga para ese menester, rasgó la envoltura y tomó la cerilla encendida que Cooper le tendía.

—Estamos formando una nueva sociedad para llevar el negocio —dijo—. Con un caballero que usted conoce bien. Se ha hablado de usted. Estamos pensando llamarla Frutas del Hemisferio.

## Inspección

Por la prisión discurrieron ríos de gente examinando a los muertos, dando de puntapiés al ensangrentado Archivi, que en su mano ya rígida sostenía una maza india, sacada de alguna parte en los últimos minutos.

Un vigilante descubrió a Silvano debajo del colchón, y agarrándole por los pelos le bajó medio a rastras hasta la entrada, donde habían colocado los cadáveres de los italianos como un despliegue de chuletas en una carnicería. En la calle estalló una música festiva, una corneta y una armónica llena de saliva en la que alguien tocaba deprisa unos acordes estirados, voceando entre tirones a las lengüetas — ¡iih! acorde ¡anh! acorde ¡iihh! acorde—, y el mismo violín rascado, y el tamborileo. El padre averiado de Silvano — *sfortunato!*— estaba tendido con la cabeza sanguinolenta apoyada en la pared, de modo que la barbilla le descansaba en el esternón. Los brazos, dentro de las mangas laceradas, estaban pegados al cuerpo como en posición de firmes. Los pantalones le subían más arriba de los tobillos y los pies estaban vueltos hacia fuera; los zapatos tenían agujeros en las suelas. El vigilante miró la cara desencajada del chico, pareció tranquilizarse al ver su desolación y le empujó a la oficina del alcaide, que enseguida se llenó de americanos que le exigían respuestas, le gritaban preguntas, le pedían detalles de cómo el acordeonero había asesinado al jefe. Uno tras otro le derribaban de la silla. Uno le puso en pie asiéndole de las orejas.

—Dinos cómo estaba apostado y disparó. —Le manoseaban, le daban de cachetes, alguien le apretó contra los labios un cigarro encendido. De repente se fueron corriendo cuando alguien dijo «Andando», y el vigilante, sin pronunciar palabra, sacó a Silvano a la puerta y le echó a la calle.

(Decenios después un bisnieto de aquel vigilante, inteligente y apuesto, inició estudios de medicina; sirvió como donante de esperma en el programa de fertilización *in vitro* del hospital clínico, y fue autor de más de setenta niños criados por otros hombres. No aceptó dinero por su colaboración).

## Bob Joe

Estaba en el muelle hecho un ovillo. No se atrevía a moverse. A su alrededor pitaban los mosquitos bajo un cielo como de pintura negra, rizado en serpentinas de relámpagos lejanos. La garganta le ardía de tragar lágrimas. Le sonaba el oído izquierdo con pitido agudo. La desolación le llenaba como un acorde de órgano llena una nave. Sonó un silbato desde un rincón oscuro, una especie de floreo rápido como si alguien estuviera tocando un silbato de verbena, y Silvano cruzó los brazos por encima de la cabeza, creyendo que los americanos volvían, esta vez para matarle. Esperó que avanzaran con sus pistolas y sus sogas, pero no vino nadie. El silbador se calló, y empezó a llover: gotas duras como monedas tiradas, después un aguacero tropical, caliente como sangre. Silvano se levantó y fue tambaleándose hacia el bulto negro de los almacenes. Por el empedrado corrían ríos de agua. Hizo la cuenta: su madre atenazada por la parálisis, su desgraciado padre muerto, el pueblo a una distancia imposible, sus hermanas y tías perdidas, él desamparado y sin un céntimo en aquel mundo salvaje y hostil. Despreció a su padre por estar muerto. Una dureza empezó a formarse en su pecho, una piedra roja de odio, no a los americanos sino al padre siciliano, necio y débil, que por no aprender a tratar con los americanos se había dejado matar. Bajó siguiendo el río a la sombra de las lonjas, dejando atrás los barcos de vapor y los cargueros, y las barcas planas de la madera, hacia el hedor a pescado y aguas fecales.

En el muelle había amarradas unas cuantas lanchas camaroneras, otras fondeadas a treinta metros de la orilla. Alguien silbaba las tres mismas notas una y otra vez, una voz bronca de siciliano dijo algo de estar enfermo, dos voces ebrias de americanos se insultaron. En una barca sólo se oía roncar, un ronquido de ahogo seguido de un gorgoteo. El nombre escrito en la popa era americano: *Texas Star*, Estrella de Texas. Silvano se dejó caer en la cubierta y se acurrucó detrás de un montón de nasas malolientes, metiendo la cabeza debajo de la camisa para defenderse de los mosquitos. «Bob Joe», dijo bajito en americano, ardiendo de odio hacia los sicilianos. «Me llamo Bob Joe. Trabajo para vosotros, por favor».

## Río arriba

Ciento sesenta kilómetros río arriba. Pollo estaba sentado en la cubierta de una barcaza maderera amarrada durante la noche, atento al paso de un vapor y dispuesto a vocear «¡Madera, madera!» al fogonero que pasara escaso de combustible; entretanto achuchaba el acordeón verde y cantaba:

*Creo que oí al Alice cuando sopló,  
creo que oí al Alice cuando sopló,  
sonó como una trompeta cuando subir a bordo me vio.*

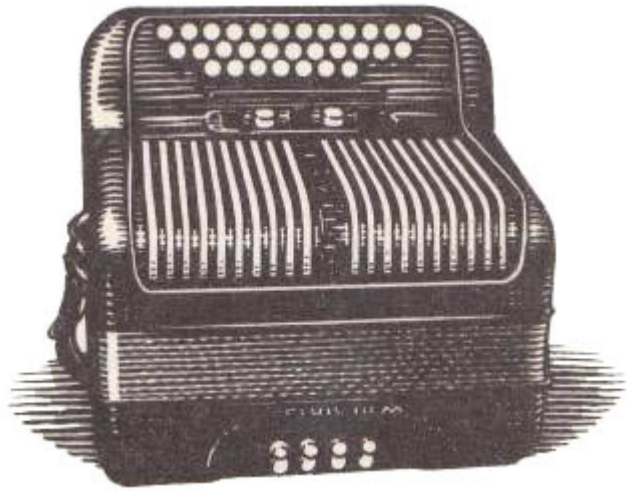
El Hombre Pez hacía resbalar la hoja de su cuchillo de monte sobre las cuerdas de su guitarra, sacando unas notas argentadas, subacuáticas, manoteando un poco a los mosquitos, pero pensando, «por qué tenemos que estar en esta chalana en vez de estar en el *Alice Adams* porque Pollo alborota y luego la pago yo también». La luz de la fogata que habían encendido en la orilla se reflejaba en los ojos rojos de metal del acordeón.

—Tocas como un tonto —dijo Pollo. El Hombre Pez no dijo nada y siguió tarareando.

Pero en la luz cenicienta del alba el Hombre Pez se escurrió hasta Pollo y le metió doce centímetros de acero bien afilado entre las costillas. Cortó la bolsita de la suerte que llevaba al cuello con una moneda de oro dentro, y con cuidado dejó caer por la borda el cuerpo que aún se agitaba. Bajo un cielo de color violeta como la concha de una ostra por dentro, soltó la amarra y empezó a cinglar río arriba contra la lenta corriente, llevando de pasajero al acordeón.



## La operación de glándulas de chivo



ACORDEÓN CLUB

## Prank

El pueblo fue habitado y abandonado dos veces, consumido por el fuego la primera vez, después vaciado por el cólera y un mal invierno pocos años antes de que llegaran los tres alemanes y plantaran maíz a lo largo del río Little Runt. Fue pura casualidad que aquel trozo de pradera feraz estuviera en barbecho, pues la tierra buena del Midwest estaba ocupada y labrada desde hacía una generación.

El día en que llegaron los tres centroeuropeos —un nativo de Württemberg, otro de Sajonia y otro de Königsberg, que en América pasaron a ser alemanes—, encontraron cuatro o cinco cabañas de pino, quince metros de acera de tablones y una bomba de agua comunal atascada, más abajo de la letrina del *saloon*. El calor achicharrante de los veranos y el viento devastador de la pradera habían hecho saltar los clavos de las paredes, y las tablas estaban abarquilladas y erizadas de puntas herrumbrosas.

Llegaron, cada uno por su lado y sin conocer a los demás, un día de finales de la primavera de 1893. Ludwig Messermacher, hijo de emigrantes germano-rusos que habían cambiado las estepas de Kaliningrado por Dakota del Norte, ató su caballo de lomo manchado a una endeble baranda, un caballo vendido, aunque él no lo sabía, en primer lugar por un nez percé llamado Bill Roy, allá en el Palouse, a un dentista y vendedor de elixires ambulante, luego a un atracador de Montana, luego a un agente indio de la reserva de Rosebud, luego a una sucesión de rancheros y granjeros, sin durar mucho con nadie por el vicio de botar, que Messermacher le quitó a base de paciencia. (Un abuelo de Bill Roy cazaba a lomos de un bisabuelo de este caballo, y usando un arco de cuerno laminado de muflón de las Montañas Rocosas había matado con una sola flecha a una hembra de bisonte y a la rastra que corría junto a su flanco).

Messermacher fue el primero que recorrió la pandeada acera de tablones, asomándose a las casas por las ventanas rotas. Menudo y apretado de carnes, sabía de agricultura y de carpintería. Tenía la cara atezada y aplanada como si de niño se la hubiera pisado una vaca, y su boca sin labios, bajo el tejadillo de un bigote color mostaza, se enmarcaba en un par de curvas como tenazas de hielo. Una barba de tono más oscuro, como una trenza deshecha, le colgaba del mentón. Había venido siguiendo el curso del río, cuyas orillas asfixiaban las mimbreras de arenal, y más allá el rompesacos y el mijo silvestre. Dormía al abrigo de los álamos, encendiendo una fogata con las ramas secas que cubrían el suelo, y a veces sus recias botas alemanas levantaban puntas de flecha. Todas sus posesiones las llevaba en dos costales.

Una hora más tarde llegó Hans Beutle, que venía conduciendo una saltarina calesa de cuatro ruedas, chascando la lengua y cantando a su yegua baya. La carne de la cara le caía recta desde los altos pómulos. Una cresta sagital baja suspendía sus cejas justo sobre las pálidas pupilas, dando una peculiar intensidad a su expresión. La nariz chata, las orejas redondas y el pelo tieso del color de la piritita no eran memorables, pero la boca de línea torcida, con los labios un poco salientes como a punto de iniciar un beso, y la voz líquida y rasposa, aguda y bronca, llamaban la atención. Era ancho de hombros y muy fuerte, de muñecas gruesas. En Baviera era un aprendiz de molinero con talento musical, pero tras una pelea con el amo que dejó a éste a punto de asfixiarse dentro de un saco cuarteado de harina, huyó a América prometiendo llamar desde allá a su mujer, Gerti, y al niño, Percy Claude. Después nunca supo con certeza si había sido buena o mala suerte encontrar trabajo tocando la corneta en una banda itinerante de italianos por veinte dólares de salario al mes. En Chicago el director de la banda se rompió una muela con un trozo de cáscara de nuez encontrada en un pedazo de alajú que le ofreció una niña campesina con manchas en el vestido. La muela se inflamó. El director de la banda intentó sajar el flemón con un cuchillo de mesa, y desencadenó una septicemia galopante. Murió en un cuarto mugriento, dejando a deber el alquiler y a los músicos sin rumbo. Beutle estaba harto de viajes zarandeados en tren y multitudes sudorosas, harto de música y emoción italianas. Vio que en el ferrocarril se anunciaba tierra gratis junto al río Little Runt. ¿Qué daban un kilómetro cuadrado a

todo el que pudiera hacer valer un derecho? Pues allá iba él. La vida de agricultor era una buena vida, según decían.

El tercer alemán, William Loats, llegó a la caída del sol, pedaleando en una bicicleta y mordisqueando un mendrugo. La luz del atardecer se derramaba desde el oeste iluminando la calle como un escenario. Loats frenó y se detuvo al final de la calle crecida de hierba; vio a dos hombres que trazaban líneas en el lodo con palos. El aire se estremeció. De pronto los otros dos se enderezaron y miraron hacia él.

Había venido del país natal siendo niño, a la granja que tenía un tío en la orilla norte del lago Hurón, desde cuya parcela más alta se veía el humo de los barcos de vapor que iban paleteando al oeste. El idioma que se hablaba en casa del tío era el inglés.

Loats era listo y ahorrador; flaco como el palo de un azadón, tenía la cabeza en forma de piedra, con una mata rizada de pelo oscuro, mofletes y ojos bizcos y pequeños. Era bonachón, el tipo de hombre que jamás le grita a un caballo. Los doce hijos varones del tío excluían la posibilidad de que alguna vez le llegara una parte de la granja, y al fin se echó al mundo por su cuenta, espoleado por un anuncio de tierras de labranza gratuitas que vio en la revista agrícola que recibía el tío. Sacó billete en el *Vigorous*, un vapor mixto de carga y pasaje que bajaba por los Grandes Lagos hasta Chicago. El barco llevaba barricas de azúcar y trescientos pasajeros: una familia de indios courte d'oreilles, una cuadrilla de jóvenes jornaleros polacos que se dirigían de muy buen humor a las plantas envasadoras de carne, dos clérigos noruegos, ferroviarios irlandeses y tres familias de rusos blanquirrubios que iban a los dakotas. En Saint Ignace hizo escala para tomar más pasaje. Se estaba alzando viento; pétalos blancos de un cercano huerto en flor salpicaron el agua oscura y la cubierta. Subieron a bordo inmigrantes holandeses taconeando con sus zuecos, camino de la utopía en Indiana; se hicieron sitio en la cubierta superpoblada, y otros más quedaron en el embarcadero, gritando los mensajes que había que dar a sus parientes.

Hora y media después de la medianoche, bajo una luna llena y fría, el *Vigorous* chocó con un escollo que no estaba en los mapas y se partió en dos. La proa se hundió rápidamente, pero la popa siguió flotando, presa de un fuego que prendió en las barricas de azúcar. La luna rielaba sobre las olas y las caras mojadas de los pasajeros, que se ahogaban gritando en seis idiomas. Loats pataleó hasta la orilla en compañía de una joven holandesa,

aferrados los dos al cabecero de la cama de pino del capitán. El cabecero se sumergía, y Loats imaginó una máquina salvavidas que fuera un bastidor rectangular de madera con un colchón de goma inflable para la flotación, una hélice trasera accionada a manivela y otra debajo de los pies movida a pedal; y habría un mástil con una vela pequeña, un pito colgado de un acollador, una bandera de señales, y hasta un farol. Pero ¿cómo encender el farol? A ese problema le estuvo dando vueltas hasta que las olas les depositaron en la rompiente arenosa. Loats ayudó a la mujer, que se tambaleaba atragantándose, a llegar a una casa verde de cuya chimenea salía humo. Por toda la arena mojada se veían zuecos de los holandeses ahogados, y del bosque salió un oso, empinando la cabeza para husmear, atraído por el olor a azúcar quemado.

## Una coincidencia

Messermacher y Beutle llamaron a Loats por señas. Sobre la pandeada acera, hablando una mezcla de alemán y americano, los tres se examinaron con ojo crítico, descubriendo analogías y admirándose de la extraña coincidencia que les había llevado a aquel herbazal en el mismo día. Eran los tres de la misma edad, veintiocho años, cumplidos con semanas de diferencia.

— ¡Como hermanos!

— *Alle guten Dinge sind drei!*

La risa de Beutle brotaba de un pecho que era como un colchón relleno.

— No como aquellos que se iban a la montaña a buscar oro, dos buscadores, amigos y camaradas hasta la muerte. Antes de salir cogen provisiones y todo lo que necesitan en la factoría. En la montaña no hay mujeres, conque compran en la factoría unas tablas del amor. Es una tabla de pino con un agujero de nudo, que lleva claveteado un trozo de piel. — Hizo un guiño—. Conque pasa un año, y de la montaña baja uno solo de los buscadores. «¿Qué fue del otro?», le pregunta el de la factoría. Y dice... — Cuando acabó el chiste, Messermacher se rió pero Loats torció la boca.

Acamparon cerca del río en un bosque de robles blancos, y una vez que la llamarada del crepúsculo se consumió en ascuas fumaron los cigarros

Western Bee que ofreció Loats, y estuvieron de charla hasta que las hojas de los árboles desaparecieron en la oscuridad, hasta que una por una el sueño apagó sus voces.

Por la mañana vadearon las hierbas, cerrillo y avenilla, ichu y espigadilla tachonada de violetas, flores de fresal silvestre y capullos de rosa multiflora, trébol pratense, agróstide y albarraz, y acabaron empapados de rocío hasta los muslos; las perneras se les cubrieron de polen color yema, y sus zancadas esparcían el aroma verde de los tallos machucados. Rodearon un enorme paular de hierbajos cuyas serradas hojas cortaban como cuchillos.

—Pero es buen forraje —dijo Loats—. Y estrujándolo se puede quemar.

Messermacher estaba impaciente por encontrar arcilla: un buen gredal, decía, y les enseñaría a hacer la mejor casa del mundo. Tropezaban en huesos de bisonte, oteaban la pradera, un mar iridiscente y ondulado. Apuntaban a islas y archipiélagos de robles blancos, un rodal de nogal negro, los álamos, olmos y fresnos de la orilla del río. Loats arrancó una planta larguirucha con un racimo de flores cremosas.

—¡Esto no! Envenena el ganado. Zigadeno. Mi tío tenía esta planta. — Buscó más pero no encontró.

—Esto de aquí es *Tiefland* —dijo Messermacher.

El destino les había dejado caer en una guirnalda de cantos de pájaros para oír las gangosas notas dobles del sabanero, los gritos roncocos del mirlo de las praderas, *quiss-ji, quiss-ji*, el *jup jup jup clip clip* de la calandria, gorjeos profundos y notas claras pensativas, trinos y silbos prolongados, sonos dulces, cacareos, arrullos y zumbidos, y el aire fragante atravesado de escribanos lapislázuli como una pieza de seda recorrida de hilos metálicos. Cuando encontraron un banco de arcilla azul fina a orillas del Little Runt, Messermacher dijo que en aquello se veía la mano de una potencia superior, y quitándose el sombrero roto dejó caer la barba sobre el pecho y rezó una oración.

Loats propuso que llamaran Trío a la colonia.

—*Nein, min*, no —dijo Beutle, alzando las nervudas y encallecidas manos—. Son estas *Pranken*, estas zarpas, las que construirán nuestras granjas y el pueblo. Que el nombre señale el trabajo de nuestras manos.

Era el más emocional de los tres, el más voluble, el más sensual. Un acorde menor le hacía llorar. Era autodidacta, tenía un montón de libros,

nunca le faltaban datos y explicaciones.

—*Bueno*, pues que se llame *Pranken* —dijo Messermacher, y sólo de pensarlo se frunció su oscuro semblante; pero cuando presentaron los papeles en la capital del condado, allí escribieron Prank.

—Si le hubiéramos puesto *Hande* —dijo Loats— habría quedado en Hand, que no es mal nombre, mano. ¡Pero Prank quiere decir broma! ¡El sitio donde vas a vivir, convertido en una broma por los líos del lenguaje!

Y a partir de entonces presentó cada año una instancia solicitando el cambio de nombre del pueblo, y sucesivamente sugirió Bola de Nieve, Maíz, Paraíso, Turba Roja, Rocío, Fusta y Margarita. (Después sus sugerencias se agriaron: Olvídalo, Poblacho, Infierno, Asco, Podre).

## Una polca en el almacén de maderas

No tenían tiempo. Había que roturar; la estación estaba avanzada. Los tres germanos se atrafagaban sin piedad, durmiendo vestidos, comiendo dormidos, arrastrándose a oscuras antes del alba, cuando el único indicio de la proximidad del día era el olor fresco a tierra húmeda. Metidos en el mono endurecido por la suciedad salían dando traspies a enganchar los caballos, arar y gradar y sembrar maíz y trigo y ahuyentar a los pájaros de la simiente germinada y crecida. Messermacher hizo un sementero con una de sus alforjas de saco; lo llenaba hasta una cuarta de semilla de trigo de invierno, lo plegaba y se lo ataba sobre el pecho con una correa de modo que la bolsa quedara abierta, y rítmicamente iba esparciendo la semilla a golpes iguales. Un poco de trigo, sí, dijo Beutle, que en alguna parte había leído que el maíz era el destino de aquellos parajes, que la civilización se había hecho a base de maíz. Loats asentía con la cabeza. Luego fueron las prisas por levantar unos chamizos provisionales.

—Como yo no tenga aquí pronto a mi costilla, vais a tener que dormir con el hacha a la mano —decía Beutle, frotándose la ingle y fingiendo gemidos de ansia. Tenían la cara atezada, la frente sorprendentemente blanca hasta la raya del sombrero, el cuerpo flexible y fuerte bajo el mono embarrado, el ojo avizor y brillantes las expectativas. Trabajaban con energía demoníaca. Todo parecía posible.

Hicieron viaje tras viaje a Keokuk, primero para traerse a las mujeres y los hijos, después una vaca lechera y tres kilos de café para Messermacher, después madera para las casas y los pajares, pino sureño que venía de Luisiana a bordo del *Kansas City Southern*. Idas y venidas en la carreta de Beutle, acarreando los amarillos tablones resinosos a Prank y vuelta por más.

—Si quieres que no se te muevan los clavos, no hay cosa que agarre como el pino amarillo —decía Messermacher, que entendía de maderas y carpintería.

Loats encargó una docena de tablones de ciprés calvo, pero no quiso decir para qué hasta que le sonsacaron que era para un ataúd.

—No se pudre jamás, al cabo de un siglo está igual de sólido y fragante. Hay que ser previsor.

—¡Eso sí! ¡Quién sabe a cómo estará la madera de ataúd dentro de un año! —dijo Beutle—. Y que tú ya tienes veintiocho.

En el despacho del almacén de maderas estaba Beutle contando el dinero. Paseó los ojos por el conocido cuarto, fijándose en las tablas de pino teñido, el reloj polvoriento, el mostrador bruñido y negro a fuerza de coderas, la caja fuerte con señales de dedos y volutas pintadas en oro. Sobre la caja fuerte había un acordeón verde de botones, cubierto de polvo.

—¿Toca usted ese instrumento? —preguntó al dependiente. Era americano.

—Quiá. Se lo compró el señor Bailey a un negro que pasó por aquí el año pasado, y que venía de los barcos hambriento. No lo sabía tocar, y menos con un brazo que traía roto. Sería que al señor Bailey le dio lástima, porque le dio unas perras y andando, a correr.

Beutle lo cogió, le dio un achuchón de prueba, y una sonora y retozona polca llenó el despacho. Al accionar el fuelle echaba nubes de polvo. Los otros dos alemanes se quedaron boquiabiertos.

—¡Hans! —dijo Messermacher—. ¡Esto es maravilloso! ¡Que sepas hacer eso! Esta música me da felicidad.

—No está mal —dijo Beutle—. Tiene un tono bonito y los botones rápidos. ¿Cuánto pide el señor Bailey por este chisme?

—No sé. Ahora no está. —El dependiente decidió probar el instrumento en cuanto se hubieran ido los alemanes. No podía ser difícil si lo sabía tocar un alemán.



—Pregúntele. Yo tendré que volver en septiembre por más madera. Le dice usted que si lo quiere vender se lo compro. Siempre que no sea mucho dinero, como le dijo a la puta el que llevaba cinco centavos.

## Nuevas casas y mujeres

El verano se les fue en cultivar y clavetear, alzar entramados y vallas, aparear parcelas nuevas para maíz, avena y heno. Estaban los tres duros y nervudos como barrotos de nogal. Los sembrados crecían frenéticamente. En una parcela Gerti plantó unas semillas negras, del tamaño y la forma de pipas de calabaza, que daban en la oficina de colonización, una cosa nueva para probar; sandía lo llamaban.

—*Raus, raus!* —vociferaba Beutle a sus hijos en la mañana negra de cada día más corto que el anterior, y arrancándoles de mala manera del colchón que crujía relleno de hojarasca les ponía a faenar. Las mujeres — menos Gerti— sudaban y resoplaban haciendo adobes de arcilla, hierba y estiércol en moldes de madera, daban de comer al ganado y trabajaban el campo, atentas a dónde andaban los niños por los cascabeles que les prendían a la ropa, mientras los hombres martilleaban hasta golpear a ciegas en la oscuridad, encajando los adobes, *batser*, entre los listones verticales como decía Messermacher, «tal que esto, así». Gerti trabajaba con los hombres, martillo en mano y cantando.

Cuando las sandías tuvieron el tamaño de una cabeza de niño, las mujeres las cocieron; pero se quedaron hechas una plasta verde insípida que nadie pudo comer, ni siquiera los niños, ni siquiera la vaca. A mediados de agosto se recogió la segunda siega de heno, y Loats sembró semilla de centeno entre las hileras de maíz para enterrarla en la primavera. Los otros se rieron; con un mantillo tan rico, era perder el tiempo.

Al acabar septiembre ya estaban fuera de los chamizos y en sus buenas casitas, con el exterior de arcilla lisa, paredes robustas y chimenea central del mismo ladrillo duro. En el invierno la mujer de Messermacher estarcó un motivo de flores rojas con pétalos puntiagudos a lo largo de las paredes junto al techo, muy admirado por una india sin dedos que apareció una mañana con un cuévano de serpentaria para trocar. Los chamizos pasaron a

llamarse pajares, y al año siguiente, dijo Messermacher, ampliarían las casas y harían pajares mejores. Gerti y los niños andaban descalzos por la hierba alta buscando huesos de bisonte con los pies (un hombre vino con una carreta al final del verano y pagó dinero contante por los huesos, que se enviaban al este para molerlos y hacer fertilizante); comían escaramujos por el dulzor fugaz. El hijo mayor de Beutle, Wid, tenía un don para encontrar nidos herbosos de sabanero.

## **El acordeón verde**

—Ahí tienes. Cuatro meses desde que pisamos la tierra pelada, y ahora hay tres granjas marchando.

Antes de empezar la recolección del maíz volvió Beutle al almacén de maderas de Keokuk en busca de tablones para hacer gallineros. El acordeón seguía sobre la caja fuerte.

—A ver, ¿qué pide el señor Bailey por él?

El dependiente puso cara de amargura.

—El señor Bailey no pide nada por él. El señor Bailey pasó a mejor vida. ¿Ves ese tablón que has cargado en la carreta? Pues se le cayó encima. Ése y otros más. Estaban mal apilados. Esas manchas son de su sangre y sus sesos. Mira los extremos. Le partió la cabeza, le aplastó como una chinche. La culpa la tuvo él, por coger a cualquiera para apilar: vagabundos, italianos, polacos, alemanes, húngaros. Sale ahí, tira de un tablón de arriba para empezar a cargar la carreta de un mengano, y todo se le viene encima. Con el grito que dio se habría podido afilar un hacha. Más de una hora me costó quitarle la pila de encima. Así que tendré que ser yo el que le ponga precio al maldito fuelle. No sé qué le encontráis los alemanes. Suena como el señor Bailey cuando se le vinieron encima los tablones. Un dólar. En metálico.

## **Una foto de recuerdo**

Beutle tocaba el acordeón en la casa nueva que aún olía a pino del sur, una fragancia resinosa que evocaba el siseo del viento en las agujas, el zumbido de las cigarras.

—Miradlo. Es un color bonito. —Estiró el acordeón verde sobre una rodilla, le sacó acordes largos—. Tiene buena voz.

Alzó su sacarina voz de tenor y las viejas canciones alemanas florecieron en la cocina; los niños jugaban debajo de la mesa a meter pajitas debajo del dedo gordo del pie con que Beutle marcaba el ritmo, y las mujeres se enjugaban las lágrimas.

—Sí, es un buen acordeoncito —dijo Beutle suavemente, encendiendo la pipa curva—. Pero yo preferiría un buen Hohner alemán. Sería más fuerte.

Messermacher golpeaba la tina de lavar, y Loats soplaba sobre un peine y un papel hasta que se le entumecían los labios.

—Ahora ya lo tenemos todo —dijo Loats.

—No —dijo Beutle, pisando un dedo que encontró debajo del pie—. Necesitamos una tuba. Y una *Bierstube*. Yo echo de menos un sitio así, las sillas y las mesitas con sus manteles de cuadros rojos bajo los árboles, los pajaritos de acá para allá buscando las miguitas, todo el mundo apacible con una jarra de buena *lager*... Ay, cómo echo de menos la *lager* de herr Gründig, la hacía como buen vino... A veces un poco de música, un acordeón tocando esto —y sacó unos compases de «Schöne Mähderin»—, los niños sentados tranquilos, y cómo me acuerdo de las ancianitas haciendo punto con su vasito delante. En América no hay nada parecido, no hay ningún sitio donde ir. Todo el mundo se queda en casa a trabajar. Los americanos no saben vivir, sólo piensan en ganar y ganar. Vamos a hacernos nuestra *Bierstube*, ¿eh? Yo preparo un sitio al lado del río bajo los sauces, y los domingos por la tarde cuando haga bueno nos vamos allí y hacemos como que estamos en un lugar de cordialidad y camaradería. Los niños pueden jugar a camareros.

—Hum —dijo Clarissa Loats, que tenía cara de violín—. ¿Y yo seré una de las ancianitas haciendo punto con el vasito delante, o tendré que andar como una loca yendo y viniendo a la casa para llevar bizcochos y queso y salchichas?

—La mujer tiene su trabajo —dijo Beutle—. Primero lo llevas, luego haces punto y bebes.

El tío de Loats había pertenecido a una *Turnverein*, y el sobrino, impresionado por la fuerza enjuta del viejo, convenció a los otros de que hicieran ejercicios. Todas las mañanas al rayar el día los tres alemanes se levantaban cada uno en su casa, vaciaban la vejiga y luego hacían tres flexiones, se tocaban la punta de los pies, y finalmente lanzaban los brazos afuera, hacia delante y de lado. Messermacher era un fenómeno con unas mazas de gimnasia que se había fabricado, Loats sabía andar sobre las manos. Después cada cual se iba a la mesa y se bebía un cuartillo de cerveza hecha en casa —Beutle se fumaba además un cigarro—, mientras la mujer destapaba la lechera con ruido metálico y los torreznos crepitaban en la sartén.

—Esto va bien —decía Beutle.

Pero en noviembre uno de los hijos de Loats cayó enfermo con disentería infantil y convulsiones que degeneraron en encefalitis, y el tan cacareado vademécum de Beutle, *Praktischer Führer zur Gesundheit*, no sirvió de nada; en una semana se murió el chico. Loats y Messermacher cavaron una fosa en la pradera, un poco retirada, y Beutle, con el rostro bañado en lágrimas, juró que en primavera le pondría una valla alrededor. Por dos veces interpretó «La marcha de los muertos» al acordeón, mientras las mujeres sollozaban. No fue sino el comienzo de la inacabable serie de enfermedades y accidentes que les perseguirían. Al correr de los años, los niños enfermaron de difteria, meningitis, fiebre tifoidea, cólera, malaria, sarampión, tos ferina, tuberculosis y pulmonía, además de sufrir quemaduras de rayos, accidentes, mordeduras de víbora y sabañones. Cuando el hijo menor de Beutle murió por complicaciones del sarampión, Gerti mandó a Beutle a caballo en busca del fotógrafo ambulante que había pasado por allí unos días antes, para tener una foto de recuerdo. Rápidamente vistió al niño muerto con los pantalones de su hermano mayor y un abrigo negro, y, mientras aún estaba flexible, sentó el cuerpecito en una silla y le puso en las manos el caballo de madera que Beutle había tallado. Como el cadáver no se tenía derecho, Beutle tuvo que atarlo con una cuerda que ennegrecieron con hollín para que no se notara.

Llegó el fotógrafo, sacaron silla y niño a pleno sol. Aún no estaba vallada la parcela, y ese día Beutle tocó «La marcha de los muertos» una vez. Con eso bastaba. Las vidas de los niños estaban en precario equilibrio; era mejor no quererles demasiado.

## El Cola y Jarro

En 1900 eran treinta las granjas de Prank: nuevas familias empujadas al oeste por fracasos privados, damnificados por las sequías de Kansas y Nebraska, algunos rezagados del este que no habían conseguido tierras decentes en la carrera de unos años antes a Oklahoma, unos cuantos arruinados por la Depresión y animados a empezar de nuevo, ex ganaderos que habían tenido que capitular ante las terribles ventiscas del 86 y el 87 pero aún alimentaban la esperanza de volver a ser lo que fueron, y casi todos inflamados por la idea del nuevo siglo, intuyendo una oportunidad de cosas portentosas. Hubo veranos en que el maíz creció como nadie jamás había visto ni soñado, brotando ante sus ojos del mantillo negro violáceo, y en el silencio caluroso de los días sin viento se oía entre las hileras el chirrido de la caña al crecer, la fuerza de la vida.

Pero llegó también la sequía que achicharraba las cosechas, y una langosta infernal en roncadas nubes que se pegaban de tal manera a las cercas de alambre de espino que sus líneas parecían de calabrote deshilachado, un calabrote que oscilaba y se retorció. Murallones de nube negra se precipitaban en el túnel rugiente de los tornados, huracanes surgidos de la nada derribaban pajares y casas, tiraban a las cabalgaduras por los barrancos. Los hombres se congelaban cruzando la pradera bajo la ventisca implacable, los caballos se morían entre las varas, y una mujer que iba agarrada a la mano de su marido, doblada contra el viento, tratando los dos de llegar a casa, se cayó y se soltó; y él no dio con ella hasta la mañana siguiente, un cadáver helado contra la pared del pajar, y que habría rodado hasta el Missouri si el pajar no la sujetaba. Las largas y feroces sequías eran interrumpidas por aguaceros torrenciales que abarrancaban la tierra pulverulenta y arrastraban las moribundas cosechas. Pedriscos del tamaño de tazas, deformes como barruecos, majaban los maizales reduciéndolos a pulpa y magullaban al ganado. Los niños se ahogaban en el Little Runt, se perdían en las selvas de maíz.

Llegó el ferrocarril tan esperado, la línea de cincuenta kilómetros Rolla & Highrod, apodada Cola y Jarro por sus métodos de improvisación — engrasaban las máquinas con sebo en vez de aceite caro, acarreaban el agua a mano desde el Little Runt por no hacer torres—; pero era una vía de enlace con los mercados de Chicago y la prosperidad. Así decían los

carteles y las octavillas de la compañía. Beutle despreciaba a los peones irlandeses que tendían la vía con sus «cucharas irlandesas», aquellas palas picudas, pero su dinero valía lo mismo, y durante un año los Beutle alojaron a cuatro de aquellos bebedores de *whisky* sucios y rezadores.

—¡Sucios irlandeses! —decía Certi. Un día fue a llevar una olla de patatas guisadas a una cabaña donde había cuatro niños muy enfermos de viruela. La madre le ofreció una taza de café, y, cuando Certi asintió a regañadientes, desapareció en una cocinilla cochambrosa. Pasado un momento Certi se asomó, y vio que aquella desgraciada estaba limpiando a lametones el interior de una taza, mientras en la lumbre un cazo de café recalentado soltaba olor a trapo chamuscado.

Beutle vendió el soto de nogales negros para traviesas, y se felicitaba de haber hecho un buen negocio. Algunos irlandeses se quedaron para extraer la piedra caliza que se había descubierto debajo del pueblo, y otros marcharon más al oeste, siguiendo el ferrocarril, desprendiéndose poco a poco para hacerse mayores, agentes de tierras, empleados en las nuevas oficinas del gobierno.

—Esos sucios católicos —decía Beutle—. Son todos delincuentes, cometen cualquier delito porque con ir a confesarse y rezar cuatro cosas, zaca, asunto arreglado. Había un irlandés que había robado cinco gallinas a un vecino, y se va a confesar y dice: «Padre, he robado unas gallinas». Y el cura le pregunta: «¿Cuántas?». Y dice: «Cinco, padre; pero pongamos diez, porque las otras las afo al volver a casa».

Certi amasaba para veinte hogazas cada semana. Sus manazas eran como garfios articulados, y en los antebrazos tenía tanto músculo que parecían deformes. Una vez que estaba ordeñando en el patio a una vaca nerviosa, el animal se rozó con la plataforma del lavadero y le echó encima del hombro izquierdo el barreño cargado de agua; desde entonces se le quedó más alto el derecho. A pesar de aquel defecto y de lo que le hacía padecer un reuma inflamatorio, trabajaba en el campo y maldecía las tareas domésticas, y todas las mañanas se peinaba y peinaba a sus hijas haciendo una corona, aunque lo que se llevaba en el pueblo era el moño del tamaño de un repollo pequeño en lo alto de la cabeza. Ella desenredaba cada melena ondulada con su peine fino, la partía en dos madejas largas y las trenzaba muy deprisa y muy prietas, metiendo una cinta ya cerca del final de cada trenza. Enroscaba sobre la cabeza las trenzas acabadas, y ataba las

puntas en la nuca con las cintas y las escondía debajo del pelo. La doble trenza plana hacía una aureola de pelo brillante en las cabezas de las niñas; el de ella era castaño con mechas grises. Por la noche se deshacían las trenzas (¿quién era capaz de dormir sobre sogas de pelo?), y las ondas calientes y crespas caían en cascada. Y cuando, varias veces al año, las niñas volvían de la escuela con piojos (no os sentéis nunca al lado de las irlandesas, las amonestaba), su madre les lavaba la cabeza con queroseno y peinaba las malolientes guedejas con una lendrera; y cuando las niñas se rascaban y se retorcían por las lombrices, las medicaba con el Vermífugo del Doctor Lug, que era una sustancia alquitranosa que olía a cuerno quemado.

Llegó una segunda línea de tren, una vía doble tendida por peones chinos que hablaban una jerigonza incomprensible; por el sur iba a Kansas City y por el norte a Minneapolis. La compañía construyó una estación y la dotó con un jefe de estación, un telegrafista y un factor. En la sala de espera había un banco de contrachapado perforado, de tres metros de largo, que tenía escrito un lema inmenso: VISITAD A LOS ENFERMOS. Buck Thorne, el jefe de estación, había sido maquinista hasta que perdió una pierna en un descarrilamiento. Bromeaba refiriéndose a sí mismo como una locomotora de vapor. Cuando se iba a casa a comer se ponía la tapa del domo, cojeaba con el eje portante de su pata de palo, y accionando las bielas entraba en el cocherón para avivar el fuego y cargar carbón y agua. Los sábados por la noche bebía *whisky* hasta que rugía la caldera y se declaraba perfectamente engrasado.

El tren de Kansas City hizo su primer viaje el 4 de Julio. Prank festejó el éxito.

Los tres alemanes se pusieron en primera fila del andén de tablas. Cada uno sostenía una bandera americana de fabricación casera atada a una vara de brinzal. Detrás de ellos, los niños sostenían entre el pulgar y el dedo índice unas banderitas de papel pequeñas como sellos, prendidas en mondadientes. Al otro lado de las vías, en los corrales de espera, los cerdos se empinaban sobre la cerca para contemplar al gentío.

—Al que trabaja duro le acaba llegando la suerte —peroraba Beutle, cada vez con más acento—. Tenemos kilómetros de maizales, eso demuestra lo que hace trabajar, y ahora tenemos el tren que está abriendo el país —sudoroso, tartajoso porque era mucho honor, y los irlandeses se reían

del torpe discurso. El tren procedente de Kansas City silbó y rugió; el silbato soltó un pitido áspero y ronco, cambiado de tono por un taco de madera que el maquinista Ozro Gare le había embutido contra la lengüeta para hacer una señal distintiva; los tres alemanes apoyaron las banderas en la pared de la estación, y Beutle sacó el acordeón verde de la vagoneta de equipajes y se lanzó a la nueva pieza de Sousa, «La marcha hacia el Oeste», aunque la nueva línea iba de norte a sur. Loats le acompañó con berridos poderosos de su tuba deslustrada, y Messermacher hizo sonar una barra de hierro, un trozo de vía que hacía un ruido taladrante, en honor del ferrocarril. Los niños imitaron los chillidos de los cerdos, y todos juntos entonaron a voz en cuello «El himno de batalla de la República».

Con un resoplido agudo el tren echó a andar, y la multitud vitoreó y despidió con la mano al furgón de cola hasta perderlo de vista. Cinco o seis chiquillos pegaron las orejas a la vía para oír cómo se apagaba el metálico canto. Los hombres armaron mesas de caballete en el andén y las mujeres sacaron marmitas de pollo con buñuelos, barreños de panecillos, artesas de mantequilla, remolachas en vinagre. Las alemanas eran las que habían llevado más comida: un enorme jamón rosado y salchichas rojas guisadas en cerveza, alineadas por docenas en la sartén; costillas ahumadas con chucrut sazonado con pimienta y bayas de enebro, rábanos y leche agria, una empanada de cebolla que medía cuarenta centímetros de lado a lado, cerdo aliñado con manzanas y peras, chicharrones. En el tren habían venido veinte sandías maduras refrescándose en baldes de hielo, y había tarta de ciruelas, el *Appelkiachle* de Gerti y doce bizcochos de huevo cubiertos de miel. Uno de los niños irlandeses, al atacar el segundo pedazo de bizcocho, soltó un aullido de dolor porque una avispa que estaba chupando el dulce de la cobertura le picó en la lengua. De trecho en trecho, una niña espantaba las moscas de la mesa con ramas de sauce y bayetas.

—¿Os acordáis de cómo cocinamos las sandías el primer año? —dijo Clarissa Loats, riéndose con su risa corta. Loats volteó sus mazas y Beutle se encaramó al desván de la estación y desde la ventana tiró caramelos de menta a puñados. A un lado un irlandés tocaba una gaita plañidera, y otro ejecutó un baile de zuecos sobre el andén hasta levantar nubes de polvo de las tablas, pero era a los alemanes a quienes miraban todos. Con la fresca se trasladaron a la nueva escuela, donde se habían apartado todos los pupitres para el baile.



—¡Ahora a bailar, me cago en diez! —gritó Beutle, y empezó con canciones jocosas alemanas, «Die Ankunff der Grünhörner», «Auf der Aim da steht'ne Kuh», y la popularísima «*Herr Loats, was ist mit deiner Tuba los?*», hasta que los irlandeses se hartaron y exigieron gigas y *reels* que los alemanes no sabían tocar, y los americanos quisieron «Tío Ned» y «El viajero de Arkansas». Los tres alemanes tocaron hasta la medianoche, con el incansable Beutle ligando polcas de acordeón y la tuba dando bocinazos, y en la blanca luz de gas un fino velo de gotitas de sudor que volaban de las parejas en las vueltas apretadas. A medianoche alguien tocó una campana, un irlandés disparó un tiro de escopeta al cielo y los tres alemanes ejecutaron su número más asombroso.

Llevaron dos yunques de la carreta de Loats y pusieron uno en el suelo, vuelto del revés. Beutle llenó el agujero de pólvora y espolvoreó un poco alrededor hasta los bordes para que hiciera de detonante, y a continuación pusieron el segundo yunque, también del revés, sobre el agujero cargado. Messermacher prendió la pólvora con un atizador calentado al rojo. Una tremenda andanada de estampidos con estrépito de yunques sacudió la estación, los gochos chillaron aterrorizados, y Prank vitoreó hasta enronquecen.

## Domingo

La población de Prank pasó de seiscientas almas, y junto a las vías se reunieron caminos que venían del interior. Comestibles y Mercaderías O'Rourke instaló un cinematógrafo en la trastienda, y Beutle, un sábado que fue al pueblo, le dio a la manivela del aparato con entregas de *Asalto y robo de un tren*.

—Es una cosa curiosa, sí, pero ni comparación con una buena función de teatro alemana.

Pasó una caravana de gitanos que vendían sillas de mimbre para los porches, y Beutle compró dos para su *Bierstube* de la orilla del río, protestando por el precio. Pero cuando al final del día fue a llevarlas al futuro merendero, encontró los sauces cortados hasta la raíz y cercos de hogueras donde los *roma* habían acampado, «¡He comprado mis propios

mimbres, me cago en diez!». (Y cuando al año siguiente la misma caravana u otra acampó junto al río, les echó a punta de escopeta; se impacientó cuando una de las carretas se atascó en el barro, y diciendo entre risotadas que él les pondría en marcha, apuntó al trasero enlutado de una vieja que estaba cargando todo su peso contra la rueda. Ella cayó dando gritos, y los hijos de Beutle se echaron a llorar.

—¡A callarse! No le ha pasado nada; los extranjeros son como los animales, no sienten dolor. Lo hace para daros pena. —Escupió y gritó: «*Raus, raus!*» hasta que salieron a la carretera, con la mujer aupada a una de las carretas). Los domingos los tres alemanes se quedaban en casa bebiendo cerveza, fumando tabaco de producción casera, comiendo y haciendo música; si hacía bueno iban al lugar que Beutle había desbrozado junto al río, equipado con unos cuantos bancos y mesitas de madera y las sillas de los gitanos. (Al final los sauces habían vuelto a crecer). Se estaba muy bien allí en verano, oyendo el discurrir del río y los cantos de los sabaneros a la luz amarilla de la tarde. La versión yanqui de un día melancólico con rezos tristes no les gustaba nada.

—¿Sabéis por qué los puritanos se vinieron de Inglaterra a América? — Beutle dejó el acordeón verde sobre una silla y echó mano al jarro de la cerveza—. Pues me cago en diez, como suele decirse, para poder seguir su religión con libertad y a su manera y obligar a los demás a hacer lo mismo. —Soltó un pedo tremendo y los niños chillaron de risa.

## Un viaje a Chicago

En el pueblo se empezó a decir que llamaba la atención cómo se parecían los hijos de los tres alemanes; ¿no sería que las familias estaban más unidas de lo que parecía? Hacía años que corrían historias acerca de Beutle, y de no ser por el acordeón y su genio agresivo y medio zumbón, alguna noche oscura podía haberse llevado una paliza.

—¡Me cago en diez! ¡Al que busque pelea conmigo *den rauch ich in der Pfeife*, me lo fumo en pipa!

En un memorable viaje a Chicago para vender los cerdos (¡a doce centavos el kilo, el noble puerco blanco alemán!), Beutle anunció su

intención de pasarle a Messermacher el baqueteado acordeoncito verde. Él le enseñaría a tocarlo. No era malo el pequeño instrumento. Él se iba a comprar uno nuevo, un Hohner, un instrumento alemán de una casa que hacía excelentes armónicas. Tenía unos cuantos botones auxiliares que daban sostenidos y bemoles. Entonces formarían una banda de acordeones, una banda de acordeones alemana si tenían otro instrumento. A Loats le sentaba mal el movimiento del tren y se salió a la plataforma, a respirar la ventolera de aire frío que traía el tufo sulfuroso del carbón quemado.

—Los alemanes fueron los que inventaron el acordeón —explicó Beutle a Messermacher—. Mil cosas inventaron, pero sobre todo el acordeón. Porque los alemanes piensan, los alemanes tienen cabeza. Hubo un tipo que era músico, un violinista alemán, que acabó tocando en la orquesta de la corte de Rusia, no la de Catalina la Grande pero por aquella época. Y ese tipo tocaba el violín, pero como era alemán, me cago en diez, se fijaba en las cosas, se fijaba en que cuando al volver a su cuarto colgaba el arco del violín, salía una nota bonita. Entonces inventa el violín de clavos, que da notas muy bonitas, yo lo he oído. Es un redondel de madera con clavos de punta, pasas el arco por los clavos y *ú á ú á*, suena bonito. Un día a este tipo le llega una cosa rara de la China, alguien se la da porque como le interesan las cosas, lógicamente por ser alemán, y ve que es un cuenco redondo con unos canutos de bambú que salen, y en el cuenco una boquilla. Y va y sopla. Suena estupendamente bien. Y es que los condenados chinos meten lengüetas dentro de los canutos, igual que en el acordeón, unas lengüetas chiquitas pegadas con cera por un extremo, y el otro extremo vibra así. —Y le indicó a Messermacher con un temblor de la mano—. El violinista alemán aprende a tocar ese instrumento, *die liebliche Chinesenorgel*, y de ahí les pasa a otros alemanes la idea del acordeón: la lengüeta libre. Así es como empieza. Luego viene el fuelle.

En Chicago, Beutle bebió cerveza bávara de importación y se fumó un habano torcido en una cervecería, comió fuentes enteras de chucrut y salchichas, cantó canciones de taberna hasta la medianoche, fornicó con prostitutas, y se compró un instrumento nuevo con parte del dinero de los cerdos, y para su mujer una plantilla perforada con el lema *Dios bendiga nuestro hogar*, y un surtido de hilos de colores para hacerlo. A Loats se le ocurrió llevar lapiceros amarillos y hojas de papel basto para los niños, y eligió un estuche de cinta métrica en forma de gallina y un frasco de tónico

Gracias Mil para su mujer, que tenía ya algunas goteras. Se comió una fuente de salchichas de Chicago, de un extraño color de bronce y sabor como a queroseno. Messermacher encargó una mecedora y un somier de los modernos, todo por seis dólares, y compró una caja de naranjas para sus hijos y de tanto en tanto levantaba la tapa para aspirar la fragancia.

En el tren de regreso a Prank, con el nuevo acordeón pasando de uno a otro regazo, cosquilleándoles los dedos, hablaron del poder de la música sobre las personas. «Escuchad esto, mirad qué fuerte y qué claro». Porque el nuevo acordeón tenía buenas lengüetas de acero y un tono alemán brillante y agresivo, aunque era difícil de tocar por los botones extra. Beutle había estado viendo una máquina de lavar, una Maytag de cobre con un manubrio al que la mujer daba vueltas hasta que la ropa quedaba limpia, y un escurridor, pero no la compró, y sí en su lugar un fonógrafo de manivela y varios discos Edison, entre ellos uno donde un acordeonista llamado Kimmel tocaba una selección de valsos alemanes y gigas y *reels* irlandeses. Estaba deseando llegar a casa para oírlo.

—Tienes que pensar que un instrumento musical es humano, o por lo menos que vive —decía—. Fíjate en el violín, decimos que tiene cuello, y en el cuello humano ¿qué tienes? Cuerdas vocales como las cuerdas del violín, de donde sale el sonido. Pues bien, el acordeón ¡es un instrumento que respira! Respira, vive. ¡Me cago en diez! Y eso sin tener cuello. Pero pulmones sí tiene. ¿Y el piano? Las teclas son dedos que responden a los tuyos. La trompeta, la cometa, es una nariz. Que te suenas. Éste es uno bueno que me han contado. Es un tipo que va a Chicago a vender los cerdos y los vende muy bien. Llena la cartera que casi no la puede cerrar. Tiene miedo de que le roben. Pero no se quiere volver a la granja sin divertirse un poco. Conque va y encuentra un sitio lleno de mujeres, unas mujeronas con unos brazos como marineros. Pero como es lo único que encuentra, pues se dice: «Vale, andaré con ojo». Y la mujer le dice que un dólar. «Vale», dice él, «te doy dos dólares si...».

—¡Cuidado! —dijo Loats con voz sofocada, y se abalanzó a la ventana a vomitar salchicha de Chicago.

## La lujuria de Beutle

Al principio Beutle denunció la música de Kimmel como una superchería. «Son dos acordeones. Nadie puede tocar así». Después dijo que por supuesto era un solo músico (un alemán), un genio del acordeón, aunque demasiado aficionado a las gigas irlandesas.

Los tres alemanes hacían buena y sonora música del campo, y la manera de bailarla era dar patadones.

—Si tocas como los alemanes, cuando seas mayor no podrás más que tocar el silbato del tren, como Quint Flint —dijo con desdén un gaitero irlandés a su hijo, que un día había intentado tocar con los alemanes pero le ahogaron. Quint Flint era un maquinista que tocaba «Polly, calienta la pava» al acercarse a la estación donde vivía.

Cuando a Prank llegaba alguna banda de paso, Beutle se iba detrás del jefe, presentándose como ex músico ambulante. «¿Le suena Tonio y su Banda de Oro? *Ach*, hace años, en otras ciudades. Yo tocaba con ellos. Ahora soy granjero. Escuche, a lo mejor tienen ustedes algunos instrumentos de los que quieran desprenderse, que estén quizás un poquito rotos. Yo se los podría comprar si no es demasiado dinero, arreglarlos. Algo para que podamos hacer música aquí en la pradera solitaria». Y así fue como los alemanes adquirieron saxofones y tambores, armónicas, xilófonos, y Beutle enseñó a los niños a tocarlos. El hijo de Messermacher, Karl, aprendió varios instrumentos enseguida, y a los siete años tocaba «Las carreras de Camptown» con el acordeón, el silbato y la armónica.

En el pueblo se decía: «Llamad a los tres alemanes para el baile», y la gente se echaba a reír, y siempre se decía algo sobre Beutle y Gerti. Los Tres Alemanes vino a ser el nombre de su banda, aunque con ellos tocaran media docena de chiquillos. Tocaban para el baile al compás que Beutle marcaba con el pie derecho, constante y firme como el tictac de un reloj de cuerda. Se sentaban alrededor de la estufa de carbón, un gran adelanto después de tantos inviernos de quemar haces de esparto; Lotte rascaba el violín, los acordeones rezongaban, el pequeño Wid le daba a una celesta de pedal, y Percy Claude pulsaba el banjo, que tenía un sonido tan brillante y astuto que el perro viejo se incorporaba y aullaba cada vez que le veía descolgarlo de la pared.

Los Beutle eran lujuriosos, de eso no cabía duda, y no sólo porque tuvieran nueve hijos vivos (muchas familias de Prank llegaban a la docena y más), sino porque Beutle no tenía el decoro de controlarse hasta la

intimidad de la noche y la alcoba. El empleado de los Portes Ferroviarios, Mulkens, fue a llevarle un envío de plántones de manzano y en la leñera se encontró con la escena de Gerti de bruceos sobre el taco y Beutle trajinando «como un cerdo hambriento en el albañal». Mulkens volvió al pueblo arreando al caballo al galope, ávido de contar lo que había visto, hasta unas señales rojas en las nalgas de Beutle que acaso no fueran pecas sino las marcas de una enfermedad horrible. ¡O incluso mordeduras! Cochinos alemanes. El cartero hablaba de un sobre dirigido a Beutle que sin saber cómo se había despegado dejando ver fotos indecentes de mujeres, una de ellas con una camiseta negra recortada en redondeles por donde salían los senos.

En otoño, por recoger antes el maíz, trabajaban juntos los tres en los campos de cada uno, sobre todo cuando los chicos eran aún pequeños para ayudar. Una vez estaban en el campo de Beutle, y Gerti se acercó a mediodía con las tarteras y jarros de agua con vinagre. Hacía calor. Beutle estaba trabajando cerca de donde paraban a mediodía, esperando a Gerti, pensó Loats, seguramente muerto de hambre. Loats y Messermacher bajaban desde el otro extremo del campo, desatándose de las manos los rascadores (porque Beutle despinochaba el maíz en el campo), flexionando las cabezas para desentumecer el cuello. Y vieron que Beutle y Gerti se metían a gatas debajo de la carreta.

—Mira, Beutle se está metiendo a la sombra —dijo Messermacher con envidia.

—Y metiéndose en más cosas —dijo Loats, mirando con los ojos entornados al lustre blanco de las nalgas de Beutle. Se acercaron a la carreta.

—¿Así que os da igual que os vean? —dijo Loats, hincando sus dientes amarillos en el fiambre de cerdo; y acuclillándose se asomó a mirar por debajo de la carreta, pensando avergonzar a Beutle.

—Mira bien, Willy —dijo Beutle, respirando hondo y apretando más—: entérate de cómo se hace y así no tendré que ir a tu casa los domingos.

—*Animalisch!* —dijo Loats.

—*Leck mich am Arsch!*

—¿Y qué? Nadie se escandaliza porque lo hagan los perros, o porque el toro monte a la vaca —dijo Gerti a Clarissa—. Dime qué diferencia hay.

Nosotros somos iguales. Es una necesidad natural. *Sowieso*, yo no le puedo parar. Tiene que hacerlo tres veces al día o se muere.

Gerti pasaba de los cuarenta, y sobre el labio de arriba se le dibujaba ya un fino frunce. Anhelaba disponer de dinero propio, pero Beutle tenía muy sujeta la bolsa. Ella andaba siempre haciendo planes: hacer mantequilla de vaca, pero daba un trabajo espantoso y sólo se ganaba diez centavos por cada kilo; criar pavos, pero cuando lo intentó, una granizada le mató diecisiete, y luego se los llevaban los halcones.

—La diferencia es que nosotros somos cristianos y los animales no — dijo Clarissa. Y pensó: «¡Tres veces al día! *Wahnsinn!* Aquel hombre era un maniaco, un capricho de la naturaleza».

Era un maniaco. Conforme avanzó en años, sus deseos se acrecentaron y los de Gerti fueron a menos. Nada apagaba ni aminoraba el brío sexual de Beutle. Era como la locomotora rugiendo por la recta que había treinta kilómetros al este, y que la gente del tren llamaba «la pasarela». En 1910 pasó por Prank una compañía que llevaba de gira *La chica y el mago* de Irving Berlin. A Beutle le encantó, e hizo suya aquella canción descarada de «Cómo amaba aquel alemán».

## El nidal

Los tres alemanes se afiliaron a la Sociedad Histórica Germano-Americana de Kringel, una población distante cincuenta kilómetros al norte donde sus compatriotas eran muy numerosos. La sociedad se reunía una vez al mes para promover la apreciación de la *Kultur* a través de conferencias, conciertos y veladas de canto. A Beutle le gustaba el largo paseo hasta allá. El tamaño del país le mareaba todavía, y aun después de un aguacero, con el caballo echando vaho al trote, se quitaba el impermeable, aspiraba con fuerza el aire fresco y miraba el cielo lavado y el nubarrón de pasada, mientras perfeccionaba las frases del discurso que iba a pronunciar: «Los alemanes le han dado mucho a América. La Revolución Americana habría fracasado si los alemanes no hubieran ayudado. El partido republicano nació por el interés de los germano-americanos. No hay que olvidar que

Abraham Lincoln descendía de un inmigrante alemán llamado Linkhorn. América necesita a los alemanes para cumplir su destino».

Pero allá en Prank el de los Portes Ferroviarios decía que habría que ahogarles a todos: no encajarán nunca en este país, los teutones, cabezas cuadradas, tarugos.

Beutle se suscribió a un periódico alemán que llegaba por correo todas las semanas, y cuando acababa de leerlo y recortar los anuncios interesantes se lo pasaba a Loats y Messermacher. Por ese periódico se enteró de lo de Linkhorn, y de él encargó un retrato del difunto presidente en cartón perforado, para que Gerti lo hiciera con lanas de colores. Ella tiñó la lana para la cara con palo de hierro, dándole a Lincoln un cutis amarillo que a lo largo del invierno fue cambiando poco a poco a pardo verdoso. Estaba cosiendo el bajo de un delantalito. Lo que daría por tener una máquina de coser.

—Los alemanes son los que están haciendo grande este país —convino Loats—. Mira los sucios irlandeses de Prank, no hay ni uno que sepa leer un letrero ni escribir una firma.

Messermacher era el más rico de los tres, pero tenía problemas con los ojos, por sensibilidad al polvo que arrastraba el viento, y se los lavaba con el Baño Oftálmico del Doctor Jackson. Dos de sus hijos trabajaban con él en su granja, otros tres en fincas colindantes o próximas, y otro, Karl, vivía en el pueblo y trabajaba para el ferrocarril como telegrafista. Messermacher se compró una sembradora de maíz de las nuevas a marco real sin alambres, pero al pasar sobre surcos muertos patinaba y escupía. Messermacher la modificó y escribió a la fábrica, y cuando fue un representante a verlo le hizo una demostración tan impresionante que la casa le pagó cien dólares y derechos anuales por el invento durante años. Hasta la guerra utilizaron su fotografía en los anuncios: *El granjero L. Messermacher afirma: «Esta sembradora no falla. Es tan sencilla que puede manejarla un niño».*

Los cerdos de Loats eran famosos en Chicago; cebaba unos cuantos para la mesa del gobernador y para el Century Club. Se le daban bien el trigo y los cerdos, pero él pensaba que lo mejor de su granja era un huerto de veinte acres de guindos, cada árbol un globo fosforescente de gasa blanca cuando maduraba la fruta.

Sin embargo había algo raro. Aunque todos eran granjeros prósperos, y sus granjas un modelo de economía y buena administración, aunque



tocaban música en todos los bailes, los alemanes no eran queridos en Prank. Sus hijos (llamados «cabeza de col» en la escuela) y sus mujeres no tenían amistades fuera del grupo. En parte era porque Clarissa era una fanática de la limpieza, que restregaba por fuera la casa y el pajar y tenía los suelos como el ampo de la nieve, y pocas mujeres querían tener por amiga a semejante perfeccionista; en parte era porque los tres alemanes eran librepensadores, agnósticos declarados que presumían de no tener una sola Biblia entre los tres. Y en parte era porque, a pesar de la langosta, la sequía, el pedrisco, las riadas, los tornados, las heladas de verano y los deshielos intempestivos, los tres sacaban siempre cosechas decentes mientras la gente de alrededor lo perdía todo. En una riada el Little Runt inundó el campo bajo de Beutle, pero cuando se retiraron las aguas había docenas de flamantes peces varados en los surcos húmedos y enriquecidos; no tuvo más que recogerlos. Florecían los rumores, historias picantes de salacidad germana y de incesto. Casi todas las habladurías iban a parar a Beutle y sus apetitos insaciables.

—Quiá. La razón de que ahora no toquemos tanto en los bailes —decía él— es que la gente de por aquí quiere canciones de negros. *Ragtime*. El saxofón. Quieren el acordeón-piano; el acordeón de botones ya no les parece lo suficientemente bueno, ¿comprendes?

Cuando fueron llegando los nietos (el hijo mayor, Percy Claude, y su mujer habían edificado cerca de la casa grande, y los otros chicos tenían casa en las fincas), Gerti ya no quería que la pillasen dando gusto a Beutle. A su edad, le dijo; con canas y todo. Ella con su tripón y él con su trasero peludo como un oso. Le rechazaba con más frecuencia. Comportamientos que habían sido excitantes en un joven repugnaban en un hombre de piel flácida y pelo gris. La situación se complicó más el día en que Gerti entró en el gallinero y le sorprendió con la criada, Beude sentado en un nidal y la chica montada sobre él, con las bragas colgadas de un clavo. Él guiñó el ojo a su mujer como diciendo, tú no quieres y ella sí. Tenía pajas en el pelo.

Gerti huyó como si le hubieran echado encima un cubo de agua helada, bañada en una desesperación gélida. Corrió a su cocina gimiendo, bamboleándose con sus pesados senos y sus grandes caderas. En la cocina se tiró sobre el fogón frío, apoyó la frente en el borde cromado del hornillo, y sollozó de dolor y de rabia hasta que se le hinchó la nariz. Dando traspiés fue al cajón de los cuchillos del aparador, sacó el de trinchar con mango

negro y las letras IXL estampadas en la hoja, y sin pensar se lo pasó por la garganta. El calor de su propia sangre al empararle la cinturilla le hizo volver en razón. ¿Matarse por un hombre en un nidal? ¡Jamás!

Fue a mirarse en el espejo mal azogado que había sobre la pila. La sangre rezumaba, no salía a borbotones, aunque el tajo tenía un centímetro de ancho; la buena capa de grasa la había salvado. Restañando la sangre con un blanquísimo paño de secar, sacó hilo y aguja del costurero, volvió al espejo y se cosió la herida con mano firme. El hilo era azul. Se envolvió el cuello en un trapo limpio. Le daban ganas de coser también otra cosa.

Beutle le parecía una cosa vieja y sucia. Mató a todas las gallinas que habían presenciado su humillación, gritó a la criada hasta que escapó a su casa berreando, y él no era capaz de decir nada. Gerti le echó las barreduras del suelo en el bote del tabaco, removiendo para mezclar bien los grumos de mierda. Muchas veces pensó ponerle un poco de matarratas en el café, pero no lo hizo.

Él se subía al buggy después de comer y se iba por ahí.

—Voy a acercarme a ver a Loats —decía, y ella sospechaba que andaba detrás de la hija de Loats, Polly, que con sus veintiséis años seguía estando en casa, una solterona reseca que había estado a punto de morirse tuberculosa pero lo superó, y a lo mejor no estaba tan reseca; algún jugo debía tener.

Le dijo algo a Clarissa, y Clarissa se puso al acecho, y efectivamente, un día vio que Beutle seguía a Polly al manzanal. Clarissa corrió donde estaba Loats y le dijo que cargase la escopeta y la usara.

—¿Para qué? No hace más que seguirla, según tú.

—Ya conoces a Beutle. Ya sabes lo que pretende.

—Dices que la iba siguiendo. Si ella iba delante, no tiene aspecto de que la esté forzando para nada.

—Ella no sabe lo que hace. Es inocente, te lo digo yo.

—A los casi treinta años, a lo mejor no es tan inocente como tú crees.

—Deberías molerle los huesos a ese hombre, pero ya veo que no haces nada.

No, Loats no quiso hacer nada. Si Beutle se estaba divirtiendo con Polly, sería hacer lo que no había hecho nadie. Loats pensaba que los tres alemanes estaban ligados por el destino, y el destino era la fuerza más irresistible de la vida. Y aunque en tiempos pensó que el destino les había

sacado a los tres de las estrecheces de la vieja patria para dirigirles hacia vidas ricas y fructíferas, el destino empezó a volverse contra ellos cuando los serbios asesinaron al archiduque Fernando en Sarajevo. Fue como si antiguas enemistades europeas hubieran ido a buscarles al otro lado del mar, siguiéndoles furtivamente a cada uno, ocultándose, apostándose bajo la hierba para esperar como espera una pestilencia a que llegue el momento, y luego sacar la cabeza, sañudas y ponzoñosas.

## La guerra

El odio se extendió despacio, como baja el relente por una ladera al atardecer.

—«Guionismo»; ¿qué es esto de «guionismo»? —dijo Loats, alisando el periódico de Beutle. Estaban sentados a la mesa de roble de la calurosa cocina de Loats, su mujer planchando camisas junto al fogón donde se calentaban las pesadas planchas de hierro, Beutle avivando su pipa negra con chupadas humeantes. En la escamondada mesa descansaban una vinagrera, un sonajero de celuloide y un bote de gres cargado de relucientes tenedores y cuchillos.

—Eso es el caballo de Roosevelt, que va que se mata. ¡No le gustan los guiones, me cago en diez! Le preocupan los germano guión americanos. Mira, mira esto de aquí abajo. Dice; «Hay americanos que necesitan ponerse un guión en el nombre porque sólo una parte de ellos ha cruzado a esta orilla. Pero cuando es el hombre entero el que cruza, con su corazón y su pensamiento y todo su ser, el guión cae por su propio peso y desaparece de su nombre». ¿Y qué más desaparece? Me cago en diez, un hermoso idioma, Bach, Handel, Mozart, Schiller desaparecen, Goethe desaparece, Kant y Hegel, Wagner, Wagner desaparece, Schubert desaparece. El acordeón desaparece. Y la cerveza desaparece. En su lugar tenemos unas americanas locas y flacas chillando por el voto y los malditos americanos flacos y sus ideas americanas flacas sobre la prohibición. No ven que los alemanes son la mejor gente y más trabajadora de América. No ven que todo lo bueno que hay en América viene de los alemanes.

—Menos la plancha eléctrica —dijo la mujer de Loats; la nueva mujer, Pernilla, porque Clarissa había acabado muriéndose de temblores y debilidad—. He oído decir en el pueblo que la señora O’Grain tiene una plancha que funciona con el cable eléctrico. No tiene que calentarla en el fogón, abrasándose viva. Eso es lo que yo quiero con el dinero de mis huevos, una plancha de ésas.

—Antes tienes que tener la electricidad, me cago en diez —dijo Beutle—. ¿Dónde la ibas a enchufar, en tu culo? La plancha sola no sirve para nada. —(Seis meses después, cuando descubrió que ese aparato lo hacía la firma alemana Rowenta, le dijo a Loats que debía comprarlo). En el otoño de 1916, Beutle, enfurecido por las informaciones tendenciosas que daba la prensa americana, se suscribió a un segundo periódico, *Patria*, que leía con vitriólico regodeo. Donó tres dólares a un fondo de socorro de guerra alemán, y recibió como insignia un anillo decorado con una réplica de la Cruz de Hierro y la inscripción *En prueba de mi lealtad a la vieja Patria, le di oro en tiempo de tribulación por este hierro*.

—Bueno —dijo Loats—, no me pases más ese maldito periódico, Hans. Ha dejado de gustarme. Además, me he comprado una radio de las de galena y transmiten las noticias de la guerra. —(A cada hora se sentaba con los cascos puestos a ajustar el sintonizador, pero no oía nada).

—¡Jo, jo! —dijo Beutle—. Escucha, amigo mío, la radio de galena será tan mala como los periódicos americanos, y todo lo que lees en un periódico americano favorece a los ingleses y condena a los alemanes. ¡Ésa es la cacareada neutralidad de Wilson! Lo único que hace *Patria* es corregir esa versión tendenciosa de las noticias. Las mentiras y las descripciones sesgadas del *Lusitania*, ¿no me vas a negar sus mentiras? Aquí mismo habla *Patria* de ese periódico americano de imbéciles que dijo que lo que le había pasado al *Lusitania* era «el peor crimen desde la crucifixión de Cristo». Me cago en diez, lo que no dicen es que el barco iba cargado de municiones. ¡Hay que leer *este* periódico para descubrir la verdad! Y mira esto, también las noticias americanas: en New Jersey un hombre envenenado por su mujer con tortitas.

—Me parece que yo renuncio al guión, Hans. Me da igual que suelten mil bombas sobre la cabeza del káiser. Ya no me siento tan alemán. Mis hijos han nacido aquí, éste es su país. ¿Por qué voy a seguir atado a la vieja patria, que lo único que hizo fue echarme? Yo sólo quiero que América no

se meta en esa guerra, quiero explotar mi granja y cenar a gusto y dormir bien por las noches. —Y era verdad que la hija de Loats, Daisy, le había pedido prestado a su profesora un ejemplar del *Oigo cantar a América* de Walt Whitman y lo leía en voz alta después de cenar.

Beutle echó gargajos ante tamaña perfidia, y encargó cuatro nuevos discos de gramófono de la selección de Música patriótica alemana de la casa Columbia: «Hip, Hip, Hurra», «Die Wacht am Rhein», «Wir Müssen Siegen» y «Deutschland, Deutschland über Alies», cantado por un cuarteto de opulentas voces masculinas. Pero no bastaba con eso. Se unió a la Alianza Germano-Americana, y su calesa no faltaba en ninguna concentración. Escribió, en su anquilosado alemán, un panfleto de cuatro páginas machaconas titulado «El cerdo alemán en América», donde daba los nombres de ejemplares eminentes del noble cerdo blanco alemán, muchos criados por él. Dos noches por semana, después de cenar, se iba con el acordeón a las tabernas de Prank y trataba de explicar razonablemente a los hombres que conocía que como persona de extracción alemana él era igualmente fiel a su madre, Alemania, y a su novia, América. Trataba de convencerles con música alemana.

—Y esta cerveza es malísima, ¡me cago en diez! Un día tenéis que venir a mi granja a probar *mi* cerveza, cerveza alemana.

El tabernero apartó de Beutle sus fríos ojos americanos y le volvió la espalda. Dijo a un parroquiano que estaba al final de la barra:

—Vienen aquí a contarte que ellos son los mejores.

—A los irlandeses la sogá, y a los de guión un tiro —dijo el parroquiano con una risilla.

Al día siguiente pendía sobre la barra un cartel sin una cagada de mosca: NO QUEREMOS ALEMANES. A ALEMANIA CON VIENTO FRESCO. El tabernero señaló el cartel. Beutle lo leyó, puso una cara como si al tragar una copa de vinagre viera pasar una vaca volando, soltó un pedo y se marchó. Se fue al cine nuevo de la misma calle, a ver al cariacontecido William S. Hart y a Louise Glaum en una de tiros, *El ario*. Los títulos centelleaban en la pantalla mientras el pianista irlandés aporreaba una marcha. «Escrito a menudo con letras de sangre, esculpido en la faz del destino para que todos los hombres lo lean, el código de la raza aria dice: protegeremos a nuestras mujeres». Pensó en Gerti protegida de peligros y le dio la risa.

## Desgracias

La fiebre antigermana arreció. En abril de 1918 supieron que en Illinois unos mineros, como cincuenta gatos con un solo ratón, se habían pasado dos días jugando con el inmigrante alemán Robert Prager, un muchacho simple y atolondrado que apenas sabía inglés. Le dejaron en cueros, le arrastraron a puntapiés por el barro de las calles obligándole a besar una y otra vez la bandera americana, a cantar «La enseña estrellada», que no la sabía, a cantar «Lucharemos por el rojo, el blanco y el azul», que la cantó como pudo, trabucándose; le soltaron, le perdieron y le capturaron otra vez de manos de la policía risueña, lo sometieron a unos interrogatorios, más besos a la bandera y más cánticos, pidieron alquitrán y plumas pero encontraron una sogá, y borrachos, ineptos y asesinos, izaron al desgraciado por el aire colgado del cuello hasta que se ahogó. Una lluvia de mariposas negras se desprendió del árbol, sacudido por la agitación del agonizante.

Un día de mayo, Karl, el hijo de Messermacher que era telegrafista, entró en la cocina en pleno mediodía y se desplomó sin resuello; traía la ropa hecha jirones, la cara ensangrentada, el cuello de celuloide desgarrado; el brazo izquierdo le colgaba inútil, dislocado de tal modo que jamás pudo volver a levantarlo por encima del hombro.

—Entran derechos en la oficina de telégrafos y me sacan a rastras, diciendo que era un espía alemán que le mandaba mensajes al káiser. Me iban a colgar —jadeó—. Como a Prager. Tenían la sogá, lo iban a hacer. ¡Estaba entre ellos Jack Cary, que fue a la escuela conmigo! Ni sé cómo me he escapado, sé que me caí y gateé entre las piernas y al levantarme he echado a correr lo más deprisa que he podido. He venido por el camino de herradura y he atravesado el maizal del tío Hans.

No quiso quedarse. Dejó que su madre le hiciera un cabestrillo de tela blanca para el brazo, y luego se escondió en la trasera del carro de Loats debajo de un montón de sacos, donde sólo oía el golpeteo del trote de los caballos y los latidos de su corazón. En la estación de tren de Kringel telegrafió a la jefatura. Le dijeron que tomara el primer tren a Chicago y viajara en el furgón.

Beutle siguió yendo a Prank. No decía nada de Karl ni de Prager ni del káiser ni de las noticias que daba la prensa americana, pero en la tienda de piensos bromeó que a lo mejor contrataba a unas *farmerettes* para que le

ayudaran a recoger el maíz, aquellas serias muchachitas que iban con blusón y pololos para remediar la escasez de mano de obra agrícola. Había visto a una docena de aquellas monadas desfilar por la plaza de Prank. Se hizo un silencio pesado. O'Grain escupió al suelo y Beutle escupió cerca del pie de O'Grain.

Esa noche, mientras estaban en la mesa llevándose las patatas a la boca, una piedra atravesó el cristal de la ventana y fue a dar contra la pava esmaltada del fogón.

—Bien mellada queda —dijo Beutle con un juramento.

La piedra venía envuelta en una página arrancada de las patrañas lúbricas y pornográficas del reverendo Newell Dwight Hillis sobre atrocidades de los alemanes en Bélgica. Una frase estaba subrayada con lápiz grueso: «La sangre alemana es sangre envenenada».

—¿No os parece ese subrayado propio de la mano de O'Grain? Me cago en diez, ese *paddy* hijo de puta. ¿Sabéis en qué se parece un irlandés a un pedo? En que hace ruido, huele mal y es imposible volverlo a meter donde estaba.

Prendieron fuego a sus campos. Cien acres de trigo humeante. Beutle quiso adentrarse en el campo ennegrecido, con una fina carbonilla que se alzaba a cada pisada, y antes de haber recorrido treinta metros ya estaba negro como el carbón y tosiendo. El sábado entró en el pueblo con gesto desafiante, y se vio apedreado por una panda de chiquillos y jóvenes que le gritaban «¡*Heinie!*» y «¡Cabrón alemán!» y «¡Violador de niños!».

—¡Yo he comprado Bonos de la Libertad! —les gritó él—. Y tenemos a un hijo luchando allá. Mi hijo Wid Beutle, que nació aquí, aquí mismo en Prank.

El caballo, alcanzado por las piedras, se asustó y se encabritó, y enfiló para casa al galope. A Beutle se le voló el sombrero, y una piedra le dio en la boca y le partió un buen diente alemán, que Loats tuvo que extraer a los pocos días con sus horribles tenazas de dentista, destrozando de paso una silla de cocina. Beutle se quedó escupiendo sangre y sudando, mientras mascullaba de tanto en tanto: «*Rauch ich in der Pfeife!*». Pero aquella noche Gerti se ablandó y le dejó montarla otra vez, aunque el olor a sangre que le salía de la boca le recordaba el día en que le encontró en el nidal, aunque sobre el lema *Dios bendiga nuestro hogar* había bordado otro a su gusto: *Dios maldiga a nuestro adúltero*. Beutle ni se dio cuenta.

Los males se sucedieron. El hijo menor de Messermacher se mató al caer de un almiar, de una altura de cinco metros; se desnucó, pero al menos no sufrió, no tuvo una muerte irónica, como la de Wid Beutle, allá lejos en la vieja patria, en Alemania, muerto en Alemania, de un disparo en la ingle, su sangre rugiente helándose en un charco oscuro bajo sus nalgas en el crudo diciembre de 1917. (Sesenta años después una foto anónima de las botas enlodadas y las piernas tías y salpicadas de terrones del hijo muerto apareció en la sobrecubierta de una historia australiana de la Gran Guerra). Loats se hizo amigo de un violinista itinerante que se alojó en su casa durante una semana, comiendo como un ogro, y luego arrambló con todo el dinero que había en la casa y se esfumó antes del alba.

—Sería un gitano —dijo Beutle.

Y luego Loats se derrumbó una mañana porque el braguero de muelles le ajustaba mal, y de tal modo le oprimía la arteria femoral que estaba todo el tiempo mareado. Sin el braguero, la hernia inguinal le abultaba a mitad del muslo y se marcaba obscenamente a través del pantalón. Gimiendo de dolor fue a Kringle para consultar al farmacéutico en su trastienda y compró otro aparato mecánico que era doloroso de otra manera y por un tiempo daba una ilusión de alivio. Del nuevo dolor echaba la culpa al farmacéutico, un zoquete griego.

## **Zozobras nocturnas**

El primer verano después de la guerra, un suceso misterioso aconteció a las nietas gemelas de Beutle, Florella y Zena, de once años. Por la tarde su madre las vio jugar con tres de las Messermacher bajo los cerezos, donde las gallinas escarbaban en busca de insectos y tenían nidos secretos. A la hora de cenar Gerti llamó desde la puerta de atrás: «*¡Essen! ¡Kommt!*». Porque Percy Claude y su familia, y los criados si los hubiere —ya no había criadas—, comían con Gerti y Beutle. Pero las niñas no acudieron a la mesa, ni siquiera cuando el propio Beutle las llamó impacientado.

—Pues allá ellas. Eso es que están en casa de Messermacher atracándose.



Después de cenar Percy Claude y su mujer fueron a casa de Messermacher con la carreta. Encontraron a los Messermacher todavía a la mesa comiendo pan con melaza, pero allí no estaban las gemelas.

Habían jugado a las comiditas en el huerto, dijo Thomalina, la mayor de las tres niñas, y después jugaron a los ríos, serpeando por el huerto y chocando en el recorrido con la cochiguera que era el mar. Al final jugaron a la araña negra, y Florella era un tábano, Zena una libélula y Thomalina una efímera. Greenie hacía a la vez de madre y enfermera porque eran pocas para jugar como es debido, y Ribbons era la araña negra. Entonces habló Ribbons, bajo la mirada de enfado de los adultos.

—Yo atrapé al tábano, que era Florella, y la puse en la hierba, y luego volví y atrapé a Zena y la puse en la hierba con el tábano, y volví y atrapé a Thomalina y la agarré y la llevé a la hierba, pero las moscas se habían ido, ya no estaban. Pensamos que habían cambiado de juego y jugaban al escondite, y buscamos, pero al cabo de un rato, como no las encontramos, nos enfadamos mucho y nos vinimos a casa.

—¿Así que no visteis a nadie?

—No.

—¡Sí que visteis! Te lo noto en que te muerdes el dedo. ¿A quién visteis?

Greenie se puso a llorar.

—En el sendero. Dos osos muy grandes se iban corriendo.

—¡Aquí no hay osos!

—O como perros. ¡Tenían el rabo corto, y me miraron y se metieron en un agujero de la tierra!

Entonces Messermacher se puso a gritar como un condenado, y todos salieron al sendero a la luz del crepúsculo y buscaron huellas (nada) y el agujero (nada) e hicieron a las niñas reconstruir la escena. Messermacher azotó a sus hijas para que confesaran todo lo que habían visto y obligarlas a retractarse de la historia de los osiperros, pero Gerti se estremeció recordando que un atardecer, hacía diez años por lo menos, subía ella por el sendero con el mismo crepúsculo espeso después de estar buscando en la hierba el nido de una gallina clueca, y sentado en la rueda del rastrillo del heno vio a un inmenso hombre negro que echó vaharadas de humo por ambas narices antes de desvanecerse en el aire con un sonido como el de la vejiga natatoria de un pez al reventar.

Los tres alemanes peinaron la hacienda hasta la noche entrada, con faroles que oscilaban en los campos oscuros como barcas en el mar encrespado. Nada, ni rastro. Pero antes del amanecer Beutle oyó rechinar una carreta en el camino; se detuvo y luego se alejó. Beutle salió, y allí en la lividez del alba venían las dos niñas cojeando por el sendero, con el pelo empastado de hojarasca, los vestidos desgarrados y sucios. Venían descalzas, sin bragas, con sangre en los muslos, y no hubo manera de arrancarles una palabra sobre lo ocurrido. Juraban, llorando histéricamente, que no sabían qué había pasado. Estaban jugando en el huerto, y al momento siguiente estaban tiritando en el camino a oscuras. Entre ellos Beutle y Loats y Messermacher pensaron lo peor, que los americanos habían venido del pueblo y habían cloroformizado y violado a las niñas en desquite por lo de Bélgica.

Fue demasiado para Pernilla, que a los seis meses de casada con Loats sucumbió a unos dolores de vientre atrozantes que no se calmaban con ningún elixir (Loats no tenía suerte con sus esposas). Gritaba que Beutle, el abuelo, era el que había hecho daño a las niñas, todo el mundo sabía cómo. Después enmudeció. Al cabo de semanas de no hablar, su mente tomó otro sesgo. Salió a los sembrados con una horca de patatas y se puso a hacer hoyos a lo loco, arrojando a lo alto tallos y tierra, y así se fue alejando por el campo hasta ser un puntito sobre la tierra oscura. Nadie la vio volver y entrar en el pajar, donde fue derecha a Beutle e intentó estrangularle con manos de hierro.

—¡Está loca, me cago en diez! ¡Y los muy imbéciles les dan el voto a las mujeres!

El médico del hospital del estado tomó por escrito los pormenores del caso y la hizo fotografiar en su apática condición. «No es probable que se produzca una mejoría», dijo con indiferencia, un poco harto de demencias femeninas. La mitad de las mujeres del estado parecían estar trastornadas.

—Ya querría yo volverme loca —dijo Gerti cuando fue a visitar a Pernilla, paseando la mirada por las paredes pintadas de color crema—. Estar chiflada en una habitación así de bonita, con todo el tiempo del mundo y sin preocupaciones en la vida, con una cama caliente y alguien que te traiga todas las comidas; yo me apuntaba. Así descansas de todo. Dicen que aquí os ponen películas. La única otra manera de descansar que hay en esta vida es morir.

Pero al cabo de un mes Pernilla volvía a estar en su casa, aunque convencida de que los americanos venían del pueblo por las noches y envenenaban el pozo. Esas ideas le vinieron de un desfile que vio en Prank, mientras esperaba a Loats sentada en la gastada calesa, consciente de su moño polvoriento, su vestido rancio y sus zapatos gastados, su cara avejentada y loca. Desfilaban mujeres de la Liga Femenina Antialcohólica dando vueltas alrededor del Palacio de Justicia, mujeres americanas bien arregladas, muchas con el pelo corto, vestidas de lino claro con zapatos blancos de pulsera sobre el empeine, llevando pancartas; LA BEBIDA ES LA MALDICIÓN DEL INMIGRANTE, Y AMERICANOS DE PURA CEPA POR LA PROHIBICIÓN, Y EL ALCOHOL MATA EL ESPÍRITU AMERICANO. Loats la oía levantarse de noche y hacer su háptico recorrido a tientas por las habitaciones a oscuras, escudriñando la noche desde las ventanas en busca de los faroles que delatasen a los americanos. Dejaba notas sobre la mesa: No bebas la Wasser. Por el día decía: «Yo querría dormir pero no me viene el sueño», y: «¿De qué sirve trabajar tanto en una granja? El señor Loats compra más tierra para poder criar más cerdos para comprar más tierra. Dentro de nada va a ser dueño del mundo entero». Había veces en que gozaba comiendo papel, un retazo o una hoja fina de la Biblia enrollada en una torta con leche agria, le gustaba porque hacía una especie de resistencia en la boca, una grata impresión de cosa masticable y duradera entre los dientes. Hasta el sabor amargo de la tinta le gustaba. Una noche estaba delante del fogón haciendo pasteles de patata, y de repente se quedó muy quieta y tiesa, con la mano inmóvil agarrotada sobre la espátula. De la parrilla se alzó olor a quemado. Loats sacó la nariz de detrás del periódico rural.

—¿Qué haces, quemarlas?

Por un instante más siguió ella sin moverse, y a continuación se dio un cachete en la cara con la espátula grasienta, y agarró la pava de agua hirviendo y la derramó sobre el fogón. Una nube sibilante de vapor la envolvió; con una mano tiraba de la placa del fogón y con la otra derramaba agua hirviendo. Jen, la hija de Clarissa, chilló: «¡Pernilla, madrastra tonta!», y Loats soltó un taco y se abalanzó sobre ella, arrancándole la pava de la mano escaldada.

Gerti se acercó después con una tarta de limón.

—Yo que tú no me volvería loca —susurró a la mujer sudorosa—, ni siquiera por la habitación bonita. Yo no les daría esa satisfacción. ¿Para

qué?

Pernilla estaba bien al día siguiente, con las manos quemadas envueltas en vendajes grasientos.

Después de la explosión de Wall Street en 1920 y la ola de hostilidad contra los inmigrantes, los tres alemanes y sus familias se encerraron en sí mismos y no iban nunca a Prank; hacían el camino más largo a Kringel, donde había más alemanes que irlandeses. Algunos domingos Beutle sacaba el Hohner de dos filas de botones y tocaba un par de frases de alguna canción, pero la música de los tres alemanes se acabó.

## **Karl hace fortuna**

Prank se extendió hasta el límite de sus fincas. En los años secos que siguieron a la guerra notaban una sensación como la que queda después de una tormenta de verano que no refresca ni renueva el aire, la humedad pegajosa y el calor irritante de otra tormenta más fuerte que está cociéndose bajo el horizonte. El viejo mundo había pasado a la historia, reemplazado por un ansia febril de cosas nuevas, las que fueran. Por todas partes se hacían carreteras nuevas, y pasó una misión del ejército que iba de costa a costa para demostrar al país que las carreteras eran muy malas, que había que hacer algo. John O'Cleary transformó la vieja escuela del cruce en una gasolinera que vendía neumáticos Fisk y aceite Mobiloil y gasolina Standard Oil, «garantizada para el mejor rendimiento: sin queroseno ni otras sustancias perjudiciales».

De Chicago bajó Karl Messermacher, con pantalones bombachos y al volante de un automóvil. Traía revistas y periódicos: *True Confessions*, *Reader's Digest*, tebeos con Tillie the Toiler y los Chicos Katzenjammer, que Beutle echó a la caldera porque se burlaban de los alemanes. Karl recordaba riendo cómo le habían sacado de la oficina de telégrafos cinco años antes.

—Pues mira, gracias a eso la compañía me dio un ascenso y un despacho con teléfono. Seguramente estaría aún en Prank dándole a la tecla, o colgado, de no ser por Jack Cary. He oído que *a él* le llenaron los pulmones de gas mostaza y está en casa de su madre con una tos que echa

las tripas por la boca. Pienso pasar para darle las gracias al muy hijo de puta antes de volver.

Karl ponía voz de sorna. Presumía de un jersey de rombos; hablaba de una película en color que había visto. *El tributo del mar*; pasó alrededor una bolsa del nuevo invento de las patatas fritas a la inglesa, invitó a sus primas a fumar cigarrillos Murad detrás del pajar y les enseñó unos pasos de un baile disparatado a base de cabriolas y contorsiones, hasta que pisó una caca de pato y se manchó una rodillera de sus pantalones blancos de franela. Antes del resbalón, su prima Lulu dijo:

—Karl, pareces un universitario americano.

—Llamadme Charlie —dijo él—. Me he cambiado de nombre: ahora soy Charlie Sharp. Oíd —dijo—: yo no soy alemán. Yo nací aquí en Iowa. Venga, chicas, os invito al cine.

Entraron en el cine con la película ya empezada. En la pantalla se veía una fábrica de automóviles y frente a ella un enorme caldero negro. Por un lado del caldero entraban bailando rebaños de inmigrantes vestidos a la usanza de sus países de origen, cantando en lenguas extranjeras y dando zapatetas, y por el otro lado salían en fila americanos vistiendo traje cruzado y silbando «La enseña estrellada».

—Esta película es un bodrio —bisbiseó Charlie Sharp—. Venga, vámonos a tomar perritos calientes y algo que os anime.

Beutle dijo que había ido muy lejos en lo de quitarse el guión y Karl replicó carcajeándose y diciendo que la música de acordeón era bazofia de la vieja patria.

A Messermacher le enfurecieron los cigarrillos:

—Si Dios quisiera que el ser humano fumara esas cosas, le habría puesto una chimenea en la coronilla. Los hombres fuman pipa o cigarro.

En cuanto a las patatas a la inglesa, dictaminó que ni para los cerdos.

Los tres alemanes viejos y sus mujeres no se alejaban mucho de sus casas, pero los hijos y los nietos iban a Prank. La nariz husmeadora y malévolamente del odio público olía peligros nuevos: los rojos, los judíos, los católicos, otros extranjeros, no sólo los alemanes. Cuando llegó al pueblo una banda de *klezmer* a bordo de un ruidoso De Soto, el *sheriff* les dijo que siguieran viaje, que en Prank no querían agitadores judíos y que no le importaba qué clase de música tocasen con sus sucios acordeones, que en Prank ya había habido bastantes acordeones, largo de aquí, y lo mismo los

malditos gitanos con la mano tan larga y tan ágil; la única clase de música que Prank quería oír era «La vieja cruz» y «Por ti, patria mía», aunque la hija del *sheriff* cantaba «Me he vuelto a enamorar» y se acompañaba con el ukelele.

Nadie gritaba «¡Más niños y más cerveza!» al ver entrar en el drug-store a Percy Claude con su segunda esposa obviamente embarazada, Creenie, de diecisiete años e hija de Messermacher. Otras dos chicas de Messermacher se casaron con americanos de Minneapolis, tranviarios los dos, y se fueron a vivir a la ciudad. Otra hija. Ribbons, entró a servir en casa del gerente de la calera, y al año se marchó para casarse con el nuevo agente de los Portes Ferroviarios, y pasó a ser señora de Flanagan, franqueando la sima de los irlandeses. Los hijos de Loats, Felix y Edgar, compraron un camión Ford modelo T y pusieron un negocio de piensos. Felix, de quien los niños creían que se llamaba así por el gato de dibujos, estaba ansioso de conducir, al cabo de años de ir a pie por las cunetas, pasando calor y recibiendo en la cara el polvo de los jóvenes americanos que pasaban en coche a toda velocidad. No se dejaba adelantar; torcía y cerraba el paso a todo el que lo intentara. Los dos se casaron con chicas americanas, y en sus casas no se habló ya alemán.

(Veinte años después, en 1944, cazando en un campo que antaño había sido parte de la granja de su padre, Felix vio un globo que cruzaba volando el Little Runt y corrió hacia él. Traía algo colgado de las cuerdas. Felix se empinó a la vez que el globo descendía suavemente y agarró la bomba japonesa. Tras el entierro —la mano derecha completa, una pierna destrozada y una oreja—, agentes del gobierno visitaron a los familiares y les hicieron jurar silencio para evitar el pánico y la alarma pública). Beutle discutía con Percy Claude y se negaba a comprar un tractor, como todavía se resistía a la radio. Messermacher, que era el que tenía más dinero, encargó aparatos sanitarios a Kringel y prendió fuego a la letrina, que hizo una columna de hedor humeante; después, en el otoño de 1924, les sorprendió a todos vendiendo la granja y yéndose a Coma, estado de Texas, a cultivar algodón. En Coma un lado del pueblo era alemán y el otro lo poblaban checos de Bohemia. Messermacher cambió el apellido familiar por Sharp, siguiendo el ejemplo de Karl, porque Charlie Sharp encontraba la vida más fácil que Karl Messermacher.

Cuando preparaban el equipaje para Texas, una de las hijas mencionó el acordeón verde.

—¿Qué se hace con esto? Es aquel acordeón que le dio a *Vati* el tío Beutle. Todavía suena bien. —Ella sacó acordes, tocó la primera frase de «Sí señor, es mi niña».

—Ah, ponlo en el baúl marrón. Si Willy se cansa del ukelele, quizá le guste; o a lo mejor se anima a tocarlo alguno de los nietos.

La madre lo depositó en el fondo del baúl, y encima de él fueron a parar un cesto de costura, el molinillo del café, una piel de búfalo usada, un juego de cardas.

Beutle maldijo a Messermacher y le llamó traidor, por dejar la buena tierra que habían encontrado juntos y habían convertido en magníficas granjas.

## **El tratamiento de glándulas de chivo del doctor Squam**

En la primavera de 1929 fue Loats el primero en morir, por una complicación de su hernia, y recibió sepultura en su ataúd de ciprés pelado. La granja se dividió entre sus cinco hijos supervivientes y sus nietos, que la fueron vendiendo en solares y parcelas. Casitas y garajes puntearon los grandes campos. Un mes más tarde llegó de Texas la noticia de que Messermacher se había desplomado muerto junto al buzón de su casa, con el nuevo catálogo Sears abierto sobre el pecho por las páginas que mostraban una selección de redecillas de mujer. A Beutle, su viejo amigo y vecino, le dejaba un paquete de acciones de la radio valoradas en dos mil dólares y en alza meteórica.

Charlie Sharp había metido al viejo en la Bolsa. Beutle, excitado por aquella ganancia inesperada y por la idea de hacer fortuna rápida aprovechando la pujanza del mercado, se puso al habla con Charlie por el teléfono del almacén de piensos y solicitó su consejo. ¿Debía meter dinero en más acciones? ¿En cuáles?

—Radio Corporation of America. Las que tenía *Vati*. Radio sube como la espuma. General Motors, Montgomery Ward, la Bolsa es lo que interesa, es una cosa segura. Tío Hans, todo el mundo en América puede ser rico. El

invierno pasado estuvo un poco revuelta la Bolsa, pero se ha tranquilizado y está subiendo otra vez. El país está solidísimo. —Bajó la voz ahuecándola—. Te voy a decir una cosa. Yo ahora tengo un cuarto de millón, tío Hans. Empecé comprando unas cuantas acciones de Studebaker, pero ahora me va de miedo. No está mal para un chico del campo de Iowa, ¿eh? —Le soltó un discurso rápido sobre la compra con margen y se ofreció a ser su agente.

Beutle, deslumbrado por la prueba, al cabo de treinta y tantos años de experiencia de lo contrario, de que en América el que no prosperaba era porque no quería, hipotecó la granja y a través de Charlie compró cien acciones de Radio a 120 y medio. «¡Si hubieras comprado la semana pasada, tío Hans, las habrías tenido a noventa y cuatro! Está subiendo a buen ritmo. Esto no tiene fin». Hechizado por las acciones de Radio y su fortuna en aumento, Beutle cedió y se compró un costoso receptor Freed-Eiseman Neutrodyne de cinco válvulas, con una batería de noventa amperios, dos acumuladores de cuarenta y cinco voltios, salida para cascos, juego de antenas y un altavoz redondo que se apoyaba en la pared como un disco abandonado y atronaba con *La hora cingara*. Percy Claude dijo: «Si pusieras electricidad, con un aparato que se conecta a la red te ahorrarías todas las baterías. Te podías haber comprado un Crossley Pup por diez dólares; ¿cuánto te has gastado en todo esto, cincuenta, sesenta?».

Con su fortuna segura, Beutle empezó a preocuparse por el hado. «Los tres la misma edad, los tres la misma vida; ahora Loats y Messermacher se han muerto, ya no existen; no hay dos sin tres, el siguiente soy yo. Y pronto. La misma edad, a los sesenta y cuatro años, y ya están en *dem Grab*». Por primera vez desde que era muchacho sintió menguar el deseo. Gerti se apoyaba en el barril de las patatas presentándole la popa y cantando «Las cosas mejores no cuestan dinero», y él pensaba en su lápida.

Pero aún se sentaba a cenar, aún encendía la pipa, aún se despertaba por las mañanas, y por lo tanto sabía que había sobrevivido de verdad a los otros dos alemanes, y lo único que había hecho distinto en la vida, la actividad que claramente le había conservado el vigor y la fuerza, era la buena y sana lujuria. Que hasta los cien años le mantendría vivo y despierto.

— ¡Me cago en diez, se lo dije!

Pero sus fuegos se iban enfriando, y eso era real y peligroso. Se obligó a forcejear con Gerti una vez al día, pero el esfuerzo le dejaba empapado de



sudor y deprimido. Hablaba de malos modos, daba órdenes a sus hijos como si siguieran siendo niños; sabía que estaban esperando que fuera a reunirse con Loats y Messermacher, sobre todo Percy Claude, que miraba a su padre con ojos de lobo. La radio le dio una respuesta.

Era adicto a KFKB, Kansas First, Kansas Best, la primera y la mejor de Kansas, desde Topeka, cuando podía cogerla, y escuchaba *Rodeo de concertinas. Las voces de la montaña. Carl el vaquero y su guitarrillo*; de vez en cuando oía el *Baile en la granja WLS* desde Chicago, pero lo normal era que sólo llegara la emisora de Cedar Rapids con *Los noctámbulos de Coon Sanders*. No era que le gustasen mucho los foxtrots de hot jazz, y decía que «Rata vagabunda» era más bien «Lata nauseabunda». A veces sacaba el Hohner —el acordeoncito verde habría sido mejor para eso, quizás— y tocaba con los músicos de *Rodeo de concertinas*, aunque solían ser una panda de suecos chalados haciendo ruidos como de corchos saliendo de botellas, como de vacas meando. (Sólo una vez oyó a un virtuoso interpretar el *Preludio número 1 en do* de Bach con una soberbia concertina Wheatstone, pero fueron tantos los oyentes que se quejaron que no se repitió el experimento). Escuchó la voz rasposa y nasal del doctor Squam:

—Amigos, les habla el doctor Squam, un día más dirigiéndome a ustedes para hablarles sin rodeos. Quiero decirles unas palabras a los hombres que me escuchan, de modo que si hay señoras que en este momento me estén oyendo, ¿por qué no se suben al piso de arriba y vuelven a coger la costura que dejaron a medias? Porque esto es cosa de hombres. Pero antes de que se vayan, les aconsejo tomar una cucharada de mi tratamiento tonificante número cincuenta y cinco y otra del cincuenta y nueve, porque es muy posible que se avecine un gran cambio en su vida.

»Pues bien, amigos, cuando los hombres llegamos a cierta edad, y ustedes ya me entienden, ustedes los hombres que se sienten afligidos, empezamos a perder la ilusión, a perder la alegría, porque hay ciertas glándulas que empiezan a flaquear y ya no pisamos tan fuerte como antes. Si esto que digo les suena, presten mucha atención. Hasta ahora no había esperanza para el hombre en esa situación, aunque gozara de buena salud y por lo demás siguiera estando fuerte y capaz. Pero ahora tenemos un remedio. El doctor Squam ha ideado una operación escalonada en cuatro fases que rejuvenece los órganos sexuales agotados, haciendo llegar un

nuevo caudal de sangre a la zona afectada: un verdadero recambio para el viejo motor de arranque. Escuchen el testimonio de este petrolero de Texas.

A través del rayón del altavoz salió un balbuceo cansino, y luego la voz del locutor, con excitación contenida:

«Si desea más información acerca de esta milagrosa intervención que puede hacer que USTED vuelva a disfrutar de la energía y el empuje de los veinte años, escriba al doctor Squam a estas señas...».

Beutle pensó que vendería una parte de las acciones que le había dejado Messermacher, se operaría con la calderilla de Messermacher. «Si lo supiera se removería de risa en la tumba. Y nada de escribir a Squam. ¡Claude! Percy Claude, pasa para acá, necesito que me lleves a la estación». Tomó el tren de la tarde a Topeka. Dos días después, en pleno agosto, yacía sobre una mesa de operaciones mientras el doctor Squam le hacía una incisión en el escroto y hábilmente implantaba secciones de glándula de chivo en sus testículos. Durante la intervención se oía por la radio una selección de valeses y polcas transmitida desde la emisora del doctor, que estaba detrás del hospital. Al saber que Beutle tocaba el acordeón, el doctor Squam le rebajó el precio de la operación a setecientos dólares justos.

## **Un calor del demonio**

De vuelta a Prank hizo un calor horroroso. El tren iba tajando una chicharrera, una manta de calor asfixiante, una calima espesa como el chocolate; el maíz se torraba a la vista y una capa de polvo cubría el borde de los caminos. El áspero asiento de felpilla del compartimento se calentó. Beutle sintió que sus testículos hinchados empezaban a latir, y al cabo de una hora la presión de la tela tensa de los pantalones sobre sus partes era insoportable. Intentó pasear por el pasillo, pero andaba despatarrado de una manera tan obscena que las miradas de todos los viajeros se clavaban en él. Cuando el tren llegó a Prank se había desmoronado casi sin sentido, con un zumbido en los oídos. Abrió los ojos febriles y vio el cielo del revés, con los pájaros paseándose por él como insectos en un suelo de cristal. El revisor le sacó a rastras y se lo pasó a Percy Claude, que esperaba, mudo e

impasible, a la sombra de la marquesina del andén, con los rojos brazos colgando.

—Algo le pasa al viejo, Percy Claude. Anda como si llevara una panocha metida en el culo. Yo que tú avisaría al médico.

El doctor Diltard Cude, un hombre de tobillos enclenques que poseía un buen paquete de acciones de la Compañía Americana de Teléfonos y Telégrafos, acudió a verle a la casa. Echó una ojeada al corcusido testicular y a las ronchas encamadas que subían desde la ingle y bajaban por el muslo ennegrecido, y dijo infección, gangrena, nada que hacer más que tenerle en casa, ponerle lo más cómodo que sea posible con aquel maldito calor, poner un bloque de hielo en una bandeja y un ventilador dirigido de modo que le eche el aire por encima del hielo; otra cosa no se podía hacer, más que esperar el final. Percy Claude ni se molestó en decir que no podían ponerle un ventilador porque no tenían electricidad.

Treinta horas pasó Beutle tendido en el sofá, sin poder abrir los ojos. Notaba cuando alguien entraba en la habitación. Sentía un gran hormigueo en todo el cuerpo, una quemazón y un zumbido. Intentaba moverse pero no podía. Quería gritar: «*Der Teufel!*», pero la voz no le salía de la garganta. Sin embargo no estaba asustado, sino interesadísimo, porque oyó las notas roncacas de «Deutschland, Deutschland» y pensó que por lo menos había música alemana de acordeón allí a donde iba.

En la lápida escribieron mal su nombre, «Hans Buttel». Así era como lo escribía todo el mundo, y Percy Claude lo dejó estar.

## **El error de Charlie Sharp**

El 3 de septiembre, las acciones de Radio, divididas una y otra vez, se cotizaban a un precio ajustado de 505; las cien acciones conservadas por Beutle valían más de cincuenta mil dólares. Percy Claude se puso derecho, estuvo paseando fuera durante una hora, y después entró, se sentó al lado de Greenie y le explicó.

—Ya sabes que *Vater* Hans dejó unas acciones. Había comprado acciones a través de Charlie, de Charlie Sharp. Es un buen bocado.

—¿Cuánto es? —Ella encendió uno de aquellos cigarrillos que había empezado a fumar y echó un hilo de humo por la empolvada nariz.

—Un buen bocado. —A él no le gustaba ver fumar a una mujer, pero no dijo nada. Greenie se había cortado el pelo, le habían hecho una escabechina a juicio de él: unas grandes tajadas de pelo liso, rebanado como con hacha a la altura de la oreja. Y debía estar haciéndose algo en el pecho, porque sin saber cómo parecía más plana.

—¿Lo suficiente para salir de esta maldita granja y marcharnos a vivir a Des Moines? No hay ningún motivo para seguir aquí. Siempre he tenido muchísimas ganas de vivir en Des Moines.

—Oye, no te dispaes como una loca. No has pensado en *Mutti*.

—Sería feliz en la ciudad: tendría más señoras de su edad, tendría cosas que hacer, ir al cine, aprender a jugar al mah-jongg. Se podría hacer un tinte bonito, acicalarse un poco. Ay, por favor, dime que sí, Percy Claude, dime que nos podemos ir a vivir a Des Moines. Estoy harta de lavar la ropa en ese maldito barreño y de limpiar esas apestosas lámparas de queroseno. Somos los únicos de Prank que no tienen electricidad.

—No te digo ni que sí ni que no. Hay muchas cosas que hacer.

Pero llamó a Charlie por el teléfono del almacén de piensos y le dijo que quería vender las acciones.

—¡Por Dios, Percy Claude, *ahora no! ¡Ahora no!* ¡La Bolsa está subiendo! Esas acciones volverán a dividirse y doblas el dinero. Yo en tu lugar no vendería nada, compraría más acciones, diversificaría un poco. Yo le tengo echado el ojo a Rotary Oil.

—No, de veras, quiero vender. Estoy pensando en vender también la granja y marcharme a Des Moines.

—Escucha, si te vas de ahí, vente a Chicago. No te imaginas lo que es esta ciudad. Es una ciudad la mar de importante; hay peces muy gordos que prácticamente son los que manejan el país desde aquí. No son los millonarios del este los que mueven el mundo. Oye, ¿sale La Banda de Roxy en la radio de ahí? La otra noche estuvo Al Jolson. Es un fenómeno, me lo puedes creer.

—No, no sale. De veras, vendo.

—Percy Claude, mira que te pierdes. Cuando las acciones estén por las nubes, acuérdate de que te avisé.

—Está decidido.

—De acuerdo, de acuerdo, Percy Claude.

A final de mes la Bolsa caía en picado, pero Percy Claude sonreía para sí. Todos los días salía al buzón a ver si había llegado el cheque de Charlie. Por fin llamó a Charlie por el teléfono del almacén de piensos para preguntarle si le había mandado el cheque certificado, pero al otro lado no descolgaba nadie; sonaba y sonaba el timbre hasta que salía la voz de la operadora diciéndole que colgara. Se enteraron de la noticia de la peor manera, en la segunda semana de octubre, por la hija de Loats, que había recibido carta de los Sharp de Texas. En Chicago Charlie Sharp lo había perdido todo en el crac, incluidas las acciones de Radio heredadas y no vendidas de Percy Claude, y se había pegado un tiro en la cara. No se había muerto, pero se había quedado sin nariz, boca, dientes ni mandíbula inferior, sólo con los dos ojitos azules despavoridos en la carne abierta y pustulosa. Daba horror verle y le tenían en Texas en un cuarto retirado a media luz. No podía hablar y había que alimentarle por un tubo.

—¿Sabes qué, Percy Claude? —dijo Roña Sharp por teléfono después de confirmarle que así era, que era una cosa triste, trágica, pero quizá tuviera su lado bueno porque Charlie había encontrado a Jesús, y ¿no era mucha coincidencia?—. Aquí abajo te dan gratis un cajón de tomates cada vez que llenas de gasolina el depósito del coche. Os deberíais venir aquí abajo.

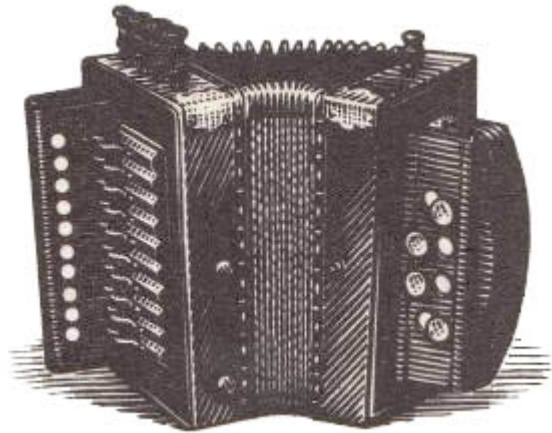
Por contrato privado Percy Claude vendió la granja a una pareja de Ohio, pero el banco de los compradores quebró antes de que pudiera cobrar el cheque. Ellos se quedaron con la escritura y él con un cheque que no valía nada. Tenía menos que Beutle cuando empezó cuarenta años atrás.

—Voy a bajar a Texas a matar a Charlie Sharp —dijo a Greenie. Pero en vez de eso se fueron a Des Moines, donde, al cabo de tres semanas de buscar, Greenie encontró trabajo en una tienda de todo a cinco y a él le pusieron a hacer carreteras en una cuadrilla del Cuerpo Civil de Mantenimiento.

(¿Pero no fue su hijo Rawley, nacido unos años después en la parte de atrás de un coche en un *drive-in*, quien reconstruyó la granja de su abuelo y más, y acabó con tres mil acres en explotación, propietario de un campo de golf, un negocio de maquinaria agrícola, una empresa de cubiertas y desagües y una participación en una fábrica de quesos, mientras recibía cada año veinte mil dólares en subvenciones del Estado a la agricultura?

¿No fue Rawley el que dio dinero para poner en marcha el Museo de Pioneros de la Tierra de Prank y no dejó piedra sin remover y contrató a detectives privados para dar con el viejo acordeón verde que tocaba su abuelo? ¿No lo estaban aún buscando en 1985 cuando Rawley y su mujer, Evelyn, celebraron sus bodas de plata con un viaje en otoño al Parque Yellowstone, donde Rawley, estando en la Cuenca de Géiseres de West Thumb, tiró al suelo un rollo de película, lo pisó, perdió el equilibrio y se cayó de cabeza a un manantial de agua hirviente, y a pesar de los ojos abrasados y la conciencia de la muerte inminente consiguió salir — dejándose la piel de las manos como un par de guantes rojos en el borde de piedra—, y fue solo para caerse en otro manantial más caliente todavía? Seguro que sí).

**Araña, pícame**



**ACORDEÓN PEQUEÑO DE UNA FILA DE BOTONES**

## **No me gusta la pinta que tienes**

Aquel gran acordeonista que fue también recogeplatos, Abelardo Relámpago Salazar, se dio la vuelta en la cama una mañana de mayo de 1946 poco después del amanecer en Hornet, estado de Texas, y tuvo la sensación de que se moría, o incluso de estar muerto. (Pocos años después, cuando estaba muriéndose de verdad en la misma cama, se sentía violentamente vivo). La sensación no era desagradable, aunque sí entreverada de pesar. A través de las pestañas veía unos postes de cama de oro macizo, un ala diáfana estremecida en la ventana. Una música celestial le envolvía, una voz de acento conmovedor como jamás había oído en vida.

Escuchando volvió a la vida y reconoció que era el sol la causa de los postes dorados, y supo que el ala seráfica era un visillo ondeante. La música procedía de su acordeón, no el Majestic de cuatro registros y tres filas de botones, el de nácar con sus iniciales, *AR*, en incrustación de diminutos vidrios de colores, sino el especial, el acordeoncito verde de diecinueve botones y rara voz. ¡En el que nadie más que él debía poner las manos! Quieto escuchó, a pesar de la sensación desagradable de la vejiga repleta y de que el día se anunciaba como un horno. Era la voz de su hija grandullona y zanquilarga, una voz que él no había oído jamás, salvo como un tarareo grave mientras zascandileaba por la casa. Ni siquiera tenía noticia de que supiera tocar el acordeón más allá de unos pocos acordes puestos en fila, aunque hacía catorce años que era hija suya, aunque la había visto cien veces tonteando con el modelo Lido pequeño de sus hermanos. ¿Cuándo pasó en casa el tiempo suficiente para conocer a sus hijos? Los músicos eran los chicos. Ardió en ira porque a lo mejor la chica era la excepcional. Aquella voz maravillosa que salía de la parte alta de la nariz, quejumbrosa y trémula, con todo el dolor de la vida dentro. Y pensó en su hijo mayor, Crescencio, el pobre Chenchu muerto, sin gracia ni sentido musical, como un perro pusilánime que no se atreve a dar un paso adelante. ¡Qué



despilfarro total! Debía de haber sido el demonio, no Dios, el que envió aquella música a su sueño. El mismo demonio que para engañar a los hombres sobre la edad de la tierra escondía fósiles en sitios estrambóticos. También se puso furioso porque era el tesoro de su vida lo que su hija estaba manoseando.

Desde la cama gritó: «¡Félida, ven aquí!». Se puso la almohada por encima de la cabeza para que no le viera el pelo descolocado. Oyó pisadas y el suspiro del acordeón. Su hija entró en el cuarto con la cabeza vuelta. Y las manos vacías.

—¿Dónde está ahora el acordeón verde?

—En su estuche. En el cuarto de delante.

—No vuelvas a ponerle nunca las manos encima. No abras nunca ese estuche. ¿Me has oído?

—Sí. —Ella apartó su rostro taciturno y se fue a la cocina arrastrando los pies.

—¡No me gusta la pinta que tienes! —gritó él.

Reflexionó sobre la música de su hija. ¡Qué bien cantaba! La había oído pero no la había oído. Bueno, ¿y cómo había aprendido a tocar el acordeón? Sin duda a fuerza de fijarse, de escucharle, de admirar a su padre. Podría ser una novedad llevarla con él a una de sus actuaciones, presentar a su hija, que vieran que toda la familia Relámpago —menos Chéncho, claro— había sido abundantemente dotada por Dios. Pero mientras se imaginaba la hermosa estampa, él de chaqueta y pantalón oscuros, camisa blanca y zapatos blancos, y Félida con el bonito vestido rosa con los bordes de encaje que Adina estaba cosiendo para su hija ‘quinceañera’ —¡ay, lo que iba a costar eso!—, y cómo él dejaría que Félida se adelantase para liberar su voz de belleza asombrosa, apártate Lydia Mendoza que aquí viene otra ‘gloria de Tejas’, ya el futuro estaba agazapado en un ramal oscuro del sendero de los acontecimientos.

Pasó un autobús y llenó el cuarto con un estruendo de bombazo reverberando en una alcantarilla. Abelardo salió de la cama, encendió un cigarrillo, sintió un dolor en el muslo derecho, se levantó el pelo con la mano derecha, entornando los ojos. ¿Cómo podía corretear todo el día de acá para allá en el trabajo y después estar media noche haciendo música? Y lo de costumbre con su mujer ‘agringada’. Le parecía que poca gente tenía que soportar lo que él. O lo soportaba con tanta valentía.

Pero ya estaba levantado, y como siempre la música echó a andar en su cerebro, una especie de polca amarga y renqueante que se parecía a «La bella italiana» tocada por Bruno Villareal. Toda su vida había gozado de aquella música privada, a veces frasecillas tristes que no pertenecían a ranchera ni vals conocidos, a veces repeticiones nota por nota de huapangos o polcas que él mismo tocaba o había oído tocar a otro. A veces invenciones inéditas, música nueva jamás oída hasta entonces, un músico interior que trabajaba la noche entera mientras él dormía.

El pequeño tocador de detrás de la puerta sostenía el instrumental necesario para el complicado proceso de colocarse el pelo disimulando la calva. Se lo dejaba muy largo en la nuca y los lados, y ahora, en el espejo del amanecer, parecía un profeta antiguo con sarna. Se echó hacia arriba las largas guedejas con un peine de madera, colocando con primor cada mechón, sujetándolos con pasadores. Arreglarse el pelo le serenó los nervios; cantó: «Serás tú, mi lunita, que pasas por mi puerta...». Conseguía un aspecto hirsuto, pero a veces un extraño viendo de pasada el pelo hacia arriba le tomaba —momentáneamente— por una mujer. Y le veían extraños, porque trabajaba en un restaurante, en La Paloma Azul: jamás de camarero, siempre acarreando los platos. La Paloma Azul estaba en Boogie, el pueblo al sur donde antaño habían vivido en la antigua casa de los Relámpagos. En la cocina oyó el golpe del cazo donde Félida le calentaba la leche para el café, por la radio el estribillo final de «Ruta 66», Bobby Troup, y el locutor de las noticias diciendo algo de la huelga de las minas de carbón y las tropas federales, algo sobre comunistas, la cantinela de siempre, y se alegró de que Félida apagase. Tenía que darse prisa.

Era bajito, de cara cuadrada y carnosa. Unos ojos pequeños muy hundidos, cejas negrísimas en arco (las alisaba pasándose un poco de salivilla), y sobre ellas como un tablero la ancha frente del color de la madera clara. La cortedad de su cuello destruía toda esperanza de elegancia. Sus brazos eran gruesos y musculosos, para mejor, decía él, abrazar el acordeón; sus manos acababan en dedos fuertes pero afilados, que se movían con rapidez. El tronco no era esbelto; las piernas eran cortas y pesadas, muy peludas, lo mismo que el ancho pecho. *Peso* era la idea que acudía a la mente de Adina cuando veía sus muslos desnudos.

Era un hombre inquieto, enfático, que cambiaba de gesto con cada frase, que hervía de ideas y pensamientos. Como no tenía pasado se lo inventaba.

De los sucesos más corrientes hacía historias, los incidentes sin importancia se cargaban de dramatismo inflados por su voz. ‘Dios’, decían los camareros y sus hijos avergonzados, habla demasiado, deben haberle vacunado con una aguja de gramófono cuando era pequeño.

Y sin embargo jamás había podido describir ciertos momentos de su vida: lo que sentía cuando dos voces se emparejaban como un par de pájaros girando unidos en vuelo y el oyente se estremecía de placer. O cuando la música salía a chorro de los instrumentos como la sangre de una herida arterial, sangre en la que los danzantes pateaban agarrados a las manos resbalosas de sus parejas, gritando con la garganta en carne viva.

Su propia voz se despeñaba de los agudos a los graves transida de emoción, con pausas fuertes de efecto, de efecto acústico. Cuando no estaba hablando cantaba, improvisando música y letra: «*Mi hermosa Adina está dormida, su pelo negro sobre la almohada blanca, la luna la ata a mi cama con sus hilitos de plata*». Aunque no tenía los pies pequeños, le gustaban los zapatos llamativos y así se los compraba cada vez que podía, pero siempre de los baratos que apenas duraban un mes antes de que la piel se abriera y se desprendiera el tacón. Cuando bebía se sentía perdido, arrojado con su música a cuevas de guano de murciélago y huesos roídos por alimañas.

*Abandonado desde que nací,  
sólo en el mundo sin padre ni madre,  
trabajo y lucho para sobrevivir.  
Yo buscaba la belleza  
y encontré solo desprecios...*

Su trabajo era un trabajo estúpido y por eso le gustaba. Encontraba un placer morboso en retirar discretamente del mantel los blancos platos pringados de salsa y queso y meterlos en el barreño de baquelita, llevarse las ensaladeras con hojas de lechuga manchadas flotando en el jugo, las colillas aplastadas en grasa.

Por la noche entraba en su otro mundo, y con el acordeón contra el pecho y su poderosa voz controlando los movimientos y pensamientos de

doscientas personas, era invencible; en el restaurante era sumiso, no sólo a las demandas de la ocupación sino a una personalidad servil que llevaba dentro. Su jornada empezaba a las siete de la mañana, con tazas de café vacías y migas de bollos, y terminaba a las seis, tras la primera oleada de platos de la cena. Conocía a todos los camareros de día; había siete. Todos menos uno respetaban su naturaleza dual, quizá vituperándole en el paso a la cocina, donde empujaba por una ventana los barreños de platos sucios hacia los fregaderos, burlándose de su lentitud, su torpeza, su estupidez; pero por las noches y los fines de semana los mismos hombres chillaban de gozo bajo la cascada de su música, le tocaban en la manga y pronunciaban su nombre como el de un santo. Le besarían los pies si supieran qué era lo que hacía tan vigorosa su música, si conocieran el secreto del acordeón verde; o acaso, de la envidia, le echarían al gran horno caliente.

## **Los Relámpagos**

Antes de la guerra, antes de trasladarse a Hornet en 1936, la familia había vivido en cierta casa de adobe cerca del río. Era una docena de casas dispersas, pobres y aisladas. La vía del tren hacía una curva desde el oeste y desaparecía. Los hijos pasaron los primeros años jugando con neumáticos, porquerías, palos, latas aplastadas, botellas. En aquel lugar había habido Relámpagos siglos antes de que existiera Texas. Eran ciudadanos americanos desde 1848, y todavía los anglo-tejanos decían «mexicanos».

—La sangre es más gorda que el agua del río —decía Abelardo.

En la generación anterior, la madre de Abelardo (que en realidad no era su madre, porque había sido un niño abandonado, un bebé desnudo envuelto en una camisa sucia y depositado en el suelo de la iglesia en 1906) era una mujer silenciosa y doblada de hijos y tortillas y tierra, que limpiaba de malas hierbas sus garbanzos y sus calabazas, tomatillos, chiles, alubias y maíz.

El viejo (que en realidad no era su padre) era jornalero y siempre estaba lejos, en el valle del Río Grande, en Colorado, Indiana, California, Oregón, y en el algodón de Texas. Hombre invisible (como el propio Abelardo se hizo invisible para sus hijos), que trabajaba y trabajaba allá en el norte, que

mandaba a casa pequeñas cantidades de dinero, que a veces volvía por unos pocos meses, un hombre con chepa y grandes manos marcadas de cicatrices, y la boca fruncida sin dientes. Aquel pobre hombre era una máquina de trabajar, las maltratadas manos engarabitadas para agarrar y tirar, para levantar cajas y banastas, para asir. Los brazos pendían incómodos cuando cesaba el trabajo. Estaba hecho para trabajar, los ojos casi cerrados, la cara vacía del lujo de la reflexión, la boca un agujero, las mejillas en rastrojo, una gorrilla de visera mugrienta, una camisa de segunda mano que llevaba hasta que se le caía a trozos. Si tenía belleza en su vida, no lo sabía nadie.

Un día aquel padre de segunda mano desapareció. La mujer supo mucho después que se había ahogado en un pueblo más al norte, arrastrado con otros por una manta de agua que llenó las calles de líquido amarillo hasta una altura de dos metros y medio, una inundación que habría atemorizado a Noé, el resultado cataclísmico del diluvio más feroz que se recordaba: noventa centímetros en una sola noche de tormenta.

La vida temprana de Abelardo estuvo enmarcada por la música que hacía con palos, garbanzos secos dentro de una lata, un pedazo de chapa y su propia voz aguda; y por el riachuelo que discurría, cuando llevaba agua, hacia el Río Grande, profundo y lleno por escorrentías lejanas, o nada más que una lámina de cieno sobre el guijo, bordeado de álamos y sauces cargados de pájaros siempre prestos a echar a volar, bandadas enormes de palomas de alas blancas que en septiembre cortaban el aire con tiros de escopeta por doquier, *PUM, pum*; y en la primavera, yendo hacia el norte, hacia el escalofriado norte, los majestuosos halcones de ala ancha. Vagamente recordaba estar al lado de alguien, un hombre, no su padre, en la enmarañada fragancia del guajillo, la mimosa negra, el huisache, en los olmos y los ébanos, viendo cómo entre las hojas diminutas se enroscaba una serpiente azul oscura. Casi había visto el ocelote que el hombre le señalaba, como si un pedazo de tierra salpicado de puntos de luz se levantara y se deslizara en el matorral. En la tierra húmeda de la orilla del río encontró una vez la huella de un pájaro entero sin la cabeza, las alas desplegadas y prensadas, nítida cada pluma de la laminada cola, una impresión tan clara como el vaciado de un *archaeopteryx* en lodo antiguo. Algún ave de mayor tamaño le había tenido contra el suelo, aferrando la cabeza con pico cortante, y al fin se lo llevó.

Abelardo no era Relámpago por nacimiento, herencia o sangre sino por adopción informal, y sin embargo quedó heredero de todo lo que los Relámpagos habían poseído, pues los otros once hijos murieron jóvenes o desaparecieron. El agua era su sino. El vio ahogarse a Elena. Estaban sacando agua del río, tres o cuatro de los Relámpagos genuinos halando y empujando en la orilla que se deshacía bajo sus pies, y de pronto se oyó un chapuzón y un grito. Vio las manos de Elena batiendo el aire, su cabeza empapada asomar sobre la corriente fangosa por un instante y luego realmente desaparecer. Corrió a casa detrás de los otros, con el agua saliéndose de la lata y mojándole la pierna desnuda, el asa de alambre clavándose en la mano.

Víctor fue el último de los Relámpagos genuinos, y murió a los diecinueve años en un canal de riego, y el agua se sonrosó con su sangre. Y se repitió el chiste brutal: sí, es bien sabido que todos los Texas Rangers llevan sangre mexicana. En las botas.

La herencia era más o menos nada, una casa ruinoso de adobe con tres habitaciones y un patinillo del tamaño de una frazada. Pero en ella vivieron hasta que sin saber cómo se demostró que era propiedad de un importante cultivador de algodón, un americano que se compadeció de Abelardo y le dio cincuenta dólares para que se le pasara cualquier idea de poseer algún día aquella pulgarada de tierra.

Llegaron los *bulldozers* arrastrando cadenas por parejas, se metieron en el ramoso laberinto, maceraron las hojas diminutas y la madera blanca de las ramas partidas, apilaron la maleza en montículos para quemarla, y la vida se quemó, echando humo durante días y días. Después, largos y llanos campos de algodón, sin otro contraste de color que el de las espaldas curvadas de los jornaleros y el camión amarillo del capataz, y el aire saturado del olor de los fertilizantes químicos y los insecticidas. Pero hasta el fin de sus días Abelardo se despertó por las mañanas esperando el olor del río, y de más allá el perfume imaginado de aquel país hermoso y trágico donde quizás había nacido.

## **El baile de Crash Creek**

Conoció a Adina Rojas en 1924, en un baile. Él tenía dieciocho años y ni un céntimo; su única posesión era el acordeoncito verde que había comprado un mes antes en un pueblo algodonero de Texas, después de contemplarlo durante semanas a través de la luna de una barbería, viendo cómo el color del fuelle se desvanecía por estar a pleno sol y la correa del pulgar, rota, se rizaba. Necesitaba muchos arreglos. Lo compró por cinco dólares sin haberle oído una nota. Algo tenía el instrumento que le atrajo a través del vidrio cagado de moscas, y ya entonces Abelardo era impetuoso. Un botón se atascaba, las cantoneras de debajo de la rejilla de los bajos se habían caído, los lengüeteros sonaban porque la cera estaba agrietada, el cuero de las válvulas estaba seco y abarquillado, las zapatillas habían encogido. Abelardo desarmó el instrumento con cuidado y aprendió a repararlo a base de observación y hacer preguntas. Así descubrió la mezcla correcta de cera de abejas y resina, dónde había que comprar la piel de cabritilla para poner válvulas nuevas, y trabajó en él hasta que lo recuperó y pudo unir su voz a la música particular y amarga del instrumento.

Adina tenía cinco años más que él y era morena, fuerte y voluntariosa, y estaba aún soltera. Pasados los años, a Abelardo le bastaba sacar el primer acorde de «Mi querida Reynosa» para volver a evocar la noche de aquel baile, aunque no fue en Reynosa sino en Crash Creek.

Adina llevaba la cara empolvada de blanco, los lunares blancos de su vestido de rayón azul marino oscilaban mareantes con su movimiento, y él por una vez no estaba tocando: había puesto su acordeón en las manos de Beltrán Dinger, porque Beltrán tocaba bien, y él se fue derecho a Adina y bailó una polca al nuevo estilo, cargando su peso sobre los talones, con las piernas tiasas, cada paso como si fuera necesario liberar el pie del suelo, movimiento fuerte y varonil —nada de aquellos saltitos a la checa, de aquel de ‘brinquito’ agotador—, y la sala de danzantes haciendo círculos a la inversa del sentido de las agujas del reloj, haciendo círculos sobre la pista de tarima, el olor a colonia y a fijador, las manos húmedas de Adina pegadas a las suyas. Después de ese único baile se reintegró a los músicos, pero vigiló celosamente el vestido de lunares. Cantó el desgarrado «Destino, destino» directamente para ella: sus dedos volaban sobre los botones, arrastrando a los danzantes por la intrincada música, haciéndoles gritar «¡Ye-ye-ye-JAI!». Hasta dos borrachos que reñían fuera entraron a oír.

Adina se acordaba muy bien de aquel baile pero lo consideraba el comienzo de sus cuitas. Más tarde prefirió contar a su hija historias lúgubres de cómo se hacía ella misma el jabón y lavaba la ropa en un caldero al exterior cuando vivían en la casa de los Relámpagos. Como no tenían para comprar una cuerda de tender, tendía en la cerca de alambre de espino, alambre viejo, oxidado rojo oscuro, una maraña de remiendos y envolturas y pinchos metálicos, de modo que las prendas salían siempre marcadas con rayas de herrumbre, aunque a Abelardo no le faltó nunca dinero para tabaco y papel de fumar.

—En la Depresión hubo una época peligrosa —contaba a su hija—. Los americanos deportaron a miles de personas a México, no sólo a los ‘mojados’ sino a muchos nacidos aquí, ciudadanos americanos, pero te detenían y te obligaban a marcharte, por mucho que protestaras y por muchos documentos que enseñaras. Así que no nos atrevíamos ni a respirar. En aquella época oíamos a Pedro González, por las mañanas muy temprano, qué música tan maravillosa. *Los madrugadores*, desde Los Ángeles. Yo estaba medio enamorada de él; qué voz tan maravillosa la de aquel hombre. Y luchaba contra la injusticia. Alzaba la voz con un ‘corrido’ de su invención cada vez que los ‘americanos’ trataban de mala manera a los americanos mexicanos. Y un día le detuvieron con el pretexto falso de que había violado a una cantante. Estaba en la sala del juicio fumándose un puro y sonriendo, y eso fue lo que le perdió, la sonrisa, porque les pareció insolente. Le mandaron a la cárcel, a San Quintín, por muchos años, y ya no se volvió a oír aquella voz.

—No es verdad —dijo Abelardo desde la otra habitación—. Le deportaron cuando empezó la guerra. Hasta el día de hoy sigue emitiendo desde México. Vive en Tijuana. Si no fueras tan forofa de los seriales americanos le podrías oír cualquier día.

Ella no hizo caso.

—Y durante la guerra oíamos *La hora de la victoria* y *La hora del soldado*, que eran dos programas muy patrióticos.

—Yo toqué en los dos muchas veces. «Levando anclas», todo cosas de ese estilo. Hacíamos el circuito del taco. Y estaba aquel alemán chiflado que rondaba los estudios; allí donde íbamos siempre estaba, intentando salir al aire para cantar «Dios bendiga a América» en alemán.



—Sí —dijo ella—. Me acuerdo de que tú entonces no querías ser acordeonista sino detective privado. Recortaste un cupón de una revista y lo mandaste pidiendo un equipo, y estudiabas cosas raras como el número de pelos que tenía en la cabeza una mujer morena, decías una cifra muy alta.

—Correcto. Ciento diez mil. Las rubias ciento cincuenta mil. Eso es contando los pelos de todo el cuerpo, incluso de los brazos y la cara. ¡Aquel viejo alemán! «*Herr scheutz Amerika! Land* no sé qué no se cuántos». ¿Qué dices de mi memoria?

Durante aquellos años en la casa de los Relámpagos ella cocinaba en una lumbre al aire, tropezándose con cientos de palomas de arcilla rotas, contaba a Félida con voz feroz. Cerca vivía un anglo chalado que tenía seis dedos en cada mano y todos los días hacía prácticas de tiro con una pistola del veintidós, utilizando como diana viejos trofeos de patinaje: parejas de formas sugestivas cuya desnudez se transparentaba a través de sus ropas cromadas. Las cabezas y los brazos eran lo primero que arrancaban las balas. Ella estaba siempre temiendo que aquel loco la hiriese o matase a sus hijos con sus disparos. Era ella, decía, quien alisaba el barro todos los años cuando volvían a emplastecer la casa de adobe, pasando el canto de la mano encallecida para quitar las asperezas y dejar un buen acabado mate, y en una memorable ocasión una bala dio en la pared a menos de tres centímetros de la punta de su dedo corazón.

—Estábamos muy asustados. Pero ¿qué íbamos a hacer? Vivíamos no sé cómo, porque era un milagro que no nos matara a ninguno, o nos hiriera. Cuando empezó la guerra se marchó y no le volvimos a ver. Y yo me estuve un año guardando las monedas de un centavo y de cinco centavos para comprar un buena pava de aluminio con silbato, que costaba cuatro dólares y pico, pero cuando fui a la tienda me dijeron que ya no quedaba aluminio para hacer pavas, porque todo iba para los aviones. Lo único que teníamos era una radio, ¡y cómo la escuchábamos!

—La escuchabas ‘tú’ —dijo Abelardo—. Yo no escuchaba aquella bazofia, con aquellos adivinos. Abra y Dad Rango, y aquel bailarín de zapateado que os parecía tan bueno, hasta que una vez fue no sé quién a la emisora queriendo ver cómo hacía aquellas cosas, aquellos pasos de fantasía, y resultó que no era más que un batería dándole al aro del tambor con las baquetas.

Adina le decía a su hija en voz baja que a ella no le gustaba mucho la música de Abelardo, prefería los sonidos más elegantes de la ‘orquesta’ si le daban a elegir. Siempre se presentaba a sí misma como arrastrándose por un camino, machacada por un enorme fardo de problemas como cajas de acero que se le iban clavando en la espalda, mientras Abelardo triscaba por delante tocando el acordeón.

Lo mejor que tenía Adina era la cabellera espesa y lustrosa, exuberante y opulenta, y la boca, muy carnosa y bien formada. Guardaba su rostro de toda expresión que no fuera de fatiga o amargura. Cuando se afligía tenía la costumbre de tirarse de los pelos con las manos, y las movidas ondas como ala de cuervo desprendían su olor de mujer cálida. Carecía de sentido del humor; para ella la vida era difícil y agotadora. En sus grandes ojos oscuros había a menudo una mirada perdida. Era alta, más que Abelardo, fina de tobillos y pies. Todos sus hijos eran de pie pequeño, menos el pobre Crescencio, que parecía nacido de un amasijo de plumas sanguinolentas más que de su carne. Después de nacer Félida su cuerpo se ensanchó, y en los muslos y en la tripa se le acumuló la grasa. La cama se vencía de su lado, y Abelardo rodaba al hoyo sin remedio; no le daban los dos brazos para rodear el enorme talle de su mujer. Adina usaba vestidos sin mangas, batas sueltas de rayón rosa, naranja o azul eléctrico, cosidas de fábrica con un hilo tan malo que las costuras se abrían a la primera lavada.

¿Y qué pasó con la vieja casa de los Relámpagos? La había aborrecido junto con todo lo que representaba, piando por salir de allí para ir a San Antonio y las famosas oportunidades. Años después Félida pidió muchas veces: «Cuéntame cosas de la ‘casa’ de los Relámpagos», porque las historias de Adina la pintaban como un sitio peligroso del que habían conseguido escapar por los pelos.

Había, contaba con su voz atragantada, un cuarto de estar con las paredes pintadas de marrón y una estera vieja de color caca cubriendo el suelo. Estaba la letrina, que olía muy mal. Por supuesto, un altarcito en un rincón con figuras y estampas de santos menores: santa Escolástica, que protege a los niños de las convulsiones; san Peregrinó no, abogado de los cancerosos. Encima de una mesa de patas torneadas que era del color de la sangre seca, un tapete de ganchillo tejido por alguna difunta Relámpago cuyos delirios tomaban forma de triángulos, y una foto de un desconocido, con chaleco y pantalones oscuros y unas botas de vaquero que no le

pegaban nada. El marco de esa foto tenía una decoración de mondadientes pegados. Había una caja de cerillas de cocina, un frasco alto de elixir medicinal y dos ceniceros de latón. En la pared, una bolsa de red para cartas y postales, y un calendario con una aldea suiza bajo la nieve. Había un cromo de Jesús ensangrentado en un marco de metal en relieve que hacía una cruz en cada esquina.

Félida quería ir en busca de la vieja casa de adobe, a ver el sitio que recordaban todos menos ella. Abelardo meneaba la cabeza y decía muy serio que la casa ya no existía, que se la había tragado el plan de regadío del valle, que la minúscula parcela había desaparecido en los algodonaes del anglo. En resumen, que de los Relámpagos no quedaba más que el nombre, llevado por gente que no era de su sangre.

## **Hornet**

Dos de los tres hijos varones, Chris y Baby, eran uña y carne. Chris devoraba la vida, ávido de comida y de ocasiones. Baby tenía la sangre caliente: su cuerpo y sus manos estaban más calientes que los de nadie, como si padeciera una fiebre perpetua. Tocarle era ponerse a sudar. El hijo mayor, Chéncho, era cariñoso pero reservado, como si estuviera midiendo las distancias entre planetas. Félida, aquella pizca, era la menor. Adina miraba a su única hija viva y decía: «Pobre criaturita, sin una hermana que sea tu amiga. Me tendrás que tener de amiga a mí». Intentaba hacer de la niña su confidente especial, le avisaba de las trampas de la vida y el sino de las mujeres.

Hornet nunca fue su meta. Cuando arrasaron la casa de los Relámpagos, partieron en dirección a San Antonio, donde Adina pensaba que había más futuro. El camión prestado recorrió diez polvorientos kilómetros hacia el norte a través de los mezquites, que vistos por el sucio parabrisas parecían arañazos en el paisaje, y al llegar a las afueras de Hornet se averió. Entre Abelardo y los chicos —Crescencio, que entonces tenía once años y era casi tan fuerte como un hombre, y Baby y Chris— lo empujaron hasta el garaje, mientras Adina caminaba al lado con Félida en brazos. En el garaje, cerca del teléfono público, estaban dos músicos que Abelardo conocía, un

guitarrista y un ‘bajo sexto’; con alguna que otra palabrota le contaron que habían ido a esperar al acordeonista, y acababan de saber que ‘el hijo de la chingada’ se había caído del pretil del puente y se había roto la pelvis contra los cantos secos del lecho del río. Nadie sabía qué hacía caminando sobre el pretil.

— ‘Borracho’ — dijo el bajo sexto.

— ‘Loco’ — añadió el guitarrista, sacando ya un par de versos de un corrido sobre el idiota.

Tan pronto como Abelardo extrajo su acordeón de las cajas de sábanas y cacerolas (no era el Majestic el que tocaba en aquellos tiempos, sino el pequeñito verde de dos filas), tan pronto como Adina dio con sus zapatos buenos y les sacó brillo, tan pronto como él se hubo cambiado a pantalones de gabardina azul y camisa blanca, pusieron rumbo al lugar de la actuación, que era un asador de banquetes al norte de Hornet. Cuando Abelardo volvió a entrar en el garaje a las doce del día siguiente, con resaca y todo sucio por dormir al pie de un arbusto, descubrió que su mujer se había mudado a una vieja caravana al borde de las casas. El viaje a San Antonio estaba cancelado.

— ¿Cómo es que tomas esa enorme decisión sin consultar con tu marido? ¿Es que te han salido un par de cojones de la noche a la mañana? Déjame ver — y alargó la mano al bajo del vestido.

— ¡Vete por ahí! ¿Quién toma las decisiones cuando tú estás fuera trabajando meses y meses, o todas las noches? ¿Te crees que yo me chupo el dedo? Cuando el niño tuvo el accidente de la rueda tú estabas en Michigan, y no había nadie más que yo para asumir la responsabilidad. Me dejás sentada en un camión roto y tú te vas a una fiesta, ¿qué querías que hiciera, chuparme el dedo y morirme?

Él intentó recuperar su empleo en La Paloma Azul (aunque habría significado hacer diez kilómetros para ir y diez para volver), pero la mujer del gerente anglo le largó con cajas destempladas; no había trabajo para uno que un día se despide y a los dos días está de vuelta. Conque, como tenía hijos que alimentar y no había empleos, volvió a trabajar en el campo durante otro par de años: subía a los campos de cebollas de Lubbock, con los ojos enrojecidos de llorar constantemente y el tufo a cebolla metido en la ropa y en la piel, y sobre los nudillos rayas de suciedad incrustada como un mapa de explosiones estelares; su mente, como el que da vueltas a una

moneda en el bolsillo, no dejaba nunca de rumiar la injusticia de que un músico tuviera que echarse a perder las manos trabajando la tierra.

—Mira a tu alrededor —dijo Adina con acritud—: todo son mujeres sacando adelante a la familia. Los hombres lejos, tocando el acordeón.

¡Qué alivio y qué placer cuando La Paloma Azul pasó a otras manos en 1938 y el nuevo dueño solicitó personalmente que volviera a prestar sus servicios!

## **La caravana**

Aquella caravana que Adina había encontrado en Hornet estaba en el límite sudoccidental del barrio, en una calle sin asfaltar. Al este el barrio se espesaba en laberinto, al sur se extendía una pradera inmensa habitada por setenta caballos pintos de fuertes colores, al oeste estaba la sucia fundición de cobre, y más allá unos cerrillos abarrancados, matorrales de artemisa cenicienta atestada de garrapatas, un cielo borroso y largo como una tela, y billones de guijarros en todas direcciones. Aunque la caravana estaba al final de la calle, tenía desagüe a la cloaca, no como la ‘colonia’ encharcada y fétida que había al este, donde la gente vivía en chabolas hechas con chatarra y cajones de embalaje.

Era una caravana muy estropeada pero mayor que la vieja casa de los Relámpagos, con tres dormitorios diminutos, un cuarto de estar y la cocina; por delante una escalerilla plegable y un par de tanques de propano como bombas gemelas. Justo pasada la caravana estaba la rotonda del autobús, un círculo apisonado donde los conductores se apeaban y orinaban contra las ruedas. ¿Por qué, preguntó Félida, los hombres y los perros tienen siempre que mear contra algo? Y se llevó un bofetón por la descarada pregunta. Contra el frente de la caravana soplaba el escape negro de veinte autobuses diarios, acompañado de chirriar de frenos y cambio de marchas.

Abelardo compuso una pequeña canción:

*Oh asqueroso autobús,  
yo soñaba riquezas y amores,  
yo soñaba con ser muy feliz;  
y tú, ¡bruum!, como diez elefantes,  
cual caldera que da un reventón,  
con tu caja de cambios rechinantes  
destruiste mi frágil ilusión.*

Los hijos añadían efectos de sonido, haciendo pedorretas hasta que se les quedaba la boca insensible. Adina decía que aquella canción era una porquería, pero durante años les hizo reír y fue la primera que aprendieron Baby y Chris. Más allá en la misma calle se alzaba un puesto de tamales abandonado, los restos de una franquicia fracasada de los años veinte en forma de tamal gigantesco, con el estuco cayéndose a trozos y letreros descoloridos: TAMAL, LA HAMBURGUESA QUE A USTED LE GUSTA. Pero en menos de un año el puesto de tamales abandonado desapareció, sustituido por una pequeña tienda con un sillón de barbero al fondo, donde el señor García cortaba el pelo a hombres y niños. El espacio de alrededor se llenó de casas y caravanas. La ciudad rebosaba sobre ellos como la riada que desborda las orillas.

En aquella caravana de Hornet, Adina se puso un día en jarras y dijo a sus hijos:

—Buscad la manera de mejorar en el mundo. Tomad las riendas de vuestra vida. Que no sea..., pues eso, nada más que trabajar y beber, trabajar y beber... y tocar el acordeón.

Pero Abelardo, que descansaba en la cama, la oyó.

—Me das asco —vociferó, pero sin levantarse. Y murmuró para sus adentros: «Aquí viene el tema del dinero».

Adina buscó en la radio una emisora de lengua americana y dijo:

—A ver, niños, ¿‘por qué’ no habláis americano? Se acabó el español. De ahora en adelante hay que hablar americano también en casa, no sólo en la escuela. Si habláis español acabaréis trabajando en el campo. Hablando americano tendréis una educación y conseguiréis un buen trabajo. Sois americanos, ¿no? Pues hay que ser americano de los que ganan dinero.

En lo que de ella dependía, les había dado un primer empujón poniéndoles nombres americanos: Baby, Chris, Betty. A todos menos al aturdido y sonriente Crescencio, llamado así en recuerdo del abuelo Crescencio que se ahogó, ya derrotado por el nombre, y a la pobrecita Roselia, que murió en la cuna con sólo una semana.

—Qué idiotez —había murmurado Abelardo a cada natalicio, insistiendo en otros nombres además: Rogelio, Tomás y Félida. La hija se quedó con los dos: respondía a Betty cuando la llamaba su madre, y a Félida cuando la llamaba su padre.

—Sí —decía su mujer—, qué hombre más rencoroso. Pues ya puestos a ello, ¿por qué no nombres de indios? ¿Por qué no hacerles ese favor? ¡Adelante, sitúales lo más bajo que puedas! ¡Así les vas a facilitar la vida!

La ironía era que ella parecía más ‘india’ que nadie, parecía una auténtica ‘oaxaqueña’. Sin embargo, su familia había venido al valle del Río Grande hacía siglos, y tuvo tierras a orillas del mismo río tranquilo que los extintos Relámpagos.

—Sí, mi familia de grandes terratenientes —decía con amargura. Cuando era niña su familia todavía visitaba a los parientes de México. Recordaba dos largos viajes a Oaxaca pero pensaba que no importaba, aquello fue en su infancia, el pasado abandonado que todo el mundo conoce y pierde y trata de olvidar. Aquella familia suya empalagosa y sofocante, con sus histerias y sus patatuses, y la creencia morbosa de su madre en los sueños.

Lo que conservaba más nítido era un recuerdo de grandes distancias, de ir comprimida en el asiento del autobús con sus hermanas menores, muy aplicada a que no alborotasen y se portaran bien. Si alguna vez pensaba en México, se lo representaba como el país de los sentidos, de colores movidos, hasta el polvo saturado de aromas y sabores. Qué monótono y amarillo parecía Texas cuando volvían, abandonando una vez más las vainillas, el río de color aceituna rancia, el polvo mineral y los caballos, el olor a intestinos sanguinosos de la matanza, las gotitas de aceite posadas sobre las hojas del epazote. Se veía a sí misma agarrando tallos, con la violencia verde del cilantro en las manos. La tristeza de la tierra almizcleña bajo las hojas de calabaza donde dormía el gato, los olores de la ropa blanca de algodón secándose al sol, de las velas y el queroseno y el incienso, de las naranjas picadas y el azúcar y el aceite de freír y la salvia machacada, los

granos de café al tostarse y las jicaritas de chocolate, el perfume a canela y almendra de las parientas, la fragancia del maíz molido en la piedra.

Pero con el paso de los años las visitas se espaciaron. Los parientes mexicanos hacían comentarios desagradables sobre el español viciado de los niños de Texas y su falta de modales; se habían hecho una imagen de aquellos jóvenes ‘nortños’ correteando allá en ‘Tejas’ como una manada de chuchos callejeros. Cuando Adina se casó con Abelardo volvió la espalda a los parientes de México. «Ahora no significan nada para mí porque soy tejana, y mis hijos también son tejanos, americanos». Pero aquel pasado profundo estaba inconscientemente preso en su cocinar, en la comida que preparaba y los platos dulces y humeantes que más le gustaban: los ‘chiles con pasillas’, el ‘mole coloradito’ al estilo de Oaxaca, el especiado ‘picadillo’ de cerdo, los siete moles, el negro y el rojo oscuro y el verde: oscuros de sabor, levemente socarrados, ligeramente dulces. Sabores y regustos antiguos. No olvidados.

Pocos días después de que ocuparan la caravana empezaron los dolores de cabeza y las fiebres de Adina. Ella, que siempre había tenido buena salud, pasó a ser casi una enferma crónica. Las fiebres le daban una y otra vez en cualquier época del año, la tenían rendida meses enteros, y luego se iban misteriosamente. Acudió a la clínica muchas veces, pero los médicos le decían aburridos que no le pasaba nada. Y yacía hecha un ovillo, lívida y calenturienta, con ojeras profundas, incapaz de dormir, con un zumbido en los oídos, consumida por la sed.

—No he dormido una noche entera desde que nos vinimos aquí —le decía a Félida llorando—. Tengo menos suerte que un perro bailarín.

Había en sus oídos un pitido agudo, un vértigo y una sordera para los asuntos del mundo que era casi como la felicidad. En la rotonda los autobuses rugían como fieras; ella olía los escapes, el polvo y el metal caliente. El calor del aire, de su cuerpo. Sus ojos se anegaban en lágrimas, no veía bien. Cuando de noche alzaba la vista, la luna le parecía recubierta de una espuma espesa. Las paredes, las caras de su marido y de sus hijos, se le ofrecían deformadas. La fatiga la consumía. Y allí tendida, en el mundo amodorrado de la fiebre, no podía escapar de los sonidos del acordeón.

Sonaba sin parar, como si fuera él el que tocara a Abelardo, como si el acordeón fuera la fuerza animada y el hombre el instrumento. A veces había otros acordeones en manos de sus amigos del ‘conjunto’, y en mitad de la



música Adina oía un vozarrón que clamaba: «¡Sí, señor!». Abelardo sabía mil canciones y las tocaba todas durante sus fiebres. Contra ella, pensaba, contra ella. Aquella voz, tan triste y trémula en la canción pública, tan dura y dictatorial en casa.

## Lecciones

Abelardo trabajó desde los tiempos de la inundación que se tragó al viejo Relámpago. En toda su vida fue tres meses a la escuela. Aprendió a leer de mayor, durante la guerra, a base de fijarse en cómo sus hijos forcejeaban con los deberes de su instrucción americana. Chencho cumplió los dieciocho años en 1943, e inmediatamente le llamaron a filas y le enviaron al Pacífico. Abelardo, enfermo de angustia por aquel hijo torpe, necesitaba saber. Practicaba con los carteles de la calle y las indicaciones de las carreteras, y después con periódicos, sin decirle nada a su mujer hasta que pudo leer de corrido, y entonces llevó a casa ejemplares de la semana anterior de *La Opinión* y *Los Angeles Times*. Sentado a la mesa de la cocina con las piernas cruzadas, cogió el *Times* y leyó varios párrafos en voz alta; luego abrió *La Opinión*, y con voz muy tranquila leyó unas frases acerca de Frank Sinatra, cuya «‘música ha invadido el mundo en estos últimos años’; como una marea, ¿no?»». Cuando Adina prorrumpió en exclamaciones de asombro, él respondió: «No es del todo difícil. Yo tengo un cerebro que es como el cuerno de la abundancia». Su interés se extendía más allá de las noticias de la guerra hasta la miscelánea, cosas como el funcionamiento del aparato digestivo humano, mareas misteriosas, los hábitos de los canguros.

En algún sitio encontró una gran lámina anatómica que mostraba la estructura del oído, y la pegó a la pared de la cocina, cerca de las fotos de grandes acordeonistas. Con lo cual todas las comidas estuvieron presididas por el pálido pabellón anaranjado semejante a un molusco extinguido, el túnel curvo del conducto auditivo, el tímpano en forma de abanico japonés, y más allá los curiosos huesecillos del oído medio, el martillo, el yunque y el estribo. La mirada, incapaz de desasirse, seguía de ahí al caracol de la cóclea: un vórtice, un huracán visto desde una nube, un brazo de gitano,

peonzas en giro, una tira caída de cáscara de naranja. En la lámina no estaban las vías de enlace que conectaban la música con la corteza cerebral.

Abelardo poseía cientos de discos, sus propias grabaciones de los años treinta, unas pocas con Decca, después con Stella, después con Bell, después con Decca otra vez. «En aquellos tiempos yo cantaba en español, y los de la compañía discográfica me dijeron: “Nosotros no entendemos lo que cantas, así que no cantes nada sucio”. Conque ni que decir tiene que yo cantaba todas las guarrerías». Había una foto que le mostraba en postura forzada, con la pierna derecha estirada hacia atrás y la izquierda un poco flexionada en la rodilla, el torso muy echado hacia atrás y el acordeón extendido sobre el pecho como una rejilla de radiador. Se le veía apuesto y joven, con mucho pelo.

—¿Sabéis cuánto nos pagaban por aquellas sesiones? Yo me consideraba afortunado si sacaba diez dólares. ¿Quién podría calcular cuánto dinero ganaron las compañías de discos gracias a nosotros? Cientos de miles de millones de dólares.

Tenía grabaciones antiguas de Lydia Mendoza, de los grandes acordeonistas; los discos de Bruno Villareal, medio ciego, con un botecito de hojalata colgado con un alambre del costado del acordeón, tocando en 1928, «la primera grabación con el acordeón como protagonista», Pedro Rocha y Lupe Martínez, los hermanos San Miguel, docenas de discos de Santiago Jiménez. Ponerlos era para él una ceremonia, y obligaba a sus hijos a escucharlos con gran respeto.

—Escuchad, escuchad, eso es el ‘tololoche’ que ya casi no se oye. Y daos cuenta de cómo fluyen las notas del acordeón, una música muy tersa y fluida, como el agua. El que toca es Sonny. Tan suave, aunque estuviera borracho; bebía tanto que se le pudrió el hígado y no le quedó más que el gancho de donde le colgaba por dentro. Pero qué suave. Ahora es otra cosa, ¿no? Ahora todo el mundo toca muy *staccato*. Eso empezó cuando la guerra. Teníais que haberme visto cuando yo empecé, yo era un loco que le pedía a la gente que mirase en el periódico por mí, a ver si traía anuncios para sesiones de grabación. O iba por la ‘farmacia’ del señor Chávez. El señor Chávez hacía acordeones en miniatura, no para tocar sino como juguetes para sus nietos. Era una especie de cazatalentos para una de las compañías. Ponían un anuncio en el periódico, y tú ibas a una habitación de un hotel o donde fuera. Había gente que te escuchaba, y si les gustabas te

decían que fueras a tal y tal hora a un sitio donde tenían montado un estudio. Allí había al entrar diez o veinte personas esperando su turno. Una sola toma, no había más. Era duro. Te daban a lo mejor un dólar o cinco dólares. Nada más, aunque después hubiera un millar de personas que compraran el disco.

Les hacía escuchar todos aquellos viejos sellos; Okeh, Vocalion, Bluebird, Decca, Ideal, Falcon, Azteca, sobre todo los Ideal hechos en el garaje de Armando Marroquín, allá en Alice. Había tocado en muchas de las grabaciones de las hermanas Hernández, Carmen y Laura, sentado en la cocina de Carmen, en medio de la madeja de cables y micrófonos. «Aquí hay uno..., ¡ay ‘Dios’, qué pesadilla! Mil novecientos treinta y uno, ¿y qué cantamos? Pues “La enseña estrellada”, para demostrar que somos americanos, porque el Congreso acababa de declararlo himno nacional. ¿Habría alguien en el mundo que sea capaz de cantar esa canción horrible?». Los niños balanceaban las piernas.

Entre la música y las cosechas no le había ido mal, decía, pero al principio de la Depresión todo se puso imposible y fue entonces cuando le denegaron la propiedad del sitio de los Relámpagos, y poco después se fueron a vivir a Hornet.

Le volvía loco el cine, y al cabo de los años todavía era capaz de asustar a sus hijos con el argumento de *El zombie blanco*, que había visto siete veces.

—¡Las películas! ¿Vosotros sabéis que en las películas de antes, las películas mudas de antes, siempre los malos eran mexicanos? El mexicano sale vestido todo de negro, lleva un sombrero muy grande, tiene la piel muy oscura y los ojos de huevo. Se enfurece, es incontrolable, cruel, apuñala sonriendo, le tira el juego y el asesinato. Hasta que por fin se hace una película donde el mexicano es el bueno, ¿y a quién diréis que eligen para hacer de mexicano bueno? ¡A Paul Muni, todo embadurnado de maquillaje!

Una vez llegaron a Hornet, tuvo trabajo durante un mes, barriendo pelos del suelo de una barbería; todo el mundo estaba en el subsidio, y escaseaban los contratos en el algodón, si es que los había. Un día se entretuvo en hacer una extraña sirena a partir de un disco de metal perforado que daba vueltas accionado por una manivela mientras una bomba que movías con el pie echaba un chorro de aire contra el plato giratorio. El artefacto hacía un

fuerte gemido, pero a los pocos días se rompió. Verdaderamente, le dijo Adina, tenía muchos hijos para dedicarse a aquellas fantasías.

Todos los años Adina compraba en la escuela las fotos en colores de los niños. Los padres escogían los tamaños que querían o que podían pagar: una tira de caras pequeñas del tamaño de sellos de correos, o un retrato de tamaño natural montado en cartulina. Adina escogía siempre el tamaño pequeño (pero no el más pequeño) para llevar en la cartera. La escuela de Hornet era una escuela segregada, sólo para «los mexicanos», daba igual la cantidad de generaciones que llevaran en Texas. Los niños Relámpago odiaban aquel sitio horrible. Los profesores eran anglos, en su mayoría gente del norte en su primer empleo. Las clases se impartían en americano. Había una norma cara: multa de un centavo por cada palabra que se dijera en español.

—Estáis en Estados Unidos, donde se habla inglés —dijo el director en la asamblea matutina, colocado al borde de la tarima para dirigir la declaración de lealtad.

—Yo no tengo algún centavo —bisbiseó Chris a su profesora.

—Con diez años estás todavía en tercero y hablas como un niño pequeño. Se dice «Yo no tengo ni un centavo» —dijo la señorita Raider—. Pues como no puedes pagar la multa tu castigo será escribir quinientas veces en la pizarra «Voy a hablar en inglés».

Baby escuchaba con la boca cerrada. Cuando por fin dijo algo le salieron las palabras muy bien dichas en americano.

Todo el mundo tenía que ponerse muy derecho en el asiento cuando entraba en el aula la señorita Raider, y decir al unísono arrastrado; «Buenos días, señorita Raider». Los delitos de cuchichear, llegar tarde, toser o estornudar, arrastrar los pies, suspirar, no estarse quieto, se castigaban con «la cárcel»: unas hojas de papel negro pegadas al suelo, donde los malhechores tenían que pasar una hora o dos en posición de firmes, sin moverse ni hablar. No llevar hechos los deberes o dar malas contestaciones acarrearba palmetazos con una correa doblada.

—Pon la mano —decía la señorita Raider antes de descargar el golpe.

Crescencio grabó su nombre en la tapa del pupitre, con una gran C rizada y una celosía de ringorrangos alrededor del nombre completo. La señora Pervil, con la voz como un látigo de alambre de espino, gritó mientras apuntaba: «¡Debajo de la mesa!».

Crescencio se dirigió con pasos lentos a la cabecera del aula y se detuvo cerca de la mesa de la profesora.

— ¡Métete ahí!

Crescencio se agachó y se introdujo en la oscura rodillera. Por abajo del panel de delante quedaba un hueco de doce centímetros, y por ahí la clase veía los talones de Crescencio agazapado, con sus zapatos de lona rotos.

— Los demás abran el libro de historia por la página cuarenta y uno y lean el fragmento «Los valientes de El Álamo». — La señora Pervil se sentó y adelantó su silla. Sus rodillas llenaron el espacio, oprimiendo a Crescencio en la frente; sus zapatos puntiagudos se le clavaron en las rodillas. Sus pantorrillas y muslos bloqueaban la luz, envolviendo el espacio en una horrible intimidad. De repente las rodillas se separaron y los muslos se abrieron con leve ruido carnoso. El hedor a queso de las partes sin lavar de la señora Pervil llenó la oscuridad. Crescencio experimentó humillación, claustrofobia, furia ardiente, excitación sexual, impotencia, sentimientos de injusticia, servidumbre e indefensión.

Al día siguiente buscó trabajo; lo encontró en una fábrica de paraguas, donde tenía que unir las conteras a los mangos, y no volvió a pisar la escuela. El domingo por la mañana el marido de la señora Pervil encontró las cuatro ruedas de su nuevo sedán Chevrolet pinchadas a navajazos. Pasó lo mismo una y otra vez, aun con el cierre echado del garaje y una diabólica instalación de alambres camuflados que disparaban alarmas; pasó lo mismo hasta que el marido hubo agotado sus cupones de racionamiento y tuvo que comprar neumáticos malos a precios astronómicos en el mercado negro. El señor Pervil lo atribuía a «los malditos bolcheviques». Nadie sospechó del regordete Crescencio; del tristemente risueño Chenchó, que caminaba encorvado y arrastrando los pies. Los navajazos cesaron cuando en 1943 le llamaron a filas y le enviaron a las islas Salomón con su pelotón de americanos mexicanos de Texas. Uno o dos volvieron. Abelardo encargó y pagó un historiado cenotafio de piedra, pero fue el fatídico «Crescencio» escrito en la tapa de su antiguo pupitre lo que conservó su recuerdo para Baby y Chris.

## **Dentro del neumático**

Los dos hermanos menores se parecían tanto en su fisonomía y sus gestos que cuando eran pequeños fuera de la familia nadie los distinguía. Pasaban por gemelos, a pesar de que Baby tenía un año más. Después del accidente del neumático, crecieron tan diferentes que ni hermanos parecían. Ocurrió cuando tenían muy pocos años, viviendo aún en la casa de los Relámpagos.

Baby le dijo a Chris que se metiera dentro de un neumático viejo de camión que él apenas podía sostener en vertical. Chris era pequeño y su cuerpo se curvó para acomodarse en el surco interior del neumático. Antes de que acabara de colocarse. Baby lo echó a rodar por la pendiente de una escombrera al pie de la cual corría la vía del tren. Al instante vio el error. Él esperaba que rodase suavemente, que fuera un viaje maravilloso, pero la rueda saltaba por el aire cada vez que tropezaba en una piedra, y Baby corriendo detrás, con las manos abiertas y los brazos extendidos como si pudieran alcanzar a treinta metros. Pasada la vía del tren el neumático se cansó, giró sobre su eje como una moneda de medio dólar sobre una barra y se desplomó.

Baby corrió hacia el neumático, llorando y sin aliento. Chris cayó fuera. Parecía muerto. Dando un alarido de desesperación que Adina oyó desde la casa. Baby cogió una piedra y la estrelló contra su propia frente. Una vez y otra. Así que fueron los dos al hospital.

A Chris le quedó una risa extraña después de la recuperación, la risa de un hombretón que disfruta de una película cómica, una risa que había copiado de un técnico de rayos X que tenía un círculo de pelo como una boina marrón. Aquel técnico iba a verle al hospital los sábados; le llevaba una chocolatina que partía en pedacitos, y con la mano derecha se los iba metiendo a Chris en la boca mientras con la izquierda jugueteaba por debajo de las sábanas, pellizcando y frotando la carne que no cubrían vendas ni escayolas. Cuando Chris volvió a andar andaba de otra manera, con una pierna un poco más corta que la otra, y lo disimulaba elevándose a cada paso sobre los pulpejos de los pies, con un tranco boyante y ágil que daba la impresión de ir buscando atajos.

Estaba destinado a los percances. A los catorce años viajaba apoyado en la portezuela de un coche de alquiler camino de un baile con su padre y cuatro más, todos cantando la ‘ranchera’ de Valerio Longoria «El Rosalito», un éxito tremendo de entonces, el maravilloso sonido ‘nueva onda’, áspero y excitante, cuando la desgastada cerradura cedió y la puerta se abrió. Chris

salió despedido a ochenta kilómetros por hora; se le abrieron las carnes hasta el hueso, sufrió fractura de un hombro y un brazo, conmoción cerebral, esas cosas. Pero una vez más se recuperó.

Lo mejor que resultó de aquel accidente fue la visita de Valerio Longoria en persona, con su tupé engominado y sus cejas fruncidas, que fue a ver a Chris al hospital, bromeando pero en serio; «Como iban ustedes cantando mi canción cuando sucedió, siento una responsabilidad...».

—Este Valerio —dijo Abelardo con admiración— es ‘la gran cosa’.

## El oso polar

En la escuela de Hornet había una profesora, la *señorita* Wing, que era de Chicago, hablaba con gran precisión y sonreía por todo. «Muchas personas tienen una afición. Mañana quiero que cada uno traiga a clase una muestra de su afición. Cada alumno nos contará a qué es aficionado o aficionada, por ejemplo a coleccionar sellos o carteritas de cerillas. Mi hermano coleccionaba carteritas de cerillas, que es una afición muy, muy interesante». Casi todos los niños aparecieron al día siguiente con una sola carterita de cerillas. Angeli ta llevó una única cerilla de madera, cuya cabeza azul y *roja* se le había ensuciado en el bolsillo. Hasta eso alabó la señorita Wing.

Los hermanos Relámpago llevaron sus acordeones. Tocarón la canción del autobús (sin cantar la letra), esperaron a que la profesora sonriera. Su blanca cara se tiñó de contrariedad.

—El acordeón no es un buen instrumento. Es un instrumento bastante *tonto*. Los polacos lo tocan. Mañana os traeré para oír algo de *buena* música.

En el recreo cuchichearon, ¿qué es un polaco? Angelita lo sabía.

—Es un oso blanco que vive en el hielo.

Baby se imaginó una hilera de osos blancos tocando sus acordeones plateados. Y el misterio se ahondó cuando una noche oyó por la radio; «*I'm a polack, you pretty little poppy...*».

—¿Qué es un polaco? ¿Es un oso blanco?

—¡Amapola! ¡Amapola! ¡El nombre de una chica guapa!

La señorita Wing llegó con un tocadiscos dentro de un estuche marrón, lo instaló sobre su mesa y tiró del cable negro, que era demasiado corto para llegar hasta el enchufe. Los niños mayores tuvieron que correr la mesa hacia la pared, y las patas calzadas de metal chirriaron sobre la tarima. El plato cubierto de fieltro empezó a dar vueltas y vueltas. La señorita Wing sacó de su funda un lustroso disco negro, sosteniéndolo por el borde, y lo colocó sobre el plato en movimiento. Sólo de verlo girar ya daba gusto. La señorita Wing bajó el brazo. El aula se llenó de la Orquesta Boston Pops tocando «Reloj sincopado».

Pero aquella buena música no surtió ningún efecto en los niños Relámpago. En casa de los Relámpago el acordeón lo era todo. En 1942, con catorce y quince años, tocando acordeones consonantes al estilo que practicaba su padre y cantando armonizados dos de las mejores composiciones de su padre, la polca «La enchilada completa» y la ‘ranchera’ «Es un pájaro», ganaron un concurso de noveles en McAllen. Ya entonces tocaban en bailes con Abelardo. Cantaban haciendo unos dúos abrasadores, de extraordinario sentimiento. No hay armonía como las voces consonantes que brotan de la garganta de parientes consanguíneos, con la forma y la estructura de un aparato vocal similar, como dos lengüetas de acordeón afiladas hasta dar un sonido casi igual pero con una diferencia infinitesimal. El premio eran doscientos dólares y una actuación en una emisora fronteriza que radiaba sus programas desde el Canadá.

Abelardo estaba encantado.

—Ahora vais a ver cómo vienen las compañías de discos pidiendo que grabéis. Esto es sólo el comienzo.

Berto, el camarero amigo de Abelardo, les llevó en su Ford de cuarta mano. Cruzaron la frontera y llegaron a la emisora con una hora de adelanto sobre la cita, que era a mediodía. Los chicos esperaban sentados en silencio, abrazados a sus instrumentos, mientras Abelardo paraba a todo el mundo; el que pasaba con la bandeja del café, un técnico festoneado de herramientas extrañas, un ingeniero que venía por el vestíbulo, un cantante vaquero medio borracho que salía de los lavabos con la bragueta abierta.

—Atienda —dijo el gerente americano con cierta insolencia—, estamos haciendo algunos cambios en la programación. Váyase con los chicos a comer algo, y a las dos de la tarde vuelven. Hemos pasado a las dos el programa de noveles.



En el cuarto de al lado. Baby oyó que una voz masculina tartamudeaba: «¿Cuá-cuá-cuá-cuá-cuá-cuá-cuál es la diferencia entre un mexicano y un cubo de mierda?».

Afuera el viento soplaba a ráfagas, y el cielo estaba verdinegro por el sur. Rodaban papeles y plantas rodadoras en serpentinas de polvo. Fueron al coche.

—Dice que volvamos a las dos —explicó Abelardo a Berto—. Han cambiado el horario.

—Pero yo tengo que estar en el restaurante a esa hora. Mi turno empieza a las dos. Ya lo sabes.

—Bueno. Pues nos acercas al centro, tomamos algo, luego volvemos aquí en un taxi y esperamos en el centro hasta que acabe tu turno.

—Acaba a las once, ya lo sabes, y una hora hasta aquí, vais a tener que estar esperando muchísimo tiempo.

—Bueno, pues haremos amigos, tocaremos, nos divertiremos, iremos al cine.

—Sólo me funciona uno de los faros. —Una ráfaga metió polvo en el coche—. Vale, subid, subid.

En el momento en que Berto daba marcha atrás para cambiar de dirección sobre la grava del aparcamiento, el viento meció el coche y sobre el parabrisas cayeron las primeras gotas de lluvia, goterones muy dispersos. Se oyó un chasquido tremendo y un mido sordo. Baby dijo: «Se está cayendo la torre». En efecto se estaba cayendo, la inmensa torre de sesenta metros de alto se venía abajo sobre la emisora y el aparcamiento. Berto pisó el acelerador hasta el fondo, y salieron disparados haciendo zigzag, viendo cómo la torre se derrumbaba del todo, hundiendo el tejado de la emisora, y los seis últimos metros caían con estrépito sobre los coches aparcados y el espacio que ellos habían ocupado sólo segundos antes. Al suelo caían tejas y trozos de madera, y la gran W de contrachapado se vino abajo y rebotó.

—Hay que salir de aquí —dijo Berto.

—Vámonos —dijo Abelardo—. Si nos quedamos nos echarán la culpa.

Después de aquello no pasó nada con Baby y Chris. Su fama quedó limitada al barrio de Hornet: «‘Los dos hermanos’ Relámpago que ganaron el concurso». No pudieron sino seguir tocando con Abelardo en los bailes de fin de semana y las celebraciones y las ‘quinceañeras’, sus lunitas un reflejo del brillante resplandor paterno. Ellos no tenían un estilo propio.

## Misioneros

A raíz del traslado a Hornet, Adina había dejado de ir a misa y de confesarse. Al cabo de uno o dos años estaba sirviendo platos de comida a una pareja de misioneros de los Prodigios de Yavé, y escuchando sus historias de condenación y salvación, sus descripciones del yermo del alma, que después refiría con sus palabras a Abelardo y los niños. Aquel matrimonio de devotos, Darren y Clarice Leak, él y ella rubios con los labios blancos y los ojos transparentes, llevaban consigo a sus hijas en sus visitas (Clarice descendía de Rudman Snorl, un miembro de la misión que fue a curar a los indios cayuse de su adicción a la cría y manejo de excelente carne de caballo, y que murió en el alzamiento antimisional de los cayuse enfurecidos). Las niñas esperaban muy sentaditas en el viejo coche caluroso, que quedaba aparcado junto a la caravana aprovechando la franja de sombra, con las ventanillas bajadas para que corriera un poco de aire. Tenían prohibido salir y hablar con los niños Relámpago, mirarles incluso. Lorraine era la menor, después venían Lassie y Lana, la mayor, una niña albina que se tapaba con la mano los ojos llorosos para resguardarlos de la luz. Esperaban muy quietas en el coche con la vista al frente, pero sus ojos devoraban cada movimiento de los Relámpagos, que entraban en su campo visual demostrando lo bien que corrían o luchaban. Chris se ponía justo delante del coche y movía los brazos y las piernas haciendo volatines, que a veces eran recompensados con sonrisas rígidas.

Un día de mucho calor estaban los padres dentro, rezando con Adina, y en el coche Lorraine bufaba y se balanceaba adelante y atrás.

—¡Que no! —bisbiseó Lana—. ¡No puedes, tienes que esperar!

Pero por fin abrieron un poco la portezuela del lado contrario a la caravana, lo justo para que la niña pudiera salir, bajarse las bragas harapientas y ponerse en cuclillas. Chris miró atentamente el chorrito de agua, y tuvo que sacar su propio instrumento y mear delante de ellas como para probar que los Relámpagos, éste por lo menos, podían ofrecer más espectáculo.

Abelardo despreciaba a los Leak, que le parecían estúpidos, fanáticos y peligrosos. Señaló a Adina que Clarice, escuchando la radio que siempre estaba puesta mientras Darren daba la tabarra con que el Señor esto y el Señor lo otro, había apuntado el nombre de la emisora que ofrecía «un

retrato autografiado de Jesucristo, en marco dorado labrado a mano, por sólo cinco dólares».

## La rama tierna

Abelardo quería que sus hijos murieran por el acordeón. Tocaba para cada uno de ellos cuando aún eran bebés y escogía la última hora de luz como momento más impresionable, pues ¿quién no ha oído música al final del día, la media luz teñida de armonías sombrías que dicen todo lo que se ha dicho en el mundo? Un niño que escucha atento no olvida nunca el aroma del oscurecer veloz, el fulgor de una camisa blanca cuando alguien se aproxima.

A cada uno de sus hijos le compró un modelo diatónico de dos filas por el estilo del viejo acordeón verde. «No me *molesto en esos* pequeños de diez botones», decía. «Quiero que los chicos empiecen como se debe». Pero, siempre atareado y con prisas, se impacientaba por enseñarles; les hacía sentarse en las sillas de madera bajo las fotografías firmadas de sus amigos acordeonistas, Narciso Martínez, Ramón Ayala, Rubén Naranjo, Juan Villareal, Valerio Longoria, todas en fila en la pared. A Crescencio no le interesaba el acordeón. «Crescencio, tú eres tonto, tonto de verdad». Le dejó por imposible y se concentró en los menores. (Sin embargo, Chenchó bailaba de maravilla; no con aquella música, sino con el *swing* de grandes orquestas que sonaba por la radio, era una verdadera peonza dando vueltas y girando a la chica y alzándola en volandas).

—El acordeón es un instrumento importante. Puede *incluso* salvar vidas. La primavera pasada un hombre tocó el acordeón para calmar el pánico de los pasajeros de un barco que había zozobrado en Nueva York a causa de la niebla. Ahora escuchad y fijaos en cómo toco esto —decía—. Ahora intentadlo vosotros —y ejecutaba un trémolo con el fuelle, arpegios rápidos, disonancias peliagudas; pero no tenía tiempo para enseñarles despacio y bien. Enseguida estaba otra vez fuera de casa, trabajando o tocando en un baile. Al cabo de pocos meses las lecciones cesaron. Tendrían que aprender por sus propios medios.

## **En La Paloma Azul**

Un día entró un hombre en La Paloma Azul. Volvió muchas veces. Siempre pedía lo mismo, la especialidad del restaurante y el motivo de que fuera allí mucha gente, atraída por el olor de los pingües jugos que goteaban sobre las brasas en el patio de atrás, el ‘cabrito al pastor’ y las raciones de ‘machitos’, trozos tiernos de hígado de cabrito envueltos en chinchulines y asados. Aquellas exquisiteces perduraban en una carta pedestre de filetes, huevos y burritos.

Este hombre se sentaba siempre en la mesa pequeña de la esquina, mesa preferida también por los enamorados, que no se fijaban en el bamboleo de las sillas ni en la cojera de la mesa cuando se salía la carterita de cerillas doblada de debajo de la pata contigua a la pared. Tampoco el hombre se fijaba en esas cosas. Dejaba el periódico plegado sobre la silla vacía y llamaba al camarero.

Puesto de pie tenía una altura desagradable, pero sentado, con las largas piernas recogidas debajo de la silla, se difuminaba, sin otros rasgos distintivos que una nariz abultada y un bigote de insufrible delgadez. Paseaba subrepticamente los ojos entornados, nunca miraba con franqueza, nunca con brillo en las pupilas. Tenía el pelo lustroso, con entradas en la frente color caramelo. Se le notaba en la voz que procedía de una ciudad del norte. Se sentaba muy quieto, con las manos en reposo, llenando la mesa, mientras esperaba que le sirvieran el plato de carne. Cuando acababa de comer dejaba el cuchillo y el tenedor cruzados sobre el plato, encendía un cigarrillo sosteniéndolo entre el índice y el pulgar de la mano izquierda, y se arrellanaba en la desvencijada silla. Si su mirada se cruzaba con la de Abelardo, señalaba con el índice de la mano derecha su deseo de que le retirase el plato. Un día hizo ese gesto, y en el momento en que Abelardo asía el borde del plato sucio le dirigió la palabra en voz baja, pidiéndole que se encontrara con él en cierto bar de la acera de enfrente, a las seis y media. Por debajo del humo del cigarrillo Abelardo olió una esencia de hierbas picantes, un aroma primitivo y supersticioso.

## **Un rosario en el retrovisor**

El hombre estaba sentado al final de la barra, y fuera de la mesa de los enamorados parecía muy frío y peligroso. Hizo al barman el conocido gesto de gancho con el dedo índice, y a Abelardo vino un vaso de *whisky*.

—Represento a otra persona —dijo el hombre sin alzar la voz. Su periódico yacía plegado sobre la barra, mostrando una foto de Mussolini en un festival de acordeón. El hombre echó humo por las narices como un toro en una meseta fría—. Le ofrezco cierta oportunidad.

Hubo un largo silencio. Por fin Abelardo preguntó en qué consistía esa oportunidad. Pronunció la palabra «oportunidad» con acento ligero y burlón, no como el mozo de comedor que retira la inmundicia.

—Una oportunidad grande. Una oportunidad muy agradable para la persona adecuada. Creo que esa persona es usted.

Hubo otro largo silencio. Abelardo apuró el *whisky*, el dedo se movió y al momento llegó un segundo vaso. El hombre encendió un segundo cigarrillo y dejó que el humo saliera de su boca distendida en anillos temblorosos.

—Esta oportunidad —dijo— requiere un par de acciones sencillas. De vez en cuando yo traeré un paquete a La Paloma Azul y lo pondré sobre la silla vacía, tapado por el mantel. Mientras usted retira los platos le diré unas palabras, por ejemplo: «Buick blanco con un rosario en el retrovisor». Usted mete el paquete debajo de un plato sucio en el barreño y se va hacia la cocina. He visto que hay una puerta lateral que da afuera, a los cubos de basura, donde fuman los camareros. Es fácil volver la esquina e ir al aparcamiento.

Con la palabra «fuman», los dedos del hombre se dirigieron al bolsillo de su camisa.

—En el pasillo saca usted el paquete del barreño y sale por la puerta lateral. Si alguien le ve, dice usted que va a echar una calada. Pero todo esto sucede muy deprisa; nadie le mirará siquiera. En el aparcamiento echa usted una ojeada a los coches y pone el paquete en el asiento de atrás del Buick blanco con el rosario. O del coche que yo le haya indicado. El Buick puede ser un Chevrolet o un De Soto. Puede ser que no haya rosario. Pueden ser diez paquetes en un año o cien. El primer día de cada mes le dejaré uno como éste debajo del plato.

El hombre abrió un poco la mano izquierda, y en la penumbra Abelardo vio un billete doblado. Al principio pensó que era un billete de diez y luego

pensó que de cien, pero al final vio claramente que era de mil. Un billete de mil dólares. Un sofoco le subió por el lado derecho, el lado más próximo al dinero.

El primer paquete apareció cuatro días después. Todo fue muy sencillo, como el hombre había dicho. Lo difícil era el dinero. Un billete así de grande no podía ser dinero de verdad. Era abstracto, una cosa de valor feroz, que no se podía ni enseñar ni gastar. Abelardo se buscó un bote de goma laca y una brochita, plegó el billete a lo largo, lo embadurnó ligeramente de goma por un lado, y quitando la caja de los bajos del acordeón verde lo pegó a un pliegue interior del fuelle. Quedaba totalmente invisible, de tal manera que sólo una mano enterada podía descubrirlo; no se veía ni siquiera quitando las cajas y asomándose al fuelle. El hombre acudió a La Paloma Azul con sus paquetes secretos y sus billetes secretos de mil dólares durante un año y dos meses. Luego dejó de ir.

## **El traje explosivo**

Abelardo fue varias veces al bar de la acera de enfrente, pero el hombre nunca estaba allí. Preguntó al del bar si sabía cuándo volvería aquel señor. El del bar susurró que era mejor no preguntar. Él no sabía nada, pero había oído que a una persona le habían entregado un traje nuevo muy bueno, un bonito traje de alpaca gris en una caja blanca, y cuando esa persona se lo puso, el calor de su cuerpo activó unas sustancias volátiles que iban dentro de las costuras y el traje explotó, y el hombre también.

En el fuelle del acordeón verde había catorce billetes de mil.

## **El hijo mayor**

En 1945 les llegó la noticia de la muerte de Crescencio, y una carta de un teniente que empezaba diciendo: «Yo no conocí a Crisco, como le llamaban todos, hasta pocos días antes de su muerte». Supieron entonces que lo que le mató no fueron balas, sino un muro de cemento que se le cayó encima al

darle una patada. Estaba bailoteando a lo loco con otro soldado, y en una de esas, según daba vueltas, lanzó una patada a la pared, que cedió. Adina puso una estrella dorada en la ventana.

## Sonríe

Los dos hijos, Chris y Baby, casi crecidos y cada día más insolentes y rebeldes, tocaban todos los fines de semana con Abelardo.

Abelardo interpretaba el primer bloque, y luego se iba a beber cerveza Bulldog por los bares y clubes, a escuchar las voces de las hermanas Padilla en las 'sinfonolas', dejando el resto de la noche a sus hijos. (Adina tenía siempre a mano un 'menudo' de callos picantes para las resacas de su marido). Desde aquellos intervalos en que empezó a encomendarles la faena, se notaron cambios en la manera de tocar de los hijos: hacían una música más cortada, en *staccato*, como a navajazos. Los bailarines de más edad se quejaban de no poder bailar bien aquél son, con su compás más picado, más rápido, y un ritmo sincopado que despistaba, pero los más jóvenes se entusiasmaban, y chillaban y vitoreaban, sobre todo a Chris, '¡Viva tu música!', cuando subía al estrado con su chaqueta roja. Baby con chaqueta negra y ribetes blancos en las solapas. Hasta que, para consternación de Adina, que echó la culpa a Abelardo y al dinero fácil de las noches de sábado, los dos abandonaron los estudios.

¿Para qué seguir? De todos modos no se llegaba a ninguna parte. '¡Ándale!' El acné surcó la cara de Chris, una cara que se iba endureciendo cuanto más buscaba trabajo sin encontrarlo. La música del fin de semana no daba de comer ni a una gallina. A Chris le gustaban las camisas elegantes, los relojes de pulsera, las cadenas de oro. Su ambición era tener 'un carro nuevo'. Se dejó bigote en cuanto pudo, para distraer la atención del acné y parecer mayor. Bigote negro, con las puntas caídas. Se puso gafas oscuras y empezó a salir con una panda de 'cholos', sobre todo un tipo duro al que llamaban Venas, que tenía un lunar negro en la aleta izquierda de la nariz; uno que se gastó una fortuna en un Buick blanco tapizado de terciopelo machucado, y de cuyo padre, Paco Robelo, de toda la familia Robelo, se rumoreaba que tenían relación con 'narcotraficantes'.

En un par de años Chris tuvo coche propio, un Chevrolet de segunda mano repintado en gris plata, con llamas pintadas lamiendo los costados y en la capota un retrato de él tocando el acordeón dentro de un círculo de fuego que hacía decir a las viejas que prefiguraba un viaje al infierno.

Baby daba la impresión de sufrir. Todo le afectaba: el olor a comida quemada, los truenos y el granizo, los bisbíceos de las chicas, el brillo de la cicatriz estrellada que le marcaba la frente. Las viejas decían que llevaba una placa de acero dentro de la cabeza. Abelardo le gritaba: «¡Espabila! Esta noche tocamos en un baile, y tú estás como si se acabara de morir tu mejor amigo. ¿No ves cómo Chris siempre está sonriente? El público quiere ver que lo pasas bien».

Adina le ponía la mano en la frente, preocupada por si su sangre calentada no le estaría cociendo los sesos. Pero Baby estaba componiendo sus primeras canciones, luchando con letra y música. Le salía todo en americano.

## **El amable profesor de Félida**

La voz del señor More en la clase de apoyo de matemáticas repetía la cantinela de los vértices topológicos, pero Félida mantenía la cabeza agachada, sintiendo que la miraba. El señor More se paseaba por el aula, de punta a punta y hablaba de lo mismo.

—Llamemos AB a la línea de cabecera del aula, y CD a la línea del fondo; si yo me traslado de B a D, y seguidamente a A, ¿qué tenemos en el punto donde me detengo, un número de vértices par o impar? ¿Algún voluntario?

Nadie respondió. Ahora venía acercándose a su fila, aminoraba el paso, se paraba junto a su pupitre. Félida sentía el olor a lana y tiza, por el rabillo del ojo veía los zapatos marrones y polvorientos.

—Félida.

Ella no lo sabía.

—¿Impar?

—Así es, impar, pero me parece que has acertado por casualidad. ¿Quieres hacer el favor de salir a la pizarra y dibujar el diagrama?



¡Y el timbre no sonaba! Félida salió a la pizarra y cogió la tiza. ¿Qué había dicho, qué recorrido había hecho? Cruzar la cabecera del aula. Trazó una línea horizontal. Bajar. Subir a su fila.

Él se echó a reír.

—He dicho *si* cruzo hasta A. En realidad no he cruzado hasta A porque no puedo atravesar los pupitres. Atiende. —Otra vez a su lado, quitándole la tiza, tocando los dedos de Félida con los suyos fríos de tiza. Habló muy suavemente, no susurrando pero sí en voz baja—. Pásate un momento por aquí cuando acaben las clases. Quiero hablar contigo. —Alzó la voz, alzó la mano con el borrador, borrando las líneas que ella había hecho y reemplazándolas por las suyas. Félida volvió a su pupitre sin sentir nada. Nada en absoluto.

Cuando pasadas las tres vino al aula, le encontró de pie junto a la ventana, contemplando la salida de los autobuses escolares.

—¿Sabes cuántos años llevo haciendo esto? Diecinueve; catorce aquí en Hornet. Me vine aquí de Massachusetts. Mi sueño era vivir en el sudoeste. Creía que era otra cosa. Hay que comer. La enseñanza, y en Texas, encima. A los pocos años te encuentras tan pillado que ya no puedes salir. Conque aquí estoy. Y aquí estás tú. Ven acá —y se apartó a un lado de la ventana.

Y fue lo mismo, los dedos fríos de tiza subiéndole por el cuello y metiéndosele en la melena, a contrapelo, cosa que ella odiaba, y luego atrayéndola hacia él, y las manos huesudas que subían a sus pechos y los palpaban, que bajaban por las costillas hasta su talle y sus caderas, y se le metían por debajo de la falda, y el dedo frío de tiza que escarbaba bajo el elástico de las bragas y dentro de ella mientras él se restregaba contra su cadera. Se apartó diestramente cuando en el pasillo sonó una risa y el taconeo de alguna profesora que pasó de largo. Félida pensó que lo mismo era su mujer, la señora More, que enseñaba mecanografía y contabilidad.

—Escucha —masculló él—. Se va a una reunión en Austin. Quiero que vengas a casa. Mañana a eso de las cinco. Tengo esto. —Se sacó algo del bolsillo, papel, desdoblándolo, mostrándolo. Era un billete de cinco dólares—. Para ti. Puedes tocar el acordeón para mí. —Y sonrió débilmente.

Todo empezó por el acordeón. El año anterior ella había ido a su despacho porque era el consejero de orientación vocacional los miércoles por la tarde, y le contó que quería ser música pero el problema era su padre, que era conocido, que era un famoso acordeonista, y sus hermanos, que

también tocaban el acordeón y eran admirados y solicitados en todo el valle, mientras que ella era invisible incluso dentro de la familia. Su padre tenía mucho prejuicio, dijo, contra las mujeres en la música, a menos que cantaran; que cantaran le parecía bien. Pero ella llevaba toda la vida cantando y su padre ni se había fijado. Había aprendido sola a tocar el acordeón pero no tenía seguridad. Se sabía ya treinta ‘rancheras’. ¿Qué debía hacer?

—Una chica joven y guapa como tú no debería preocuparse por hacer carrera —dijo el señor More—. Pero me gustaría oírte tocar. Quizá yo te pueda ofrecer alguna sugerencia. En tiempos soñé con tocar la tuba clásica. —Y le palmeó el brazo, dos palmaditas lentas, con las puntas de los dedos rozando apenas el vello y dándole escalofríos.

## **La hija criminal se fuga**

Cuando Abelardo despertó de su siestecilla en el crepúsculo rojo de un sábado, pocas semanas antes de la ‘quinceañera’ de Félida, no había nadie en la caravana. Se roció de agua la cara, se la secó a palmaditas y se echó polvos de talco en la ingle y agua de colonia en la cara, el cuello, los hombros y la tripa. A renglón seguido, se dedicó a la esmerada colocación y lacado del pelo. Los pantalones planchados, los calcetines negros nuevos de una fibra suave tipo seda, camisa blanca y corbata azul pálido, chaqueta de poliéster azul pálido a juego. Lo último, los zapatos relucientes. En el espejo un hombre apuesto de profunda salud e inteligencia. Fue a buscar el acordeón verde, porque esa noche tocaba para Bruno, alguien que apreciaba la voz quejosa y el sollozo ronco del viejo instrumento. No estaba en el armario, ni debajo de la cama, ni en el cuarto de estar ni en la cocina. Su corazón latió de miedo. Entró como una furia en el cuarto de sus hijos y por un instante creyó haberlo encontrado, pero no, era el viejo Luna Nuova italiano que había comprado años antes para Baby. Uno de aquellos malnacidos se había llevado su acordeón verde, y no tenía tiempo para patearse la ciudad en busca de los cochinos rateros. Al final tuvo que coger el Majestic, pero el tono no era el apropiado para la música, y lo tocó con

tanta fuerza y tanta rabia que rompió una lengüeta y los botones se atascaron.

Volvió muy pasada la medianoche, borracho y todavía furioso, y se encontró con el acordeón verde en el estante del armario. Lo abrió, palpó con los dedos los entrantes del fuelle. El dinero seguía en su sitio. Las hilachas de miedo cuajaron en ira. Irrumpió en el cuarto de sus hijos, dispuesto a hacerles picadillo. Las camas estaban vacías. Era inconcebible, pero tenía que haber sido Adina.

— ¡Levántate!

— ¿Qué pasa? — Dio un respingo, despierta del susto y tratando de localizar el peligro.

— ¿Por qué te llevaste el acordeón verde? ¿Adónde fuiste?

— ¿Yo? ¿El acordeón? Yo no me he llevado nada. Tú te has vuelto loco.

Él levantó el brazo como para abofetearla, la dejó llorando en la almohada. *¡Ah, ahora sale todo!*, pensó ella; *¡es un hombre brutal!*, mientras él iba a la nevera en busca de agua con hielo. Pensó: ‘¡Félida!’ Y se abalanzó a aporrear su puerta. La explosión de desafío del otro lado le dejó estupefacto.

— SÍ, ME LO LLEVÉ YO. ¡Me había invitado un profesor a tocar para él!

Era demasiado tarde para verdades de ninguna especie. Pues ni le había dado tiempo de abrir el estuche cuando ya tenía al profesor encima, atornillándola sobre su alfombra polvorienta, desde donde veía unos tristes cordeles colgando por debajo del sofá hundido.

— ¡Ni el hijo más criminal hablaría a su padre en esos términos! ¡Me abofeteas con palabras insolentes! — La ira se lo tragaba todo. Sentía unos acordes interiores tormentosos, como si unos locos aporrearán los timbales de sus tripas. Gritó.

— Una mujer no puede tocar el acordeón. Es un instrumento de hombres. Una mujer no puede encontrar a otros músicos que toquen con ella, nadie te contratará, te falta voz. Tienes mal carácter, eres desobediente, no tienes futuro en el campo de la música. — Estaba casi llorando—. ¡Con la cantidad de dinero que nos vamos a gastar en tu ‘quinceañera’!

Y así siguió hasta que llegó Baby y le calmó, y a las dos de la mañana se hizo el silencio. Chris andaba aún por ahí circulando, bajo la luna con el

taxi; a menudo se pasaba fuera toda la noche, devolviendo soldados beodos a la base.

Con las claras del día Adina oyó cerrarse la puerta. Los peldaños de fuera crujieron. Por la ventana se veía el borde de la luna plata oscuro, como empañado. Un silencio profundo y ominoso. Abelardo respiraba pesadamente a su lado. Adina se tocó la mejilla levemente, con las puntas de los dedos. Donde él podía haberla golpeado, donde casi la golpea. Transcurridos unos minutos se levantó y fue a la cocina, y sintió arena bajo sus pies descalzos; no, era azúcar. Azúcar y sal derramados por el suelo. Oyó el silbido del gas antes de oírlo. ¡‘Dios’, podían morirse! Cerró los quemadores que estaban vertiendo la ponzoñosa sustancia en la casa, abrió la puerta entre arcadas y toses por el tufo del gas. Salió a la puerta como estaba, en camisón, mirando a la calle encenagada. En algún sitio cantaba un gallo, un gallo psicópata. La calle estaba absolutamente vacía. Betty/Félida se había ido.

Temblando volvió a entrar en la cocina y vio el acordeón verde sobre la mesa. Un cuchillo sobresalía del fuelle. El mensaje de que la hija habría querido clavarle a su padre una cuchillada en el corazón.

—No me la volváis a nombrar en esta casa —masculló Abelardo sollozando—. Yo no tengo ninguna hija.

Pero antes de hablar sacó del instrumento el cuchillo y examinó el fuelle despacio, detenidamente, en busca de señales de otros cortes y tajos invasivos, y se pasó la tarde reparando los daños a puerta cerrada, cerrando el roto por dentro del fuelle con una pieza fina de piel de cerdo y aplicándole por fuera una buena crema protectora para mantenerlo flexible y dócil.

## **Los hijos restantes**

Después de la guerra pasaron volando los minutos, las horas, las semanas y los años, y de la hija no se sabía nada. Adina se hizo muy religiosa («Señor, yo sola no puedo con esta carga»), y salía con los Leak a llamar de puerta en puerta y convencer a otros de que se hicieran Prodigios de Yavé. Chris y Baby siguieron tocando con Abelardo, pero entre ellos iba creciendo una

animosidad, una antipatía hacia la música del otro. Y tampoco las actuaciones de fin de semana daban para vivir. La música tradicional ya no gustaba tanto; todo era *swing* y grandes bandas.

Cuando tenía veintitrés o veinticuatro años, hacia 1950, a Baby se le metió en la cabeza cultivar chiles, una cosa retrógrada que tenía que ver con la admiración hacia el trabajador del campo, la retórica apasionada que rebosaban los organizadores sindicales que vinieron a la región después de la guerra, y su imagen de un abuelo desconocido al que quería considerar un héroe. La idea era vaga. Tuvo que arrendar tierra, tuvo que aprender a sembrar chiles con el agente de la estación de experimentación agrícola, un anglo que le empujó a especializarse en un cultivo de mucho cuerpo, el S—394, desarrollado en la Universidad de Texas, en vez del viejo chile local, el llamado ‘bisagra’ por su forma torcida. El quid estaba en la aplicación oportuna de fertilizantes químicos y riego. A Baby eso le aburría, y se desinteresó en cuanto vio que las plantas empezaban a crecer. El cultivo de chiles que él había imaginado, que había oído describir a los hombres mayores, era un complejo de hibridación en busca de resistencia a la sequía y sabores especiales, virtuosismo en la interpretación meteorológica, calibrar el tempero del suelo, rogativas y suerte. Creía querer entender de esas cosas, ser parte de esa vida, pero lo único que descubrió fue que no tenía talento para la agricultura.

Mientras tuvo la tierra, a Abelardo le tiraba aquello, y cuantas veces podía hacía una escapada para ver cómo iban las plantas y charlar un poco, ahora cada vez más de su vida en el pasado.

Su padre ahogado tocaba la guitarra, *vingi, vingi, vingi*.

—Así que había un poco de música en la familia —decía, acucillado en la tierra roja al extremo de una hilera, contemplando cómo el agua de riego corría a la acequia mientras se fumaba un cigarrillo. Fue, decía, una música amarga y dura que hacía daño a los oídos, hasta que llegó él, Abelardo, y dejó boquiabierto a todo el mundo con su fabulosa manera de tocar.

—Yo aprendí a tocar en el campo, con Narcisco. Narcisco Martínez, ‘el Huracán del Valle’, fue el iniciador, el que inició la música de ‘conjunto’. Mira, la verdad es que antes de la segunda guerra mundial no había nada, unos tíos tocando juntos, toda esa basura mexicana de siempre, el mariachi... Llegó Narcisco, llegué yo, y enseguida, después de la guerra, surgieron cuatro o cinco ‘conjuntos’ buenos: yo, Narcisco, Pedro Ayala,

José Rodríguez, Santiago Jiménez, Jesús Casiano. Me encantaba a mí aquella música. Al principio era sólo un acordeoncito de una fila, quizás otro instrumento, lo que hubiera; después pasamos a los de dos filas y añadimos el ‘bajo sexto’, y con sólo esos dos instrumentos ya hacíamos buena música para bailar. Yo tuve uno al que llamábamos Charro porque siempre llevaba un sombrero Stetson, que tocaba el ‘bajo sexto’ conmigo antes de nacer Crescencio, el pobre Chenchó, un hombre mayor, muy estricto en su manera de ser. Bueno, él no era capaz de sentir realmente la música que yo intentaba tocar, y nos peleamos porque en aquella época yo bebía mucho. Entonces fue cuando metí un ‘tololoche: ¡ay Dios’, qué bonito suena ese instrumento con el acordeón!

—Yo prefiero el bajo eléctrico. Les hace bailar. La batería también les pone en movimiento.

—Sí, los jóvenes de ahora os reís de cómo tocábamos, pero hay que recordar para quién era esa música de entonces, de dónde salía. Salía de la gente pobre, que no tenía dinero para baterías complicadas ni instrumentos eléctricos; caso de que ya se hubieran inventado, había que tener electricidad para tocarlos. ¿Y quién tenía electricidad en los años treinta? De modo que tocábamos con la mano izquierda, tocábamos el bajo. Narciso decía que «‘el conjunto era pa’ la gente pobre’», y sabía lo que decía. Y sabía lo que era ser pobre; él conducía un camión y trabajó en el campo la mayor parte de su vida. Ahí era donde se hacía esa música, en el campo. Y por supuesto, ya sabes que mucha gente despreciaba el ‘conjunto’: tu madre, sin ir más lejos.

No, dijo cuando Baby le preguntó, a él nunca le había apetecido tocar el acordeón-piano, con aquella fila horrorosa de teclas como dientes: un instrumento que respiraba y tenía dientes, que hacía que la mano humana pareciera un animalito que iba pisando.

Baby alzó la vista a las hileras de chiles, las primeras vainas pequeñas enroscadas bajo las hojas y las flores blancas que atraían a las abejas. ¿Por qué hablaba tanto el viejo?

—Ahora se está popularizando esa música, nuestra música, ¿y sabes por qué? Los ‘tejanos’ la llevaron por los algodones a todo el país, hasta los campos de remolacha de Oregón y de todas partes; sí, bailaban los sábados por la noche, aunque sólo fuera por poder enderezarse alguna vez. Yo recuerdo muy bien aquellos bailes. Tocábamos todos en el circuito del taco.

Casi todos trabajábamos también en el campo durante la semana. Tenías que taparte la boca y la nariz con un pañuelo por el polvo, los bailarines levantaban muchísimo polvo. Sobre eso hizo Narcisco una polca, «La polvareda». La tengo en el disco viejo; la has oído. El acordeón era muy natural; era un pequeño amigo. Pequeño y fácil de transportar, fácil de tocar, y sonoro, y capaz de hacer los bajos y la melodía. Solamente el acordeón sin más y ya tienes un baile. Es el mejor instrumento que existe en el mundo para bailar, el mejor para la voz humana. Esta música, este instrumento; vuestra madre —escupió—, vuestra madre quiere haceros ‘bolillos’ de imitación, lameculos anglos. Tú no serás nunca como ellos, no puedes. Tú te aprendes un millón de palabras de americano, ¿y qué? Te seguirán dando patadas en la cara. —Cogió a Baby de la mano derecha, le hizo extender el sudoroso brazo, la piel morena tensa sobre los músculos. Piel morena como barnizada con té fuerte—. Pero no esperes ganarte la vida con la música, tocando el acordeón. No es posible, ni aunque sólo tocaras música americana. Ésa es la tragedia de mi vida. —Extendió sus propias manos, con los dedos abiertos.

El hijo Baby, aquel cultivador tardío de chiles durante el día, acordeonista a tiempo parcial por la noche, vivía sin rumbo. En los fines de semana tocaba en bailes con Chris, mayormente ‘rancheras’ y polcas; hacían la clásica armonía en dos partes, ‘primera y segunda’, la voz de Baby, una voz de tenor áspera que era capaz de elevarse a un falsete trémulo e incandescente, la de Chris con una espesa nasalidad que daba sustancia y riqueza al sonido. Sus grandes días venían en octubre, sobre todo el Día de la Raza. Se separaron de Abelardo porque había demasiados bailes para malgastar tres acordeones en un mismo sitio. Los bailes eran agotadores; la tensión de tocar y las luces, el sudor y el calor y la sed, el ruido como un diluvio, y siempre una mesa de matones esperando a Chris, de bocas que se abrían con ‘el grito’, «¡Ah-jai-JAI!», cuando Chris subía a cantar.

Aunque tantos se pasaran al sonido de las grandes bandas y la extraña fusión híbrida de *jazz*, rumba y *swing*, prefiriendo el «Marijuana Boogie», el sonido latino de Los Ángeles, a «La barca de oro», había un público que apreciaba su música, que le daba valor. Estos nuevos, muchos de ellos veteranos de la guerra de Corea, algunos estudiantes universitarios, hicieron

suyo el ‘conjunto’, como música no para bailar sino para escuchar. Tenía un significado que iba más allá.

—Escuchan —decía Chris— no porque seamos buenos, aunque somos buenos, sino porque somos suyos. Es una cosa distinta a limitarse a brincar en la mierda hasta caerse. —Pero los pisaverdes les abucheaban y se volvían locos por la cosa latino-mexicana, la ‘música tropical’, una especie de *swing* caliente, alborotado.

Chris tenía pequeños problemas constantemente. Tocaba medio oculto detrás de Baby porque alguien le andaba buscando; siempre estaba tonteando con la mujer de alguien en el aparcamiento, y cuando acababa el descanso había muchas veces que no venía y Baby tenía que empezar sin él, de modo que se acostumbró a ser el único acordeón y empezó a tocar alguna de sus propias canciones. «Tu camión viejo y mi coche nuevo» era famosa, y también «Yo no sabía que había otra puerta».

Chris bebía. Se metía en peleas. Fue detenido, tres, cinco veces. Le pegaron, en la comisaría o de camino. Corrieron habladurías. Llevaba una pistola en el bolsillo. Estaba enredado con los Róbelos. Un día su amigo Venas apareció muerto a palos y envuelto en una alfombra mugrienta.

Dos hijos así, ¿qué clase de camino podían abrirse en el mundo? Chris tenía lo del taxi y se pasaba fuera toda la noche, noche tras noche, trabajara o no. La mitad de las veces no se presentaba cuando tenían que tocar.

## Conversión

El cambio fue súbito. En 1952 Chris aceptó la retorcida religión del Prodigio de Yavé para casarse con Lorraine Leak, la hija de aquellos misioneros que durante muchos años habían visitado a los Relámpagos con la cantinela de «y el Señor dijo» y «Jesús nos dice». Chris tenía veinticuatro años. La hija de los misioneros. Lorraine, una devota rubia lavada de cara carnosa, hablaba con palabritas inaudibles. Sus ya canosos padres se llevaron un disgusto; pero, pillados en la trampa de sus sermones sobre la fraternidad —que jamás imaginaron que pudieran rebotar de esa manera— aguantaron en silencio la ceremonia, y no estuvieron presentes en la fiesta



que dieron Abelardo y Adina. Y más les valió, porque Abelardo bebió lo bastante para soltarle en público un discurso a Adina.

—Ya ves, tú entraste en su religión hace mucho, y ahora Chris hace lo mismo, así que sois de la misma religión que el señor Leak, ¿no? Y sin embargo él se considera superior a vosotros, él y su mujer y sus hijas de ojos de conejo. ¿Qué puede salir de este matrimonio?

Chris se afeitó el bigote, se rapó el pelo, dejó a los amigos de antes. Se alejó de la bebida y del tabaco, y a menudo se le veía juntar las manos, agachar la cabeza y mover los labios en silencio.

Lo que no cambió fue su manera, sonora y hueca, de reír. Él y Lorraine venían de visita los domingos por la tarde. Lorraine, sentada como una boba en el sofá frente al televisor Sears Roebuck de escuálidas orejas, le daba el pecho al niño. Qué sinsorga, pensaba Adina.

Chris estaba sentado en la barandilla del porche, con una pierna colgando y el otro pie apoyado en el suelo. Miró a Baby, que seguía viviendo con los padres, con la cara de zorro que ponía cada vez que iba a zafarse de algo.

—¿Qué pasa? —dijo Baby—. Algo traes entre manos. ¿Te has echado una amiguita y quieres que le diga a Lorraine que te has tenido que ir del pueblo?

Chris había engordado; la cara lampiña se le había puesto como un globo. Como siempre, según él, echaba de menos el cigarrillo, comía cuantos comistrajos se le ponían a tiro, burritos, tacos, hamburguesas, Pepsis. El taxi daba hambre pero no permitía hacer nada de ejercicio. El asiento delantero crujía de bolsas de papel y envolturas de celofán.

—Tú no cambias, sigues con la misma lengua sucia. No, no se trata de ninguna amiguita. Es que ya no puedo tocar en bailes ni en clubes. Va en contra de mi religión, ahora, y mi familia política lo ve mal. Así que me paso al órgano, a tocar en celebraciones, ¿sabes? Himnos. Música religiosa. Quiero decir que ahora conozco a Jesús, y ahí es donde voy a dirigir mi música. Yo era un bala perdida, pero ahora intento ser mejor. Me parece que desde ahora los Relámpagos vais a ser tú y el viejo.

Dentro se oía llorar al niño.

—¿No piensas hacer la grabación con nosotros? Hace meses que se acordó. Al viejo no le gustará. Seguramente perderíamos el contrato; las dos canciones de Bernal hay que hacerlas a tres.

—Tendrá que aceptar que mi vida ha cambiado.

—Bueno, tú haz lo que creas que tienes que hacer. ¿Sigues con el maldito taxi?

Sí, respondió Chris, seguía con el taxi.

—Debe de ser un buen trabajo, para haberte agenciado esa furgoneta. — Y señaló a la calle, donde relucía la nueva furgoneta *beige*.

—¿Qué intentas decir con eso? ¿Estás diciendo algo? —Y puso cara de tortuga.

—No, hombre, nada. No era más que una pregunta, joder.

—Todo va mal. Así que calla la boca.

Así fue *como* Baby supo que Chris mentía con lo de Jesús, y que allí había gato encerrado.

## Un hijo pródigo

Baby dejó atrás el fracaso de los chiles. Salió de aquello sin la menor idea de qué hacer a continuación salvo chapuzas, sacar algún dinerillo los fines de semana tocando lo que fuera, mambos, cha-cha-chás, tex-mex, polcas, ‘danzones’ cubanos, hasta *swing*. Se presentó para una plaza de conductor de autobús. A ratos parecía un trabajo estupendo, el gran autobús, el bonito uniforme, todo el aire fresco que quisiera, la oportunidad de mirar a cientos de chicas. Los conductores de autobús eran famosos por sus ligues. Pero no hubo nada que hacer. La compañía sólo contrataba a anglos. Baby no estaba dispuesto a volver a la escuela, y odiaba a los que volvían de la universidad mirando a su alrededor como si sintieran mal olor, abreviando la visita porque no podían esperar a reintegrarse al mundo donde con tanto empeño querían meterse, aguantando los chistecillos que se hacían a sus espaldas. Recordaba que cuando era niño había acariciado ideas secretas de ser arquitecto, preguntándose por dónde empezar, cómo hacerse una persona cuyas ideas se convertían en edificios. No lamentaba haber abandonado los estudios.

Pintó una especie de mural en la delantera de la caravana, intentando meter a todos los grandes acordeonistas del pasado según las fotos que tenía su padre, con Abelardo en la posición central y Narcisco Martínez

sonriendo por encima de su hombro. Las cabezas, desconectadas, con la boca rígida y los ojos muy abiertos, flotaban en el aire, unas en lo alto como globos de gas, otras cerca del suelo.

Baby parecía inmune al amor duradero. Su especialidad eran los enamoramientos fugaces de un par de días; después perdía el interés. Tras aquellas pequeñas rupturas tocaba como un poseso, acelerando la música como si pretendiera dejar atrás a los otros ejecutantes. En esos momentos le atraían las disonancias rabiosas. Las mujeres andaban siempre detrás de él, y entre sí cuchicheaban que tenía poderes, que su cuerpo era como un hierro candente sacado de las brasas. «¡Ay Señor, me quemó la boca, me dejó una marca que me corría toda por delante, el pecho, el brazo, la tripa y la pierna!». Risas ahogadas y preguntas sobre regiones más íntimas. Baby podía tener a la que quisiera y no quería a ninguna en particular. Aunque jamás perdía el control, se le temía. Se recordaba que de niño siempre tenía las manos calientes, el tacto febril. Se decía que si abofeteaba a alguien con ira se le pegaba a los dedos la piel del agredido.

## **Lo bien hecho**

Y un día, como el viajero que de pronto se percata de que el sol declina por el oeste, de que la luz se condensa en un par de horas de crepúsculo, decidió casarse, y en un abrir y cerrar de ojos escogió a una de las primeras mujeres que pasaron por su lado, Rita Sánchez, licenciada por la Universidad de Austin, profesora, muy metida en la nueva política y el activismo comunitario, ya conocida como una mujer fuerte que luchaba por la extensión del alcantarillado hasta la ‘colonia’ del sudeste de Hornet, un lugar de pesadilla cuyos residentes eran en su mayoría pobres ‘mojados’ que habían cruzado el río precariamente y ahora padecían enfermedades insólitas, lepra, peste bubónica, tuberculosis; y de quienes se decía que se alimentaban de los animales muertos que las mujeres recogían en la carretera, precipitándose en mitad del tráfico por la carne aplastada.

Baby la preñó en la noche de bodas, y su vida se encarriló en el antiguo carril humano de la procreación, el trabajo, la cocina, las enfermedades de los niños y sus pequeños talentos y posibilidades. Por primera vez vio que

no era distinto de los demás. Su hija nació con unas marcas como puntas de flecha rojas en la ingle, la axila y el cuello. Al año siguiente nació un niño, un día después de la muerte de Stalin (todos los periódicos decían en letras gordas ‘JOSÉ STALIN HA MUERTO’), y le pusieron Narcisco, en honor al amigo de juventud de Abelardo. Rita empezó a retirarse de sus actividades comunitarias, dimitió de los comités uno por uno. Sus hijos la acaparaban.

Sin saber por qué, a raíz de su matrimonio las habilidades musicales de Baby aumentaron de un modo espectacular.

—Eso es porque no malgastas la energía pensando dónde te lo van a dar —dijo Abelardo. Iba con frecuencia a casa de Baby, a cualquier hora; gozaba de la taza de café mañanera bajo nubes del color de las huevas de salmón, se paseaba criticando la albahaca de Rita, que estaba llena de escarabajitos, con el olor del calor de la víspera todavía suspendido en el aire quieto. En la parte de atrás habían hecho un minúsculo patio. Rita plantó un árbol y lo regaba, y ya estaba crecido como para dar un poquito de sombra. Las raíces iban levantando el piso de adobe, y los niños se caían mucho al correr por allí.

—Tú podrías ser muy bueno, te lo digo yo. Famoso. Tienes madera.

—¿Sí? ¿Y cambiar de nombre, como cambió Andrés Rábago a Andy Russell? ¿Y Danny Flores a Chuck Rió? ¿Como Richard Valenzuela a Ritchie Valens? Quitá, quitá.

Ahora Baby comprendía la grandeza de su padre sin celos ni envidia. Veía su inventiva, su lugar en la historia de la música. Ahora cuando cantaban juntos sentía que su voz abrazaba la de su padre, una especie de matrimonio sin sexo, como dos corrientes de agua que se juntan. Juntos estaban en una coincidencia que ni siquiera los amantes podían conocer, como las sombras de dos pájaros que volando a diferente altura cruzan el suelo tocándose.

También abrazaba el acordeón de verdad, apretándoselo contra el pecho de manera que la respiración del instrumento gobernase la suya, que su resonancia hiciera vibrar su carne. Tenía muchos acordeones; parecían venirle a las manos como perros perdidos. En una ciudad extraña se le acercaba alguien entre bastidores con uno viejo, se lo ofrecía en venta o se lo regalaba. Cada regreso a Texas traían consigo a casa un acordeón extraño. Y en casa Baby se ponía con él, lo tocaba, descubría sus pequeños secretos, se lo acercaba a la piel sensible de la papada para detectar escapes

de aire, aprendía su voz y sus particularidades, lo afinaba a su gusto. Abelardo no le dejaba nunca tocar el viejo acordeón verde.

«Los dos ojos de una cara», llamaban al padre y al hijo. Fue entonces cuando el público les abrumó con su admiración, envolviéndoles en oleadas de aplausos que no amainaban hasta verles adelantarse juntos sobre el escenario con el relumbre de los instrumentos sobre el pecho, hasta que abrían la boca y cantaban «*Yo soy dueño de mi corazón...*».

## **Araña, pícame**

Abelardo dormía y no sintió nada. La araña le picó y él siguió durmiendo, mientras sus pies hinchados se aliviaban con el reposo. Pero por la mañana se despertó, a la somera luz plateada que precede a la llegada del día, con una sensación espantosa. Junto a él respiraba su mujer, y su calor le atrajo a ella mientras un escalofrío le recorría la espalda. Notó que algo le hormigueaba en la ingle y se llevó allí la mano. La araña volvió a picar. Entonces Abelardo dio un salto y apartó la ropa de la cama, destapando a su mujer, con su camisón rosa desteñido, las piernas entrecruzadas y los brazos doblados. Vio a la parda reclusa correr sobre la sábana, por encima de una pierna de su mujer, y huir a las tinieblas de debajo de la cama.

El corazón le martilleaba. Le escocía en el cuello y en la ingle. Tenía unas ganas enormes de dormir, de estar a gusto arrimado a su tibia mujer en la mañana plateada, que ahora titilaba de azul.

—¿Qué pasa? —murmuró Adina.

—Una ‘araña’. Una araña que me ha picado. Se ha metido debajo de la cama.

Ya estaba ella de pie y en la puerta, con el pelo aplastado por un lado y levantado de punta por el otro.

—¿La araña parda?

—Creo que sí. —Se volvió para mirarse la ingle, con los absurdos pelos largos cayéndole sobre los hombros. Se palpó el cuello.

—Creo que me ha picado en dos sitios. No sé cómo la vas a encontrar, pero está ahí debajo de la cama.

Ella se fue a la cocina y sacó el insecticida de debajo del fregadero.

—Deja eso ahora —ordenó él—. Dame un café. ¡Ay, ay, mira que pasarme esto! —Y se vistió, sacudiendo antes la ropa por si había más arañas.

Se sentó en la silla de la cocina a tomar el café, y le empezó la náusea, muy fuerte.

Todo el día estuvo vomitando, todo el día con una diarrea que era un chorro verde y ardiente; una fiebre abrasadora se le mezclaba con el olor del insecticida, le castañeteaban los dientes, se helaba. Tenía unas ganas enormes de tumbarse en la cama y dormir, pero temía a la araña. En cualquier caso, era mejor tumbarse en el sofá para estar cerca del baño. Gracias a Dios que había baño, no como en el viejo sitio de los Relámpagos o en las fétidas ‘colonias’ donde el suelo supuraba. Se alegró de no tener que correr por el barro hasta la letrina, con retortijones y el estómago en la campanilla. Los autobuses rugían.

A mediodía su mujer llamó a un taxi para que les llevara a la clínica.

—Te darán algo —murmuró.

Él no estaba en condiciones de discutir. En la clínica se sentaron uno al lado del otro, en asientos de plástico roto. Adina rellenó los complicados impresos. La sala estaba atestada de gente que se quejaba, niños que tosían, una anciana que continuamente se pasaba la mano por la frente como para ahuyentar un dolor cercano a la superficie, un muchacho demacrado. Y más gente que entraba a borbotones, apoyándose en las paredes, o se quedaban acucillados o sentados en el suelo.

—Menos mal que hemos encontrado asiento —dijo Adina. Abelardo, con la cabeza apoyada en la pared, no decía nada; pero por dos veces tuvo que ir dando traspiés al lavabo, que tenía una puerta de contrachapado. Desde la sala de espera se le oían las arcadas. Al salir traía el pelo colgando, y a pesar de estar tan mal intentaba ponérselo en su sitio.

Esperaron dos horas. Llegaba más gente, pero no parecía salir nadie. Por fin Adina se acercó a la mampara de vidrio esmerilado y llamó con los nudillos hasta que la recepcionista anglo se asomó con una mirada pálida y furiosa.

—¿Aún tenemos que esperar mucho? Mi marido se encuentra muy mal.

—Sí, aún puede pasar un buen rato. El doctor tiene una reunión en el hospital. Si pidieran ustedes cita en vez de venir así de golpe, en vez de presentarse sin hora.

Adina volvió junto a Abelardo. En su silla se había sentado una mujer de mirada apagada con un niño que no se movía. Adina se inclinó para hablarle en voz baja.

—El médico no ha llegado aún. Dice que puede tardar bastante rato.

—Llévame a casa.

Se acostó en el sofá y cerró los ojos frente a la monótona cantinela de la televisión. No podía tragar nada. Adina habló con un par de vecinas; con la vieja María, doblada y surcada de arrugas pero todavía fuerte, que le dijo:

—Es de vergüenza. Deberías haberle llevado al otro lado del río, a los médicos mexicanos. Allá son muy buenos, y te tratan con una amabilidad que te hace sentirte mejor. No te hacen esperar mil años.

Y lo mejor es que te cobran sólo veinte dólares por la visita. En la clínica son ochenta. Las medicinas, las mismas medicinas que compras del lado de acá, el mismo envase y todo, allá pagas sólo cinco o seis dólares por lo que aquí te cuesta cien. La mujer de mi hijo me enseñó a mí todo eso. Nosotros siempre que estamos enfermos vamos al otro lado del río, y mi consejo es que le lleves allá inmediatamente.

Mara, que trabajaba en la oficina de Acción Vecinal, una titulada universitaria que llevaba faldas largas, y un rebozo colgante que se le enganchaba en las puertas, y los pies sólo con sandalias y enseñando las uñas amarillas, sin pintar, también le dijo que había hecho mal:

—Deberíais haber ido a la ‘curandera’, a la Ochoa. Yo le he visto sanar a personas que estaban verdaderamente mal y que los médicos no podían ni tocar. La verdad es que hay algo en eso.

Llamó a Chris, pero Lorraine dijo que estaba fuera y no sabía dónde, que a lo mejor estaba fuera otra semana, ella no sabía. Se la oía como si tuviera mal la garganta, forzando la voz. Al fondo Adina oyó la voz rasposa de la señora Leak preguntando: «¿Quién es? ¿Es él?».

Esa noche empezaron las convulsiones. Cada ataque venía precedido por una sensación ominosa de algo oscuro y pesado, como una locomotora, que se abalanzaba hacia él. Se incorporó, tratando de hacerse fuerte contra aquellas acometidas; se pasó la noche incorporado y solo, porque su mujer yacía en la cama, en medio de una nube de insecticida.

Le entró una rigidez en la parte baja de la espalda. Las piernas le empezaron primero a temblar, y luego a bailar arriba y abajo en contra de su voluntad. Se le atenazó la mandíbula; le acometieron unos temblores finos

como la vibración de un diapasón. Vibraba cada vez más fuerte, con un temblor que irradiaba desde el agarrotamiento de la espalda, hasta que sintió que el cuerpo le sonaba, que daba una nota baja y sorda. La mandíbula inferior le repicaba más deprisa que unas castañuelas. Le pareció estar en una oscuridad roja y se cayó al suelo, con las piernas dando sacudidas. Al cabo de un minuto se le pasó el ataque y se levantó jadeando, y volvió a sentarse en el sofá.

Una vez y otra le acometió el ataque, siempre precedido por una ráfaga de terror. Se le encogió el pecho y se le hizo difícil respirar. Se consumía; el estómago se le había contraído al tamaño de una manzana.

Pero a la segunda mañana estaba un poco mejor, aunque con la cara de un color repugnante de café viejo con leche desnatada. Se levantó vacilando del sofá para tomar el tazoncillo de arroz que le había preparado Adina. El olor dulzón le dio asco, y otra vez le entraron las arcadas, y su cuerpo se dobló en apretones secos y dolorosos.

—Acuéstate, Abelardo. He rociado y he vuelto a rociar todos los listones y las junturas de la cama, y lo he ventilado todo. No hay araña que pueda resistir eso. Si yo he podido dormir en la cama anoche, tú puedes acostarte ahí ahora. Necesitas descanso.

Tambaleándose, jadeando, se dejó conducir al dormitorio. Los pelos largos le caían cada uno por su lado y ni se dio cuenta. Ella le quitó la bata manchada y le pasó la esponja con agua tibia y jabón perfumado. ¡Cómo agradeció la toalla húmeda su cuerpo ardiente y reseco! Adina se asustó al ver lo que había adelgazado en dos días. Él, que era hombre púdico, se tapaba la ingle inflamada con la toalla, pero ella entrevió la hinchazón roja y supurante que tenía allí como en el cuello. Descolgó su camisa de dormir del gancho de detrás de la puerta, le hizo levantarse, se la vistió por la cabeza. Abrió la cama. Él se tambaleó y medio se cayó sobre la blanca sábana. Su mujer salió de la habitación.

Notó la habitación caliente y como llena de luz abrasadora, luego fría y barrida por un vendaval. Le dolían los ojos. Movié las piernas, que le temblaban; se dio media vuelta sobre el costado, y, en la manga de la camisa, la perseguida reclusa parda, oprimida por la tela al tensarse, picó otra vez.

—Juan —dijo él claramente—. ¡Juan Villareal! Voy a tocar «Pícame, araña» como nadie lo ha tocado hasta ahora. Mira que no te lo digo en



broma. ¡Hay que tocarlo con crueldad!

Y pugnó por levantarse para ir por su acordeón. En pie junto a la cama, se tambaleó. La araña lesionada cayó de la camisa y se metió cojeando en una rendija del suelo.

Por un instante Abelardo se sintió muy bien, lleno de energía y alegría juveniles. Cantó mentalmente. «*Hoy me siento vivo, me siento importante...*» No le sorprendió descubrir que no hacía falta acordeón para tocarlo. El divertido ‘huapango’ de la araña bailona llenaba su espíritu, pero tocó las notas muy, muy deprisa, cuchilladas de sonido malignas, mordientes. Antes de llegar a la parte donde el acordeón callaba para el solo de guitarra, se desplomó sobre el suelo y ése fue más o menos el fin.

## *El Diablo*

Hubo cientos de personas en el entierro. Fue necesario alquilar un acordeón negro de funerales, aunque Baby tuvo que ir a Houston para encontrarlo, con un rótulo en plata que decía *El Diablo*. Tocó sin parar junto a la sepultura, todas las canciones y las melodías que su padre había compuesto. La tarde avanzaba y la gente empezó a inquietarse, a cambiar de un pie al otro, pensando que al fin y al cabo no se trataba de morirse todos con el cadáver. Pero Baby siguió tocando, ‘redovas, rancheras’, polcas, valeses, ‘canciones’, desplegando los tesoros en que su padre había convertido su vida. Sin embargo tocaba con alegría, porque era como si de su propia vida se hubiera ido cierto peso.

Después de que devolviera *El Diablo* a la tienda de música, el dependiente (que más tarde inventó el eslogan «El acordeón: educación musical en una caja») observó que los botones parecían chamuscados.

(Una generación más tarde, un reactor de la Fuerza Aérea se estrelló en el cementerio, matando a las seis personas que iban a bordo y al anciano empleado de mantenimiento que segaba el césped. La caída del aparato destruyó más de novecientas lápidas, entre ellas la de granito rojo de Abelardo Relámpago, «‘Un gran artista’», y su fotografía entintada a mano saltó al romperse el cerco de cristal que la envolvía).

## La captura de un camello

Era bueno, dijo Adina, que Abelardo se hubiera muerto, que no hubiera vivido para ver lo que contó el periódico bajo el titular «Hijo de músico y miembro de un ‘conjunto’, apresado en una redada antidroga», ni la foto de primera plana donde Chris parecía un galápagos furioso con esposas.

Le detuvieron de la manera más tonta, al cruzar el puente y pasar el control fronterizo de Weevil a las diez de la mañana, al volante de la furgoneta, con Lorraine a su lado y los chicos detrás. El control estaba concurrido, probablemente contaba con eso, pensó Baby, y la fila rebasaba despacio el islote ajardinado de flores alegres donde una mujer latina regaba con una manguera verde.

El agente del Servicio de Aduanas estadounidense, un joven anglo con pelo rojo muy corto, la cara salpicada de pecas y los ojos como vidrio de botella, con una camiseta blanca asomando por la abertura de la camisa, dio una vuelta alrededor de la furgoneta, miró a Lorraine, miró a Chris. Se dirigió a Lorraine.

—¿Su relación con el conductor?

—Es mi marido.

—Es su marido. ¿Estos niños son sus hijos?

—Sí.

—Él es el padre y usted es la madre, ¿no es eso?

—Sí.

Un músculo saltaba en la mandíbula de Chris, pero sus manos estaban relajadas y sueltas sobre el volante. El agente volvió a contornear la furgoneta, se agachó, miró debajo. Golpeó con los nudillos los tanques de propano de atrás. Otra vez. Giró la válvula. El gas escapó silbando. Volvió a cerrar la válvula, vino por el lado del conductor.

—¿Entiende usted el inglés, amigo?

—Por supuesto. —Intentaría no perderlo. Iba a ser difícil.

—¿Ve donde está el puesto de inspección? Arrímese. Quiero echar una ojeada atrás, ver su equipaje.

Chris respiró un poco. A lo mejor no pasaba nada.

Pero por todas partes les rodearon agentes, les hicieron salir de la furgoneta y les empujaron hacia la puerta del puesto, y por la manera en que aquella pareja se fue derecho a los tanques de propano supo que no había

salida. Era una idiotez pero intentó escapar, saltó sobre las flores, los pies se le hundieron en la tierra blanda. La mujer de la manguera la recogió en una lazada, se la lanzó y le hizo caer entre las plantas, toda la cara llena de barro, cazado con una manguera de jardín.

## **La venganza de un padre**

Fue el principio. Siete meses después, el primer día de la vista, en el vestíbulo del Palacio de Justicia, una extraña figura salió corriendo de los lavabos al pasillo: el demacrado y tembloroso Darren Leak, empuñando la pistola del treinta y ocho que Chris había llevado debajo del asiento de su taxi. Silbido de balas y rebote en paredes de mármol, ecos multiplicándose en una andanada ensordecedora.

Un hombre que estaba en una cabina telefónica al final del vestíbulo daba alaridos. El abogado de Chris despatarrado en el suelo de mármol mugriento, con una pierna moviéndose como la pata de un perro que sueña, las gafas enredadas en el pelo, un abanico de papeles en torno a la cabeza, absorbiendo sangre por los bordes. Un hombre luchaba con la puerta de la sala del tribunal como si sostuviera un gran peso. Chris se agazapó contra la pared, con una rodilla en alto, mirando a su suegro con ojos extraviados.

—¡Sucio cerdo mexicano! —gritó Darren Leak—. ¡Te abrimos las puertas de nuestra iglesia y de nuestra familia! ¡Te acercaste a nuestra hija y la conociste! ¡Mezclaste tu sucia sangre con la nuestra! ¡Mentías, escondías bajo el nombre de Jesús tu perverso tráfico de drogas! ¡Cada una de tus acciones era una mentira y una blasfemia ante Dios!

Se puso a bramar palabras inarticuladas como un toro encelado en primavera, rugidos guturales que acababan en chillidos, tras apuntar con la pistola a Chris disparó; la bala atravesó la mandíbula, la lengua y la columna vertebral, lacerando el cerebro con astillas de las muelas destrozadas. Leak dijo «Padre nuestro», se apretó la boca del cañón contra el pecho y se reventó el corazón.

## La mano ardiente

Baby Relámpago ‘y su conjunto’. Más conocido como Baby Lightning. Su voz tenía un color apasionado, su falsete subía ingravido como se eleva un halcón llevado por una corriente. Su rostro sonreía en los carteles. Era muy conocido en el sudoeste, y había tocado en Chicago, Canadá, Nueva York. Él decía siempre Nueva York aunque había sido sólo en Albany, ante un público irlandés insensible. «En concierto», decían los carteles. Había tocado en la Convención Nacional Demócrata, había grabado más de veinte discos. *Los Ilegales* se vendía bien en San Diego. Hacía, ni se sabía, setenta, ochenta actuaciones al año, siempre para un público sentado (ya no más bailes); aguantaba la vida de giras hasta que se agotaba y se volvía a su casa de San Antonio, donde ahora vivía.

No viajaba en avión por un sueño que había tenido. Soñó que se precipitaba del cielo, desnudo, hacia un campo de piedras. En ese campo, unos trabajadores que estaban llenando cestos de piedrecitas se enderezaban y miraban al cielo al oír su voz. Aún llevaba un acordeón en las manos, el pequeño acordeón verde de su padre, con los botones gastados con la huella de los dedos del viejo, y el viento al henchir con fuerza el fuelle roto hacía un sonido extraordinario, vastos cordajes de música disonante que se veían, serpeando a través de las nubes en hebras negras y purpúreas como manojos de crin engomada. Los trabajadores echaron a correr hacia el horizonte, y él entendió que no querían ensuciarse con los fragmentos de su cuerpo cuando diera en tierra.

Era 1955 y tenían un compromiso en Minneapolis, un concierto para una cosa que se llamaba Mardi Gras Up North, Carnaval en el Norte. El local le produjo mal sabor. El escaso público sólo respondía a canciones estúpidas como «La cucaracha» y «La danza del sombrero mexicano».

(Cuarenta años más tarde una multitud que se mecía en olas llenó el auditorio del mismo teatro, con silbidos y vocerío para el hirviente grupo de ‘cumbia’ colombiana Sonora Dinamita, Gilberto Gil, Flaco y Santiago Jiménez, Jr., Esteban Jordán, Fred Zimmerle, en el Concierto del Legado Cultural Hispánico en beneficio de los latinos víctimas del sida). Acabado el espectáculo, en el sucio camerino, se oía la salida del público, un palabreo que iba en disminución como si una horda cayera por un embudo, y alguien silbaba «Tres monedas en la fuente», equivocándose; olía a laca

de pelo y naftalina y bombillas recalentadas y conexiones eléctricas. Isidro y Michael, sin hablar apenas, embalaban los instrumentos. Baby sabía que tenían la esperanza de pernoctar allí, y ahorrarse el viaje de mil seiscientos kilómetros hasta Texas, frente a las luces cegadoras de los camiones, apretujados en el coche, con escozor de ojos, entre bostezos y paradas para tomar café, e Isidro diciendo: «Dos horas y cuarenta minutos, ‘hombre’, ya estaríamos en tierra».

Estaban en el camerino. La organizadora, una mujer corpulenta vestida de rayón azul, no les había traído el cheque. Baby estaba listo; tenía guardados los dos acordeones (usaba el verde viejo de Abelardo para algunas piezas tradicionales); se había puesto unos pantalones sueltos y una camisa polo para ir cómodo en el largo viaje. El ‘bajo sexto’ apuraba una Coca-Cola. Vio en la puerta el vestido azul y alzó los ojos sonriendo, contento de recibir el cheque y marcharse.

—Hola, Baby —dijo ella.

Él se quedó confuso. La voz la conocía, pero ¿dónde estaba el cheque? Era otra mujer.

—Soy Betty. Félida. Tu hermana. —Y le tendió unos largos brazos azules.

Él recordó; era la voz, la impaciencia de acento como la voz de Adina. Su hermana. La miró; seguía siendo muy joven pero no guapa, ancha de caderas, con el pelo negro rebuscadamente trenzado y retorcido en una corona, las gafas con montura de plástico teñida de color carne, el vestido de falda larga, con una chillona cenefa dorada de arriba abajo, los zapatos de tacón alto y un bolso de cuero grande y chabacano.

Ya se había puesto gorda.

—¡Félida!

—¿No recibiste mi mensaje?

Él negó con la cabeza. No sabía si abrazarla o no. Ella bajó los brazos lentamente y los cruzó sobre el pecho. Se miraron azarados.

—Dejé un mensaje en la taquilla diciéndote que venía. Para invitarte a cenar y que conozcas a mi marido. Él también trabaja en la música. Tenemos muchas cosas que contarnos.

No podía negarse. Le dijo a Isidro que esperase a la mujer del cheque y buscara alojamiento en un hotel. Le dio dinero. Había que quedarse.

## Su hermana duerme con un italiano

El piso era pequeño, y los muebles estaban cubiertos con colchas multicolores y tapetes con flecos. En el cuarto de estar había un crucifijo sobre la pared y una fotografía ampliada de la bahía de Nápoles. El marido. Tony, quince años mayor que Félida, se levantó trabajosamente de una butaca marrón y ofreció una cerveza. Baby habría querido un *whisky* con agua. Tony dirigía una banda que hacía el circuito de los clubes; había conocido a Félida en una boda de polacos. Meneaba la cabeza cuadrada y plana, con el pelo negro azulado peinado recto hacia atrás, las espesas cejas en cresta sobre cuencas profundas, y sobre las cejas una frente de blancura arsenical. Los ojos no mostraban el menor reflejo de luz, de tan hundidos. Se movía con envaramiento. Baby pensó que parecía un criminal destinado a la silla eléctrica.

—Es una buena intérprete, tu hermana. Sabe imitarlo todo, es muy buena en la cosa étnica. Nosotros hacemos mucha cosa étnica. En bodas, aniversarios. No quieren oír melodías americanas. Nos llaman para reuniones de italianos, cosa griega espesa, reuniones hasídicas, polacos, húngaros, suecos; todos quieren algo étnico. Si intentas darles algo americano no te pagan; a mí un tipo llegó incluso a tirarme pan a la cabeza por tocar «Mi cielo azul». Ni hablar, no te admiten ni «Alexander's Ragtime Band».

La cena consistió en una carne fiambre a media temperatura, con una grasa blanca que se congelaba en el plato, una ensalada de zanahoria rallada y pasas, colines que chascaban entre los dientes como disparos de rifle, y una botella de vino tinto que ya del primer trago hizo que a Baby se le hinchara la nariz por dentro. Se comía sobre una mesa con tablero de cristal. Baby no podía evitar mirar a través de ella los muslos.

—Toma un poco más de carne. Baby.

El marido escanció vino y lo derramó sobre la mesa.

Era inquietante oír la voz recordada de su hermana, aunque más grave, saliendo de aquella mujer. Había allí algo de la voz de su madre, un ribete sarcástico, la manera de acabar las frases con desconsuelo.

El marido. Tony, la interrumpía a cada momento.

—Así que tú tocas el acordeón. Yo conozco el acordeón como si fuera mi madre. Yo también lo toco. Tengo un Stradella muy bonito. Si quieres un

buen acordeón, tiene que ser italiano. Son los mejores del mundo.

Baby se tomó la carne fiambre preguntándose cuándo podría escapar. Pero el marido no cejaba. Había apartado el plato y fumaba echando en él la ceniza. Era imposible hablarle a Félida de Chris o de su padre con aquel fantasma largando sin parar.

—¿Así que tú qué tocas? ¿Jazz? Yo no pude ir al concierto. —El marido.

—‘Conjunto’. Tex-mex.

—Música folk, ¿eh? ¡Étnica! Lo que te digo, es algo que hay que saber. Pero si lo que quieres es música bonita de acordeón, la italiana. Es la mejor del mundo. Jazz, clásica, popular, da lo mismo. La mejor. Mira, escucha esto. —Se dirigió a un mueblecito del cuarto de estar, abrió de par en par las puertas de un equipo de música barato, Sears pensó Baby, encendió los componentes, el sintonizador, el plato, ajustó los altavoces de alta fidelidad, y puso un disco tras otro, presentándole la música de Peppino, Beltrani, Marini.

Cuando se fue al cuarto de baño, dejando la puerta un poco abierta para no perderse una sola nota. Baby miró a Félida.

—Un italiano, y encima viejo. —Podía franquearse; al fin y al cabo era su hermana.

—¡Qué entenderás tú! Es buena persona. ¡En su casa no había de nada! Está orgulloso del tocadiscos.

—Y en la nuestra había de todo, claro. Tú eras joven, y en tu época era mejor. Tú no te acuerdas del suelo de tierra...; no, tú pillaste mejores tiempos.

Así empezó todo. Baby estaba demasiado unido a la dolorosa infancia de Félida, enemiga de su verdadero ser. Sonó la cisterna del retrete. Félida quería rebatir aquel juicio condenatorio de su marido. Quería que su hermano se fuera. Se arrepintió de haber ido a verle. En el plato de su hermano yacía una loncha de carne fiambre: le faltaba un poquito de una esquina, pero lo demás estaba intacto. Su ensalada soltaba un líquido amarillo.

—No has dicho ni media palabra sobre la familia. Me figuro que será mala señal. Por lo menos dime quién se ha muerto. ¿Nuestra madre?

—No he podido decir nada, con tu marido ahí y la música étnica. No. Mamá vive. Está enferma, tiene algo y no saben lo que es, tenemos miedo

de que sea cáncer, pero vive. Es la única que queda, contigo y conmigo. Le deberías haber escrito. Lo ha pasado muy mal, ha sufrido mucho. ¿Tú sabes lo de Chencho? Sí, claro. Eso fue antes de que te marcharas.

Fue solo cosa de un minuto, contar las muertes del padre y del hermano: una araña, un loco con una pistola.

Para ella no tenía gran importancia. Para ella estaban todos muertos desde sus catorce años. Lo preocupante era el hermano vivo sentado en el sofá, que movía la boca, que tamborileaba en sus rodillas con dedos teñidos de amarillo, que no disimulaba su fastidio ante la música italiana a todo volumen. Sentía una ruindad, una necesidad de herirle.

—¿Sabes una cosa? Tu música no ha cambiado. Tocas lo que tocaba nuestro padre, o por lo menos lo que tocabais tú y Chris hace montones de años, exactamente lo mismo, el ‘conjunto’ de antes. ¿No te aburre? ¿No te apetece meterte en lo nuevo? Quiero decir, ¿ensayar algo distinto para variar? Chuck Rió está haciendo *rock* ‘norteño’; seguro que has oído su «Corrido rock». Existe el *rhythm and blues*. El *jazz* latino. ¿Has llegado alguna vez a Los Ángeles? Ahí es donde se está haciendo ‘música’ de verdad. Tú estás estancado.

Él se sintió insultado y furioso, pero sonrió. ¿Su hermana no había sido siempre desagradable, una impertinente? Sintió una rabia que casi no le dejaba hablar. Pero se encogió de hombros.

—Ésa es mi música. Mi música, eso es lo que quieren oír y lo que yo toco. Tex-mex, ‘tejano’ con más garra, con más *country*, y el ‘conjunto’ tradicional que tocaba nuestro padre, ésa es mi música. —El dis-co de música italiana de acordeón llenaba de trémolos el cuarto—. Hay cantidad de músicos que ensayan cosas nuevas. Pero vuelven a lo antiguo también, van con el cántaro a la fuente.

Tenía la taza de café vacía. Esperaba que Félida se diera cuenta y la rellenase. Le temblaba la mano. Ella miró al otro extremo de la habitación, donde el marido venía del cuarto de baño subiéndose la cremallera de la bragueta. La habitación pareció llenarse de encono y de música italiana temblorosa. Baby dirigió la mirada al estuche de su acordeón, que estaba al lado de la puerta, con sus esquinas arañadas y sus pegatinas de festivales a medio despegar. Se levantó de la desfondada silla, cogió el acordeón, se dirigió resueltamente al equipo de música y quitó a los italianos. Su



hermana y su cuñado no supieron qué hacer; le atravesaban con la mirada, frunciendo el ceño.

Baby tenía un sentido para el silencio, para conducir a una nota no dada que el oyente anhelaba y tenía que acabar poniendo mentalmente, las frases detenidas como un aliento cortado, el final desvanecido o las notas sin apenas eco, la línea fina de un comienzo como el goteo incoloro que baña una peña en el monte pero acaba haciendo ondas continuas, una cascada, un remolino, resaca y escarceos. Aquel silencio hostil lo atacó con digitación enérgica y acelerada desde el principio, demasiado rápida para que tuviera sentido, una especie de ira que reventaba del instrumento. Tocó sin parar durante unos diez minutos, saltando entre una veintena de canciones, una frase o un motivo, introducciones y transiciones, octavas rotas, deslizando los dedos sobre los botones para el difícil pero bello efecto de *glissando*. De cuando en cuando alzaba la cabeza para mirar a su hermana y su cuñado desde el otro extremo de la habitación, y de golpe lo dejó.

—Y tú, ¿qué? —preguntó con sarcasmo—. Tú tocabas. Nuestro padre decía que eras el verdadero músico de la familia, quien tenía la auténtica alma mexicana. Pero eso fue antes de que te maldijera, antes de que te fueras de noche como una delincuente, antes de que le partieras el corazón a tu madre y volvieras la espalda a tu familia y tu gente. Antes de que aprendieras a ser italiana. ¿Todavía sabes tocar la música de tu gente? ¿O sólo la mierda del aceite de oliva?

Y le ofreció el acordeón con furia obsequiosa.

—¿Cómo te atreves? —dijo ella—. Sí, claro, debería haberme quedado, y jugar a la reina de los chiles hasta casarme con un jornalero chicano, tener quince hijos y hacer tortillas a mano tres veces al día, y agachar siempre la cabeza, y estar pendiente del mal de ojo, y dejarme las rodillas en las losas de la iglesia. ¿Me ofreces el acordeón?

Me sorprende. Tú sin duda creerás, como creía nuestro padre, que es un instrumento de hombres. Pues mira, yo creo que es un instrumento de hombres fracasados, de inmigrantes pobres y de inútiles. No era más que una niña, pero eso lo vi hace años. Lo vi antes de marcharme, nuestro padre el recogeplatos y su precioso acordeón verde, ése de ahí, y había que verle cómo se ponía, todo acalorado y sudoroso, y con aquel pelo ridículo, y cómo volvía borracho, un mexicano borracho, un recogeplatos con un acordeón, su momento de gloria, y cómo dejaba el acordeón colgando, con

el fuelle abierto, suelto de un extremo, y yo veía ese armatoste mohoso colgando y lo odiaba, y entonces supe que el acordeón era un instrumento de hombres y que lo tocan igual que folian. Como lo acabas de tocar tú. Yo decidí tocarlo como un instrumento musical. Y es verdad que sé tocar de todo. Yo no me estangué en el ‘conjunto’. ¡De todo! Yo no pierdo el tiempo con el acordeón de botones, que es un juguete malo para aficionados y borrachos. Yo toco el acordeón-piano y soy una profesional de la música como tú no la entenderás jamás, una artista responsable.

Él sintió una especie de horror.

—¡Qué puta te has vuelto! —exclamó.

—Oye, tú a Betty no le... —El marido puso las manos en los brazos del sillón.

—Tú te callas. —Baby se volvió a Félida—. El acordeón-piano da un sonido estúpido, prepotente; es un instrumento de payasos. Sí, te imagino los sábados por la noche, yendo de la manita con Don Batuta a las fiestas de cumpleaños de los judíos, con un hatajo de carcamales que no saben hacer el *do-re-mi*. «Cumpleaños polaco feliz...» —cantó en sarcástico falsete—. Una banda de viejos tocando antiguallas rancias. «Feliz tú, feliz yo, en un árbol la jodió».

—¡Qué hijo de puta, tú no sabes nada de eso! Yo me pasé años tocando con buenos músicos, trabajando como una negra, y era una cría, aprendiendo el instrumento; toqué durante muchos años en cuartetos, batería, acordeón, trompeta y alguien que pudiera hacer doblete con el clarinete y el saxofón, y éramos tan buenos que sonábamos como diez. *Ahí* te querría ver yo, cubriendo la música de siempre y lo latino y lo étnico y lo pop, sí, y el *swing* y el hot *jazz*, hasta el *hillbilly* y semiclásico, ibas a ver lo que durabas. A los cinco minutos estabas a cuatro patas con esa porquería de fuelle.

Mientras gritaba tiraba de una caja enorme para sacarla del armario de la entrada, una caja negra y pesada, y de su interior extrajo un gran acordeón cromado, que a Baby le pareció como hecho con el morro de un Buick.

—Hijo de puta —jadeó Félida—. Tú ni siquiera sabes que yo puedo sustituir a toda una sección de saxos. ¡Tú ni siquiera sabes que a pesar de casarme seguí con mi música!

Pasó los brazos por las correas y alzó el enorme instrumento. Mirando furiosa a Baby tocó. Él pensó que posiblemente haría un popurrí de exhibición, un revoltijo efectista lleno de gañidos y silbidos, un número de los de impresionar que convirtiera «Jarrita marrón» en «Tiqui tiqui» y acabara con «Bill Bailey, por qué no vuelves» o una melodía del teatro, pero su hermana le sorprendió. Clavando los ojos en el techo dijo: «‘Por Chenko, por Tomás, por papá Abelardo’», y cantó el desgarrador «Se me fue mi amor», que Carmen y Laura habían grabado el año antes de la guerra. Su técnica de control del fuelle era extraordinaria, con progresiones dramáticas y efectos de *sforzato* ahogados y explosivos. Félida arañaba, frotaba y golpeaba las teclas, pasaba el dorso de las uñas sobre los pliegues del fuelle. El acordeón producía la ilusión perfecta de estar apoyado por un ‘bajo sexto’ y un bajo, y también por un percusionista originalísimo, y de él salía la armonía conmovedora de la voz de la hermana ausente para entrelazarse y arder con el fuego dulce y lento de la voz triste de Félida.

—Es la música más hermosa del mundo —dijo ella y se metió en el cuarto de baño, donde sus sollozos resonaron en los azulejos.

—Tendrías que oír cómo toca «El vuelo del moscardón». Es fantástica —dijo el marido.

Baby devolvió al estuche el acordeón verde de Abelardo, miró al estúpido italiano y se marchó, dejando la puerta entreabierta como Richard Widmark, y la oyó cerrarse de un portazo mientras pulsaba el botón del ascensor.

En la calle dirigió sus pasos al lago, tiritando en el relente. Dos hombres caminaban por delante de él bajo las luces, pero giraron para entrar en un edificio. Una guitarra lejana, una frase de *blues*, el *but-tut-tut* de una batería, escapaban por una puerta abierta. Dirigió sus pasos al lago negro, oyó el líquido sufrimiento del agua. Imaginó los barcos que se apartaban en lenta marcha atrás del malecón. Al rato empezó a bostezar. Qué cansado estaba. Y aterido. Se apartó del agua, y al ver un taxi que se aproximaba, con el chivato amarillo y cálido en la calle norteña, alzó la mano y corrió hacia él.

—Al hotel Fortune. —Ay, que voz tan bellísima tenía, malgastada en un músico de banda italiana, pisoteada por aquel acordeonazo autoritario. Sus ojos se arrasaron en lágrimas.

En el vestíbulo del hotel se dio cuenta de que se había dejado el acordeón verde en el suelo del taxi. Se precipitó a la calle, pero el taxi se

había ido. Hizo una llamada tras otra, no, no se había fijado en el número ni en el nombre del taxista; no, no sabía qué empresa de taxis era, no se acordaba de nada más que del chivato amarillo y no era posible recuperarlo.

## **Un olor a quemado**

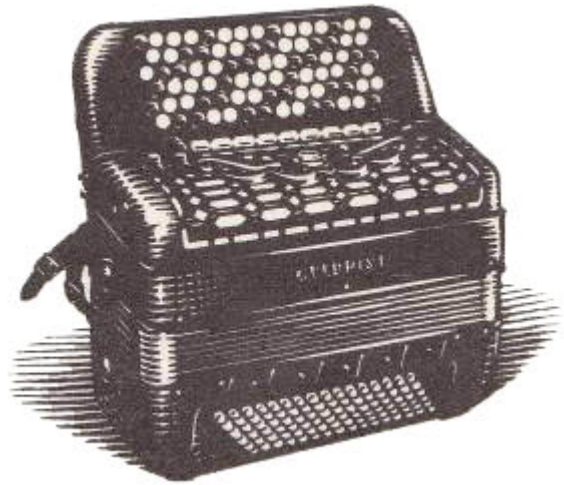
En el piso el agitado marido se paseaba arriba y abajo.

—Menudo gilipollas —dijo. Se rascó los brazos—. Huelo a quemado —dijo por fin.

—Es él. Siempre apestó a tagarnina y madera quemada.

Se echó a llorar; y cuando el viejo marido se le acercó con los brazos abiertos para consolarla, le apartó. ¡Un italiano!

## **Autoestop en silla de ruedas**



**ACORDEÓN CROMÁTICO**

## En las calles de París

Charles Gagnon, quejica y llorón (el motivo, dijo Sophie, su madre trastornada, de que intentara ahogarle), se incorporó a la vida laboral en 1912, a los cinco años, chupando una armónica y mendigando *centimes* en la calle.

Corrían los años de la Gran Guerra, y él tenía nueve o diez, cuando la puta Yvette, que le había salvado de ahogarse y con quien dormía a veces, le pasó un pequeño *accordéon diatonique*, un desecho apolillado con estrellas multicolores pegadas por encima, regalo de uno de sus clientes que harto de oír los maullidos de la armónica, sintió algún remordimiento por aquella cara descolorida y magullada que recogía colillas en el arroyo, comprensión por su pasado de mierda, imagínese: su madre loca lo empaquetó con pinzas de la ropa y lo tiró al río, y de allí le saca la flaca Yvette, que de pequeña soñaba con cruzar a nado el canal de la Mancha (cuando un decenio después lo hizo Gertrude Ederle, se sintió traicionada); pero a Yvette, que le daba al chaval un techo donde dormir —eso es una heroína de verdad—, le dijo únicamente: ¿No le basta la calle para lo que saca de esa asquerosa armónica, que tiene que seguir dándole cuando viene? Toma, dale a ese desgraciado un instrumento de verdad. Y hablando de instrumentos de verdad, ¿has visto éste?

Con aquella caja de botones —los botones estaban flojos, el fuelle perdía aire y sonaba como un perro enfermo intentando ladrar—. Charles tocaba el vals *musette* más tirado (allí no iban nunca los elegantes de pantalón de visón y cazadora), emperrado por sacar una propina en medio del humo y los gritos y las riñas, poniendo el acompañamiento rítmico con los pies, unas veces solo, otras en competencia con otros músicos. No había descansos. Cuando paraba para hacer pis o beber algo, los bailarines le echaban maldiciones y le tiraban cosas a la espalda esquelética. Su paga, un día sí y otro también, era *un petit vin blanc*, que era el más barato, y que

pasó a ser su placer más auténtico, entonces y por siempre. Gimoteando de ese modo se fue introduciendo en el mundo de los hombres, medio muerto de hambre y a menudo borracho, durmiendo en casa de Yvette cuando podía, cuando ella no tenía clientes, y a veces debajo de un par de sillas en el rincón de un bistrò, como parte de la vida portuaria con su nariz moqueante y sus zapatos reventados y una conmovedora altivez sin fundamento.

Cuando llegó a los dieciséis años ya le fastidiaba mucho aquel acordeón, porque le faltaba volumen, y perdía tanto aire por las rajadas del fuelle que casi no se le oía, y tenía un aspecto birrioso, sí, parecía un trapo tieso, un pavo muerto. Y luego estaba el problema de la música. Le atraía el *jazz*, rabiaba por aprender, por probar progresiones raras y caprichosas, pero si hacía experimentos (había inventado una cosa que se parecía bastante a «Flor de madreSelva») los parroquianos protestaban a voces y se metían con él, venga, venga, deja esa mierda y toca música de verdad: las parejas sombrías circulaban por el piso con las piernas tiesas al estilo del Oeste, la falda estrecha de *crêpe de Chine* de ellas fulgurando alrededor de los tobillos, los pies bicolores de ellos girando y punteando, rodeados de velas encendidas en los llanos de mantel blanco, la música triste y jactanciosa, las manos y los dedos de los hombres tocando las costillas de las mujeres a través de la tela caliente. El chico tocaba con guasa, remedando los dibujos floreados de los traseros y muslos femeninos, el pelo con brillantina y las manos cautas de los hombres.

Su ídolo era Jo Privat, que tocaba lo que quería, *le jazz hot* mezclado con música gitana, que actuaba con los hermanos gitanos Ferré y Django, que sacaba con la misma facilidad las antiguas *bourrées* y polcas que las *chansons musette* más desesperadas. Estaba relacionado. Privat; conocía a matones y pistoleros, y hacía siempre el número estelar, *k clou de la soirée*. Tenía suerte el hijo de puta, le salían todas las oportunidades y a Charles Gagnon no le saldrían jamás. Él no tenía suerte, a él le salía todas las veces el as de picas. ¿Jazz en las tascas del puerto? Jamás; allí sólo bazofia sentimental con letras idiotas, canciones para beber y sin esperanza, el tipo de música que cantaban las mujeres que se dejaban pegar por sus hombres, sollozos vinosos, torrentes de recuerdos doloridos y bravatas de monicacos. Le dio por pensar que en el plan cósmico su infortunio equilibraba el éxito de Jo Privat; si Privat venía a menos, Gagnon subiría. Durante una

temporada soñó con matar a Privat; abalanzarse sobre él con una sonrisa como para darle las gracias por su música, clavarle la puñalada fulminante y esfumarse entre la multitud. Pasadas unas semanas se dejaría caer por alguno de los locales que Privat frecuentó y se pondría a tocar. Al final de la noche Privat estaría olvidado y surgiría una nueva estrella. Pero con aquel acordeón que era un pavo muerto no podía ser.

Hizo un trato con Gaétan el Corbata; una noche apareció un *accordéon chromatique*, un cajón negro con seis filas de botones y un fuelle que casi alcanzaba la envergadura de sus brazos y sonaba como una locomotora por un viaducto; sólo unos pocos francos cada semana hasta que quedara pagada cierta suma, y nada de olvidarse, ¿eh?, y el Corbata le golpeó en el brazo con su puño de hierro.

Él se habría contentado con un acordeón de dos filas, pero en esta vida hay que aceptar lo que dan. Aprender aquel sinfín de botones, quitarse de la cabeza el sencillo esquema de antes, acostumbrar los dedos a bailar como en una máquina de escribir era difícil, pero aprendió pronto porque la sonoridad del instrumento y las grandes posibilidades de la escala cromática le compensaban. Qué número tan increíble de notas. Nunca volvería a usar un *diatonique*. El gran cromático sonaba fuerte, era enormemente versátil y pesaba. Después de una noche de tocar le temblaban las piernas. Pero qué cosas se podían hacer con él. Ahora, cada vez que un borracho berreaba pidiendo un baboso vals *musette*. Charles Gagnon vociferaba: «*Ta gueule!*», y seguía tocando para ahogar sus berridos. El gran cromático agradecía la afinación de *musette*: tres lengüetas para cada nota, una afinada en el tono justo, otra un poco más arriba y la tercera una pizca por debajo, de modo que la nota salía con un temblor doliente. Tenía una voz plateada, más fuerte, mejor que la de ningún *diatonique*. Y por su peso lo empleó con éxito en un par de peleas, le cascó con él en la cabeza a algún *mee* y el tipo cayó de rodillas, con los ojos en blanco como si estuviera examinando por dentro la tapa de sus sesos.

Con ese acordeón fuerte se hizo adulto, y la niñez llorona y quejumbrosa dio paso a una presencia formidable, de hombros y brazos grandes, cuello robusto y una cara con orejas carnosas. De ojos oscuros y suspicaces, y pelo negro con raya en medio, tenía los nervios duros y sus labios finos aplastaban con fuerza la punta de los cigarrillos. Se metía en líos tantas veces que le daba igual.



## El fuego del café

Antes o después tenía que verse en un lío de verdad. Tuvo que dar la cara con Julie, obligado por los hermanos y por el viejo Denis, el padre vicioso que tenía por lema «*buvez et pissez*», un cadáver andante con el hígado del tamaño de una maleta; así que antes hubo que beber, como decía el viejo, para casarse y para mear hay que beber antes, y al levantar la copa en el café, en una atmósfera de ira mezclada con triunfo, por el rabillo del ojo Charles vio que el satén que le ceñía la tripa a la chica brillaba y se oscurecía como cambia la luz del sol por la sombra de las nubes; era que dentro se le movía el niño. Hubo más rondas, y se llenó de gente el café *Girandole*, que se llamaba así por la araña polvorienta que había perdido casi todos los cristales, decorada para la ocasión con serpentinas retorcidas de papel crepé, y al cabo de un par de horas estaban todos borrachos y Julie, bajita y ya metida en carnes, bailaba como una vaca con una pila eléctrica *au cul*, cuando en la puerta aparecieron tronando los senegaleses.

Olive, la negra elegante que a él le gustaba, arremetió contra Julie, engarabitando las manos como horcas y soltando una llamarada de insultos por sus labios de granada, con la tripa redonda y dura lanzada a la refriega por delante del resto del cuerpo. En la puerta estaban los hombres de su familia, negros enormes de músculo prieto y cabeza estrecha y rapada, con orejas grasientas que nunca se dejaban atrapar. Los ojos de aquellos hombres tenían venas rojas, y enfocaban a fantasmas invisibles como a metro y medio de distancia.

Los hermanos de Julie y su padre se pusieron en pie echando humo y palabrotas por la boca, tirando al suelo los cigarrillos. Las dos embarazadas se enzarzaron a gritos; Julie le largó a Olive una bofetada que le hizo saltar sangre de las narices, y Olive contestó con un golpe a la tripa de satén, y entonces el viejo Denis se lanzó a la puerta, brillaron botellas y cuchillos, se rompieron sillas, las mujeres rodaron por el suelo y un negro hincó los dientes en la mejilla sin afeitar de Charles y empezó a mascar. Cayó de arriba una humedad, se vio un chispazo, una llama delgada corrió por el suelo y estalló con un suspiro blando en una bola de fuego. El papel crepé rugió. Charles salió por la puerta dando tumbos con el negro y con la camisa en llamas; rodó por la calle mojada y se escapó, se escapó tal cual, dejó un pedazo de carne entre los dientes de su contrincante, a las mujeres

quemándose vivas y a sus bastardos removiéndose en sus cámaras oscuras permanentes. El viejo Denis, muy quemado, se salvó también, y juró matar a Charles, echarle plomo fundido en los ojos, las orejas y la boca, hincarle hojas de acero bajo las uñas y en la uretra, rebanarle la carne a filetes con un serrucho de carpintero.

## *À Montreal*

Corría 1931 y Charles cruzó el Atlántico hasta Quebec, encontró una mujer casi de inmediato, y en menos de un año era padre, estaba casado y vivía en un suburbio al este de Montreal en pleno auge de la Depresión. Tuvo un trabajo de pocos meses como repartidor de arena blanca para los ceniceros de hoteles de lujo y casas de apartamentos, pero el concesionario le reemplazó por un sobrino y ya no halló dónde trabajar. El gran *accordéon* entraba y salía de la casa de empeños. Además, Charles desdeñaba el chapurreo arrastrado y el estilo de *musette* de Quebec, apresurado y sin gracia, lo peor que había oído en su vida. De jazz no había nada, y despreciaba las estúpidas *reels* y *gigas* del cultivador de zanahorias y el *bûcheron*, la jerigonza vocal de sílabas sin ton ni son y la costumbre que tenían los músicos de bailar con los pies mientras tocaban. Robó unos cuantos discos de Jo Privat aunque no tenía gramófono, pero se imaginaba el gusto de París en la garganta, el sabor de su antigua vida callejera.

Su mujer, Delphine, se agrió enseguida, trocándose de chica no fea, atenta a servirle pequeñas comodidades, en mujer clavada a una cruz invisible. Procedía de una familia de colonos empobrecidos carente de distinción desde que un antepasado de talante pendenciero desembarcara en Quebec a finales del siglo XVII y en mes y medio fuera llevado a los tribunales por llamar a un vecino «*sauterelle d'enfer*», saltamontes del infierno, «*un bougre de chien*», y golpearle con una gallina, delito por el cual fue multado y condenado a pública *amende honorable*, profesión de arrepentimiento y apología. Rápidamente dejó la colonia y se hizo *voyageur* y *coureur de bois*, sembrando el continente de hijos mestizos hasta que se asentó en cuatro palmos de tierra a la orilla izquierda del Saguenay y padreó otros siete hijos con una mujer que era medio abenaki. (El padre de

Delphine, descendiente de uno de aquellos siete, murió en 1907 cuando el puente voladizo de ferrocarril que estaba en construcción sobre el San Lorenzo se vino abajo, y él se hundió en el agua negra con otros setenta y tres y un surtido de carretillas, palas, postes, polipastos y tarteras). El complicado peinado de cabellos lustrosos de Delphine, la borla de flequillo ondulada, pasó a ser una raya al lado torcida y unos pelos revueltos sujetos con un peinecillo de plástico en forma de caballito de mar. Ay, cuánto hablaba y se quejaba. Si hubiera dinero, decía, si no se hubiera casado con él, si pudiera volver a ser niña.

Él no tenía paciencia. Era más fácil arrearle un cachete y mandarla callar, irse dando un portazo cada vez que ella se sentaba a la mesa llorando, con la puntilla de la combinación color carne asomando por debajo del vestido de algodón. Delphine tenía una tos nerviosa, y por más que él la pusiera en su sitio no le dejaba en paz ni de día ni de noche, suplicándole que cruzaran la frontera, diciéndole que al otro lado podía haber una oportunidad, ya sé que allí está la Depresión, pero mi hermano dice que algunas serrerías funcionan aún, allí hay más cosas que aquí, ¡aquí no hay nada! Y extendía un brazo flaco para amartillar lo dicho: no había para comer, ésa era la cosa. Y se pasaba la mano por el estómago, lo que hacían todas las mujeres, el argumento del estómago que ningún hombre podía rebatir. Su hermano, que se cernía sobre las conversaciones de los dos como el espectro de un antepasado, estaba empleado en un aserradero de tablas en Maine. Delphine le escribió preguntándole si habría allí alguna posibilidad de trabajo para Charles. No mucha, fue la respuesta, pero quizás algo a tiempo parcial. Quizá. Si Charles no era muy exigente. Tendría que conformarse con lo que hubiera, todo era una lotería, tendría que aprender a hablar en americano. Podrían alojarse en la casa del hermano durante unas semanas.

## **Random**

Cruzaron la frontera a altas horas de una noche de invierno, por un camino de herradura que atravesaba los bosques. El hermano de Delphine, con cara adusta de indio entre sonrisas deliberadas, les esperaba al otro lado, y les

condujo a una casa cercana para calentarse durante media hora antes de emprender la última etapa del viaje; en realidad no era más que una choza, la vivienda diminuta de un extraño en el yermo de nieve, con una estufa que arrojaba centellas a la noche. Tomaron cada uno una taza de café amargo, mientras unos niños sucios se asomaban a mirarlos por detrás de una manta rota, y partieron con el hermano en un trineo tirado por un tronco de caballos.

A Delphine como a Charles, el oscuro tremedal de cedros que atravesaban les pareció inmenso y terrorífico. Para Delphine el aroma espeso de los árboles era olor a enfermedad, a vahos y cataplasmas, y el viento que murmuraba entre las agujas era el sonido siniestro del bosque interminable. Charles notaba lo poco que le apetecía al cuñado cargar con ellos, ardía de humillación por haber entrado sin darse cuenta en una familia de mestizos. En voz baja se lo dijo iracundo a Delphine. Ella negó la sangre india: su hermano era oscuro de tez, pero nada más. Más allá de las exhalaciones estremecidas de los caballos, el golpeteo crujiente de los cascos en la nieve compacta, el silbar de los pinos, se extendía un silencio amargado.

## **El aserradero**

Intentaron acoplar sus vidas al lugar: la casa superpoblada del hermano, las ásperas órdenes en americano y francés hecho pedazos. En cuanto tuvieron suficiente dinero alquilaron una cabaña de techo bajo alumbrada con lámparas de petróleo. Tomaron posesión un día de frío helador. Charles empujó la puerta con el pie, dio un paso dentro, exclamó: *Mais non!* y dejó caer el brazado de leña que llevaba. Delphine, que iba tras él cargada con el niño, vio los restos podridos de un gato colgado contra la pared, con el yeso arañado hasta la madera por donde había intentado escapar.

Delphine cortaba hielo del arroyo cada mañana y acarreaba el agua, resbalando por el camino helado, y al llegar a la cocina, empapada y en lágrimas, daba un portazo jurando tener a sus hijos limpios aunque le costase la vida. Le repugnaba la familia de irlandeses que vivía junto al vertedero, en una chabola hecha de latas de aceite de motor Triton,

inmigrantes analfabetos que en el otoño les cosían la ropa encima a los niños y en junio les pelaban los andrajos pegados.

Pasó un año y pasó otro y pasaron otros dos, y con las gemelas llegó a seis el número de hijos. Se quedaron en Random, temerosos de moverse después de que el hermano de Delphine, a quien Charles llamaba Jefe Plumas de Guerra, se fuera a Rhode Island a trabajar en las lanerías; algunos de sus hijos tenían ya edad de llevar paga a casa. Así que estaban solos en el bosque extranjero. Charles maldecía aquel país asqueroso, helador, infestado de moscas, y se moría de nostalgia por su antigua vida perdida, las calles y la música, el vino. Maldecía a Jo Privat, que había nacido con suerte.

Si el infierno era una gran sala de baile ardiente, pensaba, donde instrumentos desafinados rascaban y chillaban en diabólica cacofonía, todo caos y ruido y demonios lisiados dando cabriolas, entonces entrar en el aserradero era como entrar en *l'enfer* por la puerta de servicio. La maquinaria retumbaba y tableteaba, los metales rechinaban unos contra otros, las cintas transportadoras rugían en lo alto, el aire estaba saturado de fino polvo. O te acostumbrabas o te ibas. El capataz yanqui vigilaba su trabajo en la cepilladora, al paso chirriante de las tablas. Un dólar y medio por una jornada de quince horas, y había que considerarse afortunado. Acababa tan cansado que lo único que podía hacer era deglutir la cena a paletadas y echarse a dormir. Pero los sábados por la noche bebía y discutía, primero pegaba a Delphine y luego la montaba. Era, le decía cruelmente, nada más que para aliviarse. Sólo un ciego habría podido desearla, un ciego con una pinza en la nariz y guantes en las manos, porque olía que apestaba y tenía la piel más áspera que un cocodrilo. Era preciso demostrarle que con él no valían bromas. El domingo por la tarde mataba el gusanillo con más *whisky* —en aquel país de mierda no había vino—, y era entonces cuando abría el acordeón y probaba a sacar «Flor de madreselva» con unos dedos entumecidos de manejar tablas, soñando con los garitos y el empedrado reluciente a la luz de las farolas bajo la lluvia.

Random era una prueba de su mala estrella. Le habían engañado y estafado toda la vida desde que su maldita madre apretó las perchas de alambre para sujetarle bien los brazos a los costados y de un cachete le tiró por el malecón a las aguas grasientas del Sena, le habían obligado a ir a Quebec, que era un sitio donde mascaban el idioma haciéndolo puré, le

habían engatusado —sí, engatusado y atrapado aquellos astutos pieles rojas — a un matrimonio insípido, le habían metido en Maine, un *cul-de-sac* brutalmente provinciano, con información falseada. Tuvo otra prueba en la primavera de 1937, cuando la cepilladora le segó tres dedos de la mano derecha, dejando el dedo índice parcialmente amputado, y a los pocos días hinchado y verde por la infección. El médico llegó a las dos de la madrugada, y después de mirarlo torciendo los ojos dijo que la lámpara de petróleo era inútil y que no veía nada. Salió, movió su Buick desvencijado hasta la ventana de la cocina, y a la luz de los faros examinó el dedo superviviente.

—Tiene que amputarse.

Charles no podía entender cómo había sucedido; simplemente había ocurrido en un momento indistinguible de un millón de otros momentos que habían pasado sin consecuencias.

Se recobró despacio; tenía los muñones de los dedos en carne viva color de rosa. Vivían de la ayuda pública, una caja de comida a la semana: harina llena de gorgojos, una lata de unto y un saquito de alubias. El aserradero se cerró de pronto y todo el mundo se quedó sin trabajo, sin la paga de la última semana porque el propietario se largó con el dinero. Las familias se escabulleron en la noche, dirigiéndose al sur, a Woonsocket, Pawtucket, Manchester, a las fábricas de lanas, algodón, seda, zapatos, donde parientes ya colocados podían echar una mano.

Charles maldecía su vida, y su naturaleza reconcentrada, lijada hasta lo vivo por las dificultades, reveló un fondo de rabia permanente. Después del accidente trató una vez de tocar el acordeón cogiéndolo del revés y por atrás para utilizar la mano izquierda, pero su propia torpeza le puso fuera de sí, y echó *le maudit instrument* a la estufa para castigarlo, y lo empujó y lo golpeó con el atizador: lo estropeó, pero no entraba en la caldera. Delphine lo sacó y lo tiró al patio. Quemándose así hacía demasiado humo. Por la mañana lo volvió a meter, lo envolvió en papel de estraza y lo subió a un estante.

Aquel invierno Delphine padeció sonambulismo y caminaba descalza por la nieve. Cuando volvía a entrar traía los pies como cera roja, y el borde del camión cargado de cristales de hielo. Una noche de nieve roja bajo la aurora boreal. Charles le dijo que al día siguiente se iba a Bangor a buscar trabajo, ese puesto especial que el hombre manco se imagina. Salió de la

cabaña muy temprano. Al acabar la semana ella supo que se había ido para siempre, de vuelta a Francia, con una vida y una familia y un idioma medio aprendido que olvidar. El niño más pequeño. Dolor, tenía dos años.

(Vuelto a Francia cuando estalló la segunda guerra mundial. Charles actuó como correo para la Resistencia, y se lesionó de gravedad al caer de la bicicleta en una noche sin luna, a pesar de lo cual recorrió a gatas dieciséis kilómetros para entregar el mensaje, que en el fondo era de poca importancia. Abruptamente se pasó a los colaboracionistas y tomó parte en redadas *anú-zazou*, apostado en las sombras a la salida de los clubes nocturnos donde se tocaba *swing*, con una maquinilla de cortar el pelo, dispuesto a arrancarles el aceitoso tupé a aquellos jóvenes inmaduros y egotistas, cuando salían a la calle exhaustos de bailar «J'ai un clou dans ma chaussure». ¿A eso llamaban música? Eso no era *jazz*, aquel *swing*; eso no era más que ruido, y los danzantes unos idiotas pasmados, que chascaban los dedos y meneaban los brazos y brincaban como pulgas en sartén. Después de la guerra rodó muchos años por los clubes nocturnos, haciendo recados, barriendo saloncitos en las horas del alba, lo suficiente para las seis botellas de *vin blanc* que se bebía a diario. En 1963 seguía frecuentando los clubes, seguía barriendo, y acabó sacando brillo a los grifos del Golf Drouot Club: allí se desplomó al pie de un lavabo con un ataque al corazón y murió rodeado por los tobillos en calcetines de fibra sintética de un círculo de jóvenes yeyés). Y ella, ¿qué iba a hacer? Escribió a su hermano en Providence, aunque sabía que si se había ido al sur no era sólo por el trabajo sino para zafarse de la carga de los Gagnon. De acuerdo, vente, respondió desabrido. Yo te mandaré el dinero del autobús. Pero no puedes traerte a todos los niños. La vida está difícil para todo el mundo. Sólo los dos mayores. Pueden trabajar. Y tú también puedes colocarte.

## **Birdnest**

En Old Rattle Falls, el mejor edificio era Birdnest, nido de pájaros: una adornada mansión construida en el siglo XIX para un magnate de los ferrocarriles, con almenas y miradores en la fachada, una azotea octogonal arriba, abajo una puerta cochera y dos inmensas urnas chinas en un porche

de seis metros de ancho. En 1926 el municipio embargó Birdnest por impago de impuestos y lo cedió al condado para que sirviera de orfanato. Aquellas altas estancias empapeladas con papeles William Morris de importación, los techos con molduras de escayola, los paneles en talla de paños plegados, las vidrieras, los pasamanos de nogal, el salón de baile, todo fue convertido y tabicado para uso hospiciano: los dormitorios se dotaron de camas de hierro, el salón de baile se transformó en comedor con olor a patata, el suelo de *parquet* se pintó de gris. El gabinete del desayuno se llenó de archivadores metálicos. El cuarto de la ropa pasó a ser celda de castigo. Los jardines, trazados por Calvert Vaux, se abandonaron y asilvestraron: la viña loca ahogó los árboles ornamentales, las ramas caídas cegaron los escalones de mármol que conducían a la gruta, brotes de fresno poblaron los parterres, y las mofetas se comieron los bulbos.

Él tenía dos años y al principio lloraba reclamando la cabaña y el olor conocido de la estufa de leña y las manos delgadas y duras de su madre, el sonido de su tos nerviosa. Ya entonces, salido apenas de la más tierna infancia, le afligían horas de depresión en que lo único posible era dormir o yacer inmóvil con los ojos cerrados, inhalando, exhalando, aspirando, espirando, despacio, despacio, despacio.

Sus hermanas gemelas. Lucette y Lucille, y un hermano mayor, Lucien, estaban en otra parte del edificio, aunque él no lo sabía. Él pasaba sus días con los niños de pecho y los que empezaban a andar, largas, largas horas en una cuna de madera, dentro de una fila de cunas, cada una con su niño enjaulado que se mecía, balbuceaba, gemía, se daba golpes en la cabeza. Dos mujeres venían a primera hora de la mañana a cambiar pañales y sábanas y repartir biberones de leche azulada, hablando poco y manejando a los niños como si fueran rollizos de leña. Dolor había sido destetado hacía un año, pero descubrió el consuelo de la tetina de goma. Durante una sola hora de la mañana los chiquitines eran trasladados a un cuarto grande —el gabinete donde la esposa del magnate de los ferrocarriles escribía sus aburridas cartas en los tiempos que siguieron a la guerra civil—, y allí depositados sobre una alfombra mugrienta para jugar con unos bloques de madera tan gastados que sus esquinas eran redondas y apenas les quedaban vestigios de pintura. Correr estaba prohibido. El sonido del francés se fue perdiendo en la lejanía; todas las palabras nuevas eran americanas. Los niños enfermos permanecían en la cárcel de la cuna. Birdnest era un lugar



de huérfanos y mujeres adultas. Los únicos hombres que aparecían por allí eran el médico, el inspector del condado, y una vez al mes un pastor pentecostal que vociferaba «Jesús, Jesús» hasta que los más pequeños se ponían a llorar. Los mayorcitos iban a la escuela dominical en el autobús de la iglesia, un rechoncho vehículo verde con costados de lona que en verano se recogían sobre el techo, y era una excursión maravillosa. El autobús bajaba traqueteando por la larga cuesta, cruzaba el pueblo, pasaba la señal de CIRCULE DESPACIO, que cuando empezó la guerra se cambió por VICTORIA VELOCIDAD 60 KILÓMETROS, y por el camino de grava orillaba el río. En primavera miraban boquiabiertos los enormes bloques de hielo empujados a la ribera.

La población del orfanato cambiaba, porque algunos niños eran reclamados por la madre o familiares de la madre. Los padres no venían nunca. Unos niños salían para el hospital, otros para el depósito de cadáveres. Algunos eran adoptados, y hasta el propio Dolor fue adoptado durante unos meses cuando tenía seis años, pero la familia decidió trasladarse al sur cuando el hombre consiguió trabajo de guerra y le devolvieron al orfanato. Decían que era un niño tranquilo. Lo que él recordaba del tiempo que estuvo con ellos eran unos pollos con pintas que venían corriendo cuando les echaba puñados de maíz partido, el olor de sus plumas calientes y cargadas de piojos y sus voces cascadas, que le hacían preguntas en el idioma de los pollos. Él les respondía con palabras semejantes. También recordaba al hombre de la casa sentado delante de una pianola cuyas teclas subían y bajaban solas como si en su regazo hubiera un pianista invisible, mientras cantaba con voz profunda: «*Oh, no me enterréis...*».

En la escuela fue un niño pequeño al borde de todo, demasiado apocado para hablar, sin atreverse siquiera a mirar directamente o sin disimulo cómo los demás hacían las cosas. Estaba muy encerrado en sí mismo, a veces esbozaba tímidas sonrisas y asentía en conversaciones imaginadas. Lo mejor de todo era el *Lecturas Semanales*, un pequeño periódico de verdad; se sentía tremendamente mayor teniéndolo en las manos y leyéndolo. En la clase de Asuntos de Actualidad tenía delante un letrero de cartulina que decía DA LO MEJOR DE TI. A veces se le permitía plegar la bandera porque era tranquilo.

Birdnest era la primera parada que hacía el autobús escolar, a diez minutos de la escuela, así que no había motivo para decirle nada a nadie, simplemente salir en fila del autobús con el cabás gris que les daba el condado a cada uno para llevar los libros y el almuerzo, y siempre, delante de él, iba una niña de trenzas rubias, teñidas de un extraño color verde en las puntas, o que se le habían metido en el tintero, hasta que el distrito escolar suprimió la tinta y todo el mundo tuvo que llevar de casa un bolígrafo. Birdnest repartió unos bolígrafos que llevaban escrito *Funeraria LeBlanc*. William el Gordo, que respiraba con pitos de asma y sufría a menudo dolores de oídos, fue su mejor amigo en quinto curso. Los niños de Birdnest hacían una piña. En el autobús iba un chico mayor al que los pantalones le quedaban cortos; los otros le llamaban Pescador o Franchute. Siempre estaba peleando y le moqueaba la nariz.

—Ese chico es hermano tuyo, y es malo —le dijo William el Gordo a Dolor, y Dolor empezó a fijarse a ver si daba alguna señal de reconocerle, pero Franchute no le miraba ni nunca le dijo nada, a pesar de que hablaba el francés a un kilómetro por segundo y soltaba unos tacos terribles, según William el Gordo; y después ya no se le vio en el autobús, porque se había ido y nadie sabía adónde.

(Las hermanas gemelas. Lucette y Lucille, habían sido adoptadas en su primer año de estancia en Birdnest por una pareja que se fue a vivir a Rochester, estado de Nueva York. En 1947 Lucette, que cantaba «Navidades blancas» con voz pura y padecía una desconcertante enfermedad crónica de la piel, ingresó en el hospital, y como parte de un experimento clínico secreto le inyectaron plutonio. En 1951 murió de leucemia. Tenía diecisiete años, pero sólo pesaba veintiocho kilos). Después del peor ataque de asma de William el Gordo apareció una mujer coja y le reclamó como nieto; entonces Dolor pasó a fijarse en Winks, el payaso de la escuela, un chico que tenía la vista delicada y el pelo rizado y del color del barro, dos o tres años mayor que él. Winks gesticulaba, andaba haciendo eses como si estuviera borracho, hacía chirridos en clase, cosquilleaba a las chicas, restregaba los zapatos contra el suelo y durante los exámenes tamborileaba nervioso con el lápiz, los pies y los dedos, todo a la vez; él sólo era una sección de percusión al fondo de la clase.

—¡Winks! —ladraba la profesora, y él se estaba quieto durante unos minutos y luego volvía a empezar.

Dolor estaba un día detrás de él en la cola del almuerzo, y cuando Winks se volvió buscando dónde sentarse en el atestado comedor. Dolor vio el caos en sus ojos, pudo ver a través del estrecho cerco de azul que rodeaba la pupila dilatada, examinar una ansiedad desnuda que repelía. Miró para otro lado, fingió interesarse en el cucharón de acero inoxidable de la cocinera y el puré color naranja puntuado por minúsculos taquitos de nabo, pero a través de las pestañas siguió el paso jactancioso de Winks entre las mesas, golpeando cabezas y hombros, derramando leche y haciendo *pa, pa, pa, pa* con la boca.

Ponerse en las filas de atrás y guardar silencio no le salvó. En cuarto grado los chicos mayores la tomaron con su nombre:

—¡Eh, Dólar! ¡Tú debes ser rico! ¡Dame dinero!

La señora Breath, la directora de Birdnest, daba golpecitos con su pluma estilográfica sobre una nota procedente de la escuela.

—La verdad es que te convendría más tener un nombre corriente. ¿Qué prefieres, Frank o Donald?

—Frank —susurró él. Y fue así como cambió de nombre y otro fragmento de su persona se desprendió como una escama de herrumbre.

## **Una herencia decepcionante**

Tenía dieciocho años cuando acabó los estudios secundarios en la escuela de Old Rattle Falls, pero no asistió a la ceremonia de graduación. La idea de tener que subir los peldaños de madera, cruzar el escenario y estrecharle la mano al director antes de recoger el diploma le producía un dolor de cabeza cegador, un dolor intolerable en las articulaciones.

El espejo reflejaba una cara en óvalo, pelo oscuro con raya a la izquierda, ojos castaños bajo cejas negras muy pobladas, una nariz larga con ligero abultamiento en la punta. Las orejas eran bien proporcionadas y no sobresalían; la boca era horizontal, más bien carnosa y seria. Dolor se obligaba a sonreír, a mostrar los dientes torcidos; los pómulos, altos, y la piel parecían muy pálidos bajo el pelo negro. Una flecha de vello negro le bajaba por el torso. No tenía ni fotografías ni recuerdos con los que

comparar su imagen, y no esperaba nada de nadie. Era libre de dejar Birdnest.

En la oficina, donde el radiador silbaba a pesar de que los árboles aún tenían hojas, la señora Breath le dio sus buenos deseos y un bulto grande envuelto en papel de estraza y atado con bramante oscuro. Pesaba.

—Es tuyo —dijo—. Pertencencias personales de cuando llegaste aquí. Estaba guardado en el almacén. —Él se sonrojó, y no quiso abrir el paquete delante de ella, pensando en cartas de familia y fotos nunca vistas. Ella le entregó un sobre blanco.

—Buena suerte, Frank.

En el autobús a Portland eligió un asiento de atrás para ir solo y abrió el sobre, aunque ya sabía lo que había dentro; un billete de veinte dólares y la clásica carta de buenos informes de Birdnest, en una hoja de papel decorada con la imagen de un pájaro con un gusano retorcido en el pico. Guardó el dinero y la carta en su nueva cartera de vinilo. Un hombre bien vestido que iba en la parte de delante, con el pelo salpicado de gris, pasándose la mano por la cara arenosa, picada de viruelas, se levantó y bajó por el pasillo probando distintos asientos. Al fin se instaló en el asiento del lado contrario al de Dolor y tiró de las mangas de su chaqueta marrón.

—No quiero que me dé el sol en los ojos —dijo a la ventanilla, y entabló una afable y modulada conversación consigo mismo. Hablaba con rápido acento sureño—. Me largo —dijo—. Gracias, inspector. —En la muñeca se le veía un reloj de oro con pulsera extensible—. Le puedo ofrecer trescientos dólares. Voy a hacer este viaje, que es un viaje importante, y no sé cómo va a salir. Hum... ¿contratado? ¿Contratado?

Para no mirarle. Dolor bajó de la rejilla el paquete de papel de estraza y lo abrió muy despacito, deshaciendo cuidadosamente el fuerte nudo, que en las torsiones se había oscurecido de polvo; apartó el papel con delicadeza, avergonzado por sus crujidos, que atrajeron sobre él la atención del sureño.

No supo qué pensar. Era sólo un acordeón deshecho, con la caja de madera chamuscada en una esquina y el fuelle reventado. Filas y filas de botoncitos por un lado, y por el otro teclas negras y blancas. El nombre gagnon en un borde parecía como grabado con navaja. De aquello salía un olor, olor a humo de madera blanda y humedad. Un cochambroso acordeón quemado. De repente oyó la tos de su madre, aunque hasta ese momento no había sabido que su madre tosiera. Entonces lo supo con seguridad. Quizá

se había deshecho de él por estar enferma. Examinó el instrumento y el papel que lo envolvía, pero no había ningún mensaje, ni nota ni foto ni carta, y su pasado seguía siendo desconocido.

—Yo ya no firmo —dijo el hombre de la chaqueta marrón—. Nunca. Ya no bebo.

En Portland, Dolor se apeó del autobús y fue a pie al centro de reclutamiento del ejército. Las contracubiertas de *Detective Doble* y *Misterio* y *Argosy* llevaban todas el mismo anuncio: EL TRABAJO QUE TÚ QUIERES ESTÁ EN EL EJÉRCITO. Llevaba el instrumento, envuelto otra vez en el papel de estraza, debajo del brazo izquierdo. Dio el nombre de Dolor Gagnon y firmó por cuatro años. Era 1954, y el trabajo que quería era de reparador de televisores, pero lo más parecido era de electricista y estaba completo. Le pusieron en intendencia.

En algunos aspectos el ejército era como Birdnest: hacía lo que le mandaban y procuraba no llamar la atención. Si se metían con él no protestaba. Pasó la instrucción a base de ser rápido e invisible, sin mirar casi a los hombres que hacían más bulto, los bocazas y los listos que atraían la atención de los sargentos lo mismo que un renqueo vacilante atrae al predador. Le destinaron a Alemania.

—Ya te puedes alegrar de que te hayan tocado las *Frauleins* en vez del Fiambre Amarillo —babeó el sargento detrás de él—. Ya puedes estar contento de no haber tenido que ir a Corea. No ha habido cosa peor que Corea. Allí se congelaban de pie los tíos.

Todos los demás hablaban de casarse cuando volvieran. Todos llevaban una foto en la cartera, chicas, chicas, todas iguales con la melenita brillante y los labios pintados de color chillón, el suéter color pastel y la mirada tierna y distante. Encontró una de aquellas fotos dentro de un libro de la biblioteca de la base y se la guardó en la cartera. Era una chica que parecía sueca, con el pelo amarillo huevo y ojos azules saltones. Le inventó un nombre, «Francine»; decía: «Ésta es Francine, nos casaremos cuando yo vuelva, da clases en un jardín de infancia».

En Alemania llevó el acordeón destrozado a un hombre ya mayor que tenía un taller de reparación en un tabuco oscuro y frío. Era flaco como una hoja de cartón, y a su lado ganduleaba una niña de cara afilada con los labios pintados, aunque no tendría más de diez u once años. La niña miró al viejo sin pestañear mientras él examinaba el acordeón de Dolor.

—*Französisch. Sehen Sie hier?* —y apuntó al rótulo metálico—. *Maugein Frères-les accordéons de France*. —Su voz nasal sonaba como si le faltara poco para llorar.

—¿Cuánto costaría arreglarlo? —barboteó Dolor—. *Wie viele?*

El viejo no contestó. Meneó la cabeza, señaló la madera quemada, los botones chamuscados; estiró un poco el fuelle resquebrajado y roto. Tocó los quebradizos pliegues.

—*Diese Plisseefalten...* —Se inclinó hacia la niña y le habló con tristeza.

Ella miró a Dolor.

—Dice que no se puede arreglar, que hay que poner nueva toda la parte plegable, no puede conseguir madera de la misma clase para la tapa, las teclas están destrozadas, ya lo ve, y aunque estuviera nuevo no sería bueno. Los acordeones franceses no son buenos. Lo que tiene que hacer usted es comprarse un acordeón alemán, que son los mejores. Él le puede vender uno.

—Nada, no —dijo Dolor—. Si ni siquiera sé tocarlo. Sólo quería saber si podía arreglarse.

Era lo único que tenía. El viejo no lo volvió a embalar, y Dolor salió de la tienda con el papel suelto alrededor, arrastrando la cuerda y el olor a quemado. Ya en el cuartel separó la tapa donde ponía GAGNON y tiró el resto del instrumento. Él también tenía la manía de poner su nombre o sus iniciales en todas sus cosas.

Algunas semanas después, con la humedad de la primavera alemana, cogió un catarro que derivó en pulmonía. Fue como si la enfermedad se le pasara de los pulmones a las piernas. Estuvo dos meses en el hospital de la base, medio paralizado, tambaleándose de acá para allá con un bastón en cada mano, succionando el aire a través de los dientes por el dolor.

—Francamente, puede ser poliomielitis paralítica —dijo un médico que tenía un lunar abultado en la aleta derecha de la nariz—. Veo que al ingresar le administraron la vacuna nueva, la vacuna Salk, pero ¿quién sabe realmente qué eficacia tendrá?

Poco a poco se recuperó, pero el mismo médico le declaró inútil para el servicio activo, y al año y medio de estar en el ejército salió cojeando por baja médica, en el verano de 1955.

## El taxi

La idea era ir en avión a Boston y de allí en tren a Portland para los trámites de salida, pero el avión aterrizó en Nueva York, y siete horas después, cuando le dieron el billete nuevo, se enredó con un desfile de niños que iban de rojo, blanco y azul y fue a dar en un segundo error, pues por no chocarse con un niño que iba disfrazado de Tío Sam con una barba de papel y una chistera azul con estrellitas pegadas, por despegarse de la niña con acné y un cartel sobre el pecho que decía AMÉRICA LO PRIMERO, sin saber cómo embarcó en un vuelo civil que no iba a Boston sino a Minneapolis. Se sentó al lado de una mujer con una blusa de lunares que apestaba a tinte y sobaquina.

—Tú eres tonto de baba —dijo un sargento del puesto de reclutamiento de Minneapolis cuando Dolor se presentó allí, mostrando nervioso sus instrucciones de viaje y pidiendo ayuda—. ¿No viste que en la puerta ponía Minneapolis? ¿No sabes leer la palabra Minneapolis? ¿Es demasiado larga para ti? ¿Qué creías que ponía. Mermelada o Mamarracho?

Hizo varias llamadas telefónicas mientras Dolor se balanceaba de un pie al otro.

—Pensé que iría por Boston. Pensé que haría escala en Boston. La chica que me cogió el billete no dijo nada.

—Pensaste. Sí, tiene mucho sentido, verdad, ir a Minneapolis pasando por Boston. Como ir a Los Ángeles por Singapur. Vaya retrasado mental. Atiende, esto es lo que tienes que hacer. Vas a dormir en un hotel, aquí tienes un vale, el hotel Page, que está en Spivey, y yo me encargo personalmente de mandarte a Boston. Pero no esperes un avión civil a todo lujo, soldado. Vas a irte ‘mañana’ en el tren mierdoso de las nueve en punto. Ahí mismo donde estás te quiero ver mañana a las ocho. No me fío de que al ver el cartel de Boston no leas Bingo.

Paseó un rato, echando una ojeada a la ciudad. En la avenida Prairie vio a un negro que tocaba el saxo alto, «Dejé mi corazón en San Francisco», con el estuche del instrumento abierto y unas monedas de cuarto y medio dólar en el terciopelo azul machucado. Sonaba bonito. Dolor echó dos monedas de diez centavos y una de cinco. El hombre ni le miró.

Comió en el Happy Joe’s Café, atraído por el letrero que decía LOCAL CLIMATIZADO; pidió el plato especial y le sirvieron una comida extraña, unas

pelotillas de carne con repollo hervido y salsa blanca y mucho pan, flan de postre, todo por sesenta centavos. No había ninguna razón para ir al hotel antes de tiempo, así que se tomó un par de cervezas en un sitio donde hablaban una lengua extranjera, supuso que polaco, pero el sitio era bueno y la cerveza barata, y después encontró un cine, con dorados y mármoles por dentro, donde ponían *Los siete samurais*. Se sentó en la sala oscura comiendo regaliz. No entendió la mitad de la acción porque costaba trabajo leer los subtítulos, y era divertidísimo oír a los actores farfullando en japonés. Se salió a la mitad de la película y en la acera de enfrente entró a ver *Las musarañas asesinas*; decidió que era la peor película que había visto en su vida y lo atribuyó a Minneapolis.

Cuando del cine pasó a la noche le deslumbraron el neón azul y amarillo de un café, una mujer con un impermeable de plástico transparente que llevaba un ramo de helechos y zapatos blancos que centelleaban sobre la acera, el brillo del tendido del trolebús y los semáforos reflejados en los parabrisas. Oyó una música que cruzaba la calle, un piano lento como el goteo de un grifo, un tambor. Había veintisiete manzanas hasta el hotel. Estaba muerto de cansancio, después de dos días de avión y el despiste y todo el tiempo cargando con el macuto, pero echó a andar. Las calles estaban llenas de gente: niños noctámbulos en bicis viejas, una ciega conducida por un perro, un hombre escorado por el peso de una maleta, negros. Al cabo de dos manzanas vio más allá al mismo saxofonista de la acera, y sin saber por qué no quiso volver a pasar por delante. Le dolían las piernas. El individuo seguía tocando «Dejé mi corazón en San Francisco». Debía de ser lo único que sabía. Dolor alzó un brazo pidiendo taxi, y aunque tuvo que esperar mucho rato, paró uno que se apartaba de un hotel.

Había algo en el suelo del taxi, una especie de maletín, un maletín de fin de semana. Furtivamente echó mano al asa. Cuando se apeó del taxi en el hotel Page, que era un tugurio, llevaba su macuto y el maletín, diciéndose que si tenía puesto el nombre del dueño le llamaría y le diría: «Encontré su maletín en un taxi», y a lo mejor el dueño le daba una recompensa. O si era un maletín de mujer, la llamaría y ella diría: «Por qué no me lo acerca usted a tal sitio, podemos tomar una copa, ha sido usted muy amable al llamar», y viviría en un piso precioso con alfombras blancas y él perdería el tren. No podía creer lo que encontró. Otro maldito acordeón, como si fuera un mensaje de Dios o algo así. Por hacer algo se pasó una hora desprendiendo



con una lima de uñas los rubíes de imitación que formaban las letras *AR* y grabando GAGNON en la madera, mientras veía *La hora de U.S. Steel*, un programa del ejército sobre sargentos, en el diminuto televisor metálico del hotel, una pantalla circular de siete pulgadas que era como mirar por un ojo de buey en una tormenta. El sonido era malo y el meollo de la acción se le escapaba, y acabó mirando los anuncios del atún Breast o'Chicken y los cigarrillos Winston.

## Maine

De vuelta en Maine pasó unos días en Augusta intentando sacar una copia de su partida de nacimiento, y se compró una camioneta Chevrolet usada y un RCA de segunda mano con pantalla de doce pulgadas, aunque lo que realmente había querido era un portátil de los nuevos, y a continuación se dirigió a Random. La partida de nacimiento no decía gran cosa. La fecha. Ambos progenitores de nacionalidad canadiense. Su padre. Charles Gagnon, de veintinueve años de edad, su madre, Delphine Lachance, de veintiocho. Cinco hijos vivos antes de él. Su peso al nacer, dos kilos setecientos gramos. Nada más.

A través del parabrisas surcado por la lluvia, Maine se aparecía como parcelas alternantes de abetos, restos de corta y acres bien marcados de álamos y cerezos secos, las hojas abarquilladas como papelillos chamuscados en las ramas defoliadas, más oscuras aún por la lluvia, y al borde de la carretera alces del color de las cáscaras viejas de nuez, una oscuridad inmitigada por más que el cielo desplegara alguna franja de palidez, los ríos contrahechos y las cadenas de lagos con cerco de horizontes desgarrados. Dolor conducía por un laberinto de carreteras que hacían círculos, lazos, cruces y más cruces.

Allá en las orillas de las zonas taladas veía chozas de cartón alquitranado e iglesias con letreros hechos a mano y clavados en postes pelados; Iglesia de Cristo Retornado, Iglesia de la Gracia Redentora, Iglesia de la Nueva Fe, Templo de Creencias y Prácticas Cristianas, Iglesia de los Grandes Bosques, Santuario de los Últimos Tiempos; entre arena pálida y canteras de grava, entre los árboles destrozados, un punteo de nubes

violáceas como petequias sobre un horizonte color carne. Tendría que tener cuidado.

## **El extraño en su lugar natal**

No esperaba reconocer nada. Sólo sabía que Random estaba situado entre bosques y campos de patatas y que él había nacido allí. La luz de aquel lugar era la primera que había visto después de la oscuridad del útero. Sus ojos se llenaban de lágrimas continuamente. Sentía como si fuera retrocediendo a un tiempo arcaico en que los clanes vagaban por los bosques y él fuera corriendo tras ellos, siendo parte de ellos y a la vez un extraño. Sentía la luz sombría, la negra madera blanda y el rumor de ríos que manaban del núcleo de la tierra sobre las peñas. Pasó un claro lleno de tocones donde había tres o cuatro camiones viejos con cubiertas improvisadas de contrachapado sobre la caja, y una mujer con falda de gitana ponía un palo sobre la hoguera roja.

Random era un pueblecito con un par de tiendas, una oficina de correos, un bar, un garaje, escuela. Nadie le conocía, pero él empezó a estudiar las caras y aprenderse los apellidos. Le gustó la peculiar sosería de las casas con su pátina de edad, el olor evocador a pino y tierra de patatas, los caminos inciertos que se perdían en el marjal.

Al norte del pueblo otra carretera se bifurcaba entre los tremedales. En la bifurcación vio la estación de servicio Esso y la casa de labranza de los Pelky, una casa de madera dividida en cuatro apartamentos, dos arriba y dos abajo, y a lo lejos un pajar contra un telón de abetos negros.

—Mi marido cultivaba patatas, teníamos uno de los mayores patatales del distrito de Random, pero ya sabe usted lo que pasa, te vas haciendo viejo y los hijos se van marchando. Hace dos años se cayó del tractor, que le pasó por encima de la cabeza, y tuvo perdido el juicio durante seis meses, pero a poquitos lo ha ido recuperando y ahora está como usted y como yo, pero dicen que ya no puede trabajar en el campo, y por eso convertimos esto en apartamentos. —La señora Pelky pasaba la bayeta sobre el mantel de plástico a cuadros mientras le hablaba, y colocó en el centro el salero y el pimentero. Sus ojos de aguamarina hacían guiños detrás de unas gafas de

plástico de colorines. Vestía una bata de casa, verde estampada con sombreros mexicanos en amarillo—. El desayuno casero está incluido. Espero que le guste a usted la variedad. Como yo le digo a mi marido, no soporto tener que guisar lo mismo todos los días. El señor Roddy tiene alquilada una unidad pero no toma el desayuno, baja al pueblo y toma un guisote grasiento en la fonda. —El linóleo hacía un dibujo demencial de muchos colores, el papel de pared una jungla de amapolas y orejas de elefante. La señora Pelky cantó su cancioncilla—: «... *des bottes mires pour le travail et des rouges pour la danse...*». Si quiere usted muebles y no le importa que sean usados, los tiene de segunda mano en el pajar que hay siguiendo el camino, que era el pajar nuestro, pero se lo vendimos al Dentista. Si aguanta usted al Dentista, que es un viejo asqueroso. Como llegan a hacerse algunos viejos, usted ya me entiende. —Con un trocito de queso hizo que su perrito se pusiera en dos patas pidiendo, y le contó a Dolor que otro perro, todavía más encantador que aquél, se lo había llevado el año anterior cuando estaba junto a la cerca, levantando la pata, un búho nival que salió volando con él bajo la luna.

El apartamento de Dolor estaba en el piso de abajo. Eran dos habitaciones largas con el suelo de tarima en declive y ventanas con cagadas de mosca que daban a un pequeño bosque de abetos. En la cocinita se paró a contemplar los fogones de gas, el frigorífico diminuto que apenas le llegaba a las rodillas, una mesa de esmalte blanco y sus sillas desparejas con las patas cromadas. En una de las habitaciones había una cama metálica, y ciertas noches llegaba el sonido de Liberace a través de las paredes.

Todas las mañanas la señora Pelky venía trabajosamente hasta su puerta, porque sufría de los tobillos, con un plato de cocina curioso; flores de naranja, pastel de cerdo y fruta, almejas picantes con puré de alubias, fiambre de lentejas o tortilla del pobre, que eran sopas de pan en leche caliente. El experimento era su pasión. Recortaba recetas de los periódicos y las pegaba en su «libro de cocina», que era un catálogo de sifones de principios de siglo; las recetas eclipsaban fotografías de aparatos fabulosos de ónice y mármoles, *breccia sanguinia* con vetas rojas y verde de los Alpes, con espitas relucientes y maderas caladas y escudetes de alpaca para los siropes. Por detrás de los recortes amarillentos de «Salsa de aperitivos» y «Estofado egipcio» asomaban el Ambassador de gas, el Autocrat con

doce espitas y brazos de caño doble para el agua carbónica. Dolor se comía todo lo que le llevaba, porque era mejor que sus propias combinaciones extrañas, sándwich de melocotones y col rizada, macarrones con vinagre, salmón de lata con queso rancio.

Necesitaba algunos estantes, una librería, una butaca, un aparador. Puso rumbo al pajar de los muebles de segunda mano y vio unas figuras voluminosas en el patio de entrada, unas mujeres desnudas inmensas, de tres metros y medio de alto, talladas en madera, con pechos como sandías, triángulos púbicos tamaño estandarte, ojos de mirada fija y pelo brillante, pintadas con esmaltes de exterior. Se alzaban entre cactus de madera con clavos en lugar de pinchos y abetos de contrachapado. Dentro examinó lavabos y cafeteras de dos galones, compases herrumbrosos y cabezas de hacha con fragmentos de mango aún cegando el ojo, sierras de mano y tronzadores, cuñas, leznas de marcar y pastecas de los viejos tiempos de la leñería.

El Dentista era patizambo y boquisucio; sus palabras venían empapadas en baba amarilla de tabaco.

—¿Qué, le han gustado mis niñas? Es mi *hobby*, tallar mujeres. ¿No sabe quién soy, eh?

—El que llaman Dentista.

—¿El que llaman Dentista? A mí me llaman *de todo*, desde demonio con dos asas hasta hijoputa con tres patas hasta imbécil con cuatro ojos. Otros me llaman Bizco. Cuando no me llaman *Dentista*, porque yo era el puñetero *afilador*, el que afilaba los dientes de las sierras. Porque ya no *queda* un puñetero hijo de puta que sepa distinguir entre un maldito diente Tuttle y un maldito diente Sterling, les das una tijera y no saben encontrarle los ojos. —Había trabajado en el monte antiguamente, llegó hasta el Pacífico y volvió, y la única gente que tenía valor para él eran hombres muertos, hombres cuyas hazañas y cicatrices jamás podrían igualar los mocosos del monte de ahora.

Dolor le compró dos sillas y una mesita, y una cómoda que tenía carretes de madera por boliches. Las sillas eran rectas, con asientos de madera cuarteada que pellizcaban el culo, pero para estar cómodo siempre se podría tumbar en la cama. Por las noches deseaba que Francine estuviera con él, olvidando durante largos momentos que era un invento suyo; había tirado la foto en Minneapolis. Oía la radio, era mejor que la televisión a

altas horas de la noche, la lejana música montañesa y sermones y promesas de curaciones desde las emisoras piratas de la frontera mexicana, tenía gracia que la señal pudiera llegar hasta Maine: ofertas de tónicos adelgazantes, pastillas para engordar, potros de plástico, anillos de zircón, cebos Yellow Boy, patrones para delantales, doce estilos por solo un dolar, raticida y lápidas de poliestireno, no envíe dinero, envíe su nombre y dirección a esta emisora, menos de un centavo cada cápsula, por cada pedido que llegue antes del 15 de diciembre recibirá además, absolutamente gratis, mientras dure esta oferta especial, exija el auténtico embalaje sellado de papel de estraza, un paquete de fármacos rigurosamente inspeccionados, si se encuentra usted nervioso e insomne por la noche. Él no sentía nunca que las voces se dirigieran a él, sino a los millones silenciosos tendidos en sus camas y sin poder dormir, que necesitaban Restali y navajas de resorte para poner fin a su sufrimiento. Él no era uno de éstos, sólo escuchaba por curiosidad, hasta que una noche oyó al doctor Bidlatter que decía, con su voz profunda, tranquilizadora, paternal: «¿Busca y no encuentra ayuda para sus problemas físicos o emocionales? ¿Se siente infeliz? ¿Está deprimido, preocupado, angustiado? ¿Se siente solo? ¿Le han dicho que todo son imaginaciones suyas, o que no le pasa nada y que lo único que tiene que hacer es olvidarse, tomar unas vacaciones, cambiar de trabajo, irse a vivir al sur, divorciarse? Si es así, usted podría beneficiarse de la hipnosis y la terapia de modificación de la conducta. Llame hoy mismo al 462—6666 y solicite hora con el doctor Bidlatter». Dolor anotó el número pero luego no llamó.

Había engordado un poco en el ejército. Seguía sin ser grande, pero sí enjuto y fuerte, elástico y con buen sentido del equilibrio. Pensó pedir el ingreso en el servicio forestal acogiéndose a la Ley de Veteranos, pero se colocó como desramador en una pequeña empresa de corta. Parfait Logging & Haulage. Durante todo el otoño y entrado el invierno trabajó doblándose sobre los árboles apeados con la motosierra, cortando una rama tras otra y acarreándolas a los montones de broza: un trabajo monótono, físicamente difícil, que recubría la ropa de pez y polvo de corteza, pero que, salvo el escape de la motosierra, se hacía en medio de fragancias resinosas. Ahorraba lo que podía y comía en el bar, donde poco a poco llegaron a conocerle de vista, y después aprendieron su nombre, y por fin se enteraron

de que había nacido en Random pero le habían sacado de allí siendo aún muy pequeño, y que no tenía noticia del paradero de ningún familiar vivo.

—Así que podría usted decir que es un extraño en su pueblo —dijo Maurice, que era el cocinero, camarero y limpiador, pero no el dueño. Su mujer, Jeanette, era la dueña, y él era sólo un empleado, sólo un humilde empleado oprimido, con su fregona o su espátula, hasta que llegaba la temporada del ciervo y se metamorfoseaba en cazador de dedo letal sobre el gatillo. Pero ni Maurice ni nadie se acordaba de los padres de Dolor. La familia había vivido en el municipio, él había nacido allí, no habían dejado huella.

En diciembre, después de una nevada ligera, la temperatura subió a más de cinco grados y de pronto el aire se cargó de una dulzura inefable, como un perfume de flores invisibles. ¿Era una fragancia traída en el viento desde los trópicos, o el aliento contenido del verano, liberado por el deshielo intempestivo? Duró tres días y después desapareció, cuando una masa de aire frío descendió del Ártico y cayó nieve nueva, lavando el aire de todo olor, cubriendo las hojas en descomposición y la tierra desnuda, la hoja única de la orquídea de bosque, la madre selva tendida como un alambre morado entre las peñas, el peso blanco cada vez mayor tuyendo la lengua de ciervo, doblegando los penachos de la vara de oro marchita.

Los fines de semana Dolor no sabía dónde ir, y se entretenía sólo leyendo *Aventuras de la Vida Real* y *El Caso Criminal* y tallando una chica desnuda en un tablón de pino, convencido de que le saldría mejor que las mujeres colosales del Dentista, o viendo la tele. Lo único que se podía hacer en Random era emborracharse en el bar o conducir por las carreteras hasta atascarse en un dique de castores.

Una noche vino el viejo Dentista como una tromba, rebotando en las paredes, plom, paf, colgándose del timbre estentóreamente y voceando «Señor Gagnon, *por qué puñetas* no contesta al timbre de su puerta», hasta que Dolor abrió y se quedó mirándolo.

—El Dentista sólo viene a beber una *copila* —dijo. Entre los marchitos brazos traía una bolsa con cervezas, en el bolsillo del pantalón una frasca de *whisky* barato y en la mano otra medio vacía. Dolor le guió hasta una de las sillas.

—¿Cree que estoy como una cuba, verdad? Pues no, *no estoy* como una cuba, se me notaría.

El Dentista miró al techo, a los estantes de la pared, a la cabeza de ciervo medio tallada, a las esquinas de la habitación, y señaló con la cabeza al estuche que había al pie de la cama.

—Eso es un acordeón, ¿a que sí? —Bebió un trago.

—¿Se acuerda de aquel marcador que *pasó* por aquí un invierno? Estuvo un par de semanas y *se fue*, pero qué cantidad de canciones se sabía, el muy hijo de puta se sabía un centenar de canciones, se las sacaba de la cabeza. Tocaba el *fuelle* y cantaba como un perro al que le retuercen los cojones. ¿A que no querrá oírme a mí una?

—Adelante —dijo Dolor.

El viejo cruzó los brazos sobre el pecho, y marcando el compás sonoramente con un pie se puso a cantar con una voz firme y de asombroso volumen, aunque casi no abría la boca.

*Escuche toda la buena gente,  
voy a cantar con mi acordeón.  
Ésta es la historia de Dan el valiente,  
que en Maine llegó a su perdición.  
En el Penobscot frío, en el salvaje Penobscot.*

La voz segura se fue haciendo más fuerte y más dura al cantar, mientras echaba las frases al aire como bicheros. Era cantar pero era también hablar, una especie de recitado dominante y rítmico que arrastraba al oyente adentro del cantor, derecho al monte de antes, el tintineo de las cadenas de arrastre y el resoplido de los caballos, el crujido de los trineos cargados.

*Veintitrés años no había cumplido  
cuando hizo madre a su esposa bella;  
y tenía un truco muy bien sabido  
de hacer las cosas sin dejar huella.  
En el Penobscot frío, en el salvaje Penobscot.*

Dejó de cantar y bebió *whisky*, y no reanudó la canción. Cuando Dolor le pidió que siguiera, dijo que él jamás había cantado una nota en su vida, que qué daban esa noche en la televisión, ¿no era el día de *La red*? Pero encontraron a Myron Floren tocando «Tico Tico» en el programa de Lawrence Welk y el Dentista hizo como que le daban náuseas.

—Yo no me compraría un Dodge —dijo—, como no fuera un Power Wagon de esos.

## **Tú eres mi sol**

Uno de los operadores de cables no hacía más que mirarle, y un viernes que era día de paga se le acercó. Era un hombre alto, cargado de hombros, con los ojos claros y un corte de pelo como el culo de un pato, reluciente de brillantina.

—Sabes una cosa, yo a ti te recuerdo seguro. Ya lo creo que te recuerdo. Ibas un par de años por detrás de mí. Yo estaba en Birdnest cuando estabas tú. Sé que estabas. Tú eres Frank. Me acuerdo de ti, cómo te quitabas de en medio cada vez que pasaba algo. A mí me metieron allí cuando mis padres se mataron en aquel jodido puente, aquel puente que había bajando la cuesta a la entrada del pueblo. Supongo que mi viejo iría borracho; me dicen que bebía mucho. Venía persiguiéndoles la policía y se estrellaron; rompieron la barandilla y se fueron derechos al río. Aún deben estar allá abajo, porque no pudieron sacarles. No les encontraron. La corriente es demasiado fuerte. He pensado muchas veces cómo sería bucear por ahí y echar una ojeada. A lo mejor todavía hay algo de ellos, un reloj o una cartera debajo de una piedra. He pescado ahí, poniendo un plomo gordo y un anzuelo vacío, a ver si enganchaba la cartera de mi padre. Pero hasta ahora no ha habido suerte.

Dolor le miró, la cara huesuda, las orejas como asas de cántaro y una nariz encajada entre los ojos de mirada ancha y azul diluido y un labio superior muy curvo, que daba a la boca la forma de un arco de *croquet*. El pelo, áspero, le crecía más tupido que la hierba. En la mejilla derecha tenía un chirlo como una hoz, de un fragmento de metal que le saltó del borde del hacha una mañana fría en que estaba partiendo astillas para la lumbre.



—Esto me lo hice el invierno pasado. Me lo ve el capataz y me dice: «Dos cosas hay que no se debe hacer nunca, y una que sí. Nunca dejar la hoja demasiado afilada, y nunca dejarla toda la noche al sereno, porque se pone quebradiza. Y lo mejor que puedes hacer con un corte es que te lo lama un perro». Como que yo iba a dejar a un perro que me babease toda la cara.

Dolor no se acordaba de él. Negó con la cabeza, se encogió de hombros y sonrió.

—¡Claro que te acuerdas! Wilfred Ballou. Mira esto.

Cruzó y descruzó las piernas y los brazos rápidamente, torció la cara con visajes de demente, bailoteó de puntas y tacones doblando las rodillas, sacó la lengua como un relampagueo gomoso, subió y bajó las orejas.

Dolor se echó a reír.

—¡Winky! Winks. Válgame Dios. Sí, claro que me acuerdo. Siempre tenías problemas con la señora Breath. Cada vez que pasábamos por delante del despacho te veíamos allí dentro como esperando la silla eléctrica.

—Wilf, no Winks. Odiaba ese nombre asqueroso de Winks. Pues mira, conocí una vez a un tipo que sí iba camino de la silla eléctrica. Tuve un lío al salir de aquel Birdnest de la mierda, y me dieron a elegir, o entrar en los *marines* o ir a la cárcel. Eso era en el 52, y no era mucha la diferencia, porque si me enrolaba lo más probable era que me mandasen a Corea. El caso es que me dijeron que me tomara una noche para pensarlo en la cárcel del distrito, y allí estaba preso aquel tipo que acababa de matar a su hermano por una mujer. Los dos querían a la misma. Más tarde le cayó, le cayó la silla eléctrica.

—¿Y tú que escogiste?

—Ah, yo entré en los *marines*. Fui a Corea. ¿Ves esto? —Se desabrochó el cinturón, se bajó los pantalones y enseñó la nalga izquierda, y Dolor vio una depresión del tamaño de un puño, una masa de cicatriz fibrosa—. Ése es el recuerdo que llevo. Pero mira, gracias a eso volví. Cuando acabé la rehabilitación y pude volver a andar me fui a Old Rattle Falls, me metí a trabajar en la construcción y conocí a Emma, mi mujer. Ella es de por aquí, nacida en Honk Lake. Tenía familia por toda esta zona, y en vista de eso nos vinimos. ¿Y tú qué haces aquí?

—Yo nací aquí. Mi gente se largó hace mucho tiempo. Y yo estuve en el ejército. En Alemania. —Dolor no sabía qué más decir.

—Dicen que tocas el acordeón.

—¡Anda ya! ¿Quién te ha contado eso?

—Los tíos de mi mujer, los Pelky. Los que te alquilan la casa. Te oyen. Dicen que aún tienes mucho que aprender. Que eres bastante malo.

Dolor se puso muy colorado.

—Yo de eso no sé nada. Lo cojo sólo por pasar el rato. Me lo encontré en un taxi al salir del ejército. Mi padre tocaba el acordeón; no éste, otro, con teclas como de piano. Se quemó en un incendio cuando yo era un recién nacido. Él nos salvó a mí y a mis hermanos, pero el acordeón se quedó inservible y él perdió la vida. Por eso fui a parar a Birdnest. Con el acordeón sólo me entretengo. No sé tocarlo.

—¡No me cuentes cuentos! Si me hubieran dado un dólar cada vez que he oído esa historia, iría en Cadillac. Todos los críos de Birdnest decían lo mismo; que papá se mató por salvarles de ahogarse o de un incendio o de un accidente de coche. Papá se largó, y ya está. ¿No es así?

—No lo sé. Yo era muy pequeño para enterarme de nada. Lo que sí es cierto es que su acordeón estaba todo quemado, así que incendio sí que hubo.

—Lo que te digo es que mi viejo se murió por ir tan borracho que se salió de la carretera y mató con él a mi madre, y si estuviera vivo en vez de muerto yo mismo le mataría por lo que hizo. Pues deberías tocar en serio ese acordeón. Ahora pásmate: yo toco el violín. ¿Lo puedes creer? Todavía no se me da muy bien, pero no tenemos ratones en la casa. El padre de Emma toca el violín. Y bastante bien, para el que le guste la música vaquera, todo eso del Grand Ol'Opry. Sabes lo que te digo, que deberías practicar con el acordeón. Pero bueno, tienes que venir por casa y nos tomamos unas cervezas. Lo que tiene vivir aquí es que hay dos cosas que les encantan: la música y la bebida. Ya lo creo que les encantan. Y bailar. Todos los viernes hay baile en el centro Yvette Sparks.

Dolor dejó pasar un mes. Cuando por fin se animó a ir en la camioneta, fue sin el acordeón. La cocina era muy pequeña y limpia, con cortinas en la ventana, una foto de boda de Emma y Wilf en un marco redondo, salero y pimentero en forma de molinos de viento. El calendario estaba sujeto a la pared con una chincheta verde, y sobre el frigorífico pendía un cromo de Jesús con el corazón en carne viva como una víscera en el mostrador de una

carnicería. Apoyado en la mesa de Emma, Dolor escuchó cómo Wilfred aserraba el violín.

—Por favor, Wilf, yo no sé tocar, pero el ruido que hago es mejor que eso —dijo—. En la vida he oído cosa más mala.

A la siguiente vez que fue a Millinocket compró en Yip-I-O Music un método de acordeón de botones, y al cabo de diez días de sudar y equivocarse y echar maldiciones aprendió a tocar «Tú eres mi sol» y cantarlo a la vez, lo cual era como darse palmadas en la cabeza y frotarse el estómago. Y pagó el primer plazo de un tocadiscos de los que servían para los nuevos discos de larga duración, que eran más finos que una moneda y estaban hechos de un plástico con nombre de trabalenguas, cloruro de polivinilo.

Bajo la mirada de Wilf y Emma abrió el estuche del acordeón. «Vosotros lo habéis querido», dijo, «así que aquí está». Cuando llegó al estribillo se le unió Wilfred, tocando de oído su colofoniado violín. A los dos les rescató de su propia ineptitud el asombroso sonido que hacían los instrumentos juntos, un sonido sólido, maravilloso, «¡Me cago en los osos!», dijo Wilf «Sonaría *bien* si supiéramos tocar los malditos chismes. Está muy bien tu acordeoncito».

## **Camión de pasta de madera**

Aquel invierno fue a casa de ellos los sábados por la noche; su achacosa camioneta estaba tan a menudo averiada que la mitad de las veces iba por su pie, con nieve o cellisca en la cara, o un frío intenso que le helaba los pelillos de la nariz, le daba dolor de dientes y le dejaba insensible la mano por donde se le iba clavando la correa del estuche. Al hombro llevaba un morral con seis cervezas que llegaban medio congeladas. El acordeón tenía que estar una hora templándose sobre una silla de la cocina para poderlo tocar. Emma estaba siempre un poco compuesta, con el pelo rizado y colorete en las mejillas como para ir a una invitación. Entre el vestido de falda acampanada y los zapatos de tacón alto bicolores, *beige* y blanco, ponía algo así como un ambiente de fiesta para los tres. Dolor y Wilf bebían cerveza y hablaban de los tiempos de Birdnest como si hubiera sido una

buena época, y mientras tanto Emma organizaba la cena, siempre con algún plato especial, y se bebía una o dos cervezas en un vaso antiguo de vidrio ámbar salpicado de puntitos que había llegado hasta ella al morir su abuela. Dolor dejaba un billete de cinco dólares debajo de su plato, su contribución al estofado o al cerdo con piña o al *curry* de atún sorpresa que Emma sacaba del manual de cocina de Betty Crocker.

—Yo no hago esos guisos franceses de antes que hace mi madre, *ployes*, ni las judías estofadas que tardas tres días en hacerlas, las *tourtières*.

Si Dolor acababa borracho se quedaba a dormir en el sofá que olía a rata, tapado con un edredón de estilo francés.

Ella había salido al depósito de leña de la entrada y Dolor dijo: «Tienes suerte, Wilf, haber encontrado una buena mujer, tener un niño».

—No es tan difícil. Dolor. Primero encuentras una chica, luego te casas, y los niños se hacen con un par de cartones viejos y tirarte a la parienta en plan regular —y se calló al ver que Emma volvía a entrar, cerrando la puerta de un puntapié. Emma metió los troncos en la leñera, golpeando uno grande con el gancho del fogón hasta que cayó. Había oído lo último.

—A ver qué hablas con esa boca sucia —dijo—. No vaya a ser que empieces a echarlo de menos en plan regular. —Dolor no supo si reírse o callar. Emma se sentó a la mesa—. ¿Sabes lo que quiere decir tu nombre? —le preguntó.

—No. ¿Qué?

—Irregular —dijo Wilf.

—Ahora sí que te lo has jugado —dijo Emma; pero para Dolor añadió:

—*Doukur. J'ai une doukur dans les jambes*, me duelen las piernas.

—Y es la verdad —dijo él—. Sí que me duelen.

—Mejor *j'ai une doukur* en el culo —dijo Wilfred.

A eso de las nueve pasaban a la música. El niño estaba dormido, y Emma guardaba el último plato y sacaba del armario su pandereta, con el parche ennegrecido por el roce de los dedos. Wilf afinaba el violín, dando siempre las mismas notas deformadas al tensar las cuerdas en busca del *mi* y el *y* y el *re* y el *sol*; el acordeón iba tomando una bocanada de aire cálido y por fin soltaba un acorde tan sonoro que sacudía la cocina y hacía temblar la cerveza en los vasos. Se calentaban con «Sonrisas», «Mi cielo azul», «Jarrita marrón» y lo clásico de Dolor, «Tú eres mi sol», y luego intentaban cosas que Wilfred sacaba de oírlas en la radio, «Largo de aquí», «Kansas

City» y «Baila conmigo, Henry», parecidas pero no igual, transformadas según lo que él sabía tocar, y Dolor le seguía, a veces adivinando mal, pero les salía bastante bien y cada vez mejor.

Cuando llegó el verano, y al hacerse las tardes más largas pudieron quedarse en el porche tocando y bebiendo y aplastando mosquitos, tenían dos docenas de canciones, montañesas, populares, un himno para la mañana del domingo. De vez en cuando no tocaban, sino que se iban al baile que había en el motel de Random, donde una banda local, The Saw Gang, tocaba «Purple People Eater» cinco o seis veces, fuerte y rápido, y en las pausas los bailarines se apiñaban alrededor de una tina con hielo y cervezas.

—Coño, nosotros sonamos igual de bien —decía Wilf—. Eso que están tocando es una paparrucha.

—Nosotros somos mejores. —Pero Dolor veía lo que necesitaban los bailarines, un ritmo fuerte y constante que les hiciera brincar y lanzar los pies aunque estuvieran medio muertos.

En 1957 Wilfred se despidió de Parfait Logging y se puso a conducir un camión Saint Cloud de pasta de madera desde Maine hasta el estado de Nueva York, a veces hasta Massachusetts. Cuando tenía ocasión visitaba las tiendas de música de los pueblos y volvía con más discos. Compró uno grande que en la funda tenía tres hombres con caretas extrañas forcejeando con un caimán: *Mardi Gras con Bill Cajun y sus Osos Meleros*. Lo escucharon un par de veces. Wilf empuñó el arco y trató de seguir la música pero era demasiado, y Emma, con pantalones estrechos a media pierna y bailarinas, y las manos unidas ante sí sobre el hule de la mesa, cogía fragmentos de las letras en francés de las canciones y los repetía: «*acheter du coton jaune... à bal chez Joe... 'coûte toi-même...*», pero se callaba cuando de debajo de la aguja salían sollozos y jadeos de aflicción. Cuando acabó el disco Dolor intentó repetir lo que había oído y se lanzó al compás doble, pero sacó sólo un poco. Se les daban mejor las canciones populares, y de vez en cuando alguna cosa vaquera.

Emma, bajita y culona, con ojeras oscuras, dijo:

—Tiene gracia que siendo francés no lo sepas hablar.

«Sí». Ya sabía él la gracia que tenía, verse despojado de su nombre, perdido el idioma, cambiada la religión, el pasado desconocido, borrada la persona que había sido durante sus dos primeros años de vida. Veía que la familia retiene las identidades de sus miembros como una taza retiene el

agua. La persona que había sido de niño, un niño que hablaba francés, con una madre y un padre, hermanos y hermanas, la había disuelto el ácido de las circunstancias y de los accidentes. Él seguía siendo aquella persona. Algún día haría el regreso, como un insecto que rompe su envoltura de invierno y sale, se despertaría hablando y pensando en francés, sería un hombre alegre con muchos amigos, su familia perdida volvería. Y siempre veía esa transformación ocurriendo en una habitación tibia, dominada por una estufa de leña. Había una puerta azul y alguien tosía. En francés.

## La música francesa es difícil de encontrar

—Oye, mira, Wilf, las canciones que intentamos tocar, yo no sé en qué consiste, pero no es lo que yo quiero. Hay un tipo de música que yo quiero tocar pero no sé qué es. Esto con lo que nos estamos entreteniendo, ¿qué es? Cosas que dan por la radio, «Michael lleva la barca a la orilla», «Tom Dooley». Música folk. Es como si no fuera música de verdad. Es algo ajeno, ¿entiendes lo que te quiero decir?

—Creí que te gustaba el Kingston Trio. Nos hemos pasado dos meses intentando sacar «Scotch con soda». ¿Qué quieres hacer, «Surfin'»? ¿Qué tal un poco de *rock and roll*, «Zapatos azules de ante»? ¿Te gusta Pelvis Presley? «¡Ah-ja ua-ha-han yi-jú!». Oye, ¿viste aquella película. *Blue Hawaii*? Qué plasta era. ¿O quieres *blues*? ¿O hacer gárgaras como Lawrence Welk? *Blo blo blo blo*. Espero por Dios que no. Yo no quiero tocar cosas así.

—No, no, no. Escucha, ¿existe la música francesa? Quiero decir, ¿no hay una clase de música que sea así como francesa? Quiero decir, ¿y los franceses de aquí?

—Yo no sé. ¡Emma! ¿Existe alguna música de los franceses?

—Sí. *Oui*. —Su voz salía del cuarto del niño—. Hay un montón de *gigues* antiguas y *reels* para bailar. Por esta zona ya no queda nadie que la haga. Habría que subir a Quebec, probablemente. Si es que allí la siguen haciendo. Es música para violín, piano y acordeón. Deberíais consultar a mi padre. Ése es el tipo de música que él tocaba. Tiene un montón de discos antiguos de setenta y ocho, Starr; yo recuerdo aquella «Reel du pendu», del

ahorcado. Mi padre tiene como cincuenta o sesenta de esos discos antiguos. A veces le da la vena y toca un poco, pero ahora ya muy de tarde en tarde.

—Y está la cosa *cajún* —dijo Wilfred—. Eso es francés. Pero, por favor, yo no soy capaz de cantar así, suena como si les estuvieran arrancando las tripas con tenazas. ¿Tú quieres que intentemos sacar una de éstas? ¿«Jóle Blon», por ejemplo? Ahora ha salido otro disco de Jimmy Newman, *Música Folk del Bayou*, el otro día oí un trozo por la radio, en una emisora de New Hampshire, pero yo no soy capaz de tocar ese estilo de violín ni con lanzallamas. Es una cosa muy triste, pero al mismo tiempo realmente difícil. Mira, lo que tendríamos que hacer tú y yo es salir de aquí, salir de la cocina y acercarnos a oír lo que se hace por la zona, alrededor de Random, en Millinocket, en los bares de carretera de la Ruta 30. Asomarnos a unos cuantos bares donde toquen en vivo. Hay que salir de la cocina. — Estaba hojeando el último número de *Pkyboy*, medio atento a Emma que venía por el recibidor, Emma que iba a decir: ¿Salir de aquí? Si lleváis saliendo toda la semana. Deberíais probar a quedaros en casa para variar.

—Podríamos hacer eso.

La puerta del dormitorio chirrió en sus goznes, y Wilf metió la revista en el estuche del acordeón de Dolor.

## Salir

El padre de Emma, que en los fines de semana era armero y se echaba el violín al hombro como si fuera un rifle, bajó el volumen de *Maverick* y dijo que todos los Starr antiguos los había llevado al vertedero hacía cuatro o cinco años. Habían estado lanzándolos al aire y tirándoles tiros con la escopeta.

—Fue muy divertido. Eran viejos y estaban destrozados. Pero había ahí música muy buena. Yo me los sabía todos; ¡lo que aprendí! La Madelaine, todo el mundo tenía sus discos; ése te hipnotizaba. Venía del monte, había aprendido a tocar el violín de su padre, la manera de tocar a la antigua. Tradicional, se entiende. Pero Soucy, ése era un genio. No ha habido nadie que tocara como él, ni siquiera éste que toca ahora, ¿Jean Carignan? Por eso me pasé yo al montañés, porque ahí había demasiados buenos. Luego vino

el acordeón pegando fuerte, conque me interesó y aprendí a tocar un poco. Antiguamente hacíamos fiesta en la cocina, venía todo el mundo, se bailaba, pero ¡las casas nuevas, nuevas de ahora, las prefabricadas! Las habitaciones son demasiado pequeñas. Así que hay que alquilar una sala de fiestas, irse a una sala de fiestas o algo que tenga bastante sitio.

Dolor trató de imaginarse la música de antes.

Al sábado siguiente por la noche se pusieron de punta en blanco, con americana, Wilf una camisa rosa medio abierta. Dolor de negro, y probaron los bares de Bertrandville. Emma no pudo encontrar quien cuidara del niño y tuvo que quedarse. En el North Star había un guitarrista gimoteando el «Vals de Tennessee». Pidieron cerveza Bud.

—¿Y la música *country*? ¿Recuerdas aquella noche que intentamos hacer «Abilene»? Sonaba bastante bien.

—Sí, puede. —El guitarrista maullaba «¿Quién tiene la culpa?».

—Desde luego, la guitarra es una estupidez.

Siguieron por la calle hasta un rótulo de neón que primero guiñaba COCKTAILS y luego se convertía en una copa con una aceituna verde y roja. Dentro pidieron *whisky sour*, que sonaba muy fino e iba con la música, un saxo tenor, un órgano y un negro calvo de otro sitio pasando escobillas por las membranas de la batería y meneando la cabeza como si no pudiera creer que estaba en Maine. Cuando salieron la calle estaba vacía pero los rótulos parpadeaban, y siguieron de bar en bar. A Dolor se le enganchó la manga de la trenca nueva en la punta de un clavo y se hizo un desgarrón.

Oía al pasar retazos de francés.

—*Je m'en crisse!*

—*Mange de la merde!*

Al cabo de un rato tuvo la impresión de poder hablar en francés y probó a decir palabras que sonaban a francés, pero era como hablar a los pollos: el tono le salía, pero sin sentido. El lado sumergido de Wilf fue destapándose bajo la influencia del *whisky* hasta ponerle en un estado de ánimo homicida. Dolor se acordó de la mirada extraviada de Winks con la bandeja del almuerzo.

—Odio conducir ese maldito camión —chillaba, y empezó a dar puñetazos, a tirar del abrigo por detrás a los desconocidos y lanzarles tajos al cogote con el filo de la mano; pretendía saltarles los ojos y morderles. Dolor le llevó de vuelta a Random en el camión, que hacía eses por la



carretera y patinaba hacia los árboles y otros faros; le metió en casa forcejando. Emma le miró con reprobación y dijo: «Estarás contento».

—Reconozco que no ha sido muy buena idea. —Sintió ganas de abalanzarse sobre ella.

Quizá la salida más loca fue una noche nevosa de marzo en que la emisora de Penobnocket anunció que había metido cinco mil dólares en una botella de Coca-Cola y la había escondido en el pueblo. Hombres, mujeres y niños acudieron de cientos de kilómetros a la redonda, se pasaron dos días apaleando nieve y registrando las habitaciones (le los moteles, arrancando las cabinas telefónicas de las tabernas, invadiendo la sala de justicia, la oficina de correos, los garajes y la oficina de extensión agraria, y asaltaron incluso la propia emisora, hasta que la policía del estado desconvocó el asunto y despachó a cada cual a su casa. Wilf oyó decir después que la botella estaba escondida en el maletero cerrado del coche del dueño de la emisora. ¿Allí quién la iba a encontrar? Y se negó a volver a oír aquella emisora, a pesar de que donaron el dinero para hacer un parque infantil.

## **Malos pensamientos**

Al ponerse el sol en el monte cada vez más oscuro, viendo brotar el pálido serrín bajo los dientes de la cadena de corte, sintió otra vez el dolor en las piernas, y lo achacó a la dura jornada completa, a las semanas y los meses fríos que pasaba agachado, sosteniendo la sierra en ángulos incómodos que le agarrotaban la espalda. Y a tener que empujar los troncos y girarlos para alcanzar las ramas pilladas debajo, sintiendo el aliento salir a borbotones entre los labios cortados y agrietados, las gotitas de escarcha en los pelos afeitados de la barbilla, el olor a aceite y escape de motor de dos tiempos, a resina y madera abierta y agujas trituradas, el olor de la nieve y de sus propios sobacos malolientes y del humo del tabaco, y pensó si se pasaría el resto de su vida haciendo aquello. ¿Estaba loco por Emma? Pensó que quería la vida de Wilf Sabía que deseaba a Emma, en lo más profundo por ser francesa, por haberle hecho un hijo a Wilf y por sus docenas de parientes, los clanes Comean y Pelky, las complejas interrelaciones de sangre que por arriba se extendían hasta más allá de la frontera y la orilla

sur del San Lorenzo, y por abajo atravesando Nueva Inglaterra hasta el sur y Luisiana, tíos, primos, primos segundos, cuñadas de tías, hermanos y hermanas con sus maridos y sus mujeres y sus hijos. La riqueza de la sangre. Él soñaba ideas sentimentales de familia a través de melodías mientras cortaba a lo largo del tronco, intentando aserrar con ciertos ritmos, aunque las ramas fastidiosas le estropeaban continuamente la canción, pensando en aquellos discos perdidos, las etiquetas azules y doradas reduciéndose a polvo en el vertedero, la música de violinistas muertos, algo que sonaba a irlandés pero con más *swing*, una línea de música con tropezones encadenados, cargada de adornos pero rota y perdida entre los colchones mojados y las mondas. Había algo en el acordeón verde que le repelía. Notaba los botones desgastados por los dedos del dueño anterior, la correa torcida para ajustarse a otro pulgar. Mugre antigua llenaba las juntas y las grietas: polvo de la tarima de salas de baile, grasa humana, motas de materia descompuesta, pelusa, migas. Un acordeonista espectral se colaba en el cerco de sus brazos cada vez que cogía el instrumento. Deseaba a Emma, sí, pero también deseaba que siguiera estando con Wilf. Entonces, ¿qué podía ser? Un matrimonio con dos maridos y espantosas intimidaciones. O a lo mejor Wilf se moría y él la conseguía. Este deseo vino a servirle de plantilla para pensamientos torcidos, y sin razón alguna empezó a vigilar si orinaba sangre, temiendo que la orina fuera pardorrosa al caer en la nieve, aunque no había motivo para tal temor. Después, durante semanas, cogió la costumbre de contar el tiempo que tardaba en vaciar la vejiga. Una mañana llegó a cuarenta y dos segundos, y esperó morir de una hernia interna en el futuro inmediato.

## **La primera actuación**

Estaba cosiendo un desgarrón de alambrada en la pernera de unos pantalones de faena cuando oyó el silbido de unos frenos de aire, un motor en punto muerto, luego pisadas como de caballo en el camino de baldosas de los Pelky. La puerta de fuera se cerró de golpe, y Wilf cruzó la entrada al galope e irrumpió en el piso. Allí se lanzó al frigorífico, sacó dos cervezas, las abrió, dio una a Dolor y entrechocó los bordes espumeantes.

—¿A qué viene todo esto? —dijo Dolor—. ¿Te han elegido Conductor del Año?

—Tenemos trabajo. Una actuación. Uno que yo conozco, camionero, conductor de camión, quiere dar una fiesta sorpresa para el cumpleaños de su mujer. Nosotros ponemos la música. Tú y yo. Nos pagan. Veinte dólares. El sábado por la noche. Atiende, tenemos que practicar. Hay que hacerlo bien. Después de esto tocaremos mucho, lo sé, si lo hacemos bien. Venga, vamos a practicar. Esto es lo mejor que nos ha pasado en la vida. Ya estamos en marcha. Ven al camión, mira lo que he conseguido: un amplificador y un par de bocinas de altavoz, excedentes del ejército. Venga, ¿qué diablos estás haciendo, cosiendo en un momento como éste? Maldita sea, como un tonto francés.

Estaba tranquilo cuando llegó la noche fijada. Se acordaba de todas las notas; las escalas rápidas le brotaban de los dedos sin esfuerzo, el compás salía enérgico, fuerte para bailar. Pero durante la primera hora fue como si nada, porque Wilf temblaba de nerviosismo. Temblaba tanto que no acertaba a afinar el violín, y tensó demasiado el arco y se le fue la rosca, y tuvo que usar el arco viejo, al que le faltaba la mitad del pelo; y cuando se puso a tocar le temblaba la mano ferozmente, daba las notas entrecortadas y lloronas, y se le olvidaban las melodías.

Dolor se maldijo por no haberse fijado mientras se instalaban. Las bocinas de altavoz eran circulares, de fundición, pintadas de color caqui. El amplificador Bogen, bajo su capa de polvo, era un bosque de válvulas. En la atiborrada cocina no había sitio para colocar nada del equipo, y al fin tuvieron que poner una de las bocinas en lo alto del frigorífico, la otra sobre una silla junto a la puerta de servicio, y el amplificador encima de la placa de atrás de la cocina eléctrica. Se calentó y soltaba un zumbido constante. Wilf estaba desquiciado.

—¡Mierda de chisme, qué pesadez!

—¿Qué falta nos hace? —dijo Dolor—. Si no es más que en la cocina, se nos oirá bien.

—¡Qué va! En cuanto empiece el baile y el pataleo y las risas y los portazos, no nos oirán. *Hay* que usar amplificador, es lo profesional.

Sacudía las manos continuamente como si las tuviera mojadas, y cambió la orientación de las bocinas cinco o seis veces, hasta que Big Bubbie, que ya estaba borracho, chilló: «¡Venga esa música!». Su mujer

estaba pálida de ira. Realmente había sido una sorpresa y nada agradable, porque su cumpleaños había pasado sin pena ni gloria dos semanas antes; y ese día, atormentada por feroces retortijones de la menstruación, teniendo a los dos niños con una tos de pecho que se deshacían, andaba dando tumbos con una bata rota, con la casa hecha un horror de calcetines por el suelo, platos sucios y bolas de pelusa, cuando empezaron a llegar coches y camiones, vomitando desconocidos que le deseaban feliz cumpleaños, encendían cigarrillos y se ponían a beber.

Dolor y Wilf, vestidos con camisas rojas a juego y zapatos de suela de goma, se encogieron en un rincón de la cocina. La gente que salía por la puerta de servicio tropezaba continuamente en el cable del altavoz. Big Bubbie no hacía más que gritar: «¡Va bueno!». La puerta del frigorífico se abría cada diez segundos, bamboleando la bocina de arriba. A Dolor le pareció que los altavoces daban un sonido chillón, que se tragaban todos los bajos y emitían con tal fuerza penetrante las notas del violín de Wilf que parecían venir directamente del infierno.

—¡Descanso! —gritó a Big Bubbie cuando vio que a Wilf se le resbalaban los dedos del diapasón como un disco de *hockey* sobre hielo nuevo. Tiró de él al patio, y atravesando un tapón de bebedores le llevó al sosiego del garaje y le dio una cerveza. Tenía los ojos en blanco de puro pánico.

—Coño, bébete eso y tranquilízate. Estás nervioso.

—Ya lo sé. Es por todas esas caras que nos miran. Hay una pareja que está todo el rato intentando bailar, y yo pienso: «Mecachis, la voy a cagar y se van a parar y me van a echar una mirada asesina», y lo hago y lo hacen y me dan ganas de salir corriendo. ¿Qué me pasa, estoy loco o qué? Y la mujer de Bubbie, ¿no ha hecho señas de que nos largáramos? Me parece que voy a vomitar.

—No pasa nada —dijo Dolor—. Ya se suavizará. Es divertido. Tú lo que tienes que hacer es no mirar a nadie. Mírame a mí, hazte la idea de que estamos en tu casa con Emma, que estamos tomando unas cervezas y tocando por darnos ese placer. De todos modos les está gustando, menos a ella, incluso cuando nos perdemos. Les gusta oír sonar los instrumentos ahí en la cocina, les pone contentos. Yo me siento contento. Tu compadre Big Bubbie está feliz. He oído que otro le decía que era la mejor fiesta que habían conocido. Todo el mundo está a gusto menos la mujer de Bubbie, y

se amansará cuando toquemos «Cumpleaños feliz». Anda, ánimo. No nos está saliendo mal. Salvo esos condenados altavoces, que suenan a estación de tren.

Wilf se calmó mirando rígidamente a Dolor; y entonces atacó las notas con brío y limpieza, los acordes de verdad, con una especie de brincos caprinos en su manera de tocar que antes no había hecho jamás, sacando un sonido atrevido y garboso. Dolor sacaba buena música del fuelle, redonda y competente, a pesar de los malos altavoces, muy por encima de su nivel habitual. Los bailarines les sacaban la música de dentro. La gente bailaba chocándose con el fogón y con la mesa, el suelo de la cocina se ondulaba, la mujer de Bubbie fregaba y estampaba los platos limpios en el escurridor, había quienes bailaban en la puerta y fuera en el patio, y fue entonces cuando alguien cerró de golpe el frigorífico y el altavoz rodó, y del hombro de la mujer de Bubbie cayó al agua de fregar, donde simultáneamente se rompió, explotó y produjo una descarga salvaje que hizo que a la homenajeadada se le pusieran los pelos de punta y la arrojó tambaleándose al montón de danzantes.

Pasaron unos minutos de caos hasta que Dolor arrancó los cables de los altavoces y desenchufó de un tirón el amplificador. La mujer de Bubbie, blanca, temblaba en una silla mientras su marido lloraba sobre su regazo pidiéndole perdón; alguien trajo un vaso de *whisky*, otro una lata de cerveza, otro un paño para secarle las manos mojadas, otro una manta cubierta de pelos de perro, y al cabo de media hora, después de tres vasos de *whisky* y excusas abyectas del marido, se había recobrado lo bastante como para ordenar que —sin amplificación— recomenzara la música.

—Te lo dije —dijo Dolor, sintiendo que era el momento adecuado para tocar «Cumpleaños feliz» en tiempo de vals y seguidamente pasar a algoailable con mucho ritmo. Un poco después llegó uno de los niños escurriéndose entre los bailarines y dijo; «Mamá, está saliendo humo de la pared».

A las dos de la mañana, cuando ya se habían ido los bomberos, se despidieron; los despojos del sistema de sonido repicaban en la trasera del camión; el aliento caliente de los dos empañaba el parabrisas, y Dolor no hacía más que despejarlo con la mano, y Wilf le pasaba la botella de *bourbon*. Iban fuera de sí de gozo, gimiendo, riendo, oyendo aún la música, viendo aún como un gentío saltaba y movía los pies y se cimbreaba y se

apretaban unos con otros porque habían tocado las veinte canciones que sabían, viendo aún el fogonazo en el fregadero y sintiendo el alivio de que la mujer de Bubbie, que no se había muerto, mirase a su marido y entre labios rígidos y descoloridos dijera: «Cabeza de chorlito».

—¡Qué noche! —dijo Dolor—. Sin esos condenados altavoces habría estado bien.

—Sí, menos al principio cuando yo no daba pie con bola. No sé lo que pasó, que me puse a temblar.

—Si descuentas eso y descuentas que casi electrocutamos a la mujer y les quemamos la casa, ha estado bien.

—Lo del fuego fue culpa de Bubbie, por poner papel de aluminio en la caja de los fusibles.

—Otra cosa. Antes de que empezara el follón, la señora que se acerca pidiendo una canción, algo francés, *la danse du* no sé qué. Cuando le dije que no la sabíamos, dijo que qué vergüenza, no tocar la música de tu gente.

—Que la jodan —dijo Wilf.

—Sí. Vale. Pero mira por dónde yo le doy la razón. Lo único que yo querría saber es dónde puñetas está esa música supuestamente francesa. Desde luego no está por aquí.

## Virtuosos

Lo más que se aproximó fue un par de veces, volviendo del monte a casa, que sintonizó *Le Réveil Rural* en Radio Canadá, y oyó un *reel* al violín con acompañamiento de tidli-pom-pom al piano y el zumbido gangoso de *la guimbarde*, y luego algo que sonaba indómito y feral, unas escalas diablunas, una música bronca y exultante que imitaba cascadas, locomotoras, una sierra de cinta, el rezongo de un acordeón, el impacto de espíenlas de hielo en una sartén, una tromba de chirridos y variaciones y agudos que le hizo parar en el arcén. «¡Uá!», dijo el locutor. «*Soucy l'incomparable!*». Otra vez cogió un programa sobre *les accordéons diatoniques, musiciens du Quebec*; la manera de tocar, brillante y vigorosa, se filtraba a través de la electricidad estática, se sobreponía a los rayones y piques de viejos discos de cera; Joseph-Marie Tremblay, Henri Bisson,

Dolor Lafleur, Théodore Duguay, murmuraba el locutor. Al menos se enteró de cómo se llamaba ahora: música tradicional, *la musique traditionnelle*. Tuvo que ser aquello lo que tocaba su padre en el viejo acordeón quemado. No se podía apear de la idea de que su padre había muerto intentando salvar a sus hijos de un infierno.

—¿Qué te parece si subimos a Quebec y conseguimos algunos discos y aprendemos esa música? Yo necesito tener discos para sacarla. Que venga Emma y nos traduzca. Podríamos ir a ese pueblo donde dicen que hay muchos acordeonistas.

—Sí, sí. Montmagny. Yo estuve una vez, fue donde encontré esta hoja de sierra especial. —Pero a Wilfred no le entusiasmaba la idea, como tampoco le entusiasmaba la música, y fue aplazando el viaje. Dolor se preguntaba si habría adivinado lo que él sentía por Emma y estaría celoso. Emma dijo desde la cocina: «Allí no dan cupones verdes», y en eso pareció que quedaba todo.

Pero una mañana lluviosa de sábado Dolor se despertó con la idea de ir él a Montmagny aunque no entendiera el idioma. Si llevaba el acordeón verde no tendría necesidad de hablar.

La pista forestal por donde atravesó las zonas de corta hacia el paso fronterizo hacía corcovas y eses. Dolor esperaba que fuera igual del lado de Quebec, pero allí el paisaje se aplanaba en aldeas arracimadas y campos de labor largos y estrechos. Era todo agrícola, vacas y cultivos, y eso le sorprendió. Según avanzaba por las carreteras llanas notaba una energía demoniaca concentrada en las casas y los graneros. Los patios estaban llenos de objetos tallados y partes móviles, robots contruidos con componentes de tractor, flores estrafalarias hechas con botellas de lejía de plástico, molinos de viento, patos volantes, casas en miniatura instaladas entre las piedras que emitían nubes de avispas residentes, molinillos, burros hechos con chapas de botella, una canoa puesta en equilibrio sobre un tocón y ocupada por unos remeros de talla, ramos de latas, figuras torneadas vestidas como espantapájaros y con máscaras de Halloween por cara. Escampó, y por delante el horizonte se aclaraba y brillaba el sol.

La excursión era todo un viaje: Saint-Georges, Saint-Joseph de Beauce, Saint-Odilon, Saint-Luc, Saint-Philémon, Saint-Paul-de-Montminy, Nôtre-Dame-du-Rosaire. En su interior se fue gestando una sensación embriagadora de estar volviendo a casa. Allí, en algún sitio, estaba su

origen. Lloró al ver el gran río, el profundo rayo de agua clavado en el corazón del continente.

Atardecía cuando llegó a Montmagny. El sol declinaba. Las viejas casas de piedra junto al río, con sus graciosos tejados puntiagudos, tenían un fulgor amarillo, y el agua parecía hecha de láminas rasgadas de oro. Estuvo dando vueltas hasta el anochecer. No había tráfico por las calles, sólo una mujer paseando un perrito negro. Sintió como si hubiera entrado en otro siglo. Tenía hambre, tenía miedo, estaba excitado. Encontró sitio para aparcar unas manzanas más allá de un edificio que parecía un hotel; en las calles adyacentes había docenas de coches aparcados. Un cartel oscilante con una imagen de los músicos decía LES JOYEUX TROUBADOURS. Cargó con el estuche del acordeón. Antes de abrir la puerta oyó la música.

Al otro lado de un mostrador estaba sentada una mujer joven de labios rojos y pelo negro. Tras ella una puerta verde tenía pintados dos conejos bailando. La mujer alzó la vista de un manojito de papeles, vio el estuche del acordeón y sonrió.

—*Bon! Un autre accordéoniste pour la veillée.* —Consultó los papeles —. *Quel est ton nom...?* —La voz era ronca y vacilante, como si en el pasado hubiera sufrido una lesión de garganta y todavía le doliera al hablar.

—Lo siento —dijo él despacio—, no hablo francés. He venido hasta aquí con la idea de oír buena música de acordeón. —Ella le miró seria. Él sonrió y alzó un poco el estuche—. No hablo francés, lo siento —dijo, lamentando que no hubiera un idioma de los pensamientos.

Ella frunció los labios, alzó el dedo índice de la mano derecha y lo meneó un poco como diciendo que esperase brevísimamente, y desapareció por la puerta verde, dejándola entornada. Junto a la puerta había un acordeón sobre una silla. Dolor leyó el nombre, *Ludwig Sapin*, y vio que tenía la imagen de un pequeño abeto. ¿Sería de ella? Se imaginó casado con aquella chica, enamorado de ella, peinándole el negro pelo, despertándose por las mañanas al rumor de su voz quebrada. Ahora oía la música con toda claridad: un violín, un acordeón y cucharas; no, tenían que ser dos acordeones; el taconeo de los músicos. La chica volvió, seguida por un hombre pelirrojo con un traje demasiado estrecho para su robusta constitución y un esparadrapo sobre el puente de la nariz.

—¿En qué puedo servirle? —dijo en americano.



—Vengo desde Maine —dijo Dolor—. Le parecerá una tontería, pero vengo buscando acordeonistas, quiero decir, la música tradicional, ya me entiende. Soy francés pero no sé francés. Me llamo Dolor Gagnon. Estoy intentando conocer la música antigua. Toco el acordeón un poco, pero no lo tradicional. No encuentro discos. No consigo encontrar a nadie que la siga tocando. En Maine, por lo menos.

El hombre se echó a reír.

—¡Muchacho, estás de suerte! —dijo—. En esa sala están algunos de los mejores. ¡De todas partes del mundo! Si te digo que está ahí Philippe Bruneau, y el hijo de Joe Messervier, Marcel, y un chico que se llama Raynald Ouellet, Marcel Lemay y dos o tres más, eso quizás a ti no te diga nada, pero me puedes creer, es lo mejor. Esta noche es la *Veillée du bon vieux temps* en memoria de *monsieur Duguay, accordéoniste extraordinaire*. Estás invitado a sentarte en nuestra mesa si te conseguimos una silla. —Hablaban americano sin sombra de acento y cambiaba al francés con fluidez; se presentó como Pintan O'Brien, vigilante en las minas de Thetford y violinista de tonadas celtas, nacido en Irlanda, criado en Filadelfia y Halfmoon, estado de Idaho, ahora náufrago en Quebec, dijo, un hombre sin país, ja-ja.

La sala, dorada y sombría, estaba llena de gente sentada en mesas redondas iluminadas con velas. A lo largo de una pared Dolor vio un bufé largo, cubierto de fuentes y platos y botellas de vino por docenas. El pelirrojo le llevó hasta una mesa muy concurrida y le buscó una silla; le presentó a su mujer. Marie, que lucía un vestido rojo, y anunció a la mesa que aquí estaba un amante de la vieja música, que había viajado desde Maine porque en Estados Unidos no encontraba lo que tanto deseaba. A Dolor le dijo:

—Hoy es una noche especial. También en Quebec se está perdiendo la música tradicional: lo que la gente quiere oír son grandes bandas, música folk, canciones pop de Estados Unidos. Pero no aquí; puede que sea el último lugar donde esta música está vivita y coleando.

Un hombre mayor cantó una frase, y todos los rostros se volvieron hacia el fondo de la sala, donde estaba subido a un estrado. Los acordeones y las cucharas centelleaban bajo la luz fuerte, las rodillas de los músicos subían y bajaban con metronómico vigor. Por toda la sala la gente movía la cabeza, tamborileaba sobre las mesas, se mecía y chascaba los dientes al ritmo de

las *cuilliéres*, los *os*, los *piéds* de los *accordéonistes*, hasta que se apartaron las mesas y empezó el baile.

Dolor se veía en un recinto lleno de franceses. Había semejanzas en la estructura ósea, en las finas manos, en el pelo y los ojos oscuros. Se dijo que aquélla era la gente de donde él procedía, que estaba genéticamente emparentado con los que le rodeaban. Sentía una curiosa emoción. Fue la gran noche de su vida, la que más tarde extraería de sueños sumergidos, aunque el recuerdo se vició con una falsedad: creía que esa noche había entendido y hablado el francés.

La música era asombrosamente brillante, desbordante de vida y brío. Las parejas, que llenaban toda la pista, de cuando en cuando se replegaban para dejar sitio a un bailarín de claqué que con la espalda rígida, la cabeza erguida y los brazos colgando acentuaba el punteo, el taconeo, el golpeteo y el vaivén de los pies que entraban y salían de la música. Dolor lamentó que Wilf no estuviera allí para oír al violinista, que sonaba como una bandada de pájaros, una vola de flechas clavándose alrededor, desde un rezongo entre dientes en las cuerdas de *sol* y de *re* hasta alaridos armónicos y escalas de rodar peldaños abajo: Jean algo, un taxista de Montreal. Dolor miraba sin pestañear, escuchaba con tal ahínco que lo que oyó esa noche se le grabó para siempre. Lo recordaría todo. Le impresionó en particular un acordeonista joven, fornido, de mandíbulas cuadradas y tupé negro y reluciente. Aquel hombre tocaba como en trance, con el gesto helado e inexpresivo, la mirada perdida mucho más allá de la sala, una pierna subiendo y bajando como parte de una máquina, excelente *accord de piéds*. Hacía una música musculosa, plena de tono y resonante, muy rápida y técnicamente impecable. Y tocó mucho, y la música se alzaba y se enroscaba y se trenzaba sobre sí misma como un nido de culebras; y *tendía una bruma de ozono azul en torno a él*. Nadie lo había hecho mejor, y cuando acabó las gargantas rugieron, y Dolor aplaudió hasta temer que se le desprendieran las uñas.

—¿Quién es? —gritó a Fintan O'Brien en el estruendo de aplausos; y el otro contestó pero Dolor no entendió lo que decía.

Un hombre de voz hueca con bigote negro y caído anunció una cuadrilla y tocó un curioso acordeón «francés», muy pequeño, que sólo tenía siete pliegues en el fuelle. Un timbre de bicicleta unido al instrumento señalaba el cambio a cada una de las figuras de la intrincada danza. El sonido era

débil para la sala. No había avanzado mucho la melodía cuando los bailarines se detuvieron mirando con gesto acusador al acordeonista, y él se excusó moviendo la cabeza y volvió a empezar desde el principio.

(El hombre de voz hueca fue a Londres la primavera siguiente para tocar aquel instrumento en un programa donde también estaba la «Gran Obertura Grandiosa» de Malcolm Arnold para tres aspiradoras y abillantadora solista). Ya al final de la velada, la chica morena de la entrada salió al estrado con el acordeoncito del abeto; y cantó una *complainte*, con un treno hondo y largo en el acordeón, y una voz que brotaba de una garganta cerrada y que a Dolor le pareció irreal y tirante, la voz de alguien atenazado por una fuerza invisible.

Cuando a las once los músicos recogieron sus instrumentos. Dolor se fue llevando en el bolsillo un papel con la dirección de Fintan O'Brien y la promesa de seguir en contacto. El vino le retumbaba en la cabeza. Fuera del pueblo aparcó la camioneta en el arcén a oscuras y se durmió engurruñado en el asiento, soñando algo indescriptiblemente triste que no podía reconstruir cuando se despertó en la neblina violácea del río oyendo aleteo de cuervos, y recordó que en el fondo de la camioneta había tres bolsas de basura que había olvidado llevar al vertedero.

## ¿Para qué?

En el viaje de vuelta notó que la depresión perenne se le venía encima como la oscuridad prematura que anuncia la tormenta: una pena crónica y lacerante que nunca se disipaba del todo. Conducía entre bostezos, y de cuando en cuando la camioneta se salía de la raya y pisaba grava. Emma no era para él, ni la chica morena de la puerta verde. Quería tocar aquella música, que le pertenecía por herencia de sangre, pero no podía aprenderla porque no sabía francés, porque vivía en un sitio donde ya nadie la admiraba ni la tocaba, porque nunca lo sabría hacer tan bien como el hombre en trance de la pierna pistón. Random no había revelado nada, no significaba nada y no encerraba ningún significado para él. El viaje a Quebec solo había servido para colmar su sentimiento de alienación e inferioridad. Él no sería jamás uno de aquellos acordeonistas. Y de sí

mismo sabía lo que ya sabía a los dos años: nada, *rien*, nada. Tiró por la ventanilla el papel con el nombre de Fintan O'Brien garabateado y siguió.

### *Une douleur*

En junio, cuando hacía dos meses de la muerte de Wilf, le pasó algo en las piernas. Se despertó una mañana, al principio sin notarlo, y por la ventana grasienta miró la niebla blanca, las camisas y los calcetines blancos que pendían lacios de la cuerda de la señora Pelky, pensando que para las diez se le habría pasado. La víspera había habido muchas moscas negras; tenía la piel de la cabeza y del cuello llena de picaduras. Estaba dispuesto a largarse para siempre, harto del monte y de aquel trabajo sucio, y pensara lo que pensara la cabeza le daba media vuelta y se le iba a Wilf.

Ya los días eran más templados, pero todavía se helaban las carreteras en los tramos de montaña de New Hampshire, por donde Wilf circulaba llevando cargas de pulpa a la papelera de Berlin. Se dedujo después que debía de ir forzando el camión por aquellas curvas cerradas en pendiente, tomándolas un poco deprisa, y llegó a un punto donde un arroyo de la ladera se había congelado por la peña abajo, rebosando de la cuneta y atravesando la carretera, un abanico de hielo azul de cinco centímetros de espesor, inclinado hacia el precipicio. El camión se salió de la carretera a toda marcha, y cayó en vertical por el aire helado, sobre los árboles, añosos abetos negros, tupidos y quebradizos. A la vez que el remolque se desprendía y rodaba por el barranco soltando troncos de un metro, en la cabina entró una larga rama rota, que atravesó la espalda de Wilf y asomó su punta ensangrentada por el bajo esternón, arrancando el apéndice xifoides y clavándose en el techo. Wilf, empalado, siguió vivo. La ambulancia llegó con su fúnebre sollozo entre los árboles, y a los hombres que le rescataron los gemidos de Wilf no les sonaron más fuertes que el viento en las rocas, pero sí mucho más memorables.

El señor Pelky le llevó la noticia, en voz baja, con movimientos de cabeza, agregando detalles sangrientos, alargando el relato.

—Figúrese, han tenido que cortar la rama por arriba y por abajo con una sierra y llevarle al hospital con el trozo dentro. Y figúrese, no podían

tenderle en la ambulancia atravesado por aquel palo, y tuvieron que sujetarle a unas tablas por los costados, por debajo de los brazos, figúrese, y llevarle así sostenido. Todo para nada. Por el camino se les murió.

Dolor no pudo acercarse a Emma, ni asistió al funeral. Al tercer día después del funeral se fue a su ladera lejana, con la trasera de la camioneta sucia pero ordenada, el Stihl arañado, la caja de las herramientas y las latas de gasolina abolladas; la pintura roja estaba saltada y rayada por todos sitios, las herramientas tenían una costra de aceite y polvo de hojas, polvo de serrín, polvo de carretera. Una llovizna hacía churretes en el parabrisas, el cielo estaba plomizo sobre el perfil oriental de los montes; los pobladores de las casas dormían aún con el sueño más profundo, la luz de los faros barrenaba la masa de árboles. Dolor bostezaba, aún con el calor de la cama, y una hilera de rosquillas revenidas resbalaba con los envoltorios de caramelos sobre el salpicadero, y una taza de café salpicaba en un soporte de madera hecho en casa y sujeto con alambre; y una por una se fue comiendo las galletas recubiertas de azúcar blanco y rellenas de mermelada, hasta que la dulzura de la masa a medio cocer le empalagó y no pudo más. Le dolían las piernas.

A mediodía quiso estirarse por el dolor de las piernas y casi le dio un desmayo. Le dijo al capataz que se sentía enfermo y volvió a la camioneta dando traspiés.

A medida que avanzaba el día se le fue nublando la vista; respiraba con dificultad, luchando por no ahogarse. A la mañana siguiente ya no le dolían tanto las piernas, pero casi no podía moverlas. Los Pelky no llamaron a su puerta hasta el fin de semana, pero para entonces se sentía mejor, por lo menos podía moverse por la casa; pensó que podía ser artritis, porque todo el que trabajaba en el frío y la humedad del monte acababa pillándola. La señora Pelky vino y le contó que Emma se había ido con el niño a la casa de sus padres en Honk Lake, que probablemente se iría otra vez a vivir con ellos y mandaba recuerdos para Dolor.

—De aquí a unas semanas me acercaré a verla —dijo él, pero no lo hizo.

En los meses que siguieron al accidente llegó a estar muy preocupado por su cuerpo. Le invadían sensaciones extrañas. Padecía de una hipersensibilidad exacerbada: los colores intensos, las luces fuertes, el claxon de los camiones al dar marcha atrás, los portazos y las

conversaciones próximas le laceraban los nervios. Tomó alergia al polvo, a los hongos, a las manzanas y a los tomates. Sufría de estreñimiento, y compraba laxantes por cajas en el economato de farmacia de Millinocket, pero nada le hacía efecto. Oyó hablar de una tienda de dietética que acababan de abrir en Portland y se dio el viaje hasta allá para rebuscar entre tarros de melazas de caña de azúcar y miel, salvado y orejones de albaricoque. Compró infusiones de ginseng y tisanas sedantes, pero le dieron dolores de vientre y de garganta, pinchazos en las articulaciones. Una noche le entró un dolor que le cubría la cara, sordo, fuerte, insoportable en la cama. Le hacía daño apoyar la mejilla en la almohada, pero si se volvía boca arriba el dolor le irradiaba en oleadas de un oído al otro. Le ardía la boca, la lengua se le hinchó hasta casi no poder hablar. A las dos de la madrugada se despertaba con un dolor que le subía por una ingle, le atravesaba el vientre y le bajaba por la otra pierna, marcando un círculo de dolor incesante. Le dolía al orinar, le dolía al defecar. Con mano agarrotada y temblona escribió una lista de sus dolores y trastornos y se la llevó a los médicos del hospital de veteranos del ejército. Pensaron que podía ser diverticulitis, o colon espástico, o un problema de la espalda o un problema de riñón. Piedras en el riñón, o nefritis...

Los dolores se enroscaban y desenroscaban. Sentía frío, pero a la vez un calor por dentro como si en sus profundidades ardiera un horno abrasador. Llegó a ser demasiado; una mañana quiso levantarse, logró dar unos pasos y se desplomó, y se quedó tirado hasta que los Pelky le oyeron golpear el suelo con el puño.

Los Pelky le ayudaron a subir al asiento trasero de su viejo sedán, y ella le acomodó los hombros en su propia almohada, que todavía llevaba prendido el olor nocturno de su pelo. El señor Pelky, conduciendo torpemente por la sensación de llevar una urgencia, tomó chirriando la carretera y salió disparado hacia el hospital. Los árboles estaban en plena floración, y al pie de los arcos sus pétalos caídos cubrían la calzada húmeda de un color rojo oscuro que hacía como charcos de sangre coagulada. El coche dejó atrás laderas de arces, un ante suave y una borrosidad de carne genital; más abajo de ese arco violáceo fulguraba una línea de chopos; luego franjas de abedul, la curva de las cumbres y a través de las ramas el cielo aclarado, y salieron de los brazos rugientes de los pinos y del tremedal lleno de troncos, y llegaron a los primeros campos y rasguños de mimbre

rojo, marañas de zarza, y todo ello aglutinado con voces de pájaros y aprensión.

## **No tiene nada**

No sabían qué le pasaba. Discutieron su caso, diagnosticaron lesiones inaparentes, guerra biológica, simulación, polio infantil, parálisis psicósomática, una hernia de disco, fatiga crónica, neuropatía central, dolor psicógeno, pérdida de vitalidad, espasmos musculares, un virus desconocido, infección bacteriana, un trastorno hereditario, sugestión poshipnótica, mononucleosis infecciosa, histeria depresiva, delirios hipocondríacos, enfermedad de Parkinson, esclerosis múltiple, brucelosis o encefalitis. Pero al cabo de tres semanas seguía igual, y le mandaron otra vez a Random en una silla de ruedas. Si conseguía alzarse en pie era capaz de dar tres o cuatro pasos, pero nada más, y las piernas y la espalda le dolían sin parar.

La asistente social del hospital le ayudó a conseguir una pequeña pensión de incapacidad, pero no le alcanzaba para vivir porque tenía que pagar a la señora Pelky por hacerle la comida y ayudarle a ir al retrete y a acostarse y levantarse de la cama. El señor Pelky le puso una rampa de tabla sobre los escalones de la entrada.

Cuando tenía que salir de aquellas habitaciones opresivas, cuando necesitaba ir al pueblo por algo —cervezas y cosas de comer, cortarse el pelo—, salía a la carretera en la silla de ruedas y levantaba el pulgar. Los camiones de reparto eran los únicos que le podían coger, y era necesario que el conductor se apeara, le ayudara a subir a la cabina, metiera la pesada silla en el furgón, volviera a subir, y llegados al pueblo repetir toda la operación a la inversa. Pocos se tomaban la molestia, y Dolor podía pasarse horas a la espera, tiritando y echando maldiciones, hasta que alguno paraba. Su torso antes fuerte y musculoso echó carnes por la falta de ejercicio y el régimen de cerdo frito, sándwiches de manteca de cacahuete y cerveza. Vino a ser un personaje familiar en la carretera de Random, derregado en la silla, con el oscuro pelo en largas greñas, alzando suplicante una mano enguantada cada vez que se hacía visible un camión, y a veces, cuando no

frenaban, gritando algo que no se entendía pero era fácil de adivinar, acompañado de un dedo en alto.

Sólo una vez le fue a ver el Dentista por hacer una obra de misericordia, bebido y vociferando cantos de leñadores, con un cartón de seis cervezas en cada mano, contando historias truculentas de percances en el monte en la era del vapor.

—Ten, cabroncete —decía—, tómate una.

Sacó el acordeón del estuche y se lo echó en el regazo. A Dolor no le dolían los brazos aparte de algún leve pinchazo, pero ni con tres ni con cuatro cervezas pudo tocar. No sólo porque Wilf se hubiera muerto, sino porque seguía oyendo a los formidables virtuosos de Montmagny, seguía pensando en el músico desconocido que había poseído el acordeón verde antes que él.

—Estás hecho un soso —dijo el Dentista.

## **Un acorde perdido**

Una tarde se abrió la puerta, y no era la señora Pelky con su ragú de repollo; era Emma.

—La señora Pelky me dijo que no mejorabas —dijo, paseando la vista por el cuarto maloliente. No había estado nunca, y él se avergonzó del polvo y las latas de cerveza vacías, la ropa sucia del rincón y los platos con restos que a veces se pasaban días y días en el fregadero esperando que la señora Pelky pudiera ocuparse de ellos. Emma se fue derecha al fregadero y soltó el agua caliente sobre los platos grasientos. Él se excitó, se sintió feliz de pronto, y acercó la silla para verla fregar. La encontraba muy guapa, y de golpe se figuró por qué había venido. Se puso colorado, casi se le saltaron las lágrimas de la emoción. ¡Emma!

—¿Cómo es que has venido?

—He venido con mis padres. Hay una boda, se casa una de mis primas, Marie-Rose, y le pidieron a papá que tocara en el baile. Y va a tocar algunas de esas cosas antiguas. Me ha parecido que era una buena ocasión de verte, y ver si te animabas a oírlo. Recuerdo que estabas loco por oír música de la de antes.



—¡Pero mira cómo estoy! ¡Cómo voy a ir a un baile! ¡Si ni siquiera puedo ir al hospital una vez al mes sin medio ejército para moverme!

—Papá va a venir con Emil en su camión de reparto. Se carga la silla atrás y tú te pones delante. Va a haber un acordeonista estupendo. —Y sonrió ladinamente—. ¿Tienes algún traje bueno para ponerte?

—Sí, sí. ¿Cómo te va la vida allí? ¿El niño está bien? ¿Quién es Emil?

—Me va francamente bien. Tengo trabajo, en la cadena de montaje de la fábrica de juguetes. El niño está muy crecido, cuando le veas no le vas a conocer; y a veces me dejan llevarle juguetes gratis, eso está muy bien. Emil es, bueno, no es sólo lo de mi prima, es un secreto a voces: nos casamos el mes que viene, Emil y yo. Es una buena persona y quiere al niño. Los niños necesitan un padre, ya lo sabes tú. Emil también trabaja en la fábrica, de hecho es el encargado. Te gustará. Él es el que toca el acordeón. No te lo pensaba decir, quería que fuera una sorpresa, pero ya te lo he dicho.

—Ya me lo has dicho. —Habían transcurrido sólo unos minutos desde que entrara, pero él había volado a las alturas y se había hundido en el abismo desde que franqueó la puerta. Sintió ganas de decírselo a gritos: hace sólo ocho meses que murió, y yo qué, yo he estado siempre loco por ti. Los platos brillaban en el escurridor; Emma limpiaba los grifos y le hablaba. Él recordó su vestido muy bien, la cadencia de sus frases. No fue capaz de decir nada.

La boda se celebró en el salón del Centro de Veteranos. La gente se agolpaba en el bufé, con platos de cartón que se vencían bajo el peso de lonchas de jamón y pavo, ensaladilla, tarta de menta y flanes de naranja. Los niños corrían de acá para allá, gateaban por debajo de las mesas cromadas de formica, gritaban por las esquinas, daban empujones y berridos. Dolor se sentó a una mesa larga, cubierta con manteles de papel que llevaban estampado un dibujo de campanitas nupciales plateadas. En las servilletas iba impreso el nombre de los contrayentes, *Marie-Rose Úr Darryl*. Dolor estaba sentado entre el padre de Emma y Emil; a muchos de los demás no los conocía. Emma llevaba un vestido de dama de honor en amarillo pálido que la hacía parecer demacrada y cansada. Al final de la mesa se sentó un hombre gordo con un ojo morado que no hacía más que contar chistes de franceses en medio dialecto, y guiñaba el ojo y decía que se lo había amoratado de un cabezazo contra una puerta.

Antes de empezar el baile, el padre de Emma anunció: «Vamos a tocar un poquito de música de la de antes, más que nada para los mayores de la reunión, pero tampoco demasiada, ya sé que a los jóvenes no es lo que os gusta. Pero hay que decir que es buena música, que no se puede oír sin mover los pies y ponerse contento. Yo, por lo menos, creo que es una pena que ya casi no se oiga».

A Dolor la música le decepcionó. Se acordó mucho de la que había oído en el norte, a orillas del gran río. Tal vez fuera porque lo primero que intentaron sacar entre el padre de Emma y Emil, tras el anuncio falsamente entusiasta de «¡Vamos con una para los nostálgicos!», fue una cosa que él había oído tocar al hombre impasible de Montmagny, la «Quadrille du Loup-garou», la cuadrilla del hombre lobo. Incluso con dos acordeones, el padre de Emma y Emil simplificaron las escalas, se saltaron notas, lo llevaron demasiado lento, y como la pieza era complicada la cortaron por lo sano, pasando inmediatamente a «Blueberry Hill»; y entonces se pusieron a bailar los invitados, y los hombres sudaban metidos en sus trajes oscuros, y el pelo engominado se les despegaba y les batía en la frente, y a las mujeres se les ahuecaban las faldas alrededor de las piernas con sus medias de nailon.

Se embarcaron en una giga rápida, y salió a bailar un viejo que meneaba las piernas tiesas, pálida sombra de como debía de haber bailado de joven, y no paró ni siquiera cuando al padre de Emma se le olvidó la melodía y dejó de tocar, aunque Emil siguió impertérrito, tocando en solitario y abreviando sin llegar ni de lejos a las complejidades del valle del San Lorenzo, pero con suficiente brío para que el viejo no cesara de bailar, hecho un esqueleto viviente. Al final el padre de Emma se inclinó sobre el micrófono y dijo: «Bien, pues hemos visto bailar así de bien a Charley Humm, y ahí queda ese homenaje a la vieja guardia». En fin, sucede que cuando uno llega a cierta edad de su vida se le olvidan a veces las canciones que sabía, y pido disculpas por ello. Y ahora vamos con un poquito de música campera, el «Lágrimas de *Cowboy*» de Hai Lone Pine, que es oriundo de aquí, de Maine. Yo se lo oí interpretar hace años a Hai y Betty Cody en Machias, y hubo una tormenta y se apagaron todas las luces y se file el sistema de sonido, pero ellos siguieron cantando y tocando a oscuras, mientras afuera caían rayos. Eso es ser profesional. Conque vamos allá, «para todos los amantes del *country*», y la sala se llenó de aplausos y jipíos. Entonces el

padre de Emma entró en su elemento, arrancando de su violín lamentos y *yodels* y armonías de sollozo, y Dolor tuvo que reconocer que lo hacía bien. En cuanto a Emil, no tocaba exactamente mal, pero era de tercera, como todo lo de Random.

De repente apareció a sus espaldas una tía de la novia, que tomó asiento en la silla vacía de Emil, sonrió, bebió de una copa embadurnada, le tosió en la cara mientras encendía un cigarrillo: una de esas francesas menudas capaces de enterrar a dos o tres maridos.

—Me dicen que te apellidas Gagnon.

Emma se inclinó hacia ellos.

—Dolor, te presento a Delphine Barbeau, que vive en Providence y es tía de Marie-Rose, hermana de su padre. Delphine y Tootie son los que le han regalado a Marie-Rose las bandejas plegables para ver la televisión. Delphine, ya sabes que los siguientes somos Emil y yo, así que os convendría quedaros, y así no tenéis que repetir el viaje dentro de quince días.

La mujer aspiró del cigarrillo y tosió.

—Si yo ni siquiera debería estar aquí. He pasado una pulmonía, íbamos en el coche Tootie y yo, se nos averió y tuvimos que ir andando kilómetros y kilómetros. Bueno, yo iba calada, y con el viento me helé hasta los huesos. Y, claro, me puse mala. En la clínica me dijeron: Nada de viajes, nada de excitación, no vaya a trabajar. He estado de baja tres semanas. Yo trabajo en los peines Ferris, esos que hacen cepillos y peines que brillan en la oscuridad. Al cabo de un tiempo de trabajar allí acabas reluciendo como un peine. Conque aquí estoy. Sí, son monas esas bandejas para la tele. Pero yo no sé si cenan en bandeja. Si tú eres la siguiente te puedo conseguir el juego Tostador Anfitrión, que es el tostador con las bandejas de aperitivo.

Se echó a reír. La voz sonaba plana y fuerte como si estuvieran en un cuarto lleno de maquinaria. Dolor pensó si estaría borracha.

Ella se le aproximó más, dejando fuera a Emma:

—¿Tú eres de por aquí?

—Nací aquí, pero me crié en otro sitio. En Old Rattle Falls.

—Ya. ¿Y cómo es que estás en silla de ruedas? ¿Llevas así toda la vida?

—No saben lo que es. Algo que me afecta a las piernas. Me empezó este año.

— ¡Delphine! ¡Venga, que nos vamos! Hala, que tenemos nueve horas de coche. Te estoy esperando.

Era Tootie, el gordo, con un triángulo de sudor marcado en la pechera de la camisa y el pelo pegado sobre la frente.

— Pues aquí me tienes. — A Dolor le dijo «Encantada de conocerte», se levantó y se abrió paso entre los danzantes hasta el gordo.

Entonces volvió Emil y sacó a Emma a la pista, y Dolor se quedó solo, contemplando el entorno de servilletas arrugadas y platos con cortezas de grasa de jamón y churretes de mostaza.

— Hola, Frank. Te estaba buscando.

Era la hermana de Emma, Anne-Marie, que se hacía llamar Mitzi, con su encantador atisbo de tartamudeo, su perfume a muguete, una cruz de plata sobre su pecho de dama de honor, falda vaporosa de tul, zapatos de satén amarillo con tacón cubano. No era guapa, no tenía la robustez de Emma, pero había en su persona una delicadeza, una ternura que le halagaba, un tono de voz íntimo y mesurado al hablar. Cada vez que se habían visto se había mostrado muy interesada en cómo estaba, qué pensaba. Wilf le había contado que en Birdnest le llamaban Frank, y ella siempre le llamaba así.

— ¿Lo estás pasando bien?

Ella le miró.

— Tengo los pies destrozados. Estos zapatos son bonitos pero me hacen daño. No había de mi número, el cinco y medio, y tuve que comprármelos del cinco. — Suspiró y bebió un sorbito de su copa de vino—. Frank, ¿te puedo hacer una pregunta personal?

Él se imaginó lo que era.

— Claro que sí.

— ¿Qué te pasó en las piernas?

Cielos, sería cosa de imprimir un folleto.

— Pasar no pasó nada. Simplemente que algo falló. No saben qué. Estuve perfectamente hasta un par de meses después de lo de Wilf, lo del marido de Emma; hasta que una mañana me levanté y, ¡paf!, hasta ahora. No tienen ni idea de lo que es.

Ella asintió como si hubiera explicado causa y efecto.

— Te he traído una cosa — y le entregó una piececita de metal.

—¿Qué es? —Le dio la vuelta. Era una pierna de plata, no llegaba a dos centímetros y medio de largo, agujereada en la cadera.

—Es un exvoto, una ofrenda votiva, ¿lo conocías? Se lo ofreces a Jesucristo o a un santo y rezas, y se te curan las piernas. ¿Ves?, el agujero es para pasar un alfiler. Para prendérselo al santo. ¿Sabes una cosa?, deberías ir al santuario que hay en el lago Picklecake, el santuario de san Judas. Es el santo más americano, el abogado de los casos imposibles, los que despistan totalmente a los médicos. Antes fuimos una vez a Sainte-Anne-de-Beaupré en Quebec, pero allí había gitanos, a centenares. Yo tuve una amiga que padecía unos dolores de cabeza terribles, como si se la atravesaran con una estaca a martillazos, y no sabían de qué era, pero fue a ese santuario de san Judas y allí hizo el viacrucis y pidió que le desapareciera el dolor y le ofreció a san Judas una cabecita de plata, y desde entonces no le volvió a doler. De eso hace dos años. Yo fui con ella.

—¿Es cosa católica? —preguntó él en voz baja.

Ella le miró con compasión.

—¿Tú te acuerdas del año pasado, cuando mamá y papá —Emma decía «*Maman et Père*»— querían vender la casa y ni siquiera iba a nadie a verla?

—Algo —mintió él.

—Pues la tuvieron un año en venta y nada, así que fueron al santuario y rezaron, y le pidieron ayuda a san Judas, y le ofrendaron una casita que había hecho papá con una chapa de botella, la aplanó y la recortó con un cortafrío, todo con líneas rectas. Se volvieron a casa, y justo cuando entraban estaba sonando el teléfono. Era una señora de Nueva York que en el verano había pasado en coche por delante y había visto el cartel de «Se vende» y lo había apuntado. Dijo que esa tarde había rebuscado en el bolso y encontró la nota y se acordó de la casa, y que si seguía estando en venta, y por supuesto papá le dijo que sí, y lo demás ya lo sabes. Fue san Judas el que intercedió por ellos y por eso pasó.

Dolor recordaba vagamente haber oído decir a Emma que sus padres habían vendido la vieja casa de troncos del lago Honk a alguien de fuera, y que se habían hecho una casita nueva al lado del campo de béisbol del instituto.

## San Judas

El santuario estaba a más de trescientos kilómetros; había que cruzar todo el estado, y al final entrar en la isla por un puente. Mitzi le llevó en su pequeño Volkswagen. Ella conducía bien, y no demasiado deprisa para que pudieran verlo todo. El terreno era llano y pantanoso, y después subía un poco. Por toda la orilla del lago había campamentos de verano deshabitados, pintados de color cereza, chocolate, limón, vainilla. El viento rizaba el agua, alzando cabrillas; Dolor entornó los ojos mirando una masa de nubes como sábanas mojadas y retorcidas.

—Va a llover.

—¿Qué más da? Será para probarte.

Entraron en la isla por un puente verde pistacho y tomaron un camino de tierra. Un letrero que apuntaba vagamente hacia el agua no decía más que «san Judas». Empezó a llover, gotas finas que punteaban el parabrisas. Mitzi aparcó en la rotonda de gravilla. No había ningún otro coche. Llovía a ráfagas, y el viento les sacudía el pelo y agitaba la chaqueta de nailon rosa de Mitzi. Ella sacó trabajosamente la silla de ruedas del asiento trasero, le ayudó a sentarse y la empujó hacia el lago, hacia una pequeña barraca de metal corrugado. Las ruedas abrían surcos en la gravilla.

La barraca miraba al lago, con el frente abierto a las inclemencias del oeste. En el fondo, sobre un banco de madera, había una figura de talla, una imagen amazotada de san Judas con la cara como un perro *beagle*, ennegrecida por las lluvias. En sus tiempos estuvo pintada de colorines, pero los años de tormentas sobre el lago y trombas de aguanieve, el reflejo del sol y las periódicas heladas y chicharreras se habían llevado la pintura, y el santo estaba atacado de moho. Mitzi señaló a las docenas de exvotos prendidos y clavados a la pared: la casa en miniatura que su padre había hecho con una chapa de Saint Pauli Girl, brazos, piernas, pulmones, riñones, camiones, una diminuta motosierra pintada en una tablilla de contrachapado, un ojo, parte de un boletín de notas, un anzuelo. Sobre un televisor destripado se erguía una segunda representación del santo, ésta de plástico impermeable y sólo un pie de altura. Faltaban los mandos y la marca de fábrica, pero Dolor pensó que era un Philco de dieciséis pulgadas. El chapeado de caoba se había alabeado.

La lluvia entraba de costado, y a través de sus pestañas húmedas Dolor vio que las gotas rebotaban en los brazos de la silla. Tenía la chaqueta y los pantalones empapados. El agua le chorreaba del pelo, le corría por el cuello, se le metía debajo de la ropa, hacía arroyuelos por la cara devastada de san Judas. Dolor no veía a Mitzi, que estaba detrás de él, pero oía su voz seria, intensa, creyente. El lago estaba blanco bajo el martilleo de la lluvia. El mundo parecía compendiarse en una rama desnuda de zumaque. Dolor se echó hacia adelante, hincó el alfiler en la madera húmeda. La piernecita de plata relucía. Una sensación desconocida —¿sería fe?— se agitó en su interior, y creyó, no, tuvo la *certeza* de haber oído una voz sagrada.

Durante todo el trayecto al motel, en el coche que atravesaba la lluvia racheada, con las ventanillas empañadas por la humedad que se desprendía de la ropa y el pelo de los dos. Dolor sintió que sus piernas cobraban fuerza. Sus habitaciones eran contiguas, y Mitzi aparcó delante de la puerta de él.

—No bajas la silla —dijo él en voz baja—. Ven por mi lado.

Mientras ella rodeaba el coche, él abrió la portezuela, sacó las piernas, y agarrándose arriba del marco se puso en pie. Ella le miraba sin pestañear, con la cara fruncida. Él echó adelante las piernas temblorosas, y cuando tuvo que soltarse del coche pasó el brazo sobre los hombros de ella y se arrastró ocho pasos hasta la puerta del motel. Ya en la habitación la besó, con lágrimas salobres en las hinchadas bocas, y sus piernas estremecidas la empujaron hacia la almidonada cama blanca.

—No —dijo ella—. Cuando nos casemos. He hecho una promesa a Dios —dijo.

## **La invitada**

Se recuperó muy deprisa, tal es la fuerza de los milagros. Se casaron al mes, ávido el novio de felicidad conyugal, pero pasaron la luna de miel en Providence para asistir al funeral de la tía de la novia, Delphine Barbeau, que en la boda había sido la estampa de la muerte, ahogándose en la celebración y gargajeando de su faringe cancerosa pero todavía pidiendo cigarrillos y todavía tragando coñac y preguntando a los de alrededor si

habían visto aquel chimpancé en la televisión. Graznaba órdenes al gordo Tootie, que la llevó dentro y la envolvió en una manta.

Tootie se acercó a Dolor encendiendo un cigarrillo, con el mechón grasiento caído sobre la frente.

—Quiere verte —dijo tirándole de la manga. Dolor se inclinó sobre aquella cara del color de la cera, haciendo esfuerzos para no apartarse de la fetidez que salía del agujero negro de la boca. La mujer dobló un dedo.

—Quiero decirte. Que te acabas de casar con tu prima. Tonto.

—¿Qué quiere usted decir? Yo no tengo ninguna prima.

—Tu mujer —dijo ella acusadora—, te has casado con tu mujer. —Y le dio la tos, y se deshizo a toser hasta que el gordo se la llevó.

## Exvoto

—Frank —susurró ella rodeada con fuerza por sus brazos, mirándole a un palmo de distancia, la curva cerosa de sus pestañas, la oscuridad del mentón y las mejillas, la boca roja y los dientes húmedos que descubría al sonreír al sonido de su voz—. He soñado que íbamos en una barca y la barca se hundía, y todos se ahogaban menos nosotros, y nosotros flotábamos en el agua como el jabón y no nos podíamos hundir porque estábamos rezando avemarias y eso era lo que nos tenía a flote. Frank, he soñado que me prometías dejar de tocar el acordeón por Dios y por san Judas que te devolvió las piernas, he soñado que nos íbamos de aquí a Portland o a Boston y que nuestra vida era muy distinta, muy hermosa y muy feliz.

Le dijo lo que tenía de malo aquel sitio. Random era un sitio sombrío que entristecía a la gente, que abría la espita de las lágrimas y alimentaba una sensación de ruina y de que las cosas buenas eran inalcanzables. Los hombres se lanzaban a situaciones sin salida. Las mujeres se enganchaban a matones que les pegaban y les hacían sufrir, tipos de cara picada y negra como cacerolas de aluminio, que las humillaban y les hacían conocer lo peor de todo. Era un sitio que te hundía, que te quitaba toda posibilidad de avanzar, te veías atrapado en un semivivir que únicamente conocían los que lo padecían. Era porque en Random todos eran franceses y nadie era francés, no eran nada; estaban atrapados entre ser franceses y ser



americanos. Los que se iban tenían una oportunidad; se hacían americanos de verdad, se cambiaban de nombre y escapaban del monte. Le preguntó qué le parecía el apellido Gaines en vez de Gagnon.

—«Frank Gaines» —dijo—. Suena bien. Sería un buen nombre para un niño, más fácil, más americano que Gagnon. ¿A ti de qué te servía el apellido francés? ¿No es verdad que los chicos se reían de él?

—Sí. Pero también se reían de él los chicos franceses, así que pienso que era yo, no el apellido.

No le preocupaban aquellas cosas como a ella. Vivía en un desmayo de felicidad, incapaz de pensar en nada pasado ni futuro, vivo solo en el instante.

—Frank —dijo ella semanas después. Estaban arrimaditos en la cama; de la otra habitación llegaba el sonido de la nueva consola Zenith en color que había sido el regalo de boda de los padres de ella. Mitzi la había encendido antes de ir al cuarto de baño y luego a la cocina a poner el agua a calentar. Él estaba débil de placer en la cama tibia mientras las voces de la televisión borboteaban como el cazo de *porridge* en el fuego, atento al zumbido de la voz de ella más por su timbre que por lo que decía.

—Ya sabes que Emma y Emil pensaron hacer el viaje de luna de miel cuando hiciera buen tiempo. Se van a Luisiana, tenemos parientes allí, y a Emma se le ha metido en la cabeza ir y tiene que ser lo que ella diga, para ver cómo es aquello, aunque sólo sea una vez. Dice que si tú quisieras, Emil podría llevarse el acordeón y sacarle un buen precio. Mejor que por aquí. Dice que Emil ha dicho que a lo mejor podría sacar cien dólares por él, porque es así como poco corriente. Y tú ya no lo vas a tocar más. Yo creo que le debes algo a Dios, Frank, a san Judas que te sanó de las piernas. Y tú ya sabes, es un instrumento que así como que lo toman a risa, como cosa de franceses, ya me entiendes tú.

Hubo un largo minuto de silencio, sólo roto por las voces de la tele y la respiración de los dos. Él quería que ella entendiera lo que él estaba pensando, que supiera lo feliz que era y lo poco que le importaban el acordeón ni nada, con tal de poder yacer así con ella y dejarse llevar por el zumbido de su voz.

—Frank —explotó ella—, yo también quiero una oportunidad. Quiero una oportunidad de hacer algo, de hacer algo contigo. Quiero que nuestros hijos tengan una oportunidad en la vida, que no vivan aquí en el culo del

mundo. Frank, yo lloro cada vez que un yanqui me trata amablemente en una tienda. Los demás es esa actitud, esa mirada de ya está aquí otra francesita, que hace que te sientas basura. Frank, no tiene sentido ser francés, quedarse aquí. Tú no hablas francés, no sabes quiénes eran tus padres ni de dónde venían, aquí nadie se acuerda de ellos, seguro que estaban sólo de paso.

—Sí —dijo él—. Por qué no. Por qué no vender el acordeón. No sé por qué le he perdido el gusto. Me da igual. Lo que pueda sacar por él. Sí —dijo—. Lo que quieras tú, eso haremos. Es una buena idea, quizá, salir de aquí. Yo antes pensaba dedicarme a reparar televisores.

—Frank —dijo ella—, puedes ir a la universidad, puedes hacer todo lo que quieras.

—Pero una cosa te digo. No pienso cambiar mi apellido a Gaines.

Frank, vale, pero el Gagnon se queda. Lo único que heredé de mi gente es ese apellido.

Y ella se escurrió de entre las sábanas y se fue a la cocina, a prepararle el café y un plato de pan tostado mojado en leche con jarabe de arce, que él se tomaba en la cama, bajo el crucifijo de plata, mientras ella le cepillaba el pantalón y le frotaba las botas de trabajo con grasa de vacuno. Le daban ganas de llorar de alegría. Pero ya le bullía la idea alarmante de que una dulzura de vida tan embriagadora no podía durar. Pensaba cómo lo había llamado aquel hombre de Montmagny, *douceur de vivre*. Sí, sus huesos se estaban adobando en aquel vino, pero ¿cuánto tiempo tendría que pasar antes de que volvieran a ensartarle en la espita y asarle sobre la llama?

Mientras ella estaba en el cuarto de baño, él se hincó un alfiler debajo de la uña hasta sacar sangre, como recordatorio del dolor y la soledad de los que Dios y san Judas le habían librado. La observación traicionera que venía suprimiendo sacó la cabeza del hoyo: sintió que el dolor y la debilidad estaban esperando para volver a caer sobre él; no se había curado.

## **El chiste de Emil**

Emil miró el acordeón del derecho y del revés. Opinó que requería un trabajo: uno de los botones se atascaba un poco, aunque el fuelle de fina piel

se conservaba bien, y cuando le echó humo dentro para detectar grietas no escapó por ninguna. Tenía un tono especial, triste y emotivo. Les gustaría en Luisiana.

—Lo comprarán, allí lo compran seguro. Yo no es que quiera decir nada en contra de los franceses, pero son, cómo diríamos, son impulsivos, no demasiado listos. A ver si has oído este chiste: Thibodeaux entra en el bar para tomar una copa con los amigos, y aparece con las dos orejas vendadas. «¿Qué te ha pasado en las orejas?», le dice su amigo Boudreaux. «Nada», dice Thibodeaux, «que estaba sentado en la cocina al lado de la tabla de planchar, y en el momento en que Marie salió para ir al excusado, sonó el teléfono. “Aló, aló”, dije, pero válgame Dios, en vez del teléfono cogí la plancha y me quemé la oreja». «¿Y en la otra oreja qué te pasó, Thibodeaux?». «¿En la otra oreja? Pues que el muy imbécil volvió a llamar». Soltó un relincho y se sonó las narices con una de las servilletas de papel con campanitas de plata que habían quedado de su boda con Emma. Si no conseguía sacarle un buen precio, dijo a Dolor, él mismo se lo compraría para conservarlo en la familia. Así si Dolor decidía volver a cogerlo lo tendría.

—No, ya no pienso volver a tocarlo.

## **Camino de Luisiana**

—Desde luego, esto de la red interestatal está muy bien —dijo Emil a Emma—. Te cruzas el país en la mitad de tiempo.

—«Conduzca un Chevrolet por el país más grande del mundo, tra-la-rá» —cantó Emma fingiendo voz de niño pequeño. Iban en el coche nuevo, un sedán Chevrolet V—8 gris cardo, aunque Emil había querido un familiar. En Kansas City oyeron polcas polacas en un baile que no cerraba en toda la noche, al estilo salvaje de Kansas City, tan loco que no fueron capaces de bailar, aunque había una pareja que bailó la polca más rápida de todas moviendo a la vez un hula-hoop alrededor de sus mutuas caderas, con gran aplauso. «Podían haber encendido así una fogata», dijo Emil.

En Des Plaines habían parado para tomarse la hamburguesa de quince centavos en un restaurante para coches llamado McDonald's que les

recomendó probar el empleado de una gasolinera, y pusieron rumbo al sur por la Ruta 66, parándose cada noche en un cine para coches, por Pontiac, Ocoya, Funks Grove, donde Emma compró un bote de jarabe de arce, dejando atrás elevadores de grano, paradas de camioneros y despachos de perritos calientes, el Hogar del Camionero Dixie, un millar de gasolineras, Texaco, Shell, Mobil, Phillips 66. Emma escogía las casas de huéspedes para pernoctar por los carteles: CALEFACCIÓN-TRANQUILIDAD-AMBIENTE CRISTIANO, y las ruedas del coche rebotaban sobre las costuras de alquitrán de la autopista de cuatro carriles. Cerca de Sand Owl se encontraron con un accidente gordo, aceite y agua y gasolina por toda la carretera y tres coches en la cuneta, uno vuelto del revés, un hombre pataleando en la hierba con la camisa blanca salpicada de sangre, y las luces rojas de los coches de policía parpadeando.

—Yo no miro —dijo Emma, y siguieron rodando a Saint Louis y Rolla, donde empezaron a notar que hacía cada vez más calor, y giraron en dirección sur a Little Rock y un letrero que decía:

¿CUÁL FUE  
EL ÚLTIMO MILAGRO  
QUE HIZO JESÚS  
ANTES DE SER  
CRUCIFICADO?

Pero faltaba la respuesta, y de allí a Cuba, cuidando de no atropellar zarigüeyas, y a Alton, donde una bandera americana ondeaba en mitad de un maizal, Searcy, Lonoke, Fordyce, Natchitoches, Bunkie, pasando bares de carretera, una cafetería que tenía encima una botella de leche gigante y que a Emil le recordó la fábrica de discos con el perro en el tejado, y Emma dijo que eso no era nada, que en Kennebunkport había una tienda de regalos en forma de ballena, pero todo eso quedó eclipsado por una heladería para coches que tenía la forma de un enorme oso negro, y entrabas entre las patas del oso y decías lo que querías en un micrófono, y al salir por debajo de la cola ya lo tenías preparado, y por fin salieron al país llano y caluroso que era casi orilla del golfo de México.

La última noche de carretera Emma llamó a su madre para decir que casi habían llegado, qué tal el niño, está todavía levantado o en la cama, hola cariño, soy mamá... muy pronto... la semana que viene volvemos, te llevaré una sorpresa... adiosito... sí *maman*, ya veo que está bien y, ¿cómo?

¿Cómo? ¿CÓMO? Volvió al coche, con el gesto petrificado y retorciendo la correa del bolso; se dejó caer de golpe en el asiento.

—¿Qué pasa? —dijo Emil. Pero ella no quiso hablar durante mucho rato, una hora. Él condujo con cuidado y despacio, volviéndose a mirarla, dándole palmaditas en la rodilla, diciendo Cuéntame, cuéntame, es algo del niño, entonces qué, cuando ella negó con la cabeza, tu madre, tu padre, ¿pues qué es? ¿Eh? ¿Qué ha ocurrido? ¿Eh? Y al final paró el coche. Había una vía de servicio de gravilla junto a un *bayou*, bajo una masa de árboles con festones de líquen. El aire olía a podrido.

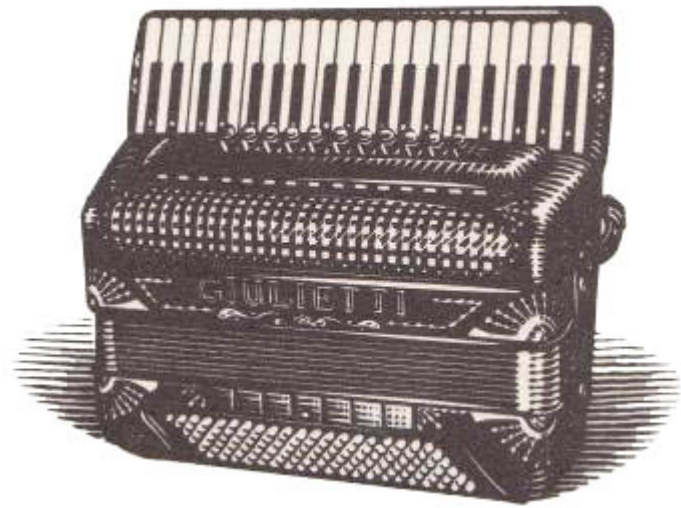
—Dímelo ya.

—Es sobre Dolor. Que Dolor se ha suicidado. Emil, lo tenía todo en la vida, no saben por qué lo ha hecho. Dejó una nota para ella, y lo único que decía es: «Soy feliz». A mi pobre hermana la tienen sedada.

—Jesús. ¿Cuándo ha sido?

—El sábado. Anteayer. Nosotros aquí viajando y riéndonos y pasándolo bien y su acordeoncito verde en el asiento de atrás, y él... —Por favor, por favor, Emil, pensó, no me preguntes cómo ha sido.

**No dejes que un muerto te estreche la mano**



**ACORDEÓN-PIANO**

## Un nuevo propietario

Había un camión aparcado en la pradera, con un cartel escrito a mano en el parabrisas: SE vende \$ 400. En el camino jadeaba un sedán repleto de gente en sombra: el asiento de atrás hervía de niños, y sobre el techo iba atado un largo pesebre metálico para vacas. La postura de la mujer en el asiento delantero denotaba su preñez. La puerta del conductor abierta daba entrada a un torrente de mosquitos negros, mientras el conductor, Buddy Malefoot, un hombre musculoso que vestía vaqueros blancos y botas de goma blancas, al cuello una cadena con una pata de mapache perlada que había encontrado dentro de una ostra, inclinado bajo el capó del camión movía alambres, metía el dedo en correas para probar su holgura, miraba la sequísima varilla del aceite, y a continuación salía para dar puntapiés a los flácidos neumáticos con el pie bueno. Tenía la cara huesuda y rectangular como una caja, la mandíbula igual de ancha que la frente, la coronilla escuadrada y orejas vueltas que habían resistido a todos los esparadrapos de la infancia. Una gorra grasienta le coronaba los negros rizos. Todo lo tenía en la derecha, desde un lunar en la oreja derecha hasta el ojo derecho más grande que el otro, cinco pelos largos junto a la tetilla derecha, uñas que le crecían más deprisa en la mano derecha, la pierna derecha más larga y el pie derecho de un número más que el izquierdo. En la casa se vio una silueta al otro lado de la puerta de tela metálica, que abría una rendija; pero Buddy alzó la mano y meneó la cabeza, subió al sedán y dio marcha atrás.

—¿No vale?

La voz salía de su padre, Onesiphore, que sentado atrás fumaba un cigarrillo, un hombre con la misma mandíbula cuadrada de su hijo pero con el rastro de la barba blanco, el pelo amarillento levantado en pico y unas gafas de sol donde se reflejaban los arrozales y el cielo acuoso.

—No vale para nada. Está como si lo hubieran molido a palos.

Llevaba un tiznón de grasa como la señal de la casta en la frente.

—Digo, pues está bien, tampoco me gusta a mí que te gastes el dinero de la indemnización. Parece que ya tenéis todos la tele y el acordeón. Deberías guardar un poco.

Y tiró el cigarrillo por la ventana.

—Eso mismo pienso yo —dijo delante la nuera, volviendo a medias hacia Onesiphore su perfil mantecoso. Vestía una minibata de embarazada a rayas, y lucía los muslos punteados de picaduras de mosquito.

—Aquí nadie se acuerda de que el accidentado he sido yo. Aquí nadie se acuerda de que a mí no se me dice lo que tengo que hacer. *Va brasser dans tes chaudières*.

El sedán se pegaba a la carretera por la mala suspensión, se achaparraba en las esquinas.

Yo te voy a decir lo que tienes que hacer —dijo el asiento de atrás—. O conduces más derecho o te planto la pata de una silla. No eres tan mayor que no te pueda hacer bailar. Quiero ir a casa y ver bien ese acordeón.

—Muy bien, *papa*, haz bailar a tu pobre hijo que tiene un pie averiado.

—Tú estás de los pies tan bien como yo. Espero que esté afinado en *re*.

Onesiphore estiró el cuello sobre el asiento delantero para mirar el estuche negro que iba entre los pies de su nuera.

—Sí, ¿eh? Querría verte *a ti* andar con esto más de un minuto. Te he dicho que es un *do*.

—Ya, sí, digo, pues me hace ilusión tener un *re*. ¿Te acuerdas de aquella hermosura que tenía Ambrose Thibodeaux en *re* mayor?

—Deliras.

—En mis tiempos un hijo no le hablaba así a su padre, cuando yo era joven vivíamos en casa y comíamos las cosas buenas que se criaban en casa, digo, nada de esa comida del supermercado, sino *sacamité*, el buen potaje de quingombó, *boudin* como ya no se encuentra, digo, ya lo creo, y entonces los chiquillos eran buenos; lo malo empezó, y esto que digo es verdad, cuando hicieron que los chiquillos fueran a la escuela y hablaran sólo *américain*. Tú, tú y Belle hablabais francés, un francés perfecto, cuando erais pequeños, y ahora no oigo ni una palabra, y los nietos, éstos no distinguen una *cheeseburger* de una *tortue ventre jaune*.

Y encendió otro cigarrillo.

—Sí, ¿eh? A ver cuánto durabas tú en la plataforma hablando francés. Estos tíos del petróleo llegan aquí de Texas, de Oklahoma, ellos tienen el



dinero, ellos reparten el trabajo, todo, el negocio es estrictamente americano y tú tienes que hacer tus informes todo igual. ¿Yo para qué quiero el francés? Es como un lenguaje secreto que no funciona. Es como la jerigonza de los críos, *iay ovelay ouyay*. Está bien para casa, para hablar con la familia, para cantar las canciones.

Le parpadeaba el ojo derecho, era un tic que le daba por la tensión de conversar con su padre. Uno de los niños iba tumbado en la repisa de la ventanilla de atrás; el otro, Bissel, iba sentado en el suelo, colocando pedacitos de gravilla sobre la puntera de una bota de su abuelo. (Dieciséis años después Bissel, que tocaba la batería en una discoteca de Baton Rouge, vino a visitarles y vio a diez mil personas puestas en pie aclamar al viejo en el Cajun Music Tribute. «¡Ése es el cabrón de mi abuelo!», dijo furiosamente a su chica, como si fuera un secreto que le hubieran ocultado toda la vida. Cuando el viejo se murió de triquinosis Bissel se pasó al acordeón, durante un año imitó con inquietante exactitud la manera de cantar de su abuelo, y luego se dedicó al pop de las ciénagas).

—Abuelo, ¿tú has visto una tortuga cuando eras pequeño?

—¡Cómo que si la he visto, me las he comido! Las cazábamos en verano cuando se secaban las ciénagas, las sacábamos de debajo de la tierra. A veces las encontrábamos después de una tormenta. Las teníamos en un corralito hasta comerlas. Si coges la tortuga mujer llena de huevos, eso sí que es bueno. Palpábamos, palpábamos la tortuga con nuestros deditos, a ver si notábamos huevos. *Maman* hacía la carne en fricasé, y el mejor bocado es la yema del huevo en el plato, sabe igual que el pollo. ¿Vosotros todavía no habéis comido tortuga? ¡Está rica! ¿Sabes una cosa?, cueces los huevos todo el día y toda la noche y todo el día siguiente y la clara no se pone dura nunca. Hay que sorberla de la cáscara, tienen una cáscara que es como el cuero. Yo hace ya mucho que no he visto una tortuga, un par de años. ¡Fijaos qué olor a café! Siempre por este camino huele bien a café. Ya me gusta a mí. Vamos corriendo a casa. *À la maison, mon fils!* Ya me está sabiendo en la boca ese *petit noir*. «*Le café noir dans un paquet bleu, le plus je bois, le plus je veux*» —cantó con su celebrada voz, vibrante y dolorida, al estilo lamentoso que antiguamente iba unido a la música de los extintos chitimachas y houmas—. Digo yo que vamos a tener más lluvia. ¿Veis lo que viene? —Una masa de nubes azul-negras venía del Golfo. Sólo su nuera volvió los ojos al sudoeste y asintió para alimentar la ilusión de que

eran conspiradores, aliados contra Buddy y *Madame* Malefoot. Onesiphore le dio unas palmaditas en el hombro y siguió cantando y fumando mientras el sedán rodaba por la tierra llana y caliente.

La familia Malefoot —sus enemigos decían que el nombre venía de *malfrat*, o sea malhechor— era un clan enmarañado de nodos y rizomas empalmados que se extendían sobre el continente como los filamentos de un hongo enorme. Antiguamente venidos de Francia en el siglo XVII, cruzando el Atlántico norte a la *Acadie* del Nuevo Mundo, hicieron caso omiso de los británicos cuando Francia cedió la región a Inglaterra, que la rebautizó como Nueva Escocia y exigió juramentos de lealtad. Los Malefoot y millares más en la franja litoral de la *Bale Française* hicieron caso omiso de pretensión tan ridícula, y su falta de entusiasmo fue interpretada por los británicos como traición. Miles de acadianos fueron embarcados con destino a las colonias americanas, y algunos buscaron asilo por su cuenta. Los Malefoot fueron primero a Saint-Pierre y después a Miquelon, rocas desgajadas de la costa de Terranova, y de allí fueron repatriados a Francia, donde languidecieron algunos meses; nuevamente cruzaron el océano hasta Halifax, y de Halifax tomaron el barco a Nueva Orleans, en la Luisiana francesa, decisión intempestiva, pues a los pocos años de su llegada ese territorio fue cedido a España. Los refugiados pusieron rumbo norte y oeste, al país caluroso, lluvioso y encharcado de los opelousas, attakapas, chitimachas, houmas, a las costas acadianas, los *bayous* de Teche y Courtableau, aprendiendo a guiar con pértigas los frágiles *bateaux* y a vivir en la humedad pringosa. Se mezclaron y cruzaron, unieron y combinaron su sangre con la de tribus locales, haitianos, antillanos, esclavos, alemanes, españoles, gente libre de color (muchos con el nombre de Senegal, por el río de su tierra), colonos anglos, *américains* incluso, conformando una cultura *méli-mélo* empapada de francés, y el acordeón, tomado de los alemanes, puso música en las cocinas de las parroquias de las praderas, mientras el violín reinaba en las parroquias de los pantanales.

A lo largo de los grandes *bayous* se extendían depósitos aluviales de un mantillo maravillosamente fértil. En el país de los attakapas, los Malefoot plantaron caña y maíz y trabajaron las plantaciones codo a codo con peones chinos importados, arreando grandes mulas azucareras, aunque ningún Malefoot vivía en rica mansión; en tierra de los opelousas, los cultivos eran

minifundios de algodón y maíz, a veces explotados en aparcería. Tenían su parcela de boniatos, su sembrado de patata irlandesa.

En las islas y al fondo de los *bayous* construían sus casas al estilo criollo, elevadas sobre el suelo en *piliers* de ciprés, las cubiertas de perfil quebrado tomadas de las Antillas, protegiendo porches remetidos y escaleras exteriores con una *fausse galerie* que cerrara el paso a la lluvia cruzada. Alisaban los muros interiores con lechada sobre barro y musgo, plantaban arroz Blue Rose, y en la cuenca de Atchafalaya, el gran pantano de agua dulce, recogían musgo y cazaban caimanes, navegando con pértiga por el agua baja donde las garcetas alzaban el vuelo como trémulos manteles, escurriéndose por el laberinto salobre de tierras movedizas, ova y grama hasta el borde del Golfo. En el Golfo los Malefoot, otrora bacaladeros y balleneros del Atlántico norte, pescaban y mariscaban la ostra y el camarón, y a partir de que el gobierno autorizara en 1953 la perforación costera trabajaron en las plataformas de petróleo, pero no habían olvidado el lento resbalar de la piragua por canales negros, el siseo de la barca al abrir la maleza, la nutria en la trampa, *la belle cocodrie* con su hocico brillante de lenteja de agua mojada. Aún quedaban Malefoot que, envueltos en zumbadoras nubes de mosquitos y defendiéndose a cachetes de los tábanos ávidos de sangre, circulaban entre el agua espejeante, el cielo y la cola de zorra, pero se quejaban de que todo estaba cambiando, de que el jacinto de agua foráneo cegaba los cauces y de que los criaderos de camarones se estaban arruinando desde que el Cuerpo de Ingenieros del Ejército bloqueara el flujo natural que había formado el delta del Mississippi con su sistema de presas, al desviar los ricos depósitos de limo que venían viajando desde el corazón del continente y alimentando las grandes marismas desde siempre, y ahora se perdían inútilmente en el mar. Los pantanos y las marismas se disolvían, se hundían, desaparecían. (Una generación más tarde, dos mil quinientos kilómetros cuadrados de tierra se habían disuelto en el agua. Se cerraban las marismas salinas, se llenaban de agua dulce para sacar una cosecha de arroz, se secaban para pasto de vacuno y dinero rápido que los empresarios de la industria cárnica de Texas pagaran por terneros canijos). Había parientes Malefoot caricuadrados en New Brunswick y en Maine, los había por todo Texas, en Beaumont del Golfo, allá en el país del Big Thicket gracias a Basile Malefoot, que se unió por matrimonio a los Rednecks-Plemon Barko con sus perros sin raza y sus

salvajes cacerías de mapaches en una frontera de nadie. Basile que a caballo era capaz de acorrallar una piara sin marcar con sus perros, enlazar un cochinito y subirlo berreando a la silla, recortarle las orejas y soltarle. Una vuelta del lazo, un grito, y ya era suyo el siguiente.

El hermano mayor de Basile, Elmore Malefoot, crió vacas y cerdos, y luchó contra la fiebre de Texas, las garrapatas y los mosquitos en el confin norteño de la pradera de Calcasieu, cerca de los pinares bajos donde picos y puntas de bosque se proyectaban sobre el herbazal llano como cabos y promontorios en el mar, donde las arboledas de nogal americano y roble y los pequeños entrantes de pradera, que hacían recordar al nostálgico las irregularidades del litoral perdido, recibían nombre de islas y calas y bahías. En los bosques al norte de las praderas vivía un puñado de norirlandeses y americanos en sus solitarios cuadros de tierra, aislados del placer de la compañía y de las ventajas de la sana vecindad; los alemanes que bajaron del Midwest para cultivar arroz en vez de trigo habían sido devorados, se habían vuelto franceses con sólo probar el agua del *bayou*.

El tercer hermano, Onesiphore, se había quedado en la pequeña colonia de Goujon. Campos de cultivo largos y estrechos se extendían detrás de las casas, como siglos antes en el lejano San Lorenzo. Onesiphore se dedicó a los cerdos y la caña, y criaba unas cuantas vacas escuálidas en *gazon*, hierba que crecía verde y espesa pero no nutría y se moría y se pudría cuando a las heladas del invierno sucedía la lluvia inevitable. El estado pavimentó las viejas carreteras del quingombó en los años treinta, y ahora, en 1959, se construía a lo largo del macadán, ya no un lodazal ni una polvareda sofocante, como antaño se construía a orilla del río, repartiendo la tierra en figuras novedosas.

Onesiphore Malefoot recordaba a su padre, André, un hombre que siempre parecía estar repantingado en el asiento aunque estuviera de pie, arrastrando por la pradera abierta su casa recién hecha (construida en Mermantau, cerca de la serrería), con troncos de bueyes y la ayuda de sus hermanos, Elmore y Basile.

—Tres días tardaron en llegar a Goujon. Digo, no hacían más de dieciséis kilómetros en un día. Y el pobrecito mío tenía la suerte de un ternero flaco. La mueve y qué desgracia, se le olvida que está levantada con el gato y por la noche va, se cae por un lado de la casa y se rompe una pierna. —La casa estaba sepultada bajo cuatro inmensas gardenias, el

perfume drogante y adormecedor del hogar para todo Malefoot que vivió entre sus muros, una dulzura ausente que ponía nervioso a Buddy cuando estaba en la plataforma haciendo sus catorce días, ganando mucho dinero y muriéndose de morriña.

—Vuelve a contarme lo del acordeón y cómo lo encontraste y por qué es tan bueno. ¿Por qué lo has comprado? Tenemos muchos acordeones, el Napoleón Gagné, el azul, tenemos el español de tres filas, y tú, tú tienes esa monada del Soprani, y podríamos hacer arreglar ése tan gracioso..., se me olvidan todos los nombres, pero el que me gustaría que tuviéramos es el Monarch negro y oro. Digo. Y ahora tenemos un acordeón que es *un mystère*, ¿no?

La nuera abrió la boca por segunda vez.

—Marie la de Pete Lucien tuvo aquí a su sobrina Emma que venía de Maine, y Emil su marido toca algo de música por allá, el acordeón...

—*Country*, toca música *country*-oeste. Esas cosas de «*De noche ensillo mi bronco y saltamos cantando la hoguera*» —y gorgoteó una imitación de *yodel*—. ¿Qué diablos hacen con esa clase de música en Maine? ¿Tienes un cigarrillo, papá?

—¿Y qué me dices de aquí? El alegre Fats, digo, ¿no está influido por el *country*? ¿Y los Rayne-Bo Ramblers, y los Hackberrys? *Diable*, ya lo tocaban cuando yo era *bébé*. ¿Y qué me dices de Frank Deadline después de la guerra? Yo mismo lo toco, digo, *swing* del oeste; *tú* lo tocas, lo que *tú* tocas suena a veces puro *country*. Demonio, si *country* es lo único que se oye por la radio. Tú mismo me has dicho que es lo único que sale en la plataforma. ¿Así que este pobre Emil, que toca el acordeón *country*-oeste, baja para acá, oye música de Luisiana, y decide, digo, dejar el acordeón porque nunca llegará a tocar tan bien como los *cajún*?

La nuera, aureolada de humo gris, rió para sí:

—Nada, nada de eso.

—Nada de eso —dijo Buddy—. No le gusta nuestra música, es demasiado triste, no es suave. No, él tiene su propio acordeón, simplemente un gran acordeón-piano, blanco, que pesa tres o cuatro toneladas y no suena como uno pequeño de diez botones. Éste de aquí es el acordeón de otro individuo, que estaba casado con la hermana de la sobrina. La sobrina es Emma, y su hermana es Marie, y la llaman Mitzi. Y el individuo de Maine, casado con Marie, no me acuerdo del nombre, ése es el que tenía el

acordeón —e indicó con un gesto el estuche a los pies de su esposa—, y estuvo tullido muy mal, no sé si tuvo algo que ver con el accidente del que se murió el primer marido de Emma, ¿te acuerdas que de eso nos enteramos?

—El hombre que conducía camiones y tuvo un accidente es el único del que yo he oído hablar, digo.

—Ése es. El marido de Emma, su primer marido, *antes* de este Emil que vende el acordeón que era del amigo del marido de Emma que tuvo el accidente, del amigo que se casa con la hermana de Emma, Marie, a la que llaman Mitzi, y le da una enfermedad en las piernas, no sé cómo se llama. De eso van las canciones que al parecer tocan por allá, canciones en francés sobre motosierras y camiones de troncos. Pero nada, tienen que ponerse sombrero de vaquero. Total, que este amigo del marido de Emma, el del accidente del camión, que tenía mal las piernas, amigo de Emil también, éste es el que tiene el acordeón, y está en silla de ruedas, y hace una promesa a Dios de que si se le ponen bien las piernas deja el acordeón. Y eso es lo que pasa. Se cura. *¡Y entonces!* Va y se mata. A los dos o tres meses de casado se mata. Y ya Emil y Emma estaban en camino hacia aquí para venderle el acordeón, pensando que aquí abajo alguien lo querría comprar. Y ahora Marie, que es la mujer, que se hace llamar Mitzi, hermana de Emma, la del de las piernas malas y la silla de ruedas amigo de Emil y del marido que tuvo el accidente en el camión, pues no le sobra el dinero. Total, el caso es que allí ya nadie quiere el acordeón de botones. Pasa lo que aquí. Dicen que es cosa de franchutes, y todo el mundo está por la guitarra, tocar *rock and roll* y todo eso. Así que yo voy y lo achucho un poco, y oigo que es especial, papá, te va a gustar el sonido de ese instrumento, y tiene el fuelle grande y largo, mucho pliegue, voz llorona. Es un acordeoncito precioso, y está triste porque echa de menos los pinos del norte, echa de menos a ese pobre muerto, toda la noche la pasa llorando sobre la almohada.

—*Vite! A la maison!* Estoy en ascuas por oír ese acordeón.

—Tiene escrito el nombre en la caja, pero yo creo que lo vamos a lijar inmediatamente. El fuelle es de cuero, badana, *très bon*, flexible. Le daba no sé qué, lo que daban antes en el arnés de los caballos de tiro, eso dice Emil, para que no se secase.

—¿No está tieso, no se resiste? Los fuelles de cuero se te resisten, digo, ya lo creo que sí. Me acuerdo de uno que tuvo Iry Lejeune antes de que le atropellaran, que era como apretar un cadáver. —Y echó una vara de humo entre los labios fruncidos.

—No, es blando. Está en muy buen estado, creo yo. Tú lo verás, papá.

### *Trois jours après ma mort*

Ya estaban cerca del pueblo, ya habían pasado la gasolinera del cruce.

—Espera, espera, espera, espera. ¿Qué es esto? —Onesiphore apuntó a un edificio en construcción: los hermanos Marais estaban clavando el revestimiento exterior, y en la fachada seguían aún abiertos los marcos rectangulares para las lunas.

—Va a ser un restaurante. Detrás tiene uno de Houston. Se va a llamar El Café Cajun de *Bouáou*, *jambalaya*, caldereta de cangrejos y música en directo todas las noches. Para los turistas.

—¿Y quién es ese Boudou?

—Nadie. Se inventan un nombre que suene *cajún*, o francés por lo menos. Potenciar la industria turística, emplear a gente local, lo que hacen los hermanos Marais.

—Sabes una cosa —dijo Onesiphore entornando los ojos malévolamente—, en mi generación nos contentábamos con vivir. No pensábamos ni en quiénes éramos ni en nada, simplemente nacíamos, vivíamos, pescábamos y sembrábamos, comíamos comida casera, bailábamos, hacíamos música, envejecíamos y nos moríamos, y nadie venía aquí a molestarnos. Tu generación se ha dividido. Todos habláis americano, de francés nada o casi nada. Y hay quien dice: «Ay, yo tengo que aprender francés, yo tengo que ser *cajún*, rápido, enseñadme unas cuantas palabras y dadme un *'tit fer*, que quiero hacer música *cajún*». Y estos *bébés* de aquí, crecen en una época en que vienen forasteros, ponen un restaurante, ya nadie come en casa antes de ir al baile, sino que van a un restaurante que es de un individuo de Texas, un sitio para que los turistas vengan a ver a los *cajún* como si fueran simios. ¡CAJUNLANDIA! Vamos a poner un cartel.

Buddy puso los ojos en blanco. Habían pasado del almacén de Dumont y seguían la cerca rematada por dos hileras de alambre de espino delante del nuevo rancho de Bo Arbour, con sus ventanas repintadas de azul marino, sus patos de escayola en la hierba tupida y la primera de la fila de antenas de televisión cuyas curvas y lazadas trazaban en el aire un dibujo que era como las antiguas marcas de ganadería en forma de sartén llena de serpientes.

—Quién lo iba a decir, viendo esa casa tan bonita, que el viejo Arbour se murió de lepra. Recuerdo haber oído contar que tenía la pierna como si fuera de queso, el dedo gordo del pie se le cayó en el dormitorio, y entonces fue cuando se lo llevaron a Carville con los leprosos. Lo habían tenido en secreto mucho tiempo para que pudiera estar en su casa.

—El trabajo en las plataformas petrolíferas es lo que ha levantado esa casa —dijo Buddy por la comisura derecha.

Pasaron por delante del baño de las vacas de Onesiphore y enfilaron el camino de entrada a la casa. Buddy y la nuera vivían al otro extremo del pueblo cerca del arrozal, en la casa modular que Buddy no había acabado de pagar aún. Aparcaron detrás del camión viejo de Onesiphore, que había perdido todo rastro de pintura: una carcasa roja oscura comida por la humedad salitrosa y abollada en todas partes por los accidentes del viejo y los choques en aparcamientos de salas de baile con conductores beodos. La cabina tenía una rociada de agujeros de bala, de la noche que mataron a Belle.

—Lo primero vamos a bajar el pesebre —dijo Onesiphore—. Quiero ponerlo pegado a la cerca, donde está el viejo de madera.

Con los pitillos en la comisura de los labios para apartar el humo de los ojos, lo trasladaron hasta la cerca y retiraron el roto y astillado de madera que Buddy recordaba allí de toda la vida, y Onesiphore sujetó el nuevo a la cerca con alambre. El metal galvanizado relucía.

—Ahora las vacas ya no lo van a volcar cuando esté vacío —dijo—. Vamos a estrenarlo con un poquito de heno, que se acostumbren a este pesebre nuevo tan bonito —y descargó en él una bala. Lejos rezongó un trueno.



## Belle

La nuera hizo que los niños se descalzaran en la entrada; *Madame Malefoot* tenía la casa sin una mota de polvo, y ésa era una de las razones de que Buddy y los suyos no fueran muy a menudo. La blanca cocina de gas adosada a una pared hacía pareja con el relumbrante frigorífico en la otra. La limpia luz azul que entraba por la ventana se reflejaba en la superficie de la mesa de esmalte blanco y en el cenicero de cristal pulimentado. El suelo era de linóleo blanco, encerado hasta darle un brillo acuoso. *Madame Malefoot* había mandado poner ese suelo después de la muerte de Belle, muerta hacía años en un aparcamiento de Empire. Tres personas más habían caído muertas a tiros o apuñaladas esa noche en reyertas distintas, dos acribilladas por un enredador borracho y enfurecido llamado Earl, al que habían echado del bar por mearse en las piernas de los clientes (después tuvo un ataque de tos mortal en el presidio). En el tumulto, a oscuras, los clientes corrían de una pared a otra, huían al aparcamiento y vuelta, como hormigas pisadas por caballos. Belle, cuya silueta Earl confundió con la del barman —los dos eran delgados y cortos de estatura, los dos tenían una aureola de pelo crespo—, se llevó una descarga de perdigones en el pecho y murió en el hospital a la mañana siguiente. La sala de espera olía a cobayas.

Después del funeral de Belle, *Madame Malefoot*, que siempre había sido aseada y fina, empezó a limpiar obsesivamente; hablaba poco, caía en silencios. Dejó el lecho de Onesiphore y dormía en la habitación de su hija muerta. Bajo el flujo de la luna saliente parecía a veces como que la chica sólo estuviera de viaje, visitando a las primas de Texas. Una música lenta y sacra, de voces puras que atravesaban sinuosas los jirones de nube, se introducía en la habitación con la luz de la luna. Una red de claridad aparecía en la pared, una delicada malla en la figura curva de un arco tendido, con una banda ancha al final y un fleco de filamentos, largos hilos de luz de luna movidos por el aire caliente que salía de la estufa eléctrica y que la luz cruzaba. *Madame Malefoot* no conseguía dar con la causa de aquella extraña y hermosa dispersión, que al cabo de unos minutos se desvanecía, dejando la pared en su ordinaria y mate blancura. *Madame Malefoot* lo tomó como prueba de la ascensión y presencia de su hija. Compró en secreto un surtido de tubos de pintura, y cuando Onesiphore no estaba en casa intentaba recrear la cara de su hija muerta, primero en platos

de cartón, luego en cuadrados de lienzo sin bastidor, extendidos sobre la mesa, copiando de fotos antiguas. La pintó de recién nacida, de niña mientras sostenía una tortuga mordedura por encima de la cabeza, arrodillada diciendo sus oraciones, de chica joven sentada al lado de su padre y tocando el *'tit fer* que fue la causa de su muerte, pues de no haber tocado en locales dudosos con Onesiphore y Buddy, de no haber vestido vaqueros azules americanos, de haber tenido más pecho —pobre hija, era plana como una tabla—, no la habrían confundido con un hombre en aquel sitio de perdición y aún estaría viva. Si no hubiera sido un poco tarda, una inocente que no se precavía del mal, todo habría sido distinto. El propio Onesiphore tenía un chirlo que iba del ojo hasta la mandíbula, de una vez, años antes, en que fue a tocar a una sala de baile de pueblo («¡Todos a la pista: a bailar!»), un sitio peligroso donde los músicos no estaban protegidos del lanzamiento de botellas por una jaula de tela metálica, y con todo aquel humo se les irritaban los ojos y al día siguiente los tenían rojos como tomates; y Buddy siempre andaba metido en riñas, en parte por su carácter combativo, sus iras tremendas, pero hasta el momento había tumbado a todos sus atacantes de un par de puñetazos y un rodillazo en la ingle. La mejor pintura de Belle, que la mostraba de niña sosteniendo un gato de trapo, estaba colgada en aquel dormitorio, enmarcada en un asiento de retrete esmaltado en negro con el borde dorado, cuya tapa ocultaba el retrato mientras no se levantara.

## **Onesiphore examina el acordeón verde**

Visillos blancos de muselina enmarcaban la tormenta inminente. Un cuadro con tres ángeles de diáfana vestidura volando a través de un arco iris, también obra del pincel de *Madame*, uno de los ángeles con la cara de Belle, estaba colgado sobre el calendario de la compañía aseguradora. Platos de loza blanca apoyados en la barandilla del aparador, tazas blancas como huevos pelados, un fregadero blanco y un escurridor de porcelana blanca. La nuera se tropezaba contra las esmaltadas superficies con la incómoda sensación de una polilla chamuscada. Dentro de toda aquella heladora palidez, lo único alegre y cálido eran *Madame* Malefoot con su

traje pantalón de poliéster color crema, el olor del café recién tostado y las sillas. Las sillas eran de fabricación casera, de gruesas patas y respaldo sencillo de barrotes horizontales, alisada la madera con el filo de un vidrio roto, y los asientos de piel de vaca curtida con su pelo en rojo y blanco. Junto a la ventana estaba la silla del gato, y en la hierba de fuera, inspeccionando el nuevo pesebre, el gato en persona, inmenso, cuadrado y anaranjado, con figura de maleta, la cola a modo de correa partida. El nubarrón oscureció la hierba y el gato se aproximó a la puerta de detrás.

*Madame* era corpulenta y altiva, con el pelo gris prieto en un moño de dos vueltas sobre la coronilla. Su cara ancha, como otro plato de loza, flotaba sobre un cuello de encaje. Abrazó a su nuera sin sentimiento, besó fríamente a los niños, sacó galletas de pacana en un molde de horno de papel de aluminio en vez de loza buena, lo cual la nuera percibió como un insulto; se puso a moler el café, se interrumpió a mitad de la molienda para abrir al gato, que arañaba la puerta. El gato se dirigió a su silla, subió de un salto y se aplicó a alisarse el pelo con cortos lametones contrariados.

Buddy abrió el estuche del instrumento, sacó el acordeón verde y lo puso en manos de su padre. Onesiphore, despatarrado en su silla, lo examinó detenidamente, abrió los enganches. Probó los botones y aprobó con la cabeza su funcionamiento; a continuación alzó los brazos con los codos abajo y empezó a sacarle música, y el vigoroso compás binario se apoderó de la cocina, y Onesiphore punteó el ritmo con saltos de octava. Al cabo de unos minutos se paró, miró a Buddy y le guiñó un ojo; luego volvió a apartar la vista y empezó a tocar otra vez, alzando la voz por encima de unos truenos de tal calibre que los platos de loza retemblaban contra su soporte; y al final de las frases lanzaba un quejido ahogado como si le hubieran dado un puñetazo.

*Yie, chère 'tite fille,  
ah, viens me rejoindre là-bas à la maison.  
Trois jours, trois jours après ma mort, yie,  
tu vas venir à la maison te lamenter à moi.  
Yie, garde-donc 'tit monde...*

—Digo, el que lo hizo sabía un par de cosas. Roza en el *mi*, probablemente por una lengüeta suelta. Es rápido, tiene buen mecanismo, pero es ruidoso. ¿Has oído como castañetea?

Encendió un cigarrillo y entornó los ojos mirando con pena el paquete casi vacío.

—A mí me gusta ese sonido. Es parte de la música. Es *cajún*, ese castañeteo.

—Te diré que lo que no es *cajún* son las válvulas; ¿has oído ese gorgoteo, algo así como de garganta? Escucha.

Y volvió a tocar:

*Fais pas ça ou ta maman va pleurer.*

*Viens avec moi, yie, là-bas,*

*non, non, ta maman fait pas rien.*

*Yie, toi, 'tite fille,*

*moi je connais tu ferais mieux pas faire ça, yie, yie, yie.*

Y oyeron el sonido rasposo, y oyeron también la primera oleada de lluvia como si acudiera a la llamada de la música.

—Mi coche se va a lavar a la mexicana —dijo Buddy.

—Es el cuero de las válvulas, que con el tiempo se encoge. —Había abierto el instrumento y estaba examinando la caja armónica—. Es antiguo, mira cómo está hecho, digo, todo artesanal, todo bueno. Mira aquí. Le cambiamos las válvulas. Sólo un lengüetero grande. ¿Ves cómo ha doblado un poco la punta de las lengüetas? Eso te da más metal en la punta, el tono es grueso, más entero. Sabes lo que te digo, le vamos a poner las lengüetas nuevas, volverlo a afinar, bajarle las tercias, darle un buen repaso. «*La mujer de otro hooombre.*»

—Suena muy bien.

—Vale. Y sustituir la junta de la caja de agudos, porque no está bien. Quitarle la rejilla. Es bonita, pero apaga el sonido. Para el sábado lo tenemos listo. Dicen que viene una fotógrafa que quiere ver la vida *cajún*, las ostrerías, *fais dodo*, *la boucherie*. ¿Cuánto has pagado por esta cajita?

Se hizo un silencio tenso. Buddy se apoyó en el fregadero, cruzando los tobillos. Un trueno formidable y un relámpago simultáneo tiñeron la cocina de azul.

—No te sientes al lado de la ventana, *cher* —rogó *Madame* Malefoot al gato rubio.

—Ciento quince dólares. —Le daban igual la tormenta y su madre.

—*Mon dieu!* ¡Eres Jean Sot! Demasiado. Eso es una fortuna. Tú tiras el dinero. ¿No le hiciste ver los problemas? Podías haber conseguido una rebaja de cincuenta o sesenta dólares. Algo vale, digo, ya lo creo, no digo que no, está hecho a mano, es especial, pero necesita reparación, y si hubieras sido listo podrías haber regateado, *non?* —Y aplastó la colilla humeante en el cenicero de cristal.

—No. Escucha, papá, te estás volviendo más agarrado que un sello. Tenía mis buenas razones. Esa pobre mujer de Maine, después de lo que ha pasado, va a necesitar hasta el último céntimo. Nunca, nunca, nunca lo va a superar, dice Emma.

—¿Ella le encontró?

—No, gracias a los santos. Uno que trabajaba en el monte cerca de él le encontró y salió despavorido. —Bajó la voz para que no le oyeran los niños, que le oyeran de todos modos—. *Él mismo se cortó Ut cabeza.* Armó un tinglado en el monte, colgó la motosierra entre unos árboles y la puso en marcha, y luego..., luego echó a andar hacia allí..., y *zas*. —Y se pasó la mano por el cuello.

—*Non!*

—Sí. Pero ¿sabes qué? Que primero dejó hecho el trabajo del día.

—¡Eso sí que es un francés!

—Abuelo, las vacas se han caído y están durmiendo en la lluvia —dijo el niño.

—¿Qué? ¡Uy, uy, uy, santo cielo!

Abrió de par en par la puerta de la cocina y miró a las tres vacas, cuyos cuerpos echaban vapor bajo el aguacero; y miró al poste ladeado, al cable del tendido eléctrico que colgaba arrastrando sobre la cerca, al pesebre metálico medio lleno de heno mojado y echando chispas. Pero no se habían muerto. En veinte minutos estaban en pie despatarradas, y no hubo jamás quien consiguiera que ninguna de ellas volviera a comer de un pesebre.

Onesiphore tenía que esparcirles el heno por el suelo, y aun así desconfiaban.

## Mujeres en el *fais dodo*

La fotógrafa, Olga Buckle, una mujer alta y rubia con el pelo afro y pantalones rojos de campana, diestra en meter el pie en lugar provechoso y empujar hasta situarse en el centro de los acontecimientos, aparcó en la explanada llena de baches que había delante de la sala de baile, una construcción de tablonos revestida de metal corrugado en su parte baja y cubierta con el mismo material. La fotógrafa conducía un De Soto nuevo, con aletas aerodinámicas y dirección automática. El año anterior había hecho su agosto con una cubierta de *Life*, unos universitarios hacinados en una cabina telefónica y en primer plano un rostro agonizante con los ojos desorbitados abajo del montón, un saltador de pértiga de veinte años que se moría en el momento de disparar la cámara.

Estaba haciendo un encargo para el Instituto Americano de Washington del Folclore del Interior, un archivo financiado por el gobierno y gestionado por hombrecitos relamidos de perilla gris. No se daba un respiro, no bebía ni siquiera cuando le decían que una copa es el apretón de manos *cajún*, se negaba a bailar, no le veía sentido a la *bourée*, bostezaba en las carreras de caballos, la matanza de cerdos y vacas le traía al fresco, jamás había probado la carne blanca de la cola del *cocodrie*, no sabía guardar el equilibrio en un esquife, no había dormido jamás con una almohada rellena de musgo seco, no era católica, no había visto nunca una sección rítmica de tablas de lavar ni de dedales, ni el arroz ni la caña en el campo, ni había conducido una mula ni montado a caballo ni cogido un cerdo, ni entendía el francés ni le gustaban las mujeres. Fumaba sin parar. Casi todas las fotos que hacía eran de hombres, aunque la tejedora Granny Reneaux (que parecía un hombre) salía en un par de ellas tejiendo, y *Madame Portier*, cinco veces viuda, mereció una toma enguatando una colcha y mirando por el rabillo de sus extraños ojos color violeta.

Dentro de la sala se le acercó Winnie Wall, la periodista, y le dijo:

—Creí que te habías perdido.

—Yo nunca me pierdo.

Winnie Wall era una mujer aún joven que había abandonado el sujetador, vestía una bata larga de algodón floreado y arrastraba por el mundo una grabadora. Hacía cientos de preguntas implacables en un francés tan redicho y peculiar que la gente le suplicaba que hablara en inglés. Parecía estar siempre a punto de desmayarse, con los sobacos húmedos, la cara de piel áspera sin maquillaje ni pintura en los labios siempre surcada por el sudor, y el pelo apelmazado.

—Está muy enferma, tiene un mal en una parte privada —susurró la señora Blush Leleur, la *traîteuse*, junto a la pálida oreja de la nuera. Estaban las dos en una sala contigua a la pista de baile principal, el cuarto de los niños, donde había una cama grande hecha para una docena de bebés. En la sala principal estaban tocando «El vals de la mala suerte». La nuera entregó su plato de bocaditos de malvavisco a la *traîteuse* para que se lo tuviera mientras bajaba al suelo a Debbie. Al final del vals, el presentador. Archange, habló por el micrófono.

—El propietario de un camión de reparto marrón y blanco se ha dejado las luces encendidas.

La *traîteuse*, alta, de manos grandes y fuertes, vestía pantalones color de rosa y una blusa morada de rayón con botones forrados y cuello chino. Lucía doce sartas de perlas falsas, una larga hasta más abajo de la cintura. A pesar de haber cumplido los sesenta y cinco años, tenía el pelo negro como el carbón y rizado como los tallos de diente de león. Usaba gafas de montura de mariposa, doradas con los cristales teñidos. En los ajados lóbulos llevaba pendientes de pinza con medias perlas. Tenía la cara arrugada, con la expresión obtusa pero agradable de una tortuga, la boca pintada en un tono rojinegro que se llamaba Barbecue. La nuera tapó a su muy despierta niña con un chal rojo y cantó, medio en americano medio en francés: «*Duerme, duerme, pequeña bebé, cuando despiertes te daré un pastel de cerezas...*». Sus brazos blancos y lisos parecían pintados con aerógrafo. Cesó la música y del micrófono salieron chirridos y pitidos.

—Propietario del camión bicolor, si no apaga las luces va a tener que irse a pie. Se está quedando sin batería.

—Yo huelo esa enfermedad. La tiene en sus partes privadas y no lleva ropa interior por el dolor que le produce. No puede hablar de ello con nadie.

La fotografía no le tiene simpatía y no quería que viniera. Han venido a enterarse de las costumbres *cajún*.

Y se echó a reír con malicia bondadosa. Por la puerta abierta vieron que la joven tomaba un botellín de cerveza que alguien le ofrecía.

—Así se pondrá peor —dijo la señora Blush Leleur—. La cerveza va muy mal para ese trastorno. Hubo una mujer de cierta parroquia que se puso así hará una docena de años, se hinchó de tal manera que sus partes privadas eran como dos rodajas de sandía, con un picor terrible y una quemazón ardiente. Su marido era albino y yo al principio pensé que era algo procedente de él, ya tú me entiendes, lo que la había puesto así, es que ni siquiera podía estar en la misma habitación. Ella pedía a Dios la muerte y se pasaba los días y las noches llorando del dolor tan intenso.

—¿Y de qué era eso?

—De la cerveza. Y otros alimentos y especias, cosas saludables para los demás, cosas sanas y sencillas como el quingombó, la batata, las alubias y los cacahuets, las pacanas y hasta el maíz. A mí se me reveló en un sueño. Soñé que la veía beber cerveza y sufrir. Primero le hice ayunar durante cinco días y beber sólo agua de lluvia para limpiar su cuerpo de venenos. Luego le di una poca cantidad de pan de maíz y lechuga, arroz y otras cosillas que la alimentaban sin inflamar las partes susceptibles. Vivió felizmente muchos años hasta que se impresionó al ver un hueso en un frasco que algún maligno le había puesto en el rellano de la escalera, y cayó en un trance cataléptico y se consumió. ¿Cómo está *Madame* Malefoot?

—De salud está bien salvo la artritis, pero muy fría de corazón. A sus nietos casi ni les toca. No le interesa nada el que viene. Onesiphore duerme sólo en la cama de los dos. Ella pasa mucho tiempo en el cuarto de Belle. ¿Qué debemos hacer? ¿Hay remedio para esto?

La música volvió a parar, y la voz hueca de Archange dijo: «Tendrá que llamar a su madre, propietario del camión: se ha quedado sin transporte».

—¿Queréis que me ocupe yo?

La nuera reflexionó un instante. No era asunto suyo ni era ella quién para meterse. Lo lógico era que Onesiphore y Buddy hablaran con la *traîteuse*. Pero estaba segura de que no lo harían. Pensó en sus hijos, tan fríamente abrazados por su abuela, que apartaba de ellos la mirada como si fueran gusanos.

—Sí.



—Muy bien. Esta mujer ha congelado su dolor. Esta mujer ha sellado su corazón voluntariamente. Ahora no le teme a nada por ella misma, ni a la muerte ni a Dios, se siente condenada al infierno en la tierra. No siente nada hacia su marido, puesto que ha abandonado su lecho. No siente nada hacia sus nietos, pues es fría con ellos y no les ve. A ti no te ve. Pero ¿y el otro hijo. Buddy: también hacia él se muestra insensible?

—Hacia todo. Excepto su gato rubio. Cuando la tormenta les derribó a las vacas, y ella se reía viéndolas tendidas en el barro, el gato estaba sentado cerca de la ventana y ella pidió por favor que se apartase. Y le llamó «*cher*».

—Quizás eso sea bueno. Todavía siente algo. No es bueno que sea un gato el que acapare su cariño. De todos modos, por esa rendijita tal vez podamos aún llegar hasta su corazón y poner en él una tibia medicina que le haga volver a su familia. Déjame que consulte este asunto con la almohada. Ven a mi casa si puedes dentro de unos días y tendré un plan.

### **En casa de la *traîteuse***

No se entraba en la cocina de la señora Blush Leleur, se entraba en un recibidor exiguo que contenía un perchero y una silla con asiento de piel de vaca, y una alfombra de nudo con dibujo de rosas. Había adquirido sus temibles poderes en la niñez. Un día de finales de otoño, su padre, que era alcohólico y vendedor de cuernos de vaca, estaba apoyado en la pared del establo y desde allí observó celoso cómo un desconocido entraba en el patio de su casa y llamaba a la puerta. Era un gitano. Se imaginó que veía a su mujer sonreír y guiñar el ojo a aquel gitano que vendía frutas de madera pintada. Cuando el gitano se marchó, él cogió brazados de hojas y hierbas secas y las amontonó en el patio, sacó a su mujer a rastras (la niña estaba mirándolo todo por la ventana), la arrojó sobre la yesca y le prendió fuego. La desdichada mujer escapó en llamas y dando alaridos corrió a tirarse al *bayou*, y salió sollozando y llena de barro, con quemaduras en los brazos y piernas, y media cara blanca por la piel muerta. La niña dirigió a su padre una idea feroz, que se volviera pequeño y débil. Esa noche su padre empezó a encoger. El proceso fue atrocamente lento, pero al cabo de diez años tenía

la talla de un niño, estaba reseco y diminuto, con los brazos como tallos huecos, y cuando por fin se murió era del tamaño de una hogaza de pan. Su mujer desfigurada y hundida le tiró al patio para que se lo comieran las gallinas. (Ella se volvió a casar, con un avicultor ciego, y disfrutó de una década de vigoroso afecto hasta que el coche donde viajaban fue arrollado por un tren de Amtrak, cuyo conductor llevaba trastornado el sentido del tiempo por los destellos alucinatorios de los postes del tendido eléctrico). El recibidor daba entrada a un saloncito intensamente poblado, con las paredes oscurecidas por fotografías de Leleurs y Prudhommes cantando, graduándose, casándose, láminas de Jesucristo bendiciendo a la multitud, Jesucristo como una chica con bigote, crucifijos grandes y pequeños, máximas en metal estampado, ramos de flores secas, relojes silenciosos, calendarios, una receta de galletas de mantequilla sobre una panera pintada; no había superficie plana que no estuviera cubierta por un pañito, y no había pañito que no fuera de encaje. En una mesa de esquina había una Biblia, un cuaderno de espiral en el que se invitaba a los visitantes a escribir sus nombres, un bolígrafo que formaba el rabo de un sabueso de cerámica, tres jarrones con flores de plástico, diecisiete entre santos y Jesucristos, once fotografías de nietos, cinco velas, un periódico doblado, un montoncito de folletos de publicidad por correo y cupones del supermercado, un encendedor Zippo, un frasco de jarabe Troutman para la tos, una cámara, un búho de cerámica, una caja de caramelos azul. La televisión, nueva y color platino con patas abiertas de madera torneada, parpadeaba en la esquina. Clavado a la pared se veía un artículo de prensa con una fotografía de la señora Blush Leleur vistiendo su blusa de rayón y sus sartas de perlas.

Invitó a la nuera, que le llevaba una bandeja de pastelillos verdes como obsequio, a tomar asiento junto a la mesa, le sacó una tacita de *petit noir* y dijo:

—Si ese gato se muere, el cariño de ella alzaré el vuelo y se fijará sobre el primero que se le acerque con palabras de consuelo. Tienes que asegurarte de que sois tú, sus nietos, su marido y su hijo los que la consoláis de la pérdida del gato. Os amaré a todos. Y eso es lo que queremos: que os ame, que todos seáis sus amigos y así ya nunca volverá a hacer ningún mal contra vosotros ni contra los nietos. Simplemente les amaré.

Y mordió un pastelillo.

—Oh, *chère*, qué cobertura más buena.

- Pero el gato está sano y fuerte.
- Las cosas cambian —dijo la *traîteuse*.

## **Viene la Muerte buscando al gato rubio**

El gato rubio tenía nueve años y no había gastado ninguna de sus vidas. Pero, como a veces sucede, tuvo que pagarlas todas juntas en unos pocos, breves minutos.

Al igual que muchos seres afortunados, se había hecho egocéntrico. No comía cangrejos si antes *Madame Malefoot* no los pelaba, le hacía ascos a la leche desnatada, prefería la *sauce roulée* a la mantequilla pero se le había visto lamer la mantequilla hasta el dibujo del plato, y no tenía más que arañar con desgana la puerta de atrás para que *Madame* acudiera a escape y le persuadiera a entrar con promesas de queso, pues le gustaban los cuadraditos de buen queso fuerte más que ninguna otra cosa salvo los ratones jóvenes recién atrapados, tan jóvenes que aún no les hubiera salido el pelo que se adhería al gaznate y estropeaba la golosina, y se podían tragar vivos, con huesos y todo, y sus contorsiones producían una *frisson* agradable.

Rara vez dejaba la granja Malefoot porque pesaba demasiado para aventuras; se conocía muy bien las lindes y los vallados, tenía cronometrada al segundo la distancia que podía recorrer en el campo de cabras contiguo antes de que el viejo macho acometiera e hiciera sonar inútilmente sus cuernos contra la cerca mientras el gato, a salvo, se lamía una pata. A veces cruzaba la carretera para ir a casa del vecino a comerse el plato de sobras que el niño sacaba para un perro flaco, pero primero miraba en ambas direcciones y nunca permitía que se le acercaran peatones, y menos quienes portasen pistolas, palos, cuerdas, látigos, ramas, piedras u otros objetos dañinos. Nadie le podía tocar más que *Madame Malefoot*, y a veces se apartaba de ella o le clavaba las uñas en la mano acariciadora. Antes de ponerse demasiado pesado fue un gran gato para trepar al jaboncillo y cazar pájaros. En sus mejores tiempos había atrapado golondrinas al vuelo, y aún era un cazador de ratas y ratones de los de primera, capaz de estarse horas interminables agazapado sin hacer ruido junto a la hierba alta hasta que

detectaba un débil temblor, y entonces, colocados y recolocados los cuartos traseros, trémulo el rabo y llameantes los ojos, saltaba, y había una hora de entretenimiento garantizada, soltándolo, saltando otra vez, dejándolo ir, tirándolo al aire, cogiéndolo en las patas traseras como un ovillo de hilo, rodando sobre él, fingiendo perderlo totalmente y viendo estremecerse y doblarse la hierba mientras el ratón herido se alejaba a rastras, y entonces volver a abatirse sobre él, hasta que el ratón se extenuaba y se moría, y aun entonces le daba de cachetes por unos lados y por otros con la esperanza de reanimarle con un poco de zarandeo.

Dos semanas después del *fais dodo* la fotógrafa seguía por la zona, aunque Winnie se había vuelto al norte con la grabadora. La fotógrafa, agotados los aspectos más mansos de la vida *cajún*, había pasado a las ilegales peleas de gallos, cacerías de caimanes con linterna, el hechizo de caballos con encantamientos y pócimas para que ganaran o perdieran en las carreras, el mestizaje, las luchas de brazos donde el ganador le partía el cubito al contrario, las competiciones de sostener la mirada, las emboscadas por venganza, las víctimas de tiroteos, las chicas violadas y desgreadas contando sus historias, los asaltos a destilerías, los escondites de los pantanos donde habitaban presos fugados, o, lo que ahora se prometía para la noche del sábado, peleas de perros a muerte. No sentía ningún peligro personal cada vez que se metía en aquellos turbios asuntos; sostenía la cámara como un escudo, se sentía en una posición de privilegio y seguridad, porque tenía una reputación importante, venía del norte, y *no hacía aquellas cosas*.

El gato rubio cayó en una emboscada. Estaba comiendo restos en el plato del perro del vecino, cuando sobre él descendió un saco de arpillera, con violencia y velocidad tales que el plato del perro y la corteza de tocino y las gachas de maíz que había en él también fueron a parar dentro. Al principio intentó zafarse a base de uñas, y sus garras afiladísimas atravesaron la malla, pero el raptor ató la boca del saco con doble nudo y lo arrojó con gato incluido a la trasera de un camión de reparto que aguardaba con el motor en marcha, y que chirriando salió a la carretera y aceleró bajo la luz dorada del atardecer. Dentro del saco el gato forcejeó y arañó, se desplomó, aulló y juró venganza, mordió el plato con tal furia que lo partió, se cagó de ira, pero seguía estando en el saco de arpillera cuando el camión

llegó a un almacén portuario donde había hombres, perros y una fotógrafa esperando.

Los perros estaban perfectamente acondicionados para el combate, con las orejas y el rabo recortados. No descansaban. El vencedor de la noche tenía que volver a pelear al día siguiente, y cada pelea era a muerte. El tiempo que viviera cada perro dependía del tiempo que siguiera ganando. Circulaba mucho dinero. Un buen perrero podía vivir de las rentas del cuadrilátero sin trabajar. El gato rubio era el telonero, un aperitivo para calentarles la sangre a los perros y ponerles de humor para matar.

El gato rubio fue arrojado a un ruedo arenoso de unos seis metros de ancho, cercado de tela metálica con una barandilla. De brazos en la barandilla, los hombres fumaban, mascaban, liaban cigarrillos, roían alones de pollo o se mordían las uñas, se chupaban el dedo, se sacaban hebras de carne de entre los dientes con una uña córnea. Vociferaron cuando el gato rubio cayó dando tumbos. Llevaba gachas de maíz pegadas al pelo. Era enorme, y estaba erizado de despecho, pavor y rabia. Se abalanzó a la tela metálica buscando la salida. Echaron tres perros al ruedo, y al instante fueron por él, gruñendo, tirando bocados, frenando y volviendo grupas en un palmo cuando el gato contraatacó lanzándose entre ellos con quiebros y fintas. Fue un combate sin cuartel. A cada amago frontal respondía con un ataque por la espalda. El gato hundió las uñas en el hocico de uno de los perros, y otro le agarró por el lomo y le zarandeó, y los cuartos traseros se le paralizaron, pero los ojos seguían llameando y tiraba zarpazos. Todo acabó en pocos minutos, cuando un perro negro y rechoncho le cogió la cabeza entre las quijadas y se la aplastó. El gato rubio quedó muerto.

Pero cuando llamaron adentro a los perros, el cuerpo del gato, en vez de tirarlo por la puerta de atrás al *bayou*, lo volvieron a echar al saco de arpillera y el mismo camión puso rumbo al este. Alguien lanzó el cadáver por encima de la cerca de los Malefoot, y aterrizó no lejos de la puerta trasera. Pocos minutos después, el camión pasó por delante de la casa de Buddy y la nuera y la bocina sonó cuatro veces. Buddy estaba trabajando en la plataforma, y la nuera no se despertó, sumida como estaba en un sueño lunar sin sueños.

## Un extraño encuentro

La fotógrafa hacía esfuerzos por conducir en línea recta bajo el alba rosada. Llevaba los ojos irritados por el humo, las piernas como de goma por estar toda la noche en pie, y el aliento fétido de cigarrillos y refrescos. Bostezó con horrible bostezo cavernoso, sus ojos se llenaron de lágrimas, le sonó la mandíbula y de sus flacas tripas salió un estampido mientras cruzaba los charcos (lluvia nocturna) y se arrimaba a la entrada de los Malefoot para ver a una mujer de mediana edad que venía doblando la esquina en camisón y zapatillas enlodadas, con la cara hinchada de llorar y arrastrando una pala picuda. Apoyó la pala en los escalones, se sentó en el húmedo de abajo, metió la cara entre las manos y rompió a sollozar.

La fotógrafa frenó, paró el coche, dirigió la cámara a través de la ventanilla mugrienta, lo pensó mejor, bajó, se apoyó en el capó, enfocó a través del aire claro a la mujer desconsolada, a la que iluminaba una gran franja de sol verde, y empezó a darle al disparador. La mujer no levantó la cabeza. La fotógrafa avanzó, se apoyó en la cerca y disparó. La mujer alzó la vista. A través de sus ojos empañados de lágrimas, la figura femenina de la entrada, de talla heroica contra el sol naciente, sagrada en medio del haz de sus rayos, le pareció el ángel de Belle venido a consolar a su madre.

—Oh, *chère* —sollozó—, gracias a Dios que vienes a mí.

Se puso en pie y fue hacia ella con pasos vacilantes y los brazos abiertos. La fotógrafa, utilizando la cámara como escudo, disparó una y otra vez a la mujer que avanzaba sin arredrarse. Olió su dolor, un olor amargo y salitroso.

—Belle —gimió la mujer—. *Bébé. Ma chère, ma fille.*

La abrazó, sintió la cámara, vio su cara tan cambiada, pero comprendió por qué llevaba puesta aquella fea careta de carnaval: nadie debía saber que había vuelto de entre los muertos. La tomó de la mano y tiró de ella hacia la puerta.

En la cocina la fotógrafa se sentó a la mesa, incómoda. Por la fuerza de la costumbre alzó la cámara y empezó a tomar vistas interiores de la silla junto a la ventana, el tarro de vidrio del arroz. *Madame* Malefoot lo comprendió perfectamente. Si a su hija la reclamaban del Paraíso, al menos tendría fotos de su casa para aliviar la soledad. La condujo arriba a su antiguo cuarto, le mostró el retrato que esperaba a oscuras tras la tapa de

retrete, alisó la almohada. La llevó por todas las habitaciones, a la salita, la despensa y la cocina, intentó darle un plato de judías pintas con arroz, consiguió hacerle salir al porche y subir por la escalera exterior a la habitación donde su padre yacía durmiendo con las canas revueltas en punta, la condujo fuera al árbol donde jugaba de niña, y, rodeando el pajar, a ver la reciente sepultura del gato rubio. Del *hayou* al otro lado de la carretera levantó el vuelo una bandada de garzas.

—Me tengo que ir ya —dijo la fotógrafa cuando la mujer volvió a apretarse contra ella con gesto anhelante. Era espantoso. ¿Qué le pasaba a aquella tía vieja? Era como si se hubiera enamorado de ella, aquella jamona chata con sus caricias húmedas y su voz lacrimosa.

*Madame* Malefoot lo comprendió. Los ángeles volvían a llamar a su niña. Llevaba las fotos de casa y las revelarían en el cielo. La estrechó en sus brazos húmedos, la besó en el hombro (se había puesto muy alta allá arriba), lloró y se colgó de ella mientras se apartaba.

—¿Volverás? —gritó—. ¿Volveré a verte pronto? Ven por la noche. ¡Duermo en tu habitación!

No alcanzó a oír la respuesta, pero la fotógrafa la saludó alzando la mano derecha. ¡Una niña no olvida a su madre! Y se fue en el coche como una persona corriente, pero por supuesto eso era parte del disimulo.

(Dos décadas después la fotógrafa quedó ciega del ojo izquierdo por obra de una pistola semiautomática de nueve milímetros en manos de un niño de nueve años que desde la ventana del piso familiar disparaba contra los coches parados en el semáforo. El percance tuvo su lado bueno, porque hizo de ella una víctima célebre y en cosa de pocos meses vio sus trabajos exhibidos y premiados, y ella participó en coloquios televisados y entrevistas por la radio).

## **En la plataforma**

—Esta plataforma es un manicomio de la puñeta —dijo Coodermonce, que había dejado el negocio de reparación invisible de plásticos por el sueldo fijo de la plataforma. Él era parte de la confusión, pues en esa plataforma trabajaban Cuddermash, Cuttermarsh, Coudemoche, Cordeminch y

Gartermatch, todo variantes del original Courtemanche. A Buddy le gustaba aquel trabajo por la paga y el malevaje que poblaba la plataforma, lo detestaba por los jefes yanquis y la desolación de verse en mitad del Golfo sin posibilidad de ir a casa, dos semanas de encerrona en que tenía que oír el mismo maldito disco en el tocadiscos de algún mengano, siempre algo malo como Gypsy Sandor o las Voces de Walter Schumann, o escuchar las historietas interminablemente repetidas de los viejos, capataces de sondeo, montadores, operadores de torre, hombres bragados y duros que recordaban los tiempos de zahoríes y barreneros, que estaban de vuelta de todo, que habían hecho el circuito de Oklahoma y Texas bebiendo *whisky* mortal y durmiendo la mona en pensiones de mala muerte, y ahora contaban sus sazonadas historias a los francesitos de Luisiana, aquellos bebés que no habían trabajado en los campos de petróleo. Carver Stringbellow, rojo de quemarse al sol, con una sola ceja rubia y pelo dorado en ondas profundas, que nunca se quitaba sus guantes blancos, hablaba del hombre de las flores que perforaba allí donde había flores silvestres que le llamaran la atención y siempre encontraba petróleo, y había visto tuberías de perforación saltar reventadas del agujero, y barreneros desintegrados en pedazos sanguinolentos del tamaño de centavos en los viejos tiempos de la nitro líquida, que hacía explosión antes de tiempo, y había vivido un tornado que hizo añicos la torre y catapultó el sedán nuevo del capataz a un pantano, y un huracán en Texas que le pegó a la espalda un anuncio metálico de Nehi y le hizo correr a todo lo que le daban las piernas, sobre las puntas de los pies y rezando por no verse en volandas por el aire lleno de mierda. Era un viejo chicarrón de Odessa, de casi dos metros, cabezudo y emperrado en pelear y beber. Siempre llegaba a la plataforma lisiado, con moretones que iban virando a amarillo y verde limón; casado y divorciado siete veces y según él padre de más de cincuenta chiquillos, desde Corsicana, estado de Texas, hasta Cairo, estado de Missouri. Veinte veces al día se pasaba por el pelo un peine que llevaba en el bolsillo de atrás; decía haber estado en el Oriente Medio, trabajando para Socal en Bahrain en los años treinta, y haberse aficionado allí a comer ojos de oveja; durante la guerra, cuando Socal y Texaco se fusionaron formando Aramco, trabajó en Arabia Saudí, y conoció al loco de Everette Lee DeGolyer con su pasión por el petróleo, los chiles y el *Saturday Review of Literature*, y una vez almorzó con los directores en el hotel Aviz de Lisboa a una hora en que Calouste Gulbenkian estaba



ocupando su mesa particular sobre un estrado de cierta altura, y había visto al medio loco de Getty, el hombre más rico de América, con su cara estirada en el quirófano, mascando ostras treinta y tres veces por bocado, y sonrió cuando Jack Zone, que le había invitado al almuerzo, comentó si sería verdad o mentira que aquel viejo cocodrilo llevaba la famosa ropa interior que él mismo se lavaba a mano todas las noches en una palanganita de oro. Pronosticaba el tiempo que iba a hacer con tres días de antelación y se bebía treinta tazas de café negro al día, vivía al límite, o con los bolsillos llenos de dinero o sin trabajo y durmiendo en la hierba, leía sobre toros y decía que algún día tenía que ir a España a ver a Ordóñez, encontrarse a Hemingway en el bar y luego charlar con él.

—Escuchad, ¿sabéis lo que hizo el año pasado Hemingway? De un disparo arrancó la ceniza de un cigarrillo que Ordóñez estaba fumando en una fiesta. Lo hacen para demostrarse el valor entre sí; fuman hasta que queda una colilla como esto —marcó en sus dos centímetros de Carnei—, y entonces le quitan la ceniza de un tiro. Y el otro le dijo: «Ernesto, no podemos ir más lejos. He sentido que me rozaba los labios», o algo así.

Hacía años que ahorra para ir a España, pero cada vez que casi tenía bastante pasaba algo: una mujer, una partida de póquer, cierto invierno una larga estancia en el hospital con las rodillas rotas.

—Si quieres dinero deberías ayudarme a encontrar ese cuadro —dijo Screw-Loose, que era de Beaumont, en la parte costera de Texas que llamaban la Laponia de Luisiana—. ¿Sabes ese *whisky*, el *whisky* Sunny Grow?, ofrece una recompensa al que encuentre ese cuadro. Con veinticinco de los grandes daría para comprar muchas entradas de toros. Yo tengo mi idea de dónde está ese cuadro perdido, un cuadro al óleo de Frederick Remington con una carga de caballería. Unos cincuenta tipos viniendo hacia ti a lo bestia. Pues fíjate, yo sé que he visto una vez ese cuadro en algún sitio, lo conozco como conozco el culo de mi vieja. Lo he visto. Luego lo vi en una revista hará un par de años. Sunny Crow sacó una foto del cuadro en una revista; cuando murió Remington encontraron la foto entre sus cosas, pero el cuadro en sí, la pintura, ni rastro. Saben que lo pintó, la foto lo demuestra, pero no lo encuentran. Y yo lo he *visto* realmente en alguna parte. Todas las noches cuando me voy a dormir me digo: «Esta noche vas a soñar dónde viste ese cuadro, y cuando te

despiertes serás rico». Y cualquier día de éstos va a ser verdad porque recuerdo haberlo visto. Lo que pasa es que no me acuerdo dónde.

Por lo menos esta vez había música nueva y a lo mejor no acababa hasta las narices de oírla antes de acabar el turno. Una vez se había llevado el acordeón, pero cayó en saco roto.

—No toques ese jodido chisme de chundarata, chico —dijo Carver peinándose—. Esa jodida música es peor que matar cerdos.

—Sí, ¿eh? A mí no me llames «chico» como si fuera un negro si no quieres cambiar de cara.

—Sí, ¿eh? Pues yo que tú me cosía la boca. Tienen muchos accidentes los bocazas, sobre todo los franceses de mierda. —Y sonrió como una calavera.

—Sí, ¿eh? Pues yo que tú me ponía un par de ojos en el pescuezo. Vale más que esa jodida mierda de castañuelas que tú tocas.

—Sí, ¿eh? Sabes eso que dicen, «Alrededor de una cama de francés no hay más que chinches, mierda y cabezas de cangrejo».

—Vale, tío —dijo Buddy—, nos vemos en tierra.

Una pelea en la plataforma significaba el despido instantáneo, la lancha de la compañía pasaba a recogerte en el plazo de una hora y tu nombre asegurado en la lista negra.

(Cuando empezó a tener canas y el *boom* del petróleo de Luisiana pasó. Buddy era capataz de perforación en una plataforma del mar del Norte, y trabajaba con escoceses que gangueaban las erres). Al tercer día de aquel turno alguien vio venir la barca hacia ellos, botando sobre las blancas crestas y dándoles un buen zarandeo a sus ocupantes.

—¡Pescador a la vista!

Buddy reconoció la barca de pesca de Octave, negro y enjuto, un buen muchacho con el *'tit fer* cuando se conseguía apartarle de la mierda del zydeco; hacía chapuzas y vendía pescado, y si el tiempo lo permitía venía a la plataforma dos veces por semana, martes y sábados, con bagres y un par de sacos de lochas para guisar, muy de vez en cuando un trozo de cola de caimán. En las plataformas le pagaban el doble del precio de mercado. Ese día no le tocaba ir.

—¡Viene alguien con él! —Todo el mundo se tensó, y los de cubierta se hicieron visera sobre los ojos y forzaron la vista para ver a la segunda persona. Una segunda persona significaba malas noticias.

Era la nuera. Venía encogida en la proa, con la mirada fija en la plataforma, intentando distinguir a Buddy. No tenía la vista bien. Él la reconoció a una distancia en que aún no podían gritarse. Octave venía achicando con una lata de café aplanada, ocultos los ojos tras gafas azules, con su viejo sombrero vaquero ocultando su rostro oscuro en sombras más oscuras aún. Arriba el cielo estaba aborregado.

—Ahora qué —masculló Buddy. El año anterior había hecho lo mismo, cuando hubo que llevar a su madre al hospital después de que se pintara la cara y las manos y el vestido con una pringue espesa de pinturas, y dejara churretes de negro humo y gutagamba y verde cromo por toda la blanca cocina. Esto tenía que ser otro desastre.

—¿Qué pasa? —gritó.

—Tu padre, papá Onesiphore, que se ha ido.

—¿Cómo? ¿Qué ha muerto? ¿Papá ha muerto?

—No, no, que se ha ido a Texas. Pasó por casa con el camión hasta arriba de cosas, diciendo que lo sentía pero tenía que irse. Ha dejado a tu madre. Dice que ya no puede soportarlo más, vivir con una loca.

Ya todos los de cubierta estaban escuchando.

—¿Has visto a *maman*?

—Sí. Ella no sabe, pero cree que se ha ido a vivir con su hermano Basile a Texas. Cree que tu hermana volvió de entre los muertos y está también allí. En Texas. Porque había unas primas a las que quería mucho.

—*Non*. Las primas a las que quería eran las de Elmore, Gene y Clara y Grace. No ha podido irse con el tío Basile. No le ha visto desde que tenía veinte años.

—¿Y yo qué hago? ¿Puedes venir?

—¿No puedes irte tú con los niños y con ella unos días? Yo vuelvo dentro de diez días, maldita sea.

Su mujer se echó a llorar. Llevaba un vestido de algodón azul pálido y botas negras de goma. Lloró en silencio, dejando que las lágrimas le rodasen por la cara. Le miró. La barca de Octave subía y bajaba.

—¡Ve a casa! Quédate con ella. Él volverá en un par de días. —Y echó una mirada feroz a Octave, que sonreía enigmáticamente a popa—. Tú, Octave, no deberías haberla traído. Llévatela. —Se apartó, hirviendo de ira; oyó que su mujer decía «Es la última vez que te digo algo», y luego la trepidación del motor de Octave ahogó su voz.

Al cabo de un rato Adam Coultermuch dijo:

—Mi padre se largó y nos dejó cuando yo tenía cuatro años. Yo ni siquiera me acuerdo de cómo era. Jamás le volví a ver al hijo de puta.

Quart Cuttermarsh dijo:

—Pues esa suerte que tuviste. Yo habría dado cualquier cosa por que mi viejo se largase. Cada vez que se emborrachaba nos molía a golpes. ¿Te enseñó una cosa? Mira esto. —Se quitó la camisa, descubriendo los brazos sembrados de cicatrices redondas—. Cigarrillos. Nos hacía quemaduras para vernos llorar. Espero que se esté asando en el infierno. Oí que le habían apuñalado en un bar de Mobile.

—Mi papá era bueno cuando éramos niños, quiero decir que no nos hacía nada, siempre estaba o trabajando o durmiendo, pero cuando ya crecimos un poco, a los quince o dieciséis años, vaya si se volvió malo —contribuyó T.K. Coudemoche—. Iba yo en un coche, un coche que era del padre de un amigo mío, y mi amigo tenía que llevarlo a la estación del tren para recoger a su papá, tendríamos dieciséis o diecisiete años, íbamos tan ricamente por la carretera, y de repente se nos pega otro coche detrás. Y era mi papá que pretendía adelantarnos. Conque a mi amigo, por divertirse un poco, no se le ocurre otra cosa que plantarse en mitad de la carretera para cerrarle el paso a mi viejo. Y yo le digo, es mi viejo, mejor le dejas pasar, porque tiene mal genio. Pero mi amigo va y dice, vamos a reímos un poco, y no le deja pasar. Conque el viejo lo intenta cinco o seis veces, enciende las luces, toca la bocina, y yo ahí temblando porque sé que nos va a seguir hasta la estación. Y ya pensaba echar a correr en cuanto llegara a casa para que no supiera que yo iba en el coche. Pero no llegamos. Mi amigo se descuidó, y entonces el viejo se nos arrima y nos achucha a la cuneta, engancha los parachoques y nos pega un trastazo. Mi amigo para en la cuneta y se baja, y el viejo se viene hacia nosotros con una llanta de hierro en la mano y soltando todas las palabrotas del mundo, y le da a mi amigo con la llanta en toda la cara que se oyó cómo le aplastaba la nariz, y a mí me dio un golpe en un brazo que me lo partió, y a continuación se puso manos a la obra con el coche del padre de mi amigo. Lo hizo pedazos: los cristales hechos añicos, aporreó las aletas, reventó el capó, deshizo las puertas, y como fin de fiesta se sacó la pirula y se meó en el asiento de delante. No dijo una palabra. Se volvió a su coche y se fue. Yo ni me

molesté en volver a casa. Tiré para los campos de petróleo y desde entonces he estado ahí.

Iry Gartermatch se aclaró la garganta.

—Mi padre fue normal hasta los setenta y cinco años; entonces se casó con una chica de dieciocho, retrasada mental, que tenía tres chicos, y él se murió a los ochenta y lo único que nos dejó fueron complicaciones.

Intentaban ponerle de mejor ánimo. ¿Dónde demonios iba a huir un hombre de setenta y cinco años? Y acertó.

## **El acordeón verde alcanza un buen precio**

Cuando diez días después llegó a la casa, el viejo estaba sentado en el porche con el acordeón verde en las rodillas, tocando «Chère Alice», y el cigarrillo en la boca, y en el patio *Madame* Malefoot recogía camisas y manteles bajo un sol sereno, como si toda la baraja fueran ases.

Buddy aparcó en el camino de entrada y se quedó mirando a su padre.

—Me dijeron que te habías ido de viaje.

—*Oui*, sí, *mon fils*, un viajecito, «*ve a ponerte el vestidito de rayas...*», quería saber cómo andaba el mundo. Un poquito de variación para la vista. Sí, estoy muy contento de estar de nuevo en casa en el *bayou*. Mañana por la noche tocamos en un baile, el baile con barbacoa en Gayneaux, «*ella no sabía que estaba casado*». Viene el *Saturday Even Post* con un fotógrafo. Todas las semanas nos llega uno, a meternos un flas en el ojo. Tú ven aquí esta noche con tu acordeón y tocamos un poco en la cocina. Va a venir el negro ése. Octave. Sabes que dice que este acordeón verde le gusta mucho. Ofrece doscientos cincuenta dólares por él.

—¿Y de dónde demonios puede sacar ese negro doscientos cincuenta dólares? ¿Eh?

—De vender paquetes de semillas Gene Autry, asaltar un banco, arreglar televisores. De vender pescado a la plataforma.

—¿Hablas en serio?

—Digo.

—Si los da los tomamos. Yo le puedo encargar a Pelsier uno igual de bueno, mejor, por cien. Coge el dinero y corre.

—Eso creo yo. Aunque lo he hecho pintar bonito.

Había ordenado a su mujer que le pintase una hilera de olas rojas más abajo de los botones, con una cabeza de diablo a cada lado y las palabras «*flammes d'enfer*».

## Por ti voy

A Octave no le gustaba tocar con el viejo y Buddy —el viejo, sucio *cajún*, le hacía trampas con el dinero todas las veces—, pero batió el *'tit fer*, sopló en una sonora botella y en una tetera, rascó herraduras, golpeó cajas y una pandereta de piel de mula, entró todo lo que pudo en las fotos del *Saturday Evening Post* y nadie se enteró de lo que pensaba para sí, que la música que hacían la tenía por un lúgubre gimoteo.

Quería el acordeón. Tocaba el acordeón mejor que ningún Malefoot de la historia, pero no había manera de que le dejaran sentarse con ellos y superarles, así que manejaba la tabla de lavar y el triángulo y hacía el payaso cantando sus alabanzas. Quería el acordeón verde porque sonaba con fuerza y bien y podía sonar mejor, pero sobre todo porque le había mirado a los ojos. Unas semanas antes estaba sentado a la izquierda del viejo Malefoot, el viejo acunando el acordeón y achuchándolo, tejiendo sus trinos y sus ligados, cantando un poco y tocando un poco, moviéndose constantemente de esa manera espasmódica de los viejos, y de alguna manera misteriosa los espejos del acordeón se habían alineado justo en posición y cuando Octave acertó a mirar la maldita cosa le estaba mirando derechamente. Claro que se dio cuenta de que eran sus propios ojos reflejados, pero pensó que había una probabilidad de uno en un millón de que se pusieran así en línea con los espejos. El instrumento cobró vida poderosa, mirándole, vigilándole, diciendo: «¿Qué vas a hacer? ¿Vas a cogerme? Cógeme, negro, o te cojo yo a ti». Daba miedo.

## Vendido en América

—Cien, ciento diez, ciento veinte, ciento treinta, ciento cuarenta, ciento cincuenta, ciento sesenta, ciento setenta, ciento ochenta, ciento noventa, ciento noventa y cinco, doscientos, doscientos diez, doscientos veinte, doscientos treinta, doscientos treinta y cinco, doscientos cuarenta, cuarenta y cinco, cuarenta y seis, cuarenta y siete, ocho, cuarenta y nueve, doscientos cincuenta.

Pero el viejo tenía que volverlo a contar todo y no hacía más que equivocarse, hasta que por fin Buddy cogió el dinero y lo contó moviendo los labios en silencio, y dijo «Está todo» y lanzó el acordeón verde al aire y Octave tuvo que echarse atrás para cogerlo. Sabía que pagaba demasiado y que lo que en realidad necesitaba era uno de tres filas. Incluso había pensado en un acordeón-piano, pero dudaba de ser capaz de aprender los botones de los acordes bajos o acostumbrarse a un instrumento que no dependía de los tirones para hacer la melodía. Y además también le gustaba ver eso, las notas según el juego del fuelle. Era como una ley natural.

—¿Dónde está el estuche, señor Malefoot? —dijo.

—Ah, no tiene estuche.

—Señor Malefoot, yo le he visto traerlo en un estuche muchas veces, ¿entiende lo que le estoy diciendo? Tengo la impresión de que este acordeón tiene su estuche.

Buddy lo pensó por un minuto, el dinero parecía bien, estaba tibio y seco y el beneficio era del cien por cien. Podía fastidiar a Octave escamoteándole el estuche, pero luego él podía pasarles factura cuando necesitaran una tabla de lavar, o dejar de llevar pescado a la plataforma. Octave era capaz de una ruindad.

—Ahí, detrás del pie de mi padre.

(Treinta años después, en Escocia, una noche que salía tarde y bebido de un *pub*, con un temblor en el lado malo de la cara. Buddy miró al interior de una furgoneta a la luz de un farol. Vio un acordeón en el asiento, tentó furtivamente la portezuela. Se abrió, y él cogió el instrumento y se lo llevó debajo del brazo al hotel. Ya en la habitación abrió el estuche. Era un bello instrumento, de madera moteada con botones cromados. El nombre del fabricante le era desconocido, pero era una hermosura *cajún* y venía de su país natal. Tocó y cantó y lloró por los tiempos y los lugares desaparecidos hasta que la pálida luz de la mañana escocesa tiñó la ventana, y entonces se

preguntó qué demonios iba a hacer con un acordeón robado; y lo dejó en la habitación del hotel).

## **No dejes que un muerto te estreche la mano**

Octave, de piel castaña, era guapo, salvo un párpado caído como un eterno guiño lento. Guardaba el dinero ahorrado para la huida en una lata de tabaco vacía, escondida bajo cierta raíz de árbol. Tenía su traje y su camisa blanca en una bolsa de tintorería con una percha de plástico roja, colgada de un clavo de la pared en la casa de su madre. Dentro de un mes se habría ido, a Kansas City o Chicago o Detroit, no lo había decidido aún, pero antes tenía que hacer algunas cosillas y una era ponerle lengüetas de acero nuevas a aquel chisme y meterle marcha. Se lo llevaría al señor Lime, compraría las buenas lengüetas hechas de acero de relojes. Se iba a saltar su actuación de fin de semana en el circuito cangrejero para poder tocar en Houston, al borde de Frenchtown, alternando con Clifton, una buena combinación porque Clifton utilizaba el acordeón-piano grande, estaba metido en el *rhythm and blues*; él tenía su estilo propio, quizá más parecido al de Boozoo, pero con más empuje y más acelerado. Era bien sabido que la gente bailaba más caliente con el botón que con la tecla, y tampoco en un tugurio sino en el Luna Azul Paraíso del Baile, que en los años cuarenta había sido almacén de abarrotos con una fábrica de hielo al lado. Pensando en la fábrica de hielo se acordó —los recuerdos le venían con fuerza, le hacían volar a la infancia— del gran bloque de hielo envuelto en sacos de arpillera en el porche de la tienda de Féroce, donde a veces el tío Pha sacaba un gran puñal cristalino por capricho, si alguien estaba comprando hielo y tú estabas por ahí, el deleite de ver cómo el punzón del hielo hacía una línea de estrellas hasta que se desprendía la pieza, atravesada de burbujas congeladas. Con eso se podía apuñalar a alguien y matarle, y sucedió una vez, cuando Winnie Zac apuñaló a su novio en el cuello y el arma se licuó en su sangre caliente. Así era como tocaba Amédée Ardoin, el *'tit nègre*, apuñalando los botones con dedos de hielo. Ya nadie tenía bloques de hielo. Y en Houston la fábrica de hielo Luna Azul había desaparecido hacía mucho tiempo, nadie sospecharía que hubiera estado allí



viendo la pista de baile que no era mayor que un par de sábanas y el diminuto estrado de los músicos, pero eso sí, un acre de mesas y una barra de quince metros de largo, y nadie podía imaginar lo que iba a pasar cuando él saliera allí con su pantalón y su camisa negros y su chaleco de satén rojo y sus botas blancas de piel de lagarto y su acordeón verde con ojos vagabundos. Iba a hacer arder aquello de puro zydeco, armar un alboroto. Iba a ser el no va más.

Wilma fue con él, vestida de rayas rojas y blancas con falda tubo de rayón y zapatos de plataforma. Tenía buen aspecto de mujer atrevida, sentada en una mesita junto al estrado, fumando Spuds y mirando a los bailarines con ojos entornados. El local estaba ya hasta los topes y seguía entrando gente, saludándose a voces, las mujeres tirando sus bolsos sobre el hule blanco de las mesas; los reflejos de las llamas de encendedor rebotaban en las columnas forradas de aluminio que sostenían el techo; arriba había festones polvorientos de papel crepé rojo, y en cada mesa una rosa de plástico dentro de un botellín de cerveza recortado —a alguien le regalarían un cortador de botellas por Navidad—, las ventanas cubiertas con tela negra para dar esa sensación nocturna. El suelo de delante de la gran barra de zinc cedía un poco al pisarlo por donde estaba podrido de tantos años de gotear el hielo. En la pared de madera descascarillada había un cartelón en rojo y negro, debajo del letrero PROHIBIDA LA ENTRADA A MENORES:

CLIFTON & OCTAVE  
LOS REYES DEL ZYDECO  
TODA LA NOCHE \$ 1

Al lado otro cartel aleteaba en el aire:

¡VIERNES!  
SAMPY EL REY DEL ZORDICO  
Y LOS VICIOSOS

Fuera había cola y el sol estaba aún en el horizonte, pintando de rojo sangre los nubarrones que subían del Golfo. Cato Comb cobraba la entrada en la puerta, dentro sonaba el teléfono sin parar, y Etherine, con su metro noventa y cinco de altura y su pelo teñido de rojo y procesado en líneas de rectitud geométrica —«rizar, teñir y ladean»—, contestaba diciendo Sí, sí, de acuerdo, en casa no hacen más que atosigarme, y diciéndole al que llamaba que eran Clifton y Octave, sí, dos acordeones, *frottoir* y batería, y

riéndose de algo que decía el que llamaba, ja ja ja ja ja. Le pasó a Octave una cerveza fría, negó con la cabeza cuando él preguntó si Clifton había llegado ya. Las mesas se iban llenando y en la barra había triple fila de gente, vestidos de rayón con parras y malvas, plisados color de rosa y rojo cayena.

Hacía calor, el calor de los cuerpos sudorosos; chocaban copas y botellas, y en la esquina una voz ronca se elevaba sobre el rumor de conversaciones. El teléfono seguía sonando. «Sí, sí, ja ja ja ja ja, no, no. Sí, está aquí. Bueno, ¿qué? ¿Quieres que yo se lo diga? Venga, venga, vale, adiós». Etherine colgó y miró a Octave. Oía truenos lejanos, un largo rezongo; y eso la ponía tensa, pensando en el tornado del mes de mayo que arrancó de cuajo la pared del fondo de la sala y mató a un hombre. Octave, apoyado en la barra, la miraba con expresión interrogante; ella le devolvió la mirada, contemplando la cara tranquila color cacao y el fuerte cuello, el bigote sobre la boca gorda, los dedos de araña, el encanto de aquel diente de delante mellado.

—Deberías quitarte esas gafas azules de cursi y dejar que las mujeres te vieran esos *beaux yeux*. Era Clifton. Parece que no puede venir. Han tenido un accidente con el coche en Luisiana, a la altura de Dimple. No les ha pasado nada a ninguno, sólo al coche. Dice que es todo tuyo, que les metas marcha. Vendrá si puede pero no cuenta con ello.

Observó cómo se acercaba a Wilma, taconeando con sus botas blancas, las puntas agudas como flechas indicadoras del camino, le vio inclinarse sobre ella y hablarle, y luego beber un sorbito de su copa antes de subir al estrado. Eso era lo malo que tenía. Taconeaba demasiado.

Octave se acercó al micro. A un lado tenía a Bo-Jack con la batería y Studder con el tenedor y la pechera de metal brillante. Las caras se volvieron hacia ellos, y unas cuantas voces gritaron: «¿Dónde está Clifton, dónde está el señor C.?». Studder tonteaba con el *frottoir*, llevaba el cómico hecho con un par de senos plateados, de modo que parecía como si una mujer robot con la cara negra se estuviera rascando debajo de las tetas con aquel tenedor gordo.

—Bueno, amigos, Clifton acaba de llamar diciendo que ha tenido un accidente cerca de Dimple, Luisiana, nadie herido, dice que desde donde está quiere oírles a todos ustedes saltar y cantar. Nosotros vamos a tocar

zydeco, vamos a hacer ritmo, vamos a alegrarnos y a entrar en calor, y si cuando llegue están ustedes muertos, él les resucitará. ¡VÁMONOS!

Arrancó con fuerza: alzando el acordeón por encima de la cabeza para un meneo del fuelle en tresillos, imprimiendo un giro semicircular a las esquinas, y como en una figura de vuelo acrobático lo abrió con escalas diatónicas cuan largo era, y variando la acción hábilmente se arrojó planeando a una sección de ritmo picado que en tres minutos llenó de gente la pista. Octave sabía lo que tenía que hacer. Gritó: «¡Ajajá! ¡Vamos a arder! ¡Que no ardemos todavía?». Y entonces fue «J'ai trois femmes», golpes de notas en *staccato* contra los danzantes, el cuero retumbando en el corazón, la tabla silbando y repiqueteando como una serpiente, *jinch kech a kech a jinch*. Volaron gotas claras de sudor. Etherine gritó: «¡Aquí se suda y se salta, aquí se entra en calor, aquí se vuelve!». Por la puerta semiabierta se vio un relámpago, y del trallazo del trueno parpadearon las luces, y Octave oyó el grito del viento fuera. Etherine se echó al colete un lingotazo de ginebra pura y rezó. No quería mirar fuera, y le hizo seña a Cato de cerrar la puerta.

Ahora Octave se doblaba por las rodillas para impulsar a las manos la intensa energía nerviosa. Sus dedos marcaban a la carrera trinos y trémolos violentos, vibrantes las notas con la fuerza de sus arremetidas ascendentes, un trino de la mano izquierda que no acababa nunca y el canto de la mano derecha golpeando duro y deprisa una masa de botones, un lío de notas apretadas, una discordia que arrancó alaridos de los danzantes, y en ésas un parón súbito que dejó a todo el mundo jadeando y riendo, y de ahí —era un truco, amigos— vuelta al principio, a retorcer y trenzar armonías modales, con los danzantes cimbreando las caderas y entrelazándose, y a un lado una pareja sacudiendo la pelvis. Pero por debajo del baile duro Octave sentía su reserva; no se le entregaban, echaban de menos a Clifton y su rutilante instrumento a piano.

—No les estoy enfriando demasiado, espero —vociferó—. Venga, aquí estamos, como dicen, demasiado franceses para ser negros, demasiado negros para ser franceses.

Y abordó una broma de acordeón con un antiguo *two-step cajún* recalentado en agudos y doblado de ritmo y sincopado, las notas rotas y pasadas a *blues* y la melodía entera hecha un revoltijo rápido y triste que era parodia y era cariño. «Venga, venga, venga, venga», gritó, y un hombre y

una mujer ya entrados en años, musculosos y tersos como seda mojada, entraron en la música como una cuña. Los demás se apartaron para verles ejecutar el salto y la rueda del viejo zydeco, rápidos y hermosos. Cato Comb entró de la lluvia, con la ropa pegada a su largo cuerpo. Fuera bramaba el viento, y una descarga de granizo rodó por el tejado. Octave se inclinó sobre el micro y lo rozó con los labios, llenando la sala con su respiración.

—Todos ustedes recordarán de dónde sale esto, ¿saben lo que les digo? Recuerden que viene todo de aquello a lo que volvemos, LaLa, recuerdan el viejo LaLa, todos lo hemos hecho. Así nos sentimos como en casa. Ahora ya no nos pisa nadie. —Estaban acalorados pero él los sentía fríos.

Estaban pasando fuentes de comida por las mesas, pollo y quingombó; sobre la sala se cernía un espeso velo de humo; en la oscuridad fulguraban las puntas de los cigarrillos. El calor era insoportable. Los danzantes tenían la ropa empapada; sus manos resbalosas ya no conseguían agarrar, y aunque se soltaban unos de otros y rebotaban entre sí, seguían bailando, restregándose la palma contra el muslo. Arriba el gran ventilador volteaba el humo. La tormenta estaba pasando. Alguien pidió a gritos la «Eh, 'tite fille», de Clifton, y Octave se la sirvió, amontonando las notas de *blues* y desgranando los tresillos como el hombre fuerte, contagiando el trémolo a las espaldas de los danzantes.

«¡Me cago en, suena mejor aquí que en ningún sitio!», chilló un blanco que bailaba en estilo pies planos y despatarrado, uno entre cinco o seis que venían buscando malevaje a Frenchtown. Una negra le contestó: «Claro que sí. Es puro Luisiana». Pero otras mujeres clamaron desde la pista con voces de descontento: «¿Cuándo llega el señor C.? Que me traigan a Clifton, ¿han oído? Él toca el piano Y el botón, que es lo que queremos. Tú eres bueno, chico, pero no eres el señor C.».

Un viejo bailaba con una joven. El viejo llevaba botos vaqueros de cuero con la punta cromada, una chaqueta de cuero color naranja entallada en la cintura y luego abierta como los pistoleros de antes, camisa azul y corbata vaquera cerrada por una calavera de oro con ojos de rubí. No había en la pista quien bailase como aquel hombre, el suave deslizarse, la espalda trapezoidal que se ondulaba como una culebra para echar la piel, las manos que se enroscaban rascando el aire, los botos amarillos repicando en la tarima encerada, la flexión de las largas y musculosas piernas, el contoneo

de las caderas, fragmentos que eran ecos de cien pasos de baile, el *buzzard lope*, el *Texas tommy*, el *grind*, el *funly butt*, el *fishtail*, el *twist*, el *Georgia hutch*, el charlestón, el *shimmy*, el *shout*, el *crazed turkey*.

—¡Denle un vaso de agua! —voceó alguien, porque era un conocido equilibrista, capaz de girar y brincar con un vaso de agua encima de la cabeza.

—¡Thamon, mira que eres malo en la pista! —Tenía setenta y tres años y el cuerpo elástico como el de un niño.

Al cabo de una hora Octave tenía los ojos rojos por el humo y la garganta como la chimenea de un horno. Gritó «Descanso» y fue a sentarse con Wilma. Se enjugó el cuello y la cara, pidió por señas a Etherine una cerveza y cigarrillos, un *whisky* y otra cerveza y otra; y abrió la segunda hora con «No dejes que un muerto te estreche la mano». Los botones repicaban, el fuelle tragaba aire y lo expelía a bocanadas; Octave distorsionaba el tono moviendo el acordeón por encima de la cabeza, abriendo a pleno volumen para de pronto ahogarlo, rascando y frotando y restregando las aristas del fuelle con el dorso de las uñas. Cato Comb abrió la puerta de par en par para que entrase el frescor del aire limpio que olía a lluvia; los relámpagos aclaraban el cielo nocturno ya hacia el norte. Pero Etherine frunció el gesto, porque según su experiencia lo que le gustaba a la gente era estar bien acalorada y chorreando de sudor, con el corazón acelerado y los pulmones pidiendo aire.

Octave no estaba satisfecho. Ya estaba embalado pero no conseguía ganárselos, no conseguía hacerles olvidar a Clifton. Le estaba dando al acordeón verde todo lo que podía, le estaba sacando lamentos roncros y rugientes como del pecho convulso de un hércules, era un instrumento de sudor y aquella vozarrona sollozante les hablaba, pero ni siquiera habiéndole quitado la rejilla, ni siquiera con las lengüetas nuevas, estaba bien. Se quedaba corto. A Octave no le gustaban aquella cabeza de diablo y aquellas llamas pintadas. Había pagado demasiado por él, engatusado por el reflejo de sus propios ojos. Lo tenía decidido. Se lo llevaría a Chicago y se lo vendería a algún fuellero nostálgico, y él se compraría uno robusto de teclas grandes como el que tocaba Clifton, con tantas notas que no sabría qué hacer con ellas, ése al que las mujeres guapas lanzaban la ropa interior, escurriéndose de la bragas húmedas sobre la pista y tirándoselas al gran acordeón que las pillaba entre los pliegues y estrujaba y amasaba los

endebles retazos de nailon, como Boozoo Chavis, que en el intermedio vendía unas bragas extra grandes que llevaban impreso ¡QUÍTATELAS! ¡TÍRALAS A UNA ESQUINA! Aquel bobo del acordeón, bebido y enloquecido, se cayó de un taburete de barra al suelo y no dejó de tocar. A él nadie le había tirado bragas, pero en Chicago iba a volar, iba a echar humo. Corría 1960, y sí, el tren de Illinois Central estaba esperando, no toques *blues*, aquí hemos venido por el zydeco.

(Treinta y cinco años después, Rockin' Dopsie estaba sentado en una silla recta del porche de alguien en Opelousas y recordaba la noche en que Octave hizo saltar el tejado con aquel acordeón verde de dos filas, sacando un sonido inmenso. «Jamás volvió a tocar así de bien». ¿Y él cómo lo sabía? Lo sabía porque reconocía la única noche ardiente que llega en lo alto de una vida, y a partir de ahí todo es cuesta abajo, se haga lo que se haga).

## La ciudad del frío

Fueron días duros, duros en la desolación del invierno. Del lago soplaba el viento cargado de aguanieve cortante. Poco dinero, dormir en un cuarto sucio, difícil conseguir actuaciones; allá arriba nadie quería zydeco, querían una espantosa mierda avanzada, no bailaba nadie, era todo *blues*, *blues*, *blues*; pero tampoco los viejos *blues* del delta, ni *rock*, ni nada más que *blues* urbanos con guitarra electrificada, alto y rápido y áspero, y él entendía por qué. No era como en la época que siguió a la segunda guerra mundial, en que él había oído contar que subía la gente del sur a millares, los trenes a reventar, y a la hora de apearse del tren ya todo el mundo tenía trabajo. Chicago era una ciudad hambrienta de buena mano de obra barata, gente fuerte de brazos que empezaba desde cero, de la que había en los viejos tiempos de la inmigración, y eso era lo que había hecho la riqueza de Chicago, no los cerdos ni el trigo sino la mano de obra barata para sacrificar a los cerdos y mover el trigo. Todavía subían arrastrándose a millares por la larga ruta, pero lo que ya no había era trabajo; se estaba produciendo una especie de cambio económico profundo, y todos se limitaban a estar sentados y salmodiar alguna clase de música sombría y beber, fumar, reñir,

joder, escuchar a alguien cantando los «Tiempos difíciles» de J. Brim, cualquier cosa con tal de distraerse del problema. Algunos guitarristas estaban consiguiendo que les grabaran aquellos hermanos polacos, pero nadie tenía prisa por pasar el zydeco a la cera. Allí arriba no lo querían oír. Y estaba llegando el momento en que él tampoco quería oírlo, después de ponerle una conferencia a Wilma y escribirle una canción que ella no oiría nunca.

—¿Está lloviendo en tu casa, corazón, como llueve aquí? —le había dicho, con la voz derrumbada por el hilo, la voz alicaída y triste. Oyó un silencio vivo, el hilo que respiraba y crepitaba con una hondura de kilómetros. El silencio, el silencio martillado. Demasiadas cosas que decir.

—Si pudiera estar contigo —susurró—, hablarte y quererte, meterme *dentro* de ti. Te extraño, corazón, tanto, tanto. —Todo lo que decía iba a trompicones por el hilo, en fracciones rotas. Extrañando. Extrañándote. Haciéndolo por ti, corazón.

Y cuando ella colgó le pareció a él que aún seguía allí, que aún seguía en la línea, conectada a él y tratando de decir algo pero sin poder hacerlo, y sin tener que hacerlo porque él había recibido el mensaje. Él se había ido.

Tenía todavía el acordeón verde de botones, aunque había perdido la rejilla y tirado el estuche; no conseguía vender al puñetero. Estaba en lo alto del armario de cartón mirando a la pared de enfrente, los ojos siempre recogiendo alguna luz vacía que le hacía parecer ciego. La correa del estuche se rompió a los pocos minutos de bajar forcejeando del tren en la estación central; fue dentro de la estación, cuando Octave intentaba no dar la impresión de que le acobardaban los ventanales en arco y el recinto ovalado y resonante, la masa agitada de gente con fardos, maletas, ristras de niños, y cuando cayó al suelo de mármol el acordeón se salió y rodó por unos escalones con un mal sonido. Alguien gritó: «Eh, oiga, se le ha caído algo», y él echó mano al instrumento y lo metió en el estuche como pudo, rabiando de vergüenza, de que todo el mundo se quedara mirando al paleta del sur, y salió precipitadamente a la Calle 12 sin saber dónde estaba, únicamente que tenía que encontrar la avenida de Indiana. El extremo de los agudos se había rajado. En la propia estación le dio un puntapié al estuche, soltó una sarta de tacos y se echó a la calle con el instrumento desnudo. Pensó si Buddy Malefoot no le habría hecho algo a la correa.

En la calle giró instintivamente hacia el sur, cargado con el instrumento y las maletas, y atravesó un puñado de músicos del Ejército de Salvación, trompeta, bombo, concertina inglesa y pandereta para el incompetente al final. Olió Chicago, el distante hedor animal de los corrales al suroeste, el sabor ácido y acre de los gases de escape y el tufo de la carne grasienta al freír. Pasó por delante de cines y zapaterías, carteles de quiromantes con dedos que apuntaban al piso, un rastafariano que iba dando tumbos con su colchoneta de pelo, iglesias en locales comerciales; «... *hablando del Cristo de la Biblia, ¿tengo razón? Sobre el templo de Salomón, sobre la rueda en medio de la rueda, ¿tengo razón sobre eso? Yo sé que es cierto, sobre el novio que espera con ilusión la brillante mañana, gentes, ¿oráis conmigo? Es cierto, yo sé que es cierto, no se puede dar luz si no hay fuego...*». Oyó un hilo de *blues* encerrado en una habitación, balidos de bocinas, el silbar rodado de los neumáticos, el carraspeo de garganta de un vagabundo doblado contra una pared, y de todas partes el quebradizo repique de los tacones altos de las mujeres, las madejas de ritmo bípedo, cruzadas y recruzadas. Era una especie de música. Intentó no pisar los cuadros que un hombre sin piernas, sobre una plataforma mecánica, dibujaba en la acera con tizas de colores, haciendo imágenes de Jesús y sus aventuras en viñetas como de tebeo, con las palabras en tiza amarilla y las formas de las letras curvadas como plátanos.

Lo mejor que pudo encontrar fue una cocina en un sótano, un agujero negro con una placa y saturado de un extraño olor dulzón, pero barato. (Era un edificio como los había a cientos, las zetas verdes de las salidas de incendios bajando en zigzag por las paredes llenas de manchas, un atisbo del puente de encaje, fábricas con las ventanas basculantes abiertas y sin cristales, los monogramas inflados de los *graffiti*, letras oscureciendo letras, superpuestas, revueltas, todo sin sentido excepto la palabra olvídale en un viaducto). Sobre un estante del armario encontró un peine blanco sucio, un anuncio de prensa amarilleado, «con el sonido rabioso que ha alcanzado tanta popularidad entre los adolescentes...», y una carta dirigida a un tal Euday Brank que decía: «Flyto necesita un saxofonista, llama al 721—8881». El sobre llevaba matasellos de Kansas City, 1949. Se preguntó quién sería Flyto, quién habría sido, igual ya estaba muerto; tiró la carta a la caja de cartón que le servía de papelería, y le dio por recordar la caja de cartón que era su recuerdo más antiguo: acostado en una habitación en penumbra,



y mirar el canto de la solapa de una caja, el color marrón claro, la hilera de tunelitos oscuros que conducían a algún sitio que él sabía que era pavoroso y extraño, y ver un minúsculo insecto rojo asomarse a la boca de uno de los túneles, mirarle con sus ojos brillantes y volverse a meter.

—No te puedes acordar de eso —le dijo su madre—. Es verdad que estuviste en una caja, pero cuando eras un recién nacido. Nadie se acuerda de cuando era un recién nacido. Tú crecías tan deprisa que al mes ya tuve que sacarte. Era una caja de jabón en escamas, Rinso White. Iba la gente a verte y hacían bromas, decían que estabas ahí porque quería aclararte la piel. —Todavía ahora el olor de aquel detergente le producía la sensación inefablemente triste que él asociaba con los túneles diminutos de cartón.

Veía el polvo sobre el acordeón verde y sabía que el polvo era malo, pero no tenía fuerzas para limpiarlo, no tenía fuerzas para casi nada, aún lo podía tocar pero no le daban muchas ganas. Al principio lo tocaba todo el rato, a pesar de la raja, pero producía tal ruido de bombeo, de resuello, como correr o hacer un esfuerzo, como joder, y él que tanto extrañaba a una persona, sí, sonaba como lo que haría una persona si se convirtiera en un instrumento, que al cabo de un tiempo no lo pudo soportar. Sonaba como una persona al asfixiarse. No encontraba trabajo. Al final tendrá que empeñarlo para volverse a casa.

«¡Nunca estoy a gusto!», se dijo rabioso, culpándose de la falta de trabajo, sabiendo que era algo que no funcionaba en él, que él no valía, que no lo tenía, lo que fuera que hubiera que tener.

## **Creo que voy a esperar**

Llegó el día, un par de años después, en que se decidió a llevar el acordeón a una casa de empeños, no para sacar billete al sur sino porque tenía un pequeño hábito y la nómina venía con retraso y cuando te hace falta te hace falta. Se quedaba. Tenía un trabajo en la construcción, de aprendiz de carpintero; iba a intentar conseguir el carnet sindical, sin prisas, había mucha obra en los nuevos proyectos que se llenaban de gente de color en cuanto se ponía la última ventana, toda la zona enorme separada de la ciudad por la autopista Dan Ryan. Tanto hablar de integración en el sur:

aquí arriba era donde tenían que mirar, una segregación maciza con foso alrededor. ¿Podía ser que alguien lo hubiera planificado así?

Estaba loco por dos mujeres y no le parecía mal. Bo-Jack y Studder vinieron del sur y se metieron de cabeza en el tinglado musical; se dirigieron a él para que les enseñara por dónde iba la cosa, sólo medio en broma le llamaron el rey de Chicago, y él les hizo un recorrido por los clubes de negros y morenos, donde iban los panolis, donde los chulos pasaban conduciendo despacio sus cacharros blancos, repantingados a lo gángster, y cuando se bajaban lucían la raya del pantalón y los zapatos de cocodrilo cojeando a lo chulo. Bo-Jack le contó que Wilma se había casado y se había ido a vivir a Atlanta. Ellos querían oír algo diferente, sonidos extraños. Les dirigió al Diamond Dot Club a oír a una banda de juju nigeriano con acordeón diatónico, sekere, cuero parlante, platillos y gongs. Bobby perdió la chaveta, ¡bum!, se hizo discípulo, y cualquier idea que pudiera haber tenido Octave de resucitar lo suyo de antes se desvaneció. Además, él tío quería. Ahora tenía algún dinero, disfrutaba de vida nocturna, se estaba comprando un gran acordeón-piano a plazos (dos dólares a la semana) y era propietario de una túnica de seda negra, un pañuelo de cachemira que se liaba a la cabeza y un abrigo afgano de una piel amarilla que le llegaba hasta los talones, y si no vivía a lo grande, por lo menos vivía mejor: había que tener ciertas cosas. Le iba entrando la afición al *blues* urbano, pero todavía tocaba zydeco, con vergüenza porque era música de negros del sur. Lo comprendió una noche escuchando a un tonto bizco del *bayou* que tocaba en un club y nadie prestaba atención a su vocecilla temblorosa que no hacía más que coger y soltar pedazos de silencio en cada frase, agarrándose al clavo de la palabra cantada. Incluso cuando el acordeón de aquel tonto marcaba el ritmo como una máquina automática, oyó que no era eso. Lo correcto era aquella mierda del pop de los pantanos de Luisiana, aquella mierda blancona de dos acordes, *mi bemol*, *si bemol*, eso era rebajarse. Eso él no lo tocaba.

No sabía por qué, pero se le había agriado el carácter y se enfurecía por pequeñas cosas que en Luisiana nunca le habían molestado, sería producto de la televisión, que todo el rato estaba agrediendo con coches y zapatos. Tenía que sostenerse a base de mucha diversión, arriba en la casa y abajo en el bloque, fiestas de vecindad, fiestas de cartas, fiestas de fiestas, las noches de los sábados y todas las noches si tenías ganas, y hierba y coca y buen

licor, si te gustaban esas cosas. A él le gustaban. Chicago se estaba moviendo. A él le gustaba oír el saxofón y la guitarra eléctrica, era simpático, bonito. Tenía un apetito insaciable de diversión, que en sus primeros años había sido un bien escaso, y no le parecían mal unas cuantas sortijas y cadenas de oro. Tenía una estantería con seis libros: *La enciclopedia del mundo abreviada. Temas de enseñanza media para el autodidacta, Grandes hombres de color. Anatomía sexual femenina. Diccionario universal de la rima. Introducción a las escalas musicales.*

Estaban pasando cosas, o eso parecía, y en éstas se encontró despedido y puesto en la lista negra y los empleos empezaron a desaparecer, sencillamente no existían. La economía se había contraído otra vez. Bien, pues era cosa de aguantar y esperar a que volviera a activarse. Tenía que activarse; era mucha la gente sin trabajo.

## **No tienes ni idea de dónde vienes**

Su tatarabuelo había sido capturado y encadenado a una cuerda de esclavos, amarga ironía porque él vivía una intimidad espiritual con el metal, desde un largo linaje de herreros que batían las barras al rojo en el yunque (y eso hacía de él una buena presa); transportado a Nueva Orleans en un barco negrero de Nantes, y vendido a un plantador que le llevó al delta del Mississippi, murió en los comienzos de su edad madura, después de forjar el hierro en fallebas y verjas, morillos y trébedes, trabas y herramientas, labrando a veces figuras y diseños decorativos que encerraban secretos poderes maléficos insospechados por los blancos que usaban aquellos objetos y enfermaban.

El hijo del herrero, Cordozar (el bisabuelo de Octave, Ida y Marie-Pearl), nacido esclavo y adiestrado por su padre en la forja, se escapó al Canadá a los veintisiete años, escondiéndose en las ciénagas con los indios y viajando de noche. Le había prometido a su mujer que si lo conseguía haría todo lo necesario para que ella pudiera escapar y seguirle con el niño. Zephyr, y reunirse en el norte. Pero sólo llevaba unos meses en Toronto cuando estalló la guerra civil, y él, enardecido, bajó a enrolarse a Boston con ansias de apretar el gatillo; combatió desde Pennsylvania hasta

Virginia, fue herido dos veces, condujo una ambulancia y pareció olvidarse de la mujer y el niño. Dos años después de Appomattox marchó al oeste con el Décimo de Caballería, uno de los dos regimientos formados por negros, y murió en Prairie Dog Creek cuando su caballo, al recibir en las tripas un tiro de un sioux de doce años, se encabritó y le cayó encima.

## **La chica que dejó atrás**

El niño Zephyr creció en la aparcería del algodón y tocaba el banjo en Vanilla, estado de Mississippi, viviendo la vida pobre y dura del delta desde el principio hasta el fin, sobre uno de los depósitos aluviales más ricos del mundo, estafado cada año en su salario, privado de aritmética y letras, curando sus enfermedades y sus heridas con flores de judía y rezos. Logró salir de allí unos pocos años tocando el banjo en un espectáculo de circo que iba de gira por los territorios, y actuando en el Pimpampum Africano, atracción en la que sacaba la cabeza por el agujero de una sábana y hacía guiños y muecas a la multitud de hombres y niños blancos que uno por uno, brazo levantado, le arrojaban una pelota, mientras de un gramófono de manivela salía «Negro bailarín». El circo se disolvió en un duro pueblo ovejero de Nevada, y él se quedó tirado, obligado a vender el banjo por dos dólares para comprar un billete de tren que le llevara la mitad del camino hasta Vanilla. La segunda mitad la hizo andando, y llegó a casa con los pies llenos de ampollas, de vuelta al ciclo de la aparcería para siempre, tomando su pequeña dosis de placer en sexo, bebida y música. Un blanco de Extensión Agraria le tomó una fotografía en los años treinta, ahí plantado con su ropa de faena, un extraño traje de harapos cosidos sobre harapos cosidos sobre harapos, cientos de hilos volanderos y puntas desflecadas, un sombrero de fieltro apolillado. Tuvo hijos con cuatro mujeres y los dejó que se las apañaran solos. Tenía un perro ciego sin raza. *Ojo de algodón*, que curaba las heridas lamiéndolas, servicio por el cual Zephyr cobraba cinco centavos. Durante un año amarillo y ruin creció en su huerto un cenizo descomunal. Él lo regó y no permitió que ninguna otra planta pisara su territorio, admiró su enormidad, su tallo de dos pulgares de grueso. Alcanzó

una altura de tres metros, y entonces se dobló por su propio peso, el cenizo más poderoso que jamás se había visto, recordado por cuantos lo vieron.

Hablaba poco, salvo a través del banjo, no hablaba nunca por el lado secreto de la boca, no decía nunca lo que pensaba, sólo lo que quería, y quería sólo lo que podía conseguir, hasta que, después de ver una demostración de la nueva cosechadora de algodón International Harvester, después de que el señor Pelf, cuando llegó el día de la liquidación, le dijera que con el trabajo de un año sólo había ganado tres dólares, pagó el último plazo mensual de su funeral, se acostó en su cama de harapos y pidió rosbif y champán (dos artículos dietéticos que él había elevado a la categoría de iconos después de probarlos una vez cincuenta años antes, en un 4 de Julio en que el jefe del circo encargó un banquete colectivo a un restaurante excelente de Des Moines, y lo pagó con billetes falsos). Su hija Lamb, la única superviviente de sus hijos que todavía vivía en Vanilla, le llevó un plato de torreznos y un vaso de agua turbia. Zephyr tenía ochenta y tres años, estaba consumido y tenía tantas arrugas que parecía enguatado.

—No —dijo, y se arropó con la manta gris y se volvió hacia la pared, cerró los ojos y ya no se movió ni habló, y en dos días estaba muerto, agotado por la gran tradición de la lucha.

## **Bayou Féroce**

Lamb paró el despertador que había en el antepecho de la ventana, tapó el espejo empañado con un jersey, sacó de la cómoda las fotos de sus hijas y las envolvió en un papel. Después del funeral del viejo, en mayo de 1955, Lamb y sus tres hijos. Octave, Ida y Marie-Pearl, se trasladaron a Bayou Féroce, estado de Luisiana, con su novio Warfield Dunks (ojos castaños claros circundados de un cerco del más puro azul), y allí se compraron una radio y empezaron a oír al Profesor Bob, el rey del tocadiscos, que emitía desde Shreveport. En la primera hora de estancia en la choza alquilada, Marie-Pearl se metió en un avispero y salió rompiendo la maleza con su viejo vestido de flores, dando unos brincos enormes que hacían brillar al sol sus delgadas piernas de niña llenas de picaduras.

El pobre Warfield murió en un accidente de carretera al año de estar allí, cuando se paró a mirar un jabalí de doscientos setenta kilos que iba corriendo por la mediana y le embistió desde atrás un Chevrolet conducido por una anciana blanca. Lamb trabajaba en la cocina del presidente blanco de una universidad, por cinco dólares y cincuenta centavos a la semana (con permiso para llevarse a casa el pellejo, la grasa, las patas y las cabezas de los pollos de guisar, las mondas de las patatas y los mendrugos). Tenía la esperanza de poder subir algún día al piso de arriba, a estirar las sábanas de hilo color crema, limpiar el polvo de los pálidos antepechos, colocar los pares de zapatos de la señora Astraddle en sus baldas inclinadas. Sus hijos iban creciendo. Octave, casi un hombre ya, pescaba en el Golfo. Necesitaba una barca mejor, que no hubiera que achicar cada diez minutos, con un motor bueno. Lamb rezaba porque Marie-Pearl no se metiera en líos, aunque parecía difícil, porque era muy guapa y le gustaban demasiado los chicos. El verdadero problema era Ida, que a los dieciocho años medía metro ochenta y siete y pesaba casi ciento treinta kilos, feúcha y negra oscura, con la nariz como una patata y huecos entre los dientes, que siempre daba a la cuerda cuando las niñas sallaban en parejas. Debería haber sido chico. Tenía disposición para pelear, una voz estentórea. A lo mejor se tranquilizaba después de tener sus primeros hijos y a lo mejor no, jurando como juraba que odiaba a los hombres y no pensaba tener hijos, porque según ella no iba a permitir jamás que ningún hombre se le pusiera encima ni la mangoneara, y el espacio de debajo de su cama lo tenía lleno de libros viejos y revistas amarillentas, la peor basura que Lamb había visto nunca. Señoras ancianas llamaban a la puerta a todas horas trayéndole más.

—Con la pinta que tienes, no has de preocuparte —decía Lamb—. No habrá ningún hombre que te dé la lata.

—Ya sé la pinta que tengo. Llevas diciéndomelo desde que eché a andar.

## **Tirones de pelo**

, Cuando estaba en octavo curso, Ida convenció a su amiga Tamonette para que fuera al centro con ella a tirarles del pelo a los blancos. Caminaban por

la carretera polvorienta cogidas de la mano y cantando «Jesús al teléfono». Compartían un humor peligroso, de ése en el que hay que ahogar la risa para no inculparse. Tamonette era delgada y bajita, y se sentía obligada a ser audaz por una hermana de su abuela. Maraline Brull, que había ido a París en los años veinte como criada de una familia blanca y allí aprendió a pilotar aviones, y regresó al sur como fumigadora hasta que un granjero blanco la derribó a tiros en 1931; aun entonces su respuesta fue fiera, porque dirigió la caída de la avioneta en llamas hacia donde estaba el tipo con el rifle, y lo arrastró consigo.

—Vaya vaqueros que llevas —dijo Tamonette en tono crítico.

—No me hagas preguntas y te lo diré. Como todos —dijo Ida, retorciéndose para mirar la etiqueta.

—Boba, éstos son los que llevan la KKK detrás, encima nos sacan dinero. También es de ellos el pollo frito que a ti te gusta. Mejor tíralos, que son muy feos.

—Tamonette. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sabe todo el mundo, boba.

Había seis kilómetros a Féroce; la ciudad las asustaba con sus coches, sus aceras, sus luces de tráfico. Parecía como si cada persona blanca las mirase y les leyese el pensamiento.

—Ahora escucha —dijo—. Sólo un pelo; no se trata de agarrar un mechón, sino sólo un pelo, y así si te protestan dices Perdone señora, debe ser que se me enganchó en la pulsera del reloj.

—Tú no tienes reloj y yo tampoco.

—Bueno, pero tú *lo dices*. Acuérdate, un solo pelo. Duele más.

Los almacenes Crane eran el lugar ideal, pero no la planta baja junto a la escalera mecánica. Había que escabullirse y desaparecer al momento del hecho. Tamonette apuntó con los ojos al mostrador de Devoluciones y Cheques, donde una aglomeración de cinco filas de blancos esperaba para devolver porquerías defectuosas en las que habían malgastado el dinero, todos empujándose y hablando a la vez y tratando de ver si les llegaba el turno.

Ida escogió a dos mujeres gordas, la Número Uno, con pelo blanco y cara de hombre y un vestido grande color de rosa, hablando con la Número Dos, que era barrigona y llevaba el pelo en bucles color violeta. Se arrimó lo bastante para oír lo que decían.

—¿Pero Elsie no pertenece a las Hijas?  
—Eso era antes, cariño; se salió.  
—Su familia vivía en Mississippi desde tiempos inmemoriales.  
—¿Te vas a probar la falda corta con eso?  
—A mí es que esas faldas me parece que deben ser frías.  
—Ah, los estilos son feísimos.  
—Querría comprarme un vestido, pero no sé..., en fin...  
—¿Tú conoces el coche de Elsie? Yo no hay vez que me meta en ese coche que no me dé en la cabeza.

—¡Yo también! Me alegro de saber que no soy la única... ¡AY! —  
Ambas manos se lanzaron a la nuca; miró a derecha e izquierda y al techo, pensando si se habría escapado un canario de la sección de animales.

—Cariño, será una horquilla que te ha rozado un nervio...

—Alguien me ha tirado del pelo.

—¡Pues a mí no me mires! —dijo ofendida Bucles Violetas, mientras Tamonette e Ida, dos pasillos más allá, examinaban unos cuadernos de tapas moteadas en blanco y negro, sin sonreír siquiera. (Ida compró uno, de los de veintinueve centavos: ya había empezado a apuntar ciertas cosas que oía). Más tarde agarraron a una chica pelirroja que llevaba melena con raya en medio, y después se fueron a otros almacenes y Tamonette agarró a un chico de pelos largos, y siguieron sin sonreír ninguna de las dos, ni siquiera en el largo camino de vuelta, aunque iban conteniendo la risa, hasta que ya a salvo en casa de Ida se desternillaron, reconstruyendo cómo había sido arrimarse a éste y aquél, seleccionar un único pelo, dar el tirón y salir andando con cara de póquer.

Lamb estaba en casa, cosiendo de unas telas viejas de la señora Astraddle algo que Ida o Marie-Pearl acabarían poniéndose y odiando. Por la radio vociferaba el reverendo Ike, disparando las palabras como descargas de perdigones; «Soy el más grande, soy estupendo, estoy más allá de toda clase de medidas mezquinas y clasificaciones vulgares, soy alguien, soy algo que viene hacia ti como un *BULLDOZER* y luzco bien y huelo el doble de bien y te estoy diciendo, hay que salir del gueto y tener dinero. Consigue dinero, cariño. A ti y a mí no nos interesa un arpa mañana, nos interesa un dólar hoy. Lo queremos AHORA. Lo queremos en un gran saco o en una caja o en un vagón de tren pero lo QUEREMOS. Hazme caso a mí. Nada gratis. Hay que sacudir ese árbol del dinero. Todos sabemos el



antiguo proverbio de que el dinero es la raíz de todos los males, pero le falta algo. Yo digo que LA FALTA DE dinero es la raíz de todos los males. Lo mejor que se puede hacer por los pobres es no ser uno de ellos. De eso nada, camarada. La pobreza es para gente sin cabeza. Yo quiero que sepáis que...».

Lamb creía en el reverendo Ike, se tragaba las historias de la mendiga ciega que le compró un pañuelo de oración y minutos después sonó el teléfono porque le había tocado un Cadillac en una rifa, y el hombre premiado con un crucero por los Mares del Sur, o aquel otro que en un asiento de autobús se encontró una cartera repleta de billetes y sin identificación. También ella encargó un pañuelo de oración, y lo tenía escondido en la punta del zapato de charol de los domingos y aguardaba que empezase a hacer efecto, y todas las mañanas decía: «Espero y pido que Dios me haga rica algún día».

## **Ida se une**

En 1960 Ida tenía dieciocho años, y Tamonette, que había abandonado los estudios en noveno, estaba como un camión con su segundo embarazo.

Ida se graduó y se topó con el muro que siempre sospechó. No había empleos para mujeres negras, como no fuera en el servicio doméstico o en el campo. ¿Qué sentido tenía estudiar ciencias sociales y álgebra si lo mejor que te estaba esperando era frotar el retrete maloliente de una blanca? Lamb le dijo algo a la señora Astraddle, que si no podría Ida ayudar en la cocina, quizá sólo unas horas, pero la señora Astraddle le echó una ojeada a Ida, que estaba allí plantada con cara de pocos amigos y balanceando sus grandes brazos, y dijo: «Creo que no, Lamb».

Sus cuadernos y papeles llenaban toda la casa; páginas abarquilladas, hojas sueltas que planeaban hasta el suelo cada vez que entraba alguien del porche.

—¿No podrías tirar toda esta mierda? —dijo Lamb.

—¿Mierda? Tú no sabes lo que yo tengo aquí, ¿verdad?

—No, ni me importa. Lo único que veo es una montaña de papelotes. Lo único que veo es que no sé qué vieja te da montones de papel de escribir.

¿Qué haces con todo el papel de esa vieja? Hacer garabatos en vez de buscar trabajo.

—Son cosas que me cuentan.

—Mejor sería que encontraras trabajo —dijo su madre amargamente.

Joe McNeil, Franklin McCain, David Richmond y Ezell Blair Jr., se sentaron en el mostrador del restaurante de Woolworth allá en Carolina del Norte el 1 de febrero, y a los pocos meses se organizaron sentadas en todas partes. Ida metió todos sus cuadernos y papeles en una caja y la guardó debajo de la cama.

—*Tengo* que unirme, *tengo* que unirme. Me voy a Carolina del Norte —dijo.

—Tú eres boba —respondió su madre—. Te matarían. Los blancos te matarían. Tú *no vas*. Son chicos *universitarios*, estudiantes de universidad los que hacen esas cosas, negros y *blancos*, lo tienen todo organizado, te crees tú que vas a presentarte ahí diciendo: «Aquí me tienen, soy la señorita Ida que viene de Bayou Féroce». Esa gente tiene amuletos, lleva camisas color de rosa. Tú no conoces a nadie. Tú no formas parte de ninguna organización. Te digo que es peligroso, niña, y tú no lo entiendes; te estoy diciendo que es un peligro mortal. Te escogerían a ti como quien elige un muslo de pollo.

—Puedo ir a las manifestaciones. Puedo participar en las sentadas.

—¿A las manifestaciones? Si no eres capaz de ir de aquí a la tienda sin quejarte. Mira cómo estás, hecha una bola de grasa, te derretirías antes de andar un kilómetro. Tienes menos seso que un escarabajo de patata. Te juro que antes prefiero verte garabateando en los papeles de la vieja. ¡Irte hasta Carolina del Norte para que te maten!

—No me matarán.

—Está pasando todos los días con gente más despierta, más lista y más guapa que tú. Apuesto a que eso creía el pobre señor Willie Edwards allá en Alabama el primer día que hacía la ruta con su camión, cuando los del Ku Klux le hicieron caer de un puente y matarse, tirándole tiros a los dedos para que se soltara. Todo por nada. Yo te podría estar contando cosas todo el día y toda la noche, pero para qué gastar saliva.

(Unos años después Redneck Bub, cuando iba de viaje para grabar su único éxito, «Rey cajún del Ku Klux Klan», «sólo para segregacionistas», tuvo una avería delante de la casa de Lamb. Llamó a la puerta. «¿Tiene

usted teléfono?», preguntó. «Déjeme hacer una llamada». Ella sabía quién era y le dejó. Dos días después regresaba a su casa por el mismo camino, y al volver a pasar por delante de la casa de Lamb le dio la peor jaqueca de su vida, que le duró una semana y le hizo vomitar en el coche).

## **El baño de grasa del reverendo Veazie**

Tamonette relinchó, atragantándose con el humo.

—No te hace falta ir a Montgomery, Alabama, ni a Carolina del Norte para hacer una sentada. El sábado por la tarde va a haber una sentada importante en Stifle, Mississippi. En el restaurante de Woolworth.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque yo y mi madre y los Jóvenes Baptistas vamos a ir. El reverendo Veazie nos lleva en el autobús de la iglesia y vamos a participar en la sentada.

—¿Tú? Chica, ¿y a ti desde cuándo te interesan las sentadas?

Aquel viejo tragapollos baboso del reverendo Veazie en una sentada, llevando un autobús de gente, era mucho imaginar, y la madre de Tamonette no era el tipo de persona que va a una sentada. La propia Tamonette, una sandía puesta en equilibrio sobre un par de palillos, no había soltado prenda sobre los derechos humanos en su vida.

—Entonces yo voy.

—No le digas nada a nadie.

## **La sentada**

No se vistió para la ocasión; no hacían ropa fina para gente de su talla. Eran siempre los mismos vaqueros azules de hombre y las botas de hombre, a no ser que Lamb le cosiera una falda tamaño tienda de campaña, planchada de mala manera con arrugas por todas partes. Tamonette no entraba en nada más que su antiguo vestido naranja de embarazada, pero los chicos se pusieron las chaquetas de ir a la iglesia y los pantalones planchados, y las

demás chicas y mujeres iban emperingotadas con buenos estampados de rayón, cinturón y medias, y algunas con sombrero y hasta con guantes a pesar del calor que hacía. En primera fila vio al ex novio de Tamonette, Relton, el padre del niño que no nació, sentado al lado de Moira Root y con botas de cuero en los pies largos y estrechos.

—Por eso te interesa tanto la sentada —bisbiseó a Tamonette.

—Cierra la boca. NO es eso.

Pero sí lo era. El ojo duro de Ida vio la vida que se le avecinaba a Tamonette, los hombres que se pasearían por encima, y teniendo un niño tras otro, llevando el viejo vestido naranja de embarazada hasta que se le cayera a pedazos, las cosas siempre saliendo mal.

En el autobús de la iglesia iban delante la madre de Tamonette y el reverendo Veazie, con cara triste y mejillas globosas, un pañuelo blanco asomándole del bolsillo como la cima del Everest, y la madre de Tamonette empezó a cantar tan pronto como el autobús se puso en marcha, porque era una mujer que no podía resistirse a armonizar con el runrún de un motor.

—Bueno, no saben que vamos —dijo a voces el reverendo Veazie—. Acordaos, se trata de tomar un asiento y sentarse tranquilamente, y si la camarera os pregunta qué queréis, pedís una Coca-Cola. ¿Todo el mundo lleva quince centavos para pagar si la sirve? Pero no la servirá. No importa lo que os hagan, recordad, podéis seguir pidiendo vuestra Coca-Cola con frialdad y tranquilidad. No perdáis la calma. No rompáis nada ni toquéis a nadie ni nada, salvo la Coca-Cola, si os la sirve. Pero no la servirá. Cuando vengan los policías e intenten desalojaros, os agarráis al mostrador. No digáis nada, simplemente os agarráis, Jesucristo estará con vosotros, haced que os lleven a rastras, no opongáis más resistencia que la de aferraros al mostrador. Resistencia pasiva, calma, pensad en el reverendo King y recordad que estáis haciendo una cosa importante y valiente por todos los hermanos y hermanas, por vuestro pueblo, por todo el mundo, por las legiones de la justicia, así que mantened la calma.

Era un pueblucho vulgar, con unos cuantos árboles grandes, la mitad de las tiendas de la calle mayor con letreros de SE ALQUILA en los escaparates. Lo atravesaron, y al otro lado, pasado un vertedero de neumáticos, aparcaron en la Galería Comercial Dixie Bell. Nerviosos, franquearon las puertas de Woolworth en tropel, las chicas agarrando con fuerza el bolso, los chicos estirando el cuello bajo la camisa almidonada y la corbata,

agarrotados los músculos del estómago. Se dirigieron al mostrador en fila india. Un granjero blanco de mediana edad, con el pelo apelmazado de barro y un mono con costra, estaba apurando un batido; en su plato se veían las cortezas de un sándwich de atún y pedazos de pescado gris. Se sentaron en los taburetes vacíos. El hombre alzó la vista sobresaltado, puso dinero en el mostrador y se marchó. La única camarera visible, que estaba limpiando las espitas y accesorios de acero inoxidable, tardó lo suyo en mirar al espejo para ver quién necesitaba la carta. Se quedó helada. Sin volverse hacia la hilera de caras oscuras, se metió en la cocina. Oyeron su voz aguda preguntando Dónde está el señor Seaplane, tenemos un problema ahí fuera, y el cocinero, viejo y canoso, se acercó al ojo de buey de la puerta de vaivén y se asomó, con un brazo en alto enseñando la humedad gris del sobaco, y luego su cara desapareció, sustituida por las del lavaplatos y la otra camarera.

Ida sentía el pequeño asiento redondo bajo sus posaderas y le daban ganas de probar su capacidad giratoria, pero también sentía que la multitud se iba espesando detrás de ellos y miró al espejo para verlos. Eran blancos, casi todos de mala catadura, diciendo Qué demontres pasa aquí, qué es esto, qué están haciendo estos negros, a ver si vamos a tener un problema, oye negro, qué pretendéis armar aquí. De la cocina salió un blanco alto con traje marrón: el encargado o el jefe, nadie estaba seguro.

—Venga, negros, largaos de aquí ahora mismo o llamo al *sheriff* Voy a contar hasta tres, y si cuando cuente tres no salís pitando por la puerta os *aseguro* que lo vais a pasar mal. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

Cuando nadie se movió, excepto el novio de Tamonette, que levantó una mano como si estuviera en la escuela y dijo. Una Coca-Cola por favor, Traje Marrón hizo oídos sordos y volvió a contar, y diciendo De acuerdo, voy a llamar al *sheriff* y a la policía, volvió a meterse en la cocina. La policía entró cuando la puerta aún oscilaba, o sea que había llamado antes de contar. Una voz del gentío dijo ¿Quieres una Coca-Cola? al novio infiel de Tamonette. Un hombrecillo rubio que llevaba un paquete de cigarrillos en la manga arremangada de la camiseta se puso detrás de él, alzó una botella de Coca-Cola y se la vació sobre la cabeza.

—¿Qué, está buena, chico? Te estará entrando por la raja del culo, que es donde tenéis el gusto.

De pronto brazos y manos se lanzaron entre ellos a coger las botellas de salsa de tomate, la sal y la pimienta. Ida sintió algo como arena en la nuca y empezó a estornudar: alguien había desenroscado la tapa de un pimentero y se lo había volcado entero. Los hombres, metidos detrás del mostrador, agarraron crema y leche, mantequilla, tartas, mayonesa, mostaza, huevos; un blanco canijo cogió el aceite de freír, una lata de acero inoxidable de tres galones rancios, y se lo echó por encima al reverendo Veazie. (Más tarde el reverendo Veazie dijo en un sermón: «Dios velaba por mí, porque aquel aceite PODÍA haber estado CALIENTE»).

Ida sintió que sustancias líquidas le corrían por el cuello y la cara, estornudó convulsivamente entre nubes de pimienta y rociadas de mostaza, alguien le cascó un huevo en el pelo, otro le echó leche helada por el hombro y el pecho; estaban tirando copos de trigo a puñados, sirope, moldes de gelatina. «Que aproveche», dijo el canijo disparándole un plátano a la madre de Tamonette, quien recibió el impacto con un gesto de dolor e inmediatamente empezó a cantar «No NOS MO-VE-RÁN», y todos la secundaron, estornudando y llorando, pero cantando y aún sentados al mostrador cuando los dos policías y enseguida algunos hombres del gentío empezaron a arrancarlos de los taburetes a porrazo limpio y torsión de brazos y rodillazos certeros y salvajes promesas guturales de lo que iban a hacer. Ida sintió que unos dedos duros le apretaban el pecho y luego le untaban la mostaza por la espalda, diciendo Negra asquerosa de la mierda, puta gorda, muévete o te meto esto por el agujero, mientras le hincaba en la ingle un taco de billar recortado, haciéndole tanto daño en el hueso del pubis que Ida gritó y se dejó caer medio de rodillas, oyendo que el reverendo vociferaba Calma calma calma, y él estaba tan resbaladizo por el aceite que no eran capaces de sujetarle y a cada paso se les escurría al suelo.

Ida se levantó. El del taco estaba en la multitud, dándole la espalda, intentando asestarle un buen golpe al reverendo Veazie. Ella le pegó una patada en el culo con todas sus fuerzas, y él se hundió bajo las botas de los otros, gritando Aaah, aaah, quietos, me cago en, aparta, me han roto la espalda, me cago en, levantadme.

**¿Y ahora qué?**

—Mi niña —gimió Lamb cuando la vio llegar tres días después, con los ojos tan hinchados que no los podía abrir, desollada y descalza, apestando a condimentos, vómito y cárcel—. ¿Qué te había dicho yo? Mira cómo vienes, medio muerta, casi te matan. La primera idea es la que vale: no debí dejarte ir. Voy a perder el trabajo en casa de la señora Astraddle si se entera de esto. ¿Qué has hecho?

Ida se desnudó y se lavó en la ducha fría que había instalado Octave antes de irse al norte; salió y se puso unos vaqueros azules viejos y las zapatillas negras de deporte; cogió una bolsa de plástico de debajo del fregadero y empezó a doblar su ropa y meterla dentro.

—¿Pero qué haces?

—Irme de aquí. Me meto. Y no me van a parar, además. Me voy con el novio de Tamonette. Y no me toques los papeles y los libros. Volveré a recogerlos. Vamos a buscar más sentadas.

—Eres un ejemplo vivo de «Echa tu pan al agua, que mohoso lo sacarás».

—Me meto.

Un año después había salido. Convertía cada sentada en un tumulto; se defendía a gritos y a patadas, saltaba dando porrazos. Su idea de la resistencia pasiva era apoyarse en alguaciles blancos, pequeños y ruines, fingiendo un desmayo, y clavarles las uñas en la carne diciendo «¿Dónde estoy?».

—Tú no entiendes la resistencia pasiva —le dijo un jefe de grupo—. Estás haciendo daño a la causa. Tienes demasiada ira, hermana. Tenemos que canalizar la ira, porque si no nos come, nos destruye a nosotros también. Vete a casa y piensa en otra manera de ayudar a tus hermanos y hermanas.

Regresó a Bayou Féroce, embolsó los libros y papeles de debajo de las camas en dieciocho cajas y se mudó a Filadelfia; encontró un empleo en Foodaire, una compañía especializada en la preparación y envasado de comidas ligeras para las líneas aéreas, y allí estuvo tres decenios, yendo al sur en su cochecito los fines de semana, viajando por aquí y por allá, pegando la hebra con mujeres canosas y haciéndoles aquellas preguntas.

(Años después, en la cama de un hospital de Los Ángeles, recuperándose de una operación de vesícula y digiriendo la noticia de haber dado positivo en la prueba de la tuberculosis, leyó en el periódico: en

Jackson, estado de Mississippi, un hombre de color detenido por exceso de velocidad fue llevado a la cárcel y allí apaleado hasta la muerte, el forense dictaminó un infarto; en otra página, cuarenta hombres de color se habían ahorcado en cárceles de Mississippi en seis años; el señor Bill Simpson, expulsado de Vidor, estado de Texas, y obligado a volver a Beaumont, fue muerto a tiros en menos de una semana. Y así sucesivamente y así sucesivamente. El periódico resbaló hasta el suelo. No acababa nunca. ¿No habían hecho algo bueno allá en los sesenta? ¿No había muerto gente por conseguir el voto y las leyes de derechos civiles? Y desde entonces, ¿qué? Parecía que algunos habían conseguido dinero y poder, pero dejando atrás a los otros, encogidos como gambas en las sartenes humeantes de ciudades en las que aparecían cuerpos de niños en las compactadoras de basura, goteaba sangre del techo sobre el plato que uno estaba cenando, morían recién nacidos en fuego cruzado, y los nombres de las ciudades significaban algo hondamente malo, irreparable y perverso. El dinero circulaba en grandes olas pero ni siquiera la espuma tocaba la orilla negra. Todos aquellos cuadernos no salvarían a nadie de la sartén, todas aquellas historias de mujeres negras, las que sufrían invisibles en el fondo del saco. El piso de Ida estaba lleno de cuadernos, instantáneas amarillas, fotos de estudio, diarios escritos en bolsas de papel, hojas de curas de hierbas escritas con faltas de ortografía, ilustradas con hojas y flores y coloreadas con tintes extraídos de tallos y pétalos, una cuenta de aparcería escrita en una teja con un palo quemado, una carta impresa en un pedazo de delantal por una granjera de Kansas con la descripción de la muerte de su marido, un grueso manuscrito en hermosa letra cursiva cuyo papel eran carteles de circo recortados, *Mi llamada vida con el circo O. K. Minstrel*, recetas anotadas en astillas con un clavo mojado en tinta de hollín, las meditaciones nocturnas de una empleada que limpiaba oficinas del gobierno federal durante la segunda guerra mundial garabateadas en hojas rescatadas de las papeleras, versos de poetas anónimos, retazos de vida de miles de mujeres negras. Lo había costado con su mezquino sueldo: librerías de viejo, bazares parroquiales, baratillos caseros, cajas oscuras y polvorientas en chamarilerías, cubos de basura y contenedores, preguntando a toda persona que encontraba si tenía libros o cartas o lo que fuera sobre mujeres negras, cualquier mujer negra, cualquier mujer. Pensaba en Octave con su acordeón verde en Chicago: ¿seguiría vivo? Ella le había mandado una carta años



atrás, se la había enviado por conducto de Lamb, «*me encantaría oírte tocar un poco de zydeco en aquel viejo acordeón verde*». Jamás tuvo noticia. ¿No era eso lo perverso, que los hermanos y hermanas se perdieran entre sí? ¿No era aquello antiquísimo de las familias rotas como papelote, el hogar familiar abandonado y perdido para siempre?).

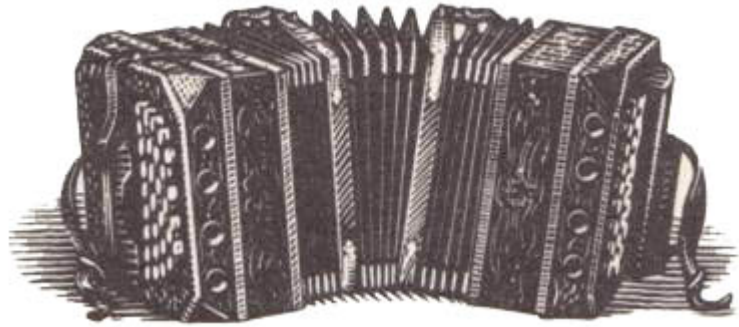
## Viejo Verde

Octave, en la obnubilación de una mala racha subsiguiente a un largo periodo de paro —jamás había conseguido el carnet sindical y allí había demasiada gente queriendo trabajar; él lo había intentado todo, había pasado por cincuenta empleos efímeros como escayolista, carpintero, instalador de moquetas, basurero, transportista de muebles, taxista, conductor de furgones fúnebres, repartidor de tienda de comestibles, pinche, reparador, persianero, instalador de televisores, para ser despedido o despedirse al cabo de una semana o diez o doce días, hasta llegar al punto en que ni para atrás ni para adelante; todo se ponía feo, y en cualquier caso ya no estaba en condiciones físicas para volver a trabajar en la construcción —, no logró descifrar lo que la carta decía. La volvió a encontrar semanas después debajo de una silla, y esa vez la leyó hasta el final. El Viejo Verde, mierda, el Viejo Verde empeñado hacía tanto tiempo. «Sí», dijo, «una pena, hermanita, pero el Viejo Verde cumple condena en la casa de empeños hace ya tres años, ¿me entiendes lo que te digo?». (También él estuvo unos cuantos años cumpliendo condena, y en chirona consiguió sacar el título de enseñanza media, pensó hacerse de los Musulmanes Negros y cambiar de nombre, iniciar una nueva vida, volver a empezar. Pensó en dinero y cómo conseguirlo. Al principio no parecía que hubiera otra cosa que la música y la delincuencia, éstas eran sus categorías laborales, lo que las circunstancias le marcaban. No volvería a pescar, y tampoco iba a abrirse camino con el zydeco ni el *jazz* ni el *rock* ni ninguna otra mierda musical.

Empezó a leer como un poseso, a leer hasta desojarse, no novelas de misterio y basura como los demás, sino el *Wall Street Journal* y revistas de finanzas, análisis de puesta en marcha de pequeñas empresas, y al cabo de un par de años de estudiar qué le hacía falta al mundo optó por los residuos.

Al salir de la cárcel en 1978, luego de que dieciséis bancos le negaran el crédito, asaltó un supermercado y con ese capital de inversión se volvió a Luisiana, compró ochenta acres e invitó a varias metrópolis a llevarle sus residuos sólidos por contrata. En 1990 era ya dueño de un vertedero modelo de quinientos acres, y eslabón principal en el camino de los residuos sólidos de Nueva York, que desde allí iban a los campos de Iowa, los dos Dakotas, Nebraska, Colorado, Texas y California. Localizó a Wilma, dos veces divorciada, le dio cierta cuerda, la calentó y la dejó. Jamás volvió a coger un acordeón, ni tan siquiera le gustaba oírlo. «La única salida para mí si me hubiera quedado allá arriba habría sido ser músico callejero, tocar en medio del frío, en el metro, con una latita de atún en la acera para recoger monedas de diez centavos y cuartos. A dar por culo». Pero tenía mucho cuidado y no conducía de noche).

**Venir a menos**



**BANDONEÓN**

## Tras los corrales

La señora de Józef Przybysz trabajó hasta los sesenta y seis años —«Ha venido de Roma, que el que no trabaje no coma»—, pero en 1950, el mismo año en que pilló a su nieto Joey fumando un cigarrillo de un paquete robado en una tienda y le rompió las narices con su huevo de zurcir de marfil de la vieja patria, se jubiló, y concentró su tiempo en la iglesia, la cocina, las reuniones sociales y contar historias de los duros tiempos que habían soportado.

—Trágica. Somos una familia trágica, trágica. Ya han muerto todos menos yo. Sí, hijo mío, no hay nada que dure siempre. Déjame que cambie el paño... oye, ¿no volverás a robar clavos de ataúd para firmártelos, verdad?

Dos decenios después, a los ochenta y seis años, sobrevivía a su hijo mayor, Hieronim. Era una mujer enorme, con la piel arrugada y llena de manchas como la funda de un sofá reventado, pero sus musculosos antebrazos y sus fuertes dedos insinuaban que era capaz de escalar una pared de roca viva sin tiza. Tenía el rostro carnoso, los ojos y la boca como hendiduras hechas en la masa con una uña, el pelo blanquiamarillo recogido en un moño suflé. Sus gafas bifocales montadas al aire eran extraordinariamente reflectivas, y centelleaban con la llama azul del quemador de gas.

Sobre sus vestidos de rayón, estampados con cuadros diagonales, flores, lunares, plumas y pájaros en vuelo sobre fondos oscuros, se ponía delantales ribeteados de azul o rosa Mamie Eisenhower, pero estaba tan coja y doblada que ya no podía buscar setas.

Durante años su hijo Hieronim y su nuera Dorothy (una verdadera furia de mujer), y sus dos hijos Rajmund y Joey, vivieron con ella en la casa diminuta de la avenida Karlov del barrio sur, un vecindario polaco al cien por cien; la casa que ella misma había adquirido con su sueldo de cigarrera

después de que su marido se largara, pues como ella decía varias veces al día, «la persona sin tierra es como un hombre sin piernas, que se arrastra sin llegar a ningún sitio». Al otro lado de la calle vivía la familia Chez de Pinsk; más tarde se cambiaron el apellido a Chess, y los dos chicos empezaron a trabajar en negocios, un basurero, bares y clubes nocturnos, y al fin grabando discos con cantantes negros que gemían el *blues*, y para 1960 el buen vecindario polaco también se había ennegrecido por todos lados. No podía culpar a los hermanos Chess, pero de algún modo en su pensamiento encajaba lo uno con lo otro: los negros, el *blues*, los hermanos Chess, la transformación del vecindario. Los polacos se marcharon de prisa cuando los negros empezaron a afluir después de la guerra y las tentativas de defender el barrio con llamas y piedras fracasaron.

Al principio Hieronim había sido un gran lanzador de piedras, e instaba también a Rajmund y Joey a tirarlas.

Les gritaba a los negros: «Largo, fuera de aquí, aquí no hay más que buena gente polaca y trabajadora, fuera, negro, nos echáis a perder las casas, largo, sangre de perra, antes echarán coño las palmeras que vosotros viváis aquí», como en otro tiempo los chiquillos le habían tirado piedras a él, diciéndole sucio polaco, húngaro lerdo, vuelve al sitio de donde viniste. Los irlandeses, los alemanes, los americanos.

Hieronim, con su carita ovalada y sus ojillos azules muy hundidos en sus cuencas cavernosas, boca repulgada como la de su padre pero brazos largos y hombros nervudos hechos para lanzar, iba con otros hombres a protestar a los enormes proyectos de viviendas cuando intentaban establecerlos: Fernwood Park Homes unos años después, el astuto gobierno metiendo negros en un vecindario blanco. Había una multitud ingente, miles de personas. Hieronim mantuvo los ojos abiertos después, atento a dónde construían otros, y de noche iba con los hombres a quitar materiales de construcción, no para vender sino para sabotear, para retardar las obras. (En una de sus expediciones se cayó por un pozo de escalera vacío y se lesionó la espalda. A partir de entonces cojeaba y se quejaba de dolores en el hígado). Llenó de gasolina botellas de Coca-Cola para Park Manor. Puso en marcha una asociación de vecinos para su bloque, pero fue inútil. Se encargó de que el Club Polaco tuviera timbre en la puerta, y en 1953 acudió noche tras noche a las Trumbull Park Homes cuando quisieron meter de

tapadillo a la familia negra de piel clara, hasta que renunciaron y se volvieron al suburbio sucio.

Pocos años después, a la puerta de su madre vino el agente inmobiliario diciendo: «Les conviene irse de aquí mientras aún están a tiempo, y puedan conseguir un buen precio por su casa. De aquí a muy poco no valdrá nada. Yo les puedo hacer una oferta ahora mismo». Pero ella no vendió, a pesar de que la nuera se quejaba constantemente de la inseguridad, Hieronim no tanto. El para entonces ya había renunciado, y veía en la tele *La pregunta de los 64.000 dólares*, vociferando respuestas equivocadas y sacando faltas a los acordeonistas de salón de baile con sus trajes de lentejuelas.

La casa de al lado en esa época era donde vivían Zbigniew y Janina Jaworski; ella recordaba el día en que llegaron, en 1941, trabajando los dos, «... él en la acerería, ella en la fábrica de munición. Ah, a las mujeres nos encantaba la guerra; la única vez que una mujer polaca pudo encontrar trabajo fue cuando hicieron la segunda guerra mundial». Antes de la guerra había treinta mujeres por cada puesto de trabajo y los capataces no las contrataban, vociferaban que las mujeres eran exigentes y conflictivas. Qué limpios iban los niños de los Jaworski, y qué impecable tenían el patio, con flores bonitas; ella iba a misa, eran buenos amigos, sí, a él le gustaba beber pero a qué hombre no, y muchas felices horas pasó ella con Janina, tomando café con aquel bizcocho tierno de jengibre. Ahora había que ver cómo estaba la casa, habitada por una lavandera negra que andaba con un suéter de pelotillas y pantalones mugrientos y las suelas de los zapatos despegadas, y media docena de niños harapientos que no paraban de hacer perrerías, volcar los cubos de basura, hurgar en los buzones, darse de mamporros, que iban dejando detrás una estela de chapas de botella, pedazos de papel, palos rotos, tapacubos abollados, latas aplastadas, y la casa en sí hecha una ruina y descascarillándose, con cartones alabeados en vez de cristales en las ventanas, cualquier cosa. Y por la noche los hombres que se colaban por la puerta suelta y daban voces y cantaban y reñían dentro, con un escándalo que llenaba la calle. ¿Quién sabía lo que a partir de ahí podía suceder? Pero a menudo, cuando su nuera estaba en el trabajo, ella llevaba a la mujer pasteles de repollo envueltos en papel de aluminio, y a sus niños harapientos les daba galletas y les regaló la esferita de hojalata del baúl del viejo Józef. Pocos años antes de quedarse así de coja, los días buenos se ataba el pañolón debajo de su barbilla, cogía la banasta y se iba al

parque Glowacka en busca de setas. «¡Qué cantidad!», susurraba para sí, con la cesta llena hasta arriba de gruesa carne, un peso que le doblegaba el hombro izquierdo. Programaba la ruta de regreso para pasar por delante de la frutería de descuento, por delante de los despliegues de manzanas McIntosh y Delicious sacadas a la acera, cestos llenos de setas comerciales de los sótanos químicos de Pennsylvania. Ella despreciaba aquellos sombreretes lisos de color *beige*, que no sabían a nada, todo venenos fumigados. ¡Que se los comieran los estúpidos americanos! Qué tiendas de alimentación más horrorosas, mascullaba pensando en la antigua charcutería tiempo atrás demolida, pensando en las enormes salchichas en bolsas de rayas, lonjas de tocino con la corteza marrón escuadrada como la tapa de un cuaderno, una tiesa y pálida pata colgada de una lazada de alambre alrededor de la pezuña, las costillas inclinadas sobre el corte rectangular como la vista de un barranco en una fotografía aérea, y las terribles cabezas de los cerdos, fruncido el ceño con la angustia del último descubrimiento, los ojos saltones o hundidos empañados y congestionados, las orejas en jirones, la tiesa jeta oblicua como soltando la última exhalación. Al llegar a casa vaciaba la cesta de setas sobre el blanco mantel, aquellas setas deliciosas que acariciaba como si fueran gatitos: siete kilos de faisanes, con abanicos rojizos moteados de un dedo de grueso y desprendiendo olor a sandía; sacos de colmenillas, con las superficies laberínticas que animaban la vista a dar vueltas y vueltas, la oquedad de dentro tachonada de pegotes relucientes como el techo de escayola de la iglesia; oleadas cremosas de gurumelos con una fragancia de follaje y nueces, para secar, rellenar, encurtir. Y todo eso por nada más que el esfuerzo de la emocionante búsqueda. Cómo le latía el corazón aquel verano que descubrió veintisiete grandes quitasolillos en un calvero. Pero ahora el parque estaba tan batido y pisoteado que parecía el polvo terroso de una aldea africana.

Ella en sus tiempos cocinaba con pasión y experiencia, era una artesana que no necesitaba ni cacillos de medir ni recetas, que lo llevaba todo en la cabeza. Tenía un huerto en su pequeñísimo patio, tomates atados a viejas muletas que sacaba del contenedor del hospital; se hacía sus buenas salchichas y chucrut, extra para su hijo casado, Hieronim, cuando todavía vivía, aún después de que se cambiara el apellido a Newcomer —los americanos le llamaban Harry Newcomer—, un tentempié de *pierozki* y el

potaje *zurek* con setas y patatas y avena fermentada y buen pan rancio, trabajando la masa hasta que se le dormían las manos, y una vez que un conocido de Hieronim fue a cazar a Michigan y se trajo un venado para repartir entre los amigos ella volvió a hacer *higos* (venado, pero no jamón de jabalí ni aquella carne oscura y dulce del búfalo de Lituania que pocos habían probado), llorando de alegría sobre la olla al cabo de tantos años, y para la cena del domingo *golqski*, los pastelillos de repollo en salsa agridulce, y siempre una o dos *babkas* redondas recién horneadas. Józef siempre había recitado cada vez que ella hacía *higos* de vaca americana, salchichas ahumadas y chucrut con verduras, y naturalmente con sus setas silvestres, él se llevaba la mano al pecho y declamaba: «Todo el aire se llena de la fragancia». Nada extraño que cuando sus hijos llegaban a casa comieran como limas y le dijeran que nadie guisaba como ella. Era verdad. ¿Y llevaba buenas cosas al Almuerzo del Día de las Monjas? Sí. Ella despreciaba los supermercados americanos llenos de paquetes rectangulares de colorines y latas pesadas, los terribles libros de cocina que compraba Dorothy, hechos por mujeres maquilladas con nombre americano, Betty Crocker, Mary Lee Taylor, Virginia Roberts, Anne Marshall, Mary Lynn Woods, Martha Logan, Jane Ashley, todas ellas protestantes relamidas que proponían sin vergüenza bizcochos gaseosos precocinados, insípidas hortalizas envasadas y carne enlatada llena de sal, la peor comida del mundo. Había que ver a la tonta de su nuera Dorothy, la mujer de Hieronim, esa furia que casi ni sabía santiguarse, había que verle abrir una lata de sopa, freír unos perritos calientes, comprar un bizcocho pasado de fecha y embadurnado por encima de una mala cobertura verde, patatas en caja de cartón, bebidas en polvo y bandejas de horrendas *crackers* y pastas para sándwich; Dorothy, que hacía el *borscht* con potitos, remolachas y zanahorias, y que una vez había servido a su suegra un vaso de leche con una araña gordísima pataleando dentro. Y sin embargo la muy ilusa se tenía por notable cocinera porque había participado en una cosa llamada La Gran Hornada Nacional Americana, y había ganado una batería de aluminio con su imitación del solomillo alto hecha con carne picada y copos de trigo, y una zanahoria tallada en forma de hueso. *Smaczne*.

Pero todo eso había acabado. Ahora la anciana se sentaba en el cuarto del fondo, ahora que su marido había desaparecido hacía mucho tiempo, que su hijo estaba muerto, que su nuera mandaba en la cocina y que sus



nietos Rajmund y Joey eran hombres crecidos, Joey casado con Sonia, padres a su vez de sus dos bisnietos, Florry y Artie. Dorothy fruncía a menudo su duro rostro quejándose de que Joey y Sonia no iban nunca de visita. Decía que no querían ir por todos aquellos sucios negros que las rodeaban; no se imaginaba que era por su horrible manera de guisar.

Sí; Dorothy, con sus ojos azules en forma de llama centelleante, les invitaba todas las semanas, decía venid el domingo, venid el sábado, venid el viernes, cualquier día, os hago una cena rica (hacía también, además del *borscht* de potitos y el solomillo falso, una cosa en forma de pescado con queso fresco, bonito de lata y gelatina, y de ojo una aceituna negra), os traéis a los chicos, venid y veis la televisión; pero no iban nunca, y ahora que también ellos tenían televisión, una Philco portátil por la que pagaban más de tres dólares por semana, las invitaciones de Dorothy hacían el mismo efecto que tirar guisantes a la pared, salvo el día de Nochebuena, que iban por la *Opiatek Wigilijny* y la cena que la vieja dirigía, aunque ya era muy poco lo que ella misma podía hacer del trabajo; pero el último año se negaron a ir a la misa del gallo, y la vieja se dio cuenta de que no habían ayunado porque la niña se dejó cantidad de comida en el plato y gimoteó pidiendo *pizza*, revolviendo por debajo del mantel y exigiendo abrir los regalos, y ni Sonia ni Joey le dijeron ni pío. La niña tenía el mismo pelo rubio ceniciento y los mismos pómulos anchos y naricilla respingona de Dorothy. Al niño no se le podía culpar, era muy pequeño y en cualquier caso era un chico, pero la niña necesitaba educación. Ya tenía edad para asistir a la clase de baile y aprender las danzas antiguas. Ya tenía edad de coger una escobita y un cogedor.

## **Enterrada viva**

Cuando Joey era pequeño, la anciana señora de Józef Przybysz le contaba historias horripilantes de los tiempos de antaño. El otro niño, Rajmund, no quería escuchar; se tapaba los oídos con las manos y se escapaba a la calle a jugar. Sí, sí, decía, ella estaba presente —era una niña entonces— en aquella terrible misa cuando, en mitad de la celebración, Maria Reks, que servía al sacerdote irlandés, entró tambaleándose por la puerta, cubierta de

barro y sangre y grandes arañazos rojos, terrones cayéndole del vestido desgarrado a la alfombra color vino. El padre Delahanty se estremeció boquiabierto, dio media vuelta y se fugó por la trasera de la iglesia. Maria se tambaleó hacia el altar, perdió el equilibrio y se derrumbó, pero mientras Ludwik Simac y Emil Pliska la sostenían y las mujeres sollozaban, les contó una historia de horror con voz de acto final, con los fieles subidos de pie a los asientos de los bancos para ver mejor. Dijo que hacía tres años que el padre Delahanty, aquel miserable irlandés que la iglesia les había hecho tragar, la obligaba a acostarse con él; y que cuando, la noche anterior, ella le dijo que estaba embarazada de su hijo bastardo, él intentó matarla con un cuchillo de cocina, y creyendo haberlo logrado la enterró en una sepultura poco profunda detrás de su huerta, más allá de las cebollas de Egipto que tenían aquellas cabezas gordas como de ajos, pero ella volvió en sí, medio asfixiada, y arañando la tierra consiguió salir y allí estaba para acusar. ¡El escándalo que se armó! Los hombres clamaban sangre y castrar al embustero cura irlandés. Y en menos de una semana se les puso el pelo blanco a todos los fieles presentes, de modo que cuando al domingo siguiente volvieron a reunirse era como un asilo de ancianos. La pobre chica, aunque la bañaron y la limpiaron y la mimaron, dio a luz un niño deforme con la cabeza en forma de zanahoria, y luego se murió de gripe cuando el niño tenía un mes. En el velatorio se tocó el acordeón, pero hubo quien dijo que no se debía, porque por culpa del acordeón había sido seducida, ya que el padre Delahanty tocaba muy bien *gigas* y *reels*.

Al padre Delahanty, mal rayo le partiera, no se le encontró nunca, y esa suerte que tuvo. Se desvaneció cual humo. A lo mejor se haría cocinero o bibliotecario en algún lugar lejano, porque tenía afición lo mismo a la cocina que a los libros. Más probable sería que se hiciera vendedor de corsetería, para así poderles manosear el pecho a las mujeres. Eso fue en la época en que los polacos americanos se rebelaron contra los sacerdotes irlandeses y se separaron con su propio catolicismo polaco. Si estaba escrito que a las chicas las desgraciaran sacerdotes, por lo menos que fueran sacerdotes polacos. Eso, mirándolo por el lado claro, decía. Hoy, y por el lado oscuro, no eran sólo las chicas.

—Y ahora qué es lo que tienen de presidente, no más que un irlandés. Y un artista pintor que piensa que las latas de sopa son un bonito tema.

Miraba a los ojos al niño y le decía que para un pintor el tema de verdad era el caballo.

## **Hieronim Przybysz, también llamado Harry Newcomer**

Antes de largarse, el viejo Józef Przybysz llevó una vez a su hijo Hieronim a un partido de béisbol. Hacía un día sofocante, y unos hombres con gorros de papel subían y bajaban por el graderío arrastrando cubos llenos de hielo y entrechocando botellines de cerveza, voceando: «Fresca, fresquita, cerveza fresca, fresquita». A Hieronim se le permitió beber la amarga cerveza espumante del botellín de su padre, pero no pudo entender la pasión de los hombres por aquel brebaje, y enseguida sintió ganas de orinar.

—Papá —dijo, pero su padre estaba hablando de cigarros con un hombre de cara rubicunda. Hieronim esperó lloriqueando un poco, susurrando «Papá» de vez en cuando, y le dolía la vejiga, y el contenido de su cabeza daba vueltas como el jabón disuelto en una palangana. Por fin su padre se volvió hacia él, con un enorme puro amarillo recién encendido entre los dientes, y dijo: «¡Qué!».

—Que tengo que ir a hacer pis.

—Por todos los santos de la corte celestial, ¿voy a tener que llevarte un kilómetro? Ten, usa esto —y le pasó la botella, que todavía tenía dentro dos dedos de cerveza—. Tendrás que mear ahí, venga, aquí todos somos hombres y a nadie le importa.

Muerto de vergüenza lo intentó, pero su rígida vejiga no se aflojaba, y al fin desistió y se abotonó los vaqueros. Tan pronto como la carne desnuda quedó oculta en la oscura tibieza de los vaqueros, la traicionera vejiga se relajó y el día se fue a pique. El sopapo en la oreja, los vaqueros empapados, el chasquido del bate contra la pelota y el gran grito de la multitud, todos aquellos hombres alrededor saltando en pie y echados en tensión hacia adelante gritando Dale, dale, dale fuerte, el olor del puro amarillo, todo se combinó mortíferamente para hacerle preferir la pesca al partido de béisbol como placer decente. Llegó a la edad adulta, se casó con Dorothy, trabajó y murió sin volver a ver otro partido jamás, aunque sí fumaba puros con moderado gusto.

Después de la segunda guerra mundial, Hieronim pensaba en el domingo como un día creado para él, el día en que podía disfrutar después de la semana en la acerería. Su placer tenía dos partes, y a veces tres.

Bien temprano, antes de que amaneciera del todo, salía al patio con el aparato eléctrico de cazar lombrices, arrastraba el alargador desde el enchufe del tostador de pan y lo pasaba por la ventana. Sacaba las lombrices de la tierra con descargas eléctricas, «¡RESULTADOS ASOMBROSOS!». Las iba echando en una lata de café herrumbrosa con un poco de barro, sacaba su caña Zirco y se iba en el coche a uno de los tres puentes que cruzaban en la vecindad el perezoso río. Tenía la línea colgando en el agua durante horas, con la caña apoyada en la barandilla y la lombriz allá abajo entre los neumáticos cubiertos de cieno. Fumaba cigarrillos y charlaba con otros de la barandilla, hombres que le llamaban Harry —a la mayoría les conocía desde la escuela, eran los mismos que veía en el trabajo y en el Club Polaco—, miraba pasar a las chicas en bici, las *podlotki*, los patitos silvestres, con el runrún de los coches y los camiones como música de fondo relajante.

Muy de tarde en tarde alguien pescaba un pececillo gris con nódulos negros en sus aletas enfermas. El que lo pescaba lo sostenía en alto para que lo vieran los otros, aceptaba sus burlas y sus chistes, y luego lo volvía a echar al agua, donde se iba por debajo del puente flotando con un ligero estremecimiento, o lo tiraba a la calzada y el siguiente coche lo aplastaba.

—Vaya manera —dijo a Vie Lemaski que estaba a su lado—, vaya manera de morir un pez, ¿eh? ¡Atropellado por un coche! Eso sí que es para que se lo contara a los otros. ¡Si pudiera! «Mirad bien antes de cruzar la calle». Vie, que era un poco soso y tarugo, contestó:

—Donde fueres, haz lo que vieres.

—¿Y eso cómo lo aplicas a un pez atropellado?

Vie se encogió de hombros y echó mano a su cerveza, al fondo de la caja de aparejos.

Alrededor de las tres, medio borracho, Hieronim recogía la línea, tiraba al río los gusanos sobrantes y veía desaparecer sus formas de cinta entre las fantasmales bolsas de plástico y los palos rotos que flotaban en la corriente.

Llegaba entonces su segundo placer, el Club Polaco, donde bebía y comía y fumaba y leía y hablaba y veía la televisión hasta las diez, llora en

que se iba a su casa con paso inseguro, a dormir hasta que a las cuatro sonara el despertador.

El Club Polaco era sólo para hombres —su miserable padre, el viejo Józef Przybysz (vaya apellido absurdo, de la vieja patria), había sido uno de los fundadores—, y tenía un salón con periódicos colgados de la percha, *Naród Polski*, *Dziennik Chicagoski*, *Dziennik Zwiqzkowy*, *Dziennik Zjednoczenia*, el *Zagoda*, otros en cinco o seis idiomas, la *biblioteka* con paredes forradas de madera y libros polacos (nada publicado desde 1922), una xilografía de Adam Bunsch, y un cuadro al óleo de 1920 que representaba la devastación de una aldea polaca por soldados rusos a caballo que bebían a morro y fumaban, mientras unos gansos corrían despavoridos y el suelo quedaba sembrado de polacos muertos a manera de piedras; en el sótano del club, el café tenía sus mesas de mármol veteadas y sus sillas de madera curvada (aunque ahora la cerveza no se servía en vasos de verdad, sino en las nuevas latas de aluminio que al estrujarlas daban un chasquido tan fuerte y tan irresistible), las paredes cubiertas de carteles amarilleados de acontecimientos polacos pretéritos, cantantes, exposiciones de arte, recitales, diversiones y ceremonias de condecoración en memoria de héroes polacos muertos, una misteriosa cabeza de coco con ojos de concha muy abiertos y expresión feroz, y en el pasillo de entrada un inmenso tablón de anuncios con avisos del momento sobre un sinfín de menudencias: una venta de tripa de importación para embutidos, un aviso sobre el embargo de cigarrillos de Cuba, la venta de dos entradas para el próximo combate Sonny Liston-Floyd Patterson.

Los hombres que crearon el club allá en los años treinta, socialistas muchos de ellos, eran gente de cierta educación en la vieja patria, que en América se vieron obligados a trabajar de carniceros y obreros en la industria pesada, pintores y basureros. Un irónico comentario sobre la ambición humana. Hieronim había oído la historia una y otra vez, contada por su madre, de cómo su padre desembarcó en Castle Garden y al mes estaba en Chicago trabajando en la planta envasadora de carne Armour, viviendo de realquilado con una familia polaca en Armour's Patch, él, que era farmacéutico de carrera, pero como ni leía inglés ni hablaba americano los inspectores de inmigración lo registraron como analfabeto. De esa manera Hieronim aprendió que ser extranjero, ser polaco, no ser americano,

era una cosa terrible, y que lo único que podía hacerse al respecto era cambiar de apellido y hablar de béisbol.

## Los viejos tiempos

El hijo pequeño de Hieronim, Joey, pedía a su abuela que le contara las estremecedoras historias del abuelo Józef, cuyo nombre portaba.

—¿Él? Su familia era una familia acomodada en Polonia, pero él se peleó con sus padres, con su padre, por no sé qué; no sé qué fue porque nunca hablaba de ello. Algo muy malo, de eso estoy segura. Así que se marchó furioso y con los bolsillos vacíos a América, pensando hacer una gran fortuna. Era farmacéutico, boticario de los que preparaban las medicinas para los enfermos, aunque quería ser fotógrafo. Bebía para apagar su ambición insaciable. Una vez me contó que la familia de su madre estaba emparentada con la de Kasimierz Pulaski, uno de los más grandes guerreros que ha engendrado la humanidad, que luchó como un león en la Revolución americana. Y también Tadeusz Kosciuszko luchó por la libertad americana. Y la Revolución la pagó un polaco, sí, un judío polaco millonario. Eso no os lo enseñan en la escuela, pero sin los polacos América no existiría. Pero para los americanos todos los polacos son campesinos, campesinos que bailan. —También, dijo, alguien de la familia había cruzado el Vístula a lomos de un caballo pinto en el ejército del general Czarniecki, en pleno invierno, y se congeló hasta las rodillas—. Y ahora son quienes lo hacen todo, ¿acaso no son los músculos de este país?

—¿Qué más? —decía el niño—. Cuéntame lo de comer los perros asados.

—¡Llamaron a tu abuelo analfabeto! Él, que había leído un millar de libros, que podía recitar durante una hora el *Pan Tadeusz* de memoria, que sabía tocar tres instrumentos, un farmacéutico que escribía poesías, un hombre que cada mañana al levantarse daba gracias a Dios por el día, salvo que hubiera bebido la noche anterior, y no hubo manera de hacerles entender que él no era campesino. No es fácil seguir siendo el que eres, conservar tu dignidad y tu sitio, en un país extranjero. Él no sabía hablar americano, y más tarde tuvo demasiado orgullo para aprenderlo. Y así fue

como se encontró con su primer empleo en los corrales de ganado de Chicago, a diecisiete centavos la hora, lo que llamaban «trabajo de *hunkies*», de húngaros. ¡Cómo lo odiaba! ¡Cómo odiaba a los otros polacos, campesinos estúpidos los llamaba, los de Galitzia y Lituania y los de Rusia, tarugos!, pero también lo sentía por ellos, porque eran tan ignorantes y tan ingenuos que siempre estaban metidos en líos, gente apocada a la que le endosaban los delitos de otros porque no entendían ni las costumbres ni la lengua americana. Ni siquiera el polaco lo hablaban bien, nada, ni el ruso ni el alemán. Los infelices no tenían ni país ni lengua propios. Los americanos a todo el mundo le llamaban *hunky*: lituanos, magiares, eslovacos, rutenos, rusos, polacos, eslovenos, croatas, herzegovinos, bosnios, dálmatas, montenegrinos, serbios, búlgaros, moravos, bohemios, daba igual, allí todos eran *hunkies*. Los americanos decían que los *hunkies* asaban a los perros y se los comían, que las mujeres tenían diez maridos, que los niños criaban piojos, que los hombres eran borrachos y todos eran sucios, tan lerdos que no eran capaces de aprender el abecé, tan burros que no sentían dolor ni cansancio, tan bestias que no se enfermaban.

»No te puedes creer las penalidades que en aquellos tiempos pasaban los polacos; a veces trabajar toda la semana para que luego te desvalijaran camino de tu casa. Los alemanes nos escupían, “escoria polaca”. Yo entonces no conocía a tu abuelo, pero él hablaba amargamente de esos años, y sobre todo de la puerca patrona de la pensión, que se acostaba con los huéspedes para sacar más dinero. Te digo que los polacos vivían como ratas cuando vinieron a América, a Chicago. Y en todas partes había ratas de verdad, que comían las piltrafas podridas. Por las noches, en los almacenes de carne, las ratas comían y comían casi hasta reventar. Por la mañana temprano, tu padre, cuando iba andando al trabajo, las veía tan atiborradas que volvían a sus guaridas de trapos y papeles rotos arrastrando la tripa por el suelo. Una vez encontraron uno de esos nidos y había billetes de banco hechos pedacitos. Y los peores empleos. A un chico joven, un muchacho que acababa de desembarcar, sano y fuerte, deseando hacer fortuna en América, le mandaron como primer empleo a apalear plomo en polvo, y se fue poniendo cada vez más enfermo, hasta que se consumió y se murió tosiendo y echando sangre.

»En aquella pensión las ventanas estaban cerradas con clavos, porque al lado había otra casa terrible. Había una sala grande y el casero la dividió en

dos, puso un segundo piso con una escalera y una trampilla de modo que era como una tarta de dos pisos, cada uno solo un metro veinte de alto. Los huéspedes tenían que meterse en la cama a gatas, no podían ponerse derechos. Y aun esas camas servían para tres hombres, porque con cada turno uno salía y otro venía a derrumbarse sobre el mismo colchón, caliente todavía.

»Hasta que al final ya no pudo seguir aguantando la sangre y el hedor, y se fue de Armour y entró en la tabaquería. Tampoco todo era terrible. A veces pasaban cosas graciosas. Un día se escapó una vaca y estuvo corriendo por las calles, y todo el mundo la perseguía dando voces. Y hubo una vez un pobre hombre que volvía a su casa tan cansado de trabajar, que salió a la letrina, que era lo único que tenían en aquellos tiempos, y estando dentro se durmió; las ladeaban para vaciarlas, tenían una bisagra por delante; de modo que cuando vinieron los que limpiaban la letrina, pues la vaciaron con el hombre dentro.

»A mi familia no le tenía simpatía, no le gustaban. Por el sitio de donde eran. Vinieron aquí de las montañas de Polonia, del Tatra. *Córale* los llamaba, montañeses palurdos. Les despreciaba. Si mi hermana o mi madre entraban en nuestra casa estando él, se marchaba, se marchaba sin decir palabra, solamente poniendo una cara como de haber probado algo que supiera mal.

»¿Que por qué dejó el trabajo en la fábrica de carne? Porque lo aborrecía. Era indigno de él. Era un trabajo repugnante. Desde el primer día de trabajar allí se hizo vegetariano, y se alimentaba de repollo, patatas y cebollas. Para él la carne tenía un aspecto brutal, como si la hubieran arrancado de un infeliz animal puesto de rodillas. El *borscht* le encantaba, y lo hacía como es debido, no eso que hace tu madre, que es una porquería. Los pepinos le encantaban. Odiaba el mal olor de los corrales. Era un hombre muy limpio. Tenía dos lujos, la casa de baños y el Club Polaco que ayudó a organizar después de que Paderewski viniera a Chicago y tocara a Chopin en 1932, en el teatro de la ópera, en esa época los polacos eran muy aficionados a la música clásica; era uno de los músicos más grandes que ha producido la humanidad, y sabes que cuando salió al escenario, decía tu abuelo (porque él asistió al concierto con sus amigos del Club Polaco), salió con un porte muy viril, y el público entero se puso en pie para homenajearle, y siguió en pie las tres horas del concierto y dos horas más de



bises. Les dolían las piernas horriblemente, pero estaban en el quinto cielo. Imagínate. Hubo miles de personas que quisieron sacar entrada y no pudieron. En aquel viaje a América Paderewski ganó 248.000 dólares.

»Tu abuelo decía que los americanos eran sucios, que él no podía vivir como ellos, y por eso cada día, al volver a casa, hacía una parada en los baños. Costaban cinco centavos. “Es mi placer”, decía. Pero no era verdad. Su placer era la bebida. De la noche del viernes a la noche del sábado estaba borracho. Al principio se ponía muy alegre y risueño, y era entonces cuando tocaba el acordeón: aires españoles, luego *ragtime* americano, luego polcas y *obereks*. Después se quedaba mustio y deprimido, y entonces tocaba el violín. Y cuando estaba muy borracho era terrible, se llenaba por dentro de una ira oscura y callada como el agua que hierve en una pava. Entonces todo el mundo tenía que huirle, porque era despiadado. De todos modos, tallaba juguetitos de madera para sus hijos, para tu padre hizo un acordeoncito de madera...; sí, tu papá es hijo mío. Aquel instrumento era tan pequeño que cabía encima de una moneda, y Hieronim se pasaba las horas haciendo como que lo tocaba, lo apretaba con los dedos y tarareaba *zim zim*. No, hijo mío, no sé qué fue de él.

»¿De la pobrecita Zofia? ¿Otra vez esa historia triste? Bueno, pues los primeros años fueron crueles. Yo tenía dos niños pequeños, tu padre y tu tía Wanda, y estaba esperando el tercero, la pobrecita Zofia, pobrecita mía. Justo cuando estaba aprendiendo a andar se cayó a lo que llamaban el Arroyo de las Burbujas, que era una corriente terrible, no de fuerte sino de mala, que hacía como bocaditos de crema en el agua venenosa. La sacaron, pero le había entrado en los pulmones y se murió de pulmonía.

»Después de que tu abuelo dejara Armour, empezó a liar cigarros, y era muy lento y ganaba muy poco, pero luego fue aprendiendo y tomó velocidad y realmente empezó a hacer dinero. Tenía un amigo cubano, un viejo de aquella tienda, que era como un esqueleto, con las piernas todas torcidas —en las tabaquerías trabajaban muchos tullidos—, y le enseñó a utilizar la navaja cubana en vez de cuchillo. Coges la hoja de capillo y la alisas sobre la tabla haciendo así, y entonces coges las hojas de tripa, que pueden ser de dos o tres clases de tabaco, suave, fuerte, y las apelmazas en la mano hasta darle la consistencia que tiene que tener, ni muy apretado ni muy suelto, y si lo que haces es clase abierta todas las puntas de las hojas de dentro tienen que quedar del extremo que se enciende. Esa parte es la más

difícil, porque no hay que retorcer las hojas ni que queden excesivamente apelmazadas ni excesivamente sueltas. Porque entonces no tira bien. Entonces rompes las hojas de tripa, ¡chas!, al largo del cigarro, y colocas el haz a un lado de la hoja de capillo y lo envuelves. Y ahí viene lo difícil, porque la hoja de capillo es finísima, y hay que empezar a envolver por el extremo, liando en espiral de manera que se solape un poquito, y al llegar a la punta tienes que poner un poquito de goma en una perilla y alisarla sobre la punta, tiene que quedar perfecta. No, la perilla no es eso, es un trocho de hoja. Y a continuación haces otro. Entre los que liaban ‘claros’ había artistas, verdaderos artistas, pero eso no lo supe hasta que yo misma empecé a liar cigarros. Los ‘claros’ tenían que pasar por un calibre. Pero al principio, cuando tu abuelo se metió en esa ocupación, era duro. No podíamos vivir con lo que sacaba. Y encima tenía que vestir bien, porque los cigarreros llevaban traje fino. Conque además tuvimos que tomar huéspedes, dos huéspedes, cama, comida y lavarles la ropa, y yo les cobraba tres dólares a la semana. No, no me acostaba con ellos. ¡Qué idea! Nunca duraban mucho tiempo. Él les encontraba faltas ya desde el primer día, y no hacía más que sacarles las faltas y exagerarlas: que si huele a ajo, que si tiene los pies grandes, que si le falta un tornillo, que si tiene cara de idiota; siempre sabía sacar faltas, criticar. Y se iban, muchas veces dejándonos a deber el alquiler y siempre odiándonos. En aquella época él tocaba el acordeón en el Club Polaco los miércoles por la noche, hacían una especie de conciertos: había un cuarteto de cuerda, un pianista, y tu abuelo que sabía unos aires españoles muy bonitos; todo por la cultura, ya ves, pero luego lo dejó y empezó a tocar, no polcas al principio, sino música americana, como “Alexander’s Ragtime Band”, en los bares, por dinero. Y tendrías que haberle oído cómo presumía. “Ah, si a mí me hubieran dicho que lo que antes hacía por puro entretenimiento lo iba a hacer un día en serio para ganar dinero; ¿quién lo habría podido imaginar?”». Pero él disfrutaba tocando el instrumento, no tanto por el sonido que hacía, no por afición a la música, no como tú, hijo mío, sino porque cuando tocaba era el amo de la situación, era el jefe. Decía: “Yo trabajo toda la semana, y el capataz me dice ‘Haz esto, haz lo otro, espabila’, me llama *hunky* idiota, me llama polaco estúpido, y me aguanto porque tengo seis bocas que alimentar. Me dan ganas de sacarle las tripas con un garfio de hierro pero hago el trabajo. Sin rechistar, porque si no me gusta hay otros cien esperando para

ocupar mi puesto. Pero cojo el acordeón, y si está ahí el capataz, a lo mejor con los otros jefes asquerosos y su mujer repulsiva, se levanta y baila al son que yo toco, y yo acelero por verle sudar y dar vueltas”. Eso decía el muy pícaro. Siempre tocaba por dinero y a petición, nunca por gusto en la cocina o por distraer a los vecinos a la puerta de casa. Porque eso se hacía, sabes, antiguamente, la gente hacía música en grupo sólo por pasarlo bien, no por dinero, pero siempre había una familia que era gente de talento y tocaban todos los instrumentos. Los domingos hacíamos una merienda en el parque Glowacka, empezábamos al mediodía, y podías comprar un perrito caliente o buenas cosas polacas; yo vendía *pierozki* en aquellas meriendas y sacaba un dinerillo. Siempre había alguna banda de polca: ya sabes, dos violines, el bajo y el clarinete, nada de acordeón, se pasaban la tarde tocando y bailábamos. Sin partitura ni nada, tocaban de memoria, eran unos genios. Sabes, los que bailaban cantaban un trozo de una canción, o no lo cantaban siquiera, lo tarareaban a voces, y los músicos tenían que cogerla, conocerla y contestar tocándola en el mismo tono. Eran buenísimos. Bueno, pues tu abuelo al cabo de un tiempo vio que empezaba a haber dinero para las bandas de polca, y toda clase de sitios que querían bandas de polca: Hogares Polacos, el Club Polaco, no la velada cultural sino el baile de los sábados por la noche, salas de baile pequeñas que había por todos sitios, los centros sindicales, bares, los restaurantes Polka Dot, la Liga Polaca de Veteranos de Guerra, muchos restaurantes, la Sala Polonia; se bailaba mucho la polca, y había mucha diversión, y bodas, bodas, bodas, todo el mundo se casaba y había que tocar la polca. Conque tu abuelo decidió, esto era en 1926, decidió formar una banda de polca. Conque reunió a unos cuantos, un violín, el segundo violín no hacía falta porque para eso estaba el acordeón, un clarinete, la batería, y él que era muy bueno. Se pusieron un nombre americano, los Polkalookas. Lo de la batería estaba bien, porque les hacía mover los pies, ¿te das cuenta? Era muy listo tu abuelo. Tomaba dos actuaciones para la misma noche, contrataba algunos músicos de más y ponía las dos bandas en sitios diferentes, y luego él iba del uno al otro y recogía el dinero de los dos. Aquella música no era tan anticuada como las polcas del parque; no, era un poco más rápida y más fuerte por el acordeón y la batería. Y a él se le ocurrió la idea de la Baby Polka Band, que fue coger a tu padre, Hieronim, cuando no tenía más que seis años, y a otros cinco o seis chiquillos, y ponerles a todos a tocar polcas de niños, cada uno

con su instrumento. Un peine con un papel, un triángulo, tenían una niña que cantaba, una monada. Eso a la gente le gustaba mucho. Pero él no estaba feliz, y todo el dinero que sacaba de la banda se le iba en beber. Al cabo de un tiempo lo dejó, así porque sí, pero tu padre, Hieronim, siguió adelante, tocando con otras bandas, con quien se lo pidiera, aunque era joven, y hasta el último centavo que ganaba me lo traía a mí.

## **Pesadillas del abuelo**

—¡Pesadillas del abuelo! Santa María, las pesadillas de tu abuelo eran terribles; daba unos gritos que despertaba a todo el mundo. Y la última vez que te las conté, qué pasó, que te despertaste por la noche gritando. Así que más vale que no te las cuente. Bueno, bien está. Acuérdate de que tú lo has pedido. Decía: «Hoy he soñado con una cabeza cortada, que tenía una guirnalda de hierbas y raíces podridas. La boca estaba desgarrada, los párpados arrancados, pero los ojos se movían y miraban. La cara era la de mi madre». O contaba de una cabeza con la parte de arriba aserrada de manera que uno podía asomarse dentro, y allí veía la antigua farmacia de su padre en Polonia, y detrás del mostrador a un chico joven, y en el momento en que el chico joven levantaba los ojos para mirar a tu abuelo, como si notase que alguien le estaba mirando, entonces se despertaba. O contaba que comía en sueños una sopa horrible de sapos vivos y serpientes blancas, y él iba aplastándolos con la cuchara pero sentía que revivían y se le revolvían en la boca. Contaba un sueño en el que recibía una caja de madera desde Polonia, y al levantar la tapa se encontraba con que dentro venía su hermana menor toda recubierta de un pelo rojo espeso, con los brazos y las piernas rotos para que entrara en la caja, que era más pequeña, pero viva y mirándole. En sus sueños salían caballos con cara de cerdo, pedazos de papel que se convertían en cuchillos ensangrentados, acordeones que se desintegraban cuando él los estaba tocando, saltaban los botones por el aire y el fuelle se rasgaba dando un bufido, y las bisagras se derretían. Luego empezó a interesarse por aquellas pesadillas y ya no sólo no le daban miedo, sino que las esperaba con ilusión, y entraba en sus propias pesadillas con una cámara de sueños, fotografiando aquellos sucesos extraños.

»Con la tabaquería entró también en otro mundo de olores fuertes. El olor a tabaco era tan fuerte que el primer día tuvo que salir a la calle a vomitar. En el aire hay polvo de tabaco. Las ventanas están cerradas permanentemente. Dentro hay humedad porque no se puede dejar que el tabaco se seque. Si llegara alguien que no lo supiera y abriese una ventana, todos los trabajadores saldrían y amenazarían con marcharse. Pero las ventanas estaban todas atornilladas, así que eso no podía ocurrir. Él era bueno en el trabajo, tenía los dedos ágiles de tocar el acordeón y tenía buena vista, tenía sensibilidad en la punta de los dedos. En pocos años estaba ganando más dinero que nadie de la vecindad liando aquellos cigarros claros. Encontramos esta casa y empezamos a pagarla a plazos. Pero él no estaba a gusto. Iba pavoneándose, vestido muy elegante, trabajaba cuando le parecía y se fumaba sus tres cigarros gratis y seguía bebiendo. En nuestra casita no quería estar. Tenía un gusano que le roía el cerebro.

»Dejó de trabajar en la American Cigar Company y se pasó a la United Tobacco. Empezó a hacer lo que hacían muchos de los mejores cigarreros: viajar por el país yendo a distintas ciudades, y cuando encontraba una que le gustaba y había una tabaquería —y en aquella época no había ciudad en América que no tuviera por lo menos una o dos—, le demostraba al jefe lo que sabía hacer, estaba allí seis o siete meses o semanas, y luego se iba a otro sitio. Eran centenares, aquellos cigarreros, italianos, alemanes, polacos; iban en todos los trenes, de allá para acá y de acá para allá, en busca de la América de oro que se habían imaginado, que creían que existía en alguna parte.

»Enviaba dinero a casa, al principio con regularidad, pero luego ya nada. Y pasaron meses. Yo estaba desquiciada. Pensaba, ese perro de hombre, ese *psiakrew*, que se muera sólo entre extraños. Yo tenía un poco de dinero apartado, y todo se fue en comida y en los plazos de la casa. Tenía cinco hijos. Tuve que tomar uno o dos huéspedes. El mejor fue el tío Juljusz. ¡Qué bondadoso era aquel hombre! Le habían puesto así por su antepasado Juljusz Olszewicz, que se hizo francés con el nombre de Jules Verne. Él me ayudó a escribirle una súplica a tu abuelo, yo creo que había debido heredar algo del don de escribir, un anuncio que mandé al periódico; tenían un periódico que leían todos los fabricantes de cigarros. Nunca se me olvidará. Era como para hacer llorar a los ángeles. Decía: “Los hijos del

cigarrero Józef Przybysz necesitan saber el paradero de su padre porque se encuentran en necesidad”. Un año estuvo saliendo el anuncio, y jamás tuvimos respuesta. Yo no volví a saber de él nunca más. ¿Y qué fue lo que dejó a sus hijos, qué fue lo que encontramos al abrir su sagrado baúl, el que se había traído desde Cracovia y donde no dejaba que nadie se asomase? Una herramienta de metal que no entendía nadie, una maqueta de un rompehielos, una esferita de lata con una gota de pintura roja en el sitio donde podía estar Chicago, dos discos de cera, *Zielony Mosteczek* y *Pod Krakowent Czama Rola*. ¿Que qué querían decir? ¡Nada! ¡Ah!, ¿las canciones? Pues en americano sería “El puente verde” y “La tierra negra de Cracovia”. Eran canciones de la patria vieja, canciones antiguas tristes, no sé por qué las tenía. No era su tipo de música. Él prefería la música clásica o las indecencias humorísticas, ya sabes: “*Żyd się śmiał, w portki srał, żyd się śmiał, w portki srał*”: “el judío se echó a reír, se ensució en los pantalones”, esas porquerías eran lo que le gustaba.

»Fue el bueno del tío Juljusz quien me convenció de que yo también podía liar cigarros. Me contó que estaban contratando a muchas mujeres en las fábricas de tabaco. Al principio hice sólo trabajo sucio, despalillar. Sabes que hay que quitar la vena central de la hoja. Luego una mujer me enseñó a liar los puros. El trabajo era sobre todo hacer cigarros baratos, porque los claros, lo bien pagado, entonces y siempre sólo lo hacen hombres, pero yo pude ganar lo suficiente, como había dicho el tío Juljusz, para sostener a mis hijos. Mi niña mayor, Bubyta, tu tía Bubyta, tenía doce años, y ya era mayor para cuidar de los otros.

»Y así fue. Yo trabajé para American Cigar. Al principio me pusieron a despalillar, pero yo andaba siempre detrás de una de las mujeres que llevaban allí mucho tiempo para que me enseñara; claro que yo ya sabía algo de oírle *a él*, la cosa delicada de clasificar el tabaco, y aprendí muy deprisa. Para los baratos usábamos moldes. Tu abuelo jamás tocó un molde, él era un aristócrata del puro. Tenías un molde de madera en dos piezas, con unos huecos que eran pequeños lechos para los puros, y en esos pequeños lechos ponías el tabaco, y ponías la tapa del molde y lo metías a prensar durante veinte minutos. Así se daba forma a la tripa. A mí me gustaba, no te puedes imaginar. Eramos todas muy amigas, nos poníamos motes. Yo era Zosia Relámpago porque era muy rápida; Ojos de Águila era una que lo

veía todo. De los demás no me acuerdo. Hablábamos de todo, se charlaba, se contaban chistes, siempre había quien gastaba bromas, a mí una vez me metieron una culebra en la caja del tabaco. ¡El grito que di! Por las tardes teníamos una lectora, una que leía en alto el periódico o un libro: así oímos *Belleza negra*, nunca se me olvidó, llorábamos todas y los cigarros nos salían muy mal. Cantábamos; en uno de los talleres había un piano. Llevábamos pasteles. Todas mis amigas eran cigarreras. Los años más felices de mi vida.

»Ahora digo que fueron los años más felices de mi vida. Ganaba lo justo para pagar la hipoteca y ahorrar un poco para darles algunas ventajas a mis hijos. Buby se casó con el tío Juljusz, como sabes. Bien es verdad que no tenía más que trece años, pero todo salió bien. El tío Juljusz le compró una muñeca preciosa como regalo de boda, que era una cosa que ella siempre había querido tener pero no había dinero.

»Joey, yo le pagué un traje a tu padre para que pudiera tocar el acordeón bien vestido, yo pagué las clases de taquigrafía de Marta, yo pagué los estudios de quiropráctico de tu padre, yo pagué los cursos de enfermería de Rosie, yo pagué una buena educación para mis hijos, todos mis hijos fueron a las clases de baile Tatra, porque debían vivir bien y recordar su herencia polaca y no tener que liar cigarros. Pero Hieronim me defraudó, dejó los estudios de quiropráctico y se puso a trabajar para la compañía de máquinas de coser Polonia y se casó. Claro que también tocaba el acordeón, “La polca defensa nacional”, “Polca bombardero”, “Polca campera”; pregúntale a él, yo no me acuerdo. Después de empezar a trabajar en el tabaco yo me hice muy activa en la iglesia, me apunté a sociedades agradables, con muy buena conversación y ocasiones dichosas, me reuní con mi familia y mi gente de la montaña, y el tío Tic-Tac, que intentaba enseñarle a tu padre las antiguas canciones montañesas, le insistía en que las escribiera en un libro, que recogiera esas canciones de la generación mayor, lo que ellos recordaban de su pueblo, de su juventud. Pero a tu padre le interesaba más la polca moderna, “La polca del matón”, y otra que a mí no me gustaba mucho pero se me ha olvidado el nombre, que decía algo del “hombrecito en su rincón”, sobre todo cuando volvía de la guerra y todo se había perdido. A lo mejor tú, nietecito, que tienes tanto amor a la música, encuentras la manera de salvar la antigua música polaca.

## Lo que Hieronim (también llamado Harry) le contó a Joey

—¿Mi viejo? Yo no quiero hablar de ese cabrón. Todo lo que te cuenta la vieja es mentira. Era un músico malísimo, lo único que le interesaba era el dinero. Hacía una música ordinaria; «La vaca cagó, el toro se echó un pedo, y todo al mismo agujero; pasé yo y me asomé, y aun cagamos otro poco», eso era lo que a él le gustaba. Porquerías. El mínimo común denominador. Luego babeaba cada vez que oía el Ángelus o algo así. Según él había sido farmacéutico en la patria vieja, pero yo hice algunas comprobaciones y no había sido más que un campesino. Al llegar aquí quiso dárselas de algo. Estuvo muy bien que se largara. Yo toqué en un montón de bodas la semana que se fue; tres o cuatro en una semana. Estaba feliz. Fue una buena época, no sólo porque la gente se casara sino porque él se había ido.

»Ahora que, cuando volví a Chicago después de la guerra, estaba todo cambiado. ¡Todo! Antes de la guerra lo pasábamos muy bien en los bailes, porque una cosa que es verdad de los polacos es que realmente sabemos pasarlo bien; había un tipo grande y gordo que tenía la nariz colorada como un tomate y trabajaba en la acerería, y en todos los bailes le veías echando ríos de sudor, y gritaba; “*Ale się bawicie?*”, ¿lo estáis pasando bien? Y toda la pista bramaba; “Sí, sí, sí”. ¿Las bodas? Las bodas duraban tres días. Pero ya después de la guerra todo el mundo estaba serio, no había tiempo para divertirse, el baile de bodas eran tres horas en lugar de tres días, todos los locales y sociedades polacos se cerraron y por todas partes había negros, calles enteras, barrios enteros de polacos desaparecieron. Y la gente también era distinta, me refiero a los blancos, a los polacos. Ya no se divertían a lo grande, aunque la música, me refiero a la polca, era estupenda, mejor que la de antes, con más ritmo, rápida y fuerte. Pienso en la música; Li'l Wally Jagiello, ése fue el que empezó el negocio de cantar las letras polacas, tiene buena voz y antes que él casi no había más que la polca instrumental. Pero y lo de ¿lo estáis pasando bien? ¿La gente hace como antes, todos alegres y amigos, pasarte un brazo por el hombro, invitarte a una copa, a comer más? No, no, todo el mundo frío, todo el mundo despegado, distante, no alborotar, no ser tan polacos. Esta cosa de la frialdad yo digo que la tomaron de los negros, que son capaces de estar ahí como estatuas, muy quietos sin moverse, mirando todo lo que pasa pero sin



mover un músculo, hacerse el indiferente, mientras que un polaco de los de antes se estaría arrancando el pelo y rezando a los santos. Mira, los polacos son más como los bachichas en las emociones. Y fue entonces cuando se empezaron a cerrar las salas de baile y los bailes de los centros polacos, y por eso ahora ya no se oyen polcas si no es en alguna boda y en las celebraciones especiales, festivales y eso. También los discos, los discos lo echaron a perder: porque ahora con el fonógrafo cualquiera puede tener una banda de polca en el salón de su casa, no necesita ir a un sitio donde toquen los músicos en vivo. Y por eso se está perdiendo. La semana pasada he oído yo por primera vez un *rock* con ritmo de polca, un conjunto de desalmados que se han puesto por nombre El Pato de Varsovia. Ja-ja. Yo pronostico que la polca se muere de aquí a diez años. Y no me hagas más preguntas sobre mi padre, porque fue un asqueroso.

### **El tercer placer**

El esporádico tercer placer de Hieronim se producía cuando alguien — siempre otro, él nunca— conseguía llevar a una puta al cuarto de atrás para servirles a todos, al que estuviera lo bastante borracho.

En invierno no había pesca y se pasaba todo el día en el Club Polaco. Pero había otra razón para que le gustara ir allí. El camarero del bar, Feliks, debido a una marca de nacimiento, se parecía extrañamente a un hombre que estuvo de huésped en su casa cuando él tenía once o doce años, el señor Brudnicki.

La casa pareció llenarse de huéspedes cuando el viejo se largó: unos trabajaban en la acerería, otros eran transeúntes con cosas que vender, a veces eran músicos y actores. El señor Brudnicki era joven, tenía las manos hinchadas y los labios muy repulgados, y una señal de nacimiento que le corría desde el lagrimal del ojo izquierdo hasta la oreja como media máscara, una serie de puntos y rayas, una escritura violácea en un extraño alfabeto. El señor Brudnicki formaba parte de algo que sabían los hombres, un espectáculo o evento que ocurría en otro sitio. A veces entraba en la cocina y, si no había nadie cerca, le hacía una seña a Hieronim, que por entonces era un chico crecido y guapo, de pelo rubio muy claro y ojos

verdes de lobo, que ya pensaba en sí mismo como «Harry», para que subiera a su habitación, donde su cama estaba aislada de las demás por cortinas, y si la casa estaba vacía él se apoyaba en la cama y Hieronim se ponía frente a él. El señor Brudnicki se abría primero los pantalones, dejando salir al «Demonio Rojo» (como él lo llamaba), y luego se los abría a Hieronim, para dejar salir al «Demonio Pequeño», que acariciaba, echando atrás el prepucio y apretando la cabeza contra la del circuncidado Demonio Rojo, y entonces era el momento de que los dos demonios boxearan y se frotaran y se golpearan y se empujaran hasta que el señor Brudnicki le daba media vuelta y le echaba en la cama, y Hieronim sentía al Demonio Rojo, vestido de una capa fría de grasa de la lata que el señor Brudnicki tenía debajo de la cama, entrar en la «cueva secreta» con torsiones y resoplidos. Luego el señor Brudnicki le hacía jurar silencio y le daba un cuarto de dólar, una suma espléndida, que bien valía todo aquel boxeo de demonios, aunque la entrada en la cueva secreta le dejase dolor y diarrea.

Una vez, deseoso de aquella excitación extraña, llevó a su primo Casimir a la habitación del señor Brudnicki para enseñarle el truco, pero al arrodillarse para sacar la lata de grasa de debajo de la cama vio un baulito rojo. Estaba cerrado con llave. Miró entonces en el costroso armario verde donde el señor Brudnicki guardaba su ropa y vio una extraordinaria prenda colgada de una percha, una cosa rutilante, un vestido de hielo. Alzó el bajo, pesado y frío, de diminutas cuentas de cristal.

—Casimir, mira esto. —Su primo se acercó a él y tocó el vestido. La oscuridad del armario, un olor almizclado y especiado, los envolvió. Oyó la respiración de su primo, sintió su aliento cálido en el cuello. Se apretaron contra el armario, y el fleco de cuentas del vestido de hielo repicaba mientras se frotaban mutuamente el pito inflado.

—Yo hago esto todo el rato —jadeó Casimir.

—Yo también —mintió Hieronim mientras la esperma grumosa manchaba el vestido de hielo, y decidió no contarle a Casimir lo del señor Brudnicki y los cuartos de dólar, que era distinto de esto, siniestro pero a la vez emocionante y enriquecedor. Cuando también Casimir acabó les dio la risa, y ya para siempre bastaría que Casimir dijera «El vestido de cuentas...» para que los dos sonrieran con remilgo e hincharan los carrillos conteniendo la risa al recordarlo.

Al cabo de unos meses el señor Brudnicki empezó a ausentarse por periodos cortos y a retrasarse en el pago del hospedaje, y luego hubo una larga ausencia de semanas, aunque el baúl y la lata de grasa seguían estando debajo de la cama, y el vestido misterioso en el armario. Pasaron dieciséis días.

—¡Se acabó! —exclamó su madre hablando con el tío Juljusz—. Lleva más de dos semanas de retraso. Yo tengo buenos hombres, hombres que trabajan, y quiero esa habitación. Si para el sábado no ha venido, va todo fuera. Se la doy a otro.

Pasó el sábado. El domingo por la tarde su madre entró en la habitación, apartó a un lado la manta que hacía de tabique y empezó a echar fuera pantalones y zapatos, el vestido de hielo, la lata de grasa y el baúl rojo, que bajó dando tumbos por las escaleras, se descerrajó por el camino y allá salieron pelucas, cosméticos, ungüentos, antifaces rutilantes y una curiosa prenda que por detrás era de elástico y por delante de goma, luciendo un par de grandes senos con las tetillas marrones.

—¡Jesús, María y José! —gritó su madre, y el tío Juljusz salió de la cocina a mirar y lo cogió del suelo. Se lo llevó al espejo de la pila y se lo puso por delante, pero resultaba de risa hasta que se quitó la camisa y se lo ajustó sobre la piel desnuda. Entonces el efecto fue extraordinario. Era el tío Juljusz, con su cara chata y arrugada y su bigote desflechado, y sus brazos rojos con tufos de pelo maloliente, pero convertido... no en una mujer, sino en parte de una mujer. Y se puso a dar pasitos por la cocina, diciendo: «¡Ah, pérfido!» con voz de falsete y dando cachetes al aire.

—¡Ahora se entiende cómo podía pagar el alquiler!

En ese momento en que estaban todos desternillándose de risa, se abrió la puerta y era el señor Brudnicki. Estaba flaco y blanco, con una venda sucia como un yelmo liada a la cabeza. Se les quedó mirando con ojos trágicos, vio su vestido rutilante en el suelo como un montículo de hielo derritiéndose, dio media vuelta y corrió escaleras abajo a la calle. «¿Qué querías que hiciera, esperar hasta el día del Juicio?», gritó su madre al fugitivo.

## **El detector de lombrices de Hieronim**

En 1967, una semana antes de que se casaran Joey y Sonia —una belleza de rostro plano y sereno, con una boca opulenta que parecía tirar de las mejillas hacia ella, ojos provocativamente rasgados, de grandes párpados y color azul de porcelana—, llovió sin parar; cada mañana amanecía con una niebla que pasaba a ser llovizna, que pasaba a ser lluvia constante, que pasaba a ser diluvio al caer la noche, de modo que bajo el tamborileo del tejado se dormía bien. A veces escampaba entre las cuatro y las cinco, y durante unas horas cabía la esperanza de tiempo seco, pero luego volvía a empezar.

Aquella mañana de domingo Hieronim creyó que iba a aclarar. El viento arrastraba la neblina, los jirones de nube descubrían cielo. Había en el aire una frescura deliciosa, el olor del campo. Hieronim sacó por la ventana el alargador, salió afuera y conectó el detector de lombrices. Descalzos los pálidos pies abultados de callos, con una taza de café en una mano y el detector en la otra, cruzó el césped esponjado en busca de un buen punto. Una ligera depresión delante de las coles ornamentales de su mujer, perladas de lluvia sus hojas rizosas con ribetes de violeta y malva, qué belleza. Hincó el detector y le dio corriente. Por un instante, al saltar por el aire, tuvo la galvanizante sensación de estar siendo vuelto del revés como se le quita la piel a un conejo de un tirón enérgico, pero cuando aterrizó de bruces en la hierba encharcada estaba casi muerto, y estaba muerto del todo, rodeado de una aureola de lombrices y petirrojos electrocutados, cuando su mujer le vio por la ventana de la cocina cuatro horas después.

Le había regalado el detector de lombrices por su santo hacía dos años.

## **La voz de un perro no llega al cielo**

El velatorio de Hieronim fue cosa seria, lo último de su género en el vecindario, al estilo polaco de lejanos, lejanos tiempos, y nadie habría sabido hacerlo más que el Viejo Bulas del Club Polaco, que llevaba un reloj de ciego, una curiosa máquina cargada de alarmas y sonerías que daba la hora y el minuto cuando se apretaban unos botones. Los dos se habían pasado los años bebiendo y charlando juntos, los dos imbuidos de un respeto profundo y místico por Mikolaj Kopernik, el padre de la

astronomía. Nadie sabría dirigir un funeral así en el futuro, porque el Viejo Bulas se murió a su vez dos semanas después del fin de semana fúnebre-nupcial, y fue enterrado con una exigua ceremonia americana. Eso sí que es ironía, dijo la señora de Józef Przybysz, golpeando con su bastón en el suelo y llorando.

En su juventud Bulas había estudiado literatura, pero cuando emigró a América sólo pudo encontrar trabajo en las acererías, donde al cabo de seis años se quemó y le jubilaron con una pequeña pensión. Tenía el brazo derecho arrugado a todo lo largo como la nata de la leche caliente, y el hombro consumido y brillante de tejido cicatricial, pero era el líder cantando y se sabía los himnos, y los tenía anotados por docenas en su *spiewnik*, un grueso libro hecho a mano y envuelto en tela negra.

—¡Importante! —decía—. Importante porque ahora dicen la misa en inglés. Una tragedia. —Él, por lo menos, conocía la poesía de las palabras mágicas y el poder del secreto.

Acudió al tanatorio a la caída de la tarde, con hombres del Club Polaco, los buenos cantantes. Hieronim, enjabonado y afeitado y vestido con un traje de alpaca, yacía en la caja de nogal como un cuchillo pulimentado en un estuche de cubertería. Los cantantes entraron en fila y se colocaron a lo largo de la pared. A su izquierda había una mesita cubierta con un tapete blanco, y encima un plato de hierbabuena y un platillo con clavos de olor. Comenzaron los himnos y las plegarias, avemarías, himnos a la Madre de Dios y a los santos, y luego, transcurrida una hora, los hombres salieron al aparcamiento y bebieron cerveza y *whisky* para intensificar su dolor, mientras las mujeres rezaban el rosario, alargando las voces sobre las palabras antiguas. Volvieron a entrar los hombres con la cara enrojecida, eructando y acomodándose el cinturón, y otra vez se alinearon contra la pared. Más sombríos y morbosos se hicieron los himnos, suplicando a Dios con gemidos que liberase a los cantores de la miseria del cuerpo: «*Estoy perdido, estoy condenado, he pecado*». Cantaron acerca de la húmeda sepultura, la hora final y las vanas súplicas de misericordia de los hombres pecadores; «*El reloj da la una, el hilo de la vida se me escapa, el reloj da las dos...*». A medianoche hubo un refrigerio de café negro, plátanos y cerdo frío. Toda la noche prosiguieron los cánticos, con la voz del Viejo Bulas cascándose y agudizándose bajo el esfuerzo, y al alba dijeron las últimas plegarias por el muerto y el Viejo Bulas entonó el «Me despido de

vosotros». A las siete los de la funeraria cargaron a Hieronim en el coche fúnebre y los cantores les siguieron en coches con las ventanillas bajadas a pesar de que la mañana era muy fría, los hombres todavía cantando, mirando el sudor frío de la hierba, con dolor de cabeza y las cuerdas vocales tan cansadas que el canto era una especie de rugido sin aire.

Al día siguiente los dos hijos libraron una batalla feroz por el acordeón de Hieronim, Rajmund dando voces y golpeándose el pecho dramáticamente como Tarzán, chillando que Joey estaba destrozando los lazos familiares, que su padre se lo había prometido, que su padre se retorcería en la tumba como una lombriz. Fue un símil desafortunado; Dorothy dio alaridos y Joey soltó maldiciones. Era todo teatro, porque en el fondo a Rajmund le daba igual el acordeón.

## **Corriendo a la boda**

Con semejante funeral, pensó Sonia, ninguna boda podía competir, ni siquiera una boda polaca.

Se equivocaba. El Viejo Bulas, galvanizado por una necesidad atávica de ceremonial, estuvo dieciocho horas durmiendo tras el velatorio, se levantó, hizo una lista y mandó a su nieto de mensajero a los padres de la novia, la madre viuda del novio y muchos más. Explicó a su mujer que había que equilibrar los solemnes ritos fúnebres de Hieronim con lo más posible del viejo estilo *wesele*, aunque los novios habían enviado las invitaciones por correo en vez de visitar a los esperados asistentes para invitarles personalmente o mandar una *druzba*. Ya que el recién enterrado padre del novio había sido músico a ratos perdidos, y el novio mismo tocaba en plan semiprofesional, tenía que haber una buena representación de músicos, empezando por un violinista que tocara «Siéntate en la carreta, amada mía» mientras Sonia salía de la casa paterna. «Ah», dijo el Viejo Bulas, «recuerdo una vez, cuando era niño, en que todos los hombres disparaban sus pistolas mientras la novia se subía a la carreta toda cubierta de cintas. Fue una lástima, porque por accidente alguien le pegó un tiro en el corazón: un accidente. Así que en vez de boda hubo entierro». Tres bandas de polca prometieron sus servicios para la celebración, que,

proyectada para una sala pequeña del hotel Wenceslas, se trasladó a la modesta sala de baile del Club Polaco. Bulas anunció que él y su esposa actuarían como *starosta* y *staroscina*, conduciendo al resto por la antigua y desusada ceremonia. Al principio fue todo muy bien, el pan y la sal, pero los músicos se impacientaron porque había que volver a iniciar la marcha nupcial cada vez que entraban nuevos invitados; después, durante el interminable banquete, el Viejo Bulas se estuvo levantando cada tres segundos para hacer discursos y proponer brindis, tartajoso y perdido en el recuerdo de otra desdichada boda que recordaba en Polonia, una boda echada a perder por las prisas de un pastelero que, a toda prisa, mezcló la masa, tenía otra cosa que hacer, corre para aquí corre para allá, vuelca la masa en el molde, mete el molde en el horno, saca el bizcocho, le pone la cobertura, lo decora, y cuando llega el momento de que la novia corte la tarta, nota con el cuchillo una resistencia, contaba el Viejo Bulas, y al sacar una porción aparece una rata, una rata dentro de la tarta, muerta por supuesto, pero al cortar la porción quedaron asomando el rabo y las patas, cielos, y la novia vomitó, y al verlo *los invitados* vomitaron, fue terrible, todos repletos de vino y de buena comida y vomitando por todas partes. Y cantó: «*Czame buty do roboty, czerwone do tanca*».

Cuando llegó el momento de intercambiar los velos, Sonia y sus damas de honor se alinearon, pero una de las damas, quizás acordándose de lo que había contado el Viejo Bulas, soltó un grito y cayó al suelo con un ataque. Media hora después, ya con ella recuperada y sentada aparte, se intentó otra vez. La madre de Sonia, con pulso tembloroso, levantó la corona de azahar y el velo de la pálida cabellera de su hija, húmeda de sudor, y se los puso a la dama de honor, y las voces sonoras y tristes se alzaron llenando el salón, «*Hoy dejas de ser doncella para hacerte mujer*», cuando la alarma de incendios se disparó. Pocos minutos después, cuando Joey sacaba a bailar a la novia, giró sobre un pegote de cera mal dado y dio con una rodilla en el suelo. Se sonrojó, soltó un par de tacos y se fue derecho al bar, dejando a Sonia a su suerte. Lentamente, tras un anuncio que era una petición de envío de cintas grabadas con polcas polacas a los soldados de Vietnam para animarles, empezó el baile de verdad, al principio tranquilo, pero luego acelerado hasta un frenesí danzante que se contagió a todos, no sólo la vieja polca de un-dos-tres-cuatro, sino el *chicken hop*, el *Siwy Koń*, el *silver*

*slipper* y otros nuevos ritmos furibundos, y así hasta la mañana siguiente, los músicos pidiendo clemencia, los danzantes colapsados, arrimados a la pared y durmiendo con todas sus galas. Entre ellos estaba el Viejo Bulas, no dormido sino en el coma del que no despertaría hasta el día de su muerte una semana después, cuando abrió los ojos y dijo: «Aquéllos por los que he cantado, que canten ahora por mí», y sus familiares sollozaron, porque sin duda estaba pidiendo un coro de muertos.

## Joey y Sonia

—Está clarísimo que nos hemos casado —dijo Joey en el motel, bostezando hasta que le sonó la mandíbula. Sonia sonrió.

—Por una vida juntos larga y feliz —brindó Joey, chocando su copa de champán seco con la de ella—. ¿Cuánto dinero has sacado?

—No sé. —Ella se metió en el cuarto de baño con su neceser.

Él hundió la mano en la bolsa de satén y sacó un montón de billetes y empezó a contar, pero ella estaba de pie sobre la cama y con un camisón corto de nailon, vaporoso, azul pálido ribetado de encaje, y él alzó los ojos del dinero. Vio los cercos oscuros de sus pezones, el triángulo, sus pantorrillas hinchadas y sus blancos tobillos. Ella empezó a saltar un poco, estremeciendo la cama, con los pies perdidos en el grueso edredón. Él dejó caer el dinero, se abalanzó a ella como un buceador en el trampolín se lanza hacia el azul. Lo único en que ella fue capaz de pensar mientras él le entraba fue la primera vez que le había visto el pene, años atrás; ella tenía trece años, y estaba nadando con sus amigas Nancy y Mildred en la piscina municipal, cabezas oscuras sobre el agua como pan flotante, centenares de personas de pie, andando por el cemento mojado alrededor de la piscina, las chicas tirando de sus trajes de baño. Ella conocía a Joey de vista, era un chico grande que iba dos cursos por delante en la escuela. Él estaba junto a la piscina, con los dedos de los pies doblados sobre el borde, mirándolas, viendo cómo flotaban panza arriba, con sus piernas amarillas y sinuosas bajo el agua, como rotas y aplanadas por la refracción. Se metió la mano en el ancho bañador, dejando que le vieran coger lo que hubiera allí dentro; se colocó justo frente a ellas.



—Está mirando a ver si se le ha perdido algo —rió Nancy.

—Si es que alguna vez lo *tuvo*.

—A lo mejor se le ha soltado.

—¡Uf, qué feo!

Él había sacado la punta dirigida hacia ellas, y empezó a hacer pis, echándoles el chorro a pocos centímetros. Ellas chillaron y retrocedieron sin dejar de mirarle, pero él se tiró bajo el agua y subió entre Sonia y Nancy, y metió la mano en la entrepierna del traje de baño de Sonia, y ella se fue al fondo y volvió a salir ahogándose y llorando.

## Tarta

Pudo ocurrir cuando se pararon a tomar café.

Él iba atontado y se le dormían las manos. Le sentaría mejor una Coca-Cola, dijo ella con su voz ronca, tenía más cafeína; y mientras él se la tomaba ella arreglaría a los niños en los lavabos. Artie tenía diarrea, y el coche olía mal por los pañales sucios, que le cambiaba arrodillándose en el asiento de delante y doblándose hacia atrás. Lo que fuera era contagioso, y Florry también lo tenía, se la notaba febril. Justo lo que faltaba. El lado bueno era que los dos niños iban mustios y se durmieron, lo cual era mejor que llevarlos dando botes por el coche, chillando y berreando. Y él entró a tomarse el café y ella entró tras él con los niños, limpió a Artie en el lavabo mugriento, echó los pañales malolientes a la diminuta papelera de los lavabos y el olor llenó el exiguo recinto, se miró en el espejo las mejillas lívidas, humedeció una toalla de papel que se puso lamigosa en el momento en que la tocó el agua, pero por lo menos el agua estaba caliente y era una sensación maravillosa después del frío del coche, con la calefacción otra vez escacharrada, por qué aquel hombre no sabía arreglar nada y dejarlo arreglado, los niños en el suelo sucio de los lavabos, pero sin llorar, gracias a Dios. Les pediría una *ginger ale*. Tenía cuatro dólares, y por lo menos podía darles una *ginger ale* a los muy puñeteros.

Salió y vio que él estaba encorvado sobre la barra tomándose un café en vez de haberlo pedido para llevar, y tenía delante una ración de tarta de cerezas y se la estaba embaulando, sin duda para acabársela antes de que

ella saliera y lo viera, después de venir todo el camino gritando que casi no les llegaba el dinero para gasolina y tendrían que aguantar hasta después del concurso. Después de que ganaran, después de que cobraran el dinero del premio, compraría para cada uno una chuleta como un jamón de grande, incluso para Artie, que sólo tenía cuatro dientes. Ella le miró hecho una mole sobre la tarta, y le corrieron las tripas imaginándose la dulzura ácida, la tibia corteza azucarada. Y allí mismo tuvieron una pequeña bronca, al acercarse ella y preguntarle en voz baja si creía que tendrían dinero bastante para la gasolina.

—Oye, yo tengo que tener fuerzas para conducir, ¿no?

—¿Y yo qué? Yo no cuento. Yo tengo que ocuparme de los críos, tener decente tu ropa, ocuparme de todas esas cosas, y subir ahí y actuar con el estómago vacío. Para mí vale, ¿verdad?

—VALE —dijo él, exagerándolo mucho para dar a entender que le estaba pinchando demasiado—. Señorita, por favor, otra ración de tarta. Y que sea grande.

—No la quiero, no quiero tu maldita tarta, ¿te enteras? —Estaba tan rabiosa que se echó a llorar—. Es la forma en que me tratas, no la tarta. No la quiero —dijo a la camarera, que encogiéndose de hombros volvió a poner la ración en su bandeja; todas estaban ya cortadas del mismo tamaño. Los otros clientes les miraban. Uno que por las botas vaqueras y la visera parecía camionero tenía delante un gran plato de huevos revueltos con pan tostado y una loncha de jamón, el completo; el olor a comida llegó hasta ella.

—Vale —dijo—. Lo he pensado mejor. Quiero la tarta. —Avergonzada pero hambrienta. La camarera sacó la tarta de la bandeja y se la puso delante, le plantó al lado tenedor y servilleta, le llenó un vaso de agua.

Ella se sentó en la banqueta al lado de Joey, con los dos niños encima, sujetando con un brazo a cada uno. No había manera de coger el tenedor. Joey miraba derecho al frente. Ella encajó a Artie entre su estómago y el mostrador, sujetó a Florry con el brazo izquierdo y le dio el primer bocado, aunque lo más seguro sería que lo vomitase después. Comió deprisa, se bebió el agua y ya había terminado y se dirigía a la puerta antes de que Joey se acabara el café. Lo estaba estirando, ahora fumándose un cigarrillo, probablemente disfrutando del calorcito después del frío del coche. (Para entonces casi seguro que ya había ocurrido). Salió al viento cortante —

hacía un frío como para nevar, y eso ya sería la guinda—, cargó con los niños hacia el coche, vaya un cascajo. El aparcamiento estaba vacío. El coche seguía oliendo mal, pero hacía tanto frío que no quiso tener abierta la portezuela. Acostó a los niños en el asiento de atrás y los tapó con las mantas, y entonces se acordó de la *ginger ale*. Desde allí veía el interior del restaurante; Joey seguía en la barra. Había una máquina expendedora junto al teléfono público.

—Vuelvo enseguida —le dijo a Florry, y volvió corriendo al bar. No había *ginger ale*; cogió un Seven Up con la esperanza de que no tuviera cafeína. Joey pagaba la tarta y el café con la calderilla; la camarera contemplaba con expresión de paciencia exagerada cómo iba sacando las monedas con pelusa de entre el revoltijo de tiques de gasolina, alambres y ovillos de cordel. De aquel individuo no cabía esperar propina; volcó las monedas en la caja sin mirarle.

—¿No sabe usted dar las gracias? —preguntó él con su voz malévola. Ella lanzó al camionero una mirada que quería decir Esto es lo que nos viene ahora, y se guardó para sí lo que sabía: que aquel tipo se desquitaba con ella por la tarta que se había comido su mujer.

Puso el coche en marcha y dijo Aquí huele que apesta, ¿qué ha hecho el enano, morir en el asiento de atrás?

A ella le iba interesando el panorama, es decir, el espesarse de la ciudad, el ensanche de la carretera en múltiples carriles, primero cuatro y después seis, el tráfico cada vez más denso, los bares de una planta y los almacenes de neumáticos, las estaciones de maniobras del ferrocarril, cada vez más altas, y los edificios también, más altos y más apretados, autobuses y camiones, camiones llenando las carreteras. Era como Chicago y a la vez distinto. Iban atravesando la parte destartada, donde había muchos negros. Ella se puso nerviosa cuando él paró en un semáforo y unos negros sucios de bocas enormes y andar chulesco se acercaron insolentes y empezaron a frotar el parabrisas con bolas de papel de periódico, pero entonces vieron la cara de Joey, sus párpados caídos y su cabeza grande y su cara ancha compuesta en la expresión de me-encantaría-matarte-dame-un-pretexto, y viraron al cristal teñido de otra víctima.

—¿Cómo sabes por dónde hay que ir? —Intentó aligerar la voz. Y mostrar que para ella la pelea había terminado y debían ponerse de humor aceptable antes del concurso. Él no dijo nada.

—Será agradable entrar en un motel y darse una ducha.

Él ya se había ocupado de eso, había reservado en un motel que estaba a un par de calles de la sala, dijo, y pagado por adelantado. Era un motel barato, nada del otro jueves, dijo, pero era una habitación, estaría caliente, con una tele y una cama y una cuna para Artie. Lo conocía del año anterior, cuando llevaba el camión y había parado allí algunas veces. Florry podía dormir con ellos, era sólo una noche, pero ella la pondría del lado de fuera, porque se acordaba de dónde había estado la mano de Joey la última vez que acostaron a la niña con ellos. Estaba dormido, así que no le podía culpar. Cómo eran los hombres. Éste veía una botella vacía y le metía el dedo.

—Por lo menos llegamos muy pronto —dijo él—. Qué hora es, casi las tres y media, y no empieza hasta las ocho. Hay mucho tiempo para prepararse. Yo quiero dormir un rato y tomarme un par de cervezas, y luego podemos repasar los números, practicar la rutina.

Ella se tranquilizó. La pelea había acabado. Tenían una buena rutina, aunque era un poco arriesgada. Primero salía él sólo al escenario, pero como a regañadientes, volviéndose a mirar entre bastidores, vestido con su traje de satén azul celeste y llevando el acordeón malva brillante, y en ésas se volvía un poco y se le veía la línea de lentejuelas azules que ella le había cosido por las costuras del pantalón. Él fruncía las cejas con gesto preocupado, miraba fuera de escena, meneaba la cabeza. Nada obvio, sólo cara de auténtica preocupación. Esperaba. Hasta que, justo cuando los jueces empezaban a cuchichear entre sí. Habrá que dar paso a los siguientes, ella salía corriendo con su traje de satén malva y el acordeón azul celeste, y el público les daba un gran aplauso aun antes de haber tocado una nota, de la mera satisfacción de que ella no le hubiera hecho la faena. Se ponían de su parte. Si él se sentía animado podía soltar un acorde y provocar una risa. Entonces se ponían a tocar como posesos.

—Ahí es —dijo él.

—¿Dónde? —Ella no veía ningún motel. Aceras que se deshacían a pedazos, un camión Pabst blanco descargando, rótulos de bares, una panadería, un Club del Rodeo Profesional, una carnicería con ristas de salchichas colgadas, un viejo que caminaba arrastrando los pies con los brazos doblados hacia fuera y las manos engarabadas, dos hombres que

comían bocadillos en un trozo de la calle levantado, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

— Ahí mismo, coño, ¿estás ciega? ¿Quieres que te compre unas gafas?

Metió el coche en una callejuela y le dio la vuelta contra la trasera de un edificio cochambroso de ladrillo, rozando la carrocería con un cubo de basura. HOTEL POLONIA MOTEL. Había siete u ocho puertas color naranja con números, y en una ventana un cartel escrito a mano que decía «Oficina». Del número cinco salió una pareja, ella joven, con pantalones estrechos negros y un abrigo de piel de imitación, un pelaje anaranjado que pretendía ser zorro, supuso Sonia, y él de mediana edad y gordo, alisándose el pelo. Sin mirar a la mujer siguió adelante hacia una furgoneta de reparto aparcada, «Lakeshore Officeland Todo para su Oficina». La mujer escupió al suelo, sacó un cigarrillo del bolso, lo encendió y se dirigió a la calle.

— Es un motel de putas.

— ¿Y qué? Es barato.

Dejó el motor encendido y entró en la oficina por la llave. Ella, mirando por el parabrisas, vio caer algunos copos de nieve dura, le vio a él dentro reírse y asentir con la cabeza a alguien invisible, señalar con la cabeza y volver a asentir. Salió y arrimó el coche delante del número uno, al lado de la oficina.

— Margie les echará un vistazo a los críos esta noche. Es la encargada. Estará ahí al lado en la oficina, y si uno llora o cualquier cosa, vendrá a atenderlos.

— ¿Hay cuna? ¿Han puesto una cuna?

Sabía que no habría cuna, tendrían que dormir todos en la misma cama, con Artie sembrando de caca el mundo.

— Sí, hay cuna. Oye, echa una ojeada antes de empezar a meterte conmigo, ¿te parece?

Salió, metió la llave en la cerradura, y abriendo la puerta de par en par extendió la mano hacia ella con gesto galante. Ella confió en que por lo menos hubiera ducha. Florry clamó desde el coche:

— ¡Mamá! ¡Me duele la tripa!

En el minúsculo cuarto había un lavabo, un retrete sin mampara en el rincón, un entrante como un nicho en la pared con una alcachofa que goteaba y una cortina de plástico con flores anaranjadas y manchas de moho, una cama ancha, y encajado en el hueco entre el lateral de la cama y

la pared un carro de supermercado. Ella no entendió qué hacía allí el carro hasta que vio que estaba preparado como una cama, con una manta plegada a modo de colchón. No había televisor. Sabiendo que era mejor no decir nada, salió por los niños y los metió a los dos en la cama. Joey se tiró junto a ellos sobre el colchón hundido; la cama rechinaba como loca.

—Cómo está mi niña, cómo está mi bebé —dijo haciéndole cosquillas a Florry. Ella se incorporó retorciéndose, él la empujó de costado haciéndole cosquillas, y en el momento en que ella se ponía a cuatro patas vomitó de pronto y empezó a berrear.

(Veinte años después, acabado el anuncio de Isuzu, Florry echó el cierre a su Petosa electrónico híbrido para MIDI con dieciséis canales, mandos magnéticos de efecto Hall, vibrato, control dinámico del fuelle, velocidad de teclas para bajos y agudos, control de tempo, capacidad de transposición y particiones móviles del teclado, saludó con la cabeza a Bunny Baller, el ingeniero —un caso malo de dermatitis del afeitado, con perilla y redecilla —, que salía de su cabina bebiendo de una botella de Evian, con el brillo de las gotas chorreándole por la camisa de punto, y se puso el abrigo de charol, y oyó a Tommy, el productor, decir Coño, eso ha estado bien tocado, y ella dijo Sí, pero la señorita Platino tiene un problema de salivación, tenéis que suprimir ese gargajo, y él dijo. No te preocupes, pero ella ya había traspasado la puerta y estaba mirando el reloj, consultando qué tenía a continuación con un dolor de cabeza horroroso y otra vez aquella sensación de fiebre y mareo, ¿sería la gripe? Fue hasta su coche, un Camry plateado, se subió y se inclinó para darle al encendido, y en ese momento algo cayó de golpe del cielo sin nubes, se estrelló en el capó con tanta fuerza que movió el coche, y se rompió en tres pedazos de gran tamaño. Ella salió y cogió uno de los pedazos. Era *pizza*, *pizza* congelada: ¿pero cómo? ¿Alguien la había tirado de un avión? ¿Un mensaje divino?).

—¡Por Dios! —dijo él—, no llevamos ni dos minutos en la habitación y esta enana repugnante ya la ha puesto hecha un asco. ¡LIMPIA A TU HIJA! —vociferó, y levantándose de la cama se fue al coche.

Probablemente había ocurrido ya cuando estaban en el restaurante de la carretera, quizás antes incluso, pero pudo ocurrir durante aquellos minutos del motel.

—¿Es que no has podido aguantarte? —masculló ella furiosa, inclinando de malos modos sobre el retrete a la niña, que seguía con

arcadas. Oyó que él cerraba de golpe las puertas del coche, oyó subir la tapa del maletero con un fuerte chirrido. Las paredes eran como de papel. Joey había comprado el coche a un revendedor de siniestrados; el chasis estaba un poco ladeado, las puertas y el maletero chirriaban, las ruedas se gastaban por un lado, pero había salido barato. No había acabado ella de limpiar la cama y ya estaba él de nuevo en la habitación.

—¿Has sacado los acordeones? ¿HAS SACADO LOS ACORDEONES?

Ella negó con la cabeza; por la voz le notó asustado.

—No están en el maletero. No están en el MALDITO MALETERO.

Miró debajo de la cama; salió y empezó a tirar al suelo todo lo que había dentro del coche; las mantas de los niños, los mapas, las bolsas arrugadas, la maleta de ella, la caja de los pañales. Volvió al maletero y lo abrió otra vez, como si los acordeones pudieran haber reaparecido después de darse una vuelta a la manzana. Se subió al asiento del conductor, el sitio donde se sentaba siempre, el único sitio desde donde controlaba las cosas. Trató de pensar. Volvió a la habitación.

—Yo los metí. Metí los dos, fue lo último que metí, recuerdo que comprobé el cierre del tuyo ya en el maletero, porque se abre.

—Sí.

—Mira. Si descubro que has hecho algo con los acordeones te mato.

—¿Cómo iba a hacer algo con ellos, si he estado contigo desde que salimos?

—Ah, ¿sí? ¿Y en el restaurante? Tú saliste mientras yo me acababa el café. Tú saliste. Pudiste sacarlos y dejarlos debajo del coche, y yo habría arrancado sin darme cuenta. ¿Has hecho eso? ¿HAS HECHO ESO? —La agarró por la barbilla con una manaza, le hizo torcer la cabeza hacia él. Ella no pudo evitar que le corrieran las lágrimas por la cara. Él la obligó a mirarle. Ella no podía hablar porque le estaba torciendo la boca.

—'o. 'o 'os toqué.

—Te voy a decir lo que hiciste. No podías esperar en el coche mientras yo me tomaba el café, ¿verdad? Sabías que el maldito maletero no cierra, sabías que ahí dentro estaban esos valiosos acordeones, que valen cada uno un par de los grandes. Pero los dejaste ahí por las buenas porque tenías que entrar, no podías perderme de vista. ¿Qué creías que iba a hacer, tirarme a la camarera con cara de mono que había en la barra? Dejaste el coche sin

vigilar para que el primer hijo de puta que pasara pudiera abrir el maletero y ver lo que había dentro. Seguro que se ha cagado de gusto al ver los acordeones, seguro que ha dicho: «¡Gracias sean dadas al Señor, es mi día de suerte!». Algún jodido negro se los habrá llevado, no tenía más que metérselos debajo del brazo y echar una carrerita. Apuesto a que ha esperado a vernos salir, apuesto a que se ha meado de la risa pensando en la que nos ha hecho.

Tenía la voz tensa, crispada por la rabia. Salió sin cerrar la puerta. Ella le oyó a través de la pared hablar con la encargada. Volvió a entrar.

—¿Cómo se llamaba ese restaurante? Más te vale acordarte de en qué pueblo era. Voy a llamar a la policía de allí para decirles que un hijo de la gran puta me ha robado los acordeones. Y luego me voy a buscar dos malditos acordeones para que podamos tocar esta noche.

Miró el reloj.

—Son las cuatro y cuarto. Tú estate lista a las siete y media y ten preparada mi ropa. —Dejó la maleta encima de la cama—. Voy a volver con dos acordeones aunque los tenga que robar yo también.

—¿No se los podríamos pedir a los chicos que vienen a tocar?

Él ya estaba fuera y no la oía. Atacando los problemas a lo bruto como siempre, aunque hubiera una solución sencilla. «Son buena gente. Wally nos dejaría usar el suyo, siempre viaja con dos. Y Eddie y Bonnie estarían encantados». Estudió el venoso mapa: la autopista era una arteria que atravesaba el estado de arriba abajo, las carreteras eran venas que se extendían hacia el este y el oeste y se ramificaban en capilares finos que acababan en pueblecitos. Pensó en la mañana, en los preparativos de la salida, intentó recordar si le había visto sacar los acordeones. Ella se había acercado a la ventana del piso por donde Florry estaba mirando a la calle, se había asomado. Allí estaba su coche, con el maletero cerrado, y Joey volvía hacia la casa con su taconeo. En la acera de enfrente, delante del economato, había una furgoneta del pan, y detrás un viejo Cadillac con el motor encendido; echaba un humo pringoso por el tubo de escape, y el conductor era un hombre moreno y estaba fumando. Del economato salieron dos mujeres con faldas largas estampadas.

—Mira, Florry, unas gitanas.

—¿Dónde? ¿Dónde están? ¿Muerden?

—Son personas, boba, no muerden, ¿qué crees que son?



Pero sonó un portazo y Joey vociferó: «Venga, dispuestos, vámonos».

Pensó si pedirle a Margie, la encargada, que tuviera cuidado de los niños mientras ella se acercaba a la sala y explicaba el problema, a ver si alguien se lo podía resolver. Pero no se atrevió.

## Empeños

Estaba bajando la temperatura. En la fachada de un banco, un marcador digital señalaba ocho grados Fahrenheit. Caía nieve en velos como una niebla, se la veía avanzar en olas. La luz iba declinando, se encendían las farolas y los letreros de neón. Joey encendió las luces del coche. Su aliento se helaba en el parabrisas y tenía que ir raspándolo con la espátula de cocina, desprendiendo ricitos de escarcha. Había arrancado dos páginas de la guía de teléfonos y las escudriñaba cada vez que paraba en un semáforo. El tráfico avanzaba a tirones. Vio un hueco, metió el morro en una parada de taxis y dejó el motor en marcha para indicar que volvía enseguida, pero lo pensó mejor, apagó y se echó la llave al bolsillo. Si ahora se lo robaban, era capaz de hacer una escabechina.

La puerta estaba cerrada, con un cierre de malla echado y un letrero que decía: «Llame por el telefonillo».

Se dirigió al telefonillo y pulsó el botón.

—¿Sí? —dijo una voz—. ¿Qué desea?

—Necesito alquilar dos acordeones. Me han robado los míos y tengo que tocar en un concurso esta noche, así que estoy en un apuro. Busco dos acordeones.

—Lea lo que pone ahí, señor. Oro y plata, monedas. Yo no trabajo con acordeones. Inténtelo dos calles más arriba, en Americana de Inversiones. Ahí tienen acordeones. Trompetas. Guitarras.

—De acuerdo.

Vuelta al coche, otra vez meter el morro en el tráfico, las luces delanteras tapadas por la maldita escarcha que hacía su aliento, de modo que apenas veía más allá del parabrisas. Pasó por delante de la sala de baile donde se celebraba el concurso. Estaba resplandeciente. De lado a lado de la fachada, una gran pancarta roja y blanca con faltas de ortografía decía:

*¡nazdrowie!* hoy gran final polca polaca 1970. Había una lista de intérpretes, los más famosos en grandes letras rojas con estrellas blancas punteando las íes: Walt Solek, Hermanos Mrozinski. Los Gemelos de Connecticut —una mierda, en Chicago se les tenía por una mierda—, Tubby Kupski, El Gran Marky, Las Felices, y vislumbró su propio nombre en letras de bastante buen tamaño, Joey & Sonia Newcomer. Estaba todo el mundo menos Frankie Yankovic; probablemente se le juzgaba demasiado grande para esto, y en cualquier caso no era polaco sino esloveno, un botonero aficionado al banjo. No le preocupó. En la categoría de dúos la mayoría eran un hatajo de cantamañanas, no tenían su sonido. Excepto los Hermanos Bartosik, que eran sumamente buenos y sumamente peligrosos. En Gary les habían dado un vapuleo con un arreglo novedoso de «Ojos azules llorando en la lluvia» en los estilos de Elvis Presley y los Beach Boys. Eran unos hijos de puta.

Americana de Inversiones y Empeños era grande, y el del oro y la plata tenía razón, desde el coche vio acordeones, caramba, toda una pared. Esta vez tuvo suerte, salía un camión y pudo aparcar. En el escaparate había un cartel torcido: ¿DISFRUTA DE LA vida? ¡DISFRÚTELA *DE VERDAD* CON UN ACORDEÓN!

La mujer del mostrador tenía hechuras de jugador de *rugby* y cara de sebo sólido. Le contó la historia de los acordeones robados. Ella no dijo nada, porque la cara que puso lo decía todo: No me creo una palabra. Pero él leyó en ella como en un periódico: tenía los genes, la pinta de su abuela.

—Mire —dijo como si hablara a un maniquí, pero manteniendo un tono paciente—, mi esposa y yo somos polacos, somos artistas, buenos artistas, y tocamos en los concursos. Hacemos polcas a dúo y ella canta. Tenemos tres cintas grabadas. Esta noche se celebra aquí un concurso, la gran final de polcas, y nosotros tenemos muchas probabilidades de ganar el primer premio de dúos mixtos, que es un millar de dólares. No la estoy engañando. Paramos en un restaurante de la carretera, y los niños venían mareados, y mientras les llevábamos a los lavabos un par de negros nos han abierto el coche y nos han robado los acordeones, y ni nos hemos enterado hasta llegar al motel. —En ese punto le echó una pizca de emoción, dejando que la voz se le quebrara un poquito.

Ella le dijo algo en polaco. Él sonrió, ocultando un arranque de ira.

—Yo no hablo polaco, sólo sé un par de palabras que aprendí de mi abuela. *Na zdrowie*. Ya sabe usted —suspiró—; es una vergüenza cómo se pierde el idioma en una generación. A mí me encantaría saberlo, pero... — Abrió las manos con desolación.

La mujer se encogió de hombros, apuntando a los acordeones con el pulgar. Si lo que quería era ver acordeones, ¿a qué tanta historia? Seguro que intentaba alguna maña; lo sabía.

—Déjeme ver aquel verde, el de ahí arriba.

Tenía que ser uno de los de más arriba. Corrió de sitio la escalera y se subió, vigilándole por debajo del brazo no fuera a ser que intentase algo. Miraba a los acordeones, no a la caja registradora. Podía ser sincero, podía no serlo. Bajó con el acordeón y lo puso sobre el mostrador. Tenía polvo.

Él no sabía por qué le había pedido bajar aquél; era un acordeón de botones, no un piano. Ninguno de los dos sabía tocar el maldito acordeón de botones; Sonia un poco, porque su padre había sido un forfofo del botón y la había iniciado por ese camino. Lo examinó. Era un instrumento viejo, demasiado viejo y demasiado pequeño. El fuelle era de cuero, y a pesar del polvo se conservaba flexible. Lo alzó, tocó un par de acordes; lo volvió a dejar sobre el mostrador; contempló las hileras de melodiones, diatónicos *cajún* de válvulas abiertas, grandes *chemnitzers* cuadrados, concertinas inglesas y americanas, un pequeño bandoneón de una sola voz, acordeones-piano eléctricos, *meh-dijas* yugoslavas, acordeones de plástico, un *mudan* chino, un *boyan* ruso, dos armonios paquistaníes, y filas y filas de Bastaris, Castigliones, Sopranis, Hohner Black Dots. Viendo aquella acumulación había que pensar que todo inmigrante en Estados Unidos había empeñado allí un acordeón: nombres italianos cromados festoneaban las lacas, los celuloideos y las maderas cuarteadas, Colombo, un Italotone, el Sonda, el Renelli, un Duralumin en forma de arpa, ¿quién tocaría aquello?, grandes cromáticos con sus cinco pisos de teclas que era una pesadilla aprender, allá un solitario Bassetti como el que tocaba aquel de *jazz*, Leon Sash, y Bach, también tocaba Bach, se podía hacer con un acordeón.

—Déjeme ver aquel modelo de polca Colombo, aquel negro de ahí, exactamente es eso lo que nosotros tocamos, piano. Guardé otra vez este de botones; al verlo en la sombra me pareció que era piano.

La mujer le sacó el Colombo grande. El vio que en el estante había cinco o seis. Los probó uno tras otro. Casi todos estaban averiados, tenían

teclas atascadas o las lengüetas mal, o el fuelle perdía aire o no abría bien. Había un Guerrini de polca con afinamiento esloveno; eso no lo quería él.

Por fin redujo la selección a tres. Se podían tocar; ahuyentó del pensamiento la idea de que podía ser difícil ganar con ellos. Tocó un minuto acelerado de la «Polca dinero dinero» luciendo lo que era su estilo, aquellos bocinazos salvajes en tono menor, una tensión bárbara, la sensación de estar al borde de perder el control, que era el quid de su sonido, lo que no sacaba nadie más, lo que enloquecía a la gente en los bailes. Miró a la mujer para calibrar su reacción; parecía sorprendida a su pesar. Él le dirigió una ancha sonrisa, prodigando el encanto.

—Se ve que sabe usted tocar, sí —dijo ella.

Ahora a engordar la historia lacrimógena y hacer un trato con la vieja bruja.

## Preparación

Cuando entró los niños estaban dormidos, Florry en la cama y Artie en el carro del supermercado, y Sonia estaba delante del espejo maquillándose, enseñando las piernas desnudas por debajo del albornoz. Los trajes colgaban detrás de la puerta sin una arruga.

—Los conseguí —dijo él dándole un cachete en el trasero—. No son más que las seis. —Abrió una cerveza y se sacó una frasca de *whisky* añejo del bolsillo de la chaqueta—. ¿Quieres un trago?

—Sí. ¿Son buenos? —dijo mirando los acordeones.

Armatostes viejos, negros, que no pegaban con los trajes. Cogió uno de los Colombos y tocó un poco, los acordes iniciales de un viejo número étnico que ya no utilizaban, «Dyngus», donde la música se iba haciendo cada vez más tonta y más deshilvanada y él hacía como que vaciaba una copa tras otra, y luego le tiraba pasadas a las piernas de ella y ella saltaba sin dejar de tocar, y hacía un gran trémolo con el fuelle. En cualquier caso, ese número lo habían sustituido por un complicado popurrí de ritmos difíciles y melodías conocidas. Joey sabía que los dúos que ganaban eran los que no se metían en cosas raras, los que daban al público algo conocido y sencillo, pero tocado deprisa y con muchos trucos: «Te quiero», «Felices

nosotros», «Tiempos maravillosos», «Mi niña feliz». Ella pensó en los instrumentos perdidos, con cajas de resonancia de pino noruego, lengüetas hechas a mano, las rejillas caladas con sus nombres.

—Pesa mucho —dijo—. Suena empastado.

Probó el otro. Era un poco mejor, quizá, pero una de las teclas estaba suelta y daba un chasquido cada vez que la pulsaba. Ella quería su acordeón azul. En realidad era de él; había pleiteado por él con su hermano cuando murió el viejo Hieronim/Harry. El viejo sólo había dejado un acordeón y los dos lo querían, pero Rajmund casi no sabía tocar y Joey se buscó un abogado barato que sostuviera que debía ser para el que lo supiera tocar. Rajmund sólo lo quería para venderlo y sacar dinero. Hacía lo que fuera por dinero, pero le salían las cosas del revés. Aquellos brazos largos como de mono. Había robado un paquete de billetes, tres fajos gordos sujetos con papel de envolver, de la mujer del mostrador de talones del Kmart; lo hizo por impulso, porque vio todo aquel dinero y que estaba ella sola, intentando abrir un maletín con la otra mano. Salió corriendo. Pero en el aparcamiento el paquete se reventó soltando una nube de polvo rojo que le manchó de pies a cabeza, hasta la nariz, por todo el cuello y la cara. Soltó el dinero y corrió a su vieja camioneta marrón, pero dejó una nube de rojo flotando detrás y rojo por todo lo que tocaba de la camioneta, y el motor no arrancó.

Ahora, en el motel de putas, Joey entonó una pieza picante, «¿Qué hay entre nosotros?», y sus voces se acoplaron, la de ella ronca y profunda, la de él un tenor aflautado sorprendentemente puro y alto saliendo de aquel pecho fornido, de suerte que ella llevaba la melodía y él la armonía. Bien; Sonia se calmó. A lo mejor lo conseguían. Las voces contaban mucho. Empezó a practicar las escalas, odiando la tecla suelta, bebiendo del *whisky* mezclado de él. Él tocaba mejor estando un poco bebido. Ella también. Y así era más fácil beberse la mezcla del linimento.

—¿Los has alquilado? —preguntó.

—He hecho un trato. No te preocupes, está bien. ¿Te has acordado de cómo se llamaba el restaurante? ¿Y en qué pueblo era? Pienso recuperar esos acordeones cueste lo que cueste.

—He mirado en el mapa. Tiene que haber sido en Morley, porque recuerdo que fue después de aquel tramo largo donde no había nada, hasta que llegamos a ese pueblo. Pero yo no vi el nombre del restaurante.

Él le lanzó una mirada de asco.

—¿Pero tú para qué sirves? Te digo una cosa, mañana vamos a salir de aquí por la mañana y nos vamos a pasar el día en ese jodido Morley hasta que yo encuentre al negro hijo de puta que se los llevó, y le voy a dar una que le voy a dejar hecho mermelada de fresa. —Tragó un lingotazo de *whisky* y apuró con avidez el fondo del vaso.

—Bueno, vamos allá. Trae el mejunje. —Ella le acercó el frasco del Linimento Curativo del Doctor Jopes, con sus siluetas de caballos galopando por la etiqueta. Joey vertió una medida de linimento en el vaso de ella y lo llenó de cerveza hasta arriba.

—Bébelo despacio para que haga efecto.

—¡Descuida!

Con el segundo trago empezó la sensación amarga y corrosiva, y sus cuerdas vocales se tensaron. Cuando vació el vaso tenía la boca y la garganta secas.

—¿Te basta, o necesitas más? —Era implacable con el linimento.

—Estoy, estoy, va bien —respondió ella con la voz áspera y alta, el sonido que a él le encantaba, el sonido del éxtasis y del dolor en carne viva.

## Honor polaco

Tomaron un taxi a la Sala Polonia para que los acordeones no cogieran frío. La calle estaba atestada de coches, con fragor de bocinas y un policía a caballo dirigiendo el tráfico.

—Mucha gente —dijo Joey según pasaban por delante de la fachada y volvían la esquina hacia la entrada posterior. Sintió que se le levantaba el ánimo. Mucha gente era lo que necesitaban. Entonces atendió solícito al bienestar de su mujer.

—¿Te encuentras bien?

Ella no contestó. Atravesaron la gran sala, ya llena de gente que discurría despacio por delante de los puestos y mesas donde se exponían mareantes huevos pintados, chalecos bordados con solapas triangulares, tazas de madera tallada, aros de salchicha ahumada, tortas, intrincadas siluetas del Árbol de la Vida recortadas en papel, gallos y gallinas, banderines, suscripciones al *Amer-Pol Reporter*, un quiosco donde se

recaudaban fondos para ayudar a la familia del reverendo Józef Jurczyk de Polonia oriental —asesinado a hachazos por un demente cuando estaba diciendo misa—, información turística sobre travesías del Atlántico en el M. S. *Batory*, el orgullo de la Línea Gdynia-América, y en una caseta un estandarte rojo que decía CONTRIBUTUYE A DEFENDER EL HONOR POLACO.

—Ve tú delante —dijo Joey—, que yo quiero ver qué es esto.

Era la Sociedad de Vigilancia Polaco-Americana reuniendo firmas y dinero para presentar querrela contra la Asociación Cinematográfica Americana por producir películas que difamaban y vilipendiaban al pueblo polaco, y allí se citaba *Taras Bulba*, con Tony Curtis y Yul Brynner, junto a *Nadie escriba mi epitafio* y una serie de otras que no le sonaban de nada, y aparte una petición instando a los productores de Hollywood a hacer películas donde se retratase a los polacos desde una óptica favorable y propicia, películas sobre la carrera militar de Pulaski y Kosciuszko, por ejemplo.

Había muchos *hippies* alrededor de la caseta del Honor Polaco. Le dieron un poco de asco; eran *hippies* polacos, algunos con una estrafalaria combinación de camisas de cuello redondo de la vieja patria y pantalones cortos, pero casi todos con chalecos bordados y pelos largos que se les enganchaban en los relieves de las hombreras. Había también un contingente de veteranos del Vietnam, individuos musculosos con camisetas de algodón y el pelo al cero, todos con aspecto de poder blandir un hacha; se daban puñadas en los brazos y miraban con codicia los frigoríficos arrimados a la pared del fondo, que no se abrirían hasta después del concurso, cuando empezara el baile. El runrún de voces se alzaba por encima del claqueteo de sillas de madera armadas al fondo a medida que aumentaba la afluencia de gente en busca de asiento.

El vestuario era uno comunal, con tabiques de separación entre los lavabos y la zona de espejos. Sonia había sacado los acordeones alquilados de sus estuches y los había puesto debajo de la mesa de tocador, cerca de la calefacción. Se estaba pintando unas cejas arqueadas sobre la cara color naranja; a continuación se pintó los labios, con el lápiz que asomaba rojo, como el pito de un perro, pensó, de su estuche dorado. El traje de él colgaba de la percha. Ella le miró y le hizo un guiño, indicando con la cabeza el tabique de su izquierda. Él abrió más los ojos y ella volvió a hacerle señas de que se acercase a echar una ojeada. Él dirigió distraídamente sus pasos al

lavabo que había al fondo, mirando al pasar quién tenían al lado; eran los Hermanos Bartosik. Pero sólo estaba Henry. Al volver se paró, diciendo: «¿Qué hay. Henry, cómo te va? ¿No está Cass? ¿Venís dispuestos?». Sólo había un acordeón a la vista y un neceser de maquillaje.

—Se ha quedado en un atasco. Está fatal el tráfico. —Lanzó a Joey una mirada de odio con sus ojos azul hielo, volvió la cabeza y se puso a toquetear una correa.

Ya en su cubículo Joey sonrió de oreja a oreja para Sonia y empezó a aplicarse el maquillaje rojizo que les hacía parecer sanos y vigorosos. Tanto si Cass estaba por ahí bebiendo y no llegaba a tiempo como si Cass estaba borracho y sí llegaba, tenían el premio en el bolsillo, incluso con instrumentos de alquiler.

Allá fuera ya había dado comienzo el certamen, con Los Reyes Chicos de la Polca; se oyó una «Polca del patinador» demasiado acelerada, y el oleaje aplausos y silbidos, que se prolongó antes de que empezara la sección humorística. Para entonces Joey ya tenía una preocupación. Salían en penúltimo lugar, pero la codiciada última actuación de dúos era para los Bartosik. Bien, no había remedio. Se escurrió entre bastidores para contemplar durante unos minutos a los cómicos. El público rugía de risa con todo, hasta con el chiste de la mujer que bajaba esquiando por una ladera mientras toca el acordeón.

Los Vagabundos de la Polca, Stas y Stanky, hacían un número ordinario pero divertido. Stas salía con una falda hawaiana de pollos de goma y un gigantesco sostén rosáceo, con unas bombillitas navideñas en las tetillas que se encendían en color guinda cuando él apretaba un botón que llevaba pegado a la palma de la mano. Sus piernas peludas acababan en botas de pocero con la puntera muy grande y redonda. El fuelle del acordeón pillaba continuamente aquellos pechos absurdos con sus luces rojas, y Stas clamaba ¡AY, AY! con dolor fingido mientras cantaba «Siempre están estorbando». Stanky, embutido en un traje raquíto, tocaba doblado hacia atrás, sacando los brazos entre las piernas, con las caderas en arco y el acordeón inflándose y ladrando entre sus tobillos de seda negra. En ésas gritaba al público: «¿Habéis oído éste? ¿Por qué hacen falta cuatro polacos para hacer palomitas de maíz? ¡Uno para sujetar la sartén y tres para mover la cocina! ¿En qué se conoce un avión polaco? ¡En los pelos del alerón!».



Salía después Górká, alto, alto y flaco, vestido con una mezcla de prendas femeninas, peluca roja, nariz postiza y un silbato cromado colgado del cuello, y tocaba el silbato, se echaba en una oreja el agua que le brotaba a chorro de un codo y un zapato, encendía un gigantesco puro de pega que reventaba en una explosión de polvo verde. Tenía un acordeón trucado sobre un violín Stumpf, y tocaba «Sí señor, ésa es mi chica» con acompañamiento de bocina de coche, campanas y sartenes. Y salía Skippo bailando, con unos gemelos de ónice que hacían que las mangas de la camisa le colgaran por fuera de la chaqueta, que era de seda anaranjada con rombos dorados y verdes, las solapas haciendo contraste en terciopelo marrón y una pajarita plegada como un diminuto acordeón bajo las oscuras mejillas.

Siguieron a los cómicos un par de números de relleno, primero la madre de Arkady Krim llevando de la mano a su hijo, el niño ciego de Durango, estado de Colorado, que a los diez años perdió la vista y tres dedos de la mano derecha por tontear con un cartucho de dinamita. Arkady vestía un traje azul con solapas de lentejuelas. Sostenía el acordeón del revés, y tocó una pieza religiosa después de declarar que la música era un don de Dios y que él solía declinar ofertas lucrativas de actuar en salas de fiestas para consagrar su talento a un poder más elevado. Tras dos propinas le sustituyó una mujer de mediana edad con un vestido sin tirantes, que comenzó «La balada de los boinas verdes», continuó con «Catedral de Winchester» y «El vals de Tennessee» y acabó con algo tan polaco como «Zorba el Griego».

## **Vuelta a los vestuarios**

Antes de casarse Joey ya hacía los festivales y concursos polacos. Era una ocupación que daba para vivir, simplemente con ir de estado en estado, allá donde hubiera un festival étnico, un baile, una asamblea parroquial o el Día de la Polca, que se celebraba en una docena de estados, con afluencia de autobuses y autobuses de turistas: la Fiesta del Acordeón de Oro de California, el Festival Checo de Texas Oriental, los Días de Polca en la Capital, las Noches de Polcamoción, el Festival Canadero de Houston y la Cala de San Patricio, por el norte hasta Fairbanks para la Polkalaska, y el

Fin de Semana Polkabration en el Holiday Inn del aeropuerto internacional de O'Hare, bajo el bramido de los reactores. Fue necesario un año de trabajo para que ella saliera a acompañarle al escenario, hasta que superó el pánico a la multitud sudorosa y los cables serpentiformes que corrían por todo el suelo sucio, los pitidos del micrófono y la aprensión de ir a desmayarse delante de todo el mundo. Y con el linimento la sensación en la garganta como si se la hubieran restregado con una astilla. Casi no podía hablar, pero toda la fuerza de su ser se echaba a cantar. Entonces era lo bueno, sobre todo cuando ganaban un concurso, y la emoción de oír que les aclamaban por su nombre, a Joey, ¡y a ella!, y los gritos y los silbidos.

Era la época en que se pusieron de moda los acordeones de fantasía, los bonitos instrumentos de Karpeks, de todos los colores, con perlas y piedras de pasta, diamantes falsos y letras de purpurina, rejillas con baño de plata y hasta de oro auténtico, el blanco y el negro de las teclas invertidos.

Los organizadores eran siempre una pareja gorda cuya vida se resumía en la polca y lo polaco. Sabían asegurar el éxito, alquilaban los locales con un año de antelación, programaban la publicidad, escribían anuncios que salían en *El Mundo del Acordeón*, *El Noticiero de la Polca Tejana*, *Polacos en América*.

Cuando empezaron los primeros festivales, en los años sesenta —para que se enterasen los negros de que lo polaco era hermoso—, cuanto más polaca fuera la música más les gustaba a los organizadores; querían que los intérpretes cantaran en la lengua vernácula o en un dialecto regional y preferían músicas desusadas y ritmos difíciles que se tardaba mucho tiempo en montar, música de alguna Pequeña Polonia aislada. Pero los festivales prosperaron y crecieron, convirtiéndose en fiestas de fin de semana donde corría la cerveza y acudía todo el que quisiera; los organizadores sabían lo que quería la mayoría del público, y no eran esoterismos culturales. La señora Crab atendió a Joey por teléfono, explicándole.

—Nosotros no queremos nada extraño ni rebuscado, ¿me comprende? Ahora hay un reglamento, la asociación ha elaborado un reglamento. — Estaba apuntándoles para la Fiesta de la Polca en la Feria Porcina de Missouri, en agosto—. Tenemos otra vez el auditorio del Centro Cívico. — Joey gimió. La acústica era infernal, y el sistema de amplificación era una ruina que convertía la música en estruendo metálico.

—¿Y por qué no han alquilado una alcantarilla espaciosa? El efecto sería el mismo.

—Mire, Joey. Va a haber puestos de artesanía en un extremo, puestos de comida en el otro, y también las mesas con discos y cintas, y al fondo ponemos el mostrador de los números para la rifa. Este año va a ser un Ford Aztec en azul metalizado. También en la puerta de atrás las taquillas. Los intérpretes de concurso, caso de usted, tienen seis minutos cada uno, y para el baile habrá cambio de banda cada quince minutos, lo cual da mucha variedad. Bailes en fila solamente, con los bailarines de cara a los músicos, porque así se calienta el ambiente y resulta mejor, la gente se divierte más que si sólo se trata de ver a unos fanáticos de lo antiguo haciendo un baile nupcial de dos horas con coronitas. Los bailes en fila son bonitos como espectáculo. Sólo una canción en polaco. La mayoría de la gente no lo entiende, pero una sola canción da un sabor étnico bonito. Eso es lo que queremos subrayar, el *sabor* étnico. Déjeme que le diga una cosa, Joey; la música étnica ya no son aquellas antiguallas. En estos tiempos *todo* es étnico, y si se le puede sacar dinero, por qué no. La gente viene por la música y a pasar un buen rato. Y por la cerveza y las salchichas. Ya nadie quiere el sonido triste de la música folclórica, ni aquellos bailes complicados de parejas, de círculos y trenzas, y palmada al trasero y cambio de fila. Pasaron los tiempos de Los Cosacos en la Estepa. Todo complicadísimo, había que hacer un doctorado para bailar con el zueco polaco. Eso no divierte. Mire usted, yo no soy polaca, soy checa. ¿Y qué queda hoy día de lo checo? Pues nada más que la empanada *kolác* y la polca. Así que se trata de venir y tocar fuerte, y llenar el local de buenas polcas que suenen rápidas y alegres. Que suenen rápidas y alegres. Demostrarles lo que significa ser étnico. En cualquier caso tiene usted asegurados trescientos dólares, y si gana —y es la respuesta del público en el aplausímetro lo que decide quién es el ganador— son, vamos a ver, mil quinientos y la corona del Rey de la Polca Porcina de Missouri.

Aquella actuación en particular fue amarga. Sonia estaba esperando a Florry, había adelgazado cerca de cuatro kilos y medio y se encontraba fatal todo el rato. (Florry y Artie nacieron ambos un 15 de septiembre, con dos años de diferencia). Joey había preparado una versión llamativa de «Zly Chlopiec», que titularon «Chico malo». No salió excesivamente bien, pero era mejor que los números de Jerzy Wald, que sólo sacaron tres parejas a la

pista, y los escasos aplausos apenas se habían apagado cuando de pronto se adelantó un tiarrón con cuatro pelos largos pegados a la frente sudorosa y se puso a gritarles.

—Eso ni es polca polaca ni es música polaca. Yo soy un polaco de Polonia, y en Polonia se carcajearían de ustedes como yo me carcajeo, *ja-ja*, por decir que esa basura que tocan es polaca. Y eso no es comida polaca — y apuntó hacia la pradera sembrada de casetas de comida, cada una una tienda de campaña de tres metros por cuatro y medio, con una mesa caliente y una cámara frigorífica y unas mesas plegables al fondo y un mostrador servido por señoras voluntarias —, eso NO es comida polaca, esa porquería que ustedes llaman *kielhasa* y *kishka*. Eso no se lo daba yo ni a un muerto de hambre. Ni ésa guarrería americana, esa ensalada de patata con aceitunitas de dos colores y trozos de piña y mayonesa azucarada. ¡*Ja!* ¿Y el idioma? ¡Yo me carcajeo en su cara, *jaja!* Unas palabras destrozadas metidas de cualquier manera en frases de risa, unos atentados contra la gramática que le volverían del revés a un polaco de verdad, ¿ustedes creen que eso es la lengua de sus abuelos? ¡Ni parecido! ¡Eso es un polaco macarrónico! —Y así sucesivamente. Más tarde Sonia le vio sentado solo a la sombra de un árbol, comiendo la ensalada americana de patata con una cuchara en cada mano.

## Vencedores

Una vez que salieron a escena todo fue sobre ruedas. Los Colombos alquilados funcionaron, la sintonización les salió impecable y la voz de Sonia fue como una daga ensangrentada: *eso* era lo que significaba ser polaco, la miseria contenida, las injusticias soportadas, la fuerza en la adversidad, el aguante; cómo aquella voz lacerante y ronca era capaz de sostener una nota hasta que el público jadeaba y respiraba por ella. Y luego una polca fenomenal que hizo que los *hippies* presentes palmearan el ritmo, y el resto del público les imitó: buena señal, estaban con ellos. Se llevaron el mayor aplauso hasta ese momento, y el presentador Jan Reha apuntó al aplausímetro meneando la cabeza como estupefacto.

Corrieron al vestuario, sudorosos y felices de haberlo hecho ya y haberlo hecho bien.

Henry Bartosik, preparado para salir, estaba fuera de su cubículo, temblando de ira y mirando a la puerta de salida de artistas, por donde hacía su entrada Cass Bartosik, quitándose el abrigo sobre la marcha y peleándose con los cierres del estuche de acordeón que traía.

—¿Dónde coño *estabas*? Nos toca ahora mismo. ¡He estado a punto de volverme loco!

—No se puede circular, está de horror el tráfico, he tenido que venir andando desde ocho calles más allá para llegar... Dios, vengo congelado, traigo los dedos dormidos. Que esperen un momento. —Dejó correr el agua caliente del lavabo—. Sostén el acordeón encima del contador, está helado... Venga, venga, date prisa.

—¿Tú me dices *a mi* que me dé prisa? Maldita sea tu estampa, desde aquí hueles a *whisky*.

—No jorobes, he estado comiendo un bocado. No me encuentro muy allá, ¿entiendes? He tomado una copa, una nada más, para entonar el estómago. Ahora no me atosigues.

Uno de ellos movía el fuelle intentando meterle aire caliente, apretando las teclas frías. «¡Maldita sea!». Cass soltó una serie de pequeños eructos. En el escenario, cuando se apagó el aplauso para Joey y Sonia, el presentador voceó: «¿Verdad que han estado magníficos?» Un dúo fenomenal, el matrimonio formado por Joey y Sonia Newcomer. Y ahora lo que todos los jóvenes estaban esperando, un dúo que nos llega envuelto en el éxito reciente de su triunfo en el Festival de Polca en la Calle de Milwaukee, dos intérpretes excepcionales de la música polaca en estilos populares, los Hermanos Bartosik: ¡Henry y Cass BARTOSIK! —Los hermanos echaron a correr hacia la escalerilla del escenario, Henry soltando maldiciones y Cass hipidos y eructos, tartajeando: «¿Y yo qué quieres que haga?».

—Esta noche los Hermanos Bartosik, por cierto, amigos, que Cass Bartosik es el mecanógrafo más veloz de los Estados Unidos de América, van a revolucionar un poquito las cosas, van a tocar melodías populares a ritmo de polca, y como conmemoración y homenaje nos van a interpretar un popurrí de temas de Jimi Hendrix y Janis Joplin; eso sí, sin hacer pedazos

sus acordeones ni prenderles fuego. Así que, ¡preparados para el *rock*! ¡Los Hermanos Bartosik!

Se oyó el aplauso, el silencio expectante, y a continuación los dos acordeones atacando la «La polca de Bobby McGee y yo».

Joey se echó a reír.

—Escucha, el instrumento está frío; el fuelle va lento. Tienen problemas.

Echó un dedo de *whisky* en el vaso de papel de Sonia, y ella lo apuró de un trago buscando el calor rápido y la sensación de afloje, el efecto de alivio. De pronto se oyó que en el escenario se callaba el acordeón más lento; una pausa, y un enorme rugido de risa que continuó sin parar, aunque pronto se le superpusieron zapatazos y gritos ahogados que se acercaban. Los concursantes que esperaban en los vestuarios se agolparon en la puerta: Cass y Henry se estaban peleando en lo alto de la escalerilla. En el auditorio la voz de Jan Reha se estrellaba contra la risa, apaciguando, haciendo chistes frente a la marea de berridos.

—¿Qué diantre ha pasado? —dijo Joey, pues era evidente que Henry zurraba a Cass con furia, y Cass se agazapaba para esquivar los golpes de su hermano. De improviso se dobló por la cintura y vomitó en los escalones.

Joey exultó.

—Cielos, ha vomitado en el escenario. Eso ha sido. ¡Válgame Nuestro Señor y su Santa Madre y todos los santos de la corte celestial!, ¿te figuras si hubiéramos tenido que salir detrás? Yo no sé qué pasa hoy, que todo el mundo vomita a mi alrededor.

Pero alguien hizo bajar el telón, y dos mujeres corrieron al escenario con cubos y fregonas. Henry entró en los vestuarios hecho una fiera; Cass se quedó en el pasillo echando bascas, y un empleado de seguridad le guió hasta el lavabo. Lo de Henry ya no era ira, eran espumarajos de vesania polaca. Sonia, viéndole las mejillas ardientes y los ojos desorbitados, pensó que iba a hacer algo tremendo e irrevocable, pero lo único que hizo fue echar el acordeón a su estuche, ponerse el abrigo y desaparecer en la noche. El viento salpicado de nieve se coló en el corredor. Sobre el escenario la voz de Jan Reha estaba proclamándoles ganadores, *ganadores*, ¡el dúo de tortolitos, Joey y Sonia Newcomer! Y la señora de mediana edad que tocaba en los descansos interpretó con entusiasmo «Sube a todas las montañas»

cuando subieron a recibir el cheque y estrechar la mano escamosa de Jan Reha.

## El regalo

—Bueno, cariño, ¿qué quieres hacer, salimos a cenar o compramos algo, nos buscamos una botella y un pollo frito y lo llevamos al motel? Escucha, cariño, ya sé que es un tugurio, pero imagínate que no hubiéramos ganado: era lo único que podíamos pagar si no ganábamos. Mira este hermoso cheque, son mil quinientos contantes y sonantes: ya tenemos otra vez dinero, dinero maravilloso. Muñequita preciosa, ¿quieres que nos cambiemos a otro motel, a un sitio de más lujo? Hacemos lo que tú quieras, no tienes más que decirlo.

Ella se preguntó qué haría si le decía que sí.

—No sé. No quiero salir con el frío que hace, me había hecho cierta idea de quedarnos aquí hasta el final, comer aquí, algo rico de comida polaca, huele muy bien. Tienen rosbif con pasteles de patata. Y hay baile.

A Joey le gustaba bailar en los festivales al aire libre, donde no había tanto agobio de gente.

—Vale, sí. Qué barbaridad, ¿viste la cara que llevaba Henry? Con esto se han hundido, están acabados. Va a tener que tocar el Chordovox en los juegos de los senadores de Washington. Esto se va a correr como un reguero de pólvora por todo el circuito. ¿Te le imaginas llamando a Jerry y diciendo que quieren sitio en Doylestown? Y Jerry diciéndole con su voz sarcástica: «No, gracias, la vomitona en escena no nos parece un gran número». Oye una cosa, querida, yo tengo que volver a llevar estos acordeones al sitio de donde han venido antes de las once. Qué te parece si vuelvo al motel, veo cómo están los críos, cojo el coche, entrego los acordeones y luego me vengo para acá y nos divertimos un rato. Por la mañana vamos a misa, hay una misa con polcas justo cruzando la calle, desayunamos a la polaca y emprendemos la vuelta. Paramos en ese pueblo, en Morley, le decimos a la policía lo de nuestros instrumentos. Y mañana por la tarde tenemos un par de horas para sentarnos con la chequera y liquidar unas cuantas facturas. ¿A que te gusta el plan?

Ella asintió con la cabeza.

—Vale, pues salgo pitando. Te veo dentro de una hora.

A medianoche ella seguía esperando, sentada en una silla plegable y hablando con gente sobre la música y los Hermanos Bartosik, mirando continuamente hacia la puerta hasta que no pudo más de cansancio y regresó al motel caminando por la nieve, que tenía ya una altura de veinte centímetros y se amontonaba. Coches y camiones patinaban y se atascaban en las calles grasientas; cuando avistó el letrero HOTEL POLONIA MOTEL iba tiritando de frío. Bajo la luz de una farola, a poca distancia del Polonia, había una cosa pequeña que sobresalía de la nieve. La recogió; era una baraja sujeta con una goma elástica y un papel doblado. Soltó el papel, y dentro había dos billetes de diez dólares. La baraja mostraba a prostitutas exhibiéndose en extrañas posturas.

Eran más de las dos cuando él entró sigilosamente, con un mal aliento que se le notaba desde la puerta. Ella acababa de calmar a Artie, y le dolía la garganta por el linimento y cantar y el aliño de vinagreta de las remolachas. Estaba agotada. Él entró tropezándose con todo y soltando tacos, dio con la cama y se sentó pesadamente en el borde. Ella corrió a Florry hacia la pared.

—Cariño —dijo él—. Me he retrasado. Fui al auditorio y no había nadie. Se habían ido.

Forcejeaba con los zapatos; traía los cordones mojados por la nieve y no se aflojaban fácilmente.

—Fui al bar donde estaban todos. Qué escena. Cass estaba allí, borracho, y se peleó con uno. Había un individuo que tocaba el bandoneón, ¿lo has oído alguna vez? Tangos. Una pareja salió a bailar. Jesús, eran como un par de canguros con pegamento en los pies. Dan una patadita así, como un perro rascándose. Toma. Te traigo un regalo.

Ella palpó algo cúbico y duro, y luego sus dedos sintieron los botones. Se incorporó y encendió la lámpara, amortiguada con una toalla. Joey venía hecho un desastre, con el pelo chorreando de nieve, la cara sofocada, los ojos enrojecidos y la camisa medio desabrochada. Le echó en los brazos un pequeño acordeón verde.

—Ten. Tú sabes cómo se toca eso. Un precioso acordeoncito para mi preciosa mujercita. O se lo das a Florry, si quieres. —La voz le tembló y dio un gemido—. Cariño mío.



Ella tendió los brazos y le abrazó; quizá le quería a pesar de todo. El acordeón, pillado entre los dos, protestó.

### «Tu blanca cara empolvada...»

Cuando se vio libre de los acordeones no tenía la menor gana de volver a aquel motel piojoso para oír gimoteos y toses y arcadas de niños. Estaba helado, excitado, sentía caliente el cheque en el bolsillo del pecho. Llenó el depósito en una gasolinera que no cerraba en toda la noche y puso una lata de anticongelante. De pronto se acordó de la calefacción que no funcionaba, y pensó si no sería el fusible del ventilador; ¿cómo no se le habría ocurrido antes? Era el fusible. Debería haber comprobado eso antes que nada.

Circulando despacio por la calle helada, con el regalo en el asiento de al lado y el aire calentito soplándole en los pies, vio el neón rojo, Hi-Low Club, y la pancarta roja que ondeaba sobre la puerta, NA ZDROWIE FANS DE LA POLCA. Dejó el coche en el aparcamiento, que estaba hasta los topes — Jesús, qué frío —, y al dirigir sus pasos al ruidoso bar le llegó un estampido de música caliente de acordeón: al micrófono estaba Cass Bartosik, borracho e inspirado. Pidió un *whisky* y una cerveza, y se abrió camino hasta el mostrador largo y estrecho que corría por la pared del fondo, el único sitio donde vio una banqueta vacía. La mitad de los presentes tenían un acordeón; de todas partes salía música, o por lo menos ruido, «Las hojas muertas» mezclado con «¿Qué hay de nuevo, gatita?» y polcas.

Se sentó al lado de uno que llevaba un jersey gris, un hombre de edad avanzada y narigudo, con sombrero negro, que estaba escuchando a Bartosik tocar su versión en *rock* de «Okie de Muskogee».

—Yo desprecio esa música —dijo Jersey Gris.

—Yo también la desprecio. Bartosik es como una patada en el culo. Debería volver a la máquina de escribir.

—¿Conoce usted a ese hombre?

El del jersey tenía acento de no se sabía dónde, algo así como latino. Desprendía olor a tapa de lata de atún y aliento de gato.

—Sí. Ahora mismo vengo de la Gran Final de la Polca: ese tipo vomitó en escena. Le echaron a carcajadas.

—¿Así que usted toca el acordeón?

—Sí. ¿Y usted?

—No. —Hizo un gesto hacia el estuche cuadrado que tenía a los pies—. El bandoneón. El mejor de los instrumentos de lengüeta libre. Sonoro, trágico, furioso, y *siempre* sensual. Yo no toco esta música pop, estas polcas; yo sólo toco tango, que es una música de carácter trágico, ligada a la tortura del amor, el asesinato del corazón, el sufrimiento.

—¿En serio? —dijo Joey—. ¿De dónde es usted?

—De Buenos Aires, Argentina. Pero salí hace unos años pensando que aquí habría oportunidades para mí. La vida en Buenos Aires tiene ciertos aspectos desagradables.

—Ya —dijo Joey—. ¿Le apetece una copa?

—Gracias, señor. Es usted un hombre sensible. Yo he tocado aquí en muchas bandas, casi nunca tango, sólo un par de veces. Los americanos no entienden el tango. No conocen el bandoneón. Le digo, yo desprecio América: la comida, las mujeres, la música. Mi error está en que se me nota en la cara. Hago ciertas cosas. Soy arrogante, lo reconozco, porque soy una persona superior y vengo de una cultura superior. Pero aquí, primero lo intento, y luego me vuelvo despreciativo y colérico, es mi manera de ser; y luego, como tengo hambre de lo que sea, me paso al delito. Robo un filete de un supermercado, me emborracho en público, meo en la acera, suelto discursos de loco a todo el que me escuche, grito palabras obscenas en el cine, alboroto en los restaurantes. Soy vengativo. Si uno me dice algo que no me gusta, medito la manera de arruinarle. —Su cara color cemento era una máscara de reprobación.

—Parece usted persona de cuidado —dijo Joey.

—Le voy a contar una cosa —dijo el hombre, sacudiendo un cigarrillo a medio fumar que había sacado de un paquete arrugado y encendiéndolo—. Hace poco me insultó el camarero de un bar. Le esperé en la calle hasta que se fue para su casa. Le seguí y me fijé en qué puerta entraba. A la tarde siguiente, mientras él estaba en el bar, yo fui a su casa a vengarme.

—¿Qué hizo?

—Le destruí. Quité todas las etiquetas de las latas que tenía en la despensa. —Se echó a reír—. No sabrá si lo que abre es sopa o son peras.

—¿Nada más?

—También le quité los tornillos al asiento del retrete.

—Procuraré no pelearme con usted. Tómese otra copa.

—Le voy a decir una cosa. Me voy al Japón. En el Japón les vuelve locos el tango. En el Japón y en Finlandia. Allí entienden. En Buenos Aires me llamaban el Tigre del Tango, la Bestia del Bandoneón.

—No me diga. ¿Así que es usted muy bueno?

—Probablemente el mejor bandoneonista del mundo, mejor que Astor Piazzolla, y le diré que mis tangos no son tan disonantes, no tan *nueva ola* como los de él. Piazzolla, con esas cremalleritas que son como la cremallera de plástico de una cazadora barata, esos silencios premeditados, ese chirrido como de restregar un globo con otro. Es una música seria, dura, implacable; se baila con gesto furioso; y el ritmo, el compás, es como subir por unas escaleras de cemento en un rascacielos con fuego detrás de las puertas. Y hay ese carácter de peine de papel que hace temblar las suturas del cráneo. Esas subidas apasionadas son una desazón musical. Yo pienso en hombres bajos con zapatos de suela de cuero, el babeo del violín lánguido, los resoplidos, los estertores, las escalas como gotas de caramelo ácido en una tira de papel, las ilusiones de nieve y telaraña y árboles que caen. Las partes como trenes marcha atrás. Ajetreo de gallinas. Oficiosidad de gallos. Gemir agónico de vacas sacrificadas. Pero en *mi* música hay salvajismo; en mi música, en mis tangos, hay ferocidad. Dentro de mí hay un animal que es como una rana con garras afiladas, que salta y me desgarrar. —Extendió las manos y mostró el pulgar deformado.

Joey ya tenía bastante del mido de Bartosik. Se puso en pie y bramó:

—¡Atención! Señoras y caballeros. ¡Atención! Esta noche tenemos... ¿cómo se llama usted?

—Carlos Ortiz.

—Esta noche tenemos con nosotros al afamado artista argentino de la lengüeta libre, al Tigre del Tango, ¡al Señor del Bandoneón, Carlos Ortiz!

—Todos aplaudieron, porque estaban hartos de Bartosik. Joey empujó al del jersey hacia el micrófono y le ayudó a abrir el estuche de su instrumento, apremiándole, venga, venga, vamos a oír el tango, y entremedias gritando, siéntate Bartosik, vete a vomitar por ahí.

El hombre se irguió ante el micro sosteniendo el instrumento ochavado, gris y plata, con sus rutilantes botoneras, ciento cuarenta y cuatro botones. Tomó asiento en la silla y flexionó las manos.

—Gracias. Esto es una sorpresa, naturalmente. Voy a tocar para ustedes un par de tangos, una clase de música, una danza sensual y cruel, que suena lejos de su lugar de origen, Buenos Aires. Empiezo con una cosa triste y un poco amarga, «Lágrimas».

Patearon el suelo y le pagaron copas, reconociendo la dificultad de su instrumento y el virtuosismo de su ejecución. Él, embriagado, siguió tocando: «Malas ideas», «Sueño secreto», «Los chiflados», «Mi pasado ardiente», «Bravo y malvado», «La yumba», de Osvaldo Pugliese, e incluso el extraordinario «A la gran muñeca» de Carlos de Sarli.

Una pareja de mediana edad salió a bailar. Sabían tanguear: el brillante juego de pies, la cercanía de los cuerpos, las paradas estáticas y lentas, los cortes, la inclinación profunda, el giro de cabeza violento. A Ortiz le parecieron exquisitos en su conocimiento de la sombría e irascible música, y tocó con furia. (Aquella misma noche, en la habitación del hotel y tras los ejercicios que suelen seguir a una noche tanguera, el bailarín sufrió un infarto, y su último pensamiento fue para maldecir el tango). Pero el público empezó a cansarse de aquella música dramática y desgarrada. Cass Bartosik, haciendo bocina con sus torpes manos, gritó: «*Aligera*, hombre. Demasiado pesado, tío». Y avanzó sobre el Tigre, y la velada acabó en pelea delante del micrófono, que amplificaba los jadeos y gruñidos de los combatientes. El Tigre mascullaba: «Tonto de mierda, no me estropees el bandoneón, que ya no los hacen. Ten cortesía con este instrumento maravilloso. ¡Cerdo polaco! Mira que te mato».

Joey se fue sin ver cómo terminaban.

(En 1972, cuando Perón regresó del exilio, el Tigre volvió a la Argentina. Tras la muerte de Perón se encogió de hombros y se quedó, enamorado de una ilustradora de botánica y cosechando éxitos con sus nuevos tangos. Un día despertó el interés de unos jefecillos segundos de la junta militar con «Mala Junta», un tango que aludía disimuladamente a las malas compañías, la espiral descendente, los peligros de tratar con delincuentes. Se lo llevaron de noche, le encerraron y le torturaron, le descoyuntaron los dedos. No volvió a tocar el bandoneón).

## Un regalo

Florry la despertó cuando aún era de noche.

—Mamá. Mamá, quiero patatas fritas.

—¿Hum?

—Mamá, quiero leche con cacao.

—¿Es que tienes hambre?

—Sí.

Trató de pensar qué había para comer en aquel cuarto sofocante a las cuatro y media de la madrugada. Se acordó de las máquinas expendedoras del pasillo, que daban refrescos y caramelos, quizá galletas. Susurró, Ahora mismo te traigo algo, pasó por encima de Joey, que roncaba con el típico resuello de boca abierta del borracho dormido, cogió el bolso y descorrió la cadena de la puerta. Dejó entreabierto. El vestíbulo era un basurero de nieve derretida, papeles arrugados, octavillas de anuncio de parejas para baile lento con la foto de una chica pechugona haciendo una sugestiva O con la boca, tiques rotos, una botella de agua vacía, latas de Coca-Cola aplastadas, un mitón azul mugriento. Al fondo ronroneaban las máquinas. Una naranjada y un paquete de galletas saladas de queso fue lo mejor que pudo encontrar.

Florry comió con ansia y bebió como una autómata. Estaba despierta del todo, dispuesta a iniciar el día, recorriendo con los ojos aquella habitación miserable donde parecían llevar tanto tiempo, la ropa de su padre tendida sobre el respaldo de la silla, la rendija de luz que entraba por la dura ventana blanca, el brillo del cromado en las barras del carro de Artie, el reflejo de una moneda en la mesilla, y una cosa verde y cuadrada con una cinta roja.

—¿Qué es eso? —preguntó mimosa, apuntando.

—¿Tú qué crees que es? ¿Qué parece?

—Un regalo. —Y hundió la cara en las mantas, sonrojándose por la temeridad de haber dicho esa palabra.

—Es un regalo. Ten. ¿Lo ves? —Estirándose por encima de Joey cogió el acordeón verde, se lo dio a Florry, soltó los cierres y guió las manos de la niña para abrir el fuelle y pulsar los botones.

—Es un acordeón. Es pequeño. Mamá, ¿dónde están las teclas?

—No tiene teclas. Los de esta clase tienen botones. Con uno como éste fue como aprendió mamá. Así. —Y llevó los deditos por «Ovejita negra, ¿tienes lana?».

- ¿Es para mí, mamá? ¿Es un regalo para mí?  
—Sí. Para ti.

## El *sheriff*

El cielo estaba encapotado con nubes oscuras de más nieve, y Joey conducía deprisa para avanzar lo más posible antes de que empezara a caer. Habían pasado las quitanieves, pero el firme estaba helado y traicionero. La calefacción renqueaba; Sonia tenía que ir raspando virutas de escarcha del interior del parabrisas y de las ventanillas con la espátula de cocina que Joey llevaba sobre el salpicadero.

—¿Es ahí? «Morley, nueve kilómetros»: ¿es ése el pueblo?

—El del restaurante. Donde tomamos la tarta.

—Donde nos robaron los acordeones. Te apuesto cien dólares a que la policía sabe exactamente dónde hay que buscar a esos individuos.

—Joey, yo no vi a ningún individuo.

—A mí no me ha hecho falta. Yo sé que han sido unos negros con su jodida plasta de pelo grasiento, que necesitaban dinero para la droga. ¿A quién si no se le ocurriría robar un par de acordeones?

Llegaban ya a las cercanías del pueblo: crestas de hielo sobre el asfalto, de tanto en tanto un supermercado, casitas tras su cuadrado de nieve partido por el camino de cemento, coches aparcados delante de garajes de una sola plaza, con viejos aros de baloncesto sobre la puerta abierta. Luego se quedaron atascados detrás de una caravana de turismo que llevaba pegadas calcomanías de los estados visitados; Joey iba tan cerca que se podía leer *Florida Hogar del Sol* en rojo y amarillo, con un sol sonriente contrapesando la silueta en forma de escroto del estado, pegada en el centro de la puerta de atrás, en cuya ventanilla con persiana se balanceaban unas cortinas de plástico.

—¿Y qué demonios estarán haciendo aquí en pleno invierno? —se admiró Joey. Pero al adelantarla vieron que era una caravana vieja sin placas, remolcada por una grúa.

Pasaron por delante del restaurante, medio oculto por un camión en movimiento, y Joey paró en una estación de Shell, donde un negro de

mediana edad, vestido con camisa, pantalón y gorra azul oscuro, vino hacia ellos limpiándose las manos con un trapo. La morena cara de tortuga aparecía acristalada con bifocales grandes como galletas; la parte baja de los cristales recogía la luz en hamacas gemelas.

—¿Lleno, señor?

—Sí. ¿Dónde está la comisaría de policía?

—No hay policía en Morley. Hay un cuartel de la policía del estado unos treinta kilómetros más al norte.

—¿Qué hacen entonces los ciudadanos si alguien comete un delito, si por ejemplo le roban a usted unos acordeones del maletero mientras está comiendo una marranada fría en el maldito restaurante de la carretera? ¿Qué hacen ustedes entonces?

—Ir al *sheriff* del condado. Son cinco setenta, señor; ¿le miro el aceite?

—No. ¿Y ése dónde está?

—Seguramente le encuentran en la oficina del *sheriff* en el ayuntamiento. Pasan el restaurante para coches, pasan el McDonald's, pasan la escuela, y no tiene pérdida, es un edificio grande, blanco, que hay a la derecha, con un cañón y un tanque en el jardín. ¿Y eso le ha pasado a usted? ¿Le robaron el acordeón en el restaurante? Dicen que la música cura al criminal. —Estaba pasando una bayeta por la suciedad del parabrisas.

—Tienen mucha razón —y recogiendo el cambio en la palma caliente se lo pasó a Sonia.

Aparcó a diez pies de una señal que decía PELIGRO CAÍDA HIELO y subió de dos en dos los peldaños de granito, cubiertos de hielo y gránulos de sal azul. Sonia se empinó sobre el respaldo para volver a arropar a Artie en la manta del motel y darle a Florry una barra de chicle, pero no se había sentado otra vez cuando ya estaba Joey subiendo al coche y poniéndolo en marcha con un acelerón.

—¿No estaba?

—Estaba.

—No has tardado mucho.

—No. No he tardado mucho. He echado una ojeada al *sheriff* Monicaco y he decidido no contarle mi problema. Un hijo de puta más negro que el as de picas. Eso sí, por lo menos no ha vomitado: se ha contentado con mirarme. ¡Un negro de *sheriff*, me cago en la puta! Compraremos otros.

Condujo un rato en silencio reconcentrado. En el asiento de atrás, Idorry, apretando botones a voleo en el acordeón verde, cantaba; «Oh el *sheriff* negro, el *sheriff* negro viene a la ciudad».

—¡Ya! —dijo Joey enfurecido, y la niña se echó a llorar. Cuando Sonia se volvió, vio que tenía chicle pegado en el fuelle del acordeón y le quitó el instrumento.

(Un par de años después a Joey le atracaron tres muchachos chinos a la salida del Club Polaco.

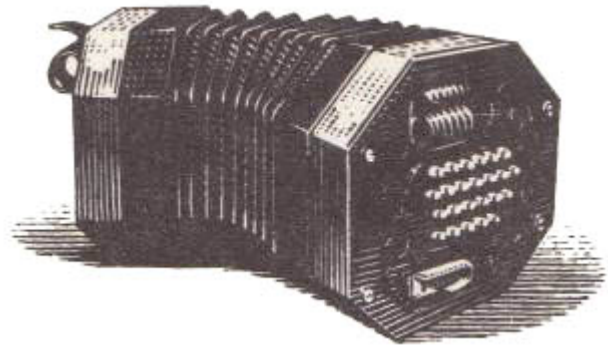
—Nos vamos de aquí —dijo—. Nos vamos a Texas. Se acabaron la maldita nieve, los chinos y los negros.

En la almoneda POR TRASLADO A TEXAS que hicieron a la entrada de la casa, el acordeón verde fue a parar a la mesa de caballete con una cámara Charlie Tuna, camiones y pistolas de poliestireno, un yoyó de baquelita con el cordón deshilachado, una muñeca Barbie con una sola pierna y manos diminutas alzadas en vana súplica, una lámpara de mesa en forma de ganso translúcido, reglas de plástico, un juego incompleto de platos de melamina de un amarillo pálido descolorido, un salero en forma de bomba atómica, un molde de panqueques, un tarro medio lleno de botones con hilos enredados, una sarta de cuentas de caucho, tres linternas vacías y un montón de discos viejos de 78.

Se trasladaron primero a Koskiusco, estado de Texas, y después a Panna Maria, donde Joey puso una piscifactoría de barbos, le sumó la cría de mariquitas para el mercado de cultivos orgánicos, y en diez años amasó una modesta fortuna, pero para demostrar que no se había envanecido siguió comprando en la tienda Snoga. Con el paso de los años aprendió a montar a caballo, y usó botas y sombrero vaqueros y un cinturón de cuero repujado con una hebilla de plata que decía POLCA TEXAS. A Sonia se le puso el pelo blanco, y después se le cayó completamente por la quimioterapia que le dieron en los últimos meses de su cáncer de garganta, en 1985. Cuando el papa Juan Pablo II llegó a San Antonio en 1987, Joey y su segunda mujer estuvieron presentes en la audiencia especial concedida a los de Panna Maria, y fue el momento que Artie eligió para escaparse a Los Angeles. Encontró trabajo temporal como chico para todo con un trío de músicos *klezmer* que hacían papeles secundarios en la película de risa *The Cheapskate*, y después emigró a Australia y trabajó durante un tiempo en un rancho del interior).



## Los colores de los caballos



**CONCERTINA**

## *Antiguo Egipto*

Pues sí, el caballo había sido enterrado, y luego había vuelto a aparecer, extraído de la tierra como por una antigravedad, tendido de costado, con los dientes en una blanda sonrisa incrustada de barro, floja la carne pecosa de los labios y el hocico bajo el níveo pelo, la luneta del ollar como una entrada a los misterios del cuerpo. Una sola oreja ensangrentada, tiesa como escuchando; las trenzas de las crines deshechas, los ojos perdidos. Era *Antiguo Egipto*, y ella habría preferido que Fay McGettigan no se lo enseñara jamás.

## **Algo en el techo**

Volvió al rancho por los mismos días del verano de 1980, pero no sola; llevaba consigo a Vergil Wheelwright, que había estado en Vietnam; les había escrito diciendo que esta vez era definitivo, que iba en serio. Venía cruzando el país con ella, camino de casa de sus padres, a quienes no veía desde hacía cinco años, desde que Simon Ults, su primer marido, matara al caballo y su padre le pegara un tiro a Simon. No les dijo que Vergil había estado casado antes con una enfermera que conoció en el Vietnam, un matrimonio desastroso de borracheras, drogas, peleas y golpes, que se deshizo cuando Lily le denunció, se divorció de él y partió con rumbo desconocido. Él parecía haberlo superado.

Ella hablaba esporádicamente. Le dijo que tenía que conocer al viejo Fay, que debía tener ya setenta años; era el mayoral que prácticamente la había criado; le describió las botellas de leche llenas de monedas que tenía en su caravana, su maña con los caballos, su conocimiento de las enfermedades equinas. Había un retrato de él, una foto clavada a la pared, dijo, tomada cuando era un crío —sabe Dios quién le enfocó con una

cámara y por qué—, y ahí aparecía sentado en un barril, descalzo, podía tener doce años, con unos pantalones que eran harapos, con una chaqueta de hombre sin botones, sólo aquellos trocitos de palo cosidos probablemente con una aguja de sacos enhebrada con bramante, una de aquellas agujas curvas, y unos palitos de dos centímetros y medio de largo en lugar de botones, se metían en los ojales y hacían su función. Hablaba más de Fay que de Kenneth y Bette, sus padres. Le hablaba de cuando Fay la cogía por los tobillos y la alzaba en volandas cabeza abajo, la sensación de vértigo al girar por el aire con los brazos extendidos y las manos abiertas, y el horizonte amarillo que parecía un remolino, y los caballos que se estriaban y deformaban a la mirada desenfocada, y Fay que cantaba «*Ya iba bajando el dinero*», alguna canción de las suyas. Sabía cientos de canciones antiguas que no recordaba nadie más que él, canciones cochinas, muchas de ellas de vaqueros, pero también canciones irlandesas, que cantaba con una voz de tenor triste pero hermosa, acompañándose con un pequeño acordeón.

Describía el volteo como un suceso extraordinario de su infancia, pero pensaba Vergil que era lo más vulgar del mundo, a todos los niños les volteaban; acerca del tiroteo, detalles que él ansiaba conocer, hablaba muy poco. Evadía el tema con gran habilidad. Él la miraba continuamente; contemplaba aquel pelo que se alzaba sobre la ancha frente con el tono del trigo seco, las cejas y pestañas sin color que a veces oscurecía con lápiz marrón; la nariz larga que se enrojecía con el frío, una nariz de aletas tan finas que daba la impresión de que podía costarle trabajo respirar; y en efecto, en efecto, era propensa a la sinusitis. La boca era fina e incolora. Para él era una cara nórdica, pero ella decía que no. Él no sabía qué era, y por otra parte ¿qué más daba? Le gustaban las mujeres pálidas.

Aún faltaban dos estados, pero ciertamente era el oeste, y conducían por un camino de tierra roja. En un paso a nivel que hacía curva, la carretera cruzaba las vías entre peñas con tal incrustación de fósiles que parecían como una lluvia que se deshiciera ante la vista en la piedra triturada alrededor y por debajo de las traviesas. Una traviesa estaba ardiendo, soltando una maroma de humo blanco que se enroscaba en el aire quieto. La curva de las vías reflejaba la luz y su propia lisura, nada más.

Pararon y vieron que alguien había encendido un fuego de astillas y hierba seca sobre la traviesa y lo había dejado sin apagar. Él echó tierra encima con los pies, ella derramó la garrafa de agua de manantial, y la

vaharada fue como si debajo de la traviesa estuviera el mismísimo demonio con su tenedor. Vergil se acuclilló a su lado, observando su ceño fruncido, las piernas flexionadas, lechosas, sin broncear, suaves, el esmalte nacarado de las uñas de los pies desnudos en alpargatas, y pensó que esto lo hacía por ella, este viaje para conocer a unas personas que seguramente serían inaguantables y tremendas. Los padres de Lily, su primera mujer, guiaban sus vidas a golpe de signos astrológicos y corazonadas, le daban de comer tacos congelados y peras de lata, le hacían sonreír mientras tomaban instantáneas diciéndole que no se pusiera tan serio. Se había casado con Lily a las tres semanas de volver del Vietnam. En treinta y seis horas había hecho el viaje desde Da Nang hasta la base aérea de Travis y el pueblo industrial de New Hampshire que le vio crecer. Duró dos horas en la casa, mientras su padre le decía que lo que tenía que hacer era buscarse un buen trabajo y su madre le ponía delante un tazón de palomitas de maíz saturadas de margarina. Se fue a Boston, se encerró en un hotel, y se pasó la semana colgado del teléfono, hablando con Lily febrilmente, diciéndole que tomara un avión a Boston, que tenían que casarse. Descargaba la cisterna del retrete treinta veces al día solo por ver caer el agua en cascada.

—¿Por qué habrán prendido fuego a una traviesa?

—Habrá sido el jodido Jesse James, para parar el *Express Limited* y desvalijar a los viajeros.

Pocos kilómetros más adelante tuvo que dar un frenazo porque había una vaca plantada en la mediana, con un ternero al otro lado de la cerca.

—¡Joder, la jodida vaca!

En el asiento de atrás resbalaban los cachivaches. Josephine, por inflar la idea de aventura, había intentado encontrar un baratillo en cada estado; en el de Nueva York compraron un letrero de madera pintada que decía DIOS BENDIGA ESTA CHABOLA, en Pennsylvania un Niño Jesús de Praga sin cara y un ejemplar de *La escalera de arena* de Zane Grey, en Ohio un bastón con incrustaciones de colores que pesaba nueve kilos y un almohadón de cuero con la imagen pirograbada de un avestruz, en Indiana el cenicero del torero. ¿Y en Illinois? En Illinois no había más que tráfico espeso de camiones y peajes innumerables de diez centavos, veinte centavos, cuarenta y cinco centavos, hasta que Vergil tomó una salida equivocada a las afueras de Chicago y fue ella la que primero vio el baratillo, la mesa de borriquetas

delante de una casucha ennegrecida por la contaminación y el cartel: VENTA POR TRASLADO A TEXAS.

Josephine tocó la muñeca, la lámpara ganso, cogió un botón y lo dejó caer, levantó el salero en forma de bomba que ponía FAT BOY.

Dijo: «¡Adjudicado!» y pagó un dólar. Vergil dijo:

—Joder, modelo especial Lawrence Welk —cogió el viejo acordeón, le hizo resollar un par de acordes. Tres dólares.

Farfulló: «Joder, ¿qué vamos a hacer con esta mierda?». Puso el salero en la guantera, y el acordeón en el asiento de atrás con las demás cosas.

—Vale —dijo—; Chicago ya está. ¿Qué es lo siguiente, la mierda de Iowa?

—La mierda de Iowa. Salgamos de aquí.

Las calles iban empeorando, con casas baratas y ruinosas y las aceras llenas de negros.

—A ver si es por aquí, joder —dijo él lanzándose por una cuesta arriba, pero a medio camino estaba cerrada y tuvo que bajar marcha atrás, retorcido en el asiento para mirar por la ventanilla trasera. Sobre ellos se oía el rugido de la carretera.

—Joder, podían cerrarla por abajo. Vale, tiene que haber otra subida. Siguiendo por debajo de la carretera hacia el oeste tenemos que encontrarla. ¿Por qué no lías un porro?

Pareció un tiempo muy largo, un tiempo muy largo y peligroso de circular por calles llenas de gente, gente que pululaba al sesgo del tráfico y las luces, borrachos vacilantes, remolinos de papeles y basura de plástico de colorines hasta los tobillos, cada dos por tres una tienda de licores o una echadora de cartas, y caras oscuras que se volvían hacia ellos, que miraban al coche y les miraban, pandillas de jóvenes grandullones en camiseta y zapatillas de deporte, que vagueaban y tiraban patadas al aire y miraban a todas partes con desasosiego.

—Qué horror —dijo Josephine—. ¿Cómo hemos venido a parar aquí? —Pero Vergil no hablaba.

Un hombre que andaba con pasos de tijera los miró aviesamente, hizo ademán de arrojar algo y, como si su gesto fuera una orden, uno de los chicos se agachó, cogió una botella que estaba apoyada en un muro pintado de *graffiti* y la tiró desganadamente hacia el coche. Se estampó delante, y sobre el capó saltaron trocitos de vidrio.

—Cretino hijo de puta —dijo Vergil.

—Gracias a Dios falló —dijo Josephine, agarrada al borde del asiento y lamentando que el coche no tuviera cristales ahumados.

—Lo ha hecho aposta, el muy hijo de puta. Ha sido un disparo simbólico: estos hijos de puta se pasan dieciséis horas al día jugando al baloncesto, y seguramente le acertaría a una jodida mosca con un grano de arroz a sesenta metros.

—Es un consuelo. —Por el retrovisor vio que todos hacían como que tiraban cosas, o quizás arrojaban más botellas de vidrio que no se veían, brillantes proyectiles lanzados por el aire a ochenta o noventa kilómetros por hora para hacer trizas la ventanilla de atrás.

—Por ahí es. —Un coche que iba delante giró por una subida, le siguieron, y segundos después se sumergían en el tráfico de una autopista elevada que manaba hacia el oeste; era el comienzo de la hora punta. El tráfico se hizo primero más lento y luego lentísimo, y Josephine, sacando la cabeza por la ventanilla, vio un parpadeo de luces de emergencia rojas y azules.

—Accidente.

Avanzaron a paso de tortuga mirando desde arriba un desierto de ladrillos y alambradas, oyendo el tremendo martilleo que salía de una fábrica, viendo en un bar churretos una foto del papa Juan Pablo II bajo un anuncio de cerveza Bud; un suburbio desolador de casas de ladrillo con ventanas rotas y exteriores plagados de tuberías y canalones, escaleras de incendios, cables, algún que otro comercio feo a pie de calle, BARBERÍA, SUMINISTROS PARA RESTAURANTES, una prostituta apoyada en una barandilla con una peluca negra lustrosa sobre la frente como un huevo pelado, piezas colgando en una entrada bajo el rótulo desvaído CARNES BANJO, CORDERO LECHAL, y traseras abiertas de camiones. Desfilaron junto a pilotes, y Vergil dijo: «No, son obras» cuando llegaban a una señal anaranjada, DESVÍO, y un guardia por cuyas indicaciones volvieron a meterse en el laberinto de calles de abajo y una odisea de semáforos.

—Maldita sea, ¿saldremos de aquí alguna vez?

Esperaron en un semáforo, en medio del tráfico que se ahogaba y retemblaba por todas partes; el fulgor rojo de las luces de freno daba calor y sentimiento al panorama de coches y camiones apelotonados como conchas en un banco de ostras. La luz cambiaba y volvía a cambiar, y unos cuantos

coches intentaban huir del atasco y sólo conseguían apretar más el metálico nudo, cuando se oyó caer algo sobre el techo, primero un golpe sordo y a continuación un gateo. Una máscara de pelo y ojos rojos pendió por unos segundos sobre el parabrisas y desapareció.

«¡Ay!», gritó Josephine, y Vergil dijo: «¿Qué coño era eso?». Arriba hubo un ruido de pisadas, y lo que fuera se esfumó. En otro carril tocaba una bocina, *blaa blaa blaa blaa*.

«Ahí está». Josephine apuntó a un animal que brincaba sobre los coches de delante y le vio saltar al techo de una furgoneta blanca de reparto en cuya puerta de atrás decía LA Rápida. El atasco empezó a aclararse y el tráfico fue saliendo del atolladero. Otro estrechamiento con más luces parpadeantes y vidrio callejero, y de un tirón salieron por su carril; pero la subida siguiente también estaba cerrada, con desvío por un largo túnel.

—¿Qué era eso, joder?, ¿un mono? —La furgoneta blanca iba ocho o diez vehículos por delante. Ya al final del túnel, donde el agujero gris se abría a nuevas calles, sintieron el bamboleo de las medas al pasar por encima de algo.

—Hay una subida. —Josephine se volvió a mirar por el retrovisor. No había nada que ver. Podía haber sido cualquier cosa.

Mientras Vergil volvía a zambullirse en la riada de coches y camiones hacia el oeste, ella se arrellanó en el asiento, tranquila otra vez y hasta amante; miró al cielo, que era a su vez un parabrisas ahumado, claro junto al horizonte y azul denso a media altura de la bóveda. Una nube suelta, una tira de tul rasgada, luego otra y otra, borraduras de trazos difuminados, rosados y sucios. Surgió un punto negro que desde el sur se movía velozmente hacia la autopista y la cruzó casi sobre ellos; entonces Josephine vio que era un globo infantil, y lo siguió con la vista hasta que desapareció, una mota de oscuridad. La carretera se ensombreció; los faros de los vehículos que venían en dirección contraria deslumbraban, llenaban los ojos a pesar de la claridad del cielo, ámbar y rosa y ahora poblándose de nubes desconocidas, entreveradas de fulgores.

—Vamos a buscar un sitio donde parar —dijo. Ansiaba un baño y una copa y una hora de intentar leer *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, el libro gordo que se pasaba el día resbalando a sus pies sobre la alfombrilla de nailon. Iba aún por la página cincuenta y tres. Él no contestó, pero ella sabía que estaba pensando en tumbarse desnudo sobre la cama, con el hielo

repicando en el vaso, el humo con olor a hierba empañando el brillo de la televisión, mirando las noticias, demasiado cansado para salir a cenar, por qué no llamaba ella al servicio del hotel y pedía lo que fuera en la habitación, que lo trajeran, y echarse en la cama con él y tenderse sobre su miembro que se iba endureciendo, hacer una cosita rica, por qué no, joder. Pero bueno, a ver, qué pasaba con ella, ¿era frígida? Y ella diría que no y haría lo que él quisiera. Encendió la radio, NPR: una prolija historia de uno que fabricaba bungalós de plástico reciclado para climas tropicales. Pasaron junto a un camión de fertilizante que había volcado; las ruedas giraban aún y un reguero blanco cruzaba la autopista.

—Tenía que ser un jodido mono —dijo Vergil—. Escapado, joder. ¿Te he contado lo de cuando comí sesos de mono en Nam?

## Carreteras

Al salir de Coaldust al día siguiente le preguntó: ¿Cuántas piedras sagradas crees tú que habrá marcando la última posición del general Custer? Ella no supo contestar. Bueno, pues ¿cuántas carreteras que cruzan barrancos sagrados de los indios? Ignoraba la respuesta. Joder, apuesto a que crees que este país es real, dijo.

—¿Real cómo?

A esa hora había una nube ribeteada de rojo sobre cada edificio negro, y de algunos edificios salían vapores coloreados por la luz del día. El escape de la central eléctrica, espeso y hermoso como una nube violeta; las charcas de moaré cerúleo y cobalto y rojo púrpura; la tierra movida por *bulldozers*, amontonada en vastas medias lunas que el pasajero de un reactor, mirando por una ventanilla del tamaño de su cara, vería como porciones superpuestas de una topográfica *tarte aux pommes*. El cono de carbón negro de un depósito ferroviario que se alzaba egipcio en medio del polvo fino; una cabaña con el tejado verde y un depósito de fuel y los marcos de las ventanas pintados de rojo. A un lado la tierra almagrada que antaño fuera pradera de los llanos altos, que antaño fuera hierba susurrante movida por el viento.



Vergil conducía deprisa por la interestatal, pasando los poblados de remolques con dos peldaños ante cada puerta, antenas en el techo, cortinas rotas y ventanas abiertas sobre la autopista con su deslumbramiento y su rugido, y más allá de esos remolques otros cien, otros mil remolques, un rótulo amarillo en el exterior de un remolque bar, EL SALTO. Arriba las nubes en lazos y colores saturados que trascendían los tonos de neón. Aire de camiones, caluroso, urticante; olor a diésel y a goma recalentada: subían de la noche y la lluvia.

Apuntó a un risco oscurecido, diciendo que allá arriba podía haber manos esgrafiadas, señales de vida, testimonio. Signos y laberintos en las rocas más negras, un sendero de guano agregando una curva donde nada más era curvo. Allá había una roca blanca recocida que no se debería haber tocado jamás, y sin embargo el ejército la había empleado como campo de tiro, la había convertido en un paisaje reseco con textura de huevos revueltos quemados pero acribillado de hoyos profundos que eran cráteres de bombas, sembrado aún de camiones reventados, algunas máquinas segadoras y cosechadoras difuntas, un *bulldozer* que se caía a pedazos en la tierra picada de viruelas. Allí todo estaba deliberadamente devastado, dijo, para demostrar que podía devastarse.

Al día siguiente cruzaron el río. Joder si era profundo, dijo él. El agua, caqui y grasienta, iba mordiendo la roca parda a lo largo de quinientos metros, derribando laderas y acantilados, deshaciendo cuevas, largos horizontes de piedra caliza y lechos de fósiles, conchas espesadas en cañas blancas como huesos de ave, sábanas de piedra. Y el propio puente grande y soso, una carretera a cordel tendida sobre arcos rojos apeados en hormigón, el monótono quitamiedos, más idea que elemento de seguridad.

Y otro final de día, en un área de descanso sobre una balsa sulfurosa, un óvalo somero de verdín y agua alcalina punteada de latas de cerveza, asientos de niño, plástico guateado, piedras. Laderas de cerros alrededor, laderas de treinta y siete grados en azul marino contra un cielo débil, el horizonte un poco intranquilo. Con las luces encendidas, abiertas todas las puertas, la radio a todo volumen, Josephine se bajó y se acuclilló en el barro, separando los pies pero no lo suficiente para no salpicarse los tobillos, y se quedó mirando los blancos parachoques. Al anoecer, el coche tenía la nostalgia de una ventana alumbrada en una aldea del norte.

## Fay McGettigan

Bette Switch, con pantalones de marca ceñidos y sudadera de hombre, abrió la puerta, abrazó a Josephine, tendió la mano a Vergil. Olía a una mezcla de *bourbon*, colonia y atún. Les condujo al cuarto de estar, decorado al estilo del oeste con muebles de troncos, una alfombra de piel de oso y pantallas de pergamino bordeadas de imitación de piel de vaca en plástico.

—¿Es la primera vez que vienes al oeste, Vergil? —No le miraba.

—No. He estado por aquí una docena de veces. Joder, cuando estudiaba en la universidad trabajé un par de veranos en un rancho, el Briggins Triple. Y, unos ochenta kilómetros más al oeste, allá por el río Gaunt. Treinta y dos mil acres, joder. Mar de hierba. Etcétera.

—Pues yo creo que te van a gustar los grandes espacios abiertos. Es una vida rural muy sana. Kenneth y yo solemos irnos en invierno. Lo dejamos todo en manos de Fay. Es nuestro mayoral. Seguro que Jo te ha hablado de él; eran compinches cuando Jo era pequeña. El invierno pasado estuvimos en Montserrat, en el Caribe: yo por mí viviría allí siempre, con esa agua azul verdosa y esa arena blanca. Y este año vamos a Samoa. ¿Has estado en los Mares del Sur, Vergil?

—Sí, estuve en Samoa Occidental, en Upolu, hace dos años.

—Si tienes oportunidad deberías ir: es una delicia. Nosotros vamos a un sitio que tiene una playa de arena negra. Pero en fin, ya que estamos en Montana le sacaremos el partido que podamos. El cóctel a las cinco, cuando os hayáis refrescado.

—Yo no bebo —mintió Vergil, rabioso por tomar una copa y con la sensación del bombero cuando la escalera en llamas se desploma a sus espaldas.

—Me parece muy bien, puedes tomar zumo de fruta o agua mineral, lo que quieras. Estás en tu casa. —Y se fue al piso de arriba.

En menos de treinta segundos bajó Kenneth; le dio la mano a Vergil y un beso a Josephine.

—Papá, te presento a Vergil —dijo ella—. Estuvo en el Vietnam. En los marines.

—Estupendo —dijo Kenneth—. Te dejo que le enseñes la casa a tu amigo, niña. Tu madre y yo tenemos una pequeña discusión. —Y volvió a

subir los escalones de dos en dos, y al cabo de un minuto sonaron arriba voces estridentes.

—No parece que el ambiente esté muy bien —dijo Josephine sin emoción—. Hay cosas que no cambian. Ven, vamos a ver a Fay. Es el que de veras importa.

Lo primero que le dijo Fay fue que *Antiguo Egipto* había resurgido la víspera. Era el caballo de su infancia, el castrado bondadoso.

—Fue un rayo, Jo. Hace dos semanas. Venían nubarrones de tormenta, cargaditos de rayos. Yo estaba en la cuadra clavando unas tejas sueltas, porque las muy puñeteras se caen como la caspa, y vi que *Egipto* estaba paciando al lado de la carreta; ya sabes que Kenneth le compró hace unos años una carreta antigua de Conestoga a uno del estado de Oregón y la trajo a remolque. Se alzó viento y levantó polvo, y yo le vi que se volvía y ponía la grupa al viento. Podía haberse metido en la cuadra, porque la puerta estaba abierta, pero ya sabes que le gustaba la lluvia; era un caballo que de verdad le gustaba la lluvia. Yo quise acabar antes de que estallara la tormenta, pero en ésas ya me rebotaba el granizo en el sombrero, y sonó un trueno tremendo y cayó un pedazo de rayo que creí que me quedaba ciego del fogonazo, y como si fuera una rata azul enorme corrió por el suelo echando chispas y prendiendo la hierba, y entonces vi a *Antilo Egipto* caído, moviendo las patas como si corriera. Debía creer que estaba escapando a todo correr. Cayó el siguiente rayo y partió el peral de Kenneth por el medio, y entonces me metí en la cuadra a esperar que pasara un poco, y después me acerqué a *Antiguo Egipto*. No se movía, pero tampoco estaba muerto aún. Olía a pelo chamuscado, y tenía una quemadura desde la oreja derecha que le bajaba al hocico y por todo el cuello, y las crines achicharradas. Estaba frío y con los ojos en blanco. Yo intenté levantarlo pero ya no había quien le levantara; le dio un temblor fuerte y se acabó. La carreta de Conestoga echaba humo. Lo que no entiendo es por qué ahora ha vuelto a salir. Hicimos una fosa muy grande con la excavadora; no tiene sentido. Yo creo que es que quería verte por última vez.

Se metió el dedo meñique en la oreja izquierda buscando cera, y añadió:

—En fin, como se suele decir: «Lo que al caballo mata da vida al cuervo».

—No nos pongamos tristes —dijo Josephine—. Te hemos traído una cosa.

—Eres un tesoro. Jo, un verdadero tesoro.

A Josephine le inquietó aquella gratitud: ¿qué esperaba, una cazadora de cuero, un juego de cuchillos de importación?

—Si es un trasto; más que regalo es una broma. Venimos todo el camino parando en los baratillos. A Kenneth y Bette les traigo un salero en forma de bomba atómica. Así que Vergil te ha traído un acordeón viejo. Yo recordaba que tú tocabas una especie de acordeón. Me acuerdo de todas aquellas canciones rancheras.

—La concertina —dijo él—. Y todavía la toco. Me llegó de un viejo domador de potros, y ya antes que él la había tenido otro. Te duran toda la vida, tratándolas bien. Pero la verdad es que siempre he querido tener un acordeón. Tenía la esperanza de encontrar alguna vez uno pequeño bueno, de dos filas en *si* y *do* ése es el ideal para las buenas tonadas irlandesas. Vamos a verlo.

Vergil sacó del asiento de atrás el ruinoso instrumento: el fuelle tenía rayajos de lápices de colores, la laca arañazos y saltaduras, las correas estaban sueltas. Fay lo tomó con cuidado, miró sus tristes filas de botones y accionó el fuelle, soltando un acorde en *do* rotundo y autoritario, una cuchillada de sonido, una confusión de botones atascados y resuello amargo que a Vergil le dio dentera.

—Pues es de dos filas —dijo Fay, y se arrancó a cantar sobre un fondo de notas revueltas—. «*Era una rosa de primavera, la más hermosa del Gran Salón; y trabajaba la noche entera a cinco dólares cada inyección*». Tiene su gracia. Lo podría restaurar, quizá. Suena como acatarrado.

Rodeó a Josephine con un brazo y le dio las gracias, pero Vergil vio que se había llevado una desilusión. Se acordó de cuando él de pequeño esperaba un caleidoscopio —joder, todos los indicios apuntaban en esa dirección— y recibió el telescopio de su abuelo, forrado de piel rota y podrida, con una lente lechosa por la que no se veían más que enjambres de luces borrosas.

Pensó que Fay se parecía al individuo desaseado que se encuentra en el extremo de la barra de cualquier *pub* de Dublín, con las greñas mal peinadas, la oreja plana, la cera amarilla, la cara huesuda y de color subido, la fuerza muscular concentrada en los labios, capaces de extenderse poderosos hacia un vaso de cerveza amarga, los ojos de un azul húmedo; aunque en vez de la americana sucia del borracho y su corbata torcida

alrededor del cuello flaco Fay vistiera una camisa raída y unos vaqueros pendientes de un cinturón de fantasía con incrustaciones de piedras falsas, casi todas ya desaparecidas de los cercos de metal, y unas botas gastadas y un sombrero tan roto y ennegrecido que sólo podía llevarse agresivamente. Cuando Vergil le tendió la mano, Fay se la trituró en un apretón cruel, mirándole a los ojos sin expresión, con la mirada directa que lanza un perro antes de morder.

—¿Qué te ha parecido Fay? —preguntó después Josephine—. ¿Verdad que es auténtico?

Lo cual implicaba que Kenneth y Bette no lo eran, que ellos eran impostores, y el rancho de los appaloosas un fraude, y que todo se iría a paseo, como ya antes había ocurrido en dos ocasiones, de no ser por Fay, que era quien lo mantenía en pie.

—Sí que lo es, joder —dijo Vergil—. Me ha parecido triturador.

—¿Triturador? Así se llamaba un potro cerril que era un atravesado de lo peorcito, y fue una mujer, una india. Ave Roja, en Oregón, la que le paró allá en 1916 —dijo la voz de Kenneth desde la habitación contigua.

## **El rancho**

Kenneth y Bette Switch habían venido de Boston a Montana en 1953, con un dinerillo que Bette creía heredado por Kenneth (era de un desfalco que hizo en la cooperativa de crédito donde trabajaba, cuando el consejo le negó una subida de sueldo), y compraron un rancho de mala muerte cerca de la reserva crow. Lindaba con el terreno de conservación de bisontes de la reserva. Kenneth solía decir años después que cuando pusieron en marcha su pequeña explotación vacuna eran tan ignorantes «que no sabían respirar sin llenarse de barro los pulmones». Les emocionaba, al bajar en el coche por la carretera roja, coronar la loma y ver noventa kilómetros de campo abierto hasta el pie de los Big Horns, y allí en primer término las bestias del pasado indecente del país, con sus inmensas cabezas gachas, girando sus ojillos brillantes; después, un kilómetro más allá, sus propios caretos negros, absurdos como madera pintada.

Les bastaron pocos años para verse en apuros, con brucelosis en la vacada; el agente del condado les dijo que podía ser que la transmitieran los bisontes; tendrían que sacrificar a sus animales, y quizás al cabo de unos años volver a empezar.

—De todos modos —dijo el agente—, si las cosas no fueran mal de vez en cuando, ¿cómo sabríamos cuándo van bien? A veces hay que aprender cuesta arriba. —Estaba claro que les tenía catalogados como bobos del este con más dinero que sentido común, capaces de darse el lujo de volver a empezar cada pocos años en la escuela de la ganadería experiencial.

Mientras esperaban que la tierra infectada se saneara. Bette se empleó como secretaria en los juzgados del condado y Kenneth encontró trabajo con un subastador local de caballos, Gibby Amacker. Al principio se trataba sólo de llevar las cuentas, los libros y el papeleo, pero empezó a aprender algo de caballos de toda clase y color, castaños y bayos, grullos, bayos coyote y bayos blancos, moros y tordos mosqueados, *medicine hats* y *war bonnets*, cervunos, tordos y ruanos, negros, alazanes, paints y palominos, pintos y apizarrados, paint overos, píos, píos altos y píos bajos, Isabelas, castaños píos, overos manos, cremelos y ratoneros; appaloosas de lomo blanco y manchado, con capas leopardo y atigradas, copo de nieve, escarchado y mármol, con marcas de manos u ocelos de pavo real en dos tonos, atruchados y carbonados; caballos con lucero, cordón y cordón entre ollares, gotas y patacones, salpicaduras y estrellas; caballos hociblancos, hocinegros y semicaretos. Semana tras semana vio entrar y salir de la pista paints, morgans, árabes, semiárabes, angloárabes, appaloosas, quarter horses.

Se descubrió fijándose en los appaloosas con algo así como impaciencia y anhelo. Empezó a observar cómo subía su cotización, cómo había ido subiendo desde que empezó a trabajar para Gibby, desde unos treinta dólares hasta cien a veces, si procedían de rancheros como Peewee Loveless, interesados en devolverle a la raza, como decía Peewee, su antigua gloria de gran caballo de caza y guerra de las praderas, echado a perder por patanes inmigrantes e indocumentados del este que compraron a los supervivientes de los famosos palousies de los nez percé del noroeste, con sus cascotes estriados y sus ojos ribeteados de blanco, la yeguada que el gobierno de Estados Unidos confiscó y vendió al menudeo después de que el Jefe José y los suyos la trasladaran consigo en un viaje de mil

ochocientos kilómetros, cruzando el río Snake desbordado, franqueando los montes Bitterroots por el brutal paso del Lolo, a través de trece batallas y escaramuzas con diez formaciones distintas del ejército americano, siempre derrotando o deteniendo al enemigo federal gracias a la superioridad de sus monturas, hasta acabar en la reserva Lapwai de Idaho, donde les quitaron los caballos y se los cambiaron por Biblias. Los compradores, afortunados pero necios, de aquellos caballos fuera de serie los cruzaron con todo lo que tuviera cuatro patas y crin, y en veinte o treinta años los caballos manchados de las praderas, descendientes de los caballos del periodo glacial pintados en las paredes de las cavernas de Francia, de los caballos fabulosos de Ferghana en el Uzbekistán, en las estepas del Asia Central entre los ríos Syr Daryá y Amú Daryá, de Rakush, el caballo manchado del héroe guerrero Rustán, celebrado en miniaturas persas y en el poema épico de Firdusi, el *Shah Namah* de los caballos chinos celestiales del Extremo Oeste, los caballos que sudaban sangre; de las monturas galopantes de la horda mongol y el huno Atila, de los caballos andaluces embarcados de España a México para las correrías salvajes de los conquistadores, de un cargamento de caballos manchados procedentes de la yeguada de lippizanos de Trieste que desembarcó en Veracruz hacia 1620, de los caballos que dejaron atrás los aterrorizados españoles tras la rebelión de los pueblo sesenta años después, y que una tribu agrícola más interesada por las ovejas vendió al norte, a los shoshone, cayuse, nez percé, pies negros, blood, arikara, sioux, cree, crow de las estepas norteamericanas conocidas como las Grandes Llanuras, quedaron reducidos a carne para perros.

Al cabo de unos meses de escuchar las historias de appaloosas de Peewee, le preguntó directamente:

—Peewee, ¿tú crees que sería negocio criar appaloosas? ¿Tú crees que hay mercado?

—Buena pregunta. Mira, mi chico pequeño acaba de volver de la universidad, y hablando de qué es lo que piensa hacer me dice que no quiere quedarse en el rancho. Le digo. Muy bien, no tienes por qué, yo te ayudo a instalarte por tu cuenta. Y si yo fuera joven y estuviera empezando pensaría en los appaloosas, porque cada día hay más gente que los mira con buenos ojos. ¿Y sabes qué me dice? Que ni hablar, que él no se mete a criar caballos, que él lo que quiere esser cámara de televisión, que me lo ha dicho mil veces. La verdad es que hace fotos desde que era niño, pero tan

extrañísimas que nadie daría dinero por ellas, pero dice que esto es distinto, que ahora hay esa cosa nueva del vídeo, lo que sea eso, y que es lo que quiere. Le habrá confundido las ideas alguna pandilla de comunistas. En fin, a fuerza de batacazos aprenderá. Respuesta a tu pregunta, si entiendes algo de cría de caballos y tienes afición y dispones de fondos o te apañas con poco, yo pienso que los appaloosas podrían ser una buena idea.

—Suponte que no entiendes mucho y que tus fondos son inexistentes.

—Pues entonces o aprendes o te arruinas, ¿no? Hay por ahí tres o cuatro trabajando para recuperar los appaloosas de calidad. Es útil porque sacan un caballo de cría francamente bueno, sí, un caballo de silla excelente, con ese tranco natural del pie plano, la marcha antigua de los indios con la que no se cansan. Un par de tipos empezaron en los años treinta pero vino la guerra y se lo fastidió. ¿Has hablado ya con alguien?

—Tú eres el primero.

—¡Yo no cuento! Te convendría hablar con alguien de Coke Roberd, el de Colorado. Ése lleva muchos años especializado en el appaloosa y el quarter horse, los ha cruzado con purasangres de primera, hay quien dice que con un caballo manchado austriaco o polaco que venía en un circo ambulante, eso hace un montón de años, quizá lo que llaman un lippizano, los habrás oído nombrar, y también dicen que se lo compró a un gitano de una caravana que pasaba. Luego está Claude Thompson en Oregón, que está cruzando con sangre árabe. Se ha asociado con él un excombatiente de por allá arriba, George Nosequé, que tiene algo que ver con el Club del Caballo Appaloosa. A mí me contaron que un tío abuelo o una abuela o no sé qué de él había comprado dos de los caballos originales de los nez percé en la venta que hizo el gobierno, de modo que tenían la sangre auténtica. Y hay unos cuantos más que lo trabajan. La verdad es que están restaurando una raza que se había perdido. Hace sólo un par de años que la raza fue aprobada por la Asociación Nacional. Pero lo tienes fácil. Yo que tú me impondría un programa serio de cría selectiva: concentrarse en la calidad, castrar todo lo que no sea de primera, mandar los flojos y los tullidos y los malos al matadero. En eso hay que ser duro. Y llevar los registros realmente bien.

Media hora después Kenneth vio que Peewee estaba hablando por encima de la cerca con Gibby Amacker y que los dos se reían, y se figuró que estarían divirtiéndose con la broma de que Kenneth Switch criase



appaloosas; y se hizo el firme propósito de demostrarles que él reía el último. (No tuvo ocasión. Peewee se ahogó a mitad del invierno, cuando un potrillo que montaba por un rebosadero se asustó al sentir que se rompía el hielo alrededor de sus patas y se abalanzó al agua profunda. Y el día de San Patricio, Gibby Amacker se asfixió al atragantarse con un bocado de solomillo, por reírse oyendo chistes de pastores vascos: no los chistes groseros de ovejas y botas de goma y calzoncillos con costra, ni el del betún y el sucedáneo de satén, ni el de la olla a presión, sino un pueril juego de palabras que contó su cuñado Richard a través del espeso bigote rubio.

—¿Y sabéis por qué todos los vascos sufren de almorranas? Porque es una enfermedad vascular... Venga, hombre, que tampoco es para tanto. ¡Gibby! ¿Te encuentras bien, Gibby? A ver, alguien... QUE VAYA ALGUIEN A BUSCAR AYUDA).

### *Paraguazos*

En la mañana del segundo día de su visita, Vergil se despertó con el griterío infernal de un gallo. El reloj eléctrico zumbaba mostrando las 5:47.

Abajo Kenneth le sirvió una taza de café tibio; Josephine y Bette dormían aún. Vergil se quedó de pie, nervioso, junto a la mesa de la cocina. En la puerta un cartel pegado con cinta adhesiva mostraba a un vaquero subido a un toro en medio de una polvareda, y debajo las palabras: «Señor, no me sueltes». El cielo tenía un color naranja sanguinolento por el este. La voz profunda de Kenneth le hizo refugiarse en una silla de estilo español con asiento de plástico y unas tachuelas ochavadas que se clavaban en los muslos. Los surcos que tenía Kenneth desde la nariz hasta las comisuras de la boca eran el reflejo exacto de la línea del mentón, marcándole en la cara un rombo partido horizontalmente por unos labios anchos y agrietados. Los ojos eran inmensos, enormes pupilas grises en parte oscurecidas por las cortinas de carne floja bajo las cejas que descansaban sobre los párpados, y aún agigantados por cristales bifocales en media luna. Las cejas y el escaso pelo eran del color de la piel, un castaño rojizo.

—¿Qué sabes tú de cría de caballos, Vergil?

—¿Yo? Ni puta idea. —Tenía ganas de preguntarle a Kenneth por qué nunca había volteado a su hija por los tobillos, dejándoselo al mayoral.

—Pues creo que te irás del rancho Switch sabiendo un poco. Para que te hagas tu composición, yo tampoco tenía ni puta idea cuando llegamos aquí hace veintisiete años. Lo que yo sabía entonces de caballos cabía en una uña. La inteligencia me decía que no sabía nada, y por eso contraté a Fay McGettigan, que trabajaba para Peewee Loveless, cuando Peewee se ahogó; Fay sabía de caballos, sabe de caballos, como pocos. Los primeros años aquí fueron duros, sobre todo para Betty, que lo pasó muy mal hasta adaptarse; pero bastó un caballo, *un solo caballo*, para volver la tortilla: *Paraguazos*, un semental appaloosa de los más bonitos que hayan pisado la tierra. Todas esas imágenes de la entrada y del cuarto de estar son de *Paraguazos*. —(Había docenas de fotos de un caballo musculoso y atlético, castaño con una manta de pelo blanco y brillante sobre el lomo y la grupa, animada con pintas de pavo real; manos calzadas en blanco salpicado; la cara blanca, y una mancha blanca en el pecho. Además de las fotos había unos cuantos cuadros malos de caballos, pintados con acrílico sobre plantilla numerada; Vergil se imaginó que los habría pintado Kenneth. En las fotos aparecía *Paraguazos* en toda clase de posturas y actividades: galopando, laceando novillos, parado con aire pensativo, retozando, revolcándose, sentado, corriendo por la escarapela en una carrera de obstáculos, lanzándose a un portillo estrecho, frotándose el morro, durmiendo y erguido en un sendero de montaña, bajo una rama de pino movida por el viento. Era compacto pero muy bien formado, con un gesto de arrogancia y buen humor en la mirada, mejillas carnosas que le daban un aire pícaro, y una cola esmirriada que a Vergil le pareció horrorosa). Kenneth sorbía el café a través de los dientes y hablaba con el acento del oeste adquirido:

—La forma en que llegó a mí ese caballo fue sumamente peculiar; si me lo cuentan de otro no me lo creo. Estaba yo en Idaho en un rodeo, todavía trabajando a tiempo parcial para Gibby Amacker (esto fue solo unas semanas antes de que se muriera por reírse de los vascos), y tenía que recoger una recua de potros que vendía un domador de Texas, y no se sabe cómo había conseguido el nombre de Gibby y le llamó, y el viejo dijo Venga, te mando a Kenneth a recogerlos; típico de Gibby, no era lo mío recoger caballos, pero él le pisaba la cabeza a todo el mundo. Fay acababa

de empezar a trabajar para mí, conque le pedí que me acompañara y fuimos los dos. Los quarter horses de aquel individuo tenían muy buena pinta, y él no tenía ninguna gana de venderlos, pero andaba en apuros económicos. En fin, así es como se mueven las cosas en el mundo del caballo. Conque los cargamos, le doy un recibo, y en esas uno de los caballos suelta un relincho, y el tipo se pone a dar voces diciendo Ésa es *Perla*, yo no puedo vender a *Perla*, y me tira a la cara el recibo y se pone a descorrer la puerta para sacar a *Perla*. Oiga usted, le digo, usted dijo tres caballos, ya está hecho el recibo y los caballos cargados. Y me dice No, voy a sacar a *Perla* y le doy otro en su lugar. Tengo un semental appaloosa que he estado utilizando para lacear, es listo y rápido, pero se lo cambio por *Perla*. No significa tanto para mí como esa yegua. Al oír la palabra «appaloosa», Fay me lanza una mirada. Conque vamos a la otra punta de las pistas, donde tiene al otro caballo. *Chafarrinón*, y Fay me mete tal codazo en las costillas que a punto estuve de gritar. Yo entonces no vi nada de particular, pero para Fay fue amor a primera vista. *Chafarrinón* tenía seis años y no estaba castrado, y Fay se dio cuenta de que era perfecto. Yo hice como si nada. Y dice Fay. ¿Sabe usted algo de él? Yo apostaría a que procede de un cruce raro sin registrar. Pues sí, dice el individuo, es un accidente de rodeo. Fue en un rodeo en Colorado, que un semental se escapó y cubrió a dos yeguas; una de ellas *Pearl*. No sabrá usted cómo se llamaba el semental, dice Fay como sin darle importancia. Sí, era uno de los de Coke Roberd, creo que se llamaba *Caspita o Càspita*. Allí mismo le pagué yo al muchacho doscientos dólares por *Chafarrinón*—, todo menos que aquel caballo fuera a los corrales de Amacker. Y dice Fay cuando volvíamos a casa: «Y entonces fue cuando me dio un vuelco el corazón, porque la hija de *Càspita* es *Radiografía*, que acaba de ganar el campeonato mundial de velocidad para yeguas quarter horse, de modo que *Chafarrinón* es medio hermano de un campeón del mundo». Cosa que, por supuesto, aquel vaquero retrasado mental no sabía, porque si lo llega a saber jamás nos habría vendido a *Chafarrinón*, también conocido por el nombre de *Paraguazos*.

—¿Y por qué carajo le pusieron *Paraguazos*? El café estaba frío, y el sol que entraba cálido y deslumbrante no le dejaba mirar a otra cosa que a Kenneth, que comía salchichas crudas directamente del paquete. La luz roja de la cocina hacía un extraño reflejo en la doble puerta de cristales que tenía detrás, y era como si de la desaliñada forsitia de fuera pendieran dos bayas

de color rojo intenso, colocadas justo encima del pelo de Kenneth. Vergil podía hacerles variar de posición moviendo la cabeza.

—Pues mira, yo buscaba un tipo de nombre distinto, porque no hay un maldito nombre que elijas para un caballo registrado que no se haya empleado ya, es muy difícil dar con un nombre original. Pero estábamos Fay y yo aquí sentados en la cocina pensando y yo vi que de esa escurpia de ahí estaba colgado el paraguas de Bette, y dije. *Paraguas*, ése es un nombre inédito, pero resultó que no, que alguien ya se lo había puesto a un caballo, conque dije. *Paragüero*: ¡la puta, ya estaba dado! Entonces a Fay se le ocurrió lo de *Paraguazos*, y eso les pareció aceptable a los poderes establecidos. Y no nos arrepentimos. Lo tuvimos hasta 1973, quince años, y él nos dio de comer y él hizo este rancho. Campeón Nacional de Sementales, Campeón Absoluto de Pruebas de Trabajo. Fue padre de *Paraguazos Chico*, gran campeón en la Feria del Estado de Montana; de *Telescópico*, que ostenta las marcas mundiales de cuatrocientas cuarenta y trescientas yardas; de *Cascote*, gran campeón al ronزال y en pista, campeón nacional de lazo; de *Anótalos*, más de cien cintas y premios, todos los premios que hay de apartado, rienda, carrera de obstáculos y monta de recreo; de *Antiguo Egipto*, que fue el caballo de Josephine, pero ganó más de ciento cincuenta trofeos en las pistas de exhibición; de *Pegaso*, *Poesía*, *Pan de Pasas*, *Tiro al Blanco*... podría seguir todo el día.

Apuró el café y se sirvió más. Vergil ladeaba la cabeza a un lado y a otro, obligando a las bayas a saltar a distintas ramas. La intimidante voz volvió a la carga.

—Hasta que todo acabó por la más *absurda* de las violencias. Josephine había venido de visita con su *marido* de entonces, aquel Ults silencioso y reconcentrado que era un cabrón. Se enredó con él en una de esas malditas comunas que hay en Nuevo México, donde los hombres se dejan crecer la melena hasta el culo y van disfrazados de pies a cabeza con andrajos psicodélicos y joyas y porquerías: *hacía daño* estrecharle la mano al hijo de puta, de la cantidad de anillos que llevaba. Se hacía trenzas y se liaba un trapo a la cabeza como si fuera a sudar. Nosotros intentamos educarla decentemente, le regalamos un caballo cuando tenía seis años, le dimos todo lo que podíamos, y ella va y se larga a uno de esos campamentos de drogatas y se viste de pionera, y se lía con aquel Ults, que su padre era mayorista de tuberías y creo que estaba avergonzado de semejante hijo. El

caso es que el muy cabrón se trastornó, perdió la chaveta, y una mañana se levantó de la cama, descolgó de encima de la puerta mi rifle del treinta, se fue a la cuadra, sacó a *Paraguazos* y le pegó un tiro en la misma puerta de la cuadra. Yo, naturalmente, me desperté al oír el disparo; me asomé a la ventana, y veo a *Paraguazos* tendido en el suelo temblando, y a Ults que se aparta con el rifle en la mano y una sonrisilla en la cara que se veía que estaba absolutamente drogado, no había que ser muy listo para imaginarse lo que había pasado y lo que iba a pasar. Bajo los peldaños de tres en tres, y llego a la puerta de atrás justo en el momento en que él sube al porche, sin soltar el rifle, y empieza a levantarlo; yo no tengo la menor duda de que pretendía matarme y matarnos a todos, a Josephine, a Bette, a mí, quién sabe si al gato. Pero Dios mío, éste es el día en que no sé cómo lo hice, debió de ser el factor sorpresa, pero lo cierto es que le arranqué de las manos el rifle y le pegué un tiro en un hombro antes de que pudiera reaccionar. Rodó por los escalones y se quedó ahí tirado, dando voces. Yo volví a entrar, me llené un vaso de *whisky*, me lo bebí de un tirón y corrí a atender a *Paraguazos* (tuve que pasar por encima de Ults y de paso le arree una buena patada), pero mi magnífico campeón de sementales estaba muerto. Llamé a la oficina del *sheriff* y dije lo que había pasado, y que si no venía a llevarse a Ults lo mismo remataba la faena. Bette y Josephine estaban desquiciadas; no entendían nada, y yo tampoco. Josephine arremetió contra mí, diciendo que no tenía por qué haberle herido, y nos separamos enemistados; ella se fue con él al hospital o a la basura, pero lo cierto es que al poco tiempo se divorciaron. Yo nunca supe los detalles, sigo sin saberlos hasta el día de hoy, pero se divorciaron en menos de un año, eso suponiendo que se hubieran casado. A saber si sería una condenada ceremonia *hippy*, con droga y música hindú y tofú. Yo no lo sé. Pregúntaselo tú.

—No quiere hablar de ese tema.

—Y es lógico, ¿no te parece? Tampoco a mí me gusta nada mencionarlo. Fay estaba borracho en el pueblo aquel fin de semana, y cuando supo lo que había ocurrido lloraba como un niño. El caballo ya estaba enterrado, porque lo enterré yo.

Se comió otra salchicha cruda.

—¿Sobre Fay? Te iba a contar lo de la cocinera que teníamos entonces, Odella Flooky, que era de una especie de secta vegetariana. No tocaba la

carne ni nada que procediera de un animal. Ni tocino, ni filetes, ni huevos, ni tortas de chicharrones ni mantequilla. Intentamos convencerla de que guisara con aceite de maíz, pero no se creía que del maíz saliera aceite. Las alubias las hacía bien, pero no sabían a nada. Hasta que un día entra Fay en la cocina con dos kilos de solomillo en una mano y una sartén caliente en la otra, se veían salir las ondas de calor, y le dice: «O fríes esto o te juro que te frío yo a ti»; y le sujeta una mano sobre la sartén caliente, a un centímetro del metal, y ella intentando quitar la mano y él sujetándosela, y la rozó con las puntas de los dedos y se oyó el chisporroteo desde la otra punta de la habitación. Y sí que frió la carne, llorando a moco tendido, pero a la mañana siguiente se había marchado, y Fay tuvo que estar guisando seis meses, que fue lo que tardamos en encontrar otra.

## Vergil y Fay

Josephine se había ido a montar a caballo. No, le dijo él, yo te saco brillo a los zapatos y te compro un Cadillac pero a mí no me subes a un caballo, joder, ya pasé por la equitación hace años, son unos animales puñeteros, locos, imprevisibles. Fay le vio apoyado en la empalizada y se acercó, guiñando los ojos por el humo del cigarrillo, con el brillo del sol en la raya planchada del pantalón.

—Voy al pueblo. ¿Le apetece venir?

—Joder, sí —dijo Vergil sorprendido. No le apetecía ir a ninguna parte con el tal Fay, pero así cambiaba de panorama, porque allí no había nada que hacer más que sentarse en aquel cuarto de estar con cráneos y cornamentas y mantas indias y espuelas y hojear números atrasados de *Caballista del Oeste* y *Naturaleza de Montana*—, Le acompaño. Le puedo echar una mano si va a recoger el pienso de las gallinas —porque había oído a Bette decirle al viejo que no se le olvidara otra vez el pienso de las gallinas, porque no quedaba prácticamente nada.

—Una ayuda nunca es de despreciar. —La misma mirada inexpresiva.

El suelo del camión era un basurero: cartas pisadas y enlodadas sin abrir, revistas de supermercado, HOMBRE DE 220 KILOS PREMIADO EN RODEO, un frasco de Orina de Zorro Hawbaker, botellines de cerveza, cadenas para

la nieve, cuerdas, bridas viejas, un sombrero aplastado, unos chanclos puntiagudos para botas vaqueras, papeles de caramelos y cajetillas vacías engurruñadas. Vergil iba incómodo, con el pie izquierdo más alto que el derecho, posado en el montículo de las cadenas. Al asiento destripado se le salía el relleno. El cenicero rebosaba pitillos y Fay estaba encendiendo otro. El parabrisas eran dos arcos sucios en un campo de churretes de barro. Había setenta kilómetros al pueblo, y Fay se limitaba a tararear y cantar: «*Con sus sombreros y sus zahones, son putañeros y fanfarrones*», gruñendo cada vez que Vergil le hacía una pregunta o calculaba el espesor de la nieve en las montañas lejanas o manifestaba curiosidad por saber qué sería aquello con un viejo vagón de mercancías como casa y alrededor setenta u ochenta coches de chatarra, dispersos como fragmentos de una explosión.

A medio camino decidió darse un placer y lió un canuto con lo último que le quedaba de hierba. Cuando llegados al pueblo aparcaron delante de la ferretería Busree y Fay agarró la lista del asiento, abriendo por fin la boca para decir Nos vemos aquí a las cuatro. Vergil estaba tranquilo y contento. Paseó por el pueblo; entró en el *drugstore* y compró crema de afeitar y aspirinas; en la cafetería pidió un café y un trozo de tarta de una especie de pegamento rojo que según la camarera era fresa y ruibarbo. En el Kowboy Korner miró camisas de corte vaquero, y se probó unas botas Larry Mahan, «hechas a mano, pegadas y claveteadas a mano, en franque de acero extra ancho y buena suela gruesa, para durarle *algunos* años», dijo el dependiente, que tenía el pelo tieso y gris como un schnautzer y una mancha roja entre los ojos, apoyado en la pared junto a un papel enmarcado como un título académico, el Diploma de los Ciudadanos Patrióticos Otorgado con Gratitud y Aprecio por Servicio Desinteresado de Inspiración Patriótica a la Comunidad mediante el Diario Despliegue de Nuestra Enseña Nacional, y entonces Vergil se dio cuenta de que el trapo que ondeaba junto al escaparate era la esquina de una enorme bandera tendida desde las ventanas del piso alto. Pero las botas no le estaban bien, no le gustaba aquella presión del arco en la planta del pie, y el tacón alto se le bacía raro.

—Lo pensaré —dijo al desilusionado dependiente, y echó una ojeada a los sombreros. Joder, le encantaría comprarse un gran sombrero tejano, ojalá lo hubiera tenido en el Vietnam. Pero salió de nuevo a la calle y alzó la vista a la bandera, que estaba sucia y hecha jirones. En el escaparate

había un letrero que decía COMPRA PRODUCTOS AMERICANOS. A las cuatro de la tarde ya había entrado y salido de todas las tiendas, también de la pequeña de alimentación donde un cartel manuscrito declaraba EL MUNDO NO VALE UN PIMIENTO, PERO NUESTROS CHILES VALEN UN MUNDO; y del ayuntamiento, y de la clínica, y de la oficina de correos. Vio pasar a un tipo viejo con un sombrero mugriento y la nariz como el pico de un pollo, con un cartel colgado del cuello que decía LOBOS. NO LOS CRIEMOS. NO LOS NECESITAMOS.

Ni estaba Fay en el camión ni había allí sacos ni cajas, conque se sentó a esperar en el apelmazado asiento, y allí permaneció media hora, mirando hacia arriba de costadillo, viendo discurrir el cielo entero hacia el norte, largas costillas de nube curvadas sobre la tierra, estudiando el cartel de una película. *Las aventuras de Buckaroo Banzai*.

Se le ocurrió preguntar al dependiente del almacén de piensos, que tenía un carrillo más grande que el otro y no se sabía bien dónde le acababa la boca y le empezaba la cara, y dijo que no, que Fay no había estado, que mirase en la acera de enfrente.

De primeras no le vio, pero luego sí. Allí estaba, con la espalda muy derecha al final de la barra y una jarra de cerveza haciendo de pisapapeles sobre la lista de la compra, hablando con un tipo raro que apestaba a oveja. Todos los presentes llevaban puesto algún mensaje: palabras e imágenes en las hebillas de los cinturones, las camisetas, las etiquetas de cuero en la nalga del pantalón tejano, nombres tejidos en la cinta del sombrero y gorrillas de visera con el reclamo CUERDAS KING estampado. Vergil pidió una cerveza y fue a sentarse al lado de Fay, que inmediatamente se volvió diciendo: «¿Ya lo tiene todo?».

—No tenía que comprar casi nada. Pasta de dientes. Unos puñeteros sellos.

—¿Se ha acordado del pienso de las gallinas? —La voz era una extraña imitación de la de Bette.

—Creí que lo compraba usted.

—¡Vaya, hombre! «Creí que lo compraba usted» —le remedó—. ¡Pues no! Lo iba a comprar USTED mientras yo atendía a mis cosas.

—Joder, y yo qué sabía de que era eso lo que usted quería, Fay. ¿Cuánto hay que llevar? Voy ahora.



—Está en la maldita lista, está lo primero en la maldita lista, todas las semanas, pienso para las gallinas, pienso para las gallinas: tendrían que estar como mulas con todo lo que comen.

—La lista la tiene usted, Fay, joder. Déme la lista y voy yo por el pienso.

—Hay otras cosas aparte del pienso en esa lista. Lendreras, Tampax y un remedio para los picores.

Alzó del mostrador la lista empapada. La mitad era ilegible, porque la cerveza había corrido la tinta.

—Traeré lo que pueda.

—Eso, eso. —Y Fay empezó a cantar con su resbalosa voz de tenor: «*Cada rancho da su clase de ganado, más cornudo, más rajado o más cabrón...*».

Vergil salió a la calle y se dirigió al maldito camión, esperando que, joder, tuviera puestas las llaves. Joder, las cinco menos cuarto. Si cerraban a las cinco la jodían. Lo primero el pienso de las jodidas gallinas. Maldito sea el puñetero de Fay.

El dependiente del almacén de piensos se puso bastante contento de volverle a ver, y lanzó una volea a una mosca con una bolsa de alubias.

—Pienso de gallinas.

—¿Mezcla para ponedoras? ¿Maíz partido?

—No sé, joder. ¿Qué suele llevar Fay?

—No suele llevar nada. —Una risa cascada, como estática.

—¿Puedo usar el teléfono? Llamaré al rancho, joder.

No contestaba nadie. Vergil recordó vagamente haberles oído hablar de ir a la rambla grande del norte. Allí estarían, lo mismo habían ido a caballo, joder. Volvió a mirar la lista, a ver qué podía sacar en claro. «Pienso para las gallinas. Cerillas. Leche en polvo. Abrazaderas. Suplemento. Anillas para los cerdos. Llaves. Palomitas de maíz». Y otras seis o siete cosas que no era capaz de descifrar, joder: «filtros o fieltros, molinillo o solomillo, impermeables o imperdibles, mosquiteros o mosquetones».

—Me llevaré un saco de cada.

—¿De veinte kilos?

—Sí, joder. ¿Tiene abrazaderas?

—¿De qué tamaño y cuántas?

—Diez de cada. Cárguelo al rancho Switch. Y suplemento, ¿tiene?

—¿Ken Switch? —Una risilla—. ¿Cómo va su vida amorosa últimamente? ¿Quiere suplemento para caballos, vacas, ovejas, cabras, gatos, perros o personas? ¿Diez de cada?

—¿Y yo qué coño sé? —Por lo menos tenía el pienso de las gallinas.

Fay no estaba por irse del bar, allí riendo y fumando y bebiendo *whisky* con el pastor, hablando de uno al que llamaban Bolo Cordo, «hijo y nieto de puta», y «tan lerdo que meaba y no sabía tirar del tapón de la pila», un tipo que tenía la cabeza «llena de sopas de serrín».

Bueno, pensó Vergil, no trabaja para mí, joder, ni es pariente mío, joder. Pidió un *whisky* y se lo sirvieron, y luego uno o dos más. Por lo menos tenía el pienso de las gallinas. Puso el oído a lo que se hablaba a su alrededor.

—Lo único bueno que ha hecho en su vida fue lo de la serpiente de cascabel. ¿Tú no sabes eso? Pues es que iba siempre con una bola de tabaco en la boca. Y había en el portillo una serpiente de cascabel, y se acerca el tipo a caballo, y sin pensárselo dos veces va y le tira un salivazo; y le entró a la serpiente en toda la boca, y ahí quedó muerta. Hizo así como si se volviera lo de dentro afuera, y se murió.

Al otro lado se sentaban un par de mayores, uno con la cabeza apoyada en la barra.

—Si yo ya le dije que no había ningún problema.

—Ahí está, que intento hablar y me dice que no, pero que no hay ningún problema y que lo deje. Y yo le dije que *tú* me habías dicho que lo dejara.

—Yo no lo utilicé nunca. Yo lo hacía a mi manera. Corto, suave y nunca sobrio.

El camarero de la barra se inclinó sobre el mostrador para decirle a Vergil en voz baja:

—¿Para qué llevan los vascos mierda en la cartera?

—No sé, ¿para qué?

—A efectos de identificación.

## **Conducir borracho**

Era no se sabía qué hora oscura cuando salieron del bar y subieron al camión.

—¿Qué hora es? —preguntó Vergil.

—¿Y yo cómo lo voy a saber? Yo no llevo reloj ni anillos ni cadenas de oro. ¿Le cuento lo que le pasó a mi padre cuando se compró un reloj? Pues se compró un reloj, una bañera, un váter y una lavadora con motor de gasolina, todo el mismo día. Fue su momento de gloria, el puñetero irlandés miserable. Vendió las vacas, gordas, macizas, en el momento oportuno, cuando el precio estaba alto, la única vez en su vida. Al año siguiente el gobierno le sacó hasta los hígados y perdió el rancho. Bueno, pues aquel día que digo, quiso estrenar la bañera lo primero. Instaló la bañera y el váter («que no se diga ahora que no tenemos dónde mear») en un rincón de la cocina, y colgó por el medio una manta. De la manta al suelo quedaba como medio metro. Y estábamos todos los niños allí mirando como les ves que se ponen ahora para mirar la tele. Va la vieja y calienta agua en el fogón, hasta el último cacharro que había en la casa, y la va echando, y él saca una pastilla de jabón de tocador, y al otro lado de la manta le oímos cantar «La rosa de Tralee» mientras se desviste, vemos salir sus botas, y luego hace pis en el váter, le vemos los pies. Extiende una toalla en el suelo junto a la bañera. Se quita el reloj (Jesús y José, qué orgulloso estaba de aquel reloj; hasta entonces no lo había tenido), y le oímos que lo deja en la repisa, porque había una repisa pequeña en la pared. Se mete en la bañera, se refocila, canta, nosotros allí oliendo el jabón de tocador y oyendo el chapoteo; pide una sartén, coge el agua y se la echa por la cabeza, se mete del todo haciendo un ruido como de coyote en un pozo. Y al cabo de una hora sale. Vemos sus pies sobre la toalla, unos pies que tenía como un par de jamones. Coge la otra toalla para secarse, y de gusto le pega un meneo en el aire, todo limpio y puro como estaba después de bañarse en una bañera por primera vez en su vida, y el pico de la toalla engancha el reloj que estaba encima de la repisa y lo dispara derecho al retrete. Que no había vaciado. Válgame Dios lo que entonces salió de sus pulmones, un alarido como si le desollaran vivo. Mete la mano en el retrete lleno de pis, pero nada, el reloj echado a perder. En aquella época no se hacían los relojes a prueba de pis. Y tuvo guardado el maldito chisme en una caja de puros un par de años, hasta que Donnell, que era mi hermano pequeño, lo desmontó, y un muelle que tenía dentro se desenroscó como una serpiente de cascabel

y le fue a dar en el ojo derecho, y ahí le tienes tuerto hasta el fin de sus días, que no fue mucho después. Así que yo no quise nunca tener reloj, después de ver que traían tantos problemas. *«Para que el pan en el horno se cueza con buen sabor, hay que amasar con un rollo cuanto más grande mejor...»* Vergil dijo que joder, no le importaba conducir él, pero Fay estaba colocado y dijo:

—Usted no conduce mientras yo no caiga muerto. Usted está borracho y no sabe conducir borracho por aquí. Es un arte. Fíjese bien, que algo aprenderá. *«Una mañana llamó a mi puerta, con los nudillos me despertó; pálida y muda como una muerta, alzándose el camisón...»* Dio marcha atrás despacio, metió la primera y bajó la calle rugiendo con las luces apagadas, hasta que le hizo pensar en encenderlas, no el estruendo de los cláxones y el relampagueo de los coches que adelantaban, sino la oscuridad a las afueras del pueblo, cuando se acabaron las farolas. Y mientras embocaban las tinieblas a una velocidad constante de sesenta kilómetros, con la rueda delantera derecha pegada a la línea blanca, siguió hablando.

—Ahora debería usted apreciar este pequeño placer que es el lento viaje nocturno del borracho con la luna llena en el parabrisas. Estás en un país vacío, todo tuyo, y no quieres volver a casa. *«Y por no gastar bastones se apoyan en los cojones, como bragados que son.»*

—Yo sí quiero volver a casa, joder —dijo Vergil—. Tú eres un idiota. Yo en el Vietnam he conducido por unos sitios donde tú te habrías muerto del susto. Yo he tenido una sarta de orejas. Tú te habrías quedado ciego de las cosas que yo he visto y que yo he hecho, viejo.

—Oiga, señor Wheelwright, yo ya sé que estoy borracho y hecho una ruina, pero y qué, a todo el mundo le tiene que llegar, ¿no? Yo simplemente estoy de los primeros. *«Tiene veinte años y no está montado»*. ¿Usted me ha visto a mí moverme? ¿Usted me ha visto a mí correr y bailar? Vaya si me movía. Ahora no, por supuesto, pero en mi época no había quien se me pusiera por delante, a mí no me podían decir que no las mujeres, yo hacía el baile de la sangre, que era bailar hasta manchar de sangre los zapatos. Como aquel viejo que no tenía más que la piel, cincuenta y ocho kilos en total con su traje de poliéster, su sombrero de ala ancha como de quince centímetros y tres cuartos por dentro y una cara que era como de pasar un dedo con tiza. *«Tiene veinte años y no está montado, el peor forajido de todo el condado»*. La boca toda fruncida, y él siempre con botas y en su

vida había salido de una acera. Pero tocaba bien, vaya si tocaba. Ya se murió, con una pala le acostaron. «*Quítate ya ese veneno, deja a esa mujer malvada...*». Pero uno de los mejores que yo he conocido era una mujer. Salía vestida igual, pantalones y chaqueta blancos, sombrero tejano, las botas, la cara como la cera. Pero hacía unas cosas que no te esperabas. Tiraba de las notas como si fueran de goma, hasta que se doblaban y casi se disolvían, y entonces lo desataba todo como si fuera un pañuelito de seda y te lo sacudía en las narices. No sonreía jamás. Aquélla te ponía los pelos de punta. Nunca supe cómo se llamaba. Ahora estará en el otro barrio tarareando con un peine y un papel, a no ser que dejen entrar en el cielo con concertina. Ese instrumento sí que es bueno. «*El corral lleno de lodo, cada paso un resbalón; por caer sobre una piedra se me chingó el paquetón...*».

Vergil bajó la ventanilla para que saliera el humo. El rescoldo del cenicero soltaba emanaciones venenosas.

—Usted es un inútil, eh, hijo y nieto de puta, de los que apartan las garrapatas del plato. Usted no sabría cómo se llama si no lo llevara escrito en el pito, ¿a que no? Usted estaría perdido si no me tuviera a mí aquí para guiarle a casa por las tinieblas de la noche, usted necesita que otro le pase la hoja. Josephine es la única que vale algo de toda esa patulea. «*La fama de románticos que tienen los vaqueros fue lo que te perdió...*». Pues yo me he bastado a mí mismo desde que tenía once años. Me crié pobre, gastando en invierno calcetines viejos como mitones, sacando la ropa del vertedero, y en el cuarto curso dejé de ir a la escuela. Estaba harto de los insultos de aquellos mocosos, y además mi padre me puso a trabajar. Lo más asqueroso que me encargó fue matar una camada de gatos. La gata vieja había parido, cada dos meses o así volvía a parir, y el viejo me dio una horca y me dijo que los quitara de en medio. «*A ése todo el romance le cabe en el mechero, te lo aseguro yo...*». Oigo como un pitido, ¿usted no? Cuando oyes pitar por el oído derecho es que vas a recibir buenas noticias, y cuando es por el izquierdo son malas. ¿No lo oye?

—Sí. —Lo oía, y por los dos oídos. No era un pitido, sino un largo lamento interminable que venía del campo—. ¿Qué carajo es?

—No sé. Algo que no necesita pararse a respirar.

Y de pronto fue una luz cegadora y la exhalación rechinante de un tren de mercancías, los vagones de carbón color sangre de toro desfilando raudos junto a ellos, Fay pisando el pedal del freno y Vergil tirando del

freno de mano y diciendo joderjoderjoder, tan cerca del tren que vieron saltar chispas de las medas y olieron el metal.

Los veinte últimos kilómetros fueron de euforia: burlada la muerte, detenida la mano del destino, evitado el macabro accidente. Fay bajó la ventanilla, asomó la cara a la brisa sedante y soltó un berrido; fueron dando hurras y cantando, Fay medio gritando cuando entraron dando botes en el patio: «*Cargué madera en Wyoming y en Colorado carbón; pasando a Montana me dieron badana, y por culo en Oregón*».

Y cuando el motor se paró, se quedaron riendo culpables en el silencio asombrado, al abrigo de las puertas abiertas, orinando en el suelo duro, y el ruido que hacían y el débil horizonte gris por el este despertaron al gallo.

Jodido gilipollas, pensó Vergil, después de que te he traído el maldito pienso de las gallinas. A la parsimoniosa luz miró en la trasera del camión, pero no vio los sacos.

—¿Dónde están los sacos de pienso, joder?

Fay subió ligero y ágil como si el peligro de aquella noche le hubiera quitado años de las articulaciones, palpó los rincones oscuros del jergón, buscó en la cabina hasta encontrar la linterna, y con sus débiles rayos iluminó una ancha huella doble paralela a la cama.

—Al parecer tomaron la dirección contraria —dijo, y se sentó en la trasera, meneando las piernas de contento y tarareando una canción.

## **Vergil y Josephine**

Vergil se metió en una cama enfriada por el relente nocturno, y tiritando le dieron ganas de estar con Josephine. A los diez minutos se levantó, cruzó el vestíbulo y abrió sigilosamente la puerta del otro cuarto. Josephine dormía boca abajo. Vergil alzó las mantas con cuidado, y estaba colocando las nalgas en posición para deslizarse a su lado cuando ella dijo: ¿Se acordó Fay del pienso de las gallinas?

Oooh, gimió él con fingido sufrimiento, y la envolvió con sus brazos fríos, apretando sus rodillas gélidas contra el calor de ella, olisqueando su cuello y su pelo perfumados como perro en la pista de un conejo. Y empezó

a subirle el camisón con manos de muerto, y a apretar su boca helada contra su cuello turgente de sangre con perfecta comprensión de los vampiros.

—Apesta a alcohol y a tabaco.

—He estado en un bar, me fui con Fay. Casi nos atropella un tren, joder, y perdimos el jodido pienso por el camino.

—¿Que habéis perdido el pienso? Pues mamá va a matar a Fay. ¿Cómo habéis podido perderlo?

—Habrá sido cuando casi nos atropella el jodido tren. Tuvimos que parar en seco, joder. Debieron caerse de atrás los sacos, joder. Por lo menos eso parece. Como no fuera que se resbalasen en alguna subida. Pero yo no recuerdo ninguna subida fuerte, joder.

—No hay ninguna subida. Estate quieto. *Estate quieto.*

—Josephine, Jo-Jo, anda, vamos. Anda, vamos, Jo-Jo —y se apretó contra ella, sintiendo la hinchazón de la sangre en el canuto y llevando una mano helada hacia la ingle de Josephine mientras con la otra le pellizcaba un pezón.

—En serio, estáte quieto ahora mismo. Yo iré a buscar el pienso y tú te vas a tu cama a dormir la mona. Hace dos semanas que mi madre no tiene qué echarles a las gallinas porque cada vez que Fay va al pueblo se emborracha y se le olvida. Les está dando cereales de desayuno. Ahora mismo tiene ya bastantes problemas como para crearle uno más. ¿Trajisteis las cerillas?

—Sí.

—¿Y los impermeables?

—Joder, más bien cinco docenas de imperdibles, porque en la lista parecía que era eso lo que ponía.

—*Parecía*, sí. Por lo demás ni te pregunto. Venga, vamos a buscar el pienso. —Estaba apoyada en un codo y mirándole, con una arruga de la almohada en la mejilla derecha.

—Joder, ¿sabes que estás muy borde esta noche? Son muchos kilómetros, joder. Además, ¿no se te ocurre pensar que ya se lo habrá llevado cualquiera, joder?

—No es así como funcionan aquí las cosas. —Se levantó y se vistió furiosa, metiéndose violentamente en la ropa.

A él le dieron ganas de pegarle. De matarla. ¿Es que no lo entendía? Él había comprado el pienso, joder, mientras el jodido Fay vacilaba borracho

en el mostrador del bar, sí, lo había comprado, joder, aunque después se hubiera quedado por ahí en la carretera. Se sentó en la cama. El jodido gallo estaba desquiciado. La resaca cedió un poco. Abajo en la cocina Kenneth tosió y se aclaró la garganta. Joder. Se imaginó tener que pasar otra hora preso en la jodida silla española, sorbiendo un jodido café frío y aguantando al jodido viejo con el rollo de *Paraguazos*. No era de extrañar que el jodido Ults se cargase al jodido caballo, aunque sólo fuera por dejar de oír a Kenneth, joder.

—Sí. Vamos a buscarlo, —dijo, ya con la voz fría y malintencionada.

Cruzó otra vez el vestíbulo, se puso la ropa inhóspita, se pasó una toalla caliente por la cara y sin esperar a Josephine bajó la escalera y entró en la cocina. La cafetera estaba medio llena, todavía goteando. Se llenó una taza del aguachirle humeante y trató de beberlo, esquivando la mirada acuosa de Kenneth.

—Veo que eres madrugador y ardiente cafetero, Vergil. Yo estaba aquí mirando por la ventana y pensando en la guerra, en la guerra y en los soldados. Oyendo las noticias sobre los rehenes. Qué desastre. Los chinos de la antigüedad sí que lo entendían. Ésos formaban su ejército con presidiarios que supieran manejar el arco, que supieran matar, y llamaban a filas a los jóvenes de mala fama: y era un ejército temible, que tenía el país en paz y libre de delincuencia. Los americanos hacemos el ejército a base de chicos decentes que combaten contra su voluntad. Lo que tendríamos que hacer es lanzar una bomba nuclear sobre Teherán, cargarnos al ayatolá y se acababa el problema. Tú que has sido de los marines y has estado en el Vietnam, ¿no estás de acuerdo?

—Los jodidos rehenes están en Teherán, joder. ¿Querría matarles a ellos también, joder? —Y sin esperar respuesta salió por la puerta en dirección al camión alegremente aparcado.

## **Vuelta al pueblo**

El cielo era un rosa claro, la escarcha cubría a trozos el césped como sal apelmazada, y junto a la acequia yacía una hilera de malas hierbas segadas. Josephine estaba en el asiento del conductor, tensa y echada hacia delante;



había vaciado el cenicero y bajado las ventanillas, y por ellas entraba el aire húmedo de la mañana, con un olor amargo a salvia, zigadeno, altramuz y hierba loca. Condujo ella, y ninguno de los dos dijo nada, aunque la cabina del camión vibraba de gritos reprimidos.

Los dos sacos de pienso estaban en mitad de la carretera, del lado de la vía hacia el pueblo, levemente plateados de rocío. Vergil los cargó en la trasera y de repente se sintió bien, feliz incluso, quizá por efecto del café o porque se le pasara la resaca o por el gusto de haber hecho una buena acción, joder. Había vuelto a subir y cerraba en ese momento la portezuela cuando asomó por la curva un tren de mercancías que venía del pueblo, traqueteando con los vagones vacíos, quién sabe si el mismo jodido tren de la noche anterior. Josephine no dio la vuelta hacia el rancho, sino que siguió hacia el pueblo. Era el viaje nocturno a la inversa.

Aparcó delante de la misma cafetería donde él se había tomado aquel jodido café la víspera, y se tomó otro igual de malo, sentado con ella en un cubículo tapizado de plástico rojo, con las cartas en fundas de plástico y ante ellos el jodido aguachirle en tacitas de plástico, y Vergil se lo tragó agradecido y se comió muy a gusto un par de huevos fritos con jamón, mojando en la yema pan tostado de fabricación casera. En la pared había un cartel; CHICLE GRATIS DEBAJO DE LOS ASIENTOS.

—Está bien —dijo ella—. Pido disculpas. Ayer fue un asco. Mientras tú estabas aquí con Fay yo tuve una conversación con mi madre, ella hablando y yo escuchando. No me creerías si te contara lo que me largó. Se divorcian. Papá ha estado saliendo con una mujer que tiene la mitad de años que él, de hecho yo la conozco, estudió conmigo; el caso es que se dejó liar y ella ha dado a luz a una niña hace quince días, con lo cual tengo una hermana a la que llevo treinta y un años. La chapuza vino al día siguiente de nacer la niña, cuando la chica salió del hospital, porque ahora las mandan a casa al día siguiente. Se fue derecha con la niña al club de veteranos, se pasó allí horas fumando y bebiendo con sus amigotas, y no se sabe qué hizo que la niña se le cayó del mostrador del bar al suelo. Hay quien dice que la tiró. Total, que la niña está hospitalizada con lesiones graves en la cabeza (mi madre está deseando que se muera), la putilla está acusada de malos tratos y poner en peligro la vida de la niña, y el nombre de mi padre y su parte en todo ese negocio anda en los noticiarios de la tele y en los periódicos de todo el estado. Yo he sido la última en enterarse.

Vergil quiso hablar, pero ella acalló con un gesto.

—Bueno. Tú estás que te mueres por saber por qué Simon mató a *Paraguazos*. Bien. Te lo voy a decir. Fue una idiotez. Fue un malentendido. Lo hizo por ayudar a papá. Ya sabes cómo habla papá: empieza y no acaba, no te deja meter baza, y al cabo de un rato te hartas de escuchar.

—Sí —dijo Vergil.

—Papá estaba hablando de *Paraguazos*. Bueno, la realidad es que no sabía hablar de otra cosa, pero ese día se puso muy pesado con qué iba a pasar cuando *Paraguazos* estuviera viejo y achacoso, cuando eso llegara. Papá había bebido un poco. No le parecía bien mantener en vida a un animal enfermo y débil, cada día más fastidiado y cargado de dolores. Él piensa que a los animales viejos se los debe sacrificar, pero decía que *él* no sería capaz de hacerlo cuando llegara el momento, que él no tendría valor para acabar con *Paraguazos*, que algún día podría quedarse ciego, sin poder andar, famélico porque se le hubieran caído los dientes, canceroso y lleno de pústulas incurables. En fin, hizo una lista de todo lo que le puede pasar a un caballo, y a continuación, pensando en tener que sacrificar a *Paraguazos*, se echó a llorar. Decía que él no iba a ser capaz; que no era más que un tiro a la cabeza, pero él no iba a ser capaz.

—Ya.

—Y aquello a Simon le impresionó. Lo malo, el malentendido, fue que al principio no había estado escuchando muy bien, y cuando prestó atención papá estaba hablando como si a *Paraguazos* le pasaran ya todas aquellas cosas y hubiera que sacrificarle y él no fuera capaz. Simon se pasó la noche dando vueltas, hasta que por fin decidió levantarse temprano y echarle una mano a papá, acabar con la vejez del pobre *Paraguazos* y ahorrárselo a papá. Simon le tenía cariño a papá y pensó que debía echarle una mano. Ni se le ocurrió pensar que era a Fay a quien le correspondía sacrificar a *Paraguazos* si algún día había que hacerlo; entonces *Paraguazos* tenía veintiún años, pero estaba bien de salud. Podía haber vivido otros cinco años o quizá diez, años productivos. Papá cobraba mil dólares cada vez que cruzaba aquel caballo con otros. Calculó que Simon le había hecho perder más de cincuenta mil dólares al matar a *Paraguazos*. Y eso fue todo lo que hubo, simplemente uno de esos malentendidos que se producen en las familias.

—¿Y?

—Y nada. Que Simon y yo nos volvimos a Nueva York, pero a él le dejó tan afectado el tiro y se sentía tan culpable por haber matado a *Paraguazos* que se lió con la novia de su jefe, que de paso era mi ginecóloga, y que fue quien le dio la noticia de que yo estaba embarazada. Conque nos divorciamos, y él se casó con aquella cabrona y se volvieron a Minneapolis y yo nunca más volví a saber de él. Durante muchos años le eché la culpa a mi padre. No tenía por qué disparar contra el pobre Simon. Lo mismo que no tenía por qué haber follado con esa putilla que fue compañera mía de estudios.

—Yo creo que hizo bien, joder. Dice que creyó que Simon iba a acabar con todos vosotros, que parecía que se había vuelto loco. Y en cuanto a la chica, ¿quién sabe por qué pasan esas cosas, joder? Todo el rato están pasando. Y el problema es de ellos, no tuyo, joder.

Ella le miró.

—Te equivocas, estúpido. Totalmente. Tú careces de sentido moral. Venga, vámonos al monte. Vamos a comprar vino y unas chuletas y una manta.

—Josephine. Permíteme que te recuerde que tu madre está en el rancho esperando el jodido pienso de las gallinas.

Ella le miró. Miró su apuesto semblante americano, sus dos lados simétricos; tras las gafitas cursis de montura metálica, vio que sus claros ojos reflejaban un destello hostil; vio el asomo desigual de la barba en sus mejillas y el lunar que tenía junto a la nariz y sus brazos demasiado lampiños. Él también la miró fijamente, y fue ya, en pocos segundos, como si la hubiera conocido el año anterior o el antepasado. Su cariño se había agriado. Iban rápidamente camino de la antipatía.

—¿No te cae bien, verdad? Mi madre.

—No —dijo él, sabiendo que no debía decirlo—. Y me pasa lo mismo con tu padre, joder. Ults iba bien encaminado..., habría que acabar con ellos.

—No era ESO lo que él pretendía. Te lo acabo de decir.

De todos modos compraron el vino y se fueron al monte, y allí, en un prado llameante de escrofularia, ella huyó de él corriendo medio desnuda y riéndose como en un anuncio de compresas; él le siguió el juego durante algunos minutos, hasta que aquella bobada le enfureció, y entonces la tiró al suelo y le arrancó la ropa, le dio un doble bofetón resonante cuando ella

dijo que no, le abrió las piernas a la fuerza y arremetió empujando a lo burro. El sol había calentado el pelo de Josephine, que despedía un olor como a aceite de nuez y hojas calientes. Sudaron bajo el cielo púrpura, mordiéndose mutuamente los labios; ella le arañó la espalda, él la machacó con todo su peso, achuchando, embistiendo; las hierbas les laceraron la piel, la botella se cayó derramando el vino y rodaron sobre él, gruñendo y gimiendo, proyectando en curiosas posiciones sus cuerpos arañados y escocidos y manchados de vino y de hierba y de polen, gritaron y lloraron, ella clamó cielos cielos y se partió una uña ensangrentada, él se lastimó una rodilla con un cuarzo afilado, y los mosquitos les asaetearon, a él en la dolorida espalda y a ella en las blancas piernas, y cuando él tuvo que hacer pis, de rodillas, ella le sostuvo el pene con ternura, y cuando ella, en cuclillas, repitió la operación, él curvó la palma de su mano contra la tibia fuente, y a continuación hubo más clamores a las deidades y más reptar y rodar sobre las flores húmedas y machucadas, y mutuas declaraciones desorbitadas de amor profundo hasta más allá de la vida, todo ello contemplado desde una ladera lejana por un pastor vasco con los prismáticos Sears en la mano izquierda y el pito en la derecha.

—Ha sido una violación —dijo ella.

—Sí. Y bien que lo has disfrutado, joder.

—Estás muy equivocado —dijo ella—. Lo lamentarás.

Llegaron los tábanos. Se acabó el vino. Se vistieron en silencio, distanciándose un poco. Abandonaron el prado renqueando, apartando la vista de las flores aplastadas. Habían terminado.

La visita acabó a la mañana siguiente. Vergil, antes de alejarse en el coche, la miró derecho a los ojos con sinceridad y una expresión que decía que estaba un poco confuso y herido por el giro que habían tomado las cosas (esa pose de honesta rectitud era falsa; pocos años después fue a la cárcel por estafar a los crédulos residentes de una lujosa residencia de jubilados a través de su fraudulenta cartera de inversiones, que prometía altos rendimientos por participaciones en «compañías escogidas y ecológicas»); y Josephine ensilló a *Avena*, una yegua en mármol azul con pintas en la cara, la babilla, la pierna y el corvejón, y desviando los ojos de él dijo Seguro, seguro. A sus padres les dijo que se quedaba en el rancho para ayudar a Kenneth a llevar los registros y hacer compañía a Bette. A lo mejor se quedaba para siempre, les dijo, recompensa filial por su decisión

de permanecer juntos una vez que la niña de la putilla se murió y Kenneth empezó a ir a un consejero matrimonial.

(Pero aquel otoño Josephine se casó con Matthew Handsaw, un ranchero que medía metro noventa y cinco, otro veterano del Vietnam, oriundo de Amherst, estado de Massachusetts, que sufrió un ataque epiléptico de *grand mal* en su noche de bodas. Ella se sentó en una sala de espera del hospital a leer *Conejo es rico*, pero se durmió en la página cincuenta y tres. Les dio por recluirse, y al cabo de unos años, cuando Handsaw se convenció de que el gobierno federal se había vuelto rojo perdido y era inminente una toma del poder por las gentes oscuras y patizambas de las Naciones Unidas, y de que la supresión de la oración en las escuelas había acabado con el sentido moral del pueblo americano, cercó el rancho con verjas de acero. Trabajando juntos abrieron una serie de búnkers y túneles que con el tiempo formaron una ciudad subterránea de diez acres, con gateras secretas).

### **«Bizitza hau iluna eta garratza da»**

Al atardecer de un último sábado del mes de junio, Fay, vistiendo pantalón tejano con la raya bien planchada, camisa con botones de nácar, pañuelo de seda, botas finas de piel de lagarto y cinturón nuevo de bisutería, subió al monte Elk Leg, con el acordeón verde botando en el asiento del acompañante, y su propia concertina, metida en su estuche y envuelta en una manta de caballo, en el suelo con media docena de botellas de buen *whisky* irlandés. Hacía mucho tiempo que tenía la concertina. El nombre «C. Jeffries» campeaba en el costado de madera. Fay siempre pensó que era el nombre de un propietario vaquero que llevaría muchos años criando malvas. Le gustaba la voz dura y fuerte del instrumento, y los delfines de oro estampados alrededor del marco, muy gastados pero todavía saltando. Con el acordeón verde se había esforzado todo lo posible, pero no sabía qué hacer con el botón atascado y los que no sonaban. No era un gran manitas.

Los vascos llevaban todo el día sin parar, aunque la gran plataforma montada para el baile en el florido prado estaba vacía; a un lado unos cuantos danzantes con traje típico pateaban las figuras incomprensibles de

la jota, junto a tres o cuatro músicos vestidos con blusa y boina y alpargatas de cintas que les subían entrecruzadas por las piernas. Tocaban instrumentos antiguos: uno soplaba en el chistu y golpeaba un tamboril a la vez; otro, un hombre recio con la cara como picada de viruelas, sacaba de la *trikitixa*, con sus lengüetas especialmente afinadas, el «Zolloko San Martinak», y detrás de un carro otros dos golpeaban un madero resonante con palos que sostenían en vertical. A Fay no le pareció gente del lugar; quizá se los hubieran traído de Los Ángeles.

Cerca de los árboles vio camiones y *jeeps* aparcados al azar, gente que subía y bajaba, una corraliza de sogas para los caballos. De las barbacoas salía una humareda deliciosa y grasienta; los hombres jugaban a las cartas bajo toldos y tiendas abiertas, las mujeres charlaban en un guirigay de música y relinchos de caballos y gritos humanos. El calor acumulado del día aflojaba la dureza de los rostros; los álamos se desdibujaban en el aire caliente, el polvo y la sombra oblicua del monte.

Fay se pasó diez minutos dando vueltas, con el acordeón en la mano derecha, buscando a Michel, el primo de Javier, hasta que por fin le vio medio dormido, gacha la afilada cabeza, sentado en un cajón del revés cerca de los caballos, con las piernas cruzadas y fumando un cigarrillo liado a mano.

«Michel», le llamó Fay acercándose. El otro alzó los ojos, se puso en pie, sonrió descubriendo dientes amarillos y con la cabeza hizo una seña a Fay, que le siguió hasta un *jeep* con costra de barro. Tomaron una pista de pendiente abrupta mientras el festejo se desvanecía a sus espaldas. Michel no decía nada; iba mirando al frente con el ceño fruncido y el ascua del cigarrillo junto a los labios. Fay encendió uno a su vez y le ofreció; Michel aceptó y aplastó la colilla del anterior en el salpicadero. La pista subía a trompicones entre pinos costeros, descendía a un collado, trepaba por otra ladera y se internaba poco a poco hacia un macizo interior sin caminos, una gran masa de crestas erizadas y tierra y peñas vacía de señales humanas, sin otros sonidos que los gritos de los cernícalos en la calada y el silbar del viento. El lamento del motor introducía un subtono incongruente. Desapareció la pista, y les dejó rodando sobre piedras, esquivando peñas y hormazos, entre arbustos de salvia y caoba de monte que arañaban los costados del *jeep*. Michel apuntó a la derecha, y Fay miró forzando la vista hasta que logró distinguir unas peñas diseminadas que podían ser ovejas.

Michel no decía nada. Fay probó a cantar: «*Bañada en llanto juntó las manos...*», pero el camino era demasiado accidentado; las palabras le salían de la boca a tirones y perdía la melodía.

—Por aquí lo que hace falta es un caballo más que un *jeep*.

Michel asintió con la cabeza y paró. Las ovejas seguían estando lejos. Michel apuntó hacia arriba y a la derecha, volviendo la cara al cielo. Había una senda. Evitó mirar directamente a Fay; dio un paso atrás y cerró los ojos.

—Yo espero aquí —dijo. Ya se había formado a su alrededor una nubecilla de mosquitos.

—No tardaré mucho —dijo Fay, y metiéndose entre unas hierbas que olían a regaliz hizo un pis antes de iniciar la subida. Se echó el acordeón al hombro con una cuerda y empezó a trepar, soltando tacos porque se le resbalaban las botas. Pero la distancia era corta, de unos cientos de yardas; un recodo muy cerrado bajo un par de peñas en forma de nalgas, y en un reborde de hierba segada vio la carreta de Javier, de techo redondo como una blanca lata de conservas, con la puerta abierta y Javier sentado en el estribo limpiando el rifle. Allá arriba soplaba fuerte el viento, ondulando las hierbas y el morado altramuz, y la camisa de Javier primero se le inflaba y luego se le pegaba al cuerpo.

Al ver acercarse a Fay volvió el rostro hacia la izquierda, tímido y taciturno por los muchos años de estar solo en el monte con los rebaños; la larga nariz grasienta le relucía. Debajo de la carreta gruñó el perro.

—Michel se ha quedado abajo con el *jeep*. ¿Es que no os lleváis bien?

—Nos llevamos muy bien. A veces. Tiene miedo. Por él necesito ese fuelle. El mío viejo se lo dejó al sol en el asiento del camión cinco horas, mientras se emborrachaba. Tenías que haberlo visto. Quedó para tirarlo, todo engurruñado y con la cera derretida por dentro. Aparte de que es un agonías, de los que piensan en lo dura que es la vida. Es un amargado; nunca está a gusto. ¿Es eso? —Cogió el acordeón y lo miró por todos lados, haciendo una mueca al ver el demonio pintado y sus gastadas llamas.

—Tienes un buen sitio aquí. La hierba está muy bien cortada. Lo que ya no parece estar tan bien es la recogida de basuras —dijo Fay mirando al montículo de latas de conserva y botellas.

—El vigilante del campamento se las llevará la próxima vez que venga. Sube por aquí, da la vuelta a esa peña y se baja por el lado este. Michel te

ha traído por el sur. — Y tiró a Fay una lata de cerveza caliente.

— Te estás perdiendo la gran fiesta, Javier. Me dicen que eres el único vasco que queda por aquí con las ovejas, que todos los demás contratan a mexicanos y peruanos. Me dicen que todas las demás carretas están en museos o decorando los patios de los rancheros ricos.

— Sí. Y a mí ya me pilla demasiado viejo. Cada vez que bajo me pongo nervioso. Yo estoy a gusto en el monte, con bajar a emborracharme contigo alguna vez. El perro viejo no cambia de mañas. Me he acostumbrado. No quiero novedades. Yo no tengo ambición. Venga, vamos a ver esto. — Estiró la pierna izquierda a modo de puntal y volteó el acordeón verde—. Mierda, si está hecho una ruina.

— Yo he arreglado la correa del pulgar, pero no mucho más.

Javier miró el gran tornillo de madera que sujetaba una lazada de cuero.

— No te han llamado a ti por el camino de la ebanistería. Bueno, me puede servir de entretenimiento. Está bien para aquí arriba; tampoco se trata de tener algo bueno que vaya dándose golpes en la carreta. Sí, ya soy demasiado viejo para estar aquí arriba, pero por eso estoy aquí arriba. Soy demasiado viejo para meterme en otra cosa. Yo sólo sé de ovejas. Aguantaré hasta el final. De todos modos no va a quedar lana en el mundo, todo son fibras sintéticas.

Se volvió de medio lado, y con el ceño fruncido se aplicó al acordeón. Pasó el dedo por encima de la laca rayada, los botones partidos, los remaches de metal llenos de herrumbre, el fuelle raído donde Fay había tapado un agujero con cinta adhesiva, el sitio donde faltaba la rejilla, el barniz gastado y en un extremo las letras débiles de un nombre francés, aunque la madera había sido lijada. Colocó en posición sus manos manchadas y musculosas, abrió el fuelle despacio, despacio lo cerró. Otra vez. Empezó a tocar: algunas notas salían mudas o huecas, otro botón daba dos notas juntas. Cantó con voz ronca y lamentosa, una melodía deshilvanada y errabunda que deslizándose de nota en nota fue subiendo lentamente hasta dejar muy atrás la tonalidad inicial. *«Ah, qué buen amigo tengo que me trae música hasta aquí, que sube a lo alto del monte fumándose un cigarrillo, con ganas de tomarse una cerveza, mientras allá en las peñas deja atrás a un cuentista, que me debe mucho y no tiene fuerzas para subir hasta el canto de este viejo ángel...»*, y de abajo llegó el



grito de Michel, un trino agudo que acababa demasiado alto para oídos humanos, aunque el perro sintió su filo y gañó.

—Aguarda —dijo Javier, y desapareció en la carreta. Cuando salió traía puesto un largo y extraño collar de huesecillos que le colgaba casi hasta las rodillas.

—¿Qué es, indio? —dijo Fay.

—No, es cosa vasca, cosa vasca antigua. Lo hice yo. Mi abuelo tenía uno, pero a ti te diré que no está nada bien hecho. —Enganchó el collar con el dedo índice de la mano izquierda y lo tensó. En la derecha tenía un palito pulimentado. Golpeó los huesecillos con el palo, y una música quebradiza y fría, rápida y frágil, se derramó en el aire claro. Y él, sin alzar la voz enronquecida por el tabaco, entonó una canción doliente: «*Ah, bizitza hau iluna eta garratza da, esta vida es triste y amarga...*».

—¿De qué está hecho, de huesos?

—Águila. Alondra. Ganso. Halcón. Perdiz. Huesos de ave. A tres metros de distancia ni lo oyes.

—Mejor tenlo escondido debajo del colchón. Te caerían diez años por hacer música con huesos de águila.

Pero Javier estaba mirando a la lengua de nube que venía del oeste, con velos curvos de lluvia y granizo sobre algún lugar distante, harto de compañía y deseoso de soledad en la hora perlada del crepúsculo, la hora entre el perro y el lobo.

Fay se encogió de hombros y emprendió el descenso. Tenía por delante cinco horas de carretera hasta la casa de Padraic, el bueno de Padraic, que era toda la familia que le quedaba. Los vascos no eran los únicos capaces de festejar.

## En el ejército

Una noche de luna llena de enero de 1863, Riley McGettigan, un muchacho de dieciséis años, compacto de carnes y con pies de muñeca, había dejado la pequeña granja familiar, repleta de hermanos semisalvajes, camino de Galway; y allí, en cinco noches, pudo desvalijar al suficiente número de borrachos para comprarse el pasaje a Nueva York. La última imagen que se

llevaron sus ojos irritados por el humo de turba fue la de un penitente en la orilla, que ayudándose con un bastón corto avanzaba penosamente entre los guijarros, sobre las rodillas ensangrentadas.

En la ciudad de fábula, hambriento y sin dinero, ejerció el mismo oficio rateril con cierto éxito durante un par de meses, hasta que le pillaron y le zurraron; pero gracias al descuido de su captor, que estaba hecho una esponja de ginebra, escapó otra vez a las calles y se unió a una banda que se daba a sí misma el nombre de Los de Irlanda; con ellos se empleó a fondo en los disturbios de la leva, apaleando con entusiasmo a todo negro que pillaban, muy activo en tres linchamientos y en la multitud que prendió fuego al Asilo de Huérfanos de Color de la Quinta Avenida. A finales del verano aceptó una suma de dinero por servir en el ejército en sustitución del hijo de un ferretero yanqui (cómo quisieron los americanos a la carne de cañón irlandesa durante aquella guerra), y se encontró junto con otras tres docenas de paisanos arrastrándose por el sur en el ejército de Sherman, un puñado entre el medio millón que habían venido a hacerse ricos, no a morir, y que acabaron sus días marchando detrás de un tambor cuyos palillos podían haber sido tibias, siguiendo a una bandera que debería haber ostentado la calavera.

Desde la derrota del monte Kennesaw marchó por Georgia hasta el mar, cantando una canción pegadiza de los rebeldes, «La línea de Rock Island», y riéndose del ingenioso despacho de Sherman al presidente Lincoln, «*Suplico me permita presentarle como obsequio navideño la ciudad de Savannah*»<sup>1</sup>, aprendió a tocar el silbato, y tanto se aficionó a la vida de fatigas, que al acabar la guerra se alistó para combatir a los indios.

Se casó con Mary Blunky, una chica de orejas coloradas, curtida por la necesidad, que iba detrás del Ejército de la Unión, soñando con un marido y un hogar por miserables que fueran. El marido lo consiguió; pero, embarazada y con un miedo atroz a los pieles rojas, se quedó al este del Missouri cuando en el otoño de 1866 Riley marchó al fuerte Phil Kearny, en la ruta de Bozeman.

En diciembre Riley estaba en la columna que bajo el mando fanfarrón del capitán Willy Fetterman salió a proteger un convoy de madera que hacía trece kilómetros de camino desde los pinares. Fetterman, imbuido del mito del blanco invencible, se metió en una trampa porque quiso. Un indio flaco les salió justo delante, aparentemente despavorido, esquivándoles y

huyéndoles pero sin aumentar la distancia. Aquel joven torpe, aquella presa fácil, desvió del sendero a la galopante columna y la llevó a una cresta donde de pronto la hierba y las piedras y las cortadas y las matas vomitaron flechas, y una horda de guerreros ululantes, ahora con ellos el reclamo Caballo Loco, se abatió sobre la columna, y entre hachas afiladas y mazas de madera dura y enjambres de dardos la aniquiló en veinte minutos. Riley McGettigan, diecinueve años, atónito ante la brevedad de la vida, se desmayó con una flecha en el cuello.

(No estaba muerto. Fue trasladado al fuerte por los nerviosos recolectores de cadáveres y retirado del frente para convalecer; pero, saciado de la experiencia india, se escapó del hospital de campaña una noche de luna y marchó a Texas, donde pudo sustentarse malamente robando ganado hasta que en 1870 le sorprendió en flagrante delito un ranchero con sentido del humor. Las manos del ranchero mataron y desollaron a la vaca, saltaron a tiros los codos y las rodillas de Riley, y le cosieron dentro de la piel del animal, con la cabeza y los pies asomando por los extremos de la costura; y de tal guisa le dejaron al sol, con la promesa de volver al cabo de un mes para invitarle a un trago. El pellejo se fue secando y encogiéndose con el calor del día, apretando cada vez más, mientras la cercana carne delicuescente atraía con su hedor a los coyotes, cuyos babeos y dentelladas eran la música nocturna de Riley; durante el día febril las águilas ratoneras punteaban el cielo). Mary McGettigan no se volvió a casar en cuatro años, aunque en ese tiempo dio a luz tres vástagos con el conveniente apellido de McGettigan: Riley hijo, después uno que cuando aprendía a andar se cayó contra la estufa encendida y murió de las quemaduras, y el menor, que sucumbió al cólera. Al cabo Mary se fue a vivir a Dynamite, estado de Montana, y allí se casó con Francis Dermot, un peón del ferrocarril que le partió el corazón cantando «Bella soñadora» con su delirante voz de tenor irlandés. De él tuvo en las siguientes décadas otros cuatro hijos más y tres hijas, todos los cuales vivieron y se dispersaron por el continente: ellas, esposas y madres; ellos, uno ensayador, otro un tahúr que expiró dentro de un corsé punitivo de alambre de espino, otro arriero, y otro peón del ferrocarril que escribía poesía exquisita los domingos.

## El viejo de Fay

Riley hijo, el viejo de Fay McGettigan, fue un tipo con mala suerte, que según él era la suerte normal en un McGettigan. Trabajó de mayoral y permaneció soltero hasta los cuarenta años, cuando hubo ahorrado lo suficiente para comprarse un rancho polvoriento y engatusar por correo a una novia de Irlanda, la huérfana de diecisiete años Margie, callada, trabajadora, de genio vivo y aficionada a cantar, sobre todo «La perla de blanco pecho», acompañándose con un diminuto acordeón diatónico al que llamaba ven-a-mí-vete-de-mí. El don que transmitió a sus hijos fue un gusto por el canto, la voz humana lanzada contra la hierba ondulante, cuatro paredes, un cielo descolgado de cadenas invisibles. Para todo lo que les acaeciera a ella o a ellos tenía la mujer una canción enroscada en los pulmones; sabía cientos de letras y cientos de melodías, recordaba todo fragmento que hubiera oído cantar y tenía una pronta facilidad para imitar las llamadas de los pájaros. Sabía identificar a un caballo por su bufido o su relincho, oía aproximarse un vendaval desde un día antes; en algún escondrijo de su ser albergaba un diapasón como una piedra imantada, y lloró en la calle la primera vez que oyó un fonógrafo, en 1921, tocando una grabación de «Si os acordáis de mí» cantado por el tenor Tom Burke.

Su marido, Riley hijo, era testarudo, buscaba alivio en la bebida, le impacientaban los hombres, las mujeres, los niños y los animales; casi analfabeto, le hizo siete hijos a Margie, y un día de 1919 salió de casa, montó en su buen caballo y se fue con el ocaso, dejando a su mujer con un embargo, un niño de pecho y ciento doce cabezas de ganado escuálidas e hipotecadas.

(Llegó hasta San Francisco, donde le tumbó un Cadillac gran turismo con encendido automático). Fay tenía once años cuando el viejo se marchó; el siguiente era Padraic, de diez: el niño terrible le llamaba su madre. (Se ganó ese apelativo cuando tenía cinco años y le llevaron al pueblo por primera vez. Estaba con su madre en la tienda del lugar, mirando fascinado los objetos que allí había colgados, de pie, apoyados y colocados en estantes, así como los innumerables caramelos metidos en cristal, cuando alguien entreabrió la puerta y entró un perro. Margie estaba examinando un papel de agujas en busca de una de ojo grande para coser con lana, y no lejos de ella estaba Padraic hecho un mar de dudas frente a los tarros de

caramelos, con el peso de una moneda en la mano. El perro, en el que nadie se había fijado, avanzó tambaleándose entre las vitrinas, con una mirada extraviada en los ojos duros y secos y un ribete de baba en los negros labios. Chocó contra una de ellas haciendo retemblar varios quinqués, y al oír tintineo de vidrios el dependiente alzó la vista. «¡Cielo santo, un perro rabioso!», exclamó, y se subió al mostrador, resbalando al apoyar el pie en un montón de abanicos de papel, e izando junto a él a la clienta que tenía más cerca. Padraic vio pasar al perro por su lado, pero su madre no se volvió hasta que el animal, gruñendo, empezó a masticarle la falda. Entonces exhaló un grito, y tendió los brazos hacia Padraic para ponerle a salvo. Pero él creyó que le pedía ayuda, y sin dudarle un instante sacó de su sitio el pesado tarro octogonal de grageas de canela, cargó con él en brazos y se lo estampó en la cabeza al perro loco. El perro, aturdido, cayó de costado agitando las patas, hasta que el dependiente se bajó y lo mató a bastonazos. El niño terrible fue vitoreado en toda la calle y empapuzado de dulces hasta su casa, con un par de orejas de perro sangrientas en el bolsillo).

—Ahora sois los hombres de la casa —les dijo su madre—. Tendréis que trabajar. Tenemos que trabajar para vivir. —Ella no creyó tener otra opción que la clásica: lavar. Lo que Fay recordaba de su madre eran las manos abultadas y el chapoteo del agua, y «La perla de blanco pecho» cantada con dulzura.

## **Amor negado**

Ya de niño Fay reconoció ser un irlandés pobre, feo, sin gracia y sin instrucción, fuera de la carrera en lo tocante a fundar una familia. Aquella dolorosa condición aun se agravaba más por una proclividad incoercible a enamorarse violentamente de toda mujer y chica atractiva que veía, fotos incluidas. Se sonrojaba y se consumía, y sólo miraba a las encantadoras entornando los ojos o por intermedio del reflejo en un cristal.

En plena Depresión, cuando tenía veinticuatro años, conoció a Eunice Brown, una mujer que trabajaba en el rancho R Bar y era toda pellejo y huesos, con cara de predicador loco: un par de ojos intensos, taladrantes, y

una boca deformada por la cicatriz de una quemadura que le hizo un primo avieso con un hierro de marcar. A Eunice le gustó Fay, y le ponía nervioso echándole miradas tiernas cada vez que él iba por algo al R Bar. El viejo Rubble decía que Eunice tenía la fuerza de un hombre, trabajaba más barato y era mejor vaquero porque no bebía, pero Fay pensaba que para decir eso tenía que estar ciego y haber perdido el olfato, porque Eunice llevaba una frasca en el seno, de la cual había echado él algún que otro trago. Pero él sólo amaba a las guapas, y eso no tenía vuelta de hoja.

Trabajó, lo mismo que su padre, en los ranchos de la zona, pasando de uno en otro por berrinches y ofensas imaginadas, porque se cansaba de la comida o de los compañeros de barracón, todo para acabar unos kilómetros más allá, en otra explotación marginal con propietario desesperado y clima quijotesco. Durante unos meses tuvo de compañero a un tal Ballagh, que tocaba una concertina de botones hechos con huesos de dedos de sirena, o eso decía él, y de él aprendió a tocar el instrumento.

Eso fue en el rancho Drowsy, al que llamaban El Comprobado porque el viejo Drowsy decía siempre lo mismo: «Lo quiero *todo comprobado*». Había en el rancho un barranco profundo, y en el fondo del barranco un pozo. Para recoger el viento que movía la bomba, las aspas estaban sobre una torre de treinta y tres metros de alto. El trabajo más aborrecido y espantoso era subir una vez por semana a lo alto de la torre para engrasar el mecanismo, con todo el precario armatoste oscilando y chirriando. La primera música que Fay hizo en público con la concertina del vaquero desconocido fue en una celebración del fuego del barranco que quemó la torre de bombeo.

Empezó a trabajar para Kenneth en 1957, cuando tenía cuarenta y nueve años, porque se enamoró a primera vista de Bette y su cara irlandesa, su hermosa cabellera pelirroja como hilo de cobre retorcido, su vientre hinchado por el embarazo, su vestido de estilo antiguo, de lino crudo y encajes teñidos con café en el cuello y los puños, un vestido de embarazada que le daba aspecto de niña pequeña; y cuando aquel incendio se extinguió en favor de la mujer morena que hacía de cartera y que tenía unos ojos del azul del arrendajo en las alas, ya llevaba demasiado tiempo trabajando allí y no era cosa de dejarlo. Desde entonces tuvo debilidad por las embarazadas. Pero para sí sólo pedía las putas más tristes, las de la droga y la costra, las uñas rojas mordidas y el desinterés por todo.

## Bailar sobre linóleo frío

El fin de semana largo con el niño terrible una vez al año era un rito para los dos, dos hermanos feos, bebidos y viejos, sin dones ni gracias más allá del *whisky* y la música; pues Padraic, con su copete de pelo blanco, sus ojos bizcos, su boca torcida, tocaba la gaita, y cuando Fay plantaba sobre la mesa una botella de *whisky* para cada uno y cogía su concertina, y Padraic tomaba la primera bocanada de aire para inflar la bolsa de cuadros sujeta debajo del brazo, se abría para ellos una hora divina.

Tocaban las canciones que habían aprendido de su madre, canciones construidas en sus ritmos e intervalos sobre una lengua antigua que ninguno de los dos había hablado nunca, ni oído apenas. Padraic apuntaba los títulos en una lista, y cada año el uno o el otro aportaba nuevos fragmentos recordados de «El soltero descalzo», «Coulin» o «Los pollos de Jenny». El niño terrible sabía todas las de amor porque durante la segunda guerra mundial había estado casado cuatro días, pero Fay no sabía qué había pasado, no lo sabía nadie fuera de Padraic y la mujer de paradero desconocido.

En el recibidor del niño terrible, los dos hermanos se prendieron por los codos y cada cual apoyó la cabeza en el hombro del otro, aspirando el olor familiar bajo los estratos de tabaco y de *whisky*, un olor unido al calor y la seguridad de la manta marrón compartida setenta años atrás.

—«Es la hora irlandesa» —dijo uno, llenando el primer vaso de la botella que el otro había llevado, parodiando un acento que era su broma particular—. ¿Nunca se te ha ocurrido hacerte con un acordeón como es debido, en *mi* bemol por ejemplo?

—Sí, pero antes uno en *si* y *do*. Con éstos puedes hacer de todo. Sí, si tuviera dinero y tiempo para aprender, a lo mejor. De todos modos, me va muy bien con esto. Si le servía al viejo vaquero Jeffries para cantar a las vacas, me sirve a mí. —Los dedos de su mano derecha se engrabitaron para atacar «Los perros en las matas», y de la concertina salieron rodando los tresillos, un ramillete de ornamentación tan floral y colorido que a Padraic le pareció oler la fragancia de la música, dulce y un poco aceitosa.

Tenía una pila de periódicos irlandeses para que Fay se los llevara a casa, y Fay tenía para él un par de historias y algunas casetes para oír en el camión. Y pensó en el pobre vasco allá en la soledad del monte, con las

ovejas y el patético instrumento de huesos de ave, sin un hermano para hacerle compañía y cantar las canciones de la infancia.

—Te digo lo que yo pienso —dijo Fay—. Las mesas y los terromonteros y los cerrillos son la configuración del terreno, ¿no? Lo que da forma a la tierra. ¿Pues con la música no pasa lo mismo, que haces un sonido y da forma al aire? Es otra configuración, aunque sea invisible, pero ahí está.

Avanzada la noche, cuando ya la borrachera les había devuelto a la agilidad de la juventud, el niño terrible se levantó, y al compás retozón de «El plato roto» hizo un baile de claqué que fue el asombro de Fay; y Fay, por no ser menos, dejó su instrumento y se bailó la melodía en silencio sobre el linóleo sucio del suelo de la cocina.

## **La chamarilería del Niño Azul**

Javier estuvo tocando hasta mucho después de que Fay bajara del monte, tocando y cantando mientras anocheecía, bebiendo y cantando; su voz, y los acordes defectuosos y las notas estrafalarias del acordeón verde —le daba igual—, resonaban en las peñas, y él imaginaba que las notas eran dardos que trazaban figuras trapezoidales y triangulares al rebotar de peña a piedra, y era bonito, bonito oírlo, a solas.

Pero al día siguiente lo abrió para ver qué se podía reparar. Las lengüetas estaban oxidadas, de eso no cabía duda, y el eje, la palanca que sujetaba los botones, debía estarlo también, y por eso los botones se atascaban. Una carreta de pastor sacudida por el viento no era el mejor sitio del mundo para la operación bastante delicada de desmontar un eje; pero el instrumento no podía quedar peor de lo que estaba. La sustitución de las válvulas no le preocupaba; debajo del jergón tenía un rollo de cueros y pieles.

Hurgó entre las herramientas buscando unas pinzas para agarrar el eje por un extremo, pero por la razón que fuera no las halló. En el fondo del cajón encontró dos tijeras de esquilar herrumbrosas, y un vetusto fórceps de castrar.



—Esto servirá —le dijo al acordeón—, quizá. —Pero en su lugar empleó los alicates de hacer cercas para agarrar la punta del eje y sacarlo derecho. Estaba muy mal.

La lengüeta muda sufría de un grano de herrumbre alojado entre el labio y la garganta, que Javier extrajo con un hilo de seda de la caja de moscas de pescar. El acero de las lengüetas tenía manchas de herrumbre, y las estuvo rascando con la navaja, pero temió que se colaran dentro más fragmentos. Limpió las lengüetas con el cepillo de dientes, soplando para sacar el polvo hasta que se mareó.

Vio que necesitaba de todo: nuevo fuelle, nuevas lengüetas, nuevos muelles, reajustar el lengüetero, reponer la rejilla y más cosas. Pero tenía una voz maravillosa, sonora y vibrante, capaz de gritar su dolor a la ladera del monte.

A finales del verano, estando acampado más al oeste, dejó el acordeón en el suelo y se fue con el perro a averiguar el origen de los balidos nerviosos de una oveja lejana. No vio más que un poco de tierra removida que le hizo sospechar la presencia de un gato montés, pero no había huellas claras, ni ninguna oveja muerta ni señales de matanza. El perro mostró escaso interés por las señales.

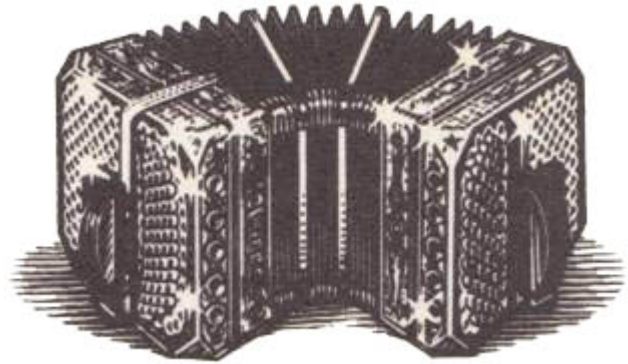
Estuvo fuera dos o tres horas, y al volver se agachó para recoger el acordeón, pensando aún en el gato que creía tener por vecino, y el fuelle rozó a la serpiente de cascabel que se había acomodado a descansar debajo del instrumento, y que le clavó los dientes en la vena gruesa de dentro del codo.

El vigilante del campamento le encontró diez días después, con la piel ennegrecida por el sol de las alturas. El pobre viejo, pensó, un ataque al corazón, y le cargó con sus pertenencias en la trasera de la furgoneta. Javier fue enterrado sin lápida al fondo del cementerio, y sus bienes quedaron almacenados en el hotel vasco donde pasaba los inviernos y las épocas de murria sin trabajar.

Dos veranos después el propietario vendió el hotel a una joven pareja de vietnamitas y regresó al pueblo pescador de sus ancestros, Elanchove, donde había nacido sesenta y siete años antes; volvió con esperanzas de novia y algunos años de comodidad hogareña. Los nuevos propietarios sacaron del trastero cajas de ropa vieja. Biblias y catecismos, espuelas y botas y sillas gastadas, calendarios amarilleados con tachaduras de rayas

torcidas y equis en cada día, cayados de pastor, rifles, baúles antiguos y un acordeón verde. Todo lo que parecía vendible fue a parar, a comisión, a la chamarilería del Niño Azul.

## **Vuelta a casa con los brazos recosidos**



**CHEMNITZER**

## Inofensivo

Ivar Gasmann, el menor de los hijos de Nils y Elise Gasmann, nieto de los inmigrantes Gunnar y Margaret Gasmann, era un personaje conocido en Old Glory, estado de Minnesota, a finales de los años setenta: recorría las calles empujando un carrito de reparto con una rueda quejumbrosa, recogiendo latas, botellas o un par de calzoncillos sucios con huellas de haber sido pisados; y tampoco se le pasaban las piedras de colores raros según iba ganduleando con las manos en el manillar y la rubia melena tendida en greñas polvorientas sobre los hombros, una melena que se ataba con un nudo bajo la huesuda barbilla cuando el viento soplaba de espaldas. Tenía los ojos parpadeantes, del color de un cristal que reflejara el cielo; era un hombre de facciones finas pero tardo de comprensión y desaseado. La gente le veía blando pero potencialmente violento; algunos decían que comía perros perdidos, y cualquiera se daba cuenta de que vivía como un cerdo.

Pero era útil en la comunidad. Para él sacaban las mujeres a la calle las cosas que ya no querían: los aparadores con tres patas, los almohadones estampados como piel de leopardo, el tarro de galletas en forma de cabeza de bulldog que regalaban con el jabón en escamas, las secciones de vía del tren eléctrico, la placa de adorno para la pared con tres gansos *moderne* volando, los plátanos y las alcachofas de cartón piedra, la cuna rosa cuyo ocupante se había muerto por la noche. Él llevaba aquellos objetos a la chabola que habitaba entre los lilos, en la vecindad de lo que a comienzos de siglo habían sido unas caballerizas: una construcción esquelética que se vencía de un lado como un camello al levantarse, con el tejado con parches de botes de levadura laminados.

Nunca había tenido relaciones sexuales con una mujer. Su sentir hacia los hombres, después de un peculiar encuentro con un pinche en el asador de Chippewa Willy, era ambiguo.

## Nils y Elise

Cuando nació Ivar, un año antes de que acabara la segunda guerra mundial, sus padres eran agricultores al norte de la ciudad, en una tierra antaño ennegrecida por la sombra espesa de los pinos gigantes. (Los bosques cayeron mucho antes de que el viejo Gasmann comprase la granja, talados por leñadores y aserradores venidos de la isla del Príncipe Eduardo, Maine, Quebec, New Brunswick, Finlandia, Noruega, Suecia; conforme los madereros fueron desplazándose al oeste, a las zonas taladas acudieron alemanes, checos, escandinavos, eslovacos, croatas, lituanos, polacos, rusos, serbios, y unos cuantos irlandeses y franceses emperrados en vivir del campo). Gunnar Gasmann había venido de Noruega en 1902 (durante la travesía el barco surcó, echando vapor, las aguas donde noventa y tres años después se alzaría en hormigón la mayor plataforma de sondeo del mundo, sobre el yacimiento de gas submarino de Troll). Durante diez años deambuló por Wisconsin y Michigan trabajando en las minas de plomo, en laserrerías, de jornalero y de peón agrícola, hasta que la familia adquirió la tierra sin roturar a cincuenta centavos el acre. Terco e irritable, Gunnar se ofendía si alguien cometía la ordinariez de llamarle por su nombre de pila, y sentía como condescendencia un saludo caluroso. El saber libresco le parecía una cursilada de señoritos, y procuró que sus hijos no estudiaran. Tenía una sola gracia, una respuesta ácida para los que le contrariaban: ¿Por qué no te vuelves a mi tierra?

Bajo la autoridad de aquel hombre susceptible creció Nils, y sin saber leer apenas aprendió a manejar bien el hacha: su vocación natural eran los aserraderos, y allí empezó a trabajar a los quince años. Cuando cumplió los veinte era rajador de traviesas en las montañas de Idaho.

(Su hermana melliza. Floretta, se fue de la granja un mes después que él. Estuvo un tiempo con la compañía de Jack Brady, que hacía un espectáculo del Salvaje Oeste sólo con mujeres, y de ahí se pasó al rodeo y ganó premios de monta y de doma. En 1927, en Tucumcari, estado de Nuevo México, un caballo la tiró y le cayó sobre la nuca partiéndole el cuello: tuvo una muerte instantánea). A Nils no le gustaba la granja, y regresaba de mala gana cuando se le acababa la temporada de trabajo, bebiendo y soltando tacos en la jerga políglota de los madereros, mezcla de sueco, noruego e inglés.

Todos los veranos, después de la maderada, aquejado de crujidos en el talón, un trastorno audible del tendón de Aquiles que afligía a muchos de los que conducían las traviesas por las aguas revueltas del deshielo, volvía en autoestop a Old Glory, donde su mujer, Elise, sacaba adelante la granja del viejo Gunnar con su primo medio tonto Freddy, que era buen trabajador y no necesitaba paga.

Pero tan pronto como la última siega de heno quedaba almacenada en el pajar y se descascarillaba el maíz, allá se iba otra vez Nils al campamento con su hacha de rajar, su hacha de desbaste y su hocino, hambriento de tabaco, de *whisky* y del hedor y la compañía bronca de los hombres: allá donde Oleson, el capataz, le había sacado todos los dientes menos los dos centrales de arriba y los dos centrales de abajo, con unas tenazas aceitosas, en el invierno de 1936. (Oleson se incorporó a la marina en 1943 y siguió hasta 1947, cuando fue una de las seiscientas víctimas mortales de la explosión en Texas City, estado de Texas, de un depósito lleno de fertilizante de nitrato amónico). La prótesis dental que Nils encargó por correo estaba hecha a partir de un molde de cera que se sacó con una pastilla de tabaco de mascar en el carrillo. El aparato no ajustaba bien, y como con frecuencia lo perdía en las borracheras le marcó sus iniciales con la punta de la navaja al rojo, N.G.

—¿Te digo lo que quiere decir eso? —dijo Oleson—. N.G., Necio en General.

En el monte se sentía a sus anchas: era un leñador fácil e incansable, que hacía traviesas perfectas de dos metros y medio por dieciocho centímetros con la oreja atenta al gong de la comida y la imaginación jugueteando con los placeres del burdel y la taberna, de tonadas de violín y acordeón a la luz de la luna, con los rajadores músicos sentados en tocones de la corta y los demás dando bandazos por el matorral, reduciendo a polvo con los pies las piñas de tsuga, bailando los unos con las sombras de los otros.

En 1938 Nils taló un pino; su caída hizo temblar la nieve de la ladera escarpada de más arriba, y una pequeña avalancha, un sibilante torbellino blanco de polvo y piedras sueltas, se le vino encima. Nils tiró el hacha y echó a correr, y consiguió apartarse lo suficiente para no ser sepultado, pero quedó atrapado hasta las rodillas cuando una piedra suelta que bajaba rebotando le golpeó en la cabeza con tal fuerza que le tumbó sin sentido.

Cuando volvió en sí en la oscuridad, con la luz de la linterna de Oleson en los ojos, no sabía cómo se llamaba ni dónde estaba. Dijo «Hola, Oldsmobile» en vez de «Oleson», y los chicos vitorearon. Por lo menos estaba vivo, y todos pensaron en el joven Som Axel, atrapado dos años antes por una avalancha cuando marchaba con raquetas por la nieve en polvo del desmonte del ferrocarril, congelado y hecho un ovillo, con las raquetas pegadas a las paletillas.

Nils se recuperó, pero la memoria le fallaba y le acometían accesos de furia por cualquier cosa, porque la piedra errante le había desatado una personalidad salvaje y voluble. La compañía maderera le despidió, y no le quedó más remedio que volver a Old Glory y a la granja.

## Genio, genio

De modo que allí estaba cuando nació Ivar, su segundo hijo: granjero a su pesar, con el cerebro vacío, mientras los hombres de cabeza ilesa se iban a combatir contras las potencias del Eje. Volvió a casa borracho al amanecer; la noche anterior, luego de llevar a Elise al hospital y escuchar sus gemidos durante veinte minutos, se fue a una taberna de leñadores y se puso a beber *whisky* y cerveza. En cuanto a Elise, fue un parto doloroso que le hizo dar gritos contra su voluntad. Agradecida se sumergió en lo que el médico, gordo y bizco, llamaba sueño crepuscular, y dio a luz al niño; pero se acordó lo bastante para jurar que el cerdo trastornado de Nils no se le volvería a acercar.

—Ya se le olvidará a usted. La veremos por aquí el año que viene —dijo la enfermera.

Nils, bostezando hasta casa borracho, con ansias de pillar una hora de sueño antes de que hubiera que empezar a ordeñar, ávido de dormir en aquel dulce silencio desacostumbrado —el otro niño, Conrad, estaba en casa de la hermana de Elise, y el primo medio tonto aún no había asomado de su manta grasienta—, se desplomó sobre la cama y durmió durante siete minutos, hasta que un picamaderos le despertó con un aporreo tremendo en los tejamaniles. Nils cogió la escopeta y corrió afuera desnudo, pero el pájaro echó a volar dando un gritito de señora remilgosa. Nils maldijo a los

picamaderos. Volvió a desplomarse en la cama dejando la escopeta en el sitio de Elise, se arropó los hombros con la colcha, y el picamaderos volvió a la carga. El estrépito era justo en la vertical. Nils sollozó de ira y disparó al techo, ensordeciéndose a la vez que astillaba los tejamaniles, y luego corrió afuera para cerciorarse de la ruina de su enemigo. El pájaro estaba posado en un manzano, trabajando en un agujero grande como un pomelo. Nils entró precipitadamente en busca de la escopeta, y armado con ella bajó a saltos los escalones del porche, pero otra vez el picamaderos alzó el vuelo. Las vacas mugían molestas en el pajar. Nils se volvió para dentro convulso de ira, pero cuando llevaba subidos dos escalones el perverso martilleo empezó una vez más, y Nils se abalanzó a la cocina vociferando maldiciones incoherentes; abrió con violencia el cajón pintado de rojo donde Elise guardaba las cerillas, hizo un gurrño de papel de periódico, subió presuroso al desván y prendió fuego al tejado justo debajo de los golpes. A los pocos minutos se le pasó la ira, pero para entonces ya estaba el tejado en llamas. Los bomberos salvaron el piso bajo, y la familia se pasó el resto del invierno apiñada en unas habitaciones que olían a chamusquina. En la primavera Nils se puso a reconstruir la escalera, pero cuando tenía aserrada la zanca descubrió que se había equivocado al medir, y de la rabia que le dio no quiso comprar más madera y empezar de nuevo, sino que arrancó lo que ya había hecho; a partir de entonces tuvieron que subir a las habitaciones de arriba con una escalera de mano.

Ivar se crió bajo el miedo a las furias insensatas de su padre, rebotando de los cachetes y los gritos del pajar a las galletas y la leche de la cocina.

Nils, cuando estaba en su juicio, daba a Elise instrucciones detalladas sobre cómo educar a los niños. Sus propios padres habían vivido obsesionados por las prescripciones de un libro. *La guía del emigrante para la conservación de la cultura noruega*, escrito en Texas por un colono nostálgico: trataba de los méritos de la lengua noruega, la oración dos veces al día, los himnos de Noruega, su indumentaria, sus comidas, y, una vez amasada la fortuna, la vuelta al país del «*elskede Nord*». Cantaban a diario «En Udvandrerers Sang», «O Norges Son» y otras. Su madre quería vivir en una comunidad de noruegos, donde todos poseían la tierra en común. Pero Gunnar piaba por ser independiente y tener tierra propia, y compró una enorme bandera estrellada. Años después, borracho. Nils recordaría aún uno de aquellos cánticos de antaño, «El Esqueleto en la Fiesta», que hablaba de



la libertad y la paz allende el mar: «*Bliver os Skatter, Afgifter for svær, reise vi Vest over Sjø, til Missisippis Breder, o der, ja, o der i Frihed vi blegne og døde...*»; pero a sus hijos les prohibió aprender una sola palabra de aquel idioma de boca cerrada. Concentraos en el americano, les decía: Oleana, aquélla utopía noruega soñada por Ole Bull, era un chiste, y los noruegos eran de chiste, y su acento era de chiste, y ellos mismos acababan siendo de chiste por su comportamiento estúpido y sus gracias y sus cánticos de baja estofa, llenos de pedos simulados y narizotas rojas y pantalones altos a cuadros. Los noruegos eran el colmo de lo risible cuando se ponían a berrear «¿Quién tiró el atún sobre la toldilla?» con comicidad exagerada, y a tocar el acordeón entre las piernas y por detrás de las orejas hasta que daban ganas de gritar. Y vaya un pueblo terco, incapaz de soltar una idea para atender a otra. Así que la lengua de los viejos Gunnar y Margaret se extinguió en la familia Gasmann.

Como ejemplo de terquedad y estrechez de miras. Nils contaba la historia de cuando el viejo Gunnar y los tíos se pusieron a excavar un pozo en la granja. A dos metros de profundidad encontraron una veta de escamas y pepitas de color rojo brillante. ¿Podría ser cobre? Quizá. Tomaron muestras del mineral misterioso y las envolvieron en papel de estraza para mandarlas a analizar. Pero entretanto hacía falta agua y siguieron cavando. Por la razón que fuera, el interesante paquete jamás se envió, y con el tiempo se perdió.

—Una mina de cobre despreciada por sacar agua. De no ser por la necedad de aquellos noruegos —decía Nils—, podíamos haber sido millonarios.

Pero él mismo jamás tuvo intención de excavar en las cercanías del antiguo pozo, abandonado hacía muchos años. Daba cierto placer pensar que al afanarse en los quehaceres de la granja podían estar pisando una gran fortuna.

## **La Iglesia Rodante del Poder Atómico**

En 1951, cuando Ivar tenía siete años, llegó a la granja un predicador itinerante que arrastraba un remolque de contrachapado tras un coche

bicolor con matrícula de Tennessee, repleto de mujeres, niños y bultos. Llamó a la puerta, dijo llamarse Howard Poplin y pidió permiso a Nils para instalarse por unos días en el campo de abajo junto a la carretera, pagando unos dólares si era preciso. Nils frunció sus incoloras cejas y dijo que bueno, que podían acampar, no tenían que pagar nada, todos éramos hermanos en este duro mundo y todo cristiano temeroso de Dios era bienvenido a su hacienda. No sonrió; no sonreía nunca. Después de comer bajó a ver qué estaban haciendo —tal vez estropeaban algo— y ordenó a Ivar que le acompañara, y a Conrad que les echara la comida a los cerdos.

Las mujeres de Poplin estaban a un lado revolviendo en los bultos, su esposa y otra mayor que debía de ser la suegra, pensó Nils fijándose en sus cabezas estrechas y su pelo largo y lacio, gris el de la mujer mayor, el de la más joven castaño tirando a rubio, pero las mismas cabezas, las dos con una vena gruesa en mitad de la frente y ojos de mirada soñolienta, aturdida. Ninguna de las dos valía gran cosa.

El predicador desenganchó el remolque, y ayudado por un par de chicas desgachadas y con cara de pan extendió una techumbre en largas secciones unidas mediante bisagras. Con chirriar de maderas desplegaron las paredes; el pastor se introdujo en la estructura hueca y soltó los ganchos que sujetaban en vertical las secciones del pavimento, y el suelo bajó a su sitio, descansando en los bloques de cemento que habían colocado las chicas.

—¡Por Dios que nunca vi tal cosa! —dijo Nils.

—No tome el nombre de Dios en vano, hermano. ¡Sí! Ahí la tiene, una casa portátil donde pueden dormir seis personas cómodamente. Asómese al interior y verá un cuarto de estar de buen tamaño. Tiene su buena cocina y dos dormitorios. Está diseñada para viajar, para ser montada en el sistema de parques de casas portátiles extendido por todo el país, un sistema nacional, todos iguales, todos perfectos, que le permite a usted ir en cualquier dirección con su buena casita a cuestas, lo mismo a California que a Nueva York o Florida. Hola, hijito —dijo dirigiéndose a Ivar—. Tienes ganas de jugar, ¿verdad? Pero no se me da a mí eso nada bien.

—¿Cómo es ese sistema de parques? —dijo Nils—. Yo no he oído hablar de eso por aquí.

—Bueno, los parques no se han hecho todavía, pero se harán cuando se acabe la red de carreteras de Eisenhower. Me fue revelado después de orar.

Las casas portátiles están teniendo éxito. Yo he obtenido una franquicia, predico la palabra de Dios e intereso a la gente en estas excelentes casitas. Un millón de personas las necesitan.

La esposa y la madre se habían metido con los bultos. Ivar las oía hablar mientras apilaban los platos en los armaritos plegables.

—Nosotros pasamos la mayor parte del tiempo en la carretera —dijo Howard Poplin—. Lo que yo pronostico es que de aquí a diez años la mitad del país va a vivir en viviendas móviles, en casas rodantes. Y va a ser por efecto de los impuestos abusivos sobre la propiedad. Te haces una casa y la habitas para formar una familia, y al día siguiente ya te están acosando con la murga de los impuestos. Estás en sus garras, si tienes una vivienda fija no puedes escapar. Se te instala en la casa de al lado una gente ruin, que se pasa la noche gritando y riñendo, el perro ladrando hasta desgañitarse, y tú no puedes hacer nada. Te ponen enfrente una pista de carreras y una sala de baile y te tienes que aguantar. Aparte de que el coste de construir la casa fija es terrible, y los expertos dicen que es debido a los sindicatos; han subido el coste hasta el extremo de que construir una casa sencilla de seis habitaciones te sale casi por diez mil dólares. Esta casita rodante es lo más americano que hay. Está contra los impuestos. Está *por* la libertad y la independencia. Es una apelación al instinto pionero.

—Parece buena idea —dijo Nils. Howard Poplin les enseñó el interior. Las paredes eran de contrachapado barnizado, con cortinas arrugadas de cuadros rojos en las ventanas. El suelo crujía bajo las pisadas, y todo el lugar era resonante y oscuro.

—¿Por qué no le das una galletita a este niño? —dijo Poplin a su esposa. A Ivar se le permitió aceptar una galleta de pasas revenida de manos de la mujer, a la que le latía el pulso en la cabeza.

—El único problema que yo he tenido con esta casa remolque fue una vez que un tractor le arrancó un lateral al pasar por un puente estrecho, pero como está hecha simplemente de madera, en media hora lo arreglé. Ahora fíjese en esto —continuó, ya otra vez fuera, descolgando una bolsa de lona plana que iba sujeta al techo del coche. De allí sacó un triángulo largo de madera y lo desplegó en tres dimensiones.

—Listas para izar —dijo a las chicas, y ellas se encaramaron al tejado de la casa y él se lo entregó. Lo encajaron en estribos, lo sujetaron con ganchos y hembrillas, y pasó a ser la aguja de una torre. A continuación

Howard Poplin colgó una pancarta sobre la puerta principal. «IGLESIA RODANTE DEL PODER ATÓMICO DE JESÚS. Creemos en los Signos. Venimos a Ti».

—Apuesto a que es la primera iglesia rodante que ve *usted* —dijo a Ivar.

## Conversión

—¿Qué hora es? —se preguntó Nils en la oscuridad. No distinguía bien las manecillas de verde fosforescente del reloj.

—Ah, son..., son las dos de la mañana —murmuró tras tirar del cordón de la lámpara—. ¿Y qué demonios es eso? Suena como si estuvieran matando cerdos. —Se sentó en la cama, bajó las piernas y empezó a ponerse los pantalones—. Juro que como sean ladrones de cerdos les...

Elise se despertó y sacó la cabeza de la almohada.

—¿Pero qué pasa?

—Es ese maldito predicador de la iglesia plegable. No sé qué está haciendo allá... ¡Escucha!

Había un bramar lejano de voces, como de multitud huyendo de una catástrofe.

—¿No sabes que ya estoy harta de que dejes a extraños acampar tan cerca? No sabe una si se va a despertar asesinada en su cama. Ya le estás diciendo que se marche. Yo no le habría dejado acampar en nuestra tierra. Estoy hasta el moño. La vez que dejaste que se instalaran ahí unos gitanos, ¿ya no te acuerdas que desenterraron todos los rosales y se los llevaron después de pasarse la noche entera cantando cánticos fúnebres? Y se habían metido conmigo por echar agua caliente a las hormigas, que las hormigas eran amigas nuestras, que no había que hacerles daño. ¿Y aquel vagabundo que encontré en la cocina hurgando en los botes, y que ya me iba a poner la mano encima? La verdad es que no sé cómo lo aguanto. —Volvió a hundirse en la almohada y se tapó la cara con la colcha—. Fue una gran equivocación casarse con un hombre que bailaba mascando tabaco —dijo, pero Nils no oyó una sola palabra de la frase ahogada. Había dejado de oírla hacía cuatro o cinco mil veces.

Bajando por el camino vio que alrededor de la casa plegable había un tendido de luces eléctricas, y oyó el zumbido de un generador. Al acercarse distinguió unas filas de gente que se balanceaban delante de la iglesia rodante. Se preguntó de dónde habrían salido. No eran de la zona aquellas mujeres angulosas de pecho hundido y cara de piedra, ni aquellos hombres flacos como el ganado de Texas, todos moviéndose al vaivén y con la vista fija en Howard Poplin, que bajo una cruda luz de bombillas aparecía con una biblia en la mano y cubierto de serpientes de cascabel. Tenía serpientes enroscadas al cuello, metidas por las mangas de la chaqueta y por debajo de la camisa, prendidas a las rodilleras del pantalón, colgando de sus dedos como aceite congelado. Un poste con una tabla clavada encima era su altar.

—¡Marcos dieciséis dieciocho! —vociferaba—. Tomarán serpientes en sus manos y aunque beban algún veneno no les hará daño. Impondrán las manos sobre los enfermos y se **RECOBRARÁN**. No «se sentirán mejor al cabo de un tiempo», no «notarán alguna mejoría» después de tomar medicinas costosas y pagar costosas radiografías y facturas de médicos. ¡NO! ¡Jesús DIJO: «Impondrán las manos a los enfermos y se **RE**, amén, **COBRA**, amén, **RÁN**»! ¡AMÉN! PARA ESO estamos aquí esta noche, para imponer las manos a los enfermos, a los enfermos, y que se **RECOBREN**. Para eso habéis traído aquí esta noche a vuestros familiares enfermos y débiles. Amigos, yo he recorrido este país a lo largo y a lo ancho con la Iglesia Rodante del Poder Atómico de Jesús, viajando de California a Florida en esta casa del Señor, imponiendo las manos a los enfermos para que se **RECOBREN**. Y de este a oeste del país y de norte a sur, donde quiera que he ido, como el barco que deja tras de sí una estela blanca, he ido dejando una estela de personas que antes estaban enfermas y se han **RECOBRADO**. Allá en Balk, estado de Kansas, una madre me trajo a su niño. Aquel niño llevaba dos días sin moverse, aquel niño estaba lacio y gris como un trapo viejo, y yo le pasé la mano así, subiendo por un costado de aquel niño y bajando por el otro, y aquel niño abrió los ojos y dijo: «Mamá, tengo sed». Eso fue lo que dijo. «Mamá, tengo sed». Y yo presencié cómo la madre le daba a aquel niño un sorbo de agua, la primera agua que probaba en **DOS DÍAS**. Amigos míos, aquel niño estaba en camino de **RECOBRARSE**. A menos de quince kilómetros de aquel lugar vino a mí un hombre, un hombre de edad que apenas podía ir renqueando con dos bastones. «Reverendo Poplin», me dice, «reverendo Poplin, el

reúma me tiene destrozado, sufrí una caída del caballo cuando era joven, me han roído las heladas de los inviernos y perdí los dedos de los pies por una ventisca, un hacha me amputó el pulgar izquierdo, las cataratas me van quitando la vista y vivo sumido en la pena desde que murió mi mujer. ¿Puede usted ayudarme?». «No, señor, no puedo», le respondí, «porque usted no está enfermo, sino que es viejo». La BIBLIA dice «Yo he sido joven y ahora soy viejo. A todos nos llega». De modo que aquellos de vosotros que padecéis por los efectos de la edad, que es cosa distinta de estar enfermo, aceptad vuestra suerte y esperad la gloria de Jesús. Pues nada hará que volváis a ser jóvenes. «Yo he sido joven y ahora soy viejo». Es de sentido común. Pero si lo que os aqueja es una enfermedad, para eso estamos aquí. Ahora fijaos en este chiquillo enfermo, que tiene la polio y no puede andar, pero nosotros le vamos a ayudar a RECOBRARSE con la ayuda de la oración del PODER ATÓMICO y de Jesús. La llamo oración del PODER ATÓMICO porque la oración tiene la fuerza de la bomba atómica, la oración puede mover montañas, eso lo sabemos todos.

Con asombro vio Nils que el niño al que la señora Poplin conducía por el escenario, el niño que iba arrastrando los pies con andar vacilante y colgado del hombro de la mujer, pero avanzando inexorablemente hacia su marido festoneado de serpientes, no era otro que su propio hijo de siete años, Ivar, al que suponía en casa durmiendo.

— ¡Ivar! —dijo, pero no alzó la voz porque el niño estaba ya entre los brazos de Howard Poplin y las serpientes se le enroscaban por el cuello y se le descolgaban por el brazo hasta el suelo. Poplin sostenía uno de sus brazos sobre él.

— ¿Veis ahora lo pálido y raquítico que está este niño? Apenas se tiene en pie, ya visteis que no podía andar sin la ayuda de mi asistente, tiene las piernas tullidas, sin fuerza, tiene la espalda tan doblada que parece un batidor de huevos cuando intenta andar, le dan seis meses de vida. ¡Pensad! Seis meses más de vida para este valioso joven que podría estar destinado a descubrir una importante cura científica e inventar un procedimiento para convertir la hierba en oro y maná. Este muchacho necesita ORACIÓN, ORACIÓN

ATÓMICA.

En el nombre de nuestro padre Señor Jesucristo sana a este pobreniño enfermo y afligido y dale la salud que se RECOBRE y esté sano que crezca y se multiplique e invente un grandescubrimiento o ocuray dedique su vida a Jesucristo y al ministerio de la algl

esiaRodantedelPoderATÓMICÓAMÉN. Ahora, hijo mío, intenta andar. — Y el hombre recogió de Ivar sus serpientes, e Ivar dio dos pasos inseguros, y seguidamente se fue dando brincos, riendo y saludando con los brazos, hacia las sombras del lateral.

La multitud gemía y lloraba, algunos sollozaban a gritos, y Howard Poplin vociferaba que se iba a pasar el platillo de la colecta, que dieran lo que pudieran para realizar la obra de Jesucristo y colaborar en la difusión de la Iglesia Rodante por todo el país.

## La paliza

Ivar se estaba echando al bolsillo el billete de cinco dólares que la señora Poplin le había dado con las gracias cuando una cosa demoniaca en la que de inmediato no reconoció a su padre irrumpió en el círculo de luz, apartó a la mujer de un empujón, agarró a Ivar con sus manos encallecidas y le arrastró junto a sí entre amenazas en voz baja, y sacándole violentamente el billete del bolsillo lo tiró al suelo. A Poplin le gritó que sacara de su hacienda aquel tinglado de timadores y le prometió la presencia del *sheriff* en menos de media hora. Ivar lloraba y se retorció y trataba de escapar de las manos de hierro, pero en vano. Nils tenía la mayor furia de su vida.

De vuelta en el pajar descargó sus puños sobre Ivar, y le azotó con un cable herrumbroso que le abrió la espalda al primer golpe, y continuó hasta que en la pulpa sanguinolenta asomó el blanco de una vértebra. Los gritos y alaridos cesaron cuando Ivar se desmayó, pero Nils siguió atizándole, vociferando incoherencias sobre pereza y ruina, mentiras y perfidia, instinto criminal, y fueron esas voces las que atraieron a Elise, que vino de la casa arrastrando por el lodo la bata vieja de felpa. Cuando vio lo que Nils había hecho, lo que estaba haciendo, no intentó detenerle con gritos ni protestas, sino que agarró la palanca de hierro de un metro y medio de largo que descansaba en un rincón y se la estampó en la cabeza.

Trémula y temblorosa se apartó de su marido muerto y se arrodilló para alzar a Ivar.

—Permita que le ayude —dijo una voz suave, y entró Howard Poplin, encogido y con la corbata desanudada.

—Está muerto —murmuró ella—. Le he matado.

Poplin se arrodilló junto al cuerpo de Nils y miró al gran tajo de la cabeza, que manaba sangre brillante.

—Usted atienda al niño —dijo Poplin—. El niño vivirá. Yo me quedo aquí rezando por este hombre. —La corbata se le movió y Elise vio que era una serpiente. Le dio igual; todo le daba igual menos el niño, que se estremecía contra ella.

Howard Poplin se pasó toda la noche en el pajar junto a Nils, rezando, envolviéndole en la serpiente, poniéndole sus manos de papel sobre la frente, y al despuntar la mañana salieron del pajar los dos. Nils tambaleándose pero con la serpiente de cascabel enroscada en un brazo y ciñéndole el pecho.

—Le prediqué. Hice girar la serpiente sobre él y a su alrededor. Oré en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo pidiendo que se le devolviera la vida. Ha vuelto en sí y ha visto la Verdad, ha reconocido sus pecados pasados, ha visto que tenía que seguir los signos, me ha oído, ha tomado sobre sí la serpiente y está aquí vivo para contarlo. Amén. Y esto que digo no es ninguna tontería.

Así que vivieron los dos, el niño Ivar, titubeante y silencioso, enviado con su hermano Conrad a vivir con la hermana de Elise; y Nils, convertido, creyendo que Howard Poplin le había devuelto a la vida después de que su mujer le asesinara. Al cabo de un año Nils manejaba sin temor los globos calientes de las lámparas de petróleo y cogía las serpientes de cascabel mirándoles a los ojos, y se tomaba un pellizco de matarratas con el té, jamás mordido ni envenenado porque tenía fe. Desechó su formación luterana como el que tira una camisa rota y sucia. Invitó a Poplin a quedarse allí un año entero predicando, le prometió construirle una iglesia, y cuando el predicador rehusó, diciendo que tenía que seguir viaje, que estaba haciendo la obra del Señor, Nils le prometió pintar un reclamo en el silo, donde lo viera todo el que pasara por la carretera. En cuanto a su asesina. Nils se dio tiempo. Elise pasaba todos los fines de semana en casa de su hermana con Ivar y Conrad, el uno mudo y quejicoso, el otro muy tragón, impaciente y torpe. Nils no iba nunca con ella, actuaba como si los niños se hubieran muerto.

(Más tarde Howard Poplin invirtió el dinero de la iglesia en el diseño y fabricación de un modelo de caravana al que puso por nombre El



Conquistador y que le reportó una fortuna inmensa. Vive todavía, por ahí por Florida, pero ahora se hace llamar Happy Jack).

## **Una ayudita**

La oportunidad de Nils se presentó veinte años más tarde, cuando a Elise le salió un cáncer en el vientre. Los brazos y las piernas se le quedaron reducidos a palillos, las espinillas se le llenaron de úlceras que no cicatrizaban, y entre las costillas como listones y la pelvis saliente le abultaba el tripón hinchado por el tumor, como un último y grotesco embarazo. Los dolores eran salvajes, pero cuando Conrad llamaba los domingos le decía con voz firme que ya había pasado lo peor, que quería preparar una gran cena a base de pollo, que estaba pensando ir a Minneapolis a comprarse un camisón, ¿Ivar estaba bien? Cuando estuviera mejor, decía, quería hacer algún viaje, ver algo del país.

Durante todo el polvoriento verano se alzó el sol derramando calor sobre la casa sin persianas, y conforme el calor llenaba las sábanas retorcidas como un gas termal, así el dolor llenaba la habitación como un agua que fuera subiendo, primero un brillo somero sobre el suelo, luego lamiendo las patas de la mesilla, subiendo despacio, inexorablemente, hasta cubrir la cama ardiente de Elise como las olas de la playa, creciendo en altura y violencia, largos tumbos de dolor entreverados de arena y algas hirsutas, que inundaban la cama y seguían subiendo por las paredes, debilitando con su peso profundo las paredes y el suelo hasta que a mediodía desbordaban la habitación, saturaban el techo, salían a chorros entre la tablazón de pacotilla y rezumaban por fuera de la casa haciendo una charca en el polvo y un reguero en el camino. Entonces a Elise se le hacía imposible respirar bajo el profundo océano de dolor, y boqueaba y jadeaba: «¡Ayuda! Nils, ayúdame, por favor, necesito ayuda, ayúdame. Ayuda, ayuda».

Y por la tarde el dolor empezaba a hervir y borbotear, y Elise era un pez echado vivo a un caldero. Se le abría la piel como un tornate maduro, los músculos se convulsionaban y tensaban contra los huesos; cuando el líquido

hirviente le entraba en la médula vertebral, se arqueaba y gritaba hasta agotar las cuerdas vocales; «Ayuda, ayuda, ayuda, ayuda...».

Nils convocaba a otros seguidores de los signos para que fueran a rezar sobre ella. Se lanzaban serpientes de unos a otros, cantaban y tocaban la pandereta, la unción descendía sobre todos los congregados en el cuarto menos uno. Elise, y hablaban en lenguas mientras ella gemía «ayuda, ayuda», pero nada era eficaz y un chico joven de la granja de al lado se murió por beberse el matarratas, y estaba claro que a Elise le estaba llegando su hora. Pero qué despacio.

Cuando los domingos sonaba el teléfono. Nils lo cogía y decía «Está durmiendo» a la oreja de Conrad, y colgaba.

Una mañana Nils sintió el calor del sol al poner la mano en la pared de la alcoba. La casa estaba silenciosa en la tibieza matinal, se anunciaba el calor, del cuarto de huéspedes donde yacía Elise no salía ningún sonido. «Señor», murmuró Nils, «que se muera por la noche, llévatela por la noche y que esto acabe por fin». Se levantó, con pasos vacilantes fue al cuarto de baño, y delante del retrete se puso a esperar la salida de sus aguas, pero la averiada espita se negó a abrirse hasta que soltó el grifo del lavabo a modo de sugerencia. De Elise seguía sin oírse nada. Nils pasó a la cocina y puso a calentar la pava. No quería asomarse a la habitación, no quería arriesgarse a romper el maravilloso silencio hasta después de tomarse el té. Ojalá el Señor se la llevara por la noche. El sol entraba por la ventana hasta el fregadero. Sobre el frigorífico caía un cuadrado caliente, poniendo en evidencia los rastros de comida derramada, la huella de sus manos grasientas. El agua hirvió, y Nils la vertió sobre la bolsita de té en su taza mellada, esperó con impaciencia a que tomara un fuerte tinte rojizo, echó un chorrito de leche; pero el marrón lechoso se cuajó en hilachas finas, precipitadas por la mezcla ácida. La leche debía estar cortada. Da igual, pensó, y sorbió el mejunje caliente. Ya estaba ahí: el primer gemido tembloroso al otro lado de la puerta, estropeándole el bendito silencio. «Ayuda. Ayuda». No quiso aguantar más. La ira se sobrepuso a la culpabilidad y la compasión. A zancadas salió por la puerta principal y se dirigió al patio de atrás. *Ayuda*. El hacha de hacer astillas estaba en el tajo junto al gallinero. Pasó de largo, entró en el cobertizo donde tenía el hacha vieja de desbaste; la agarró por el mango, palpó la cabeza para ver si estaba

floja —un poco— y volvió a la casa. «Aquí tienes la ayuda», dijo, y descargó el golpe.

### **«Si yo tuviera alas de ángel»**

La sangre se esparció por toda la habitación. Elise estaba repleta de sangre, galones y galones de sangre purpúrea, que salpicó, manó a chorros, empapó. Goteó ruidosamente, con una especie de gorgoteo que era más fuerte que los gritos silenciados. El silencio le huía. Tan cercano, y aun así inalcanzado.

Subió hasta lo alto del silo por la escala exterior y saltó hacia el cielo, sabiendo que o Jesús le cogía o habría un infierno que pagar.

El hijo mayor, Conrad, lloró como una tronada cuando le llevaron la noticia.

—Quería hacer un viaje de la tercera edad a Alaska si mejoraba —sollozó—. Nunca pudo ir a ningún sitio. Qué hijo de puta.

Pero Ivar se limitó a asentir sin palabras y siguió rascando la pintura de una mesa vieja, el tipo de respuesta que cabía esperar de alguien de quien se decía que era así como retrasado.

### **La luz del miedo**

La chabola de Ivar era oscura y estaba en el extremo oscuro de la ciudad. Cuando por la noche apagaba la luz, la oscuridad se lo tragaba todo, las hojas cloróticas se hacían de plomo y las sombras eran como balas gigantescas de lana negra. Ivar sabía circular por sus sendas sin hacer ruido: conocía las piedras de memoria y por el tacto, llevaba aguzado el oído y las narices bien abiertas para olfatear el pelo de la comadreja o el aliento del zorro, sentía el bulto de los postes sin verlo, como los ciegos. Y a veces se tiraba en la hierba húmeda con los escarabajos y contemplaba los guiños del cielo, y siempre veía frustrado el placer por la aguada naranja del alumbrado del pueblo, el cruce y el hormigueo de aviones y satélites, y con

demasiada frecuencia el paloteo rechinante de un helicóptero; la oscuridad destruida, en fin. Decía lo que pensaba a su perro. *Rock*, un animal de hechura tosca y visión débil que aceptaba las arengas de Ivar como conversación, porque en privado era locuaz.

—Aquí tenemos a un país entero que teme la oscuridad, millones de personas que no han visto las estrellas ni el cielo más que en la televisión, donde lo que sale son cohetes como llamaradas y cometas colgando del nombre de una lavandería. Nacemos bajo un foco, y nos criamos con lámparas y faros y farolas y letreros luminosos y luces en lo alto de los rascacielos y escaparates iluminados durante toda la noche, luces en los frigoríficos y en los relojes, despertadores que lucen en la oscuridad, luces en los coches, luces en los aviones, linternas en las plumas estilográficas, llaves de luz infrarroja, en las casas de noche toda clase de ojitos rojos y verdes encendidos en el teléfono y en el televisor y en el sistema de alarma y en el calentador del agua y en la cocina y en la caja de fusibles. Y luego viene lo peor de lo peor, que es la Navidad, y hay que señalarla con luces en las ventanas y en los árboles, en los tejados, envolviendo las casas, por encima de toda la calle principal, y no hay gasolinera barata que no parezca el *Titanic* al hundirse. —Nombraba las luces de seguridad y las luces de las granjas, las luces de las pasarelas, la acuciante necesidad de luz de los americanos, el destierro de la oscuridad al espacio y el ansia loca de luminiscencia traducida en fuegos prendidos por todo el mundo, hornos alimentados con carbón, astillas, petróleo, gas, urano, electricidad generada por molinos de viento y placas solares, el flujo y reflujo de las mareas, las turbinas movidas por ríos represados y fisión nuclear. Árboles, fluidos, gases, minerales, aire, sol, todo transmutado en hojas de luz afiladas para sajar el divieso negro de la noche.

## **La ocasión de Ivar**

La composición de Ivar era ésta: largas borriquetas de tabla junto a la carretera, un despliegue de enseres repescados, jarras, tarros de conserva, cosillas de ferretería, cada una ostentando una etiqueta blanca en un cordel de algodón blanco, el precio marcado a bolígrafo; sobre un caballete, un

cartel que aleteaba con el viento anunciaba ALMONEDA — ANTIGÜEDADES. Sacaba sus buenos dólares de los viajeros y turistas y no lo pregonaba. Que pensarán que era Ivar el Loco y vivía de saltamontes fritos.

Cuando en 1988 murió Waldemar Sulk, de la Funeraria Sulk, su hija volvió al pueblo para hacerse cargo de las cosas, con la blanca y húmeda cara contraída en un gesto de dolor. El lugar no parecía haber cambiado desde su infancia; todavía podían estar las hermanas Toole entre los arbustos, preparadas para gritar: «¡La niña Ojos Juntos, que come difuntos!» y «¡La niña del siete, que come en el retrete!», y mortificarla hasta el punto de hacerle escapar de Old Glory tan pronto como pudo y lo más lejos que pudo.

Recorrió désvalidamente las habitaciones impregnadas de humedad y mal olor, aquel olor nauseabundo que se metía en la ropa y en las sábanas, los sofás y los periódicos, en las alacenas de la cocina, comunicándose a la harina de avena y los copos de trigo, el arroz y la mantequilla, a las cortinas y las alfombras y hasta a la propia infancia. En el porche desvencijado se dejó envolver por la bruma del río y se fumó un cigarrillo, clavando la mirada en su coche como si fuera la primera vez que lo veía, contemplando los tablones podridos del porche. Pasaron algunos coches, cuyos ocupantes volvían la cabeza para mirarla. Se los imaginó diciendo Quién será esa que está en el porche de Sulk, tiene que ser la hija, no te parece, podía haber venido cuando el viejo estaba aún vivo, claro que tampoco vino por su madre, sí que debe ser tranquila.

Calle abajo venía el estrafalario Ivar empujando su carrito casi vacío, sólo el tintineo de unos botellines de cerveza. Chupaba suavemente un Life Saver de fresa, un anillito fino casi en el punto de disolución. Vio que la mujer se pasaba la mano izquierda por el pelo teñido y rizado, se sacudía la caspa de las hombreras del traje negro, se quitaba de las uñas restos de esmalte French Creme.

Se acercó al porche silbando una sola nota.

—¿Qué va usted a hacer con todo lo que hay ahí dentro?

—No sé. No sé. Huele horrible.

—Será el líquido de embalsamar.

Ella pensó que sí, y los puros y el *whisky* y la ropa vieja y sucia y las sábanas amarillas y las cacas de rata y las sartenes agarradas y los gatos asquerosos.

—Es una pesadilla. —Manoseaba el reloj sin mirarlo—. La casa no vale nada. ¿Quién va a querer comprar aquí una casa vieja que apesta? Si se quemara, eso que me ahorra. ¿Quién la va a comprar con ese olor? —Miró al este, en dirección a Minneapolis.

—Yo le puedo quitar de en medio los muebles —dijo Ivar—. Si piensa que no le van a dar nada por el edificio, dónelo, dónelo al departamento de bomberos para prácticas de incendios; no conviene tenerlo vacío, porque vienen a meterse ahí los chicos jóvenes y fuman porros y pillan enfermedades; vaya usted a hablar con Leo Pauster, que es el jefe de los bomberos; se cobra la desgravación fiscal, y luego le queda un hermoso solar por el que podrá sacar algo.

Era un buen consejo y la hija lo siguió. Firmó con Ivar un acuerdo de venta por el contenido de la casa, recibió un billete de dólar arrugado y una promesa de acción inmediata, y se fue a hablar con el jefe de bomberos y a salir escopeteada de Old Glory.

(Durante su viaje de vuelta un tren de mercancías descarriló cerca del límite del estado, cayendo de un viaducto a la carretera. Por el corte de tráfico estuvo tres horas metida en un atasco; echó la culpa a su padre muerto. Empezó a tener problemas para elegir. Había demasiados sabores de comida para gatos; formas y tamaños y marcas de bolígrafos; tipos y tamaños de champú; clases de tomate enlatado: pelado, triturado, concentrado, frito; *panties* y leotardos en incontables tonos, con cintura ajustable o lentejuelas, de brillo o mates, en docenas de fibras, con refuerzo en la punta del pie y la entrepierna o no, talla pequeña, normal, grande, regular y especial; marcas de dentífrico; formas y grados de dureza de los cepillos de dientes; sábanas en grosores de 180 a 320 hilos, en cien colores, floreadas, listadas, de lunares, con personajes de película de dibujos, de lino, de damasco, de algodón egipcio, de cuadros, de satén, bordadas, con monograma, de franela; demasiadas variedades de manzana; refrescos envasados desde tamaño bolsillo hasta jarras de galón, y zumos y agua pura de innumerables manantiales; y las mismas tiendas, surreales, llenas de luz, clonadas en galerías comerciales extravagantes, fuente de elecciones tediosas e interminables en las que realmente no había elección. Justamente cuando hacía el año de la muerte de su padre, cuando iba a la zona norte de Michigan para ver a un cliente —era mediadora del espíritu de un cazador de la era glacial que hablando a través de ella aconsejaba sobre problemas

domésticos—, sufrió un ataque de pánico en el puente de Mackinac, paró a un tercio y se quedó agarrotada, con las manos en el volante y la cabeza apoyada en los nudillos, aterrorizada del agua dura y revuelta de allá abajo. El tráfico rezongaba a su alrededor, tronaban las bocinas, y ella no se podía mover. Llorando y temblando la encontró una mujer de mediana edad que abrió la portezuela y le hizo pasar al asiento del acompañante. «Yo la cruzo», dijo animosamente. «Trabajo para la administración del puente. No es usted la única, pasa todo el rato. Les pasa a camioneros y hasta a los chicarrones de las Harleys. No es para avergonzarse».

### **Lo que Ivar encontró**

Tres semanas de trabajo sucio le costó a Ivar vaciar la casa de la funeraria. Vendió todo el material antiguo de embalsamar y los números atrasados de la revista *El Moderno Director de Pompas Fúnebres* al Museo de Artes Funerarias de Minot, estado de Dakota del Norte. Trepó al desván por una escalera insegura, zascandileó en la machacada cocina, cascó como huevos las alcobas mohosas, trajinó de acá para allá apartando burós y cómodas de las paredes, abrazando cada pieza como si fuese una novia de madera. Alquiló una furgoneta con dinero de sus fondos secretos, y día tras día se fue llevando las cosas: un escritorio de cilindro, cuatro librerías acristaladas repletas de primeras ediciones de las obras de Jack London, seis sillas de estilo Stickley en roble ahumado, la pila de esteatita. Algunas cosas las llevaba a su taller de reparaciones, un cuarto que tenía alquilado por veinte dólares mensuales en el piso bajo de la fábrica de paños abandonada.

En el desván de Sulk encontró montones de revistas racistas amarilleadas, *La Llamada del Klan*, *América Pura*, *El Caballero Blanco*, y se las vendió a la biblioteca de la Unión Americana de Derechos Civiles. Pintó a pistola cientos de perchas de alambre, en verde lima y rojo rabioso, y las colocó en una tintorería local a cincuenta un dólar; el retrete antiguo de cadena y la bañera con pies de garra se los pagaron bien en el hostel Wolf Pelt de Hiawatha Falls. Las menudencias inútiles las fue acumulando en una de las habitaciones de arriba: los cinturones de plástico cuarteados, los chanclos rotos, las monturas de gafas partidas, los botones desaparejados,

una caja de anzuelos que la herrumbre había convertido en un solo bloque de pinchos.

La inspección de la cara inferior de las mesas y de los cajones de escritorio reveló un billete de veinte dólares pegado con cinta adhesiva a la mesa de la cocina y otros del mismo valor clavados a la trasera del comodín con chinchetas oxidadas. El hediondo colchón del viejo fue un cuerno de la abundancia.

Vació la casa, y una vez que la hubo vaciado desclavó las tarimas, gateó por los suelos levantando tablas, hurgó en el tiro de las chimeneas condenadas, desprendió a base de vapor el papel de las paredes (una parte tenía valor para decoradores necesitados de penachos morados y listas anchas) allí donde mostraba algún abultamiento. Su brío se vio recompensado con fajos de billetes por un total de ocho mil dólares y un bote de medios dólares de Kennedy.

Al acabar 1989 Ivar había obtenido un beneficio de 111.999 dólares sobre el dólar invertido. Compró la antigua pañería del río y se introdujo en el sector del mueble usado justo cuando quebraban cientos de cajas de ahorros. Las oficinas y salas de reuniones de las cajas eran una mina de muebles buenos: mesas de despacho de nogal con aplicaciones de plata, armarios archivadores de cerezo barnizado a mano, mostradores de teca, mesitas bajas de roble desteñido, mesas de ordenador de abedul finlandés. Llenó tres plantas con aquella mercancía de lujo, que no estaba impecable, porque muchos cajones mostraban desgaste allí donde los ejecutivos rascaban la madera con las uñas mientras recibían malas noticias por teléfono.

Fue la base de su fortuna. Una mano del negocio se abatía sobre viejas casas victorianas, las desmantelaba y vendía paneles de bibliotecas de nogal, vidrieras, columnas de pórtico, celosías, balaustres y bañeras con patas de garra en el gran *boom* de la construcción. Otra recogía mobiliario de oficina de diseño escogido y estatuas de jardín. Para surtir su cadena Antigüedades del Oeste, emporios regionales con frente falso y postes para atar los caballos, con vitrinas llenas de espuelas, medidas de alambre de espino para coleccionistas, sombreros tejanos, cráneos de vaca, recorría el país buscando las subastas del campo, revolviendo en las prenderías y en las chamarilerías de los pueblos pequeños. Con él viajaba Devil Basswood, un especialista en objetos típicos americanos que había trabajado para



Sotheby's: veintinueve años y un atuendo de pantalones de seda plisada Giorgio Armani, camisa rusa sin cuello y tirantes blancos. Un semirremolque les seguía, y cuando estaba lleno Devil pedía que les enviaran otro vacío. (Basswood se ahogó en el invierno, cuando su barca de patines se sumergió en una vía de agua abierta en el lago Vermilion). Al cumplir los cuarenta y ocho años Ivar poseía un rancho en Montana y una casa de playa en Tahiti, pero conservaba más o menos el mismo aspecto, las largas guedejas polvorientas sobre los hombros de una chaqueta sobada de lino, playeras negras en los pies. Seguía recogiendo los bidones sin dueño que encontraba en su camino, seguía interesándose por las bicicletas averiadas. En un poblacho de Montana tan pequeño que no había dónde escupir compró el contenido de la chamarilería El Niño Azul, incluidos una vetusta silla de montar que llevaba estampado en el arzón trasero el nombre del fabricante, A.D. Seitzler & Co., Silver City, Nuevo México, roncales y cayados, un revistero que en un costado tenía en relieve un vaquero patizambo, una radio de las de colmena con tela de nido de abeja en el altavoz, una cesta de cucharas deslustradas y un viejo acordeón verde, deformado como si lo hubiera pisado un caballo. Las piezas prometedoras pasaron a su centro de análisis para su identificación y valoración (de esa manera recuperó un cuadro perdido de Remington que representaba una carga de caballería, y el revistero tallado resultó ser una obra codiciable del malhumorado y excéntrico Thomas Molesworthy). Las cucharas no sirvieron más que para fundir la plata, y el acordeón fue a parar a la mesa de todo a un dólar del almacén de Old Glory, abierto las veinticuatro horas del día y de la noche, una meca para los coleccionistas que acudían de cientos de kilómetros por ver qué encontraban en los cajones de baratijas.

## **Bajo tierra**

El caso de Elise Gasmann fue uno más dentro del extraordinario número de cánceres diversos diagnosticados en la población de Old Glory. La tasa de fatiga de la ciudad era muy superior al promedio nacional; los hombres permanecían largas horas tirados frente al televisor, las mujeres caminaban arrastrándose y se dormían en la camioneta que las llevaba al trabajo.

Alarmadas, las autoridades de sanidad visitaron granjas de los alrededores, tomaron muestras de tierra, agua y aire, efectuaron pruebas sobre el maíz y los cerdos de la zona. A alguien se le ocurrió pensar en las cavernas de piedra caliza que había debajo de la tierra negra. Mucha gente se había quejado a lo largo de los años de un zumbido grave que salía de la tierra y que en ciertas épocas era un rumor incesante, de trenes subterráneos que viajaban al infierno sin parar, como creían los miembros de la Iglesia Pentecostal de la Santidad, o de fuertes vientos que reverberaban en una cámara subterránea, como conjeturaba el cronista municipal. El estado envió a su geóloga, y ésta a su vez invitó a equipos de científicos que se presentaron con aparatos extraños y comunicaron que, en efecto, había un sonido de baja intensidad que salía de más abajo de las cavernas, una vibración constante de diecisiete ciclos por segundo, un armónico concomitante de setenta ciclos por segundo, y otros intermitentes de frecuencia mucho más alta, de causa desconocida; científicamente era desde luego un misterio. Además, en las cavernas había niveles peligrosos de gas radón, que se filtraba a los sótanos de Old Glory. La ciudad se lanzó a vender, a emigrar. Casas empezadas quedaron sin acabar; su esqueleto arrojaba sombras como garabatos, los montones de ladrillos y tierra de los solares criaban maleza.

## **Conrad Gasmann, el hermano de Ivar**

—Por eso nos salieron blancos los malditos faisanes. Por el radón.

Conrad Gasmann, sentado a la mesa en la vieja granja Gasmann con Nancy, su mujer, escupió en el plato una corteza inmasticable de beicon y sacudió la cabeza para echar atrás el rizo gris que le caía sobre la frente. Tenía la nariz larga y bulbosa de su padre Nils, unos ojos de color azul hielo que por estar muy juntos le daban mirada de ardilla, y las orejas pegadas al cráneo. La granja se había puesto a nombre de los dos hermanos, pero Ivar, tras solicitar un día de estancia en soledad, vendió su parte a Conrad, que se deshizo de toda la tierra menos los cuatro acres que rodeaban la casa y siguió trabajando para Rudy Henry en la compañía del gas. (Cuando su hija Vela era pequeña, le decía que tenía que trabajar allí por llamarse Gasmann.

Cuando después contrataron a John Roop le decía que Roop era el nombre de un raro gas invisible que hacía volar a los pájaros). Con la casa heredó una fotografía de la difunta tía Floretta con todas sus galas del Salvaje Oeste: sentada sobre un tocón en medio de un revuelo de hojas de álamo, con sus trenzas de un rubio casi blanco descendiendo de un enorme sombrero vaquero blanco, la mano enguantada apoyada en un lazo de *cuero trenzado*, una *pequeña espuela* reluciente, y en la cadera derecha una pistolera con un revólver de cachas de nácar suministrado por el fotógrafo.

—Sabes que me pone mala que hagas eso, que escupas la comida. ¿Por qué haces eso? —dijo Nancy, respirando por la boca y enrollándose un mechón de pelo en el dedo índice—. Escucha el viento. Se anuncian rachas de hasta sesenta por hora, lo ha dicho la radio. Va a cambiar el tiempo, seguro. —Tiró el periódico doblado—. Esto es lo peor, un crucigrama donde no hay más que ríos asiáticos y jugadores de golf de los años treinta.

—¿Dónde está Vela?

—No sé, anda por ahí fuera. No sé cómo puede soportar ese viento. ¿Por qué?

Conrad sacó su voz más *gatuna*.

—Porque se me estaba ocurriendo que podíamos subir un ratito a la alcoba a echar una siesta. —Su estómago, blando y flojo, temblaba bajo la camisa de punto.

—Las ganas que tú tienes de echar una siesta. Te conozco. Tienes las mismas ganas de echar una siesta que de que te dé un cáncer.

—No empieces otra vez con ese tema. No aguanto oír hablar más del cáncer. Anda, vamos a la alcoba.

Y le dio un cachete en el trasero. Ella se lo devolvió, pero le siguió a la habitación sombría (era la misma donde habían dormido los padres de él, redecorada por Nancy con un techo de textura rutilante y papel de listas anaranjadas en las paredes); las sábanas y mantas estaban todavía revueltas de la noche anterior con el olor de sus cuerpos, y el viento silbaba agudo en los cristales de la ventana.

—Y justo en el momento del clímax fue cuando la niña se cortó los brazos —susurró Nancy un año después a su hermana.

## La Segunda Residencia

Con parte del seguro de Vela habían inyectado aislamiento en la vieja casa, mil dólares había costado, y habían instalado una caldera de gasóleo de dos mil dólares, y dobles ventanas en el piso de arriba, y en invierno seguía haciendo tanto frío en la alcoba que Conrad veía su propio aliento. Nancy había querido arreglar la cocina, que era un tabuco con problemas de desagüe y el linóleo arrugado, pero Conrad dijo que mejor esperar.

Rascó la ventana de atrás y echó una ojeada a los campos, blancos y corrugados. En el lado opuesto de la habitación el sol había fundido la escarcha lo suficiente para que se viera el desorden de edificios y elevadores de grano que bordeaba la carretera, el anuncio pintado a mano por el Círculo de Mujeres Luteranas con la cara de un niño de tres años, rizos dorados y una única lágrima negra en la mejilla como un lunar —EL ABORTO DETIENE UN CORAZÓN QUE LATE—, la estación de Conoco a lo lejos, el río, y al otro lado el almacén de Ivar y el aparcamiento. Justo sobre la raya amarilla yacía en el macadán un amasijo de algo con plumas. Era un cuervo muerto; estaría comisqueando alguna carroña y le atropellaron. Pasó la furgoneta azul de Dick Cude, viró para pisar el cadáver y levantó unas pocas plumas. Conrad la siguió con la vista y vio que frenaba en el restaurante La Segunda Residencia.

De repente quiso tomar tarta de cereza y café filtrado, no galletas integrales y café soluble en las artísticas tazas de cristal de Nancy. Hacía años que él tomaba su café con tarta en el asador de Chippewa Willy, pero todas las mañanas veía verdaderas multitudes en La Segunda Residencia.

Volvió a enfurecerse mirando al viejo silo al pasar por delante, y por enésima vez pensó que en el verano tenía que subirse a tapar aquel horror con una capa de pintura, la enorme imagen descascarillada de Jesús con una serpiente en cada mano y enfrente una casa de remolque. También se podía demoler el silo. Hacía años que estaba vacío. Sobre los matojos de hierba de la cuneta había cristales de nieve como sal cuajada. Dejó atrás los letreros de OLD GLORY CREE EN DIOS Y EN AMÉRICA, ¿Y USTED? Y ESTA COMUNIDAD CUIDA DE SUS NIÑOS.

Se sentó al lado de Dick Cude, en el último asiento libre. La ropa de Cude olía al perfume empachoso de algún detergente. El restaurante estaba lleno: la mitad de los agricultores del pueblo iban allí en busca del desayuno

que no podían tomar en casa, por el placer de pedir y que les sirvieran dos sustanciosas chuletas de cerdo con su par de huevos y sus patatas recién fritas, en vez de un comistrajo con acompañamiento de quejas y gimoteos. ¿Qué diablos le pasaba a Nancy, que no era capaz de preparar un desayuno decente? Sabía que a él le gustaba la tortilla a la española, pero ¿cuántas veces se la hacía? El Día del Padre y se acabó. El desayuno en la cama, tortilla a la española y poco más. El resto del tiempo era «Háztelo tú». ¿Sería sólo cosa de Nancy?

—Dick, ¿qué desayunas tú en casa?

El otro alzó la roja cara, de piel granulosa como si le hubieran espolvoreado de azúcar caliente.

—Tortitas congeladas. Tenemos el congelador lleno de tortitas. Puedo tomar tortitas congeladas con margarina y sirope de maíz y una especie de crema artificial que viene en tarrinas. Podría ser peor, podría ser gelatina en polvo. ¿Qué hay, señora Rudinger? Creo que voy a tomar el especial.

—¿Está seguro? Le advierto que hoy hay puré de nabos, y no a todo el mundo le gustan los nabos. —Lanzó una mirada dura al mensajero de UPS y bajó los ojos al montículo de nabos del plato.

—Segurísimo que me encantan los nabos. Póngame también cebolla frita.

Detrás de la caja registradora había una foto de la señora Rudinger que la mostraba de pie ante una persiana veneciana, sosteniendo un papel ardiendo —la hipoteca— sujeto con unas pinzas de *spaghetti*. Sobre la puerta, la cabeza de un gamo de seis puntas que había cazado en 1986 oscilaba cada vez que entraba alguien.

—Está incluida. Hígado, cebolla, puré de nabos, dos magdalenas de maíz y café. ¿Toma usted café?

—Prefiero leche. Si me la dan. —Se volvió a Conrad y puso la voz simpática.

—¿Cómo va tu chica?

—Lo va remontando bastante bien, creo yo. Va a la terapeuta dos veces por semana, tiene en casa todo el equipo. Se pasa mucho rato oyendo casetes, le compramos un *Walkman* cuando estaba en el hospital. Un día sí y otro no quiere una casete nueva, y sale caro.

Dos jornaleros guatemaltecos se levantaron, pagaron sus huevos y salieron. Pasó la nueva camarera de la señora Rudinger, rellenando tazas de

café.

—¿Qué es —dijo Dick Cude cuando se alejó—, china, vietnamita o qué?

—Yo creo que es coreana —dijo Conrad—. Eso es lo que pasa, que se está hundiendo el país con el peso de esa gente: chinos, latinos, paquistaníes y los árabes esos del Medio del Oriente. No es como cuando venían nuestros abuelos; aquéllos eran blancos, tenían redaños, tenían una sana moral de trabajo, no iban por ahí volando edificios. Éstos no son blancos. Son oscuros, son mestizos. Está claro: el país está lleno, no hay sitio, no hay trabajo para todos.

—Bueno, escucha —dijo Dick Cude—, en casa tenemos muchas casetes. Ya sabes, de mi hermana después de lo de Russell; te podría traer unas cuantas. Ya es hora de que las disfrute alguien más. ¿Qué tipo de música le gusta? Espero que no le dé por esa porquería del rap de los negros con letras cochinas. Eso no lo permito yo en mi casa.

—Quiá. Lo que le gusta..., en fin, parece cosa de chiste, pero se ha aficionado a Lawrence Welk y todas esas antiguallas. Ahora hay mucho en casete. Yo no sé qué gracia le encuentra, pero se pasa las horas muertas oyéndolo. Cosas que ya eran rancias cuando yo no había nacido, musiquillas de burbujitas de champán. De puro chiste. Música de sanatorio. Pero eso es lo que le gusta. Será porque es alegre. Nancy está pensando llevarla a Disney World cuando haya cogido fuerzas, a oír esa banda de polcas que hay en Disney World; tienen una banda fenomenal, con un montón de acordeones.

—Ya se le pasará. Después de todo lo que ha aguantado la criatura, que oiga lo que le apetezca. Te voy a contar una cosa a propósito de polcas: ese pinchadiscos de Saint Paul hace un par de meses dijo por la radio que los oyentes podían mandar los nombres de sus bandas de polca favoritas, y en tres días recibió veintiocho mil postales. Por cierto que la otra noche estuvimos viendo cine del de antes. *Arsénico por compasión*, es un programa especial de películas de Frank Capra. Dijeron que él tocaba el fuelle, y pusieron un clip donde salía tocándolo. Jimmy Stewart, Joan Crawford, todos lo tocaban. El instrumento favorito de Hollywood. ¿Y qué me dices de Myron Floren? Yo tengo cosas de Myron Floren. Tocaba con Lawrence Welk. ¿Y qué me dices de Frankie Yankovic? «*Rodar el barril...*». ¿Y qué me dices de Whoopee John Wilfahrt? ¿Y lo de New

Ulm? Hay un disco de 78 de aquella acordeonista que se llamaba Violet, Viola Turpeinin. Una finlandesa. Chico, cómo tocaba. Ya se habrá muerto. Eran cosas bonitas, música antigua de Escandinavia, pero ahora casi no se oye como no sea en festivales, ahí sí que lo pasas bien, pero ya no se oye normalmente como cuando yo era pequeño. El padre de mi padre la tocaba. Trabajaba con unos finlandeses, y había una canción que cantaban que hablaba de un cartero, y vaya si era divertida. En casa tenemos todavía el violín viejo Hardanger, lleno de grietas, por supuesto. El caso es que ahora parece que hay mucha gente interesada en esas músicas antiguas, que si los finlandeses, los suecos, los croatas, todos, pero si a mí me preguntas, para mí es como hacerle una transfusión a un muerto.

Quería decir que él sabía algo de acordeones, de daños y dolores, pero Conrad no quería oír hablar de eso.

—Pues sí, ese estilo es lo que le chifla, pero ningún grupo en concreto. Dice que con eso se siente bien. Le dijo a la terapeuta que si pudiera volver a usar las manos aprendería a tocar el acordeón.

—¿Sí? ¿Y creen que podrá?

—No.

—Bueno. El milagro es que siga viva. El milagro es que se las pudieran volver a poner. Lo digo en serio. En el periódico decían que era el segundo caso en la historia. Imagínate lo que tiene que ser volver a coser todas esas venitas y unir los músculos. Yo no entiendo cómo han podido. Es una niña muy dura, muy dura. Alguien allá arriba cuida de ella. Podía haber cuidado de Russell. Me imagino que podrá ponerse en contacto con algún grupo de esos de apoyo, los hay de toda clase de cosas: Jugadores Anónimos, Glotones Anónimos, obsesos sexuales, cleptómanos. Creo que hay uno de ciegos y personas tullidas, ¿no es cierto?

Conrad miró el reloj. Sabía a dónde se encaminaba la conversación y no quería oír nada sobre el ciego Russell, volcado de un autobús en el desierto. Tenía doce minutos para llegar a la fábrica de gas de Old Glory. Confiaba en que Pitch estuviera a mano para ayudarle a cargar las bombonas en el camión. Pero todo menos escuchar a Dick Cude, frunciendo aquella carota roja como si fuera a llorar de un momento a otro.

—Qué quieres que te diga —dijo—. La vida es así y no hay que darle más vueltas. Nos vemos.

Dick se acabó los nabos y pidió más, mirando cómo Conrad sacaba el camión del aparcamiento. Observó que no se había puesto el cinturón de seguridad; más tonto era él de correr riesgos. Y encima fumaba. Algo de imprudentes tenían en aquella familia. Mientras su hermana no había hecho más que cuidar de Russell, una tras otra le pasaron cosas horribles. Apuró el vaso de leche, lamentando haber acabado antes la tostada. Tuvo una idea.

—¿Hay arroz con leche?

—Hasta la hora de comer no, Dick. Muy poca gente toma arroz con leche para desayunar.

Dejó diez centavos de propina y salió, atravesando el aire helador, ahora salpicado de nieve fina, hasta el camión, que estaba a ocho calles, delante de la oficina de correos. Siempre aparcaba allí. Le molestaba tanto el viento en la cara que a cada pocos pasos doblaba el cuello y caminaba a ciegas. Hacía un frío espantoso, pensó, y se le estaban congelando las manos a pesar de los buenos guantes de abrigo. El termómetro digital del banco decía ocho bajo cero, pero el viento racheado debía estar a cuarenta. Se metió en la tienda de Antigüedades del Oeste para calentarse, mejor entrar allí que en la tienda de lanas o en el herbolario. Dio una vuelta mirando las herramientas: bonitas garlopas antiguas de caoba, un martillito bien equilibrado, unas bisagras de hierro forjado. Se acercó a la mesa de las baratijas; no solía haber nada que mereciera la pena, pero una vez había encontrado un nivel de alcohol pequeñito, de latón, con un grabado de adorno, un nivel de ebanista. Descubrió un pequeño acordeón verde y le dio un alegrón. Lo compraría para la chica de Conrad, aunque nunca pudiera tocarlo: podría oír casetes y mirarlo y hacerse la ilusión. Pagó un dólar y llevó el trasto al camión.

Ya en casa se le ocurrió limpiarlo un poco —estaba bastante sucio, la verdad—, y metiéndolo en la pila abrió el grifo con el difusor y le echó un buen chorro de detergente. El maldito chisme cogió agua. Ahora pesaba, aunque estaba limpio, pero cuando lo apretó no emitió el menor sonido, ni siquiera pulsando todos los botones a la vez. Habría que secarlo un poco. Lo puso sobre el radiador de la ventana. Efectivamente, por la tarde lo encontró seco, y con una limpieza que ponía en evidencia lo viejo y baqueteado que estaba. El fuelle se había quedado tieso como si fuera de madera; sólo cedía unos cinco centímetros y daba un acorde agudo y



extraño. Le aplicó un aerosol reblandecedor por dentro y por fuera, pero no sirvió de nada. Qué diantres, si era sólo para que lo mirase la niña.

A la mañana siguiente, camino del restaurante, cruzó la vía del tren, donde una cuadrilla de obreros se estaba tomando un descanso, limpiándose con servilletas de papel y echando las latas de refresco vacías y las tazas de café de cartón al cubo de basura de la batea. Encendió la radio; estaba sintonizada en la NPR, porque su mujer había usado el camión la noche anterior, y salió John Townley cantando «Land's End» con el acompañamiento de su rara concertina Dipper Shantyman de madera de cocobolo antillano y piel de cabra, con lengüetas hechas a mano, en las tapas grabados náuticos de robustas sirenas y olas encrespadas, el botón de aire un brazuelo de hueso pulimentado que relucía sobre la madera oscura como el brazo de un *deus ex machina*. Los opulentos tonos de oboe daban contraste a la voz de Townley, pero en mitad de una sílaba, «y la mar cre —», Dick apagó. Aquellas canciones marineras acababan siempre en naufragios y abandonos.

(Su sobrino, Russell, nació ciego, y la familia vio el cielo abierto cuando manifestó aptitudes para la música. Lina mujer italiana le enseñó a tocar el acordeón, y su primera pieza en solitario fue una versión sueca de «Vida en los bosques de Finlandia» antes de transformarse en «La colina del pájaro burlón». La italiana le aconsejó bien: «Procura hacerte un sonido con el que se puedan identificar todas las nacionalidades, y así nunca te faltará trabajo». A los trece años ya tocaba una gran concertina cuadrada, una Chemnitzer con seiscientos diamantes falsos, en concursos infantiles, y los ganaba todos con su versión de «La llamada de las vacas», sacada, pasando por Eddy Arnold, de una melodía que los octogenarios de Old Glory habían conocido como «El vals de Saint Paul». Su padre, impaciente por que el niño llevara a casa algún dinero, empezó a apuntarle en las veladas de los viernes que se hacían en los lugares de veraneo de la zona. El Albergue del Lago pertenecía a su amigo Harvey Westhold [nacido Waerenskjold], que violó a Russell veinte minutos antes de su primera actuación.

—Hala, chico, date una ducha rápida. Hueles. No puedes salir a tocar para un público selecto así de sudoroso. Venga, yo te ayudo a desnudarte. La ducha está justo aquí encima. *Ajajá*. Si dices algo de esto te mato.

A los veintiún años Russell era un alborotador. Ciego y todo, por las noches se escapaba de casa y se ponía junto a la carretera hasta que alguien le recogía. En el pueblo tocaba la concertina para pagarse bebida y drogas, e invitaba a los tatuadores a «hacer lo que quisieran». Aquellas ilustraciones eran banales o curiosas, algunas obscenas. Estuvo un par de años de músico callejero en Minneapolis, hasta que, con la mente hecha jirones por la química, los excesos y el ansia de algo más, sacó un billete de autobús para Las Vegas. A sesenta y cuatro kilómetros de ese punto de destino y forrado de píldoras de colores, se puso en pie, sacó una pistola del estuche de la concertina y disparó un tiro al techo. Rápidamente fue reducido por dos mujeres del equipo de natación de la Universidad de Ohio. El conductor del autobús paró y les dijo que le echaran. Ellas le hicieron salir a empujones, le alzaron con su instrumento por encima de una alambrada y le dejaron en el desierto. Nunca más volvió a saberse de él).

## **Aburrimiento**

Sucedió porque se aburría. Estaba jugando en el patio a darles a las golondrinas con una escoba. Las había por docenas bajo los aleros del antiguo pajar y dentro, nidos destartados en delicado equilibrio sobre una viga polvorienta o pegados al tejado; se pasaban medio verano entrando y saliendo como flechas por los vanos, con el pico cargado de escarabajos, avispas, arañas, moscas, abejas, mariposas y libélulas.

Por el norte venía una tormenta: una nube alta y rizada con una cuña oscura en la base, lanzando lenguas violentas de viento. El viento la hacía sentirse alocada y vigorosa, aunque se ponía de espaldas por el polvo que levantaba. Pero no era más que eso, viento, truenos; allá por algún sitio del norte llovería. Se aburría; en Old Glory no había nada que hacer, jamás había nada que hacer en casa con los bobos de su madre y su padre, y lo peor era los domingos, nada de nada, nada, nada que hacer cuando la televisión no funcionaba y no había dónde ir y nada que comer en el frigorífico más que una pechuga de pavo cruda que llevaba allí una semana y olía mal. Así que se fijaba en las aberturas que usaban las golondrinas y brincaba lanzándoles voleas, haciendo que eran pelotas de tenis y ella una

campeona infantil. Las ráfagas de viento arreciaron silbando y azotando las hojas del árbol. Oyó venir un camión, con un estrépito como de estar a punto de desarmarse, y dio una grácil pirueta con la raqueta-escoba y vio los bigotes negros de Ed Kunky en el parabrisas churretoso, y junto a él a su hijo Whitey, el guapo Whitey, que le llevaba un curso de diferencia, que la hacía soñar despierta que estaba sentada en una silla del jardín de infancia de modo que la falda le cubría los tobillos como una campana, y él se le acercaba trayendo algo en las manos, nunca estaba claro qué, un ramo de flores o un periódico enrollado o una barra de caramelo (un analista freudiano lo aclaró años después), pero se inclinaba sobre ella y se agachaba y la besaba en la boca, un beso que era como el roce de un mosquito sobre sus labios, sobre su pelo por la noche, y en la ensoñación ella se desmayaba. Pero en este momento alzó la escoba, la sujetó contra el viento, y se dispuso a mandar a una golondrina al otro jueves. No apareció ninguna golondrina, y el camión llegó y pasó, traqueteando y tronando con una carga de planchas de metal para cubiertas, cortadas con el filo en bruto; como una exhalación pasó junto al viejo pajar de los Knudsen rumbo al norte. Tres golondrinas se lanzaron a agujeros en lo alto de la pared, y una ráfaga feroz prendió una de las planchas justo cuando ella saltaba dirigiendo la escoba contra las golondrinas. El afilado metal cruzó el patio como una plateada guillotina volante, y le amputó los dos brazos extendidos por encima de los codos, y al darle en la cara le rompió la nariz.

Los Kunky ni se enteraron de que le habían cortado los brazos; siguieron por la cuesta arriba soltando metal y se perdieron de vista. Ella se quedó aturdida, clavada al suelo, viendo la veta de la madera del pajar, la pintura carcomida por las heladas y la arena, las golondrinas que volaban indiferentes y reaparecían con insectos en el pico que parecían bigotes, el cielo rasgado por el vendaval, las ventanas vacías de la casa, con los viejos vidrios lanzando reflejos azules arremolinados, los surtidores de sangre que le salían de los brazos; oyendo incluso, en el primer momento, el golpe húmedo de sus antebrazos contra el pajar y el sonido brillante del golpe del metal. Pero no podía mirar al suelo, no quería ver sus manos allá abajo, todavía curvadas como agarrando la escoba.

Aulló.

De sus pulmones llenos brotó un grito terrible, el rugido desafiante al final de la vida que todos pretenden y pocos consiguen dar. Sacó a sus

padres de la cama como un lanzazo entre los muelles.

## **Fiesta**

Conrad se acostumbró a ir a desayunar a La Segunda Residencia en menos de una semana. La comida era buena y el sitio alegre, bullicioso y lleno de noticias. Era un descanso no tener que oír las angustias de su mujer por Vela. Él quería a su hija, pero no soportaba a la gente enferma, no podía aguantar verla con aquellos brazos llenos de cicatrices y oír sus gimoteos y sus jadeos cuando la fisioterapeuta, una mujer de pelo castaño con voz de niño pequeño y gran trasero, le hacía hacer los ejercicios. Con qué facilidad lloraban su hija y su mujer. Tenían la casa empapada de tanto lloro.

Envolvió un huevo regado de salsa de tomate en una rebanada de pan tostado y le dio un bocado; el otro huevo lo mezcló con el picadillo de carne, y le pidió a la señora Rudinger dos rosquillas de gelatina. Entró Dick Cude cargando con una bolsa de plástico de las de la basura.

—¿Qué traes ahí, Dick? ¿Tu comida?

—No, es para tu chica. He visto tu camión ahí fuera. ¿Dijiste que todas esas casetes antiguas se le hacían pocas? Pues aquí dentro vienen unas cincuenta, y un acordeón viejo que encontré en la tienda de Ivar. Pensé que le podía hacer ilusión mirarlo mientras oye las cintas. Aunque no sea más que mirarlo, ya es algo. Es un milagro. Vaya si es fuerte tu chica. Es un crimen, llevar chapa en ese camión sin una lona ni ninguna sujeción. Yo no sé cómo Ed Kunky se atreve a mirarte a la cara. Es un crimen. Y su hijo, ¿no va a la escuela de Vela? Yo creo que deberías consultar a un abogado.

Entregó la bolsa negra a Conrad, que estaba eructando y sufriendo por el primer donut.

—¿Has oído el del tipo que va en un avión, y el avión se estrella y se matan todos menos él? Y cae en un sitio deshabitado, en Alaska o así. Conque se pasa una semana dando vueltas, y ni rastro de un ser humano, y ya está medio loco cuando de pronto se encuentra un árbol con una cuerda, y colgando de la cuerda un negro muerto; y va y dice el tipo: «¡Alabado sea Dios, la civilización!». ¿Lo coges?

—Sí. Es un chiste del sur. Yo lo oí contado de un chippewa. Pero eso no puede ocurrir. En Norteamérica no hay ningún sitio que esté a más de treinta kilómetros de una carretera. Nadie puede estar perdido una semana. Lo dijeron en el *National Geographic*.

Se comió el segundo donut, apuró la taza de café y sacudió la cabeza para echarse atrás el rizo gris. Trató de contener el amargor que le subía por el esófago.

—Gracias —dijo, y se levantó, con una sensación de ardor por todo el pecho—. Se las daré esta noche. Es hora de irse a ganar el dólar.

Salió a la calle, y Dick Cude le vio echar la bolsa a la cabina del camión, y por la manera de agacharse y gatear por el suelo dedujo que se habían salido las casetes. De cómo tiró la bolsa la podía haber reventado. Aquellas cajas de plástico tenían las esquinas cortantes. Observó que Conrad seguía sin ponerse el cinturón, y al salir del aparcamiento iba fumando. Y con aquella manera de apartarse el pelo de la frente, cualquier día se iba a lastimar el cuello. Dick frunció los labios.

Cuando esa noche Conrad llegó a su casa, todas las ventanas vertían en el crepúsculo una luz del tono amarillo del mango, y delante había tres o cuatro coches aparcados. Válgame Dios, no habrá pasado otra cosa, dijo en voz alta; y dejando la puerta del camión abierta al *viento con* perjuicio para las bisagras, subió corriendo los escalones y se vio envuelto en olor a orégano y levadura, con un tumulto de música y pisadas y voces en el piso de arriba. Su mujer batía nata, encorvada sobre el fregadero, y la encimera estaba convertida en un bufé, con platos de plástico azules y blancos, un despliegue de cucharillas puestas en abanico, tronquitos de apio y de zanahoria, taquitos de queso y aceitunas rellenas en formación geométrica, un cuenco de madera lleno hasta arriba de patatas paja.

—¿Pero qué pasa aquí?

—No me digas que se te ha olvidado. Te lo habré dicho cien veces: el 5 Vela da una *fiesta*, y vienen sus amigas de la *escuela*. Ahora están todas arriba. He hecho una tarta de fresas. No la vuelvo a hacer; con la oscuridad de esta maldita cocina es como enhebrar una aguja en una mina de carbón. Ellas van a cenar en el cuarto de Vela, se han subido allí todas las sillas. Tú y yo podemos cenar en el cuarto de estar. He sacado ahí para nosotros una mesita plegable. Tienes un par de cervezas en la nevera. ¿Qué traes en esa bolsa?

—Una cosa para ella. Dick Cude le manda unas casetes o qué sé yo. Jesús, qué harto estoy de oírle hablar del accidente. Parece que no sabe hablar de otra cosa con esa voz de baboso. Y todo el rato intentando llevar la conversación al tema de Russell.

—¿Qué Russell?

—El sobrino. El maldito sobrino de Cude, que sigue aún en el desierto.

La música retumbaba en el suelo con un horrible golpeteo continuo que le hizo apretar los dientes.

—¿Quién está arriba?

—Audrey. La hija de tu jefe. Audrey Henry y unas cuantas chicas más. Les voy a subir las cosas, a no ser que quieras subir tú y decirles que la cena está lista. ¿Quieres?

—No, ocúpate tú. A lo mejor pueden bajar los graves mientras cenamos.

Ella se rió, no con su risa normal sino con un ja-já teatral que había aprendido de la televisión.

—Lo dudo mucho. Es una fiesta.

Había cinco chicas sentadas en el borde de la cama y en las sillas de madera de la cocina. En el alféizar de la ventana se alineaban los botes de refrescos. Audrey Henry tenía su reproductor de casetes sobre el regazo y tamborileaba encima con los dedos. Llevaba el pelo plateado con un corte en redondo, rapada la nuca. Vestía pantalones anchos del ejército y un suéter de color violeta brillante que le dejaba al aire el esternón.

Nancy se asomó a la puerta sonriendo a las chicas y poniendo voz de fiesta por todo lo alto.

—Qué suéter tan bonito, Audrey. ¿De qué es, de mohair? ¡Cachemir! Pues es precioso. Niñas, ya está lista la *pizza* y todo, así que podéis ir a servirlos. Y poneos buenas raciones porque hay más en el homo, lo he dejado a fuego suave. Vela, Dick Cude te manda unas casetes.

Vela estaba recostada en el almohadón caro de espuma de goma, con una Coca-Cola en la bandeja, la larga paja de vidrio asomando. Tenía el cutis como un sarpullido de pecas, y el pelo largo y lacio a pesar de los esfuerzos de Nancy con las tenacillas. Sus manos inútiles se escondían bajo el edredón artístico hecho por Nancy, con un dibujo de hojas de hiedra que a ella le parecía elegante.

—Casetes. *Vale*, casetes, ¿pero qué son? Eso pesa, lo menos hay cien.

Audrey derramó las cajas de plástico sobre la cama. El acordeón amojamado salió danzando.

—¿Y eso qué es?

—Es un acordeón. Hecho una ruina. —Kim, que tocaba el acordeón piano desde quinto curso pero detestaba ese instrumento y ansiaba pasarse a la guitarra, lo cogió. El tieso fuelle se resistía, y Kim lo abandonó tras sacarle unas pocas notas débiles y quejumbrosas como voz de niño asmático—. No suena. ¿De qué son las casetes? Myron Floren, ¿quién es éste? *Toda la noche polca. La polca es para enamorados*. Mirad ésta, qué tipo más feo.

—Oye, poned una. Para reírnos.

—Vale, esta de «Locos por la polca». Ponía.

Chillaron de risa; se desternillaron haciendo que bailaban el *schlocky oompah*, un ritmo que se arrastraba con ligereza de martillo pilón.

Vela se molestó.

—Mamá, yo no quiero esas porquerías. Llévatelas, tíralas a la basura. Y esa cosa también —dijo señalando con la barbilla al acordeón. Audrey apretó un botón del aparato y la casete saltó fuera; la echó a la bolsa de plástico como el que tira un hueso nauseabundo, y en su lugar metió la cinta de la salmodia atronadora.

—¿Qué grupo es éste? —preguntó Nancy—. Suenan bien.

—*Loop a troop, bazooka, the scheme...* —decían las duras voces masculinas.

—Enemigo Público. Me encantan. Mamá, eso es lo que quiero para mi cumpleaños, esa casete.

—Tu padre dice que está muy fuerte.

—¡Es rap! Hay que ponerlo fuerte.

—Bueno, chicas, es hora de pasar por el bufé. De postre hay tarta de fresas con nata.

—¿Puedo rebañar el bote, señora Gasmann? Me encanta.

—Lo siento, Audrey; es de la que se bate, nata montada.

—Entonces paso. La odio. No es dulce. Me tomaré las fresas solas. ¿No tiene Tropicana?

Nancy no entendió por qué todas se echaban a reír.

—Vela, ¿les has dicho a tus amigas que vamos a ir a Disney World en primavera?

— ¡Qué horror, Disney World! —dijo Audrey.

(Al año siguiente, en la oscuridad de las primeras horas del día, Audrey tomó el avión a Boston, primera mujer de su familia en ir a la universidad. Abajo las ciudades alumbradas de color naranja se extendían por la pradera como una pasta luminosa, las autopistas dibujadas por largas cintas de faros, los obreros yendo en tinieblas a sus trabajos. Las calles de las ciudades parecían surcos brillantes. El amanecer rompía anaranjado-sangre por el este entre nubes sombrías mientras descendían a la masa de tejido cicatricial que era Chicago). Sentados en los sillones del cuarto de estar, Nancy y Conrad miraban la televisión oyendo el ruido de arriba.

— ¿Quién ha traído esa matraca de la jungla, Audrey? —Se echó atrás el rizo gris.

— ¿Quién si no? Viene con un suéter de cachemir que ha debido costar doscientos dólares.

Miraban la televisión.

— No ponen más que la guerra —dijo Nancy—. Todo es humo. No se ven ni cañones ni nada.

— Sí. Son los iraquíes, que han incendiado todos los pozos de petróleo.

— ¿Quieres un poco de tarta de fresa?

— Eso ni se pregunta.

Las cortezas de su *pizza* adornaban el brazo del sillón como sonrisas de pan.

## Basura

Old Glory y otras siete ciudades del distrito pagaron por enviar su basura a Mississippi cuando el estado clausuró los vertederos abiertos y los depósitos regionales no dieron más de sí. Una mañana de sol caliente de marzo, Whitey Kunky, aplicado a su trabajo de los sábados en el camión de la basura municipal, con el barbirrojo Martin H. Swan al volante, aupaba bolsas de plástico y cajas de cartón a la trasera de la compactadora. De vez en cuando encontraba algo bueno y lo echaba a la cabina. La semana anterior habían rescatado unas botellas mediadas de ginebra y *bourbon* de la basura de los Bunnberger, y luego de quitarles los posos de café y la grasa



de tocino se las frieron bebiendo por el trayecto, y Martin se desdijo de un par de amenazas y quedaron tan amigos. El trabajo tenía sus ventajillas.

—El amigo Bunnberger debe de haber dejado la bebida —dijo Martin H. Swan, peinándose la barba con la mano.

—O habrá sido su mujer cuando no la veía.

Pero ese día la cosecha era pobre: una pelota de baloncesto desinflada que quizá tuviera arreglo y un cuadro de bicicleta roto que no, una tostadora alemana de la que sobresalían unos molletes quemados, y un acordeón verde viejo. Whitey echó a la cabina la tostadora y el acordeón.

Al final del recorrido tenían que esperar con el contenedor al semirremolque que lo llevaba hasta Mississippi. Snakes, el conductor, era un maniático del culturismo que usaba cazadora de cuero y un cinturón con una cruz radiante en la hebilla, premio de la compañía por tres años de servicio sin accidentes. El camión lo arrendaba a una empresa cristiana. Alianza de Dios, especializada en el transporte nocturno de basura y residuos peligrosos por todo el país.

—Snakes se retrasa.

—Sí. —Martin H. Swan mascaba el chicle de nicotina con el que supuestamente debía dejar de fumar. Tenía el motor encendido porque por la tarde refrescaba mucho.

—También la semana pasada vino con retraso.

—No tiene él la culpa, es el tipo que trabaja con él, ese negrazo gordo. Tapper. Está un poco pirado ese tipo. ¿No has visto cómo va siempre hablando solo cada vez que Snakes le manda hacer algo? —Escupió el chicle por la ventanilla, sacó un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolsillo de la camisa y lo encendió.

—Sí. Oye, luego nos tomamos una cerveza.

—Luego.

—Es una pena que Bunnberger no haya vuelto a hacer limpieza en el armario de los licores. Ahí está, ya baja la curva.

—¿Ves? Viene solo. Viene sin el otro. Como no sea que Tapper le venga dando una chupada. Vas a tener que ayudarlo a cargar.

—¿Y por qué no tú? Yo llevo recogiendo todo el día.

—Porque yo tengo más antigüedad. Además, está todo automatizado. Lo único que tienes que hacer es manejar las palancas, recoger lo que se caiga y ayudar a Snakes a sujetar la lona. ¿Qué tiene eso de particular?

- ¿Antigüedad? Te vas a tomar tú solo la puñetera cerveza.  
—Ya pensaba hacerlo, desgraciado.

## Fuga

A mitad de la operación el sistema hidráulico se atascó y tardaron veinte minutos en despejarlo. Era una tarea pesada y repugnante; Whitey recogía a paletadas lo que rebosaba por los costados, soltando palabrotas hacia Martin H. Swan, que, sentado en el camión municipal, leía su revista de motos y cada siete u ocho minutos levantaba la cabeza para vigilarle. Snakes no decía nada; saltaba atléticamente conectando el sistema y estirando la lona verde oliva para sujetarla, y la hebilla de su cinturón hacía guiños.

Se quitó una pringue de la bota, miró a Whitey y dijo:

—Oye, ¿te vienes conmigo a Mississippi? Tapper se ha largado. Estoy autorizado a contratar un ayudante. Pero hay que ponerse en marcha ya. Voy con retraso. Si quieres llamar a tu casa o coger una maleta, te doy un cuarto de hora. No hace falta más para nada. Ésa es mi teoría.

(Tapper *Champagne* estaba en Oklahoma en el funeral de un hermano de dieciséis años, Li'l Duke *Champagne*, enviado por seis meses a un centro de formación de jóvenes para sentar cabeza, aprender a comer guisantes, hacer gimnasia abdominal, fregar suelos y limpiar zapatos, decir sí señor y no meterse en líos. Una mañana no se levantó, asfixiado por un ataque de asma; la noche anterior le había visto el tutor, y declaró que era fingido).

—Sí. *Sí*, de acuerdo. Ya estoy dispuesto.

Cogió de al lado de Martin H. Swan la chaqueta, la tostadora y el acordeón, y se encaramó a la alta cabina del semirremolque y su confortable asiento; vio el archivador de compactos, con Dwight Yoakam y Vince Gill, y las calcomanías de todos los estados pegadas a lo alto del parabrisas, junto con cruces brillantes y lemas religiosos, y pensó: Me voy, me voy a ir y es así de fácil. Nunca más volveré a despertarme aquí. Y gritó:

—Oye, Martin, quiero pedirte un favor. ¿Llamas a mi viejo y se lo dices?

—Sí —dijo Martin. Estaba mascando cuatro pastillas de chicle de nicotina.

El viaje duraba tres días y dormían en el camión. Era uno de los modelos nuevos informatizados que a las diez horas de funcionamiento se bloqueaban obligando a parar al conductor, aunque Snakes dijo conocer un sistema para saltárselo pero no merecía la pena, y la parte de atrás de la enorme cabina era como un pequeño apartamento, con placa de vitrocerámica y encimera y televisión y fregadero empotrado y un revestimiento bonito de imitación de madera, pero Snakes se levantaba dos horas antes del ordenador, le gustaba hacer tiempo esperando que se encendiera, y mientras tanto tomaba polen de abejas y bebía café exprés. Le enseñó a Whitey a hacer aquella mezcla espesa en una maquinita que había en la encimera, le dijo que se acostumbraría a aquella bebida negra, que Tapper le echaba cuatro cucharaditas de azúcar y se lo tomaba hecho una dulzaina. Snakes era buena persona y le gustaba reír, así que Whitey hacía imitaciones y morisquetas, y hasta se sentaba encima del maldito acordeón para hacerle gemir, y aflojando un poco conseguía sacarle algunos ruidos y pedos. Le gustaba la manera de ser de Snakes, bromista y sin complicaciones, y al tercer día, cuando entraron en Mississippi y vieron negros holgazaneando por todas partes. Snakes dijo que allí donde iban, donde estaba el enorme depósito de basura, era justo al lado de unas casas de negros, no debería estar allí pero estaba, y sus pozos estaban llenos de veneno.

Whitey no había pensado nunca ser camionero, antes lo tenía por cosa vil y despreciable, pero ahora que estaba en el camión cambió de parecer; había salido de Old Glory y estaba viendo el resto del mundo, oyendo música, haciendo chistes. El camión olía bien porque Snakes no fumaba y llevaba un ambientador de olor a pino colgado del retrovisor. Una vez la conversación se puso seria y Snakes le habló a Whitey de lo mal que había ido su divorcio hacía diez años, y de cómo pegaba a su ex mujer y una vez estuvo por eso en la cárcel y descubrió la religión, y Whitey le contó lo de la chatarra que salió volando del camión de su padre y le cortó los brazos a aquella niña, y que ellos no supieron nada hasta que el padre de la chica se presentó en su casa y se puso a forcejear con su padre dando gritos, y nadie entendía lo que decía hasta que sonó el teléfono y su madre lo cogió y era un vecino que preguntaba: ¿Estáis bien? Porque he visto ahí el camión de

Conrad y me he preocupado un poco, teniendo en cuenta la situación, y su madre le contestó: Será mejor que vengas enseguida. Y lloró al contarlo, y aquella señal de debilidad infantil le enfureció, y para recuperar la normalidad bajó la ventanilla y tiró el acordeón a un yermo de chabolas y hierbajos.

—Sí —dijo Snakes—. ¿Sabes lo que yo hago ahora? Escalo. Practico la escalada cada vez que tengo un día libre. Cuando conduces un camión pierdes la forma física, comes porquerías en la carretera, te engorda el culo, fumas, te falta el aire, te debilitas. Yo empecé a escalar hace unos años, después de encontrar a Dios, y fue como si hubiera vuelto a nacer. Dejé de fumar, recuperé la forma: duro como una piedra, ahora me puedo poner el uniforme de la marina que no me entraba desde que tenía veintidós años. Y ves algunos sitios irreales; te eleva. Estás más cerca de Dios, o algo así. Tú deberías probarlo, tú que eres jovencito. Se te daría muy bien.

—Sí —dijo Whitey—. Podría intentar. Martin H. Swan está intentando dejar de fumar. Masca el chicle ése de nicotina y fuma igual.

—Eso no da resultado. Hay que hacerlo de golpe. Hay que tener fe en uno mismo.

(Un par de años después. Snakes, con una cuerda de escalada en colores malva, rosa neón, azul verdoso y amarillo fluorescente, se ahorcó en la cabina de su camión. Sobre el asiento había una nota que decía: «Yo no usaré gafas»).

## **A tu mamá le va a cambiar la vida**

La Alimentación Diamante se alzaba al borde de la carretera bajo el sol abrasador, a quinientos metros de dos hileras de chabolas separadas por un camino de tierra lleno de hoyos. El establecimiento medía cuatro metros y medio por seis, y lucía un escalón inclinado de cemento y una fachada falsa en tres alturas de tablas alabeadas y despintadas, y una luna a la calle, resquebrajada y reparada con cinta adhesiva. Arriba un letrero pintado a mano decía ALIMENTACIÓN, y sobre la puerta otro letrero anunciaba salchichas y morcillas caseras. La luna estaba cubierta de viejas pegatinas de Jax la mejor cerveza, Nehi helados de calidad, perborato dental Brown,

jarabe de raíces y tabacos de mascar Show Down, Welcome, Top, Regal, Royal, King, Prince y Duke's Choice. Había también un único surtidor de gasolina de 85 octanos.

La trastienda eran tres habitaciones en ángulo bajo un techo de metal corrugado, donde Addie, la hija cuarentona de Clarence Stranger (muerto en 1987, cuando la cadena de un columpio de feria se rompió y le arrojó contra un cochecito de niño), cuidaba de su marido senil, treinta años mayor que ella, llevaba las cuentas de la tienda, hacía guisotes y pintaba las escenas de su infancia sobre cuadrados de contrachapado, estampando en los bordes un texto explicativo de los sucesos representados. (Una niñita negra vestida de rosa con una capa blanca tachonada de estrellas corría por un paisaje de tierra arada, perseguida por unos hombretones con caretas y las piernas abiertas como tijeras y unos bultos siniestros entre las piernas. CASI ME COGEN. A LOS SEIS AÑOS MI MADRE ME DIJO QUE NO FUERA A LA CALLE FLAT TOWN. YO FUI. LOS HOMBRES ME PERSIGUIERON GRITANDO VETE DE AQUÍ TU PADRE ES UN C—). Era menuda y delgada, con la cara en forma de rombo, hoyuelos profundos en las mejillas y cejas en arco como aros de *croquet*.

A la izquierda de la puerta había una segunda ventana, más pequeña que la luna y con un cristal corredizo que permitía servir a los clientes que se quedaban fuera: compradores de cerveza. Bajo el cristal corredizo había un estante con un despliegue de objetos polvorientos: dos rollos de pistones de papel rojo y una pistola de juguete, una caja de tornillos de madera, pastillas para la tos de los Hermanos Smith, Vicks y Luden, un paquete abierto de picadura que soltaba polvo marrón, cuatro tarros de vidrio vacíos con las tapas torcidas, todo torrado por el sol y cargado de polvo y cagadas de mosca.

Dentro de la tienda rugían dos grandes refrigeradores, uno lleno de cervezas y el otro de refrescos y gaseosas, y arrimado a la pared del fondo un armario frigorífico con leche, beicon, huevos y algunas lechugas mustias; a los lados corrían estantes pintados de verde con latas de conserva, boniatos, sémola de maíz, manteca de cacahuete, pan de molde, jabón y azúcar.

Apoyada en el marco de la ventana corrediza, Addie veía pasar el tráfico por la carretera. Paró un camión blanco con matrícula de Arkansas, y un tipo esmirriado con ojeras de no haber dormido en tres días pidió película en color de treinta y cinco milímetros para papel; tenía. Entró el señor Tek

con su señora, buscando leche condensada para su achicoria, buscando margarina y cerillas; tenía de todo. El hombre del FedEx, con briznas de jazz ácido y ondas digitales saliéndole de los auriculares, entró derrapando y pidió una Coca-Cola fría; tenía. Cigarrillos, gasolina, barras de caramelo, aspirinas, fiambres, bolígrafos, tenía, tenía.

Allá junto a la doble hilera de casas divisó a tres niños que jugaban, de cuatro o cinco años todo lo más; tenían que ser los gemelos de Tiny Faulk y su hermanito. Uno intentó hacer claqué en el barro, copiando al bailarín de *Barrio Sésamo*. Luego estuvieron tirándose del escalón hundido de la barraca donde vivía Tiny Faulk, casi una niña a su vez, mujer flaca y malhumorada, que gritaba a aquellos rapaces para hacerles callar cuando estaba en casa. Por lo menos ésta los tenía con ella y los cuidaba, no como aquella de Nueva York que había salido en los periódicos, que al día siguiente de parir gemelos se largó del hospital dejando un nombre falso y no había manera de encontrarla. Addie veía a Tiny todas las mañanas subir la calle para coger el autobús a World, oteando la carretera con gesto impaciente, balanceándose de uno a otro pie; tenía no se sabía qué trabajo en World, en la fábrica de conservas cárnicas o en la lavandería, quizás en los dos sitios. Se suponía que la señora Simms le cuidaba los niños por diez dólares a la semana, pero era una anciana medio ciega y casi sorda y coja de las dos piernas, así que se sentaba en el porche, se ponía a tope el aparato y se dormía. Casi nunca les oía, y Addie sabía que antes o después habría un chirrido de frenos y alguien irrumpiría en la tienda diciendo. Dios mío, he atropellado a un niño.

Por supuesto, los mayorcitos corrían hasta la carretera, desafiándose a ver quién se atrevía a arrimarse más al borde, y cuando pasaba bufando un coche o un camión daban un salto atrás, riendo. Míralos ahora, revolcándose por el suelo y levantando una nube de polvo. Medio adormilada, Addie les vio alejarse entre las filas de barracas y desaparecer detrás de las letrinas. Les veía atropellados con tanta claridad que era como una pintura. Algún día podría hacer esa pintura si ocurría. Pintaba sólo después de que pasaran las cosas, por miedo a hacer que algo malo se convirtiera en realidad.

A última hora de la mañana estaba leyendo el periódico local cuando sonó la puerta y entraron los gemelos con el hermanito, derechos al refrigerador de las cervezas.

—¿Qué hacéis?

—Queremos gaseosas.

—Las gaseosas cuestan dinero. ¿Tenéis dinero?

—Sí.

—Bueno, pero ahí no vais a encontrar gaseosas, hay ahí cervezas para los hombres. Las gaseosas están en el otro refrigerador.

Les vio subirse a la caja que tenía allí puesta para la clientela menuda y levantar la tapa. Cuchicheaban entre sí, alzando las botellas del agua de hielo para ver lo que contenían, y al fin se decidieron por un Yoo-Hoo y un Orange Crush y un Lime. El gemelo de la camisa a rayas, sucio sobre toda ponderación, le entregó el dinero.

—¿Qué me das? —Tuvo que mirarlo y volverlo a mirar.

—Un dólar.

—¡Un dólar! Conque un dólar. ¿Y de dónde lo has sacado? —La mano casi no le temblaba.

—Lo encontré.

—¡Lo encontraste! Conque lo encontraste. ¿Y dónde?

—Junto a la carretera.

—Ya. Junto a la carretera. —Lo que son las cosas, pensó. Anda todo el mundo falto de dinero, ¿y quién lo encuentra? Tres críos que se lo quieren gastar en gaseosas, que ni saben lo que tienen. Se lo quedaría; que se tomaran las gaseosas, ¿y quién iba a enterarse? Ellos no. Ni nadie. Sería que unos que venían de asaltar un banco o algún narcotraficante habrían pasado por la carretera, con las ventanillas abiertas, y el billete de mil dólares salió volando como un pájaro verde. O quizás era falso. Eso sería probablemente, dinero falso, y le iba a costar tres gaseosas.

—Hale, tomaos las gaseosas —dijo. Metió el billete de mil dólares en la caja registradora, debajo del cajoncito donde ponía los de veinte cuando se los daban. Jamás había habido ningún billete de más de veinte en aquel cajoncito. Miró a los niños: bajo el susurro fresco del ventilador del techo, bebían dando vueltas y vueltas a sus botellines, marcando rayas en la condensación del vidrio.

—Voy a darme yo una vuelta por la carretera, a ver si hay más dólares de éstos. Salid los tres y sentaos en los escalones.

Bordeó la carretera en ambas direcciones, escudriñando las latas de cerveza descoloridas y los paquetes de cigarrillos, las bolsas de patatas

sucias de tierra y los jirones de plástico entre las hierbas. Hacía un sol cruel.

—No hay nada. Se ve que era el único. —Volvió rápidamente a la tienda, pensando cerrar a las dos para ir al banco y averiguar si era de verdad.

Los niños estaban sentados en los escalones, apurando hasta el último dedo de gaseosa a sorbitos, agitando los botellines para hacer sonar el líquido con su rico sonido húmedo.

—¿Cuándo vuelve a casa vuestra madre?

—Después de cenar. Tarde.

—Conque tarde. Pues le decís que venga aquí a verme. Le decís que venga a la tienda, que le va a cambiar la vida. ¿Me habéis oído? Me fío de vosotros. Si se os olvida decírselo será una vergüenza y una pena para ella, con todo lo que trabaja. Y ni se os ocurra acercaros a la carretera, ¿me oís?

Ellos dejaron los botellines vacíos en el mostrador, y arrastrando los pies se dirigieron a la chabola donde la anciana señora Simms, desde el porche, vociferaba Venid aquí inmediatamente. Dieron puntapiés a las piedras, dieron brincos, el del mono diciendo Hola, hola, cómo estás. Al más pequeño le colgaban los pantalones caídos y mojados. Llegaron a la altura del instrumento aplastado entre las hierbas, y el gemelo de la camisa sucia de rayas volvió a saltar sobre él. *Uaaaah*, sonó el chisme, y ellos se mondaron de risa. El del mono lo levantó y lo tiró a la carretera. Un lejano punto negro sobre el firme brillante fue creciendo, abalanzándose hacia ellos.

—¡Venid los tres ahora mismo! —chilló la señora Simms.

El camión de dieciocho ruedas pasó gimiendo con un bufido de aire caliente, y en su estela de arena levantada revolotearon billetes de mil dólares. Pantalones Caídos berreó porque se le habían llenado los ojos de arena.

—Como queráis —gritó la señora Simms—. Me voy a comer yo sola este flan tan rico. Voy a contar hasta cinco y empiezo a comérmelo. A la de una. A la de dos. A la de tres. A la de cuatro. —Sostenía en alto un plato y volteaba sobre él una cuchara—. A LA DE CINCO.





EDNA ANNIE PROULX (Norwich, Connecticut, Estados Unidos, 22 de agosto de 1935) es una escritora estadounidense. Firma sus historias y libros como Annie Proulx.

Irrumpió en el mundo literario en la cincuentena, pero lo hizo brillantemente. Su segunda novela, *Atando cabos*, fue llevada al cine, mereció el Pulitzer 1993 y el National Book Award, y cosechó un rotundo éxito de lectores. Le siguieron un volumen de cuentos, *Canciones del corazón* (1988), y dos novelas, *Los crímenes del acordeón* (1996) y *Un as en la manga* (2002). El relato *Brokeback Mountain*, convertido en película, volvió a llevarla a la actualidad.

## **Notas**

[1] Aparecen entre comillas simples las palabras que figuran en castellano en el original. (*N. del E.*). <<